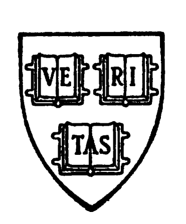

VE RI
TAS



COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS

OBRAS

DE

ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO

Tomo I

CORRECCION DE VICIOS

Y

LA SABIA FLORA MALSABIDILLA

CON LA VIDA Y OBRAS DEL AUTOR

POR

DON EMILIO COTARELO Y MORI

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS»

Infantas, 42, bajo izquierda.

1907

NOVELISTAS

[illegible]

[illegible]

[illegible]

37

COLECCION

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

NOVELISTAS


EX-LIBRIS.

OBRAS

DE

ALONSO JERONIMO DE SALAS BARBADILLO

TOMO I

CORRECCION DE VICIOS

Y

LA SABIA FLORA MALSABIDILLA

NOVELAS

niosa Elena que los pocos ejemplares que al mercado común han parecido alcanzaron precios elevados y alguna vez casi fabulosos (1). Justificada parece, pues, la razón de ofrecer al público, sin tales dispendios, una esmerada edición de las obras de aquel esclarecido ingenio, digno, ciertamente, de mejor suerte que, en punto á difusión de sus escritos, le cupo hasta nuestros días.

En la presente no seguiremos orden alguno, más que el de hacer compatibles con el tamaño de los volúmenes de esta *Biblioteca* el de las obras reproducidas, buscando ofrecer siempre mayor cantidad de lectura en cada uno. Así saldrán las novelas de Salas de dos en dos, excepto aquellas cuya mayor extensión exija uno solo. Además de esto irán en los primeros tomos las menos conocidas, como puede ya observarse en las que forman este volumen.

Del mérito y cualidades del autor algo diremos en el siguiente bosquejo biográfico de Salas, cuya vida, como la de tantos otros ilustres españoles permanece aún casi en tinieblas. Nos lisonjeamos de haber hecho nosotros algo para disiparlas en lo que toca al agudo y festivo autor matritense.

---

(1) Un librero de esta corte anunció en venta, hace poco, una colección, y no completa, de las obras de Salas en 20.000 pesetas, si bien parece que las ha cedido por bastante menor cantidad á un coleccionista extranjero.



VIDA Y OBRAS DE ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO

I

Para aliviar las dolencias y melancolías de los postreros años de su no larga vida, compuso Salas, á imitación de Cervantes, y no sin gustosa novedad, un viaje del Parnaso, en prosa, á que dió título de *Coronas del Parnaso y platos de las Musas.* Por desgracia este libro en que, al parecer, fiaba el remedio de su ingrata fortuna, pues va dedicado con hiperbólicos y pomposos elogios al entonces todopoderoso favorito D. Gaspar de Guzmán, conde duque de Olivares, no pudo ver la luz en los días de su autor, imprimiéndose, por desvelo de sus amigos, el año mismo en que él faltaba del mundo.

En esta obra, pues, complaciéndose Salas en recordar su ilustre origen, nos dejó trazada con vedad su genealogía, en el fingido discurso que erezó al padre de las Musas, cuando, llevado á ›resencia, y «apadrinado de los ingeniosísimos

varones Miguel de Cervantes y Pedro de Liñán», expone sus propios méritos, bajo nombre supuesto, como también había disfrazado el de otros dos compañeros suyos en la expedición á los dominios de Apolo. Dícele, pues, así:

«Mi nombre es (¡oh Príncipe soberano, oh celestial Planeta!) don Rodrigo Alonso. Mi patria aquella nobilísima villa, cabeza de la mayor monarquía; testigos son tus celestiales ojos, pues todas las 24 horas del día natural se ocupan en alumbralla y en lucilla, ya en esta ya en aquella parte.

»Bajaron mis mayores (como los demás nobles) á redimir á España de la tiranía de los moros, de aquellas montañas donde se recogieron para salir con mayor ímpetu; y habiendo dado junto á la reina de las ciudades de Castilla (la gran Burgos) nombre con su apellido á dos pueblos, nombre que hoy le retienen y conservan, bien que la población (con las mudanzas de la edad) se ha reducido á cortísimo número (1), hicieron asiento en ellos, donde pasaron, con lustre y decoro, de generación en generación años sin número, hasta que mi quinto abuelo, en cuyo tiempo los Velas-

(1) Claro es que alude á las dos villas de *Salas* de los Infantes y *Barbadillo* del Mercado, que está á una legua de la anterior; ambas célebres en los fastos épicos de la Edad Media; patria, la primera, de aquellos siete desgraciados hijos de Lara, y lugar, la segunda, del comienzo de la feroz venganza de esposa de Ruy Velázquez.

cos y Manriques tenían pesadas diferencias (1), siguiendo la una de las dos parcialidades, mató á un caballero de los más ilustres y generosos del reino. Ausentóse con dos hijos, dejando su hacienda expuesta al arbitrio de sus enemigos, que ya que no pudieron en ellos, vertieron el veneno de su venganza en ella.

»Fuéronse á la fertilísima parte de España á quien decían por nombre la Mancha, donde, viéndose en diferente fortuna y estimación de aquella en que se habían criado y vivido, pagó á la muerte el anciano padre la deuda común.

»Dividiéronse los hijos; el mayor hizo asiento en lo más noble y fértil de la Andalucía y el segundo se quedó acompañando los huesos de su amado padre y á repetir cada año los funerales, cuanto píos, aniversarios en una villa, aunque pequeña, tan ilustre que de ella han salido once mitras y la una tan generosa y docta que fundó á Salamanca uno de sus cuatro mayores colegios (2).

---

(1) Hecho exactísimo. Comenzaron las diferencias por la tentativa de prisión del duque de Nájera D. Pedro Manrique, hecha por D.ª Mencía de Mendoza, condesa de Haro y esposa del primer Condestable de Castilla de la casa de los Velascos. Ocurrieron estos sucesos en tiempo de Enrique IV y primeros años del reinado de D.ª Isabel la Católica, que apaciguó á aquellas poderosas familias.

El suceso que refiere Salas es perfectamente verosímil, pues aquellos disturbios no escasearon las ...rtes violentas en uno y otro bando.

Alude, sin duda alguna, al famoso D. Diego ...írez de Villaescusa, obispo de Málaga y Cuenca ...dador en Salamanca, en 1506, del Colegio ma-

»Este, pues, que se quedó fué mi cuarto abuelo, cuyos descendientes vivieron allí amparados de aquellos grandes príncipes y excelentísimos señores Marqueses de Villena, cuya villa de Belmonte (tan ilustre por su iglesia colegial, como por tantos caballeros nobles hijos suyos) dista una legua pequeña del asiento de mis antecesores.

»Mi padre salió sin cumplir el año décimo; peregrinó el Nuevo Mundo, invención dichosa de aquel osadísimo caballero y valiente capitán Christóval Colón. Después de varias fortunas eligió para reposo de tantas fatigas á la gran madre del mundo: Madrid.

»Esta fué (como dije) mi patria: aquí aprendí las primeras letras. Después pasé á las riberas de Henares, donde el sutil estudio de la Filosofía me ocupó dos años. Trasladó Filipo tercero su corte á Valladolid, pueblo ilustre y rico de Castilla la venerable y antigua. En su Universidad doctísima estudié los sagrados Cánones y recibí el primer laurel.

»Pasó mi padre á mejor vida; y yo, que padecía violencia con este, aunque honroso, pesado estudio, porque tú, ¡oh grande Apolo!, me llamabas

yor de Santiago ó de Cuenca. Era natural de Villaescusa de Haro, en la provincia de Cuenca, que es el lugar *pequeño* á que se refiere Salas, como residencia de sus antepasados, y que, efectivamente, está cerca de la villa de Belmonte, como también expresa más adelante. (Véanse Mártir Rizo y demás historiadore de Cuenca, y Dorado, *Historia de Salamanca*, págin. 343).

muchas veces para hacerme tuyo; y aún me decías (arrebatándome con tan dulce cuanto imperiosa voz): —«Ven, ven conmigo. ¿Qué dudas, qué »temes? Quiero que seas uno de mis mayores cor»tesanos. Grandes premios de gloria y fama se de»ben á tu posteridad. Vivirás con fatigas y escasa »fortuna; mas la senda de la virtud siempre fué »estrecha», obedecíte; y aunque se me han seguido continuos trabajos y molestas miserias, nunca pude arrepentirme de tu gloriosa elección. Aquí me tienes, ambicioso de la sagrada honra de tu laurel divino. Bien pudiera para este examen presentarte inmenso número de escritos; mas sé que te ofendes, porque tu gran juicio descubre, con pequeña muestra, la calidad y partes del ingenio» (1).

Su padre debió de haber hecho algunos estudios, pues D. José Antonio Alvarez y Baena, en sus *Hijos ilustres de Madrid* (2), le otorga el título de Licenciado, á la vez que da algunas curiosas noticias de él y de la familia de nuestro poeta, diciendo:

«Sus padres fueron el Licenciado Diego de Salas Barbadillo, Agente de los negocios de Nueva

---

(1) *Coronas del Parnaso:* Discurso IV. A continuación de estos párrafos, añade: «Sea, pues, esta tragedia, más cumplimiento de tu precepto que elegante y erudita ostentación.» No sabemos si esta tra-[illegible]lia será alguna de sus obras dramáticas actual[illegible]nte conocidas, aunque ninguna afecta carácter [illegible]gico.

(2) Tomo I, pág. 42.

España y de la causa de la Canonización de San Isidro; y como tal presentó, año de 1593, los testigos, en nombre de la villa y de la Cofradía del Santo, para la información que se hizo en 11 de Agosto, y María de Porras, su mujer, quienes vivían, en casas propias, en la Morería, parroquia de San Andrés, en donde se encuentran los bautismos de dos hijos y tres hijas; pero no parece el de Alonso, sin duda por lo maltratado de los libros.»

En esto se engañó Baena, pues yo he hallado, sin mucha dificultad, su partida de nacimiento, que dice así:

AL.º DE SALAS BARBADILLO.—*En Madrid treinta dias del mes de Julio de mill e quinientos y ochenta y un años yo p.º de maderuelo tiniente cura desta yglesia de Sant Andres baptizé a alonso hijo de Diego de salas baruadillo y de su muger maria de porras fueron sus padrinos xptobal de solomayor y doña Leonor de mendoça su muger t.os Juan de fuentes y Nicolas de Figueroa y otros muchos vecinos desta villa y lo firme—P.º de maderuelo*» (1).

(1) Hállase al fol. 207 v. de la primera numeración (pues tiene dos) de un tomo antiguo de bautismos formado de dos diferentes, empezando el primero á fines del siglo XV y el segundo pocas hojas después de la partida de Alonso. En este segundo tomo están las partidas de los demás hijos de Diego de Salas. Nosotros, con alguna paciencia, pues el tomo no tiene índices, hemos hallado las siguientes:

«En 12 (*enmendado* «siete») dias del mes de Agosto de 1583 años el señor M.º martinez Teniente de cura

Nació, pues, nuestro poeta y novelista en Madrid, de seguro el 29 de Julio de 1581, y no en años

baptizo a Diego hijo de Diego de Salas y de Maria de Porras su mujer. fueron compadres A°l. lopez y Bernardina Gallo su mujer Cristobal del Castillo y Baltasar de la Peña y *(un nombre ilegible)* Baptizele yo el El maestro Martinez cura teniente de San Andres. Ba testado *dias siete* no bala. El M.° Martinez—Capillo dos reales.» (Fol. 48 v.)

«María. magdalena. En la v.ª de Madrid á postrero de febr.° deste año de mil y quinientos y ochenta y cinco años, yo el Licenciado Gerónimo Lobo cura de Santo handres bauticé á m.ª madalena hija de Diego de Salas barbadillo y de Maria de porras su muger Fueron compadres *(ilegible el nombre)* Ortiz y sabina de çaballos Juan Luis Julian y Sebastian Perez—El Lic. Gerónimo Lobo.» (Fol. 87 v.)

Fol. 123.—«Isidro—En la v.ª de Madrid á veynte y tres dias del mes de febrero de mil y quinientos y ochenta y siete años yo el lic. D. Juan Judice de Escobar bauticé á ysidre hijo de Diego de Salas Barbadillo y de M.ª de Porras su mujer fueron padrinos Ruy Diaz de Mendoza y doña Jordana de Sisla y testigos Luis Julián sacristan y Juan de Morales y otros muchos y lo firmé—El lic. Juan Gudice de Escobar.»

Fol. 199 v.—«Simon p.°—En cinco dias del mes de Noviembre de mil y quinientos y ochenta y nueve años bautice yo Gaspar de espina teniente á Simon p.° hijo de Diego de Salas y de su muger m.ª de Porras siendo padrinos de pila martin de yrigoyen madrina D.ª Sabina de Zaballos testigo p.° de bidaña y J.° de Garay Otañez y Juan de Morales—Gaspar Espina.»

Fol. 82.—«Joseph—Capillo 68. En la villa de Madrid á veinte y un dias del mes de Julio del año de mill y quiºs y nobenta y tres años yo Antonio Vazquez de Romay Cura Thiniente de la parrochial de S.. Andres de Madrid, baptize á Josep hijo de Diego ..alas barbadillo y de su mujer Maria de porras ..n á la moraria vieja, fueron sus padrinos Fran.° ..l y doña beatriz morejon, fueron testigos Juan

anteriores, como se venía creyendo, en vista de las indicaciones de Alvarez Baena.

Tuvo Alonso de Salas otros hermanos, como fueron Diego, nacido á principios de Agosto de 1583, de quien volveremos á tratar; Magdalena, en Febrero de 1585; Isidro, dos años después; Simón Pedro, á fines de 1589, y José, en Julio de 1593.

Aquí en Madrid pasaron los tranquilos días de su infancia; recibió la primera educación y tal vez cursaría latinidad en el famoso Estudio de la Villa, tan próximo á su vivienda.

Sin duda con el objeto de que le sucediesen en sus agencias de asuntos ultramarinos, pensó Diego de Salas en dedicar á sus hijos mayores al estudio de la jurisprudencia; y así no dilató el enviarles á la célebre Universidad de Alcalá de Henares, como el mismo Alonso nos ha recordado.

En los libros de matrícula correspondientes á 1598 se halla, en efecto, entre las que se hicieron en 18 de Octubre, la inscripción que dice: «Alonso de Salas Barbadillo, de Madrid. Id. 18.» Son los años de su edad, aunque sólo estaba entrado en ellos (1).

Garcia Juan de Morales y Santiago de Villegas y por la verdad lo firme—Antonio Vazquez de Romay.»

Algunos de estos hermanos debieron de malograrse en la niñez. Doña Magdalena sobrevivió á Alonso Jerónimo, como veremos.

(1) Arch. Hist. Nac.: Universidad de Alcalá. *Tomo de matrículas de 1594 á 1598*, sin foliación; hállase á la mitad del vuelto de la hoja tercera de «Canoniste».

Esta matrícula se refiere al estudio de Cánones que comenzó entonces; pero ya el año ó curso anterior residía en Alcalá, porque en 20 de Abril del referido 1598 firma como testigo la prueba de curso de dos compañeros suyos (1).

En cuanto á su segundo hermano, figura también entre los «Canoniste» matriculados el 26 de Octubre de 1600, en estos términos: «Diego de Salas Barbadillo, de Madrid, 17» años, que, en efecto, tenía (2).

Trasladada la corte á Valladolid en 1601, allá fueron á continuar sus estudios los hermanos Salas Barbadillo, obligados por la necesaria asistencia en los tribunales y Consejos del autor de sus días.

En el archivo universitario de Valladolid no se halla rastro del expediente escolar de Alonso de Salas, desaparecido, como otros muchos; si bien por su propia declaración sabemos que cursó Cánones y recibió el primer grado de la facultad. Existe, en cambio, en el libro de pruebas de curso de 1602 y 1603 un curioso asiento, fechado á 19 de Agosto de 1603, y relativo á su hermano, que dice: «Diego de Salas Varbadillo natural de Madrid, probó el tercero curso en Decretales y sexto del

---

Idem, *Libros de pruebas de curso de 1594* *o:* sin foliación, al principio.

Idem, *Libros de matrículas de 1599 á 1603*· liación.

año pasado en este: probólo con Pedro Martín y con D. Vicente Niza» (1).

Por entonces debió de haber fallecido el padre de Salas. Dejó éste los estudios, pero siguió con la agencia de asuntos americanos, que, al parecer, era aún en 1609 su profesión oficial y ordinaria.

Pero su vocación poética comenzó también á revelarse desde aquel momento. En la primavera y verano de 1603 anduvo por Valladolid recogiendo aprobaciones y licencias para la impresión de su *Viaje entretenido* el famoso representante, hijo de Madrid, Agustín de Rojas Villandrando. Acopió igualmente gran número de elogios poéticos, que estampó luego en los preliminares de su obra, y entre ellos un soneto de Salas Barbadillo, con quien la comunidad de patria y aficiones literarias facilitarían sus relaciones amistosas (2).

(1) *Noticias de una corte literaria por D. Narciso A. Cortés*, Valladolid, 1906, pág. 62. Añade este escritor que Diego de Salas Barbadillo figura también como voto en las oposiciones á varias cátedras de Cánones.

(2) *El viage entretenido de Agustin de Rojas, natural de la villa de Madrid. Con vna exposicion de los nombres Historicos y Poeticos que no van declarados. A Don Martin Valero de Franqueza, Cauallero del hábito de Santiago, y gentil hombre de la boca de su Magestad. Con Privilegio de Castilla, y Aragon. En Madrid, En la Emprenta Real. M.DC.III. Vendese en casa de Francisco de Robles.*

8.°; 32 h. prels., 749 págs. numeradas y una sin número al final.—Tasa: Valladolid, 22 de Octu[bre] de 1603.—Erratas.—Aprob. de Tomás Gracián D[an]tisco: Valladolid, 15 de Mayo de 1603.—Priv.: [S.] Juan de Ortega, 16 de Junio de 1603.—Otro p

Compara Salas en su poesía el viaje de Rojas con el del sol, que le parece menos brillante que el de su amigo.

Elogió con nueva poesía, al año siguiente, la *Elocuencia española* del célebre Maestro Bartolomé Jiménez Patón (1), y ya era bastante conocido como versista para que, en 1605, incluyese dos sonetos suyos en la preciosa antología titulada

---

Aragón: Valladolid, 24 de Septiembre de 1603.—Poesías laudatorias del Dr. Agustín de Tejada, Alonso de Contreras, alguacil de casa y corte, Don Juan de Piña, Juana Vázquez, D. Francisco de Corcuera, D. Juan Luis de Velasco, D.ª Juana de Figueroa, *Alonso de Salas Barbadillo*, D.ª Antonia de la Paz, Leonardo el Cortesano, María de los Angeles, Lic. Francisco Sánchez Villanueva, D. Antonio de Rojas, Lic. Francisco de Aranda, D.ª María de Guzmán: Pedro Juan Ochoa, D. Fernando de Ledesma, Felipe de Sierra, Luis Vélez de Santander. Lic. Juan de Valdés Meléndez, D.ª Inarda de Artiaga, Juan Jerónimo Serra, Jerónimo de León y D. Alonso Trujillo.—Ded.—Texto.—*Exposición de los nombres poeticos que van por declarar en este libro.*—Colofón: *En Madrid, por Juan Flamenco. M.DC.III.*

(1) *Eloqvencia, Española en Arte. Por el Maestro Bartholome Ximenez Patõ. En Toledo, por Thomas de Guzma. Año 1604.*

8.º; 8 h. prels., 13 foliadas de *Elogio* y *Prólogo*, 123 de texto y 7 de *Tabla*.—Aprob. de Tomás Gracián Dantisco: Valladolid, 30 de Mayo de 1604.—Priv. al autor por diez años: Valladolid, 25 de Junio de 1604.—Ded. á D. Fernando de Ballesteros y Saavedra.—Poesías laudatorias de D. Francisco Idiáquez, el Lic. Francisco Sánchez de Villanueva, doña ... de Figueroa, *D. Alonso de Salas Barbadillo* (soneto), D. Felipe de Nis Godínez, Lic. Damián ...rero, Lic. Juan Antonio de Herrera, Licen... Alonso Abad de Contreras, D. Luis de Men-

Flores de poetas ilustres, primera parte, el antequerano Pedro Espinosa (1).

Con el regreso de la corte á Madrid, en 1606, vínose, y es de suponer que no sin contento, Salas á su patria, que se propuso ensalzar, historiando en forma métrica el hallazgo de la famosa y venerada imagen de la Virgen de Atocha y comienzos de su culto.

La composición de este largo poema fué la tarea de sus años juveniles. Habíalo terminado en 1608;

---

doza, Mtro. José de Valdivielso, D. Marcos de Arellano y D. Francisco Enríquez.—Prólogo al lector.—Texto.—Indice de voces griegas.—Quintillas de Doña Luisa Fornari.—Soneto de D. Pedro de Segura Espinosa.

La poesía de Salas pasó, como las demás, en 1621, al *Mercurius Trimegistus* en que Patón reimprimió su *Elocuencia* y las *Instituciones de Gramática española*, publicadas por primera vez sin año, hacia 1614.

(1) *Primera parte de las Flores de poetas ilvstres de España, Diuidida en dos libros. Ordenada por Pedro Espinosa, natural de la ciudad de Antequera. Dirigida al señor duque de Bejar. Van escritas diez y seis Odas de Horacio, traducidas por diferentes y graues Autores admirablemente. Con Privilegio. En Valladolid. Por Luys Sanchez. Año M.DCV.* (Al fin repite las señas de impresión.)

4.°; 12 h. prels. y 104 foliadas.—Tasa: Valladolid, 1.° de Abril de 1605.—Erratas.—Aprob. de Tomás Gracián Dantisco: Valladolid, 24 de Noviembre de 1603.—Priv. por diez años al autor: Madrid, 8 de Diciembre de 1603.—Soneto al Duque de Béjar.—Ded.: Valladolid, 20 de Septiembre de 1603.—Al lector.—Poesías laudatorias.—Texto.

De Salas contiene dos sonetos á San Juan Bautista, que también reprodujo D. Adolfo de Castro en reimpresión de esta antología, en el tomo 2.° de *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII* en la *Biblioteca* de Rivadeneyra.

y buscando Mecenas para su publicación, indicóle la marquesa del Valle D.ª Mencía de la Cerda, á D.ª Mariana de Padilla, duquesa de Cea, casada con el hijo mayor del Duque de Uceda y nieto, por tanto, del primer Ministro y favorito, el Duque de Lerma. Aceptó aquella dama la dedicatoria que Salas suscribió en Madrid, á 2 de Diciembre de 1608, y bajo sus auspicios salió á luz, entrado ya el año de 1609 (1).

---

(1) *Patrona | de Madrid | res | titvyda. | Poema heroyco | de Alonso Geronimo de Salas | Barbadillo. | Dirigido a la Exce- | lentissima señora Doña Mariana de | Padilla, Duquesa | de Cea. | Año* (Adorno.) *1609. | En Madrid. | Con privilegio, Por Alonso | Martin, | Vendese en casa del Autor a la Morería vieja.* (Al fin:) *En Madrid, | En casa de Alonso | Martin, Año | 1609.*

8.º; 8 h. prels., 132 foliadas (no son sino 130) y dos más al fin sin número.—Tasa (3 1/2 mrs. pliego): Madrid, 1.º de Abril de 1609.—Erratas (Murcia de la Llana): Madrid, 28 de Marzo de 1609.—Aprob. de Vicente Espinel: Madrid, 5 de Enero de 1609.—Aprobación de Fr. Cristóbal de Fonseca: Madrid, 21 de Enero de 1609.—Priv. al autor por diez años: Madrid, 8 de Febrero de 1609.—Ded.: 12 de Diciembre de 1608.—Elogio de Salas Barbadillo, por D. Francisco de Lugo y Dávila (en prosa).—Texto (12 libros con 733 octavas reales).—Nota y Colofón.

Por el hecho de venderse sólo en casa del autor, se adivina que la Duquesa de Cea sería la que costease la impresión de este tomo. Que eso era lo que de ella solicitaba Salas se desprende de algunas frases de la dedicatoria: «Aunque esta obra, por el sujeto de quien se trata, es maravillosa y digna de ir á las manos de tan gran señora como V. E., por la te que tiene de haber sido labor y cuidado de mi ɜnio no me atreviera yo á presentársela, si mi ɔra la Marquesa del Valle D.ª Mencía de la Cerda quien V. E. tiene una fiel, segura y única amiga)

Resiéntese este poema, que consta de 12 libros y 733 octavas reales, de la inexperiencia del autor en su economía y distribución; de la falta de verda-

---

no me certificara *que había de ser amparado de la humanidad del ánimo piadoso de V. E.»*

En el siglo XVIII se hizo una reimpresión de esta obra con la siguiente portada:

Patrona de Madrid restituida. Poema heroyco á la antiquissima, y milagrosa imagen de Nuestra Señora de Atocha, de Alonso Geronymo de Salas Barbadillo, natural de esta Corte. Segunda impressión, añadida: Dedicada al Angel del Apocalypsi San Vicente Ferrer. Con licencia En Madrid, por Antonio Marín, año 1750. Se hallará en la Librería de Manuel de Pinto, Calle de Atocha, junto á la Aduana.

8.°; 13 h. prels. con una estampa de San Vicente y 314 págs.—Anteportada grabada por D. Hernández representando la Virgen de Atocha, y á San Dámaso, San Melquiades, San Isidro y Santa María de la Cabeza, Santos naturales de Madrid.—Ded en verso á San Vicente, suscrita por F. J. C.—Aprobs. de Espinel y Fonseca (de la primera edic.).—Lic. del Consejo: 13 de Febrero de 1750.—Erratas: Madrid, 18 de Marzo de 1750.—Suma de la tasa.—Ded. de Salas á la Duquesa de Cea.—Elogio de Salas por D. Francisco de Lugo (de 1608).—Adición (es una lista de las obras de Salas).—Soneto acróstico en honor de Salas por D. Antonio Merano y Guzmán.—Otro soneto de don Antonio Pablo Fernández.—Romance de D. José de Figueroa.—Texto que acaba en la pág. 258. Después, con esta portada: *Elogios sagrados (de varios ingenios) en alabanza de algunos prodigios de la antiquissima y milagrosa imagen de Nuestra Señora de Atocha, patrona de Madrid*, van 27 composiciones poéticas que forman un *Cancionerillo* de la Virgen de Atocha. Los autores son D. Antonio Pablo Fernández, D. Diego de Torres Villarroel, F. J. C., don José de Figueroa, Lope de Vega, D. Manuel de Mota, D. Pedro de Vargas Machuca, D. Juan de Palfox, Merano y Guzmán. La mayor parte son de do José de Figueroa, autor del siglo XVIII.

dero estro poético, que nunca tuvo Salas, y del pedantesco afán de lucir sus estudios y conocimientos actuales. Sólo así puede explicarse la introducción en lugar tan impropio de una especie de tratado de cosmografía, que á Salas le pareció, sin duda, un nuevo mérito del poema, cuando escribió al fin de él: «Por esta obra van esparcidos, alterado el orden, 258 versos, que todos hacen un tratado poético de la esfera; por si algún curioso los quisiere unir llevan á la margen sus números.»

Efectivamente: distribuídos sin orden van los referidos versos, y agrupados los primeros del *tratado* que se hallan en las octavas 235, 715, 237, 232, 443, 574 y 730, dicen:

Cierto instrumento, en redondez dispuesto,
Esfera llaman, y en su espacio incluye,
en varias formas, círculos extraños
explicadores de los movimientos.
El punto que está en medio, centro llaman,
exe la parte que por él discurre;
Polos diréis los dos puntos finales, *etc.*

El intercalar estos y los demás versos de esta clase le obligó á escribir otros muchos inútiles, plagados de referencias astronómicas y mitológicas, que forman extraño contraste con el fondo
sunto del libro.
nienza por el descubrimiento, entre unas
s de esparto ó atochas, de la imagen, hecho

en día de gran tempestad por *Don García Remírez;* su adoración y propósito de edificarle una iglesia. Sigue luego el episodio de la prisión del moro Ozmín, que había leído á Virgilio, pues comienza la relación de sus desdichas diciéndole á García:

El infausto dolor renovar quieres...

El de la traída á España de la célebre efigie por Teodorico es larguísimo y pesado. Con mayor viveza y gusto descríbe unas fiestas de toros en el Madrid musulmán, así como los combates parciales entre cristianos y moros y de éstos entre sí, no exceptuando el de las dos doncellas Teodora, cristiana, y Celinda, mora, ambas en hábito masculino y sin conocerse. Los dos últimos libros refieren la muerte y resurrección de la mujer y las hijas de García Remírez. Queda sin terminar el episodio amoroso de Teodora.

Convencido Salas de que la epopeya no era el terreno abierto á su imaginación de poeta, abandonóle por entonces, convirtiendo su actividad mental al campo de la novela satírica, con que le brindaban su instinto observador y carácter pesimista.

Mantenía, sin embargo, amistosas relaciones con los principales escritores de su tiempo, y aun escribía elogios poéticos de sus obras, como se v por el soneto destinado á loar el libro de Luis Vélez de Guevara acerca del *Juramento del Prín*

cipe Don Felipe (1) y otra composición ensalzando las *Antigüedades y excelencias de Granada*, del Lic. Francisco Bermúdez de Pedraza, escritas ambas obras en 1608 (2). Pero, á la vez, excesos

---

(1) *Elogio del Juramento del Serenísimo Príncipe D. Felipe Domingo, IV, deste nombre. De Luis Vélez de Guevara, criado del Conde de Saldaña. Dirigido á la Señora Doña Catalina de la Cerda, Dama de la M. C. Doña Margarita de Austria, Reina de España. Con licencia en Madrid, por Miguel Serrano de Vargas, año de 1608.* (Al fin:) *Con licencia. En Madrid, por Miguel Serrano de Vargas, año 1608.*

8.°; 8 h. prels. y 28 de texto.—Suma de la lic.: Madrid, 26 de Febrero de 1608.—Tasa: Madrid, 5 de Marzo de 1608.—Erratas: 2 de Marzo de 1608.—Ded.—Versos de Lope de Vega, Quevedo, *Alonso Geronimo de Salas Barbadillo* (un soneto), Lic. Miguel de Silveira, D. Juan de España y Moncayo, don Sebastián de Céspedes y Meneses, D. J. Portocarrero y Pacheco, D. Francisco Coronel y Salcedo, Pedro de Soto y Rojas, Alonso de Espinosa, D. Antonio de Mendoza, Diego Vélez de Guevara (su hermano). El texto es un poemita en octavas.

(2) *Antigvedad y Excelencias de Granada. Por el Licenciado Francisco Bermudez de Pedraza, natural della: Abogado en los Reales Consejos de su Majestad. Dirigido a la muy noble, nombrada y gran ciudad de Granada. Año, 1608. En Madrid, por Luis Sanchez. Impresor del Rey N. S.*

4.°; 12 h. prels., 190 de texto y 6 al fin, sin foliar, —Tasa: Madrid, 22 de Enero de 1608.—Erratas.—Aprob. del Lic. Verrío: Valladolid, 25 de Junio de 1602.—Priv.: 25 de Agosto de 1602.--Ded.—Al lector.—Elogio latino del autor por el Lic. Francisco Sánchez de Villanueva.—Soneto italiano de D. Francisco Fernández de Córdoba.—Versos caste-[illegible]os del Dr. Tejada y Páez, Mira de Amescua, [illegible]so Tineo, Francisco de Faría, Diego Beltrán [illegible]lgo, Diego de Gallegos, *Alonso de Salas Barba-*[illegible] soneto).

[illegible]undió y adicionó su autor esta obra, impri-

y calaveradas juveniles dieron á su nombre no muy buena fama, provocaron la intervención de la justicia y ocasionaron su destierro.

---

miéndola con el título de *Historia eclesiástica, principios y progresos de la ciudad de Granada*, en 1638, en esta ciudad; pero suprimió todos los elogios poéticos y demás preliminares.

Como se ve por el privilegio y aprobación que anteceden, quizá sería en 1602 cuando Salas y los demás poetas escribiesen los elogios al licenciado Bermúdez, y entonces el soneto de nuestro novelista vendría á ser su primera obra conocida. Pero como también pudo haberlo escrito en Madrid, al verificarse la impresión, la colocamos en esta última fecha, que es la más segura.

II

Por los años de 1599 el Shah de Persia, Abbás, resolvió enviar una embajada á los Príncipes europeos pidiéndoles su ayuda contra el turco á fin de quebrantar su poderío atacándole á la vez por Oriente y por Occidente. Sabía por algunos viajeros que habían llegado hasta su corte el temor que en los puertos cristianos producían las *bajadas* anuales de las escuadras otomanas y las molestias que los corsarios de la costa africana causaban en los dominios de Italia, Francia y España. Despachó, pues, con tal misión á un dignatario de su corte, llamado Ucen ó Hussein Alí Beg, á quien acompañaban cuatro caballeros principales, cinco intérpretes, quince criados, dos frailes portugueses y un aventurero inglés, llamado Anthony Shirley.

Salió la embajada de Ispahan el jueves 9 de Julio de 1599. Atravesó la Tartaria y Rusia. En Praga fué recibida por el Emperador de Alemania; pasó á Roma, donde los viajeros fueron abandonados por el inglés Shirley, que les robó todos los presentes que traían para los Príncipes europeos. También se quedaron allí tres de sus criados, por haberse hecho cristianos. Al salir de Roma tomaron por guía para venir á España un canónigo barcelonés que les dió el Papa. Embarcáronse en Génova, arribaron á Saona y entraron por tierra

en Cataluña, descansando algunos días en Barcelona, cuyo virrey, el Duque de Feria, les encaminó á Valladolid, donde á la sazón residía la Corte.

Hicieron su entrada solemne el 13 de Agosto de 1601, siendo muy bien acogidos y festejados por la nobleza y ministros del Rey, á quien se presentaron el subsiguiente día. Y después de dos meses de residencia en Valladolid, salieron el 11 de Octubre con dirección á Portugal, en cuya capital pensaban embarcarse para su tierra. En este viaje visitaron algunas ciudades y lugares de España que no habían visto aún, como fueron Segovia, El Escorial, Madrid, Aranjuez y Toledo.

Entre los caballeros principales que acompañaban al Embajador era uno Guli Beg, su sobrino, quien, al cabo de un mes de residir en Valladolid, manifestó su deseo de hacerse cristiano, y entregándose á la dirección de los jesuítas, fué bautizado con el nombre de D. Felipe de Persia, y se quedó en Castilla.

Prosiguieron los demás el viaje de retorno; pero en Mérida les asesinaron de una puñalada al alfaquí ó sacerdote que traían, ocasionando, como era natural, quejas y reclamaciones del Embajador, que envió de nuevo á la corte á uno de los caballeros, llamado Uruch Beg para formularlas.

Las visitas que este persa hizo á su amigo, ya convertido, moviéronle á lo propio, y á pocos días fué también bautizado con el nombre de D. Juan de Persia. Es el mismo que en un libro publica bajo su rúbrica tres años después nos ha info

mado de los curiosos pormenores de esta embajada (1).

Salió el nuevo cristiano, disfrazado con su antiguo traje persa, á fin de no infundir sospechas al Embajador, con quien deseaba embarcarse para recoger en Ispahan á su mujer y un hijo que tenía y volverse á España.

Pero como su bautismo había sido público, llegó á noticia de Ucen Ali Beg, quien, á la llegada á Lisboa de D. Juan, quiso matarle. Separóse,

---

(1) *Relaciones de Don Ivan de Persia. Dirigidas á la Magestad Catholica de Don Philippe III Rey de las Españas y señor nuestro. Divididas en tres libros, donde se tratan las cosas notables de Persia, la genealogía de sus Reyes, guerras de persianos, turcos y tártaros y lo que vido en el viaje que hizo á España: y su conversión, y la de otros dos Caualleros Persianos. Año* (Escudo real.) *1604. Con privilegio. En Valladolid por Iuan de Bostillo: en la calle de Samano.*

4.°; 12 h. prels.; 175 foliadas de texto y 10 al fin de *Tabla.—Emienda:* Valladolid, 17 de Febrero de 1604. —Aprob. del P. Francisco de Galarza: Valladolid, 20 de Octubre de 1603.—Tasa: 20 de Febrero de 1604. —Priv.: San Lorenzo, 3 de Noviembre de 1603.— Ded. suscrita por D. Juan de Persia.—*Al lector.*— Versos laudatorios del Dr. Maximiliano de Céspedes y D.ª Ana de Espinosa y Ledesma.—Ded. del Dr. Remón á D. Alvaro de Carvajal.—Continúan los elogios poéticos: Dos sonetos anónimos.—Otros del Dr. Tejada y Páez, D.ª Bernarda de Paz y de Pastrana, Alonso de Ledesma, Agustín Viruega, natural de Alcalá de Henares y de Monsur d'Auoir.

Este libro es obra indudable del Dr. Alonso Remón, mercenario, aunque hecho con datos suministrados el persa que aparece su autor y que en tan poco ıpo como llevaba entre nosotros no podía tener uen manejo de la lengua y la historia de España revela el libro.



pues, de su lado, retirándose á una casa que en aquella ciudad le señaló el virrey D. Cristóbal de Moura.

De sus compañeros cultivaba ya sólo D. Juan el trato con otro, el más joven, tanto, que no llegaba á los veinte años, de los cuatro caballeros de la embajada. Llamábase Boniat Beg y era particular é íntimo amigo suyo. A éste persuadió con grandes instancias para que también se hiciese cristiano. Estuvo dudoso algún tiempo, hasta que la oportuna presencia de una paloma en ocasión en que cierto portugués y su amigo D. Juan le explicaban el misterio de la Trinidad, le decidió, y á volverse con su amigo á Castilla. Un clérigo enviado por D. Alvaro de Carvajal, limosnero del Rey, le condujo al Escorial, donde le instruyó en la doctrina cristiana y fué luego bautizado, siendo padrinos el Rey y la Duquesa de Lerma, y recibiendo el nombre de D. Diego de Persia.

A los tres convertidos mandó Felipe III se les diese con que poner casa decorosa, y señaló una pensión anual de 1.200 escudos á cada uno.

De D. Felipe de Persia no tenemos más noticias; D. Juan, que era la persona principal de la embajada, después del jefe, fué oscuramente asesinado en Valladolid, en 1605, y su cuerpo arrojado en un barranco y comido de los perros (1). El tercero,

(1) Un ignoto y poco verídico cronista portugués que residía en Castilla, llamado Thomé Pinheiro da Veiga, registró en un libro manuscrito titulado *Fastiginia*, algunos curiosos sucesos acaecidos en Va-

D. Diego de Persia, es el personaje que ahora nos interesa y el que ha motivado los antecedentes transcritos.

---

lladolid durante la permanencia de la Corte, si bien incurre en grandes y continuos errores en la narración de los mismos; falta originada del prurito de manifestarse muy enterado de las más íntimas circunstancias y móviles secretos de los hechos, recogiendo á la vez todos los embustes y consejas de la calle. Júzguese por la siguiente relación de la muerte de D. Juan de Persia:

«Hoy 15 de mayo (de 1605) mataron aquí *el embajador de Persia;* y fué la cosa de esta manera. Había el jefe de la embajada *muerto en el camino*, y sobre quién había de sucederle en el cargo y presentar las credenciales que de su rey traía, *hubo diferencia y disputa* entre un principal señor de aquel reino y otro que, convertido después á la fe católica, se llamó D. Juan, el cual compuso un libro sobre la historia de su tierra. Salió el D. Juan herido de la contienda; mas, interviniendo los demás, hicieron las paces los dos y quedó la embajada en el otro. Llegada ésta á Valladolid, el D. Juan, tocado por Dios en el corazón, hubo, según queda dicho, de abandonar su Mahoma y abrazar nuestra fe, con lo cual, si bien logró favor y crecida pensión del Rey Felipe, hubo de malquistarse con los suyos. Un día de la semana pasada, que D. Juan venía en su carroza por la calle del Rey, vió venir ciertos criados de su casa, que un alcalde de corte mandara azotar por una ofensa muy leve, poco más de nada.

»Viéndolos así volver después de azotados, don Juan saltó abajo de su coche y, tirando de un terciado, hizo ademán de atacar á los alguaciles que los llevaban. Así lo hubiera hecho á no habérselo estorbado con ruegos y súplicas varios señores, que acaso por allí pasaban, y principalmente una dama de la corte que se apareció en su coche, instándole á que desistiese de su loca empresa, puesto que ya sus
dos, aunque azotados por orden del alcalde, vol-
á su casa.
ué *el que hacía de embajador á visitar á D. Juan*
alojamiento, y es voz y fama que sobre lo ocu-



Vuelta la Corte á Madrid, en 1606, vino también D. Diego, alojándose á la entrada de la calle del Príncipe, en casas propias de Vázquez, corredor.

---

rrido en aquella misma mañana se trabaron los dos de palabra, y llamóle cobarde y villano porque había dejado azotar á sus criados sin tomar venganza, de cuyas resultas hubieron de venir á las manos, muriendo el D. Juan de una estocada, caso muy lastimoso en verdad, puesto que, según queda arriba dicho, el persiano, que ya hablaba algo nuestra lengua, se había convertido á nuestra fe católica y hacía reverencia á las santas imágenes.

»Muy sentida fué su muerte de todos cuantos le conocían; y, sin embargo, su cadáver fué puesto con poco respeto dentro de un carro de mimbres, cubierto con un paño sucio, con las piernas de fuera y arrastrando. Seguían el carro como unos trescientos muchachos del pueblo, pugnando por destapar el cuerpo muerto, y gritando á más no poder: «¡Por Mahoma!» De esta manera le llevaron á un barranco, próximo al pueblo de Argales, y lo arrojaron allí, comiéndole perros las piernas por no haberle dado decente sepultura; cosa, en verdad, muy fea...

»Díjome un cortesano, á quien hablé en este particular: «En verdad que no merecía el persiano mejor suerte, porque en su aposento hallaron acaso un libro de cuentas en que, el muy perro, iba apuntando sus gastos, y entre otras partidas figuraba una del tenor siguiente:—Mujeres que me han concedido sus favores: el día tantos de Enero, doña Fulana, esposa de D. Fulano de Tal; costóme la fiesta tantos cruzados y fué de esta manera... Tiene la tal señora buenas pantorrillas y un lunar en tal parte... Traía un vestido de tafetán de tal color, y las medias eran de seda y azules.»

»Aseguróme el caballero á que aludo que pasaban de ciento las señoras así nombradas en el libro del persiano; y que deseando mucho volver á su tierra, no dejaba nunca de apuntar en él los nombres y señas de las cortesanas, de quienes fué siempre muy acariciado y agasajado, por ser él de muy gallarda presencia, rico y enamorado. Si así fué, bien mere-

Vivía con relativa esplendidez, frecuentando el trato de poetas y artistas, y no excusando otros desahogos y licencias que disculpaba, ya que no las autorizase, su juventud florida.

Uno de sus mayores amigos era nuestro Alonso de Salas, que solía acompañarle en la calle y en la mesa. Sucedió que cierto día, era el 20 de Enero de 1609, convidó á cenar al poeta y á otro grande amigo suyo, llamado Eugenio de Heredia, músico de la cámara del Rey é hijo del escribano Luis de Heredia. Invitó también D. Diego á unos vecinos suyos, portugueses, que vivían en otro cuarto de la casa, y se llamaban Alonso de Zamora, su mujer D.ª Beatriz Méndez, una hermana de ésta D.ª Isabel Méndez y un joven pariente de ellos Fernán Méndez de Olivenza, muy camarada de D. Diego, y á dos

---

ció el pobrecillo el triste fin que tuvo. Mas creo que todo ello fué mentira é invención, por más que lo afirmó así aquel caballero, añadiendo que, habiéndole llevado el libro al Rey y hallando inscritas en él algunas señoras de la corte harto conocidas, lo mandó quemar.»

Este fragmento, con otros, fué publicado por don Pascual de Gayangos en la *Revista de España*, tomos 97, 98 y 99. Los evidentes errores en cosas de bulto, algunos de los cuales hemos señalado con bastardilla, quitan autoridad á todo lo demás, siendo hasta posible que D. Juan de Persia no muriese violentamente ni fuese sepultado como indica Pinheiro. ¿Qué valor, pues, tendrán en lo demás estas memorias? ¿Serán, efectivamente, obra del siglo XVII, ó más bien un pesado bromazo de época posterior? todas suertes sería conveniente conocerlas por ero para saber á qué atenernos, ya que tanta y picante curiosidad encierran.



damas solteras que habitaban el cuarto bajo de la casa, y se llamaban D.ª Magdalena y D.ª Francisca.

Cenaron entre ocho y nueve de la noche. A la conclusión divirtióles Eugenio de Heredia con la guitarra y, después de las once, despidiéronse Salas y su amigo Heredia, que eran casi vecinos. Quiso D. Diego acompañarles; y siguieron todos por la calle de la Cruz; en la plaza del Angel parece propuso D. Diego á sus amigos diesen una cantaleta satírica á ciertas mujeres, á las que no quería bien. Negáronse el músico y el poeta y continuaron hacia su casa, en la Morería vieja; pero en la Concepción Jerónima D. Diego de Persia quiso obligarles á que por fuerza hiciesen su gusto. «Se les había puesto delante (apunta la declaración del escribano), y diciendo que eran unos bellacos y que juraba á Dios les habían de dar cien palos y matarlos; y que había arremetido con el dicho Alonso de Salas y dádole de cachetes y asídole de la barba, y que los había empezado á acuchillar.» Defendiéronse los agredidos, y aun acometieron al persiano, causándole dos heridas pequeñas en el pecho y una más grave en un lado de la cara. Rompiósele en la reyerta la espada á D. Diego y y hubo de retirarse, en tanto que los dos amigos siguieron su camino. Pero el persa, después de haberse colocado un lienzo en la cara, tomó otra espada, la rodela, y acompañado del fiel Olivenza y dos criados, todos armados, fueron hacia el barrio de los agresores. Pensó D. Diego que estuviesen en la casa de Heredia, y entrando violentamente en ella, comenzó á llamar á voces al mú-

sico. Estaba ya acostado el buen escribano, su padre, pero no otra hija suya, llamada D.ª María de Heredia, joven de unos veinticinco años, que entretenía la espera de Eugenio en conversación con cierto Pedro Gutiérrez de la Cerva, criado del Marqués de Camarasa; y por más que hizo para calmar el furor de D. Diego diciéndole entrase en su vivienda, no lo pudo conseguir, y harto de llamarles bellacos y traidores, al poeta y al músico, salióse D. Diego, encargando dijesen á Salas que, aunque se le había quebrado la espada, ya traía otra sana, y que le buscaría para matarle.

No le fué difícil dar con él, porque, siempre en unión de Heredia, antes de recogerse, habían entrado en casa del Duque de Osuna. Salían cuando se toparon con D. Diego y los que le acompañaban. El portugués Olivenza exclamó al verles: «¡Voto á Dios, que ha sido mal hecho lo que han hecho con el señor D. Diego!» y, sin más, embistieron con ellos. Ocurrían estas cosas muy cerca de la iglesia de San Pedro. Separáronse los dos amigos, huyendo Alonso de Salas, calle arriba perseguido de D. Diego y los suyos, que le alcanzaron á la puerta de la casa del Marqués de Camarasa, donde quiso entrar, dándole entonces D. Diego una gran cuchillada en la cabeza, y le mataran allí á no haberle abierto la puerta los criados del Marqués y acogídole dentro.

Todo esto fué presenciado por el escribano Heredia, que se levantó creyendo que mataban á su hijo; por la citada D.ª María, que salió con una vela á la calle á fin de evitar la pendencia, y el Pe-

dro de la Cerva, que trajo un barbero que curase la herida á Salas, quien se retiró luego á su casa.

Don Diego se fué á la suya. Eran ya las tres de la mañana cuando envió á llamar al cirujano Pedro Beltrán, que le curó sus heridas, dándole ocho puntos de sutura á la de la cara, no pudiendo hacer lo mismo con las tres muelas que le cortó la terrible cuchillada de Salas Barbadillo.

Comenzáronse al día siguiente las indagaciones judiciales seguidas á la vez y con independencia uno de otro por los alcaldes de corte Portocarrero y Silva de Torres. El primero, engañado por las declaraciones de Olivenza y uno de los criados de D. Diego que tomó por simples testigos, decretó la prisión de Heredia y Alonso de Salas. Pero mejor informado su compañero Silva de Torres, que practicó las suyas en virtud de formal querella del escribano Luis de Heredia, recibió las declaraciones de éste, su hija y Pedro de la Cerva, mandó prender al portugués Olivenza y á los criados de D. Diego, que también hubo de declarar en la causa. Eugenio de Heredia, que se ocultó en los primeros días siguientes al suceso, fué igualmente preso, y prestó la suya á fines de Marzo (1). La prisión de Salas no tuvo efecto, sin duda por haberse enterado el alcalde de que también se hallaba herido.

---

(1) Este Eugenio de Heredia era aún, en 1617, músico de cámara del Rey, según consta de un documento original que existe entre los papeles que fueron de D. Francisco Asenjo Barbieri, en la Bib. Nac.

Todos los que intervinieron en esta reyerta eran jóvenes; pero no es posible precisar la edad de algunos, porque en las declaraciones, á todos, hasta á D.ª María de Heredia, se les da la edad de veinticinco años «poco más ó menos». D. Diego de Persia debía de tener algunos más, pues siendo ya hombre diez años antes, cuando salió de Ispahan, es seguro que tendría cuando menos la edad de Salas Barbadillo; y por lo que se refiere á Heredia, no podría tener la misma que su hermana, si no eran gemelos.

En fin, pasados algunos meses, curáronse las heridas de D. Diego y de Salas; hiciéronse entre ambos las paces, quedando tan amigos; dióse soltura á los cómplices y la causa quedó archivada en la escribanía de Juan de Villafañe (1).

¡Singulares costumbres las de aquella época! Estos desenvueltos espadachines, que pasaban su vida infringiendo á la continua los más graves preceptos del Decálogo y sin propósitos de enmienda, preciábanse de religiosos y hasta de devotos siempre que había ocasión ó pretexto. Apenas curado de su herida, Alonso de Salas apresuróse á inscribirse (31 de Mayo) en la Hermandad de los Esclavos del Santísimo Sacramento, re-

---

(1) Constan estos y otros pormenores del suceso en el testimonio de la causa que existe en el Archivo de Simancas (Leg. 1648, fol. 28) y fué publicado por ...r. Uhagón en el prólogo á *Dos novelas de Alonso ...nimo de Salas Barbadillo, reimpresas por la So...ad de Bibliófilos españoles, Madrid, 1894*, pági...x y sigs.

ción fundada; siendo el segundo de los literatos de Madrid (el primero fué Cervantes) que ingresaron en ella. Pero esto no le impidió, como pecador empedernido, seguir ofendiendo á Dios y á su prójimo y verse nuevamente envuelto en las redes de la justicia, de las que no pudo librarse tan fácil, si bien no tan dolorosamente, como antes, con sólo curarse la cuchillada de D. Diego de Persia.

III

La fiscalización de la moralidad pública era entonces más severa que hoy, pues no se detenía ni ante el secreto de la vida y del hogar privados. Frecuente era allanar de noche, los alcaldes de corte, con el estrépito de alguaciles y corchetes, las viviendas, para sorprender amancebamientos: visitas estas que muchas veces eran provocadas para conseguir un matrimonio que un galán tornadizo rehuía, ya efecto de venganzas de amantes despechados y denunciadores, ó simples trazas de alguaciles para obtener dinero de gentes tímidas ó no muy ciertas de su inocencia.

Repetíanse también aquellas sorpresas en las casas de ciertas mujeres, casadas y solteras, que, sin ser enteramente declaradas de mala y airada vida, eran notorios su desenvoltura y el poco recato de sus hogares, hasta que el celo de las autoridades en ciertos momentos las expulsaba de la corte.

Tal sucedió en el verano de 1609, según expresa una de las célebres *Relaciones* de Luis Cabrera de Córdoba (pág. 380), fechada en Madrid á 29 de Agosto de dicho año, en estos términos:

«Trátase muy de veras de reformar los vicios de la corte, y principalmente de mujeres que la tienen escandalizada con su mal vivir, debajo de ser casadas; y así han echado de ella algunas con sus maridos y padres, y estos días á tres alguaciles de corte con sus mujeres, señalándoles tres ciu-

dades donde estén, y que los corregidores no les dejen salir de ellas sin orden de S. M., para que con este ejemplo se recojan las demás.»

Estos tres alguaciles eran Pedro Vergel, Pedro de Sierra y Jerónimo Ortiz; dos de ellos, al menos, ya de antes conocidos por excesivamente tolerantes con sus mujeres, pues el mordaz Conde de Villamediana había compuesto esta redondilla (incluyendo en ella á otro alguacil llamado Santiago de Medina) enderezada «A un labrador que venía á buscar bueyes á Madrid»:

Isidro, si á nuestra tierra
bueyes venís á buscar,
estos tres podéis llevar:
Medina, Vergel y Sierra (1).

Con ocasión del asunto que apunta Cabrera de Córdoba, llovieron poesías satíricas, y nuestro Salas compuso dos: una á las mujeres desterradas y otra á los alguaciles, que no se recató de leer ó recitar á algunos amigos, y fueron tan públicas, que los alcaldes á cuya noticia llegaron, incoáronle nueva causa, y uno de ellos, D. Gonzalo Pérez de Valenzuela, penetró en su casa,

(1) Bien conocida es asimismo aquella otra copla del Conde á Pedro Vergel, entre muchas más á este mismo sujeto:

¡Qué galán que entró Verger
con cintillo de diamantes:
diamantes que fueron antes
de amantes de su mujer!

registró sus papeles hasta dar con las poesías, y le llevó preso en 20 de Septiembre del referido año de 1609.

En la composición dedicada á las mujeres nombraba Salas á Magdalena de Sierra, D.ª Francisca de Vicuña, D.ª María Ortiz, D.ª Isabel Camargo, D.ª Antonia Trillo y otras, hasta doce, con sus maridos, á quienes llamaba los Doce Pares del Rastro.

De estas mujeres, la D.ª Antonia Trillo es ya conocida de los curiosos de estas minucias históricas, por haber sido procesada otras dos veces: la primera en 1596, por su trato ilícito nada menos que con Lope de Vega, y la segunda por unas cuchilladas y heridas que hubo en su casa, donde tenía una tertulia en que jugaban algunos caballeros.

Recibióse declaración á ciertas personas á quienes Salas había dicho ó leído las referidas sátiras. Una de ellas, que le quiso favorecer, dijo que, habiéndole preguntado «al dicho Salas si él había hecho aquellos versos, dijo que de ninguna manera, porque él no trataba de hacerlos de aquel sujeto, porque no quería meterse en ruido, aunque en los tiempos corrientes había harta ocasión para los maldicientes, *con la salida de los alguaciles*».

Pero lo más curioso de esta causa es la propia confesión del interesado, que revela su carácter tero, origen quizás de su poca fortuna. Por ser cumento de grande interés biográfico copiare- s sus párrafos principales. Esta confesión la stó el 23 de Septiembre:



«Preguntado cómo se llama; qué oficio y edad tiene, el cual dijo: Que se llama Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo y que es hijo de Diego de Salas Barbadillo, difunto, y de D.ª María de Porras, su madre, en cuya compañía está y del licenciado Diego de Salas, su hermano, y que acude á negocios de la Nueva España, y en esto se entretiene y es de edad de 27 años poco más ó menos.

»Preguntado si este confesante hace versos y cuánto tiempo ha que los hace; y si unos cuadernos de diferentes poesías que estaban en su casa y en un escritorio de su hermano y deste confesante son suyos y hechos por él, dijo: Que confiesa que hace versos desde que tiene uso de razón y que en el dicho escritorio que dice la pregunta tiene este confesante algunos cuadernos y papeles de obras suyas, unas comenzadas y otras acabadas; y este confesante hizo un libro de Nuestra Señora de Atocha, que se intitula *La Patrona de Madrid*.

»Preguntado si es verdad que entre los dichos cuadernos y papeles tenía este confesante unos versos ó sátira contra Pedro Vergel, Pedro de Sierra y Jerónimo Ortiz, alguaciles desta corte, en que hablaba de los susodichos y sus mujeres mal, diga y declare cuándo le hizo, dijo: Que este confesante tenía entre los demás papeles el que se le ha preguntado en el cual decía de los dichos alguaciles la causa de su salida de esta corte, que había sido por ser pacientes, y que los había hecho para sí y no los había publicado á nadie.

»Y luego, incontinenti, el dicho señor Alcalde mandó á mi el presente escribano le mostrase al dicho Alonso de Salas los versos que le fueron hallados: *seis estancias de canción* y la que llaman *contera*, que está en un papel de cuartilla de dos hojas escritas por todas partes y rubricado de mí el presente escribano, para que los vea y reconozca. El cual, habiéndolos visto, reconoció ser la *Canción* que hizo á los dichos alguaciles, y que estaba entre sus papeles, y que la letra es del licenciado Diego de Salas, su hermano, el cual la escribió yéndole este confesante dictando; y esto responde y que había veinticuatro días que le hizo; y que le ha referido de memoria á algunas personas, como son D. Francisco Gasol, Protonotario de Aragón, y á D. Martín Valerio, hijo del Conde de Villalonga, en presencia de criados de uno y otro y de otras personas que no se acuerda; y que sospecha sacaron algún traslado dellas, aunque este confesante rehusó de dallo; pero que pudieron cogerlo al vuelo, y lo tiene por cierto; por que andan algunos traslados en poder de algunas personas como es Juan de Ena, criado del dicho D. Martín, y otros que por ahora no se acuerda quien son, y esto responde.

»Preguntado si es verdad que el sábado que ahora pasó, que se contaron 19 deste presente mes y año, ya tarde, yendo este confesante de las
llas de San Francisco hacia el Humilladero,
.o á las casas de D. Pedro de Toledo, se encon-
con D. Grao de Guardiola, D. Francisco
, Jaime de Cotes y otros conocidos y ami-

gos deste confesante, y á ruegos de los susodichos se volvió con ellos á las dichas Vistillas; dijo que lo confiesa como se le pregunta.

»Preguntado si es verdad que yendo en buena conversación con los susodichos se ofreció de hablar de diferentes cosas y luego vinieron á tratar de versos, y este confessante refirió de memoria unos que había hecho en que hablaba de la honestidad y trato de D.ª Francisca de Vicuña y D.ª Isabel Camargo y D.ª María Ortiz y D.ª Antonia Trillo y otras mujeres casadas, y de la *honestidad* de su maridos,' dijo: Que lo confiesa, y que los versos que dijo en la dicha ocasión son los que ha referido al dicho señor alcalde y están escritos de mano y letra de su merced y firmados y adicionados de mano deste confesante y señalados con su rúbrica y la del señor alcalde; y que no refirió en la dicha conversación más versos más de los que al presente tiene referidos; pero que confiesa haber dicho en la dicha conversación que había de hacer segunda parte de los dichos versos, en que hábía de poner á las mujeres contenidas en la dicha pregunta y á sus maridos por ser sujetos capaces, ellas y otros para hacer versos de ellos en la dicha materia, como los primeros que había hecho; y que los que oyeron se debieron de engañar entendiendo que los había dicho los versos primeros; y esto confiesa y lo demás niega.

»Preguntado qué traslados andan destos *segundos versos* y á quién los ha referido en otras ocasiones, y dicholes lo mesmo que tiene confesado en

la pregunta antes de ésta: que no sabe si andan traslados de estos segundos versos como de los primeros, porque este confesante no los ha dado ni los ha visto.

»Preguntado qué motivo tuvo este confesante para hacer los dichos versos y para hablar mal de las personas contenidas en ellos y de las que refirió en la dicha conversación, siendo lo uno y lo otro en tanto daño y perjuicio de las dichas personas; qué enemistad tiene con ellas ó qué otra razón le movió á ello, dijo: que solo le movió la curiosidad de poeta, y niega tener enemistad con ninguna persona de las susodichas» (1).

No se descuidaron los alcaldes en fallar el asunto acumulándole la causa de las heridas de D. Diego de Persia, y fué Salas condenado, por acuerdo de 3 de Octubre, en destierro de la corte por cuatro años y cincuenta ducados de multa. Pero en 17 del mismo mes la Sala, alzándole la multa, redujo su pena á dos años de destierro.

Empezó á cumplirlo cuatro días después, saliendo para Alcalá de Henares, donde se propuso residir en tanto sus amigos y parientes gestionaban el indulto. Preparáronlo para el Viernes Santo del inmediato año, dirigiendo entonces Salas al Rey el memorial siguiente:

«Señor: Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, dice que, como consta deste testimonio, fué condenado por los Alcaldes de vuestra Casa y corte

(1) *Dos Novelas*: págs. XXVII y sigs.



en dos años de destierro della por la pendencia entre él y D. Diego de Persia y otros y por cierta sátira; y ha muchos meses que está cumpliendo y no hay parte. Atento á lo cual y á este santo tiempo y la poca culpa que tiene, suplica á V. M. le haga merced de perdonarle y alzarle la pena.»

Consiguiólo; pero no se le notificó la Real Cédula, expedida en Lerma el 8 de Mayo de 1610, hasta después de esta fecha, por lo que vino á durar su destierro más de seis meses.

Pudo, pues, regresar á Madrid libre ya de toda culpa. Pero su inquieto natural le precipitó en nuevas aventuras que, al cabo de un año ó poco más, le causaron otro y más grave destierro, que esta vez le obligó á refugiarse en el reino de Aragón.

Ignoramos todavía la causa; pero el resultado es indudable, por haberlo referido él mismo. En la dedicatoria á D.ª Ana de Zuazo de la *Corrección de vicios*, contándole su triste odisea, comienza de este modo:

«Después, señora, que con tantas desdichas me faltó el asiento de mi casa y salió el alma desconsolada de todas las cosas que aliviaban la carga de tantos pesares como en el mundo padece aun la más descansada vida», y sigue refiriéndole las pérdidas que sus afectos experimentaron durante esta forzosa ausencia, como fueron el trato de la señora á quien ofrece el libro; el amor de cierta Belisa, «y la última y más dolorosa, porque está desnuda de esperanza de remedio: la muerte de Licenciado Diego Jerónimo de Salas Barbadillo

mi hermano, que en verdes años, llevó á la tierra las nobles esperanzas de su ingenio feliz por tantos estudios y desdichado porque no llegó á gozar el fruto dellos» (1).

Que le estaba vedado entrar en la corte, cuando en el verano de 1612 escribía la citada obra lo expresa el mismo Salas, casi al fin de ella, diciendo: «Esperanzas de volver á pisar presto las calles de Madrid me trajeron unas cartas que recibí al día siguiente (26 de Julio), y fué tanto el gozo, que, turbado con la novedad, salí á hacer partícipes de las buenas nuevas á los amigos y, entre ellos, al que tanto amaba.»

Reuniendo, pues, todos los datos esparcidos en sus libros, resulta que á fines de 1611 fué condenado á salir de Castilla, como lo puso en práctica, llegando sin parar á Burgos, «Roma de España», donde residió algunos días empleados en ver lo más curioso de la ciudad y saliendo «un viernes por la mañana», que, por lo que se deduce, fué á fines de Enero de 1612, con dirección á Zaragoza. Iba solo, por ser el camino de Burgos á la capital aragonesa poco frecuentado, y poseído el viajero forzoso de tristeza y flaco de salud.

---

(1) En efecto: en el archivo parroquial de San Andrés, tomo de *Difuntos* correspondiente á 1612, --- la siguiente partida (fol. 165 v.): «En siete de ro de mil y seisc.^{s} y doze murio á la Morería a, en sus casas, Diego de Salas Barbadillo, estu- ıte. Recibió los S.^{os} S.^{os} Enterrole su madre en Francisco, á cuya voluntad dejó su entierro.»



Por los campos de Navarra
Albanio llegar pretende
al muro de Zaragoza
que á las estrellas se atreve.
Ausente va de Castilla
y, por más desdicha, ausente
de Belisa, cuyos ojos
las luces del sol suspenden (1).

Así se expresaba en un romance que debió de componer por estos días, probablemente en la jornada.

Entró en Zaragoza el 1.° de Febrero, de noche, exclamando:

A ti me traen mis desdichas;
plega á Dios que dicha tenga:
pues sólo el haberte visto
ha sido gloriosa empresa.
De una villa cuyo río
de su patria se destierra
en el rigor del verano,
dejando viuda la arena
tus Carnestolendas anchas
pienso ver y holgarme en ellas,
que las que rompe la corte
le vienen al gusto estrechas (2).

Permaneció «muchos días», que fueron meses, en esta ciudad. Allí supo la muerte de su hermano en Madrid, suceso que le llenó de amargura, que expresó en tiernas endechas consagradas á la me-

(1) *El subtil cordovés Pedro de Urdemalas*, fol. 162.
(2) *«A Zaragoza»*, poesía incluída en *El subtil cordovés*, fol. 140.

moria de aquel «con quien, demás del deudo de la sangre, tenía yo particular parentesco de amistad; que este es el último nudo y el más fuerte para apretar voluntades».

El alma que fué tuya
en lágrimas te ofrezeo,
ya que no pude darte
el abrazo postrero...
Por más desdicha mía,
peregrino extranjero,
perdíte en Manzanares
vine á llorarte al Ebro...
Aún no bien treinta veces
los campos se vistieron
mientras que tú animaste
puro y vital aliento (1).

En la capital de Aragón cultivó la amistad de algunos escritores y literatos que allí residían, especialmente con el alférez Francisco de Segura, natural de Atienza (Guadalajara), á quien entregó su linda novelita *La hija de Celestina*, que Segura dió á la estampa en este mismo año de 1612. Quizá sea éste el «amigo, hombre de curiosos estudios», que le recomendó á algunas personas de Tudela, adonde pensó en retirarse en los meses

(1) «Estas escribió Alonso de Salas en la muerte de su hermano el Licenciado Diego Jerónimo de Salas», decía el autor al intercalar la anterior composición en *La Sabia Flora Malsabidilla* (pág. 323 de este tomo) en 1620, lo que demuestra cuán grande fué el sentimiento de aquella muerte, que el tiempo apenas pudo mitigar.

de calor antes de emprender un deseado y no cumplido viaje á Sevilla.

Empezaba ya el verano cuando salió de Zaragoza; así es que pudo hacer en un día la jornada de las 16 leguas escasas ó «muy breves», como él dice, que hay entre ambas ciudades, si bien el camino es llano y apacible. En Tudela fué bien hospedado y admitido de sus moradores, y allí colocó la acción ó relaciones de su novela *Corrección de vicios*, que suscribe, al final, de este modo: «De Tudela de Navarra, y de Agosto cuatro de mil y seiscientos doce.»

Si tales ansias de regresar á Madrid tenía, como manifiesta el pasaje antes copiado, no parece creíble hiciese el viaje á Cataluña, que indica Francisco de Segura, en la dedicatoria de *La Hija de Celestina*, en estos términos:

«Pasando á Cataluña Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo por esta ciudad de Zaragoza, con quien en fe de ser todos de una patria y nacidos en este reino de Toledo, profesé estrecha amistad, dejó en mi poder, por prendas de voluntad, algunos de los más felices trabajos de su ingenio; y entre ellos esta subtil novela de la *Hija de Celestina.*»

Como esta dedicatoria la suscribe Segura en Zaragoza á 22 de Mayo de 1612, es evidente que sólo puede aludir á un propósito formado por Salas al salir de Madrid á fines del año anterior; pero que no puso en ejecución ni entonces ni nunca.

IV

De todas suertes, á mediados de 1613 residía en Madrid, pues con fecha 31 de Julio aprueba las *Novelas ejemplares* de Miguel de Cervantes, á quien siempre consideró Salas como á su maestro, según se ha visto. Y antes de expirar el año tenía concluídas las cinco obras siguientes, fruto de sus ocios en las peregrinaciones forzosas de los tres últimos años:

La ingeniosa Elena.
El Caballero puntual.
El sagaz Estacio.
Corrección de vicios.
Romancero universal.

Obtuvo privilegio para imprimir en Aragón, por término de diez años, estas cinco obras, expedido en Ventosilla, á 20 de Octubre de 1613; y sin duda renunciando á darlas allí primero á la estampa, presentólas después á la censura eclesiástica de esta corte.

Aprobóselas con fecha 20 de Diciembre de 1613, el Vicario de Madrid Dr. Gutierre de Cetina, y todas fueron saliendo á luz en los años siguientes, excepto el *Romancero universal*, sobre cuya identidad ó existencia actual hay dudas muy fundadas. Gallardo creyó (núm. 6 de su *Criticón*) que acaso sería el *Romancero general* impreso en Madrid en 1614 y que Salas compilase los romances aña-

didos á la impresión de 1604 y escribiese la introducción que lo acompaña.

Otros bibliógrafos pensaron fuese el tomo de poesías del propio Salas, impreso en 1618. Esta opinión parece tener alguna fuerza, considerando que un elogiador de Salas, D. Antonio Sánchez de Huerta, en el romance biográfico que escribió al frente del *Sagaz Estacio*, enumera entre las demás obras del autor las *Rimas*, sin hacer mención del *Romancero*. Pero si se tiene en cuenta que en aquéllas apenas hay romances, y que al publicarlas en 1618 solicitó nuevas aprobaciones y privilegio, la duda subsiste con igual intensidad y fuerza.

La primera en salir á luz de las obras antes citadas fué *La ingeniosa Elena*, que ya se había impreso en 1612 en Zaragoza, aunque más abreviada y con el título de *La hija de Celestina* (1). Es la

---

(1) *La Hyia | de Celes- | tina. Por Alonso Geronimo de Salas Bar | badillo: impresa por la diligencia y | cuydado del Alferez Francisco | de Segura, entretenido | cerca de la persona del | Señor Virrey de | Aragon. | A Don Francisco Gassol, Caua- | llero del Orden de Santiago | del Consejo de su Magestad, y | su Protonotario en los Reynos | de la Corona de Aragon.* | (Adorno.) *Con licencia.* | *En çaragoça, Por la Biuda de | Lucas Sanchez: Año de 1612.* | *A costa de Iuan de Bonilla.* | *Mercader de libros.*

12.º alargado; 4 h. prels. y 91 de texto.—Aprob. del Dr. Gregorio Juan Palacios, catedrático: Zaragoza, 24 de Abril de 1612.—Aprob. del Dr. Juan Porter: Zaragoza, 5 de Mayo de 1612.—Ded. del Alfére Segura: 22 de Mayo de 1612.—Soneto del mism á Alonso de Salas Barbadillo.—Otro del capitán An drés Rey de Artieda.—Texto que termina en la hoj 91; y al verso se hallan las erratas y el colofón: Co

vida de una aventurera de Madrid que, después de haber realizado diversas fechurías en varios lugares de España, muere por manos de la justicia.

---

licencia. | *En Zaragoza, por la Viuda de Lucas Sanchez.* | *Año de 1612.*

2.ª EDICIÓN. *La Hyia de Celestina.* (Le damos este título y no el de *La Hija de Pierres y Celestina* que dió Gayangos, porque á su ejemplar (único conocido) le faltan la portada y una hoja de preliminares. Guióse para ello Gayangos de los titulillos del tomo, que dicen efectivamente *La Hija de Pierres y Celestina* y de la aprobación del Doctor Palacios en que suena lo mismo. Pero como las ediciones de Zaragoza y de Milán (ésta reimpresión exacta de la de Lérida) tienen la verdadera portada, aunque los titulillos de las páginas sean distintos, claro es que la misma llevará la que le sirvió de original.

8.º prolongado; 4 h. prels. y 91 foliadas. (Al fin:) «*En Lerida. Por Luys Manescal, año M.DC.XII.*»—Licencia del Sto. Oficio.—«*Imprimatur.* El Doct. Iuan Sentis. Vic. general.» Lic. del Dr. Galipienso por comisión del obispo de Lérida D. Francisco Virgilio: «*Dat.* á 22 de Julio de 1612» —Aprob. del Dr. Gregorio Juan de Palacios, catedrático de Sexto en la Universidad de Zaragoza: 24 de Abril de 1612.—Aprob. del Dr. Juan Porter de orden del regente de la Real Chancillería José de Sessé: Zaragoza, 5 de Mayo de 1612.—Sonetos del alférez Segura y de Artieda.—Faltan la *Tassa* y *Erratas*, así como la licencia del obispo de Lérida, que consta por la reimpresión de Milán de 1616.

3.ª EDICIÓN. *La ingeniosa* | *Elena.* | *Por Alonso Geronimo de Sa-* | *las Barbadillo, vezino y natu* | *ral de la villa de* | *Madrid.* | *Agora de nueuo ilustrada y* | *corregida por su mismo* | *Autor.* | *A Don Francisco Gasol, Ca-* | *uallero del Orden de Santiago,* | *del Consejo de su Magestad, y* | *su Protonotario en los Reynos* | *de la corona de Ara-* | *gon. &c.* | *Con priuilegio.* | *De Castilla, y Aragon.* | *En Madrid.* | *Por Iuan de Herrera.* | *Año 1614.* | *Vendese en casa de Antonio Ro* | *driguez, calle de Santiago.*

12.º prolongado; 12 h. prels., 154 de texto y otras dos, una con los sonetos de Francisco de Segura y

Novela picaresca muy entretenida, dedicada á don Francisco Gasol, Protonotario de Aragón, á quien Salas había tratado antes de su último destierro.

Rey de Artieda y otra con las señas del impresor.—Tasa: Madrid, 12 de Abril de 1614.—Erratas.—Aprobación del Dr. Gutierre de Cetina: Madrid, 20 de Diciembre de 1613.—Aprob. de Fr. Manuel de Espinosa: Madrid, 6 de Enero de 1614.—Suma del privilegio: Madrid, 21 de Enero de 1614.—Priv. para Aragón.—Ded.—Versos de Martín Francés á Salas y de éste á él.—Soneto de Juan Francisco Bonifaz.—Al lector, por D. Francisco de Lugo y Dávila.—Texto.

En esta edición, hecha por el mismo autor, se intercaló una novela corta titulada *El pretendiente discreto*, y se hicieron algunas otras innovaciones; pero conservó Salas la dedicatoria á D. Francisco Gasol, de quien era amigo en Madrid, antes de su proceso de las sátiras.

A este Gasol dedicó su *Epigrama* 81 del *Caballero puntual*, diciéndole:

Señor: destierra el cuidado,
que ya es antigua esta pena
que el dichoso en causa ajena
sea en la suya desdichado.
No es mucho que para ti
te falten trazas y modos,
que el que es bueno para todos
siempre es malo para sí.

4.ª EDICIÓN. *La Hyia | de Celestina. | Por Alonso Geronimo | de Salas Baruadillo: | Impresa por la diligencia y cuydado | del Alferez Francisco de | Segura. | Entretenido cerca de la persona del Señor | Virrey de Aragon. | Al Molto Illustre Sig. | Filipo Trotti.* | (Escudo con un animal mirando de frente.) *En Milan, Por Iuan Bapt. Bidelo. 1616. | Con licencia de Superiores.* (Al fin repite las señas del impresor.)

12.º alargado; 4 h. prels., 102 de texto y otra más para un soneto en el recto y en el verso las señas de la imprenta. «*Imprimatur. Comissarius S. Officii Fr. Paulus de Clericis pro illustrissimo Card. Archi-*

Intercala Salas en ella dos sátiras en tercetos, tituladas *La Madre* y *El Marido,* historias de una mujer *Celestina* de sus propias hijas y un sujeto harto paciente, sátira esta última que acaso tenga que ver con las escritas contra los alguaciles de la corte, en 1609, de las cuales hemos tratado antes. Con la novela episódica del *Pretendiente discreto,* incluye, en cinco romances, la vida y muerte de un jaque llamado *Malas-manos,* que fué ajusticiado en Zaragoza, acaso cuando el autor residía en esta ciudad. El suceso parece real, así como el personaje, pues Salas cita hasta el juez que le mandó ahorcar, y que se llamaba Zalmedina.

Esta novela está escrita con mucha soltura, buen lenguaje y fluidez de estilo; tanto, que no

---

episc.— Vidit Saccus pro Excellentis Senatu.»—Aprobación del Dr. Galipienso por comisión del Obispo de Lérida D. Francisco Virgilio: 22 de Junio de 1612. —Aprob. del Dr. Gregorio Juan de Palacios: Zaragoza, 24 de Abril de 1612.—Lic. del Dr. Juan Sentis, Vicario general.—Aprob. del Dr. Juan Porter.—Sonetos del alférez Francisco de Segura y Rey de Artieda.—Ded. en italiano del impresor Bidello.—Texto.

5.ª EDICIÓN. *La ingeniosa Elena hija de Celestina... Aora de nuevo ilustrada en esta segunda impresion por su autor. Tercera impresion. Año de 1737.* Con licencia: *En Madrid á costa de D. Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de Cámara de S. M.* Se hallará en su imprenta y Librería, calle de Santo Tomás, junto al Contraste.

8.º; 8 h. prels. y 319 págs. Al fin lleva un *Epitafio á Celestina,* obra probablemente de Padilla. Es reimsión de la de Madrid, 1614.

nitó esta novela Scarron en sus *Hypocrites.* (Véase *ivelles tragicomiques de Scarron.* París, 1754, to-I.)

parece obra de principiante, sino de quien está muy acostumbrado á esta clase de trabajos literarios.

Siguióla en breve, en el mismo año (1614), la titulada *El Caballero puntual* (1), obra concebida

---

(1) *El cavallero | pvntval. | Por Alonso Geronymo de Salas | Barbadillo, vezino y natural | de Madrid, | Al Excelentissi- | mo Señor Don Luys Fernandez de | Cordoua, Cardona, y Aragón, Du- | que de Sessa, Conde de Cabra, y | Marques de Poza, &c. | Año* (Flor de lis grab. en mad.) *1614. Con Priuilegio de Castilla, | y Aragon. | En Madrid. | Por Miguel Serrano de Vargas.* (Al fin:) *En Madrid. | Por Miguel Serrano de Vargas.—Año 1614.*

12.° alargado; 12 h. prels.; 138 de texto y dos más al fin sin foliar. Erratas: Madrid, 22 de Agosto de 1614.—Tasa: Madrid, 28 de ídem íd.—Licencia del Ordinario: Madrid, 20 de Diciembre de 1613.—Aprob. de Fr. Manuel de Espinosa, trinitario: Madrid, 6 de Enero de 1614.—Privilegio al autor por diez años: Madrid, 21 de Enero de 1614.—Privilegio para Aragón: La Ventosilla, 20 de Octubre de 1613.—Dedicatoria del autor: Madrid, 24 de Agosto de 1614.—Texto.

2.ª EDICIÓN. *El | Cavallero | Pvntval. | Por Alonso Geronymo de Salas | Barbadillo, vezino, y | natural de la villa de | Madrid. | Al Excelentis- | simo señor don Luis Fernandez | de Cordoua, Cardona, y Aragō, | Duque de Sessa, Conde de Ca- | bra, y Marques de Po- | ça, etc. | Año 1616.* (Esc. del impr.) *Con Privilegio de Castilla, | y Aragon. | En Madrid, por Iuā de la Cuesta. | A costa de Miguel Martinez.—Vendese á las gradas de S. Felipe.* (Al fin:) *En Madrid: | Por Iuan de la Cuesta, Año 1615 (sic).*

12.°; 12 h. prels. y 154 de texto. Erratas: Madrid, 9 de Noviembre de 1615. Los demás prels. de la edición de 1614. En esta primera parte incluyó Salas cien epigramas que en gran parte volvieron á figurar luego en sus *Rimas*.

SEGUNDA PARTE

Segvnda parte | del Cavalle- | ro pvntval, y la co- | media de los prodigios | de Amor. | Al Excellentisis-



bajo la influencia que el genio de Cervantes ejercía sobre el joven entendimiento de Salas Barbadillo. Frecuentaba éste el trato y amistad de aquel grande hombre, por lo menos desde su regreso de Navarra, según hemos visto, pues en 1613 eligióle Cervantes como aprobador de sus *Novelas ejemplares*.

El Caballero puntual es una imitación del *Quijote*, en cuanto explana una monomanía, y no de las menos frecuentes, lo mismo en aquellos que en posteriores días: al buen D. Juan de To-

---

mo | señor Duque de Cea. | Avtor | Alonso Geronimo de Sa | las Barbadillo. | En Madrid. | Por Francisco Abarca de Angulo. | Con privilegio. | Año de 1619. | A costa de Andrés de Carrasquilla. | Mercader de libros. | Vendese en la calle Mayor, junto á la | casa del señor Juan de Frias.

8.°; 8 h. prels. y 198 de texto.– Tasa: Madrid, 11 de Mayo de 1619.—Erratas: 4 de Mayo de íd.—Privilegio: Madrid, 13 de Marzo de 1619.—Aprob. de D. Luis Varona Zapata: Madrid, 27 de Enero de 1619.—Otra del Lic. Alonso Illescas: Madrid, 29 de Enero de 1619. —Otra de Tomás Gracián Dantisco: Madrid, 11 de Febrero de 1619.—Dedicatoria del autor: Madrid, 13 de Mayo de 1619.—Texto.

Además de la comedia *Los prodigios del amor*, que va al fin del tomo, lleva intercalado un «diálogo» dramático que no es *diálogo*, pues entran más de dos personas, sino un entremés, no citado por Barrera, y titulado: *Las gradas de San Felipe*. ? ? !

Alguna semejanza con *El Caballero puntual* tiene una novela impresa en Ruan, en 1610, en dozavo, bajo el título de *Rodomontadas castellanas*, y aun con otra, procedida de la anterior, impresa en Venecia en 1675, en dozavo y en cuatro idiomas: castellano, italiano, francés y alemán, con el título de *Rodomontadas españolas*; colección de baladronadas y exageraciones atribuídas á un español fanfarrón. La novela de Salas es, sin embargo, como hemos dicho más bien la exposición de un caso de monomanía de grandezas.



ledo le aqueja el ansia de grandezas. Siendo *hijo de la piedra*, se adorna con un nombre de sabor ilustre; condúcese como un príncipe ó potentado en lo exterior de sus acciones; aspira á que se le tenga por tal, y su delirio le hace tomar por honores y alabanzas las ajenas burlas, como á Don Quijote se le antojaban debidos rendimientos á su persona las parodias caballerescas del ventero y las blandas ironías de los Duques. Pero ni con mucho puede esta obra parangonarse con su modelo, con ser ingeniosa y de agradable lectura.

La primera parte de *El Caballero puntual* va dedicada á D. Luis Fernández de Córdoba, Duque de Sessa y grande amigo y Mecenas de Lope de Vega. También lo fué algún tiempo de nuestro Salas, y éste le acompañó, probablemente en 1616 ó el año antes, en cierto viaje que hizo el de Sessa, tal vez á sus estados de Andalucía, según se deduce de una carta de Lope al Duque, en que, además de otras cosas, le decía: «Mire V. E. qué quiere que se responda á Toral, que no me ha dicho si piensa llevarle; y á mí sí que V. E. lleva á Salas Barbadillo á esta jornada; de que doy el parabién á entrambos (sin celos, por Dios): á V. E. de que vaya tan bien entretenido con tal entendimiento, y á él de que goce el de V. Ex.ª mientras que á mí me falta» (1).

---

(1) Carta, sin fecha, de Lope de Vega al Duque de Sessa en la *Nueva biografía de Lope*, por D. Cayetano Alberto de la Barrera: tomo I de las *Obras de Lope de Vega* publicadas por la Real Academia Española, pág. 333.

Indicios de una residencia de Salas en Andalucía hay hartos en sus obras; y como no hallamos otra ocasión en su vida en que colocarlo, presumimos que lo hubiese realizado entonces, aprovechando las no infrecuentes idas que á Baena y otros lugares suyos hacía el Duque.

Mucho más variada y saturada de recuerdos personales de su juventud borrascosa está la *Corrección de vicios* (1), publicada en 1615, sobre la que nada diremos, puesto que el lector la tiene en sus manos. La escribió Salas en Tudela de Navarra los días que allí estuvo á guisa de confinado, pues la firma en 4 de Agosto de 1612. Ofre-

(1) *Correccion | de vicios. | En que Boca de todas ver- | dades toma las armas contra la malicia de | los vicios, y descubre los caminos que | guian a la virtud. | Por Alonso Geronimo de Salas Barbadillo, | vezino y natural desta villa de | Madrid. | A Doña Ana de Zuazo de la | Camara de la Reyna nuestra Señora.* (Escudo pequeño del halcón.) *Con Privilegio de Castilla y Aragon. | En Madrid. | Por Iuan de la Cuesta, Año de 1615. | A costa de Miguel Martinez. | Vẽdese en la calle mayor á las gradas de S. Felipe.*

8.°; 4 h. prels. y 195 de texto. En el verso del folio 195 lleva el Colofón: *En Madrid, | Por Iuan de la Cuesta. | Año de 1615.*—Tabla de las novelas que se contienen en este libro (son ocho: tres en verso).—Tasa: 16 de Diciembre de 1614.—Priv. de Castilla, por diez años: Madrid, 21 de Enero de 1614.—Idem para Aragón, por diez años: Ventosilla, 20 de Octubre de 1613. — Erratas: Madrid, 8 de Diciembre de 1614.—Lic. del Ordinario: Madrid, 20 de Diciembre de 1613.—Aprob. de Fr. Manuel de Espinosa: Madrid, 6 de Enero de 1614.—Prólogo al lector, por D. Francisco de Lugo y Dávila.—Dedicatoria del autor: Madrid, 15 de Diciembre de 1614.—Décimas de D. Fernando Bermúdez Carvajal á D.ª Ana de Zuazo.—Texto.

cióla en el momento en que se comenzaba su impresión, suscribiendo la dedicatoria á 15 de Diciembre de 1614, á D.ª Ana de Zuazo, de quien sólo sabemos que había sido camarista de la Reina D.ª Margarita, esposa de Felipe III, fallecida en 1611. Aunque no debía ser persona de edad, Salas no teme, dirigiéndose á ella, alabar de hermosa á cierta *Belisa* (anagrama común de Isabel), de quien se confiesa rendido amante. A D.ª Ana solamente la celebra por su «ingenio admirable (donde) halla tantas ocasiones la alabanza; escuela de las virtudes y verdad donde se tocan todos los buenos ingenios». Murió antes de 1618, pues entre las *Rimas* del autor, publicadas en este año, hay un soneto «A la muerte de Doña Ana de Zuazo» que acaba así:

> Porque como ejemplar siempre viviste
> robó la muerte tus *honestos años*
> más que á tu vida á nuestro buen ejemplo.

por lo que también se deduce que murió soltera.

Su buen nombre subsistía aún en 1630, pues Lope de Vega, entre las poquísimas mujeres á quienes celebra en su *Laurel de Apolo* coloca á ésta, ponderando una vez más su discreción; pero añadiendo alguna circunstancia nueva, como las de que era madrileña excelente, cantora y tal vez poetisa; pues refiriéndose á las Musas, dice:

> Y entre las ninfas bellas
> de tus riberas nobles, Manzanares,
> que fueron *al nacer sus patrios lares*,
> hallaron á D.ª Ana de Zuazo,

donde con tierno abrazo
se juntaron las Gracias y las Musas,
en copias tan difusas,
que como suele la rosada aurora
cuando con áurea boca el campo dora,
vertiendo esmaltes en sus verdes velos
hablaba flores y cantaba cielos,
dando á las aves que despierta el día
materia de armonía,
y á los hombres científicos sujeto
de admiración y celestial conceto (1).

Presenta esta colección de novelas la singularidad de estar escritas tres de ellas en verso, que son *El mal fin de Juan de Buenalma*, en cien octavas reales; *Las narices del Buscavidas*, en otras cien, y *La mejor cura del matasanos;* forma de narración novelesca que no hemos visto usada antes por otro alguno. La novedad no da mérito al género, antes bien le quita espontaneidad y gracia.

El genio maleante y satírico de Salas no le quitaba simpatías y buena disposición hacia él de personas, no sólo muy respetables, como el Padre Hortensio Félix Paravicino de Arteaga y el Maestro José de Valdivielso, de quienes fué entrañable amigo, ni de los personajes más encumbrados por sus riquezas y posición social y política, como se demuestra por las dedicatorias de sus libros, sino que, ni aún entre sus mismos compañeros de ejercicio de literario deja de ser bien quisto y tenido en grande estima.

---

(1) Lope de Vega: *Laurel de Apolo*. Madrid, 1630. *Silva VIII*.



Ya poco antes el autor del *Quijote* había dicho en su *Viaje del Parnaso* (1614), dirigiéndose al propio padre de la musas: *(Cap. II.)*

> Este sí que podrás tener en precio,
> que es *Alonso de Salas Barbadillo*,
> á quien me inclino y sin medida aprecio.

Afecto igual le profesaban otros autores, y así buscaban su firma para los elogios poéticos con que, según costumbre del tiempo, solían ornar toda clase de escritos, aun los más ajenos al culto de las musas.

En el período de la vida de Salas á que hemos llegado vemos que celebra, en 1616, año memorable por ser el del fallecimiento de Cervantes, el poema ó «epopeya trágica», como el autor la llama, de *Los Amantes de Teruel*, de Juan Yagüe de Salas, que quizá sería pariente de nuestro poeta, escribiéndole un expresivo soneto (1). En

(1) *Los amantes de Teruel: epopeya trágica. Con la restauración de España por la parte de Sobrarbe conquista del reino de Valencia. Por Iuan Yagüe de Salas, secretario de la ciudad de Teruel. Dirigida al Consejo y Ayuntamiento de dicha ciudad. Con privilegio real: En Valencia por Pedro Patricio Mey. 1616.* (Al fin repite estas señas.)

8.°; 30 h. prels., 722 págs. de texto y 27 h. al final con un *Diccionario poético* y versos en elogio del poema. — Retrato de Yagüe.—Licencia: 26 de Enero de 1615.—Aprob. de Fr. Alonso Remón: Madrid, 22 de Enero de 1615.—Otra del Lic. Domingo Abad y Huerta: Valencia, 6 de Julio de 1616.—Carta *encomial* del P. Fr. Francisco González, mercenario.—Dedicatoria.—Prólogo.—Versos de Lope de Vega, Ricardo del Turia, Cervantes, *Salas Barbadillo* (un soneto), Guillén de Castro y otros.

el siguiente elogia, en unión de Lope de Vega, Vélez de Guevara y otros poetas, los *Discursos morales* (1) de Juan Cortés de Tolosa, novelista madrileño, más conocido por su *Lazarillo de Manzanares* y otras novelas cortas. En 1618 pagó el debido tributo de admiración al *Fénix de los Ingenios* loando la nueva edición del *Peregrino*

---

(1) *Discursos morales por Juan Cortés de Tolosa, criado del Rey nuestro señor, natural y vecino de Madrid. Dirigido á Martin Francés... Zarogoza; con privilegio; por Juan de la Naja y Quartanet, Impresor del Reyno de Aragon y de la Universidad y á su costa. Año 1617.*

8.°—Aprob. de Fr. Juan Tolón: 1.° de Mayo de 1617. —Otra de Fr. Francisco Cuenca: la misma fecha.—Licencia: Zaragoza, la misma fecha.—Priv. para Aragón: Zaragoza, 23 de Mayo de 1617.—Prólogo al lector.—Dedicatoria del autor: Madrid, 7 de Julio de 1617.—Versos de Lope de Vega (en latín), *Salas Barbadillo*, Francisco de Frutos y Luis Vélez de Guevara.

«*A Juan Cortés y su libro Alonso Geronimo de Salas Barbadillo:*

Cortés, con generosa cortesía
nos ofrece tu ingenio dulce y grave,
reducidos á un método suave
frutos de la moral filosofía.
Lo que la antigüedad nos encubría
con misteriosa ó con avara llave
en todo ingenio virtuoso cabe
por ser tú el sol que lo gobierna y guía.
Allá en sus altas y soberbias cumbres,
haciendo lo difícil agradable,
rompes camino en paso tan estrecho.
Que á un arte que corrige las costumbres
modo se le ha de dar comunicable
para que sea de todos el provecho.»

en su patria (1), y con otro soneto, en elogio del Príncipe, después Felipe IV, los *Proverbios morales* del famoso médico regio Dr. Cristóbal Pérez de Herrera (2). Y hasta en 1619 aparece enco-

---

(1) *El Peregrino en su patria. De Lope de Vega Carpio. Dedicado á Don Pedro Fernandez de Córdoba, Marqués de Priego, señor de la casa de Aguilar. Año* (Escudo.) *1618. Con privilegio. En Madrid. Por la Viuda de Alonso Martin. A costa de Alonso Pérez.*

8.°: 16 h. prels., 240 foliadas y 4 al fin sin número. Lleva los preliminares de la primera edición de 1604, con más nuevo privilegio (17 de Diciembre de 1614). Erratas: (13 de Febrero de 1618).—Versos laudatorios de la primera y otros del Dr. Tejada, Agustín de Castellanos, *Salas Barbadillo* y Fr. Onofre de Requeséns.

Dice Salas:

Es la patria del sol el alto cielo,
por donde solo sigue su camino;
y así en su propia patria es Peregrino
amando su divino paralelo.
. . . .
Vos, Belardo, en Madrid, patria dichosa,
con vuestro ingenio célebre seguistes
un camino desierto, raro y solo.
Y así por esta hazaña milagrosa
en vuestra patria peregrino fuistes
como en el cielo el soberano Apolo.

(2) *Proverbios morales y Conseios christianos, muy provechosos para concierto y espejo de la vida, adornados de lugares y textos de las diuinas y humanas letras. Y Enigmas filosoficas natvrales y Morales, con sus Comentos. Divididos en dos libros. Al Serenissimo Principe Don Filipe de Austria N. S. ... Por el Doctor Christoval Perez de Herrera, Medico del Rey N. S. y del Reyno, Protomedico de sus galeras de España, natural de la ciudad de Salamanca. Año* (Escudo real.) *1618. Con privilegio. En Madrid, por Luis Sanchez, impresor del Rey N. S.*

4.°; 24 h. prels. y 224 foliadas.—Tasa: Madrid, 20 de Abril de 1618.—Erratas: Madrid, 19 de Abril

miando el tratado apologético del Dr. Pedro Díaz de Agüero, titulado *Demostración clarísima de la inmaculada Concepción de la Virgen*, ponderando las maravillas que en facultad ajena de sus estudios sabía escribir el docto médico valisoletano (1).

de 1618.—Suma del privilegio: Madrid, 16 de Enero de 1619.—Licencia del Ordinario: Madrid, 19 de Diciembre de 1612.—Aprob. del Guardián del Convento de Alcalá, Fr. Melchor de Cetina: San Francisco de Madrid, 28 de Diciembre de 1612.—Aprobación del P. Juan Luis de la Cerda: Madrid, 4 de Enero de 1613.—Dedicatorias.—Prólogo.—Versos laudatorios, de Gonzalo de Ayala, *Alonso de Salas Barbadillo*, Vicènte Mariner (en latín), D. Gonzalo de Céspedes y Meneses, el Maestro J. de Valdivielso y otros muchos.

(1) *Demostracion clarisima en discurso sucinto y breve de la inmaculada y purisima concepcion de la Sacratisima Maria, madre de Dios... Al Marques de la Laguna D. Sancho de la Cerda. Por el Doctor Pedro Diaz de Agüero, profesor en la facultad de medicina y del hábito de San Juan, natural de la ciudad de Valladolid, residente en la corte de S. M... Año 1618. Con privilegio Real. En Madrid, por Diego Flamenco, impresor.* (Al fin:) *En Madrid. Por Diego Flamenco. Año de 1619.*

4.º: 13 h. prels., 149 foliadas y 11 de Tabla al final.—Aprob. del Dr. Pablo de Zamora, cura de S. Ginés.—Otra de Fr. Francisco González.—Tasa.—Erratas.—Privilegio.—Dedicatoria.—Prólogo.—Versos laudatorios de Gaspar de Céspedes Navarro, Luis Tribaldos de Toledo, Fr. Alonso Méndez de Sotomayor, *Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo*, un soneto que empieza:

Feliz Agüero, que con sabia lumbre
defiendes la pureza inmaculada,
dejando esta materia realzada
tanto que su opinión ya es certidumbre...



V

Poco antes había sacado á luz el tomo de sus *Rimas*(1) escritas en diversos tiempos, y ocasiones particulares. Púsolas bajo la protección de don Juan Andrés Hurtado de Mendoza, V Marqués de Cañete, de quien recibió algunos favores, que confesó noblemente Salas en su otra dedicatoria que

---

(1) *Rimas castellanas | A D. Ivan Andres | Hvrtado de Mendoça | Marques de Cañete, Señor de | las Villas de Argete y su | partido, Montero mayor | del Rey nro. Sennor, | Guarda mayor de | la ciudad de Cuen | ca, ett.ª | Por Alonso Geronimo | de Salas barbadillo. | En Madrid en casa de la viuda de Alonso martin | 1618.*

8.º; 9 h. prels. y 136 foliadas. Tasa: Madrid, 12 de Julio de 1618.—Erratas: 9 de Julio de ídem.—Suma del privilegio: Madrid, 12 de Junio de 1618.—Aprobación de Don Luis Varona Zapata: Madrid, 28 de Mayo de 1618.—Soneto de D. Francisco de Tapia y Leiva.—Lic. del Ordinario: Madrid, 28 de Mayo de 1618.—Ded. en verso del autor.

Hay ejemplares con variantes en el texto, lo que demuestra la existencia de dos tiradas, al menos de algunos pliegos. La obra salió al público en Agosto, pues en tal mes se entregaron ejemplares á la asociación de impresores.

Nicolás Antonio menciona una impresión de 1616 en la referida imprenta; pero debe de ser errata, pues no cita la de 1618.

Contiene el libro 81 sonetos; 190 epigramas de ocho versos cada uno, y tercetos, canciones, silvas, epitafios y romances; estos últimos en mucho menor número, lo que parece demostrar que en manera alguna es este el *Romancero universal* que consta tenía Salas escrito y aprobado en 1613.

le hizo, en 1621, de *La Sabia Flora Malsabidilla*, diciendo: «Yo, *como más obligado*, ardo en los ínclitos deseos de su alabanza (la del padre del Marqués). Mas, mientras llega este para mí día venturoso, ofrezco á los pies de V. Señoría un humilde y deslucido discurso.»

Era, en efecto, D. Andrés hijo de D. García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, el famoso domador de los araucanos.

Salas no llegó á escribir el ofrecido elogio de aquel insigne Capitán, poco ó nada celebrado por Ercilla, pedestremente ensalzado por Pedro de Oña y con mayor acierto por el Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa en sus *Hechos de Don García Hurtado de Mendoza Quarto Marqués de Cañete* (Madrid, 1613). Sin embargo, hasta el teatro de aquellos días glorificó los memorables hechos del famoso guerrero, primero en la comedia *Arauco domado*, de Lope de Vega, y luego en otra escrita por nueve ingenios (1). Murió en Madrid el 15 de Octubre de 1609, de setenta y cinco años de edad. Don Andrés era hijo de su primera mujer doña Teresa de Castro y Portugal, Condesa de Villalva,

(1) *Algunas hazañas de las muchas de Don García Hurtado de Mendoça, Marqués de Cañete... Por Luis de Belmonte Bermúdez. En Madrid. Por Diego Flamenco. Año 1622.* 4.°; 74 hojas. Los demás poetas que colaboraron en esta comedia, donde se especifica la parte de cada uno, fueron: Mira de Amescua, Conde del Vasto, Alarcón, Luis Vélez, D. Fernando Ludeña, D. Jacinto de Herrera, D. Diego de Villegas y Guillén de Castro.



hija mayor del Conde de Lemos D. Pedro Fernández de Castro, y había nacido en 1535.

Estaba el viejo Marqués de Cañete por los años de 1599 casado con D.ª Ana de la Cerda, viuda de D. Enrique de Mendoza, hermano del Duque del Infantado. Tenía la dama (que después de viuda aún se casó por tercera vez con el Marqués de Atela) de su primer marido dos hijas, y la primogénita heredaba un mayorazgo de 12.000 ducados de renta. Habíala su padre dejado capitulada con el hijo del Duque de Feria; mas el Marqués de Cañete indujo á su esposa á que casase á su hija con el suyo, nuestro D. Juan Andrés, desposándose desde luego, en ausencia del novio, el propio D. García con su hijastra. Pero el Duque del Infantado, tío y curador de la joven, se quejó al Rey del abuso de autoridad del de Cañete, á quien no valieron todas sus hazañas para que en 12 de Marzo de 1599 un alcalde de corte no fuese á prenderle en su lugar de Argete (cerca de Madrid), donde á la sazón residía. Anulóse todo lo hecho; pero la joven D.ª Isabel no se casó con el prometido por su padre, sino con D. Juan Pacheco, Conde de la Puebla de Montalbán, por los años de 1601.

Algunos después (1) contrajo D. Juan Andrés

(1) En el intermedio habia ya nuestro D. Juan Andrés sido casado otras dos veces: la primera con D.ª María Pacheco, hija del tercer Conde de Chinchón, y la otra con D.ª María de la Cerda, hija del quinto Duque de Medinaceli, y estaba viudo desde el 7 de Mayo de 1606 en que falleció en La Parrilla su esposa D.ª María.

Hurtado un matrimonio no menos novelesco con D.ª María de Cárdenas, hija mayor de D. Bernardino, tercer Duque de Maqueda y D.ª Luisa Manrique, su esposa, Duquesa propietaria de Nájera.

La Duquesa tenía en el mes de Septiembre de 1607 á su hija en el convento de Torrijos, y D. Juan Andrés Hurtado halló modo de desposarse de palabra y delante de un escribano con ella. A instancias de la Duquesa D.ª Luisa (el Duque había muerto en 1601 y el hijo heredero, D. Jorge, era aún menor), madre de la futura monja, fué el de Cañete preso, y estuvo custodiado en casa de un Alcalde de Corte, y luego llevado al castillo de Pinto.

A su hija, no contenta la Duquesa con que un Alcalde de Corte la vigilase, con estrechar su reclusión y mudarle las criadas, logró que fuese trasladada al convento de los Angeles de esta corte, siempre vigilada por alcaldes y alguaciles.

El escándalo trascendió al público, pues el cronista Luis Cabrera de Córdoba estampó en una de sus *Relaciones* (1):

«Dícese que la Duquesa mostraba poca voluntad á la hija y quería que fuese religiosa; y por no quererlo ser la trataba con aspereza y no la daba lo que había menester, y fué necesario acudir al Consejo para que la mandase dar alimentos. Y este rigor ha sido causa de lo que ha sucedido y querer la Duquesa casar otra hija menor con gran

(1) Pág. 316.



dote: y ha mandado su majestad que no se escriba sobre este negocio, lo que hace creer terná efecto el casamiento.»

Túvolo después que el Consejo, oyendo á doña María y persistiendo ésta en ser mujer de D. Juan Andrés, lo autorizó, en lo que le tocaba, contra la voluntad de la Duquesa, casándose en Barajas, en Abril de 1609, «asistiendo (añade Cabrera) los de la casa de Lemos, como deudos, aunque la madre lo ha procurado impedir y contradecir la dispensación; y cuando no ha podido más, en lugar de librea ha dado á sus criados luto, y se ha mandado que los casados se vayan á residir en Argete, lugar del Marqués, hasta ver si se pueden reducir en la gracia de la Duquesa.» (Pág. 367.)

Fué poco á poco cediendo, y aun en 1627, cuando falleció, dejó gran manda de ducados á su hija, que, corriendo el tiempo, vino á ser heredera de las dos grandes casas de Nájera y Maqueda, que poseyeron sus descendientes.

Nuestro D. Juan Andrés Hurtado aún contrajo cuarto matrimonio con D.ª Catalina de Zúñiga, Marquesa viuda de Villena, y murió en Madrid el 6 de Abril de 1639, dejando sólo sucesión femenina (1).

Aunque á este Marqués de Cañete dedicó Salas Barbadillo el tomo de sus *Rimas*, no por eso es menos cierto que iban consagrados á una dama, pues escribía:

---

(1) Salazar y Castro, *Casa de Lara*, II, 215.

Estos humildes versos recebid, suaves
por ser su asunto Laura, cuyo cielo
del mismo amor aun no fió sus llaves,
que con el vuestro premiaréis mi celo.

Pero es el caso que esta Laura había ya fallecido; pues entre los sonetos del tomo hay uno: «A las memorias de una dama muerta», que principia:

Al fin Laura murió por ser hermosa,
que sólo en tal delito fue culpada.

Celebróla en otras obras suyas, como en la *Sabia Flora* (1), *Don Diego de Noche*, la *Casa del placer honesto*, etc., aunque parece no haber recogido más que desdenes de la dama. Y esta es la ocasión de advertir que no parece haber sido Salas feliz en sus amores.

Hemos dicho que antes había festejado á una *Belisa*, «sujeto por la belleza maravilloso y por las costumbres más amable, á quien mi voluntad hizo la mayor obligación», decía en 1612, lamentando, en su destierro de Navarra, la ausencia de ella:

Después que muero, Belisa,
tan lejos de donde estás,
te despacho estos suspiros
que te vayan á buscar (2).

(1) Al fin de varias de sus novelas colocó repetidamente una *Silva de Albanio á Laura*, que en rea[illegible]d son dos diferentes, aunque el asunto sea el ce[illegible]ar á esta dama. *Albanio* era el nombre poético [illegible]Salas.

[illegible]) *Corrección de vicios*, pág. 153.

Durante su destierro hízole otros muchos versos. En un romance, dirigiéndose á *Belisa,* aunque hablando de la Fortuna, exclamaba:

Desterróme de sus ojos
donde, con ansia mortal
lloro por volver á vella,
si antes no vengo á cegar (1).

Y en otra, recogida después en el *Sutil cordobés,* añadía, refiriéndose á su estancia en Zaragoza:

Aquí vivo y aquí muero,
muero por no poder vella
y vivo con la esperanza
de que este bien está cerca.
Si Ebro corre tan airado
que amenaza á las esferas,
mis lágrimas tienen culpa
de su arrogancia y soberbia (2).

Dos años más tarde ya habían concluído estos amores, pues en *El Caballero puntual,* primera parte, decía:

«Albanio (era su nombre poético), humilde pastor de Manzanares felicísimo y desdichado; felicísimo en la elección y desdichado en la pérdida de Belisa.» Y en uno de los epigramas que incluye más adelante, añade:

Después que por desdichado
de Belisa el bien perdí
darme la muerte escogí,
Celio, por medio acertado.

(1) *El Subtil cordovés, Pedro de Urdemales*, folio 199.
(2) *Idem*, fol. 134.

Quizás influiría en esta poca fortuna el físico de Salas. Según las noticias que de su persona arroja la causa de las sátiras, era de corta estatura, muy moreno de color y pelinegro. En Febrero de 1609 gastaba barba larga, pues por ella le asió D. Diego de Persia en la disputa que hubieron; pero en Octubre ya se la había afeitado, pues en la identificación practicada por el escribano en el destierro de Alcalá, se expresa en esta forma, algo contradictoria: «barbinegro, lampiño.» El mismo Salas no tenía muy aventajada idea de su gallardía, pues, decíale en cierta ocasión su amigo *Boca de verdades:* «Sin duda, señor Alonso Jerónimo, que sois hombre de más corazón de lo que promete vuestro cuerpo» (1). Por último, parece que vivió y murió soltero.

---

(1) *Corrección de vicios*, pág. 248.

VI

Dos años transcurrieron sin que Salas diese al público otras muestras de su entendimiento. No los pasó ociosos, sino trabajando con mayor afán que hasta entonces, como lo prueba el gran número de libros que imprimió en el año de 1620 y los que dejó corrientes y dispuestos para darse á la estampa.

Inició esta serie de publicaciones la comedia en prosa, como él la llama, aunque es una extensa novela dialogada, su título *El sagaz Estacio, marido examinado*, de carácter celestinesco y á la vez semejante á las comedias italianas de los siglos XVI y XVII, cosa que el autor reconoce en la dedicatoria que de la misma hizo á D. Agustín Fiesco, caballero genovés, diciéndole haber tenido, entre otras razones para ofrecerle la obra: «La segunda ser esta comedia en prosa á imitación de tantas como hoy corren en Italia, por parecerme que nadie ampararía más bien esto que un caballero de la misma nación, supuesto que en Castilla no tenemos más que una, que es *La Celestina;* bien que ésta, aunque única, es de tanto valor que entre todos los hombres doctos y graves, aunque sean de la más recatada virtud, se ha hecho lugar, adquiriendo cada día venerable estimación; porque entre aquellas burlas, al parecer livianas, enseña una doctrina moral y católica, ame-

nazando con el mal fin de los interlocutores á los que les imitan en los vicios. Esta parte he templado yo, por dar la obra más suave á los lectores haciendo que se corrijan á tiempo, y poniendo en su desengaño el de los demás que cayesen en su flaqueza» (1).

---

(1) *El Sagaz | Estacio | marido | examinado. | A D. Agustin Fiesco Caua- | llero nobilissimo de la Repu- | blica de Genoua. | Autor Alonso Geronimo | de Salas Barbadillo. | Año* (Escudo pequeño del halcón.) *1620. Con privilegio. | En Madrid por Iuã de la Cuesta. | Vendese en la calle mayor jũto á la | casa del señor Iuan de Frias Oydor | del Real Consejo.*

12.º alargado; 12 h. prels., 155 foliadas y otra para el colofón, en que repite las señas.—Suma del privilegio: Madrid, 21 de Enero de 1614.—Otro para Aragón: Ventosilla, 20 de Octubre de 1613: D. Francisco Gasol.—Tasa: 4 de Marzo de 1620.—Erratas: la misma fecha.—Aprob. del Dr. Gutierre de Cetina: Madrid, 20 de Diciembre de 1613.—Otra de Fr. Manuel de Espinosa para las cinco obras ya indicadas: Madrid, 6 de Enero de 1614.—Décima de D. Fernando Bermúdez y Carvajal.—Romance panegírico en alabanza de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo por D. Antonio Sánchez de Huerta:

Honor fiel de nuestra edad,
corona de nuestros tiempos,
crédito de nuestro siglo,
asombro á los venideros,
le apellidan todos cuantos
reconocen corto premio
lucientes siempre laureles
á tales merecimientos.

Sigue enumerando las obras que hasta entonces llevaba impresas Alonso de Salas.—Dedicatoria del autor, fechada en Madrid á 4 de Marzo de 1619.—Texto y al final una *Silva* á la buena memoria de Sinibaldo Fiesco, padre del Mecenas.

2.ª EDICIÓN. *El Sagaz | Estacio | Marido examinado. | A D. Agustin Fiesco Caualllero | nobilissimo*

Tenía Salas escrita esta obra y aprobada desde 1613, como se ve por el privilegio para Aragón, que la precede, y es el mismo que acompaña á *La ingeniosa Elena*, al *Caballero puntual* y la *Corrección de vicios;* pero es muy verosímil que la ampliase y aun reformase en 1619 al darla á la estampa.

El asunto del *Sagaz Estacio* parece derivado de los sucesos que ocasionaron el primer destierro de Alonso de Salas Barbadillo. Es imposible imaginar mayor sarcasmo, mayor desprecio de los maridos tolerantes con sus mujeres que los que revelan las páginas de esta novela. D.ª Marcela, dama cortesana que intenta casarse para rehuir las indagaciones de la autoridad sobre su vida, busca el marido más paciente para sus vicios y travesuras; y sólo elige á Estacio cuando, examinada su conducta anterior, resulta, por declaración de algunos testigos, que era viudo y su difunta mujer le había maltratado de palabra y obra; que facilitaba y aun solicitaba amantes para ella, y hasta que había sido criado y amamantado por una cabra, extremo este último á que la dama concede grande

---

de la Republica | *de Genoua.* | *Autor Alonso Geronimo* | *de Salas Barbadillo.* | (Escudo del impresor.) *Con privilegio.* | *En Madrid, Por Luis Sanchez,* | *Año M.DC.XXI.* | *A costa de Andres de Carrasqui-* | *lla mercader de libros, Vendese* | *en la calle mayor, y Palacio.*

12.º alargado; 12 h. prels., 155 de texto y una de colofón.—Privilegios y Tasa como en la anterior.—Erratas: 7 de Diciembre de 1620.—Los demás preliminares como en la anterior impresión.—Al fin la *Silva* á la memoria de Sinibaldo Fiesco.

y resolutiva importancia. Pero el autor vuelve por la moral pública suponiendo que Estacio se fingía de aquella condición sólo por obtener la mano de D.ª Marcela y que está muy lejos de la condescencia que su futura le suponía.

La ironía en esta obra se extiende, no sólo al tema principal, sino á los episódicos ó incidentales de dos hermanos que esperan y desean la muerte de su padre para entregarse á sus amores y dos valentones y rufianes, tipos éstos imitados de Cervantes, que hablan con la más cómica seriedad de sus arrojos y picardías. Incluyó también Salas en este libro ochenta epigramas, que continúan la serie de los contenidos en sus *Rimas*.

En el año de 1619 tenía ya terminadas, y dió á luz á principios del siguiente, las dos novelas *El sutil Cordobés Pedro de Urdemalas* (1), y *El caba-*

---

(1) *El svbtil* | *Cordoves Pedro* | *de Vrdemalas.* | *A Don Fernando Pimen-* | *tel, y Requesenes.* | *Avtor Alonso Geronimo* | *de Salas Barbadillo.* | *Con vn tratado del* | *Cauallero Perfecto* | *Año* (Escudo pequeño del halcón.) *1620* | *Con privilegio.* | *En Madrid. Por Iuan de la Cuesta.* (Al fin:) *En Madrid,* | *Por Iuan de la Cuesta,* | *Año. M.DC.XX.*

8.º; 4 h. prels., 167 foliadas (pero son 267, pues repite la paginación desde la 200 con el número 100) y una más para el colofón sin numerar.—Suma del privilegio, al autor, por diez años: Lisboa, 28 de Septiembre de 1619.—Tasa (4 mrs. pliego): 6 de Diciembre de 1619. — Erratas: Madrid, 6 de Enero de 1620. — Abrob. del Ordinario: Madrid, 30 de Agosto de 1619.—Otra del Lic. Antonio Luis del Río: adrid, 9 de Septiembre de 1619. — Soneto de Fernando Bermúdez y Carvajal á D. Fernando mentel y Requesenes.—Ded. firmada por el autor de Enero de 1620.—Texto: En el fol. 109. pero

llero perfecto las cuales vendió por 500 reales al famoso librero Alonso Pérez (1), padre del Dr. Juan Pérez de Montalbán.

Aunque el *Urdemalas*, por su título, parece ser obra de asunto picaresco, y este carácter tienen las primeras aventuras, luego se estanca la acción, concretándose á una especie de academia de las usadas en aquel tiempo, y en la cual, lo mismo el

---

que es el 209, comienza la comedia de *El Gallardo Escarramán* en tres *actos* y en varias clases de metros. En los titulillos de cada página de la novela se dice: «*Primera parte de Pedro de Urdemalas*.» No consta que haya escrito la segunda. La silva *Albanio á Laura*, comienza:

> A la inmortalidad de tu belleza,
> ¡oh, Laura! á quien el tiempo siempre aleve,
> tirano de hermosuras no se atreve...

El *Tratado del Caballero perfecto*, que es en realidad otra obra, es probable que en los primeros tiempos fuese encuadernado con este volumen; pero como lleva portada, paginación y preliminares especiales, pronto hubo de segregarse, formando hoy un tomo aparte. Es el que se describe en la nota subsiguiente.

(1) «Sepan quantos esta carta de obligación vieren como yo, Alonso Pérez, mercader de libros, vecino de esta villa de Madrid, otorgo, debo y me obligo de dar y pagar y daré realmente y con efecto á vos, Gerónimo de Salas Barbadillo, vecino desta villa... 300 reales, resto de 500 reales en que me ha vendido y yo le hube comprado dos privilegios de dos libros intitulados el uno *El Perfecto caballero* y el otro *El sutil cordoves Pedro de Urdemalas*, autor el mismo Alonso de Salas Barbadillo y dellos hizo recaudo y le entregué los ducientos reales... y se los pagaré para de hoy día de la fecha en tres meses.» En Madrid á 19 de Septiembre de 1619. Prot. de Juan Cano López, 1619.—(P. Pastor: *Bibliografía madrileña, parte segunda*, Madrid, 1906, pág. 547.)

protagonista que su compañera y algunos caballeros y músicos valencianos, entretienen los ocios de sus tertulias refiriendo cuentos, cantando ó leyendo poesías y hasta representando una comedia, la de *El gallardo Escarramán*, que va al fin del tomo. Bien es verdad que dicha obra se intitula *primera parte*, y al fin de ella ofrece una segunda donde continuaría las aventuras del famoso hijo de Córdoba.

Además del gran número de romances redondillas y endechas que ingiere en el discurso del libro, intercala dos novelas en verso, como había hecho en la *Corrección de vicios*, tituladas *Recaredo y Rosimunda*, en 66 octavas reales, y *Polidoro y Aurelia* en otras 64. Al fin va una de sus *silvas* á Laura, si bien la mayor parte de sus versos cortos están dedicados á *Belisa*, y aparecen escritos en el segundo destierro en Zaragoza y Tudela.

La comedia de *El gallardo Escarramán* es semiburlesca. Redúcese su argumento á las burlas que este jaque hace á dos caballeros sevillanos, los amores ridículos de uno de ellos y sus bodas, que coinciden con las de Escarramán y la Méndez, con cuyo motivo el Asistente de Sevilla, donde pasan estas cosas, perdona la vida al héroe de la jacaranda, que estaba preso y condenado á muerte.

No oculta Salas el fin docente que movió su pluma al escribir *El caballero perfecto*, diciendo su dedicatoria á los procuradores de cortes: abiendo yo determinado formar la idea de un allero perfecto, para proponer en ella un



exemplo imitable, si no en todo en la mayor parte á la noble juventud de estos reinos, quise, pues estaba á mi elección, hacelle descendiente de cuatro familias de las más ilustres dellos, para que persuadiese con mayor fuerza con la semejanza» (1). Estas cuatro casas eran las de Pimentel, Córdoba, Cueva y Mendoza y el nombre del interesado don Alonso.

No sólo quedó contento el autor de su obra, sino que agradó con extremo á su aprobador, el Licenciado Antonio Luis del Rio, quien, excediéndose del uso común en tal clase de documentos, es-

---

(1) *El | Cavallero | perfecto. | En cvyos hechos, y di- | chos se propone á los ojos un exemplo | moral y politico | digna imitacion de los | Nobles, y necessaria para la perfec- | cion de sus costum- | bres. | A estos reynos juntos en Cortes. | Por Alonso Geronymo | de Salas Barbadillo. | Año* (Escudo pequeño del halcón.) *1620. | Con privilegio. | En Madrid, Por Iuan de la Cuesta.*

8.º; 4 h. prels., 156 foliadas y á la vuelta de esta última: *En Madrid, | Por Iuan de la Cuesta. | Año M.DC.XX.*—Aprob. del Ordinario: Madrid, 30 de Agosto de 1619.—Otra del Lic. Antonio Luis del Río: Madrid, 8 de Septiembre de 1619.—Suma del Priv. al autor por diez años: Lisboa, 28 de Septiembre de 1619.—Tasa: 6 de Diciembre de 1619.—Erratas: Madrid, 28 de Noviembre de 1619.—«D. Fernando Bermúdez y Carvajal en alabanza del autor, *Décima.*» —«A estos Reynos juntos en cortes», firmada por Salas en Madrid, á 4 de Septiembre de 1619.—Texto.

Es también *primera parte*, y no se publicó segunda, aunque el autor la ofreció al final diciendo: «Y yo le doy (descanso) á mi pluma, hasta que llamado de las demás acciones de el Caballero perfecto, en la segunda parte dé satisfacción con ellas, á los que con virtud ó curiosidad hicieren precio de mi estudio sus deseos.»

tampó lo siguiente en favor del libro y del autor: «Con grande perfección, mucha doctrina moral, aguda invención, fácil y maravillosa elegancia, siendo en su género el mejor que en nuestros tiempos ha salido y igual con los ilustres autores que celebran la antigüedad griega y latina, digno de la fertilidad de su felicísimo ingenio, que con tantas obras cada día ilustra su nación y enriquece su lengua.» Elogios, ciertamente, grandes y que no le escasean otros doctos varones de aquel tiempo.

El caballero perfecto, después de recibir educació exquisita, abandona su patria, la ciudad de Valladolid, para visitar á Italia, no parando hasta Nápoles, donde se queda al servicio de Alfonso V *El Magnánimo*, conquistador de aquel reino. Empléale este rey en diversas empresas de guerra y negociaciones diplomáticas que desempeña con éxito, alcanzando las mayores honras en la corte napolitana, hasta que la muerte del monarca da fin á la obra.

No obstante la gravedad y aspecto didáctico de esta novela, es de las que ofrecen más atractivo, por su narración rápida y seguida, pues los episodios son cortos é interesantes; el estilo no carece de armonía y el lenguaje es castizo y abundante. Los sucesos no resultan muy difíciles para acreditar el gran talento y virtudes que el autor supone en el protagonista, pero ofrecen reglas y preceptos seguros de conducta. Hacia el final intercala una novelita moral y de asunto romano titulada *El descanso en el desprecio* de las cosas del mundo.



Quiso Alonso de Salas publicar en estos tiempos una serie de comedias que tenía escritas y que nunca dió al teatro á causa de la poca ó ninguna acción que hay en ellas. Inició la serie con la titulada *La Escuela de Celestina* (1), comedia en

---

(1) *Comedia | de | la escvela de Celestina | y | el Hidalgo presumido. | Por Alonso Geronimo de Salas Barbadillo. | Año 1620. | Con privilegio. | En Madrid, Por Andrés de Porras.*

4.°; 24 h. fols. á dos cols. en los versos de arte menor. Dedicatoria del autor á D. Juan de la Cueva y Mendoza, firmada en Madrid á 30 de Mayo de 1620. —Aprob. del Ordinario, de esta obra v de los *Triunfos de Soror Juana de la Cruz:* Madrid, 10 de Hebrero de 1620.—Otra de las mismas obras por don Luis Varona Zapata: Madrid, 16 de Febrero de 1620. —Al vulgo: «Estas comedias, antes dadas á la estampa que al teatro (recuérdese el prólogo que Cervantes puso á las suyas) te ofrezco cada una suelta, así como van saliendo de la emprenta; porque sea elección tuya el juntarlas, si acaso te agradaren todas. La presente intitulada *La Escuela de Celestina y el Hidalgo presumido*, era la primera en los originales, y así en la impresión se le ha guardado el mismo lugar; y después della (si fuere de ti bien recebida) te pondré en las manos *El tramposo con las damas castigado con lo mismo*, que pienso que por lo que te toca en semejante títuio recibirás bien la obra, aunque no conste de las demás partes en que consiste su perfección.»—«Las personas que hablan (Celestina, madre y maestra—Flora, Beatriz y Christina, sus dicípulas—Laurencio, amante del gusto de Flora —Alexandro, mercader, amante del gasto de Flora— Julio, médico, amante de Christina—Don Felicio, caballero confiado y presuntuoso, amante de Beatriz).» —Texto.

El Sr. D. Francisco R. de Uhagón, Marqués de Laurencín, ha reimpreso muy elegante y esmeradamente esta comedia, tirando sólo 15 ejemplares. Me obsequió con el ejemplar número seis.

verso en tres jornadas, cuyo argumento se reduce á las lecciones que, á manera de catedrático, da Celestina á tres discípulas y pupilas suyas acerca de los medios de atraer y engañar á los hombres, y á las burlas que las jóvenes, con ayuda de sus amantes, hacen á un galán muy presumido.

El chiste, la sátira, la pincelada de costumbres y el rasgo de ingenio es lo único que recomienda esta obra, que nada tiene de dramático, ni aun de teatral, si se exceptúa un agudo y bullicioso baile que en ella se intercala.

Ofrece como segunda de la serie *El galán tramposo con las damas* ó *El galán tramposo y pobre*, título con que, al fin, se imprimió en 1635, en las *Coronas del Parnaso*, distinción que fué causa de que, andando el tiempo, se atribuyese dicha obra á D. Alvaro Cubillo (1).

De muy diverso género es el poema de *Los triunfos de la Beata Soror Juana de la Cruz* (2),

---

(1) No publicó esta segunda comedia hasta 1635, como queda dicho. Atribuída á D. Alvaro Cubillo de Aragón, se imprimió en el *Ameno jardín de comedias de los insignes autores... Zamora, Diamante y Cubillo* Madrid, 1734; suelta con el título de *El Tramposo con las damas y castigo merecido* y con el de *El galán tramposo y pobre* en el tomo XLVI de la *Biblioteca de Autores Españoles*.

(2) *Los | Trivmfos | de la Beata Soror Ivana de la Crvz. | En verso heroyco | A Doña Policena | Palaueino Fiesco. | Avtor Alonso Geronimo | de Salas Barbillo. | Año* (Escudo del impresor.) *1621. | Con privilegio. | En Madrid, Por la viuda de Cosme Delgado. | A costa de Andres de Carrasquilla merca- | der*

para el cual solicitó aprobación á la vez que para la anterior, si bien no lo dió á luz hasta el año siguiente, poemita en que refiere la vida de aquel milagro de la Sagra, y que poco antes había inspirado también la musa del *Maestro Tirso de Molina*, que le dedicó no menos que tres comedias. Termina el poema de Salas con una *Silva á la Religión del Seráfico Patriarca S. Francisco*, á cuya orden perteneció la Santa Juana Vázquez.

Otra y de las más curiosas obras que Salas publicó en este mismo año de 1620, tan atareado para él, fué la *Casa del placer honesto* (1), con-

---

de libros. (Al fin:) *En Madrid*, | *Por la viuda de Cosme* | *Delgado*. | *Año M.DC.XXI.*

8.º; 8 h. prels. y 80 foliadas.—Aprob. del M. Fray Manuel de Espinosa, trinitario: Madrid, 9 de Febrero de 1620.—Otra del Dr. Andrés Arresti: Madrid, 10 de Febrero de 1620.—Otra de D. Luis Varona Zapata: Madrid, 20 de Febrero de 1620.—Suma de la lic. y priv. al autor: Madrid, 6 de Marzo de 1620. —Erratas: Madrid, 13 de Febrero de 1621.—Tasa: Madrid, 15 de Febrero de 1621.—Dedicatoria firmada por el autor á 16 de Febrero de 1621.—Soneto de D. Fernando Hurtado de Mendoza.—Décima de Don Diego Carrillo.—Texto.—Silva del autor á la Religión del seráfico patriarca San Francisco.—Está en octavas reales y dividido en 4 libros ó cantos.

(1) *Casa* | *del plazer* | *honesto*. | *Al Excelentissimo* | *señor Don Pedro Tellez Giron, Duque* | *de Osuna, Marques de Peñafiel* | *Conde de Vreña*, &c. | *Avtor Alonso Geronimo* | *de Salas Barbadillo*. | *Año* (Adorno.) *1620*. | *Con privilegio*. | *En Madrid, En casa de la viuda de* | *Cosme Delgado*. | *A costa de Andres de Carrasquilla*. | *Vendese en la calle mayor, y en Palacio*.

8.º; 8 h. prels. y 180 foliadas. Algunos ejemplares llevan la fecha equivocada en esta forma: *1602*.—Tasa:

junto de poesías líricas (silvas y romances) piezas dramáticas y cuentos; engarzados todos estos elementos con bastante arte al suponer que cuatro jóvenes escolares de Salamanca, abandonando sus estudios, viénense á la corte, donde, habitando juntos una casa preparada *ad hoc*, que bautizan con el nombre *del placer honesto*, fundan una especie de academia con ciertas constituciones y leyes

---

(4 mrs. pliego: tiene 23 y medio): Madrid, 12 de Octubre de 1620.—Suma del priv. (por diez años): San Lorenzo, 5 de Septiempre de 1620.—Erratas: Madrid, 9 de Octubre de 1620.—Aprob. de Fr. Andrés Sánchez de la Costa, trinitario: Madrid, 31 de Julio de 1620.—Otra del Dr. Juan del Cerro: Madrid, 7 de Agosto de 1620.—Censura del Lic. D. Juan Varona Zapata: Madrid, 10 de Agosto de 1620.—*Al vulgo* (ofrece la *Sabia Flora* y *D. Diego de Noche*).—Ded. firmada por el autor: Madrid, 15 de Octubre de 1620.—Soneto de D. Diego Carrillo de Mendoza.—Otro de D. Fernando Hurtado de Mendoza.—Décima de D. Juan de Mesa Villavicencio, criado del Duque de Sessa, en alabanza del autor.—Lo que contiene este libro.—Texto.

2.ª EDICIÓN. *Casa | del Plazer | honesto | Al Excelentissimo se- | ñor don Pedro Tellez Giron, Duque de | Osuna, Marques de Peñafiel, Conde | de Vreña, &c. | Avtor Alonso Gerony | mo de Salas Barbadillo. | Año* (Adorno.) *1624. | Con licencia | En Barcelona, por Sebastian de | Cormellas Y a su costa.*

8.º; 8 h. prels. y 180 foliadas.—Tasa de la de Madrid. — Aprob. licencia del Ordinario: Barcelona, 24 de Septiembre de 1624.—Censura de la de Madrid así como los demás prels.

De las novelas de este tomo se reimprimieron en la *Colección de novelas escogidas compuestas por los mejores ingenios españoles* (Madrid, 1788 á 1791; 8 vols., 8.º) las tituladas *Los cómicos amantes*, *El pescador venturoso* y *El gallardo montañés*, en los tomos 4.º y 5.º



que, por sí mismas, son una aguda sátira de costumbres y varias castas de oficios y personas.

En esta tertulia, y auxiliados de algunos cofrades de afuera, comenzaron sus distracciones literarias y musicales cantando romances, recitando otros poesías, que á diversos asuntos parece haber compuesto Salas mucho antes, y hasta *danzando* á uso del tiempo.

Es singular que en esta tertulia no aparecen mujeres, aunque los versos que se leían eran de amores, y lo mismo las novelas recitadas, como fueron *Los cómicos amantes, El coche mendigón, envergonzante y endemoniado, El curioso maldiciente, El gallardo montañés, El pescador venturoso* y *El majadero obstinado.*

Además de estas obras ingirió Salas los entremeses ó diálogos, como él los llama, titulados *El Busca oficios, El caprichoso en su gusto, Los mirones de la corte* y *El tribunal de los majaderos.*

Entre las novelas, que es lo principal del tomo, sobresalen la primera, que parece un cuento del Boccaccio, aunque de asunto español y de la mayor curiosidad; la segunda, digna de la pluma de Quevedo, y la cuarta, *El gallardo montañés*, que es un compendio del carácter desenvuelto en *El caballero perfecto. El curioso maldiciente* y *El majadero obstinado* quizás hayan quedado sin terminar; al menos el autor corta bruscamente la narración y pintura de los dos personajes objeto de su sátira.

Los diálogos dramáticos no son más que nuevas formas de presentar la sátira de costum-

bres. *El Busca oficios*, joven que aspira á tomar una ocupación, no acepta la de caballero sino después que sabe que los tales no pagan sus deudas, viven en la mayor pobreza, cortejan todas las damas, niegan su palabra y realizan otros actos semejantes. *El caprichoso con su gusto* es un caballero que lo hace todo al revés que las demás personas, en vestir, comer, dormir y hasta se casa con una *dama setentona*. *Los mirones de la corte* pasan revista á todas las flaquezas humanas, incluso á las de cada uno de ellos, y el *Tribunal de los majaderos* califica de tales á los que realizan acciones nobles y de carácter altruista.

Las poesías líricas son en su mayor parte dirigidas á *Laura;* en una, bajo el nombre de *Anarda*, lamenta «la muerte de una señora ilustrísima en belleza, entendimiento y calidad, que de tiernos años había sido, con lástima general arrebatada, en el servicio de los reyes y en su real palacio» y que verosímilmente es D.ª Ana de Zuazo. La última composición del tomo es un romance «en que se celebra una acción gallarda de D. Rodrigo de Tapia, caballero de generoso ánimo, hecha á los ojos de su Majestad y en la plaza de Madrid». El héroe era hijo del secretario Pedro de Tapia, y el mismo á quien Cervantes dedicó su *Viaje del Parnaso* en 1614, y la acción fué matar un toro de un rejonazo.

Termina la obra y la academia por haber enfermado de tabardillo uno de los cuatro amigos fundadores, si bien, como de costumbre, ofrece Salas segunda parte.



Dedicó su obra al célebre D. Pedro Téllez Girón, tercer Duque de Osuna, que después de haber desempeñado con gloria los virreinatos de Sicilia y de Nápoles, regresaba á la patria, donde le esperaban cárceles, procesos, vejaciones sin cuento, que dieron en tierra con su salud y su vida, aunque no con su indomable espíritu, su orgullo y nativa fiereza. De éste fué de quien su protegido y admirador D. Francisco de Quevedo dijo en un soneto famoso:

Diéronle muerte y cárcel las Españas
de quien él hizo esclava la fortuna.

Al expirar el año de 1620 estaba ya impresa ó para terminar la estampación de *La sabia Flora Malsabidilla* (1), novela dialogada en tres actos,

---

(1) *La | sabia Flora | Malsabidilla. | A Don Ivan Andres | Hurtado de Mendoça Marques de Cañete, Señor | de las villas de Arjete y su partido, Montero ma- | yor del Rey nuestro señor, Guarda mayor | de la Ciudad de Cuenca. | Avtor Alonso Gero- | nimo de Salas Barbadillo. Año* (Escudo del impresor.) *1621. | Con privilegio, | en Madrid, Por Luis Sanchez. | A costa de Andres de Carrasquilla merca- | der de libros.*

8.°; 8 h. prels., 165 foliadas y 2 más para la *Silva de Albanio á Laura*. Tasa (4 mrs. pliego: tiene 22): Madrid, 8 de Febrero de 1621.—Suma del priv.: Madrid, 31 de Diciembre de 1620.—Erratas: Madrid, 8 de Febrero de 1621.—Aprob. del Presentado Fr. Andres Sánchez de la Costa: 31 de Octubre de 1620.—Licencia del Vicario: Madrid, 31 de Octubre de 1620.—Aprob. de D. Juan Varona Zapata: Madrid, 8 de Noviembre de 1620.—Soneto de D. Diego Carrillo de Mendoza.—Romance de D. Fernando Hurtado de Mendoza.—Décimas de D. Diego de Contreras Pamo, Andrés de Carrasquilla y Juan Bautista Colombres.—Ded. del autor, firmada en Madrid á 10 de Febrero de 1621.—Al vulgo.—Texto.

ó «comedia en prosa», como el autor llamaba á estas obras semidramáticas. Dedicóla, como ya hemos apuntado, á su favorecedor el Marqués de Cañete, y tiene por asunto los embustes y marañas de una cortesana, llamada Flora, para lograr su casamiento con un hidalgo extremeño, tan vanidoso como necio, á quien embaúca fingiéndose prima suya, aunque era hija de unos gitanos y cuando, como tal gitana, corría mundo muy solicitada del propio galán que ahora sin conocerla le da su mano.

Ni los episodios ni el lenguaje, tramas é ideas de la Malsabidilla y una amiga suya, Camila, son de gran moralidad; pero están expresados en tan gracioso estilo, con tantas agudezas y donaires, que se olvida uno de lo perverso de las doctrinas ante lo gallardo y ameno de la forma.

En el curso de la acción ingiere el autor no menos de 138 seguidillas satíricas y saladísimas, tanto que la misma Flora exclama: «¿De dónde ha salido tanta variedad de seguidillas? No sé cuál admire más, su agudeza y gracia ó su *innumerable número.*»

VI

Parece increíble que en sólo el discurso de un año tuviese nuestro autor espacio para cuidar de la impresión de cinco obras de regular extensión, como fueron *El sagaz Estacio*, *El caballero perfecto*, *El sutil cordobés*, la *Casa del placer honesto*, *La sabia Flora* y de la comedia *La escuela de Celestina* y escribir otra novela que con el título de *El necio bien afortunado*, dió á luz antes de mediar el siguiente año (1).

Así D. Juan Varona Zapata, aprobador de *La sabia Flora*, no halla términos para alabar en Salas «la virtud del recogimiento; pues parece que siempre está escribiendo, y nunca fatigado; y admira la facilidad, pues en el tiempo que otra pluma no perezosa gastara sólo en escribirlos, dispone y saca á luz tantos libros, tan ilustres todos

(1) *El Necio | bien afortunado. | A don Francisco | y don Andres Fiesco, Caualleros | de la Nobilissima Republica | de Genoua. | Avtor Alonso | Geronimo de Salas Barbadillo, | vezino y natural de la villa | de Madrid.* | (Escudo del editor.) *Con privilegio. | En Madrid, por la viuda de Cos- | me Delgado. Año 1621. | A costa de Andres de Carrasquilla | Mercader de Libros.*

12.° alargado; 12 h. prels., 153 foliadas y una más para el colofón: *En Madrid, | Por la viuda de Cosme | Delgado. Año M.DC.XXI.*—Lic. del Ordinario: Madrid, 31 de Octubre de 1620.—Aprob. de D. Juan Varona Zapata: Madrid, 8 de Noviembre de 1620.—Suma del privilegio al autor por diez años: Madrid, 31 de Diciembre de 1620.—Fe de erratas: Madrid,

en su perfección, que uno solo bastara á ser ocupación de la vida de un grande ingenio.»

Y adviértase que cuando esto se publicaba estaban ya escritos *Don Diego de Noche* y *La incasable malcasada*, cosa que no parece conocer el Doctor Varona. Pero volvamos al *Necio bien afortunado*.

Dedicó esta obra á los dos hermanos D. Francisco y D. Andrés Fiesco, familia genovesa á quien le unían estrechos vínculos de amistad, y desenvuelve en ella una original y satírica paradoja, cual es la de que tanto es un hombre más necio mayores halagos recibe del prójimo y de la fortuna. Para demostrarlo refiere los sucesos «historia verdadera, sucedida en nuestros tiempos, y por eso más sabrosa» de un cierto doctor Ceñudo á quien, siendo hombre de mucho entendimiento y estudios, desde su infancia, tuvieron todos por sandio y á porfía trataron de favorecerle, y cuando alguna vez quiso demostrar sus buenas cualida-

---

20 de Junio 1620.—Suma de la tasa (4 mrs.): Madrid, 21 de Junio de 1621.—Ded. firmada por el autor: Madrid, 20 de Junio de 1621.—Soneto de D. Julián Rabaschero.—Otro en italiano, de Tomás Sivori.—Otro de D. Diego Carrillo de Mendoza.—Liras acrósticas de Sebastián Francisco de Medrano.—Décima de Andrés de Carrasquilla, natural de Córdova.—Al necio y presumido lector.—Texto.

En 1894 reimprimió el Sr. Uhagón esta novela en la Colección de Bibliófilos españoles. Fué traducida en inglés con el siguiente título: *The fortunate fool. Writsem in Spanish by Don Alonso... Translated in to English by Philip Ayres. London, Mores Pitt.* 8.°; 8 h. prels. y 380 págs.



des, hombres y sucesos á la par se declaraban en su contra, por lo cual el buen Ceñudo, se resignó á ocultar su alma y dejarse tener por necio.

Algunas de las aventuras que refiere tienen mucha semejanza con los hechos del entonces famoso D. Juan de Espina, con cuyo carácter en el fondo parecer tener cierta analogía nuestro doctor Ceñudo, por lo que puede suponerse que quizás habrá Salas tenido presente la vida, á la sazón bien conocida ó al menos bien comentada de aquel enigmático personaje.

De todas suertes la novela está escrita con mucho donaire; las aventuras son picantes y graciosas y con tal habilidad expuestas que casi resulta demostrada la falsa moraleja. Ofrece segunda parte, que no dió al público.

Por el mes de Julio de 1621, en que solicitó aprobación de su otra novelita *El cortesano descortés*, presentó igualmente á la censura sus dos libros: *Don Diego de noche* y *La incasable malcasada*.

Imprimió en breve la primera de ellas (1), que es una «comedia en prosa» y en tres actos, escrita

---

(1) *El | Cortesano | Descortes. | A Pablo y Iorge | Espinola, Caualleros de la Se- | renissima Republica de | Genoua. | Avtor Alonso | Geronymo de Salas Barbadillo | vezino y natural de la villa | de Madrid* (Escudo del editor.) *Con privilegio | En Madrid, Por la viuda de Cos- | me Delgado. Año 1621. | A costa de Andres de Carrasquilla.*

12.° alargado; 12 h. prels., y 143 foliadas y al fin otra para el colofón: *En Madrid. | Por la viuda de Cosme | Delgado. | Año M.DC.XXI.*—Aprob. del Licenciado D. Francisco de Herrera Maldonado: Madrid, 21 de Julio de 1621.—Comisión del ordinario

á la manera del *Sagaz Estacio* y *La sabia Flora* de que acabamos de hablar. Gira todo el asunto de esta fábula sobre la burla que dos damas y otros tantos galanes trazan y ejecutan contra un caballero tan presumido y descortés que á nadie quitaba su sombrero ni apenas otorgaba la palabra ni el saludo. A este tal en una noche que iba á visitar ó hablar desde la calle á la más desenvuelta de dichas damas, que era de su agrado, uno de los jóvenes en un lance de espada quita con ella el sombrero, que el otro, apostado al efecto, recoge y se lo lleva huyendo. Afligido y abochornado el descortés D. Lázaro, se retira á su casa, donde, enfermo por el dolor y las sátiras que acerca del suceso se escribían y llegaban á su noticia, está á punto de enloquecer cuando, sin que él sepa quién, le devuelven su prenda las damas burlonas, á cuyo poder había ido á parar.

---

y aprob. de Fr. Juan Gómez: San Norberto de Madrid, 12 de Julio de 1621.—Aprob. de D. Diego de Agreda y Vargas: Madrid, 9 de Agosto de 1621.—Suma del privilegio al autor: Madrid, 24 de Agosto de 1621.—Fe de erratas: Madrid, 20 de Octubre de 1621.—Tasa (tres y medio mrs.): Madrid, 21 de Octubre de 1621.—Décima de Juan de Vicuña.—Soneto de D. Fernando Hurtado de Mendoza.—Redondillas de Tomás Sivori.—Ded. firmada por el autor: Madrid, 24 de Octubre de 1621.—Al vulgo.—Texto.—Al fin lleva la silva *Albanio á Laura*, que comienza:

Ahora, Laura hermosa,
que en brazos del Octubre...

Fué esta novela reimpresa, con la anterior, en la colección de los Bibliófilos españoles.



Como todas las demás obras de Salas contiene esta comedia muchos versos escritos con otros motivos y que procura acomodar al asunto de la novela. Dedicóla á los hermanos Pablo y Jorge Espínola, caballeros genoveses y deudos cercanos del gran Ambrosio, Marqués de los Balbases, á quien igualmente procuró Salas honrar en la persona de su hija D.ª Policena Espínola, dedicándole otra de sus obras.

Así en ésta como en la anterior hay composiciones laudatorias de Salas pertenecientes á otro italiano, llamado Tomás Sivori, que residía y se estableció en España, y de quien existía hace años un tomo de versos no impresos, escritos por los años de 1630, en que se le llama «caballero ginovés» y se dice que aquellas poesías fueron «compuestas en su mocedad y escriptas por mano de D. Juan de Castroverde, su sobrino» (1).

Aprobó el *Cortesano* un escritor muy discreto y buen poeta, D. Francisco Herrera Maldonado, diciendo del autor y de la obra: «Es su lectura tan apacible, tan doctos y bien dispuestos sus discursos y con tanta propiedad y elegancia, que merece dignísima estimación y aplauso, como las muchas obras que gozamos de su autor, con que dignamente ha conquistado fama eterna, siéndole perpetuamente deudora la nación española por haber llegado la excelencia de su idioma á grados supe-

(1) Gallardo: *Ensayo*, IV, núm. 3934. Los versos de Sivori en honor de Salas son en castellano y en italiano.

riores, con su mucha elegancia, mereciendo por premio digno el lugar que le da su continuo estudio y muchas letras entre los hombres famosos de este siglo» (1).

Ya el año antecedente, en que Herrera había publicado el *Sannazaro español* (2), en el *Elogio de España*, ó mejor, de sus poetas, que intercala en su traducción, decía de nuestro Alonso Jerónimo:

Eternice por siglos mi Talía
de *Salas Barbadillo* la elocuencia;
á quien lauros y estatuas debe España,
pues cuanto escribe es milagrosa hazaña.

Recordóle, entre otros poetas coetáneos, el *Fénix de los ingenios*, en su *Jardín de Lope*, inserto en la *Filomena*, poema publicado en este año de 1621; y en el siguiente, D. Tomás Tamayo de Vargas, erudito cronista, en su *Garcilaso, príncipe de los poetas castellanos*, elogió á varios autores de su tiempo, ponderando, amén de otras cosas, «el donaire de Luis Vélez de Guevara; la curiosi-

---

(1) Aprobación de *El cortesano descortés*, que se repitió en el *Don Diego de Noche* y en *La incasable mal casada*.

(2) *Sanazaro Español. Los tres libros del Parto de la Virgen nuestra Señora, Traducion castellana de verso Heroyco Latino. Por el Licenciado Don Francisco de Herrera Maldonado... natural de la villa de Oropesa. A Lope de Vega Carpio, Fiscal de su Santidad en su Camara Apostólica. Con privilegio. En Madrid, Por Fernando Correa de Montenegro. Año*

dad de Baltasar Elisio de Medinilla, la inafectación de Martín Chacón y *la facilidad monstruosa de Jerónimo de Salas Barbadillo»* (1).

En el mismo año de 1622 concurrió Alonso de Salas á la Justa poética que la Villa de Madrid celebró en las fiestas de la canonización de San Isidro, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y Santa Teresa de Jesús, con unas octavas reales y cuatro décimas en loor del Santo madrileño. Las primeras son bastante frías, y las décimas, aunque versificadas con soltura, tienen poca sustancia. El jurado no les otorgó premio; pero incluyó ambas poesías Lope de Vega en su *Relación* de las indicadas fiestas (V. el tomo XII de sus *Obras sueltas*, páginas 212 y 241.) con todas las demás que, en gran número, se presentaron en aquel certamen. La poesía seria no era parte á despertar el numen del vate madrileño.

Hallábase por entonces ocupado en la publicación de su obra de carácter misceláneo, bautizada con el extraño título de *Las fiestas de la boda de*

---

de 1620. A costa de Andres de Carrasquilla. Vendese en la calle mayor y en Palacio.

8.°; 16 h. prels. y 89 foliadas. Lleva además de la composición de Salas, versos de Lope, D. Jerónimo y D. Pedro de Herrera, Fr. Lorenzo Gracián y otros muchos.

(1) *Garci Lasso de la Vega natural de Toledo Principe de los Poetas Castellanos. De Don Thomas Tamaio de Vargas con licencia en Madrid por Luis Sanchez. Año 1622.*

16.°; 8 h. prels., más 116 y 87 foliadas. Folio 13.

la incasable mal casada (1). Dedicóla á D. Agustín Fiesco, con fecha de 21 de Marzo de 1622, confesándosele muy obligado.

La incasable es una damisela de Guadalajara, de buena cuna y bastante hermosa; pero tan desvanecida y pagada de sí que desprecia para su matrimonio los más ventajosos partidos, casándose, al fin, con un tonto y jorobado sólo porque cree que puede con este enlace conservar su libertad é independencia.

Las fiestas satíricas y burlescas que hacen en Alcalá de Henares, donde se efectuó la boda, los amantes desdeñados son el asunto y parte principal de esta obra, que comprende la comedia doméstica, como Salas la llama, de *El Descasamen-*

(1) *Fiestas de la boda | de la incasable mal casada. | A Don Agvstin Fiesco | Caualllero de la Republica de Genoua. | Autor Alonso Geronimo de Salas Barbadillo* (Escudo del Mecenas.) *Con privilegio. | En Madrid, Por la viuda de Cosme Delgado 1622. | A costa de Andres de Carrasquilla, Vendense en | Palacio, y en su casa.*

8.º; 8 h. prels. y 167 foliadas.—Fe del corrector: Madrid, 10 de Marzo de 1622.—Suma del privilegio: Madrid, 21 de Agosto de 1621.—Suma de la tasa (4 mrs., 22 pliegos): Madrid, 15 de Marzo de 1622.—Aprobación del Lic. D. Francisco de Herrera Maldonado: Madrid, 20 de Julio de 1621.—Otra del Padre Fray Juan Gómez: Madrid, 12 de Julio de 1621.—Licencia del Dr. Diego Vela: Madrid, 7 de Julio de 1621.—Aprob. de D. Diego de Agreda y Vargas: Madrid, 9 de Agosto de 1621.—Soneto de D. Fernando Hurtado de Mendoza.—Décima de Tomás Sivori.—So-[illegible] de Miguel Botello.—Ded. firmada por el autor en [illegible]drid, 21 de Marzo de 1622.—Al vulgo.—Texto.—[illegible]ofón: *En Madrid, | Por la viuda de Cosme Del-*[illegible]*. | Año M.DC.XXII.*

tero, en prosa, con loa, y cuyo asunto es una revista satírica de matrimonios mal avenidos. Ocupa buena parte del tomo y síguela, después de algunos versos, el entremés titulado *El Comisario contra los malos gustos*, en verso, ante el cual van desfilando algunas personas ridículas; un caballero perezoso y afeminado, un maldiciente, un adulador, un lindo, un mareante, «una cochera», es decir una dama aficionada á andar en coche, y una celestina. Todos llevan su recorrido más ó menos pesado, y después de un romance cantado coloca otro sainete titulado *El remendón de la naturaleza*. Es un entremés en prosa, y su asunto la venida á la corte de «un sevillano ingenioso y peregrino, porque con industria enmienda, remienda, pule y perficiona todos los defectos de la naturaleza; como si dijéramos: abriga calvas, puebla bocas, acelera barbas por madurar, engrosa y apersona las pantorrillas, finge caderas, destierra nubes y otras muchas cosas».

Por la casa del remendón van desfilando un médico lampiño y poco acreditado por carecer de barbas, cosa muy importante entonces en este oficio; un desdentado que necesita sus dientes para casarse y enseñárselos á su mujer cuando llegue el caso, aparte, dice, de que siendo su prometida mujer entrada en años, necesita buenos dientes para roer tal hueso; un canoso y una dama que aspira á que su marido vea claro, quitándole las nubes de los ojos.

Sin intermisión sigue otro entremés en verso titulado *El cocinero del Amor*, cuya sátira se adi-

vina claramente. De nuevo se canta un romance y sigúe otro juguete en prosa, *Las aventureras de la corte,* festivo catálogo de estafas femeninas, puesto en acción y en forma cómicamente grave, que era una de las maneras peculiares de manejar Salas el ridículo. *El malcontentadizo* es más bien un caballero desmemoriado y regañón que hasta á los relojes injuria porque dan las horas cuando él está leyendo un papel de su dama. Es obra de poco interés. Después de otros versos uno de los convidados á la boda refiere la novela titulada *La mayor acción del hombre,* que es defender contra su propio hermano la honra de un amigo ausente. Termina la obra con otros muchos versos, entre ellos un epitalamio «En las bodas de los Excelentissimos señores D. Diego Pimentel, Marqués de Gelves y D.ª Juana Carrillo de Mendoza, Condesa de Priego.»

Al siguiente año dió Salas á luz su *Don Diego de Noche* (1) que es una de sus mejores obras, no

(1) *Don Diego | de Noche. | A la señora doña Policena | Espinola Dama de la Reyna nuestra señora. | Avtor Alonso Geronimo | de Salas Barbadillo, vezino y natural | desta villa de Madrid.* | (Esc. del ed.) | *Con privilegio. | En Madrid, Por la viuda de Cosme | Delgado, Año M.DC.XXIII. | A costa de Andrés de Carrasquilla | mercader de libros. | Vēdense en Palacio y en su casa en la calle Mayor.*

8.º; 8 h. prels. y 215 foliadas.—Aprob. del Licenciado D. Francisco de Herrera Maldonado: Madrid, 21 de Julio de 1621.—Comisión del Ordinario al P. Fr. Juan Gómez: Madrid, 7 de Julio de 1621.—Aprob. de éste: Madrid, 12 de Julio de 1621.—Otra de D. Diego de Agreda y Vargas: Madrid, 9 de Agosto de 1621.—Suma del priv., al autor: Madrid, 24 de

sólo por la invención del carácter del protagonista y por la calidad de las aventuras ingeniosamente urdidas, sino por un curiosísimo epistolario satírico y jocoso que intercala en ella, anticipando

---

Agosto de 1623.—Fe de erratas: Madrid, 4 de Noviembre de 1623.—Suma de la tasa (4 mrs.): Madrid, 7 de Noviembre de 1623.—Ded. del autor: Madrid, 12 de Noviembre de 1623.—A los pocos y poco lectores de esta edad.—Madrigal del autor á D. Agustín Fiesco.—Tomaso Sivori, *Madrigale.*—Texto.—Silva del autor al Marqués Espinola.—Colofón: *En Madrid*, | *Por la viuda de Cosme Delgado.* | *Año M.DC.XXIII.*

Va dividida en nueve *Aventuras* nocturnas, á manera de capítulos. En el folio 29 v. comienza el *Epistolario*, que se divide en dos partes; al 58 v., la «Coronación de Laura, Diálogo en verso. Interlocutores: Apolo, Neptuno, Venus, Manzanares».

2.ª EDICIÓN. *Don Diego* | *de Noche.* | *A la señora Doña Policena* | *Espinola Dama de la Reyna nuestra señora.* | *Avtor Alonso Gero-* | *nymo de Salas Barbadillo, vezino y* | *natural desta Villa de* | *Madrid.* | (Adorno.) *Con licencia.* | *En Barcelona por Esteuã Liberòs en la Calle* | *de Santo Domingo. Año 1624.* | *A Costa de Miguel Menescal Mercader de Libros.*

8.º; 8 h. prels. 172 foliadas y 3 más para la Silva al Marqués Espinola, numeradas equivocadamente, 200, 201 y 202. Los demás prels. de la edición de Madrid.

Adjudicando á Quevedo esta obra se publicó una traducción francesa bajo el título de: *Le coureur de nuit, ou les neufe avantures du Chevalier Don Diego. Revues, corrigées et augmentées. A Paris, rue St.-Jacques, chez le Mercier, fils, et Morin... M.DCC.XXXI. Avec aprobation et privilège du Roi.* En 8.º Según Barrera, esta versión quizá no fuese hecha directamente del castellano, sino de la traducción inglesa de las obras de Quevedo, que hizo á fines del siglo XVII Stevens, entre las cuales se hallaba el *Don Diego*, así como también figura en la edición de Edimburgo, 1798, tres volúmenes en 8.º

muestras de lo que luego había de formar el cuerpo y asunto de su otra obra *La estafeta del Dios Momo*. Los temas de estas epístolas son muy variados. «Pésame á un poeta cómico de que le silvaron una comedia en que tenía libradas las esperanzas de su fama»; «Pésame á un amigo de que trajo á su casa á su suegra»; «Parabién á un amigo muy familiar de habérsele muerto su mujer»; «Parabién á un amigo poeta de haber metido dos hijas monjas»; «Reprende á una lavandera porque se casó con un lacayo borracho»; «A un sastre que se azotó la Semana Santa»; «A uno que se metió á gracioso por oficio»; «A un amigo poeta y tahur»; «A un pintor que solía alegrarse con el vino»; «A un estudiante que yéndose á ordenar á Toledo sacó una doncella de casa de sus padres y le hicieron casar con ella por fuerza»; «A un amigo retraído en casa de un embajador porque dió de palos á un portero»; «A un tabernero que le azotaron porque aguaba el vino». Estas últimas parecen referirse á sucesos reales, como estas otras: «A un corredor de mohatras habiéndosele anegado un hermano en la mar»; «Consuélase á un caballero de haberle desterrado la justicia su dama vieja y pedigüeña»; «A un sastre remendón que pedía en la sala del crimen la virginidad de su hija»; «A un jardinero diestro en esgrima que le sacaron un ojo esgrimiendo en su jardín»; «A un corchete que sacó una mujer pública de pecado para casarse con ella», y otras varias.

Las aventuras son nueve, ocurridas en otras tantas noches; pero entre la segunda y la tercera, sin

enlazarlos siquiera con asunto principal, intercala el anterior epistolario y un diálogo dramático titulado *La coronación de Laura.* Desde la aventura quinta cesan los episodios y aumentan los versos de vario género, la mayor parte dirigidos á Laura. Termina el tomo con una silva al Marqués de Espínola en que pinta y celebra sus hazañas.

A una de las hijas de este insigne General, llamada D.ª Polixena ó Policena, como Salas escribe, esposa del más tarde famoso Marqués de Leganés, dedicó esta novela, principalmente para tener ocasión de recordar los grandes hechos de su padre, que entonces se hallaba en Flandes y próximo á llevar á cabo uno de los más gloriosos: la rendición de Bredá.

VII

Los años siguientes fueron de descanso para Salas Barbadillo. Sólo escribió algunos elogios poéticos de amigos suyos, ya por serlo ó ya para corresponder á los que á él le habían ofrecido por adelantado. Así en 1622 celebró con una silva la publicación el *Teatro popular* (1), colección de novelas, de su amigo íntimo D. Francisco de Lugo y Dávila, que había ya, ocho antes, ensalzado el talento de Salas, según hemos visto. Un soneto á las *Prosas y versos* de Miguel Botello de Carvallo (2) recompensó los encarecimientos de

---

(1) *Teatro popular. Novelas morales para mostrar los géneros de vidas del pueblo y afectos y costumbres... En Madrid, Por la viuda de Fernando Correa Montenegro. Año M.DC.XXII. A costa de Alonso Pérez.*

8.º: 12 h. prels., 207 foliadas y colofón. Tasa: 31 de Mayo de 1622.—Erratas: 28 de Mayo de 1622.—Aprobación de Fr. Alonso Remón: Madrid, 28 de Octubre de 1620.—Aprob. de Luis Cabrera: Madrid, 14 de Noviembre de 1620.—Suma del priv. al autor: Madrid, 10 de Diciembre de 1620.

Además de la «Silva de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo en alabanza del autor», lleva otros versos encomiásticos.

(2) *Prosas y versos del Pastor de Clenarda, Por Miguel Botello, natural de la ciudad de Visco. A Don Agustin Fiesco, Tesorero general de la Santa Cruzada. Con licencia. En Madrid, Por la viuda de Fernando Correa de Montenegro. Año M.DC.XXII.*

8.º; 8 h. prels. y 159 fols.—Suma de la licencia al autor: Madrid, 12 de Febrero de 1622.—Tasa, Ma-

antemano hechos por este autor lusitano al talento y escritos del autor madrileño. Dos años más tarde ensalza con un soneto la traducción del *Oficio del Príncipe* del Cardenal Belarmino, hecha por Miguel de León Soarez, también portugués; obra esta que lleva entre otros metros una décima no conocida del Maestro *Tirso de Molina* (1). Y con fecha 12 de Mayo del mismo año (1624) suscribe en Madrid su *Aprobación* de *El*

---

drid, 1.° de Marzo de 1622.--Erratas: Madrid, 27 de Febrero de 1622.--Lic. del Ordinario: Madrid, 4 de Febrero de 1622.--Aprob. del Maestro Espinel: Madrid, 10 de Enero de 1622.

Con el soneto de Salas Barbadillo van otros elogios poéticos del autor escritos por el Dr. Miguel Silveira, D. Rodrigo de Herrera, «su mayor amigo», Faría y Sousa, Tomás Sivori y D.ª María de Zayas.

(1) *Officio del Príncipe Chistiano del Cardenal Roberto Belarmino y auisos utiles para el gobierno político militar y doméstico. En tres libros traducido de Latín en Castellano por Miguel de Leon Soarez Caua-llero hidalgo de la casa de su Magd Al Ex.mo S.or D. Gaspar de Guzman Conde de Olivares. En Madrid. Por Iuan de Gonzalez. Año MDCXXIIII.*

4.°; 9 h. prels., y 156 fols. Portada grabada por J. Schorquens. Tasa: Madrid, 13 de Agosto de 1624. —Erratas: Madrid, 10 de Agosto de 1624.—Suma del priv. al traductor: Balsain, 26 de Octubre de 1621. —Lic.: Madrid, 21 de Mayo de 1621.—Aprob. de Fr. Francisco de Lerma: San Martín de Madrid, 12 de Septiembre de 1621.—Censura de Fr. Diego de Campo: San Felipe de Madrid, 7 de Octubre de 1621.

Aparte del soneto de Alonso de Salas Barbadillo, lleva el tomo versos de Lope, Bocángel, Castillo Solórzano, Tirso, Montalbán y otros. Como, según el privilegio y aprobaciones, el libro estaba escrito en 1621, quizá sea de este año ó el siguiente la poesía de Salas.

Menandro, de Matías de los Reyes, aunque este autor no publicó su libro novelesco hasta 1636, fecha en que ya su aprobador había descendido al sepulcro (1).

Comenzó en 1626 la obra con que se proponía granjear los favores del Conde de Olivares, pues describiendo la escasa fortuna de los poetas en épocas anteriores, añadía: «Mejoróse el tiempo; ausentóse la bajeza de estas infelicidades con el próspero reinado de aquel Filipo IV en número, primero en virtudes... Al fin, *al quinto año* de este dichoso imperio salieron de España para el Parnaso, cuando entraba el Abril en ella, tres no menos florados ingenios» (2). Achaques y enfermedades le impidieron proseguirla por entonces.

El producto de sus obras ya hemos visto cuán exiguo era. Si cada una no le producía más que quinientos reales ó menos no puede decirse que el trabajo de su pluma aportase grandes comodidades á su vida. Lo numeroso de la familia mermaría no poco la herencia paterna, las casas propias en la Morería vieja desaparecieron y la pobreza vino á dominar en los últimos años de la vida del poeta.

---

(1) *El Menandro. De Matias de los Reyes*. Jaen, 1636. (Al fin dice por errata 1630.)—El privilegio es de 22 de Julio de 1636 y la tasa de 31 del mismo año, ambas de Madrid. La aprob. de Salas es, como decimos, de Madrid, á 12 de Mayo de 1624, y otra aprobación del Dr. Francisco Ortiz de Peñafiel, es de Villanueva de la Serena, á 20 de Abril también de 1624. El libro tardó, pues, doce años en salir á luz.

(2) *Coronas del Parnaso*, introducción.

Entonces sólo pensó en recuperar herencias que se hallaban lejos. Ya antes de este tiempo había hecho para ello diversas tentativas, aunque sin fruto; pues no otro sentido queremos dar (aparte de algún obsequio pecuniario) al ansia por aquistarse primero el favor y protección del caballero genovés Sinibaldo Fiesco y luego de sus hijos D. Francisco, D. Andrés y, sobre todo, don Agustín, que parece era el mayor. A los primeros dedicó su novela del *Necio bien afortunado*, y al último *El sagaz Estacio* y *Las fiestas de la boda*, y á su amistad debió el conocer á la familia Espínola, también genovesa, dedicando su *Cortesano descortés* á los caballeros de aquella república Pablo y Jorge Espínola y á D.ª Policena el *Don Diego de Noche*, como acabamos de ver.

De estas familias de poderosos negociantes é ilustres guerreros esperaba Salas el favor en sus pretensiones hereditarias, que un poco oscuramente refiere en la última de sus obras, en una dedicatoria á D. Luis Ortiz de Matienzo, secretario del Consejo de Nápoles en el Supremo de Italia: «*La peregrinación sabia*... ofrezco á vuesa merced, porque hago confesión pública, que no tengo otro caudal con que pagar tantos beneficios, pues con sumo cuidado procura que se traslade á España el valor de aquella hacienda que tengo en Italia, con que podría pasar menos desacomodado; pues por no haber tenido hasta agora tan grande y tan piadoso protector, ha que duran los pleitos más de cuarenta años... De los demás bienes que están libres, que son muchas y muy buenas ca-

sas, hasta agora no he visto sino de cuatro en cuatro años unas blanquillas que apenas son la paga de un año; con que no se diga que intentan vivir de balde los demás, por lo menos así lo parece... Entendiendo el falido estado que tenían estos negocios (antes que vuesa merced los amparase) el Rmo. P. Maestro Hortensio, que Dios tiene, lo violentó á exclamar, diciendo:—«Extraña fortuna de hombre, que le obliga á pedir de limosna su propia hacienda.» Y dijera mucho más si supiera que se adquirió, no en el ocio de la corte y en los palacios de los príncipes, con las lisonjas que tanto son en ellos acariciadas, sino por un brazo militar y bizarro que después de haber servido á sus Majestades... los señores Emperador Carlos V y Felipe II, en todas las ocasiones honradas que se ofrecieron en aquellos tiempos, murió en Nápoles, alférez de caballos de la compañía del príncipe de Urbino.»

Indudablemente se trata aquí de un tío suyo, hermano de su padre ó acaso de su madre. Por lo demás, las gracias que el infeliz poeta daba eran en profecía, porque el resultado de sus pleitos no pudo ser más deplorable, si no es que tienen otro sentido estas tristes palabras que, en 1630, dirigía al Conde-Duque, á la vez que su obra: «Referirle á vuesa excelencia los grandes trabajos en que nuestro Señor me ha puesto, quitándome á un tiempo la salud y la hacienda, que son las dos mayores felicidades de esta vida (aunque creo de la caridad cristiana de vuesa excelencia que ninguna cosa leyera con más piadosa atención) no me pa-

rece que es de este lugar. Muchos le podrán dar á vuesa excelencia suficiente noticia de ellos; porque tengo por sin duda que en la ocasión presente ningunos son más públicos, como también ningunos menos remediados.»

A otros quebrantos de la salud de Salas unióse una completa sordera, como se deduce del soneto «al autor *habiendo ensordecido,* Martín de Figueredo, noble lusitano», que dice:

Si es con la dulce voz musa elocuente,
sirena robadora del sentido
y en éxtasis celeste muestra olvido
en lo que estuvo de antes más presente,
De divino furor, de pluma ardiente
tanto las orbes penetró tu ruido
que privándote fuiste del oído
al paso que volabas eminente.
Prevención de los astros fué piadosa,
que no escuches aplausos, porque al cielo
te levante el ingenio que te inflama.
Que si oyeras, acción fuera dudosa
(si la fe no apartara el mortal velo)
no pretender más gloria que tu fama.

Publicóse este soneto en 1627, al fin de *La Estafeta del Dios Momo,* y tres años más tarde casi repetía lo mismo Lope de Vega en el elogio de Salas que estampó en su *Laurel de Apolo* (Silva VII), á la vez que lamentaba el desamparo de su compatricio:

Si á Salas Barbadillo se atreviera
mi indigna voz que por tu gusto canta...
yo te pintara un hombre

que ha puesto con su nombre
temor á las estrellas
á quien quitaron ellas
que no pudiese oir sus alabanzas,
tales son de los tiempos las mudanzas;
porque si las oyera,
no fuera humilde cuando más lo fuera.
¡Oh, fortuna de ingenios; breve llama!
Pues si no le dais Mecenas, dadle fama.

Poco antes había obtenido el título de «criado del rey», que suponía en muchos casos no prestar servicio activo en palacio, sino tirar algunos gajes ó sueldo. Con este dictado se hace llamar en una escritura de arrendamiento de una casa para vivir, en la calle de Toledo, en 1634, que otorgó ante Diego Velázquez de Grado, y con él se califica en la portada de su *La Estafeta del Dios Momo*, impresa en 1627 (1). Componen este libro

(1) *La estafeta | del Dios Momo. | Al Reverendissimo P. | Maestro Fr. Hortensio Felix Paravicino, | Predicador de su Magestad, Comissario | general dos vezes en Andaluzia y dos | Prouincial en Castilla, de la sagrada | Religion de la santissima Tri- | nidad, Redencion de | Cautivos. | Autor Alonso Geronimo de Salas | Barbadillo, criado de su Magestad. |* (Esc. del ed.) *Año 1627. | Con Privilegio. | En Madrid, Por la viuda de Luis Sanchez.—A costa de Iuan de Carrasquilla, vendese en la Torre de Santa Cruz.*
8.º; 16 h. prels. y 172 foliadas.—Suma del privilegio (al autor, por diez años): Madrid, 20 de Agosto de 1627.—Tasa (4 mrs. pliego): Madrid, 30 de Septiembre de 1627.—Aprob. del M. Joseph de Valdivielso: 5 de Junio de 1627.—Lic. del Ordinario: Marid, 7 de Junio de 1627.—Aprob. del P. Fr. Julián lca (*sic:* es Abarca), trinitario: Madrid, 20 de Junio e 1627.—Ded. (curiosa por las referencias á Cer-

64 epístolas del mismo gusto y tendencias que las incluídas al principio del *Don Diego de Noche.* La mayor parte de ellas parecen escritas con mucha anterioridad á la fecha de su publicación: quizá se remonten á la época de las otras. Su estilo, conceptos, retruécanos y equívocos son iguales. El mismo procedimiento de ensalzar irónicamente á la persona dominada de un vicio ó posesora de un defecto físico ó moral; la misma compasión burlesca por una desgracia voluntaria ó de poco alcance, y hasta la elección de personas y casos es idéntica.

Dedicó esta obra con grandes elogios en prosa y verso al P. Hortensio Félix Paravicino de Arteaga, predicador famoso y escritor culterano. Lleva el tomo un elogio de Salas escrito por su amigo D. Gabriel Bocángel y Unzueta, tan retórico como inútil para la biografía del poeta, en que más parece quiso lucirse el elogiador que ensalzar al elogiado. Pedantesco afán de algunos que, aun en las más inoportunas ocasiones, tratan

---

vantes y Espinel. Lleva, además, una larga silva en elogio del famoso predicador).—Elogio en honor de Alonso de Salas Barbadillo, por D. Gabriel Bocángel y Unzueta.—Texto. Después de una introducción van 21 epístolas; luego la novela del *Ladrón convertido en ventero* y luego el resto de las cartas, hasta la 64 inclusive. Siguen el soneto: «Al autor, habiendo ensordecido, Martín de Figueredo, Noble Lusitano»; décima de D. Fernando de Bermúdez y Carvajal, camarero del Duque de Sessa, y otras tres del Lic. Luis de Villalón, D. Juan de la Rea y Juan de Carrasquilla Vicuña.

de interponer su propia é insoportable personalidad.

Entre las cartas satíricas ó burlescas que firma Salas con el nombre de *Momo*, hay algunas otras más serias suscritas con el de *Montaño*. Estas parecen haber sido efectivamente escritas á determinados sujetos y tocan puntos de la vida privada de los interesados: hasta llega á nombrar á tal cual de ellos, como se observa en una muy curiosa dirigida al poeta D. Jerónimo de Villaizán.

Mencionaremos algunos de los temas de las jocosas: «A Córbulo, arbitrista preso en la cárcel pública por casado tres veces» (Ep. II); «A Melampo, insigne verdugo que tenía escuela pública de su oficio» (III); «A Paladio, pobre y desvanecido hidalgo, residente en una aldea, continuo cazador de liebres y gran lector de libros de caballerías» (VIII), personaje que recuerda el héroe cervantino; «A Coribante, poeta que escribía coplas para los ciegos y atrevido censor de los ingenios cultos» (X); «A Lisis, dama hermosa y entendida que mentía con mucha agudeza y donaire» (XI); «A Corina, dama que habiendo cenado en un gran banquete se dejó vencer del vino» (XII); «A Menandro, indiano alegre inclinado á las fiestas de toros y á la facultad poética» (XX); «A un saludador muy dado al vino» (XXI).

Después de esta carta incluye una graciosa novela titulada *El ladrón convertido á ventero*, en que pinta un curioso tipo de mujer hombruna y amazona, además de otros burlescos de jaques, alguaciles, rufianes y venteros. Lleva también al-

gunos versos en jácara y ocupa esta novela una buena parte del tomo.

Continúan las cartas de ambos géneros, y entre otras citaremos: «A Rufino, corcovado por la naturaleza, y por el arte maestro de danzar»; «A Gerarda, frutera de la Plaza de Madrid y castigada por unos pesos falsos»; «A Landino, cochero, habiéndose librado del peligro de ahogarse en Henares, por el socorro que le hicieron unos estudiantes»; «A Lucina, vieja que dejó el oficio de calcetera y se entró á servir de ama á unos estudiantes en Alcalá.» .

La epístola XXXIV, una de las más extensas, dirigida «á un caballero grande en el ingenio, pequeño en la edad y residente en la ciudad de Lisboa» y que verosímilmente es el mismo joven á quien Salas había educado, según indica en unos versos contenidos en *Don Diego de Noche*, incluye un corto poema (17 octavas) á la ida de Felipe IV á Sevilla (en 1624). Esta carta contiene este curioso párrafo: «Suplico á V. m. se sirva avisarme ya que se halla con ellos tan entretenido, qué libros son los de su elección para que se los envíe nuestro cuidado con toda diligencia, descuidando de la costa; que á mí me los dan en ferias de otros; que sólo entre los que imprimen se conserva aquel sincero estilo de la edad primera en que se conmutaban unas cosas por otras. Y es cierto que los libros, sean los que fueren (tal es mi opinión) son una mercaduría tan excelente que no puede ser pagada sino consigo misma.»

La epístola XXXVIII va dirigida «A Lupina, dama venal: discúrrese con variedad por el dilatado campo de su vida y costumbres». Importante para el estudio y conocimiento de las de la corte son otra carta «A Celio escribano, residente en el crimen»; «A Lucino, famoso representante: dánsele algunos consejos concernientes á la materia de su oficio». La XLVIII «Contiene algunas advertencias que se dan á un zapatero poeta, que, con poco temor de Apolo, propuso un certamen poético».

Una extensa y erudita (LIII) va enderezada «á D. Fr. Juan Bravo de Laguna, obispo de Urgento, del Consejo de S. M.» y la siguiente al «P. Maestro Fr. Angel Manrique, Generalísimo de la sagrada religión del gran Patriarca S. Bernardo, Catedrático propietario de Filosofía moral en las insignes escuelas de la universidad de Salamanca».

Es muy graciosa la LV «á un cirujano valiente que andaba siempre retraído por las casas de los Embajadores», así como la LIX «á un poeta cómico durísimo en los versos y melancólico en los conceptos» y la LXI «A Federico, barbero por oficio, músico por entretenimiento y casamentero por entrambos títulos».

Después de esta obra sólo publicó Alonso de Salas *El curioso y sabio Alejandro, fiscal y juez de vidas ajenas*, rápido y algo exagerado esbozo cinco tipos sociales ridículos ó dignos de cena, como son el goloso *Panza Dichosa; El Maero pulido*, que, como indica su apodo, sólo

cuida de su adorno; *El pleiteante moledor y tramposo;* el maldiciente y otro tipo menos verosímil que llama *El camaleón cortesano* (1).

En 1629 elogió con una décima *La Huerta de Valencia*, colección de historias novelescas de

---

(1) *El cvrioso y sabio | Alexandro, Fiscal, y Iuez de | vidas agenas. | Escriviole Alonso | Geronimo de Salas Barbadillo, | criado de la Reyna. | N. S. | Y agora le ofre- | ce a Gabriel Lopez de Peña- | losa, del Consejo de su Mages | tad, y su Secretario de Estado | de la Augustissima Casa de | Borgoña. | En Madrid en la Imprenta | del Reyno, año de 1634: | A costa de Antonio de Castilla, | mercader de libros.*

8.°; 16 h. prels. y 126 foliadas; la última dice 125 por errata.—Erratas.—Suma del privilegio: Madrid, 20 de Octubre de 1634.—Suma de la tasa: Madrid, 2 de Diciembre de 1634.—Aprob. del M. José de Valdivielso: Madrid, 30 de Septiembre de 1634.—Aprobación de Fr. Francisco Boil: Madrid, 9 de Octubre de 1634.—Prólogo.—Dedicatoria.—Décimas de Antonio de Castilla y el M. Valdivielso.—Texto: las cinco últimas hojas las ocupan la Silva «Lagrimas justas y piadosas... á las cenizas del R. P. M. Fray Hortensio Felix Paravicino».

Obsérvese que en esta obra se llama criado *de la reina*, siendo así que en las anteriores se denomina criado del rey: quizá sea errata.

2.ª EDICIÓN. *El curioso y sabio Alexandro, Fiscal y Juez de vidas agenas. Escrito por Alonso Geronimo de Salas Barbadillo. Sacala á luz nuevamente para recreo de los Ingenios, Joseph García Lanza, quien la dedica al muy ilustre señor D. Juan Jacinto Joseph Pacheco Mijares de Solórzano y Tobar, Conde de San Xavier, Vizconde de Santa Rosalía, etc. En Madrid, en la imprenta de Francisco Xavier García, calle de la Salud, año de 1753.*

8.°; 8 h. prels. y 111 págs.—En esta impresión se suprimieron algunos preliminares, y todos ellos en la reimpresión hecha en el tomo 33 de la *Biblioteca de Autores españoles* y en el 37 de la *Colección* Bandry, que en París dirigió D. Eugenio de Ochoa.

Castillo Solórzano (1). En el siguiente tributó igual obsequio al libro de Salvador Jacinto Polo de Medina *El buen humor de las Musas* (2), y solicitó la aprobación y en 28 de Octubre obtuvo el privilegio de su obra *Coronas del Parnaso*, que no sabemos por qué razón no dió á la estampa.

---

(1) *Huerta de Valencia, Prosas y versos en las Academias della... Por Don Alonso del Castillo Solórzano... En Valencia por Miguel Sorolla, menor y quinto deste nombre. Año 1629.*

8.º; 8 h. prels., 286 págs. y 88 más sin numerar para la comedia del *Agravio satisfecho*.—Aprob. de Fr. Vicente Gómez, dominico: Valencia, 20 de Enero de 1629 y demás prels.—Versos laudatorios de Don Sancho de Molina, D. Alejo del Hierro, *Salas*, D. Lorenzo de Soto, etc.—La décima «De Alonso Geronimo de Salas Barbadillo», dice:

Verdes plantas, bellas flores
produce una Huerta hermosa
y otra en extremo curiosa
elegancias y primores.
Iguales da los favores
el cielo con su influencia;
y así, en igual competencia,
honran del Turia el cristal
Alonso la artificial
la natural de Valencia.

(2) *El buen humor de las Musas. Lo compuso Salvador Iacinto Polo de Medina natural de Murcia... En Madrid en la Imprenta del Reino. Año M.DC.XXXVII. A costa de Alonso Perez, librero de su Magestad.*

8.º; 8 h. prels. y 108 foliadas.—Privilegio: Madrid, 8 de Octubre de 1630.—Erratas: Madrid, 10 de Noviembre de 1630.—Tasa: 4 de Diciembre de idem.—Aprob. del M. José de Valdivielso: Madrid, 21 de Julio de 1630.—Aprob. de Lope de Vega: Madrid, 2 de Octubre de 1630.—Ded.—Pról.—Versos laudatorios de López de Zárate, Montalbán, D.ª Inés de Padilla, Andosilla Larramendi, *Salas Barbadillo* (una décima) y otros.

Elogiáronle Lope de Vega, en el *Laurel de Apolo*, como queda dicho. En 1631 obtuvo igualmente alabanzas, ya de antes concedidas, del autor de los *Favores de Las Musas* (1). En 1632 llamaba el Dr. Juan Pérez de Montalbán, en su *Para todos* á «Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo varón insigne de nuestra patria, por lo mucho que en calidad y cantidad tiene escrito»; y el elogio para él más lisonjero fué el del Maestro José de Valdivielso, á quien profesaba grande veneración, al aprobar su *Curioso y sabio Alejandro* (1634) diciendo que su autor era «conocido en dieciocho felices partos de su feliz ingenio; decoro ilustre de nuestra nación y ceño celoso de las extrañas; en que logró lo florido de la elocuencia y lo fértil de lo conceptuoso, escribiendo este con novedad y con acierto».

Quizás estos aplausos endulzarían algo las amarguras de sus postreros días que acabaron, como expresa la siguiente partida de defunción existente en la parroquial de San Justo y Pastor:

«Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo: falleció

---

(1) *Favores de las Musas hechos á Don Sebastian Francisco de Medrano, en varias rimas y comedias que compuso en la más célebre Academia de Madrid, donde fué presidente meritísimo... En Milan, por Juan Bautista Malatesta. Año 1631.*

8.º; 7 h. prels., y 319 págs.—Aprob. de la Inquisición de Milán: 16 de Septiembre de 1631.—Epístola de Medrano á Castillo Solórzano, donde habla de la Academia y concurrentes á ella, entre los cuales cita á *Salas Barbadillo*.

á diez días del mes de Julio de mil y seiscientos treinta y cinco, en la calle de Toledo, casas de la Compañía. Recibió la Extremaunción: no testó: enterróse en San Gerónimo; pago el entierro doña Magdalena Barbadillo, su hermana que vivía en la dicha casa y calle y pagó á la Fábrica sesenta reales» (1).

Esta D.ª Magdalena quizás fuese el único hermano que Salas conservase al fin de sus días. Era la mayor de las hembras, pues había nacido, como se ha visto á últimos de Febrero de 1585, y tal vez se conservaría soltera al lado de su hermano.

Cuando ocurrió su fallecimiento acabándose estaba la impresión de su última obra, una colección de opúsculos diversos que en este mismo año de 1635, y á costa de la Hermandad de libreros, salieron definitivamente á luz, ya muerto su autor, como se expresa en el libro que llevó el título de *Coronas del Parnaso y Platos de las Musas* (2).

---

(1) Mes y medio más tarde (27 de Agosto) fallecía también Lope de Vega.

(2) *Coronas | del Parnaso, | y | Platos de las | Mvsas. | Las Coronas del Parnaso | al Excelentissimo señor Conde Duque, | gran Canciller. | Los Platos de las Mvsas | a los venerables ingenios, ornamento, y | felicidad de la Patria. | Alonso Geronimo de Salas | Barbadillo. criado de su Magestad se los | ofrece. v consagra. | Año* (Un cuadro con este dístico: *Varon deseado, | Requiescat in pace.*) *1635. | En Madrid, En la Imprenta del Reino.—A costa de la Hermandad.*

8.º; 8 h. prels. y 310 foliadas.—«Títulos de los Platos de las Musas y los nombres de las personas á

Comienza con una gran introducción en prosa dedicada al Conde-Duque de Olivares D. Gaspar de Guzmán, primer Ministro del Rey y su favorito, en que refiere Salas el imaginado viaje que él y otros dos ingenios cortesanos hicieron al Parnaso. Va dividida esta introducción en ocho discursos en que el autor narra lo que vió é hizo en el reino de la poesía, con otros episodios, que son: la *Audiencia de Apolo;* la *Festividad del español Mecenas* (el Conde-Duque, cuya estatua se coloca y corona ante el palacio del dios); la *Armada poética* contra la *Armada lega* de los malos poetas (pasaje imitado del *Viaje* de Cervantes) y, por último, el *Banquete de Apolo* y el de las Musas. Los *Platos* que las Musas presentan son los opúsculos escritos por Salas con anterioridad y con motivos diversos, que ahora agrupa aquí por medio de esta ficción ingeniosa.

---

quien se dedican.»—Erratas: Madrid, 8 de Julio de 1635.—Suma de la Tasa: Madrid, 9 de Julio de 1635. Suma del Priv.: Octubre 28 de 1630.—Aprob. de Fr. Julián Abarca: Madrid, 1.º de Julio de 1630.—Ded. (sin fecha).—Al lector: («En estas obras póstumas de Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo que salen á luz, cuando él pisando las sombras de la muerte, pasó (piadosamente lo presumo) á mejor vida, logra las mismas locuciones, las mismas sales.....») Sin firma.—Texto, cuyo contenido se especifica arriba.

Tales son las obras conocidas de Salas. En algunas ediciones del siglo XVIII se le atribuyen además *El coche de las Estafas*, que muy bien puede ser su novelita *El coche envergonzante y endemoniado* de la *Casa del placer honesto* ó *Las harpías de Madrid y coche de las estafas* de Castillo Solórzano y *El licenciado Talega*, obra hasta el presente desconocida.

El *plato primero* es una fábula en verso titulada *El trofeo de la piedad*, y la dedica á D. Diego de Are y Rinoso, que fué Inquisidor General y Presidente del Consejo Real.

El *segundo*, ofrecido al Consejero de Indias y Embajador en Francia D. Lorenzo Ramírez de Prado, es una colección de poesías (Epitafios, Madrigales y Epigramas) que no habían tenido lugar en otras obras anteriormente publicadas. Lleva el título de *El Ramillete.*

El *tercero*, una ingeniosa novela satírica y alegórica en que son protagonistas dos zorros, padre é hijo, que viajan para que el mayor aleccione al más joven. Titúlase *La peregrinación sabia*, y va consagrada á otro Consejero, D. Luis Ortiz Matienzo.

Otra novela jacaranda, *Los desposados disciplinantes*, forma el *plato cuarto*, que se dedica al Secretario Gabriel López de Peñalosa. Es un divertido cuadro de costumbres de rufos, placeres, mesoneros, alguaciles y guapos.

A D. Antonio Hurtado de Mendoza titula ó presenta el autor el *plato quinto*, compuesto de cuatro entremeses que son: *Doña Ventosa; El caballero bailarín; El Prado de Madrid y baile de la Capona* y *El padrazo y las hijazas.*

El *plato sexto* son doce *Epístolas* en prosa «primera parte» al Maestro José de Valdivielso. El *séptimo* la comedia en verso titulada *Victoria de España y Francia*, «á la ilustre y noble congregación de los Mercaderes de libros de esta corte»; el *octavo* una nueva serie de 19 *epístolas* en prosa

con dedicatoria común á D. Gabriel de Bocángel y Unzueta, Bibliotecario del Infante Cardenal, y el *noveno* la comedia de costumbres *El tramposo con las damas*, ó sea *El galán tramposo y pobre*, como también la llamó, y dedicada al Licenciado Juan Buitrón, abogado de los Reales Consejos. En realidad los *Platos* habían sido 18; pero Salas dice que sólo publica la mitad para evitar que el público se empalague. Los otros nueve son hoy desconocidos.

Las epístolas de los platos sexto y octavo son muy semejantes á las contenidas en *Don Diego de Noche* y la *Estafeta del dios Momo*. Pondremos los temas de algunas: «A un gramático soberbio y que se dejaba vencer del vino; A Faustino, ciego de un ojo y famosísimo ladrón; A Hermotes, gran compositor de música y famoso tahur; A Cosino, rico miserable, tramposo y amigo de comer á costa ajena; A Filene, sospechosa en la limpieza de su sangre y que de mondonguera se pasó á ser comadre; A Egisto, oficial de cerería en una universidad, que por entremeterse á ser agente de cátedras le descalabraron en un rótulo; A Libio, sastre que se subía á coser sobre los tejados de la Plaza, gran glotón y gran mentiroso; A Clori, morena en el color y en las costumbres muy libre, enviándola una loa; A Lucrecio, insigne cantor y majadero intolerable; A Lícida, dama fea, afeitada, mentirosa y que aprendía á pintar; A Milón, que edificaba casa con la buena cara de su mujer; A Plotino, zapatero torpe y deshonesto en lenguaje, que calzaba muy bien y vendía muy

caro; A Córidon, escribano, cuyos padres fueron él carnicero y ella frutera; A Calímaco, hombre maldiciente y que decía que era docto en todas lenguas.»

Tiene algún interés biográfico la dirigida desde Alcalá de Henares á D. Fernando Bermúdez Carvajal, probablemente cuando su primer destierro, pues coincide en el mes, por ser el en que se celebra la fiesta de Santa Teresa (Octubre). Recuerda expresamente Salas los años que en su adolescencia gastó en aquella célebre universidad.

IX

Tales fueron la vida y las obras de Alonso de Salas Barbadillo; uno de los más ingeniosos, agudos, castizos y variados escritores que produjo la grande España de los siglos XVI y XVII.

De los varios géneros literarios que cultivó quedó inferior al intento en algunos, no pasó de mediano en otros, lució en varios y fué eminente en uno de los más arriesgados y difíciles.

Como poeta épico apenas merece especial mención: la poesía elevada, como hemos dicho, no inflamaba su espíritu. La poesía lírica debióle constantes y numerosos sacrificios con éxito vario: sobresalió en la de tendencia popular, como los romances, seguidillas y redondillas jocosas; es frío y palabrero en la oda y madrigal; ampuloso é inexacto en las descripciones de la naturaleza (salvo en la silva *Albanio á Laura*, que es muy hermosa); en los epigramas, que escribió en grandísimo número, resulta poco espontáneo, harto inofensivo á veces y casi siempre ingenioso en el concepto.

Tampoco sobresalió en la poesía dramática. Todas sus comedias y entremeses carecen de acción. Cierto que él no se lo propuso, atendiendo antes que nada al chiste, al discreteo agradable, á la pintura de un carácter cómico ó á la sátira so-



cial. No creemos, pues, que puedan representarse, ni él lo intentó tampoco. *Comedias antiguas* ó *comedias en prosa* llamó á otra clase de obras imitación de la *Celestina* en la forma, aunque con carácter menos activo: son verdaderas novelas dialogadas.

Y con esto llegamos al campo propio del talento literario de Alonso de Salas. Pero entre las varias clases de asuntos novelescos que cultivó, resulta inferior en la de aventuras ó enredo; pues aun en algunas, como *El caballero perfecto*, *El caballero puntual* y *Don Diego de Noche* en que la narración es casi seguida, aparece el tema supeditado al carácter del protagonista; la acción es demasiado sencilla y transcurre con languidez, saturada de glosas, observaciones, referencias y desenvolvimientos críticos. Estas interrupciones son aún más frecuentes é inoportunas en otras novelas, cuajadas de versos sin por qué ni para qué, como la de *Pedro de Urdemalas*, cuyo personaje parecía brindarle con una serie de intrincados y picarescos sucesos.

Así, pues, Salas no es un verdadero y perfecto novelista como hoy se entiende esta palabra, y ni aun como la entendieron Cervantes, Espinel, Castillo y otros autores de su tiempo. Pero en el cuento ó novela corta, en la anécdota ampliada y disuelta en un mar de ingeniosidades, chistes satíricos, paradojas é ironías; en el desarrollo de un carácter cómico burlesco llevado hasta los últimos perfiles y aspectos; en la pintura de profesiones y oficios en su lado ridículo ó vicioso; en el

sarcasmo y sangrienta befa de algunas debilidades y flaquezas de hombres y mujeres; en esto y otros géneros semejantes es un maestro consumado é insuperable. Nadie mejor y á la vez más literalmente entendió aquellas palabras de su gran dechado, Cervantes cuando, refiriéndose á sus novelas cortas, escribió (*Viaje del Parnaso,* cap. IV):

> Yo he abierto en mis *Novelas* un camino
> por do la lengua castellana puede
> mostrar con propiedad *un desatino.*

No uno sino infinitos *desatinos* (en el sentido cervantesco, se entiende) en lo estupendo de las hipérboles, en lo ingenioso é inesperado de las comparaciones y en lo extraño y propio á la vez de las analogías de personas y casos. ¡Qué conjunto de tipos de todos calibres y condiciones desfilan por sus obras! Imposible reducirlos brevemente á cuenta: toda la sociedad del siglo XVII, en lo que tiene de viciosa, ridícula y bullanguera pasa por ellas. Corchetes, alguaciles, escribanos, poetas, músicos, menestrales, damas del tusón, celestinas de multitud de clases, médicos y legistas, jaques, rufianes y valentones, ciegos, arrieros y carreteros, los viejos verdes, los jóvenes presumidos, damiselas esclavas de la moda, el abuso del coche, de los banquetes, de los helados, de empleo entonces reciente en el verano; de las cortesías y ceremonias de estrado y calle; de las músicas nocturnas; del derecho de asilo en los palacios de embajadores; de las supersticiones y brujerías; de las casas de posadas, mesones y ventas; de las estafas

so capa de obsequios femeninos; de los modos de encausar (como quien por experiencia lo sabía); los abusos y excesos de los poderosos: toda extralimitación de lo moderado y honesto cae bajo la terrible penca de este incansable verdugo de lo inmoral y afectado; toda hipocresía, toda vanagloria, todo alarde indebido ó inútil sale á la vergüenza pública en sus escritos.

Esto en cuanto al fondo de ellos. En la forma varió bastante la manera de presentarlo. Prescindiendo de su poco airoso ensayo de las novelas en verso (y por lo común en metro tan estrecho como la octava real), así en la narrativa, en la dialogada, en el retrato moral ó semblanza es excelente. Cultivó, ó por mejor decir, aplicó una forma conocida á su intento satírico ó moral: tal es el objeto de sus saladísimas epístolas ya imaginarias ó reales que realzan su *Don Diego de Noche* y sus *Coronas del Parnaso* y forman casi el total de la *Estafeta del Dios Momo.* Aquí su ingenio campea y retoza sin traba alguna.

Su estilo es perfectamente natural y llano. No se burló mucho del culteranismo porque era amigo del P. Hortensio Paravicino de Arteaga, discípulo de Góngora; pero no siguió su escuela. Más bien parece inclinarse al concepto, aunque casi siempre lo hace en burlas, de modo que pudiera creerse que no toma en serio sus retruécanos, alusiones, paralelos y aplicaciones de la rase. En los períodos es abundante, fluido en lo ue cabe en su sistema de continuas correcciones, ncisos picantes y otras galas del pensamiento;

limpio de tropiezos, cacofonías y otros defectos.

El lenguaje es propio, castizo, no muy rico en vocabulario, pero no infrecuente en frases bien torneadas y felices en vigor y expresión de la idea y en significaciones figuradas ó extensivas de las palabras (1).

Con estas ideas creemos pueda ya el lector no preparado especialmente pasar á la lectura de las obras de Salas Barbadillo.

(1) Porque contiene algunas apreciaciones de interés reproducimos el artículo que á Salas consagra D. Nicolás Antonio en su *Bibliotheca nova* (I, 38):

«Alphonsus Hieronymus de Salas Barbadillo, Matritensis, eo tempore, quo elocuentia et acumen gentis nostrae in curia Philippi III et sub initia Philippi IV Regum potentissimorum flore veluti suo ac vere fulgebat, urbanitate et amoenitate ingenii censebatur. Quod quidem frecuentibus editis libellis, sermone usus Hispano, terso atque inafectato, ideoque suaviore ac jocis pleno exeruit simul et adprobabit.

Familiam Regiam sequutus est, nec ideo tamen (quod omne tulit saeculum et fert) necessariorum indigentiam, veluti adversum prosporrime natis ingeniis sidus, declinare usquam potuit.

Lucem quae aspexerunt opuscula, et in manus meas aut cognitationem venerunt, haec sunt, partim prosa partim versibus: (Enumera las obras, citando entre ellas *El Licenciado Talega*, s. a.).

Haec fere omnia mores nostros in quo a recto deviant (et deviant ad modum) traducere, sive, quod genus est simplicissimum non ingrata aut vacuae reprehensionis, ostentare, ac veluti animorum theatro sistere nata sunt.

Obitus auctoris ante annum contigit MDCXXXV quo anno scilicet *Coronarum* illud opus jam laudatum, postuma ejus proles, lucem typorum aspexit.»



CORRECCION
DE VICIOS.

En que Boca de todas verdades toma las armas contra la malicia de los vicios, y descubre los caminos que guian á la virtud.

Por Alonso Geronimo de Salas Barbadillo, vezino, y natural desta villa de Madrid.

A Doña Ana de Zuazo de la Camara de la Reyna nuestra Señora.

Con Priuilegio de Castilla, y Aragon.

EN MADRID,

Por Iuan de la Cuesta, Año de 1615.

A costa de Miguel Martinez.

Vendese en la calle mayor á las gradas de S. Felipe.

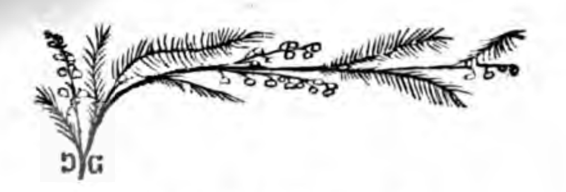


TABLA DE LAS NOVELAS

QUE SE CONTIENEN EN ESTE LIBRO

—

SUMA DE LA TASSA

Tassaron los Señores del Real Consejo este libro intitulado *Correccion de vicios* de Alonso de Salas Barbadillo, a tres marauedis y medio cada pliego: como consta del testimonio de Hernando de Vallejo escriuano de Camara del Rey nuestro señor, su fecha en 16 de Deziembre de 1614.

Tiene veinticinco pliegos, que al dicho precio monta en papel ochenta y siete marauedis y medio.

—

SUMA DEL PRIUILEGIO DE CASTILLA

Tiene priuilegio Geronimo de Salas Barbadillo para este libro intitulado *Correccion de vicios* por

diez años, como consta de su data, en Madrid a 21 del mes de Enero de 1614 despachado por Hernando de Vallejo, escriuano de Camara del Rey nuestro señor.

SUMA DEL PRIUILEGIO DE ARAGON

Tiene priuilegio Alonso Geronimo de Salas Barbadillo para este libro intitulado *Correccion de vicios* por diez años, como consta de su data, en Ventosilla a 20 dias del mes de Otubre de 1614.

FE DE ERRATAS

Este libro intitulado *Correccion de vicios* corresponde con su original. Dada en Madrid a 8 de Deziembre de 1614.

El Licenciado Murcia de la Llana.

APROVACION

Por comission, y mandado de los Señores del Consejo de su Magestad he hecho ver los cinco libros contenidos en este memorial, no contienen cosa contra la fe, y buenas costumbres, antes son vtiles y ingeniosas, y assi se le puede dar licencia al autor para poder imprimirse. Fecho en Madrid, a veynte de Diziembre de mil y seyscientos y treze años.

El Doctor Gutierre de Cetina.

APROVACION

Digo yo el Maestro Fray Manuel de Espinosa, de la Orden de la santissima Trinidad Redencion de Cautivos, que por comission de los Señores del Consejo Real, y Supremo, de Castilla, Vi y examiné cinco libros intitulados. *El Cauallero Puntual. La ingeniosa Elena. El sagaz Estacio. Correccion de vicios, y Romancero vniuersal.* En los quales no hallé cosa contra el dictamen de nuestra santa Madre Iglesia, ni que contradiga a las buenas costumbres, antes con ingenio enseña su autor en ellos las agudezas y engaños de los que son hijos deste siglo, para que nos sepamos librar dellos, conforme el consejo Euangelico, y me parecen vtiles, y prouechosos para gente curiosa, y desembaraçada de estudios mas graues, y este es mi parecer. En este Conuento de la santissima Trinidad calle de Atocha de la villa de Madrid, a seys de Enero de 1614.

Fray Manuel de Espinosa.

AL LECTOR

Don Francisco de Lugo y Dauila.

Solia dezir muchas vezes Diogenes Cinico, que otros herian sus enemigos para quitarles la vida, y el a sus amigos para perficionarsela. Lo mismo (ó Lector) te dize Alonso Geronimo de Salas, pues si te hallases (en el genero de estado que te toca), tal vez herido de sus palabras: aduierte, que no es para dañarte, sino para hazerte de vida mas per-

feta. Y si esto no te consolare bastantemente, (pues no solo se pelea con el escudo, recibiendo en él los golpes, porque nuestra naturaleza, no tanto se inclina, y ama la tolerancia, quanto la superioridad y aptitud de la vengança justa:) assi como te enseña a recebir el golpe con que te hiere reprehendiendote tu vicio, te da armas ofensiuas contra los demás estados: que si en el primer capitulo se encuentra con escriuanos y alguaziles, es para que los otros se consuelen: pues donde ay tanto que dezir tanto se modera. Y estos, si el Medico, ó Letrado quisiere vituperarlos, tambien hallaran a pocas hojas hecha la respuesta. Que no porque el poderoso murmure del triste, que por no darle tanto oro la fortuna le quedó inferior, y obligado á seruirle, forçado de su miseria, le maniató la lengua para que le responda: antes quanto mas acrecentado en las riquezas, tanto mas sugeto a las imperfeciones el animo, y por consequencia tanto mas aura con que responderle (que no sera necessario trabajar mucho para hallarlo, el que lo huuiere menester,) verdades son todas, manjar dulce para los virtuosos y sabios, quanto amargo para los ignorantes y viciosos. Y es justo (o Lector) que en el tiempo que Reyna la mentira, tan compañera de la adulacion cortesana, estimes quien saca la verdad a luz. Pues como dize Iuuenal, aquello que tu no tienes verguença de hazer, porque la he de tener yo de dezirlo? Que no la hagas, y no ternas que temer. Claman los vulgares prouerbios. Y si este consejo te pareciere de poco fundamento, porque le pronuncia la vejezuela, y el rapaz, rigete por la doc-

trina de Epiteto excelente Filosofo, que alli verás claro, que la felicidad estriua en la tranquilidad del animo. Y esta solo (a mi ver) la alcança aquel a quien no tienen que reprehenderle. Mas ¿para que se desmanda mi pluma a darte auisos pues todo este libro está lleno dellos? escoge los que te tocan, y saldras más aprouechado. Que no es otra cosa el vituperar vna accion, que el auisarte que huygas de executarla, de suerte que te la puedan afear.

A DOÑA ANA DE ZUAZO, DE LA CÁMARA DE LA REINA NUESTRA SEÑORA.

Comun estilo es entre todos los que dedican libros, afirmar que los mueve á semejante accion el pagar y satisfacer obligaciones, yo Señora, que siendo diferente todos ellos, digo, que la mayor que podre tener á v. md. en mi vida es el haberme permitido que haga el discurso de estos pocos pliegos, honrado con la anterioridad de su nombre y favorecido con el amparo de su singular ingenio. Muchas cosas dijera de él en esta ocasion, si no entendiera que por mas que me esfuerce para los sabios que las conocen y veneran, diré menos de lo que ellos alcanzan; y que para los vulgares no es justo hacerles plato de manjares, que las más veces desestiman. Por lo menos llevo una cosa segura, y es, que ya que me reprendan, que no acierte con el asunto de esta obra, nadie me podra negar que la eleccion del dueño que la ampara fue prudente. Dos cosas he procurado, porque sé que v. md. las ama con estremo. La

una, ya que he dicho verdades, medirme con la modestia; y la otra, huir de todo genero de afectacion, por ser el pecado que a v. md. mas ofende. Si las he conseguido ó no, v. md. es sola quien puede dar esta sentencia, porque a los demás jueces, a unos recuso por ignorantes, y a otros por apasionados. Guarde nuestro Señor a v. md. largos y felices años, en Madrid a 15 de Diciembre de 1614.

Alonso Geronimo de Salas Barbadillo.

DON FERNANDO BERMUDEZ CARVAJAL,

Camarero del Duque de Sessa, &.

A DOÑA ANA DE ZUAZO.

Ana hermosa, más discreto
Fuera el autor, á quien toca,
Si la gracia de esa boca
Fuera del libro el sujeto.
Con esto tuviera efecto
Su argumento entre los sabios;
Más no hay que tener agravios,
Si ya la fama veloz
Puso su nombre en tu voz,
Y su alabanza en tus labios.





Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo, refiere á D.ª Ana de Zuazo la jornada que hizo á Burgos y Zaragoza.— Visita la casa de los enfermos del juicio, y de allí pasa á Tudela de Navarra.

Después, Señora, que, con tantas desdichas, me faltó el asiento de mi casa, y salió el alma desacomodada de todas las cosas que aliviaban la carga de tantos pesares, como en el mundo padece aun la más descansada vida; porque á un mismo tiempo hice tres pérdidas grandes: la de V. md., en cuyo ingenio admirable halla tantas ocasiones la alabanza, escuela de las virtudes y verdad donde se tocan todos los buenos ingenios; la de Belisa, sujeto, por la belleza maravilloso, y por las costumbres más amable, á quien mi voluntad hizo la mayor obligación, y la última, y más dolorosa, porque está desnuda de la esperanza del remedio, la muerte del Licenciado Diego Gerónimo de Salas Barbadillo, mi hermano, que en verdes años llevó á la tierra las nobles esperanzas de su ingenio, feliz por tantos estudios, y desdichado, porque no llegó á gozar el fruto de ellos; con quien, demás del deudo de la sangre, tenía yo particular parentesco de amistad, que este es el último nudo y el más fuerte para apretar voluntades.

Llegué á Burgos, Roma de España, y cabeza de su espacioso Imperio: veneré luego con los ojos las ruinas de tantos ilustres edificios, que un tiempo dieron habitación á los primeros padres de la nobleza de Castilla. Visité sus templos, y entre ellos pagué en admiración á la Iglesia Mayor lo mucho que su fábrica me deleitó. Vista (obra maravillosa) deseé mucho suspender mi jornada por algunos días, y gozar del trato de sus ciudadanos, varones, por la mayor parte, universales en letras y amigos estrechos de los estudios y virtuosas ocupaciones. Pero esperábanme en Zaragoza negocios de importancia, y dábame prisa la obligación; y así, quitando al gusto lo que dí á la solicitud, partí viernes por la mañana, después de haber oído con devoción cristiana misa en la Capilla del Santo Crucifijo: santuario tan antiguo, y en toda España reverenciado por la grandeza de los milagros. Regaláronme mucho aquellos Padres Agustinos, y siendo liberales de la caridad, le corrieron todos tres velos, para que le gozase, y adorase con la vista exterior, llegándole cerca una luz, y enseñándome infinitas maravillas con particularidad. Admiróme el ver aquella imagen de nuestro Redentor, y mejoró mi espíritu de lugar; porque despertó para discurrir por muchas consideraciones importantes, de cuyo camino estuve bien lejos. Era entonces Prelado de aquella Casa el Padre Fray Gabriel Zapata, noble en sangre y en ingenio; persona de prudente gobierno y valeroso espíritu, y, como tal, muy celoso del culto y veneración de tan gran Señor; y así en su tiempo se le aumentaron muchas ofrendas, y entre

ellas, dos blandones de plata, que fueron tasados en tres mil ducados, que dió la Majestad de Felipe Tercero. Al fin partí de entre aquellos Padres, lleno de sus bendiciones, y rico de sus abrazos, librando la seguridad de mi jornada en sus oraciones y sacrificios.

No iba yo con poco trabajo; porque demás que los muchos que el espíritu padecía, el cuerpo, necesitado de salud, se hallaba con pequeño esfuerzo para el camino. Pero como no hay carrera que la necesidad forzosa no procure, animándose pasarla, socorríme todo lo más que pude del ánimo, y caminaba más á fuerza del entendimiento que del cuerpo. No hallé quien me acompañase en este viaje, por ser el de Burgos á Zaragoza muy poco frecuentado; y así aprovechando la melancolía la ocasión de la soledad, ocupóme más ratos que mi salud había menester. Allí se me representaron todas mis desdichas, y con nuevo llanto celebré su sentimiento.

Entré en Zaragoza víspera de Nuestra Señora de la Candelaria, en la noche. Paseé la ciudad otro día, ilustre en España por los edificios; y admiróme la majestad de su fábrica. Visité la Capilla de la Virgen del Pilar, y allí, con la mayor fe, y devoción que pude, adoré la piedra donde pone las plantas, y parece que, dentro de mi ánimo, sentí un afecto de gozo, ufano, como natural de España, de que esta tierra gozase de tan alta reliquia. A la tarde fuí á Santa Engracia, Convento de frailes Gerónimos y fundación del Católico rey don Fernando, donde ví el tesoro de las prendas de innumerables mártires. Salí después al río Ebro,

tan hermoso, como por sus aguas, por la compañía que le hacen dos insignes puentes, uno de tablas y otro de piedra: cuyos campos, en su tiempo, en galas y en frutos, igualan á los mejores del mundo. En estas y en otras cosas admirables me ocupé algunos días de los muchos que allí estuve; pero como la inquietud de un amante ausente en ninguna parte halla reposo, hasta que vuelve á su centro, que es la vista, y presencia del sujeto amado, decreté pasar á Sevilla, luego que los rigurosos calores del verano se templasen, y, en el entretanto, retirarme á Tudela de Navarra. Pero, antes de partirme, quise ver la casa de los enfermos del juicio, donde no hallé persona considerable, ni sujeto que mereciese el nombre de entretenido; antes bien me lastimé advirtiendo cuan gravemente castiga el cielo á las personas que pone en tan miserable estado, pues les saca del alma la mejor prenda, y les priva de la más noble acción, que una criatura racional puede hacer, que es discurrir bien y á tiempo.

Sucedióme allí, lo que muchas veces visitando las cárceles; porque he visto presos por ladrones, y infinitos cuyo delito era menos grave que los muchos que cometían cada día los alguaciles que los prendieron. Culpaban de loco á un desdichado, porque decía que él era el rey D. Fernando el Católico, y que por su persona hizo la expulsión de los Judíos de España. Y estaba delante un clérigo, que era de los que más le acusaban, y con más veras se reían, y no consideraba el buen Eclesiástico su error; porque éste, siendo persona que gozaba muy buenos beneficios, y podía tratarse

con autoridad y regalo, por hacer un ma[illegible] en un sobrino se negaba lo necesario, eng[illegible] en vanidad lo que se enflaquecía en la[illegible] ¡Ay, pobre de ti, desdichado reo, cuántas [illegible] que te condena, merece mayor castigo, [illegible] misma culpa! Todo este mundo es casa d[illegible] y aquél es el mayor de todos, que piensa [illegible] lo es; los más son músicos de este instrum[illegible] de donde menos se piensa se levanta la [illegible] Quien ve estos muy cuerdos, señora, que [illegible] chan cuando hablan, y miden las razones [illegible] censores de la vida humana, y [illegible] costumbres: pues todo aquel [illegible] cordura es la mayor locura de [illegible] son virtuosos, por amar la [illegible] solamente por su [illegible] lo diga. Viven en la [illegible] abrazan el buen [illegible] del pueblo y de ser [illegible] ca aquél porque [illegible] porque admiren [illegible] que el fin de la [illegible] salud de las [illegible] locos? ¿Pu[illegible] bre más pr[illegible] yo no sé ot[illegible]

Salí, pues, [illegible] lléme á la [illegible] estudios; [illegible] verdad, [illegible] dejáis, y [illegible] ciudad de [illegible] asientos [illegible]

sus caballeros, y generalmente conversable por el trato apacible de sus vecinos; pasaréis muy entretenido estos rigurosos calores, que ya nos amenazan, porque hallaréis allí á *Boca de todas verdades.*» Respondí yo con admiración y no poca: «¿Quién es *Boca de todas verdades*? ¿Hay quién en la edad nuestra, tan inclinada á la mentira y engaño, se pueda levantar, sin ser tirano, con este nombre gozando en gracia de todos la corona de verdadero? — Sabed, me respondió, que en este hospital de donde vos salís ahora estuvo un ingenio, natural de Toledo, que habiendo venido forzado de una mocedad á este reino, viéndose ausente de su dama y sin remedio de poder volverla á ver tan presto, perdió el juicio: puédoos asegurar que si todos los que nacen debajo de aquel clima son agudísimos y sutiles, que por su parte cumple muy bien con la obligación, porque demás de ser muy docto en las humanas letras, Filosofía y Matemáticas y, sobre todo, altísimo poeta, su boca parece mar de elocuencia, y aunque habla mucho, siempre es bueno, y por la mayor parte admirable. En todas materias es muy universal, fácil en los donaires y grave en las sentencias, guiando á propósito de lo que trata algún cuento, que prueba su intención, y por habérsele averiguado que es fiel en todo lo que él dice, afirmando, le llamaron de la manera que habéis entendido. — No me huelgo poco (dije) de hallar compañero; porque yo, aunque no me han conocido, no tengo el juicio en mejores términos y procede mi enfermedad á una misma causa, pues vivo ausente y muero desesperado: igual soy en

su trabajo y parcial en su desdicha; este es el amigo que yo he menester; consolaréme, cuando vea que no soy singular y que otro pasó antes por la dificultad de la misma carrera.» Abracéle con esto, y dí orden en mi jornada, deseoso de llegar á verme con un hombre tan monstruoso por las calamidades, como por el ingenio; prometiendo á mis pensamientos alguna paz, después de tan larga navegación y tormenta.





Entra Alonso Gerónimo en Tudela de Navarra: encuéntrase con Boca de todas verdades, *que le encarece, cuán dificultosa es la salvación de un escribano ó alguacil, y á propósito le refiere cuentos graciosos.*

Mucho querría, señora, proceder en esta relación con el decoro que se debe á tales oídos, pues siendo v. md. el juez, será dificultoso y aun casi imposible, descubrir algún camino de que se pague la sutileza de su ingenio. Pondré de mi parte todo el esfuerzo humano y v. md. de la suya la natural piedad, ejercitada en tantas ocasiones, y así conseguirá esta obra el fin que pretendo.

Llegué á Tudela de Navarra en un día; porque, aunque desde Zaragoza ponen dieciseis leguas, son muy breves, que como favoreció el cielo esta tierra tanto, hasta el camino es apacible y enemigo de dar molestia. Y habiendo sido en esta ciudad bien admitido y hospedado, confirmé mi pensamiento, que fué asentar en ella por algunos días el pie, sin abrir nueva puerta á mi peregrinación y viaje.

Reposé aquella noche, y el día siguiente discurrí la ciudad, cuyas piedras dicen la antigüedad de sus primeros señores. Entré en el *Aseo*, que es lo

que allá en Castilla, mas bien decimos, Iglesia mayor: este templo, si en la grandeza no es de los mejores de España, en la traza y buena disposición del edificio á ninguno debe el primer lugar: donde se trata con particular estudio de acudir al servicio del culto divino, representando el Deán que en ella (singular en España) tiene veces de Obispo, y sus Canónigos, en su tanto, la autoridad que los que poseen la Primacia Toledana. Oí misa, y, después de haber considerado despacio algunas particularidades, vi un hombre en hábito largo, cuyo rostro publicaba ingenio, y el desaliño del traje no lo contradecía; hablaba entre sí y hacía algunas acciones con poco orden: señales fuertes de que el juicio estaba manco. Parecióme, y bien, que era quien yo buscaba, y así caminé derecho á oponérmele al discurso y calentarle en alguna plática de que yo cogiese utilidad y deleite. Obliguéle luego con humilde cortesía y reverencia; que para hablar á uno que no se conoce y conseguir de él lo que se desea, pienso que es la mejor carta de recomendación, y por cuyo medio más se negocia; y así un pretendiente cortés y bien criado en su mismo bonete lleva los amigos; y dos reales, que rompe más de tafetán cada año, le compra voluntades, que la menor de ellas no se paga con un millón. Bien se abrazan á esta doctrina en Salamanca, Alcalá y Valladolid, los que aspiran á ocupar el lugar de Maestros y codician subir á la dignidad de Catedráticos. El me oyó risueño las razones que yo le dije y se alegró de hallar conversación á su modo y más con persona que era de la patria. Llegábase ya la hora del co-

mer y yo porfiéle tanto para que viniese á mi posada y me acompañase en la mesa, que tuvo gusto en dármele.

Presto cumplimos con este embarazo (que yo así le llamo y le tengo por bien importuno). Al tiempo que se querían levantar los manteles, entró un Escribano, ante quien yo otorgaba un poder para enviarle á Zaragoza; y aun no bien el pobre hubo pisado los umbrales de la puerta para irse, cuando él, desembarazando la boca y dejándole á la lengua el paso libre, sin valerse de segundo aliento, partiendo de carrera, dijo así:

«¡Pobrecillo de vos! ¿De esta gente necesitáis? Confesáos por un grandísimo pecador; daos de golpes en los pechos y acusad con lágrimas vuestra mala vida; porque es cierto, que si no fuera por castigo de graves pecados, no os trajera Dios á manos de tales hombres. ¿Con estos gigantes combatís y los vencéis á fuerza de paciencia y á negociación de dineros? Sin duda sois caballero encantado. Dícese que los ángeles despeñados que por su soberbia, convertidos en demonios, se negociaron este castigo, parte quedó en el aire y parte en la tierra, que son los que el vulgo llama Duendes. Estos, pues, vistiéndose figura humana y hurtando la forma varonil, son los escribanos que hoy tenemos, según mi opinión. Hablen sus obras: veamos si algunos de ellos las tiene tan virtuosas que me sacan la mentira al rostro y quedando por bueno, condenan á mi lengua por maldiciente. Tanta culpa tiene el reo que está debajo de su pluma, cuando es pobre y tanto descargo, cuanto fuere rico. En cualquier negocio, criminal

ó civil, es más poderoso que el juez y más importante que los testigos; porque ya que escribe, no es como ellos dicen, sino acostándolos á la parte, de quien él está más bien satisfecho; y cuando allí la pluma ande fiel, porque tal vez un hombre, si es prudente, quiere leer antes de firmar, después, al tiempo de hacer la relación, disminuye y aumenta, como más bien le parece. Un escribano conocí yo que ponía los testigos muertos y otro con los nombres impuestos, añadiendo él más hombres al mundo que los que había. Este navegaba por la corte con un alguacil al lado, cortado por la tijera de su condición y, hechos los dos cosarios de forasteros, daban con ellos en el Argel de la cárcel, donde el que tenía bolsa con que redimirse, gozaba luego de libertad y el que no, padecía largo cautiverio. Siempre que sacudía un golpe con las cajas, sacaba de ellas tres testigos: con Sánchez, Rodríguez y Fernández probaba amancebamientos; con Carrasco, Montufar y Peralta cuchilladas y muertes; y se le verificó este delito con informaciones suyas, que después de conocido el engaño se le juntaron; porque solamente variaba en los nombres propios, como si dijéramos, llamar en la una á un testigo Pedro de Carrasco, y en las otras Juan y Antonio de Carrasco. Bien merecía éste por sus hazañas, acabar la vida con una vuelta de cabriolas; pero buenas intercesiones dieron lugar á que la misericordia pronunciase el auto y enviáronle á ser motilón de un banco, donde rapado de cabeza y barba, estuvo diez años debajo de la obediencia y disciplina de un cómitre calabrés, que le llamaba la

sangre á las espaldas más veces de las que él quisiera.

¿Pensaréis, que esta gente dobla la hoja en este oficio de falsarios y que no pasa á otros capítulos? Notable error: abrid bien los ojos, y veréis vuestro engaño: por otras puertas se entra al infierno. Su gula es insaciable, su lujuria torpe y bestial; y en lo uno y en lo otro, tan desordenados, que pueden ser justamente llamados curiales de los vicios y cortesanos del infierno. Vanse éstos con la mucha ocasión que tienen, de despensa en despensa, por las casas de los príncipes de la corte, dos á dos, y cuatro á cuatro, donde gozan el mejor bocado y beben lo más caro y lo más frío: porque el amigo Mossen Ivan se desvela en su regalo, á fin de que le permitan vender el gato por liebre, la liebre por conejo y el conejo por faisán. Despiertan con estas diligencias á la lujuria; y obedientes á su consejo, vanse á visita de mujeres, que viven en su libertad y antojo; entran por sus casas, echando voz de que vienen á limpiarlas de toda gente ocasionada, escusando pecados mortales. Si el que está dentro tiene dineros, y les da de cuando en cuando memoriales en papel de plata y con letra segoviana, en vez de corregirle, le hacen espaldas y esfuerzan su vicio para que no desmaye. Si es algún desdichado sin arrimo de bolsa ó sombra de ministro, apégansele al lado y sin perderle de vista, después de haberle tratado mal de palabra y despojado de las armas, hácenle vecino y morador de un calabozo por todo el tiempo que son servidos.

Vuélvense luego á las casas de las pecadoras, donde hicieron el lance, y después de haber satis-

fecho sus torpes deseos, si acaso las desdichadas, por ser aquella la hora ordinaria, se determinan á cenar, van á la parte con ellas y á dos veces que meten la mano en el plato, las dejan á buenas noches. Luego las visitan cofres y escritorios, si no tienen dinero las llevan una joya ó vestido á empeñar por las costas, diciéndoles, que agradezcan la cortesía de no ponerlas en prisión, habiendo hallado un hombre en su casa que es de las sospechosas del lugar y á tales horas. Si de allí á pocos días acuerdan las miserables poner en práctica el desempeño de su prenda, las amonestan que aun no lo imaginen, porque les saldrá más barato y con mayor comodidad encomendarse al silencio que á la solicitud. Si porfían en la demanda, antes que el reloj, siguiendo los pasos del sol, camine veinticuatro horas, las arman el lazo, y arrojándolas donde no se conocen, de suerte las aprietan, que si no salen á dar un buen día á los muchachos jumentalmente, por lo menos mudan de aires y tierra, y con tanta condenación, que es fuerza hacer almoneda pública de todos sus bienes; llevándolos así el diablo, por cuyo medio se consiguió la granjería.

La ronda que hacen, es más por el interés de quitaros la espada, que por la caridad de corregir vuestro vicio. Hubo en Madrid un Alguacil que traía á su lado un corchete, mulato y esclavo suyo, tan traidor como mulato, tan falso como corchete y tan vil como esclavo. Este, con sutileza y tacaño ardid, se llegaba á cualquier hombre que veía en mal hábito, y le cortaba la contera: su amo que estaba á la mira, le acometía

luego de golpe y le desarmaba, diciendo que traía la espada ocasionada á cometer una traición con cautela y traza, pues viendo la contera de aquel modo, era fácil quitarla cuando él quisiese y sacudir á cualquiera que estuviese descuidado, antes que pudiese caminar á la prevención de su defensa. Juntaba gente á las voces que daba, para calificar con ellas más su malicia, y todo el pueblo confirmaba que tenía razón, y que fuese preso un hombre tan sospechoso á la república; pero él, apartando al pueblo, le metía en un zaguán y se concertaba con él de esta suerte:

Vos, hermano, tenéis perdidas las armas, habéis de estar preso tantos días, en que gastaréis poco más ó menos alguna cantidad, que con la condenación y carcelaje será todo trescientos reales: dándome ciento y cincuenta, que es la mitad, echaráse tierra en vuestra culpa; que porque me habéis parecido hombre de bien y os deseo tener por amigo para otras ocasiones, pues un ministro, aunque trae ahora este palo, no sabe en qué necesidades vendrá á verse, os quiero componer vuestro negocio, porque creo que con vos el perder será ganar.

Encogíase de hombros el cuitado y viéndose puesto en sus puños, daba como naranja apretada, más por fuerza, que voluntad. Vendía ó empeñaba alguna prenda y dejaba en los cuernos del toro la capa por salvar la vida.

Mirad la medra; ved el modo de ejercer justicia; no me descontenta el camino de hurtar; éste sí que hacía tribunal entero, pues prendía como alguacil, relataba como escribano, condenaba como

juez. Ya pasó de este mundo; y es cierto que no habrá ido á donde se hiele de frío, sino á aquella parte en la cual sobran braseros y chimeneas.

Si en el mundo no hubiera escribanos y alguaciles, estuviera lo más del año ociosa la Audiencia de Lucifer. Es gente de gran provecho y de poca costa para los diablos. De grande provecho porque cada uno les lleva tras sí al infierno un barrio entero; y tal hay, que una parroquia, y tal, que todo un pueblo, cada uno conforme tiene la habilidad y se da la maña. De poca costa, porque ellos mismos se van sin que vengan por ellos, ni hacerles gasto de carruaje, ni aun de posadas en el camino; porque es con tanta prisa, que antes que saquen el postrero pie del mundo tienen el primero en el infierno y se apoderan de modo que les parece que pueden servirse de él como de su casa; y tanto, que creo que han intentado rebelarse y usurpar tiranamente aquel imperio de tizones; porque ellos saben de sí, que fueran más á propósito para espíritus infernales, tomándolo por oficio, que los mismos que lo tienen por naturaleza. Y está el príncipe de las tinieblas tan seguro de esta verdad, que ya no trata de enviar diablos al mundo, para que sean agentes de la condenación de las almas, sino de aumentar el número de los escribanos; porque halla por los libros de las entradas que condena un escribano en un mes más almas, que un diablo en un siglo. Al fin, señor, hasta el infierno hace mucho en sufrirlos, y pienso que está ya tan cansado y temeroso de ellos, que si le fuera posible, á imitación de España, hiciera una

expulsión de escribanos, como ella hizo de moriscos.

Tratarles á estos de la confesión, de la limosna, del amparo de la huérfana y del socorro de la viuda, es mayor agravio que solicitarles sus mujeres: no es gente que vive de eso, ni les pasa tal por el pensamiento, y se corren mucho de que los tengan en semejante opinión. No dudo yo, por cierto, del ancho campo de la misericordia de Dios, antes fío de ella tanto, que sabrá perdonar las culpas de éstos, como ellos quieran negociar con arrepentimiento y dolor; pero esto de que ellos quieran estar en cifra y en letra que no se deja leer de todos, olvídanse mucho de esta pretensión y conténtanse con que uno de su linaje trate de irse al cielo, pareciéndoles que aquello basta. ¡Oh, congregación miserable, y cómo me doléis!; porque si (como dijo el predicador portugués hablando de los castellanos) *ainda* sois prójimos, fuerza es que me lastime vuestra perdición; de la misma suerte que Roma daba título de ciudadanos romanos cuando tuvo en sus manos las llaves del imperio del mundo, á muchos hombres valerosos, por particulares servicios que habían hecho al Senado, aunque habitasen fuera de ella, y muy lejos en otros pueblos, y allá gozaba de los privilegios y exenciones que pudieran si en ella estuvieran presentes. Así alguaciles y escribanos, antes de irse al calabozo de Judas, poseen ya en este mundo título de ciudadanos infernales, y usan de sus exenciones, como si dijéramos, que han de hacer mal á todos y á nadie bien: y si alguna vez, por descuido, tal les sucediere, arrepen-

tirse de ello con todo corazón y proponer la enmienda. Y para que veáis de una vez qué gente es esta, escuchad, por vida mía, una novela que en octavas tengo escrita, y titulada: «*El mal fin de Juan de buena alma.*» Y sacando un papel del pecho empezó á leer así.





EL MAL FIN

DE

JUAN DE BUENA ALMA

NOVELA PRIMERA

Era el alma del Juan tal como buena:
A lo escrito, señores, me remito;
Veréis una virtud maciza y llena
De un precioso valor casi infinito.
Trasladóse á Madrid Sierra Morena
En su pluma, sabed que era el bendito
Escribano; y los doctos de este oficio
Son los compadres que respeta el vicio.

—

Supo obligar al diablo de tal modo,
Que entre los dos no hubo pan partido,
Llamóle en todo y acudióle en todo,
A tan buena amistad agradecido:
Pluma ¿qué os detenéis? ¿Miráis si hay lodo?
Que más no reparéis en eso os pido:
Sabed que aunque el camino es trabajoso,
Es bien que os alentéis, porque es forzoso.

—

Manchada está Castilla en su provecho,
De una Mancha tan rica y tan preciosa,

Que por ella en el año más estrecho
Se halla fértil de mieses y copiosa:
Donde también al hombre paga pecho
La vid por tantos frutos generosa,
Con tal copia, que el pobre, el peregrino,
Más fácil que no el agua encuentra el vino.

—

En esta tierra, pues, yace una villa,
Donde á unos caldereros (según cuenta
La historia de las viejas en Castilla)
Una merced hicieron, que fué afrenta:
El pueblo nunca acaba de reilla,
Que de estas fabulillas se contenta:
Créalo el que quisiere, y no riñamos,
Y á la materia principal volvamos.

—

Este lugar fué el campo que dió el fruto
De aquel sabio varón de tanto peso,
Que por su muerte se vistieron luto,
Cuantos forman el alma de un proceso.
Aun en los tiernos años muy astuto
Fué muchacho sagaz, y no travieso,
Tan sutil y elevado quimerista,
Que aun del sol se dejó perder de vista.

—

Madrugó en sus entrañas la mentira
Tanto, que empezó á hablar luego mintiendo,
Este su blanco fué, y esta su mira;
De uno en otro engaño prosiguiendo,
Siempre su pecho esconde y le retira,
Y va en los de los otros tierra abriendo:

De secretos de muchos anda lleno,
Y el suyo jamás duerme en pecho ajeno.

—

Aun no tuvo nueve años, y escribía
De modo, que á su padre retrataba
Tan bien la letra y firma que él hacía,
Que ser suya mil veces confesaba:
A cualquiera delito se atrevía
Y en todo osado corazón mostraba:
Ninguno mereció más justamente
El renombre y la voz de delincuente.

—

Desearon sus padres inclinarle
A los estudios, y que á Dios se diese,
Porque al fin caminaban de ordenarle,
Y que sagrado sacerdote fuese;
Latinidad quisieron enseñarle,
Porque con esta llave puerta abriese
A los otros estudios; pero el ciego
Se divierte del latín y estudia el griego.

—

Pues todas sus vigilias y desvelos,
Todo su amanecer antes que el día,
Era por fabricar (¡oh santos cielos!)
Torres de engaños, que en el aire hacía:
A la verdad vistió de tantos velos,
Que aun sombra de verdad no parecía,
Pues tanto el nombre de verdad le asombra,
Que aun se espanta de verla por la sombra.

¡Oh mentira, cuán pocos te han negado
En sus almas la casa de aposento!
Todos te dan sitial y rico estrado,
Y te hospedan allá en el pensamiento;
Pero algunos de ingenio más delgado
Te tratan con tal arte y fundamento,
Haciendo gracia lo que fué deshonra,
Que ya el mentir es parte de la honra.

—

Quien no sabe engañar no es admitido
Entre los nobles, vive con desprecio;
De todos blasfemado y escupido,
Y condenado al título de necio.
El generoso en sangre, el bien nacido,
Hace gala de mentir, virtud y precio,
El engaño es su amigo y su pariente,
Y más feliz ingenio el que más miente.

—

¿Cómo los caballeros principales
Han de decir verdad? ¡gentil locura!
Eso se queda ya para oficiales,
Gente baja, que vive en desventura:
Estos que son humildes, estos tales,
A beber nos darán la verdad pura;
Pero el noble, el señor, el caballero,
Aguada, como el vino el tabernero.

—

Y así, si es calidad mentir con arte,
A fe que el maestro Juan calificado,
Alzar puede la voz en cualquier parte,
Y ser del rudo pueblo respetado:

Aunque en diversas cosas se reparte,
Y da varios oficios al cuidado,
Está en cada uno de ellos tan presente,
Como si aquel tuviera solamente.

—

La precisa ocasión presentó el día
En que á Madrid partiese, en seguimiento
De un pleito, que á su padre se movía,
Causa de cantidad y fundamento.
Parecióle al buen viejo que podía
Su hijo defender el argumento,
Pues, sin hacer á su virtud agravio,
En doctrina de enredos era sabio.

—

Y así le despachó con diligencia,
Cuando ya el bozo negro le obligaba
A todas las acciones de prudencia,
Pues sobre las mejillas se asentaba:
El juró emplear toda su ciencia,
Y aun de nuevo, si ella no bastaba,
Descubrir nuevas sendas y camino
Para ser de ésta causa buen padrino.

—

En esto el padre le bendice, y luego
Le da la plata y oro suficiente:
Partióse como el rayo á pegar fuego
(Si no fué más veloz y más ardiente).
Aunque era el pleito claro, oscuro y ciego,
Le puso tanto el joven diligente,
Que el contrario, que mira su luz muerta,
Su causa deja por temor desierta.

Como el pleito quedó desamparado,
Sin dueño, sin tutela, sin abrigo,
Y él le llevaba ya tan bien guiado,
Que las alas quebró de su enemigo,
Puso fuego en que fuese sentenciado,
Teniendo al escribano por amigo,
Y á pocos pasos alcanzó victoria;
Mas cuanto aquí ganó, perdió de gloria.

—

Al padre escribe y pide por albricias
Licencia para no volver tan presto,
Que es Madrid ancho campo, y sus malicias
Tienen aquí ocasión de echar el resto.
Respondióle á su ruego: «Si codicias
Medrar en tal lugar honrado puesto,
Yo gusto de perderte y no gozarte
Si en llegar yo á perderte está el ganarte.»

—

Creyó el caduco viejo que sería
Su hijo tan honrado é ingenioso,
Que por virtud á un puesto llegaría
Donde se hiciese célebre y famoso.
¡Oh, qué mal lo entendéis, por vida mía,
Anciano padre, y no es dificultoso,
Pues de su inclinación bien deja verse
Que embarcado en tal mar ha de perderse!

—

Más presto un hombre loco con espada
Muestra el furor que en su alma predomina,
Que el que con mano libre y desarmada,
Por los desiertos y ciudad camina.

Si una persona cuerda y sosegada,
Si la ocasión le irrita, allí declina
De su prudencia, y ciegos los discretos
Ojos, tropieza y rueda en mil defetos.

—

¿Qué se puede esperar de un albedrío
Que huye de la razón y la aborrece,
Y esclavo de su loco desvarío,
Amante de su engaño permanece?
Es pretender que se suspenda el río
Que al mar de Portugal tanto ennoblece,
Cuando turbados con respeto y miedo
Le abren paso los montes de Toledo.

—

La corte es un lugar que fácilmente
Al bueno y malo ofrece su acogida;
Pero triste de aquel de quien se siente
El torpe paso y la engañosa vida;
Pues su justicia igual, recta y prudente,
Que á todos busca y á ninguno olvida,
Lastima con azote riguroso,
Como al más pequeñuelo al poderoso.

—

Aquí se queda Juan, y aquí procura,
Después de haber las notas estudiado,
Ya que no se ordenó para ser cura,
Quedar para escribano examinado.
Según su condición, no fué locura
El intento que sigue. ¡Oh qué acertado
Camino elige, pues su ingenio diestro
Será en aquellas fábulas maestro!

Vertiendo por los ojos la alegría,
No cabe Satanás en el pellejo,
Que en el infierno celebró este día,
Por ver que hay otro más de su consejo:
Que de su buen caudal se prometía
(Que para todo el Juan tiene aparejo)
Hacer de almas tan gentil cosecha,
Que el infierno será posada estrecha.

—

El dice que tal pluma y en tal mano,
Gran desgracia ha de ser y mal suceso,
Sino renta cada año á paso llano,
De almas un millón, y no es exceso:
Está loco aquél Príncipe tirano,
Por verle ya labrar algún proceso,
En que á todo el común queme y ofenda,
Haciendo estrago en honras y en la hacienda.

—

Cumpliósele al diabólico caudillo
Este deseo luego y fácilmente;
Porque de Juan el corazón sencillo
Empezó á dar plumadas diligente.
Tan valiente las da, que no hay sufrillo,
Y muchos mueren de ellas de repente:
Que de escribano diestro la plumada
Es mucho más mortal que una estocada.

—

No está seguro de él cuanto se mira
Debajo del amparo de los cielos:
Su pluma es rayo y espantosa ira,
Y más dañosa peste que los celos;

Pues como el feroz toro, brama y mira
(Que estas son sus fatigas y desvelos)
A quien coger sobre su pluma fuerte,
Que es el cuerno del toro en dar la muerte.

—

¡Qué de capas en ella se han rompido,
Y cuántas nobles honras espirado!
A cual le deja manco, á cual herido,
Y á cual en alma y cuerpo lastimado:
El pecho más osado y atrevido,
En mirando su pluma, no es osado;
Porque ella es una pólvora que asuela
Muros y torres que destruye y vuela.

—

¿Posible es muerte, di, que no tenías
Bastantes armas para darnos muerte?
¿Con cualquier elemento no solías
Acabar nuestra buena ó mala suerte?
¿Del hierro y del cordel no te servías,
El menor de ellos, instrumento fuerte,
Sin añadir también la torpe mano
De un falsario y adúltero escribano?

—

En pocos meses, pues, en pocos días,
Hizo tanto destrozo en toda gente,
Condenando las bolsas á sangrías,
De que él era barbero diligente,
Que con lo que robó (¡oh qué osadías
Tiene el que vive mal! ¿qué hay que no intente?)
De escribano del crimen un oficio
Compró para enmendarse de su vicio.

Como era Juan su nombre, y publicaba
Su trato de su vida el mal intento,
Aunque él, bien socarrón, nos disfrazaba
Todo lo que podía el pensamiento,
Juan de Buen alma, el pueblo le llamaba,
Sirviendo la malicia de instrumento;
Porque de ella emanaba y procedía
Saber el vulgo hablar por ironía.

—

Decían todos, viendo su mal celo;
«Por varón en virtud tan conocido,
Mil mercedes nos ha de hacer el cielo.
¿De dónde tanto bien nos ha venido?
¡Oh beato Madrid, dichoso suelo,
Con un cuerpo tan santo enriquecido;
Pues que con brevedad, por buen gobierno,
Servirá de gavilla en el infierno!

—

Todos que es varón santo confesamos
En las muchas ofrendas que le hacemos;
Su casa, día y noche, visitamos,
Y de él en los trabajos nos valemos;
Por él con tierno llanto suspiramos,
Su favor y su gracia pretendemos,
Pues siendo esto verdad, ¿quién hay que pida
Más cierta prueba en su virtud y vida?»

—

Jamás le faltarán al virtuoso
Émulos, que con armas atrevidas,
Siembren de error y muerte su reposo,
Y ensangrienten las manos homicidas;

Ni menos al que es torpe, que al vicioso,
Y en la codicia, espíritu de Mydas,
Quien le sirva de amparo y fortaleza
Y vele por guardarle la cabeza.

—

Así sucede á Juan, porque tenía
Para cualquier traición Angel de guarda,
Y la mayor maldad que cometía
Se le juzgaba por acción gallarda;
Por esto se arriscaba y se atrevía,
Que como el miedo vil no le acobarda,
No era él de calidad ni de sujeto
Que le parase el freno del respeto.

—

Espaldas le hace más de un potentado,
Poderoso ministro de justicia,
Y con estos socorros alentado,
Crece hasta ser gigante su malicia:
Que cual potro veloz desenfrenado,
Llevado de los pies de su codicia,
Sin reparar en una y otra peña,
Como el agua del monte se despeña.

—

Pero el grosero barro, que á la fuente
Va una y otra vez, y nunca para,
Gozando los cristales y corriente
Del agua hermosa, fugitiva y clara;
Tal vez deja aquí el asa, allí la frente,
Que la fortuna, en lisonjear avara,
Retira el brazo del favor y ayuda,
Y los placeres en pesares muda.

No siempre hace amistad el viento aleve
A la nave, que hidalga se confía
De los pies de la mar y en ellos mueve
Cuanta riqueza el otro mundo envía;
No siempre liberal derrama y llueve
Con noble y generosa cortesía
Flores la bien nacida Primavera,
Por quien amar se hace la ribera.

—

Tentar á la fortuna muchas veces,
Para ver hasta dónde es nuestra amiga,
Es un consejo que por él mereces,
Si le abrazares, inmortal fatiga;
Porque como es mujer, si la enloqueces,
A que te alumbre aquí y allí te siga,
Cansada de correr tantas jornadas,
Burlará tus intentos y pisadas.

—

De ella se fía Juan, de ella se fía,
Y se arroja al mayor atrevimiento,
Tanto, que sólo su ánimo podía
Ser padre de este loco pensamiento:
Suspende algo el pesar, Belisa mía,
Que avasalla tu heroico entendimiento,
Y al caso que mi pluma te presenta
Libres oídos da con alma atenta.

—

Por las estrellas verdes, te conjuro,
De tus ojos, que amor celebra tanto,
A cuyas aras el honesto y puro
Sacrificio dedico de mi llanto:

Tanto, que el brazo de la muerte escuro,
Que nuestras glorias las sepulta en llanto,
Podrá borrar mi nombre de la fama,
Pero no de mi amor tu honesta llama.

—

Por ellas, pues, te ruego, que el oído
No escondas al deleite de mi lira;
Que pienso que he de andar entretenido,
Y desterrar el mal que en ti suspira:
Si es que tu ausente esposo divertido,
Vive de tu beldad, que al mundo admira,
A pesar de tu suegro el rostro alegra
Y haz tu risa verdugo de tu suegra.

—

A un caso grave, á un loco atrevimiento,
Contra el Rey, en Sevilla cometido,
Un juez envió la Corte, con intento
De que el vulgo quedase reprimido:
Para su postrer paso, y fin sangriento,
Fué Escribano aceptado y elegido
De esta causa, el que mete (ved qué antojos)
A la virtud las vigas en los ojos.

—

Allá fué nuestro Juan, que no debiera;
Entrole en mal provecho la jornada,
Echa por todo el paño la tijera
Y mientras corta más, menos le agrada.
¡Quien de sus robos explicar pudiera
La parte más pequeña y limitada
Que á sangre y fuego asuela sangre, y vida
Su pluma salteadora y foragida!

A la muerte parece en el efeto;
Porque ella es la que á nadie perdona;
Ni á la dignidad del que es discreto,
Ni al que de sangre y calidad blasona.
El que en las armas es varón perfeto,
Y con su autoridad Marte le abona,
También allí padece, porque en suma,
Corta menos su espada que su pluma.

—

Huélguese su merced en hora buena,
Y dese en su maldad un buen hartazgo,
Que el infierno le aguarda con la cena,
Que aquél es su solar y mayorazgo:
Piérdase, que á ninguno le da pena,
Ni por cobrarle piensa dar hallazgo;
Que en haz y en paz del viejo y niño tierno,
Irá á ser ciudadano del infierno.

—

Ya tiene entre las manos su cuchillo;
Él propio se echa el lazo á la garganta.
Téngome de atrever, ¿podré decillo?
¿Coronista seré de traición tanta?
Si es fuerza dibujallo y describillo,
Desde el copete (el cuento) hasta la planta,
Ruin sea quien por miedo lo dejare,
Y, pues ya lo empezó, no lo acabare.

—

A la caja mortal que hay en Sevilla,
Y hablando sin metáfora y rodeo,
Porque el que se oscurece más se humilla,
Y aunque él pinta hermoso se halla feo:

Sigamos el lenguaje de la villa,
Que es en el que nací, y en el que creo,
Caja de los difuntos sea su nombre,
Pues por él la conoce cualquier hombre.

—

Sesenta mil vinieron, ensayados,
Pesos ¡gentil dinero en un poeta!
Pero no le consienten sus pecados
Tanta riqueza á un hombre de esta seta.
No se condenarán los desdichados
Por la codicia, que al avaro inquieta,
Sus bolsas no se habitan, tal se entiende,
Como casa en que dicen que hubo duende.

—

Tienen un paladar muy bien sufrido,
Y un vientre con lo poco satisfecho;
Tan honrado, tan bueno y comedido,
Que todo le hace bien, todo provecho:
Aun no saben del oro, si es nacido,
Del vulgo amigo familiar y estrecho,
Y piensan que son cuentos de camino,
Decir que se halla plata y oro fino.

—

Socorro pido, cielos soberanos:
¿Dónde va mi discurso, que me pierdo?
Sáquenme estos poetas de las manos,
Porque me morderán, si yo los muerdo:
Hagamos paz, y hablemos como hermanos,
Si no es que en pedir tanto no soy cuerdo,
Yo envaino, que aun de oirlo me desmayo,
Y vuélvome á la caja como un rayo.

Dícese que fué el último decreto
Del que murió señor de tal tesoro,
Haciendo un testamento tan secreto,
Que fué la caja de su plata y oro;
Que el deudo más cercano y de sujeto,
De más virtud, y de mayor decoro,
Que en España se hallase justamente
Gozase aquel metal resplandeciente.

—

Con tal caso, que antes se buscase
Un testamento, que en Sevilla hizo
Primero, que para Indias se embarcase,
Donde manifestarle satisfizo;
Que si Dios del veneno le librase,
De la pobreza, que es mortal hechizo,
Pues quien nace en estrella que es tan fuerte,
Arrastra las cadenas de la muerte.

—

A la persona que él allí declara
Se restituyan veinte mil ducados,
Rara virtud, y providencia rara,
Y de sabio varón santos cuidados:
Pues la primera obra que repara,
Viendo sus edificios derribados,
Es la de la conciencia; que es prudencia
Mirar por la salud de la conciencia.

—

No quisó éste con ajenas alas
Volar, ni de la hacienda del vecino
Labrarse joyas y vestirse galas,
Por no perder la senda ni el camino:

A los muros del cielo puso escalas,
Que así para la guerra se previno,
Pues que traslada ya del suelo al cielo
La plata y oro que le ofrece el suelo.

—

Declara el nombre allí del escribano,
Y en qué parte en Sevilla casa tiene,
Para que él propio entregue de su mano
El testamento, porque así conviene:
Mas ya esta diligencia se hace en vano,
Ya la dificultad tarde previene,
Porque el tal escribano habita y yace
Entre aquel polvo de que el hombre nace.

—

Juan de Buen Alma fué de los primeros,
Que de este caso tuvo nueva cierta;
Afiló de su ingenio los aceros,
Por ver si aquí se abre alguna puerta:
Invoca á sus amigos verdaderos,
Con quien en cualquier tiempo se concierta,
Aquellos, digo, que del sol más alto,
Al Reino de las sombras dieron salto.

—

Busca pasos, caminos, invenciones
Para usurpar los veinte mil ducados;
El se atrapa de engaños y traiciones,
El autor de maldades y pecados:
Visita diligente los rincones
De la mentira, y juega de los dados
Con tan nueva cautela y artificio
Que se gana y se pierde en este oficio.

Al fin descubre un modo harto elegante
Para robar la cantidad, ¿qué modo
Para ello pudo ser bueno y bastante?
Ahora lo veréis y sabréis todo:
Que como la dureza de diamante,
Que yo con este ejemplo me acomodo,
Se permite labrar del que porfía,
Su industria conquistó cuando quería.

—

Hizo una llave falsa al aposento
Donde están los registros encerrados
Del escribano (extraño pensamiento)
¡Oh cuánto van sus pasos engañados!
Y una noche con ánimo sediento
De ver en su poder tantos ducados:
Que para caso tan tirano y feo
Le daba memoriales el deseo.

—

Cuando ya iba la noche cuesta abajo
Y el reloj juntas dió cuantas podía,
Sin pena, sin fatiga, sin trabajo,
El aposento con la llave abría;
Entra una luz consigo, que debajo
De su capa guardada la traía,
Adonde el testamento inquiere y busca,
Y entre tantos registros no se ofusca.

—

Hallóle al fin, y apenas le ha cogido
Entre las uñas, cuando cuidadoso,
Sin dejar que se queje ni haga ruido,
Cierra la puerta el bárbaro animoso.

Contento está de ver que no han sentido
Sus pies, y de que vuelve victorioso
De ganar ocasión tan importante,
Y arrojar por el suelo este gigante.

—

Llega á su casa, y carga su cuidado
En ver letra por letra el testamento,
Donde un Diego de Ibarra era llamado
Vizcaíno, de noble nacimiento:
Este pues, dice, que ha de ser pagado,
Si Dios le da caudal, según su intento,
En toda aquella cantidad expresa
De que deudor se hace y se confiesa.

—

Mira la firma bien, el signo mira,
Y hasta la menor letra considera;
Porque para no errar á lo que tira,
Es forzoso pasar esta carrera.
No se le hace difícil, no se admira,
Aunque otro lo extrañara y lo temiera,
La coyuntura hallar, saber el modo
Para imitarlo, y acertar el todo.

—

Dos días en su casa recogido
Estuvo, sin que deje visitarse
Del amigo más fiel, más escogido,
Porque de todos quiere recelarse:
Y en este tiempo, astuto y atrevido
Traslada el testamento sin errarse
Donde en vez del Ibarra (no te asombre)
Retrata y pinta su engañoso nombre.

Luego el signo y la rúbrica falsea
Con tanta propiedad la sabia mano,
Que no habrá quien los mire, que no crea,
Que fué su autor el ya muerto escribano:
¡Oh cuanto se regala y se recrea
Este bárbaro vil, este tirano,
De aquella torpe, y vergonzosa hazaña,
Que mientras más la sigue más le engaña!

—

Después de ésto encomienda al elemento
Glotón, al que los montes duros traga,
El fiel, el verdadero testamento,
Porque cenizas su rigor le haga:
Que pues que pudo su furor violento
Abrir tan ancha y espaciosa llaga
En las torres de Troya, que sus cumbres
Murieron con la espada de sus lumbres.

—

Con más facilidad á la miseria
De un papel, que no sabe resistirse;
Pues hay disposición en tal materia
El modo le hallará de consumirse:
Mucho piensa medrar en esta feria;
Plega á Dios que no venga á destruirse
Nuestro Juan, que aborrece la justicia,
Y sólo quiere paz con su codicia.

—

Hecha esta diligencia, en otra oscura
Noche, muy parecida á la pasada,
La misma llave dió á la cerradura,
Y abrió la puerta que dejó cerrada:

Primero se sosiega y asegura
Para que no descubran su celada,
Poco á poco procura, cual la hormiga,
Sin dejar grano despojar la espiga.

—

En el mismo legajo donde había
Hallado el testamento, que ya deja,
Vuelto en triste mortal, ceniza fría,
(Tal su inclinación mala le aconseja)
Con desvergüenza vil, con asadía,
Que á todo le dispone y apareja,
Pone el falso, el aleve, el engañoso
De quien se ofrece fruto provechoso.

—

Vuelve á su casa luego y deja al sueño
Ejercitar su poderoso oficio,
De todos sus sentidos le hace dueño,
Por gozar de tan grato beneficio:
Descansa como aquel que el mar risueño
Contempla, porque le hizo sacrificio,
Ya se promete aunque le miente el alma,
Ceñir su frente de laurel y palma.

—

Piensa que es volatín, que va seguro
Por la maroma, campo peligroso,
Y que á su intento infiel, ciego y perjuro
Le favorece el cielo, y es piadoso:
No considera que el nublado oscuro,
Cuando está más cerrado y escabroso,
Rompe un rayo del sol, el cual descubre
Cuanto la noche y su maldad encubre.

Así se goza él, y es gozo vano,
Que el propio amor le miente, como á todos,
Haciendo el monte más difícil llano,
Y revelando los ocultos modos:
Que en lo más apacible del verano
Se ven las calles impedir con lodos,
Porque viene una lluvia de repente
Que da bríos al Tajo su corriente.

—

Mientras él anda en estas invenciones,
Viene el Diego de Ibarra, un viejo honrado,
Porque por el discurso y las razones
Conoce, que él sin duda es el llamado:
Despertóle la nueva en los rincones
De Vizcaya, y con ánimo alentado,
Para Sevilla se partió ligero,
Que no hay más veloz posta que el dinero.

—

Apenas puso pies en la princesa
De las ciudades de la ilustre España,
A quien se reconoce y se confiesa
Por la más admirable y más estraña:
Cuando por la partida que interesa,
Con un hijo que al lado le acompaña
El escribano busca, que halla muerto,
Y el escritorio que dejó desierto.

—

A un oficial suyo, que tenía
A cargo los registros, da el anciano
Un doblón, porque busque en aquel día
El testamento, y que con larga mano

También le dijo, albricias le daría,
Porque no quede su trabajo en vano
Si parece el papel, porque se aliente
y el premio le despierte y le caliente.

—

Busca el mozuelo en una y otra parte
El testamento, y pone diligencia
Tanta de cuidadosa industria y arte,
Sin perder ocasión con la advertencia;
Que como en tantas partes se reparte
Y tiene en los papeles experiencia,
Encuentra lo que busca fácilmente,
Pero admirarse del suceso siente.

—

Porque como no ve que está nombrado,
El Ibarra, y el nombre es tan distante,
No sabe, que se hacer, y está turbado,
Impedido, suspenso é ignorante.
Al fin corre con paso acelerado
Contra el temor, que se mostró pujante,
Y hallando á nuestro Juan le pide albricias,
Y él de nuevo ejercita sus malicias.

—

Porque haciéndose cruces dijo: «¡Oh cielo,
Este dinero, que juzgué perdido,
Sin merecerlo mi virtud ni celo,
Por ti me vuelve á ser restituído!»
Abre luego un cajón y da al mozuelo
Cien escudos de albricias, que rendido
A tanta obligación y cortesía
Clavar la boca con los pies quería.

Dale parte del viejo, y su cuidado,
Y al fin le dice ya, cual lisonjero,
«Sin duda que éste es loco endemoniado,
O peca mucho en hombre invencionero:
¡Vive Dios! que ha de ser aprisionado,
Si vos queréis, porque servir os quiero,
Porque no labre nuevas invenciones
Para turbar tan justas pretensiones.»

—

Con augusto semblante y rostro grave
Le da las gracias al mozuelo, y ruega
Que haga dormir debajo de la llave
Del carcelero al viejo, y no sosiega
El mozuelo en quien toda maldad cabe,
Bien propio autor para cualquier refriega,
Al viejo hace una causa tan pesada
Que le pone en prisión bien apretada.

—

Entretanto que Ibarra aprisionado,
Apellida el favor del justo cielo;
Que otro procurador, ni otro letrado
No le consiente ni permite el suelo:
Mientras él con el juicio levantado,
Que á mil lances se arroja, y pierde el vuelo,
Hace en su corazón exclamaciones
Cercado de murallas de traiciones.

—

Se dió el buen Juan tan viva diligencia,
Que el alma le entregaron del dinero,
Ya vano con la plata y su opulencia
Se empina y se nos hace caballero.—

¿Cómo vives en paz con tu conciencia
Ladrón de ajeno bien? ¿Cómo el postrero
Paso no consideras de la vida,
Y te has dejado dar tan gran caída?

—

Casi el Ibarra loco desespera
De ver, que tras llevarse su dinero,
El alma de un ladrón, vil embustera
Le castigan con nombre de embustero:
Pero primero, que con mano fiera
Le armen otra traición, quiere ligero
Volverse á su Vizcaya, patria grata,
Que estima en más su hierro que la plata.

—

Pero su hijo le aconseja, lea
Antes el testamento, y le importuna,
Que solamente lo que viere crea,
Sin perder ocasión tan oportuna:
El que agradar y complacer desea
En causa, que á los dos viene á ser una,
A su amado heredero é hijo caro
El testamento busca, y no es avaro.

—

Como fué liberal, como animoso
Vertió dineros y extendió la mano,
Mereció por ser largo y generoso
Que se le diesen; el Ibarra anciano
Una vez, y otra mira cuidadoso
Su discurso, y si no fuera cristiano,
De ver tal novedad perdiera el juicio
Y á su razón privara del oficio.

Mas llegando á la fecha, halla que había
Treinta y cuatro años que otorgado estaba,
Y que nuestro buen Juan aún no tenía
Treinta y uno, y en esto imaginaba:
Porque como debérsele podía
Tal cantidad, y bien consideraba
Si estaba por nacer, así descubre
Cuánta malicia aquel papel encubre.

—

Al Alcalde se fué de la justicia,
A quien de su discurso le da cuenta,
Y le pide averigüe la malicia
Y tan grave delito no consienta.
Él, que ya conocía la codicia
Del Juan, lo que allí ve no le contenta,
El caso reconoce por extraño,
Y juzga que allí máscara de engaño.

—

Prende al mozuelo luego, que no tiene
Culpa; pero el buen Juan, que lo ha sabido,
De la fuga se vale y se previene,
Con que se hace culpado conocido:
Siguen sus pasos, y á la prisión viene
A pagar el delito cometido,
A donde confesó liberalmente,
Sin ser, como otros son, impertinente.

—

No se hizo de rogar, que bueno es eso;
Antes abrió tan ancho campo y plaza,
Que dió materia tanta á su proceso,
Que al juez casi le ofende y embaraza.

No quiso le quebrasen sólo un hueso,
Y andar después de su persona á caza,
Buscando aquí la pierna, acullá el brazo,
Sin encontrar pedazo con pedazo.

—

¡Oh, potro de los hombres, más temido
Que el más furioso toro de Jarama;
Cama en que delincuentes se han tendido
Para pasar á la postrera cama;
Confesor que las culpas has sabido
De pecadores de renombre y fama,
Que aunque á otros bizarros las negaron
A ti con humildad las confesaron!

—

¡Cuántos, sin más delito que su miedo,
Rinden por tu ocasión la vida á un palo;
Tu nombre asombra tanto, que aún yo quedo
Temblando, y de temor no le señalo:
Pues que es atormentar tu oficio, puedo
Decir que á su rigor casi te igualo,
Que eres sombra de infierno en nuestro juicio,
Porque allá sólo tienen este oficio!

—

Al mozuelo descarga como es justo,
El Juan, que confesó con tal llaneza,
Que al verdugo no quiere dar disgusto,
Cansándole del pie hasta la cabeza.
Parécele será término injusto,
Contrario á su virtud y á su entereza,
Traer á la verdad noble rodando,
Y que venga cayendo y levantando.

Restituyen á Ibarra enteramente
En cantidad de veinte mil ducados,
Al mozo libre dan por inocente,
Y á Juan á pagar sale sus pecados:
Allí anduvo el verdugo diligente,
Jamás fueron sus pasos tan honrados,
Pues desde la capilla le acompaña
Hasta verse en él en la campaña.

—

Con qué facilidad ciega el pecado
Para llevar á un bárbaro delito;
Pues Juan que es en maldad ejercitado,
Y temido de todos infinito,
Cuando con aquel ánimo dañado
Con pecho aleve, y corazón precito
Hizo la falsedad, no le aprovecha
En reparar y corregir la fecha.

—

Dispuso el cielo, que llegase el día
En que la paga general hiciese
De las culpas y deudas que tenía,
Y que á todo el común satisfaciese.
¡Oh gran piedad de Dios, que á éste le envía
Para que le alabase y conociese
Esta muerte violenta y afrentosa
Que si se mira bien, fué muy piadosa!

—

Vióle toda la plebe y mucha gente
Del gremio consular, y él muy sentado
En un serón pajizo algo doliente
Saca la voz, que va desconsolado:

Y el verdugo sin ser nada elocuente,
que no está en la oratoria ejercitado,
Porque poco de tropos se le entiende,
Sin hablarle palabra le suspende.

—

¡Oh, qué bien en la horca parecía!
En su vida se ha puesto mejor gala,
Que tal collar á ella se debía,
Pues con él hizo más, y se señala:—
Escribanos, venid, que este es el día,
Que la muerte os consuela y os regala,
Ved este compañero y su nobleza,
Pues en la muerte quiso ser alteza.

—

¡Santo árbol de justicia, no lo creo:
Paréceme imposible; estoy dudando,
Que tal ave en tu nido puesta veo,
Y te está con su canto regalando.
Agora sí que hiciste buen empleo;
Ojalá que te fueses ocupando
Cada día con gente de este oficio,
Para tus aras propio sacrificio!

—

Este mal fin, por voluntad del cielo
Tuvo Juan de Buen Alma el ingenioso;
Ya los más de su arte acá en el suelo,
Se les debe este premio valeroso:
(Tal es mi parecer quitado el velo)
Que el árbol de la horca riguroso,
Para que ellos trujeran bien las manos
Había de llevar fruta de escribanos.

Celebréle mucho la ingeniosa y bien dispuesta novela. Hasta aquí corrió *Boca de todas verdades,* y estuviera una eternidad sin dejar la plática; pero como á mí me fuese forzoso salir á hacer una visita á D. Gracián de Beamonte, caballero de los más notables de este reino en sangre y condición, y persona de tal ingenio que merece entrar en el número de aquellos pocos que pueden hablar delante de v. md., enfrenéle el paso, y remití el vernos para después de la cena, ofreciéndome yo á buscarle en su posada; porque me pareció cosa medida con la razón que, pues era yo el que llebaba el fruto y granjería de la conversación, tubiese el trabajo y cuidado de solicitarla.

BOCA DE TODAS VERDADES *trata de la esclavitud y servidumbre con que quieren ser reverenciados los poderosos, y cómo las más veces hacen de la ingratitud y olvido moneda para pagar obligaciones.*

Fuerza es que me confiese v. md., señora mía, que hasta agora no ha dado ocasión en todo lo referido mi nuevo amigo, para perder el título que posee, pues son verdades sin contradicción cuantas en la materia pasada dichas tiene.

Después que hube cumplido con mi obligación, volví á mi posada, y cenando con la mayor brevedad que pude, fuí en busca suya: pero ya andaba fuera; porque con deseo de hallar algún lugar fresco (porque la noche era de las más calurosas

del año) había salido al puente, donde le hallé en conversación de algunos caballeros y damas, de los más principales de la ciudad; porque el sitio obliga mucho á que no le dejen pasar soledad, así por ser la puente una de las mejores de España, como por sujetar la arrogancia del Ebro, que visita los muros de esta vieja ciudad; río bellísimo, en cuyas aguas corre una de las mayores lisonjas que gozan los ojos humanos. Despidióse de todos y vínose para mí llevándome á parte donde hallamos asiento desocupado y solo: ya yo deseaba ponerle en la mano el dedo: tirábale garrochas, deseoso de que se picase y acometiese. Preguntóme por algunos ingenios de la corte, y agradándose de las ocupaciones de los más, como le dijese que uno de ellos estaba arrimado á la sombra de cierto poderoso que le hacía amistad y aseguraba sus acrecentamientos, mirándome lleno de ira, como si yo fuera el contenido, me dijo.

—Es muy necio: quitarle pienso el lugar que poseía en mi buen crédito. ¿Por este mar navega? contadle por perdido, y escribidle entre los que pasaron. Nunca los poderosos aman á los ingeniosos por la habilidad, ni saben caminar á tan buen paraje: su fin es, en unos la vanidad, pretendiendo que los celebren en sus obras, queriendo que sean como los confiteros, que solamente se ocupen en hacerles para el regalo de sus oídos los costosos dulces de mentiras y lisonjas; y que si tal vez se atrevieren á darles con alguna verdad en los ojos, venga como almendra tan confitada, que todo el sabor sea del azúcar, y poco ó nada de al-

mendra; porque la verdad es amarga, y sería atrevimiento ponerla en el paladar de un señor, si no fuese con una ó con dos capas, y tantas, que no se pueda conocer. Pretenden con esto engañar al pueblo; porque las más veces, como bárbaro presume, que pues entran en casa de fulano hombres de tantos méritos, y dentro de ella viere á uno de los más importantes, que su ingenio puede pedir el laurel por justicia.

Otros hay, y pienso que ya son los más, que se aplican á fin más miserable, y es, que no estiman al hombre de buen talento y gracias naturales, por ellas solas, sino porque es medio de conseguir con ellas su gusto. ¿Queréis un ejemplo? Pues yo os cumpliré el deseo; no os dejaré que vayáis quejoso de mí. Al otro, entre los vanos vanísimo, ¿cuántas veces, por vida vuestra, le habréis oído decir que no hay regalos para su alma, como son buena poesía y música? Dándole crédito por entonces, con razón; porque tiene en casa criados que cantan, á quien entre los demás particulariza en las mercedes; y cuando entran en ella hombres de ingenio, les da su silla, y honra con cortesía y liberalidad. Los unos escriben alabanzas al sujeto de su inquietud; y los otros cantan lo que aquellos escribieron. De allí á pocos días despide á los criados, ó les hace tan mal tratamiento, que se despiden ellos; y á los amigos da con la puerta, recibiéndolos con tanta sequedad, que ellos sacan pies, y no le ven más. Buscaréis vos, que sois curioso, de qué nació esta novedad. Peguntáis si acaso servían mal, y halláis quien os responde que jamás

criados fueron tan puntuales en satisfacer su obligación.

—Pues, señor, ¿hicieron alguna travesura en casa, atreviéronse á más de lo lícito?

—Que no, señor; era gente muy virtuosa, al menos corregido de todos no le faltaba sino el hábito para ser fraile descalzo; porque las costumbres eran religiosas y santas.

—Pues dadme el por qué, desempeñadme de esta duda.

—¡Oh!, mucho apretáis!, pero oid. Sabed que el Conde servía á cierta dama; los negocios no tuvieron el suceso que se pretendía, y asi se retira ya de estas obligaciones, porque no ha menester esa gente. ¿Díjelo yo? ¿qué os parece? Llegad, por vida vuestra; poned la mano, y desengañáos con la misma experiencia.

¿Veis cómo el poderoso inútil no estima los dones y mercedes naturales por la virtud suya, sino cuando son medios é intercesión para sus deleites? Pues ¿pensaréis que se contentan éstos con que los sirváis con cuidado y asistencia? No lo entendéis; quieren que les sacrifiquéis las horas de la comida y sueño, y que quitéis parte de lo uno y mucho de lo otro, para acudir á sus antojos. No lo entenderéis nunca; porque si os mandan alguna cosa, donde se atraviesa notorio peligro; como si dijéramos, hacer jornada en los mayores calores del año, y respondéis que vuestra salud es poca, y el tiempo tal, que es con-
iaros á muerte, que se sirvan de perdonaros, y
argarle á otro el cuidado del viaje, después de
: años de servicio, mal pagado de dineros y

castigado de palabras afrentosas, os enseñarán la puerta de la calle. Si los obedecéis, haciendo buen ánimo, y acometiendo á la dificultad, y volvéis enfermo, dirán que os curéis, y querrán que, después de haberlo hecho, les volváis á servir, comiendo á vuestra costa. Si no lo hacéis, seréis en su boca hombre bajo, y al fin procedísteis como tal. Si vais con su corriente y os dejáis poner el freno, el mayor premio, la satisfacción más larga será decir á otro señor, cuando vos estéis delante: —Conoza V. S. ó V. E. á fulano, que es un criado muy honrado y tan bueno como yo; y aquel día quizás tendréis menos que comer que otro ninguno del año. ¡De cuántas cautelas usan en su lenguaje! ¡De qué de colores adornan su pensamiento en la ocasión que os han menester! ¡Con la risa que os abrazan; con el cuidado que os buscan y regalan, qué poco les duele la mano en hacer promesas, y más si saben que sois lego, y que pueden con seguridad hacer quince y falta! Más tretas os harán que un mohatrero; pero en cumpliendo su voluntad, no os conocerán, ni aun sabrán vuestro nombre: olvídanse; huyen el rostro y responden con las espaldas; y aquél que ayer privó y tuvo primer asiento en su voluntad, ya hoy negocia por manos del que fué su hechura; y porque las razones no son tan eficaces en la persuasión, cuando no las confirma el ejemplo, este es á propósito, oidme y aprovecháos.

En Córdoba, ciudad en España feliz en ingenios, nació un caballero, más noble en la sangre que poderoso en la hacienda; bien quisto por sus virtudes y desdichado por su fortuna. Pasó los años

de su mocedad en Flandes, Salamanca de las armas y escuela de la milicia, donde aprendió, además de la constancia en los trabajos y osadía en los urgentes peligros, modestia, cortesía, respeto y templanza; ganó en pocos días mucho crédito, é hízose lugar en los ánimos de todos.

Volvió á España á tratar de sus acrecentamientos y á coger algún fruto de sus buenos servicios, donde fué despachado con brevedad y también como él merecía y podía desear.

En el intermedio de sus pretensiones, se inclinó á sus buenas partes cierto Príncipe, poderoso en los tesoros y familiar estrecho de los vicios, que halagándole el alma por los oídos y haciéndole promesas peregrinas, le importunó para que se quedase en su compañía, asegurándole de favorecerle con tantas veras, arriesgando, si fuese menester, las pretensiones propias, por preferir las suyas, que dentro de pocos días tuviese una encomienda, juntamente con ocupación y oficio en la Casa Real, como sus pasados habían hecho. El le suplicó que no le divertiese del camino trabajoso y honrado de la guerra que seguía, pues los primeros pasos habían sido tan acertados, que se conocía claramente que por aquella senda le guiaba la fortuna; pero no bastó, antes con mayores veras, echándole terceros que le aconsejasen convenirle, perseveró en su opinión hasta que le venció y redujo.

A los principios, además de darle su mesa, caballos y casa y despachar por su mano muchas cosas importantes, le hizo regalos y presentes de consideración. Corrió el tiempo; y como la fácil condición de la fortuna no mira siempre con igual

rostro, y suele á sus mayores amigos tratar con más desigualdad este Príncipe, que estaba en la más poderosa cumbre, muy rico, bien admitido en Palacio y amado del pueblo, empezó á declinar, faltóle la salud y con ella el gusto; porque tuvo unas tercianas largas y melancólicas, tanto que se negó á la conversación de sus amigos, que ya desesperaban del remedio de su vida. Quien más asistió á servirle, quien más procuró divertirle, quien con más veras procuró regalarle fué D. Lope, que así se llamaba nuestro caballero, sufriéndole muchas descortesías y palabras groseras, que sus deudos y criados, los de más obligación, no habían podido. Con esta paciencia y diligencia hizo tan buen enfermero, que le restituyó la salud con admiración de todos aquellos que fueron siempre de diferente opinión.

Aún no bien había tomado la puerta este trabajo para irse, cuando llegó otro mayor; porque las heridas que se dan en la honra son más dolorosas y menos medicables, y fué que otro señor de los poderosos del reino, que visitaba la casa de este Príncipe, en fe de amistad y deudo estrecho, puso los ojos en una hermana suya, doncella, á quien sirvió muchos días, ó ya fuese con verdad, porque el amor es gran negociante, ó ya la voz del pueblo fácil en engendrar una mentira y difícil en dejarla de las manos, se engañase, por la corte y aun por el reino corrió voz de que la había gozado; pero como él negase, y los deudos de la una y otra parte se empezasen á inquietar, pronosticándoseles á todos su ruina y última destrucción, lo que no pudieron acabar juntos, concluyó don

Lope solo, valiéndose de medios suaves y certeros, llegando el mismo señor á pedirla por esposa, conformándose con las bodas las amistades.

Había sido envidiada de muchos la felicidad de este Príncipe, y fuélo mucho más, cuando vieron que en los trabajos, donde esperaban verle anegado, y quedar victorioso, habia hallado el arrimo de D. Lope, que en sus hombros le había sacado gloriosamente de todos ellos; y así buscaron un camino para derribarle, estraño, que fué descomponerle con la persona Real, atribuyéndole culpas, de que á no verse después su inocencia, fuera imposible librarse, sino es pagando con la vida. Hízosele proceso y embargáronsele sus estados y rentas. Sonó por todo el mundo la campana de su prisión, y dió materia para que los pretendientes del patio de Palacio y soldados de la Lonja de San Felipe platicasen muchos dias, discurriendo largo y engañándose más. Cada uno hablaba conforme la pasión que le regía; y el que estaba más lejos de la verdad, decia muy satisfecho, que aquello era lo cierto, y que él lo sabia de muy buen original. Los deudos no acudian, los amigos se olvidaban, de dineros era mucha la necesidad; pero don Lope, cuyo ánimo grande no se estorbaba en las dificultades, antes ambicioso de gloria, agradecía á la fortuna estas ocasiones, vendiendo (porque en su casa era hermano segundo) treinta mil ducados de bienes libres, que había heredado de su madre: acudió con tanta solicitud al negocio, procurando que el preso estuviese tan regalado y servido como siempre, que dentro de dos años sacó el sol de su honor limpio de nubes, y

le aclamó el pueblo por inocente. Restituyéronsele sus estados y rentas; y, en satisfacción de lo que había padecido, se le dió en Italia uno de los más importantes gobiernos.

Pasó D. Lope, acompañándole, con esperanzas de un acrecentamiento igual á tantas finezas y buenos servicios: pero como su dueño pusiese los ojos en una señora tan ilustre, que tenía sangre de don Lope, á cuya sombra había entrado en Italia con su marido, que era hombre de letras, creyendo que con su favor y buenas espaldas, tendría una honrosa ocupación en servicio de su Majestad, que además del provecho presente, sería paso para mayores dignidades, y don Lope lo entendiese, y procurase divertir las ocasiones, afrentando en su corazón de que se le pagase en tan mala moneda, solicitando la caída de su honor, quien por él tenía honor y vida. Disgustóse el poderoso bárbaro, y buscó medio para ejecutar sus deseos.

Andaban por el mar unos corsarios ofendiendo la costa; y saliendo las galeras de aquel reino á esta causa, quiso ir él mismo en persona, siguióle la mayor parte de la nobleza, y entre ellos don Lope. Llegó el tiempo de la pelea, y arrojóle al cuello un collar de oro con una banda encarnada. Había hecho trato con un mosquetero diestro de los de la armada enemiga, que al que se la viese tirase con cuidado, ofreciéndole cuatrocientos ducados de premio. El otro que vió que con esta muerte caminaba á dos fines, el primero, cumplir con su obligación, que era hacer menos sus enemigos, y tanto más bien mientras más valerosos

el segundo gozar del fruto del interés, ejecutó con tantas veras lo que se le encomendó, que apuntándole á la banda y dándole en los pechos, abrió puerta por ellos, que fué libertad del alma y soledad del cuerpo del virtuoso y desdichado caballero.

Volvieron á la ciudad victoriosos, donde mostrando el tirano grave sentimiento, le señaló honrada y decente sepultura. Cubriósele el cuerpo de luto, y el alma de regocijo, engañando al pueblo en lo exterior; pero de secreto dando nuevos pasos en su pretensión, le entregaron las llaves y rindió la fortaleza, injuriándole aun después de muerto en la honra. Tales son estos idolos del vulgo, que estiman más la vida de su antojo, que la de un honrado amigo, que ya sus premios son afrentas, y sus mayores mercedes bárbaras injurias.

Así dijo: y luego:—Señor, ¿dónde vamos? ¿Para qué nos entristecemos con materias, cuyo remedio no está á nuestra disposición? Mudemos la plática, buscando algo, que más bien nos entretenga. Con esto, volviendo el rostro á mirarme, apacible y risueño, sacó otro papel del pecho, como el pasado, y leyó la novela que se sigue.



LA DAMA DEL PERRO MUERTO

NOVELA II

A los ilustres campos de la insigne Barcelona, en quien las flores no son mortales y perecederas, pues eternamente visten y adornan la bellísima comarca de su distrito, donde todos los sentidos se deleitan naturalmente, por tener en ella la primavera el cofre de sus tesoros, el escritorio de sus curiosidades y la recámara de sus mayores galas, pues parece que con particular cuidado asiste allí la mano poderosa del cielo, para desenojar ánimos tristes y confirmar á los alegres en su gozo y tranquilidad: no con curioso deseo de ver esta grandeza, ni menos siguiendo los pasos del ingrato, que la llevaba el alma (como algún tiempo, en la era de Amadis, y del Caballero de Febo salían las damas) sino hurtando el cuerpo á la justicia, temerosa de pagar con las espaldas algunas travesuras que había hecho con las manos, y con la lengua, llegó una dama del Andalucía, liente en el talle y briosa en el lenguaje, el co- r del rostro moreno, el de los ojos negros, el de dientes blancos y el de los cabellos pardos. Mos-

traba en las manos el deseo que tenía de parecer bien; y aun toda su persona lo decía á voces; porque el arte de vestirse era peregrino, el andar cuidadoso, el cubrirse y descubrirse con el manto, tal vez echando mano, y tal vez envainándola en el guante, se había adquirido á fuerza de largo estudio, representando tan bien este papel, que se conocía claro, que antes de salir al tablado se ensayó muchas veces.

Era la mujer arrogantísima criatura, y parecíale que todas las luces del cielo habían de bajar de sus asientos á la tierra á darle la obediencia y reconocerla por su verdadero dueño; pero juntamente con esta alteza de corazón y soberbio espíritu paraba en codiciosa y mecánica, como lo son todas las que abren tienda y viven por las ordenanzas y constituciones venéreas. Luego á sus primeros pasos cantaron su descortesía á los naturales de aquella ciudad; porque como noblísimos en condición y trato, se precian de amparar la humildad y buen término, y juntamente con esto derriban por el suelo las torres de Babilonia, que sin razón ni fundamento se levantan tanto, que se atreven á perder el respeto á las estrellas. Conjúranse contra ella todos los años verdes del lugar, y amenazáronla con graves castigos; pero los primeros que pusieron mano á las armas, como acostumbrados á traerlas siempre al lado, fueron unos caballeros soldados, del reino de Toledo, que esperaban allí ocasión de galeras para pasar á Italia. Entraron en Consejo de Guerra y después de haber propuesto el Secretario la dificultad de la empresa, como era decir

la poca reputación que se ganaba, cuando el negocio llegase á efecto, y la mucha que se perdía, si el enemigo, conociendo sus designios, les hacía alguna treta peor de la que ellos le armaban. Trataron de si se había de acometer por tierra ó por mar, y por cuál de estas dos partes sería más seguro y menos costoso; porque juzgaban, que en esta jornada ganarían mucho mayor gloria, si la ejecutasen sin acudir al Consejo de Hacienda, y siendo únicos en el trabajo, lo fuesen también en el premio. Al fin, después de haber sido varios los pareceres, como en todos los Tribunales sucede, aún en las materias más pequeñas y menudas, porque como en los hombres son diversos los rostros, y nunca tan unos, que por mucho que se parezcan, la cara de Juan sea en todo la misma que la de Pedro, así también se ve la misma desconformidad en el sentir y juzgar con los entendimientos; porque la opinión que mi vecino defiende y aprueba, yo la contradigo, y doy nombre de falsa, de donde proviene, que muchas causas que juzgan los Jueces, errando la sentencia, no es por ser ellos malos ministros en la intención, sino mal entendidos en la razón, se decretó que fuese esta batalla naval y que se diese dentro del agua porque hallaron más seguridad y mejor camino, y para esto esperaron á que llegasen allí galeras, que dentro de pocos dias vinieron las de la Religión de Matal con necesidad de algunas cosas para su provisión.

¡Oh, lo que se alegraron todos! Diéronle parabienes y abrazos infinitos, tanto porque estas galeras pasaban luego á Italia (comodidad dichosa para su viaje) como porque en ellas pensaban ha-

cer el castigo sangriento en aquella señora que les había dado tantas veces con las puertas en los ojos, diciendo, que sus sillas no estaban enseñadas á dar asiento á soldados pobres, sino á grandes señores, grandes en la persona, grandes en la hacienda, grandes en la sangre y grandes en el ánimo.

Fuéronse á la mar y visitaron los amigos y camaradas de otro tiempo, en cuya compañía, así en Flandes, como en diferentes partes, habían militado debajo de las banderas del segundo Filipo, supieron las nuevas del ancho mundo, y el estado que al presente tenían todas las Monarquías. Si bajaba el Turco á Italia; si el Francés venía contra Milán; como se prevenía la Señoría de Venecia contra las armas Otomanas, y con cuán buen ánimo y generoso desprecio esperaba el Conde de Fuentes los encuentros del ejército francés. Tratóse de la elección de Rey de Romanos, el número de los pretensores, y las partes, y calidades de cada uno: y después de esto; poco á poco, bajando la clavija á la conversación, porque Marte no se halla sin Venus, y son amigos tan estrechos, que el uno sin el otro viven descontentos, entró la plática de las damas cortesanas; y fué tan largo el número de las que allí se contaron, y de camino parte de sus buenas obras y santa vida, que pareció imposible, que tantas mujeres perdidas vayan de España, á dar mal ejemplo á otras repúblicas. Pero, llegada la ocasión, que los hidalgos toledanos hablasen, que por ser nacidos en aquel reino, aunque no en la ciudad, siempre que se ofrezca tratar de ellos los

nombraremos así; dijeron maravillas de la condición y singulares partes de Teodora, que este era el nombre de la arrogante y desvanecida forastera que á Barcelona tenía tan enojada: porque le sobraba de altivez en la condición, todo lo que le faltaba de vergüenza en el ánimo, las ofensas que les había hecho, y cuan justamente podían tratar de la venganza. A todos les pareció que su querella estaba tan bien fundada, que pedia justicia y ofrecieron acudir con sus mayores fuerzas, sin permitir que para esto se diese largas, ni se prolongasen los términos, señalando aquella noche próxima por último plazo, para lo cual saliendo á tierra quisieron hacerle una visita, enviáronle primero un embajador, persona suficiente para cumplir con las obligaciones de lo que se le encomendaba, el cual la dijo: Don Rodrigo de Meneses, un caballero Gran Cruz de San Juan, y de los más ricos de la Religión, obligado de la fama de su belleza, deseaba verla en compañía de otros caballeros de su mismo hábito, y así la suplicaba que le diese licencia para que aquella noche viniese á besarla las manos.

Desvanecióse la señora, y pareciéndole que tenía prisionero muy á su propósito, rico, pues era Gran Cruz, y liberal como soldado; porque todos derraman el dinero y pisan el oro, porque con las mismas manos con que se le quitan á los enemigos, le saben dar y repartir por los amigos, otorgó con la demanda y puso por decreto en el memorial: «que se haga como se pide».

Por esta puerta tan franca, y de tan buena gana abierta, entró el dicho señor don Rodrigo

con los demás amigos y camaradas, caballero tan noble que aunque no tenía el hábito, podía tan bien como cuantos había en la Religión. No era Gran Cruz, más que en dejarse caer á cuestas sobre muchos, á quien daba toda pesadumbre, por ser por estremo bien entendido, y de todos cuatro costados socarrón y amigo con particular inclinación de hacer tretas á bellacos; por parecerle, que los mismos cien días de perdón se ganan en burlar al burlador, que hurtar al ladrón. Armóse la plática; lisongeó á la señora; prometióla montes de oro y tierras de plata; y entre otras muchas cosas que la ofreció, por haberle ella alabado la tela milanesa de un jubón que traía puesto, fué la que ella más estimó: que como su merced la viese otro día en su galera, por la tarde antes de partirse, porque se iban el día siguiente, la enviaría con dos buenas piezas, que tuviese toda la ciudad que alabar en ellas. Así se capitularon y concordaron los conciertos de estas bodas, y dando fin á la plática se despidieron.

Quedó nuestra Teodora aficionadísima al ofrecimiento, y tan lejos de desentrañar el equívoco, que no intrerpretó la palabra más que en el modo que sonaba en su favor. Echó la cuenta de cuántas varas podía tener cada pieza y juntamente del precio de cada vara, y halló que era una suma infinita; ya se consideraba embarazada con tanta tela y no sabía que hacerse de ella, porque si la vendía, juzgaba que había de perder mucho de su justo precio, pues reducirla á vestidos y jubones, siendo todo de una misma cosa, serían más groseros que galanes: últimamente, tomó resolución

de hacer una cama y rico estrado con su colgadura que, todo puesto en una sala, haría hermosa correspondencia y podría hospedarse en ella cualquier Príncipe, por grande que fuese. De esta manera, se le pasó toda la noche de claro en claro, sin dar una puntada en el sueño, hasta que á la mañana trató de dormir las horas que faltaban para que se llegase la del comer, por no salir con ojeras al desafío y parecer menos bien cuando era menester que agradase y complaciese más. Allí soñó dormida, los mismos disparates que había pensado y fabricado despierta, porque el sueño es gran persona de repetirnos á la noche lo mismo que la imaginación nos ha pintado de día. Comió en la cama, y vistiéndose luego de lo más curioso que ella tuvo y con el mayor aseo que supo, después de haberle dado al rostro unos filos, se entró en un coche y caminó á la mar, más perfumada que niño aojado y más prendida que valona en cesto. Fué necesario, por estar las galeras muy adentro del agua, tomar un barco, donde, en compañía de dos criadas, pasó con facilidad y sin peligro: esperábala ya con todos los demás circunstantes nuestro valeroso y bien prevenido soldado, que la recibió haciendo la falúa, con toda la música de trompetas y chirimías que había en la galera, cosa para la vanidad de Teodora muy importante y á que dijo ella estar muy acostumbrada, por haber vivido un tiempo en el Puerto de Santa María, y aun pienso, sino me engaño, (verdad es que no me puedo afirmar en ello) confesó, ser natural de aquella ciudad; pero llegándole á hacer la pregunta de quienes eran sus pa-

dres, replicó con rostro mesurado en este modo.

—No es razón, que ya que yo, por mi desdicha y malas inclinaciones, he dado en la bajeza de vida que profeso, deshonre á mis padres con nombrarlos, siendo gente ilustre y calificada, y esto lo afirmó tanto, que quien no supiera que era hija de un mulato y de una morisca, pensara que sus padres eran tan godos en sangre como Clodoveo, y que el llamarse doña Teodora de Guzmán, la tocaba tan derechamente este apellido como al señor de la casa de Toral.

Enseñáronle todas las cosas más particulares que había en la galera, y al tiempo que pareció ocasión á los demás, dejáronlos solos, dándoles tan espacioso y suficiente lugar, que otro que fuera menos mañoso que don Rodrigo, tuviera bastante campo para hacer de las suyas. Llegóse la hora de que las galeras partiesen, y un poco antes mandó nuestro gran Meneses, que con dos pinturas famosas que enviaba á Barcelona, á presentar la una al duque de Feria, Virrey de aquella Ciudad, y la otra al Barón de Eril, Caballero de los más antiguos, y calificado de aquel Principado y estrecho amigo suyo, por ser las dos mejores piezas de pincel que había traído de Italia, y tales, que no quedaba allá otra que se les pudiesen igualar, volviesen á Teodora en el mismo barco, cumpliendo así con la palabra que la dió, pues (si mal no me acuerdo) fué decirla, que la enviaría con dos tan buenas piezas, que tuviese toda la ciudad que alabar en ellas, si le viese otro día por la tarde en sus galeras, que no dijo se las daría, ni menos declaró de qué calidad habían de ser dichas piezas.

La buena señora, que con ésto sintió que se le iba entrando por las narices el mal olor del perro dañado y muerto, y se halló en parte donde aunque entonase la voz y empinase el grito, no se le había de hacer justicia, considerando que para semejantes improperios nacen las mujeres que siguen las banderas de su liviandad y torpeza, y rompen el freno de la templada vergüenza y continencia casta; sin ponerlo en disputa ni porfiar si fué bien ó mal hecho, bajó las orejas y metiéndose en su barco obedeció la sentencia y consintió en su ejecución.

Pero los mancebos toledanos, que no habían urdido la tela para que se quedase sorda y arrinconada, y querían que se luciese el trabajo y sudor de sus buenos ingenios, juntándose á campana tañida, como concejo de aldea, escribieron una carta á las demás de su arte y oficio que estaban en Barcelona, que todas eran émulas y contendoras suyas, para que de este modo, como pregón público viniese á noticia de todos; y dentro de ella los catorce versos de este soneto, escrito en papel aparte, en letra clara é inteligible, porque no hubiese necesidad de ponerle en manos de intérpretes y comentadores, sino que él fuese tan claro y bien dispuesto, que se diese á entender por su propio pico. Adviértese que era hija de mulato y morisca.

No haya más, Dorotea; y los esquivos
Ojos enjuga; basta el desconcierto;
Que no se ha de morir de un perro muerto
Aquélla que engendraron perros vivos.

Rescata en el Argel de tus cautivos
Algún esclavo noble en guerra experto,

Que por desagraviarte deste tuerto
Ejercite los brazos vengativos.

Más llanto verterás, cuando el errado
Vulgo conozca el caso que me dices,
Dura batalla esperan tus sentidos.

Ya el perro muerto habrá resucitado,
Y así, en vez de oler mal á las narices
Te matará ladrando á los oídos.

Aquí sí que pensó perder el juicio Teodora, y entonces sintió el agravio y ofensa, más que si la dejaran desnudo el corazón, arrancándole aquellas telas que le sirven de natural y piadoso abrigo; porque vió vengados á sus enemigos, que no eran pocos, y tan extendida la voz del cuento que ya se atrevían á llamarla la *Dama del perro muerto* muchos, y se iba de modo olvidando su nombre, que casi los que más la trataban, no acertaban el de Teodora, y la lengua se dejaba llevar de aquello en que estaba más acostumbrada, y sabía que hacía más gusto al corazón. Parecían pronóstico y aun profecía verdadera los tercetos del soneto, y más aquel último verso, que dice:

Te matará ladrando á los oídos.

Determinó, y aún fué consejo de algún prudente juicio, que se dolió de su persecución, retirarse por algunos días, mientras el vulgo amotinado se pacificaba. Pero, estando ya para tratar de la ejecución de este pensamiento, y llegando á noticia de los que más la habían perseguido, algo más tiernos vinieron á visitarla y á pedirla que se sosegase, ofreciéndola que enterrarían la conversa-

ción pasada, y harían de modo que se pusiese perpetuo silencio.

Marcela y Angelilla, dos señoras, que servían también de portas para el infierno, como Teodora, y amigas de aquéllas, que llamándose del alma, al volver el medio lado, sin aguardar á todas las espaldas, venden la amiga que más quieren, y niegan la obligación que acaban de recibir; también echaron su plegaria y la rogaron que no las dejase en tanta soledad y desconsuelo, como ellas decían, que en su ausencia habían de tener.

Dijéronla, que pues la ocasión porque ella estaba allí suspensa, era esperar á un hidalgo de su gusto y obligaciones, en cuya compañía pensaba ver á Nápoles la bella, á Milán la rica, á Sicilia la abundante y á Roma la santa, y sabía por cartas, que muy apriesa prevenía su jornada, y que dentro de dos meses, á lo más largo, estaría en aquella ciudad, que no faltase de ella por el peligro que podía haber de perderse, viniendo él y no hallándola luego. Estas razones, y los ofrecimientos que la hicieron de que cesaría la mala voz, que tanto la había inquietado, fueron poderosas para que volviese, asentando el real á poner su tienda. Pero como ella no cupiese por su condición altiva en sí misma, tanto que parecía que siempre la subían del corazón á la cabeza humos de arrogancia, dijo este blasón, que después le salió muy caro, y le pagó con los réditos y costas de lo procesado:

— Señores, yo agradezco la merced que me ofrecéis, aunque os prometo, que era injusticia la que conmigo se usaba; porque no sé yo quién

es tan hábil en su oficio, que no puedan hacerle alguna vez su treta y engaño; una mancha cae en el paño más fino, y el caballo que más bien corre, tal vez se descuida y tropezando da consigo y con su dueño en el suelo: no es mucho que quien, como yo, vivía tan descuidada de que se pudiesen usar con mujer tan principal semejantes atrevimientos, pareciéndome que aquel lenguaje era sólo para con mujercillas cantoneras no estuviese despierta sobre la malicia. No había cosa de que mi imaginación pudiese hallarse más lejos; porque he sido entre gente principal muy respetada; pero múdanse los tiempos y los sucesos, una edad sucede á otra, y, al fin, quien vive en tierra estraña y lejos de la patria donde nació, á cualquier fortuna que le viniere ha de hacer buen rostro. ¿Es posible? No lo creo, y vuelvo otra vez á ratificarme en lo dicho. No lo creo, que por mí ha pasado trabajo semejante, y que sobre mi mal, para mayor desdicha, como si esta fuera ignorancia, en que yo debiera estar advertida, me hayan dado la matraca tan larga, ¡parece imposible! Agora basta lo pasado; bueno está, y callemos todos; y porque no entiendan que me hacen cortesía en doblarme aquí la hoja, y no pasar adelante con el capítulo, quiero hacer un concierto con vs. mds. y es, que si de hoy en adelante ninguno de cuantos son nacidos, aunque consulte primero á todos los abogados del infierno, asegundare conmigo, haciéndome la treta pasada, yo misma me expongo, y sin pretender apelación á otro tribunal, siendo juez contra mí propia me condeno á que todos, chicos y grandes, de cualquier género y cali-

dad que sean, sin incurrir en mi indignación, me llamen en altas é inteligibles voces, por todas las calles y plazas públicas del lugar, este bajo y mal nombre, este título hediondo de la *Dama del perro muerto*. ¡Oh, oh! Parece que se admiran, y que dan á entender con los ojos que me he determinado á empresa dificultosa; pues échense á dormir y no les dé cuidado, que por mi cuenta va este lance: si yo perdiere la suerte, yo la quiero pagar doblada; y pues todo el gasto que en esto se hiciere, ha de salir de las costillas de mi pobre paciencia y sufrimiento, y vs. mds. no van conmigo á la parte en la pérdida ó ganancia, que en esto puedo hacer, déjenme probar la fortuna y tomar el pulso á mi dicha.

Así derramaba flores de arrogancia y reverdecía en su vanidad antigua la mal aconsejada Teodora, cuando las visitas de los caballeros y damas, contentas de haberla hecho mudar de opinión, se despidieron para sus casas. Pero como Marcela y Angelilla hubiesen salido ofendidas del lenguaje, y, en su modo de entender, afrentadas, por parecerles que las notaba de ignorantes y necias á ellas porque no una, sino muchas veces les habían hecho semejantes y mayores burlas: y así en decir, que nadie asegundaría con su persona, era claro, que se quería vender por de entendimiento superior, engendraron ira, que á pocos golpes despertó á la venganza. No quedaron menos ofendidos los caballeros; pues no quiso que corriese por cuenta de su cortesía el buen tratamiento que de allí adelante se le hiciese, sino que todas las gracias se le diesen á su habilidad y cuidado, como

quien huía de confesar á nadie la deuda. De aquí entendieron, que no solamente no estaban obligados al amparo y protección de la vanísima ramera; pero que, en cierto modo, aquellas palabras habían sido de desafío y provocaban á batalla. Mas como el paso y camino por donde esto se había de ejecutar, juzgado según el tiempo presente, estaba tomado, parecióles que requería consulta y maduro acuerdo; y así, para que mirándolo más despacio, saliese el consejo derecho, y de él procediese el suceso como se pretendía, decretaron juntarse todos á cenar en casa de Marcela y Angelilla aquella noche, enviando cada uno un par de platos regalados, y llevar consigo un caballero recienvenido de Valencia, peregrino ingenio, eminente letrado, gallardo en la persona, galán en el traje, cortés en el trato, valeroso por la espada; hombre al fin cabal, bueno para las veras, y entretenido con extremo en las burlas: persona de tantas partes, que raros son los que hoy, no digo le compiten, ni Dios tal quiera, pero le imitan, llamado D. Antonio Ferrer.

Allí, pues, congregados y unidos, empezaron á entretener la noche con variedad de ejercicios apacibles, haciendo cada uno lo que más bien sabía: cual cantaba con voz dulce, y cual le tañía lo mismo que estaba cantando, y cual con gracia y agilidad bailaba y danzaba lo que entrambos cantaban y tañían. Así pasaron parte de la noche, hasta que llegó la hora de la cena, que fué espléndida y regalada, cosa que pocas veces sucede en los banquetes; porque por la mayor parte, en siendo muchos los platos, vienen

fríos y mal sazonados algunos de ellos, porque no se puede tener igual cuidado con todo.

Después de haber retirado los manteles, confirieron sus pareceres y opiniones, y todos últimamente se pusieron en las manos de D. Antonio Ferrer, y le dejaron á él solo la disposición y modo; porque conocían partes en su ingenio y fuerzas en su industria, para vencer mayores dificultades. La elección fué prudentísima, porque el Ferrer votó tan á gusto y satisfacción de todos, que á una voz, conformes en la voluntad y en el ánimo se resolvieron, que aquella traza era la que había de ejecutarse poco á poco, y sin salir de la raya y límites que él ponía. ¡Oh, cuánto se alegraron aquellas bienaventuradas de Marcela y Angelilla, que también tuvieron parte en la conjuración, acompañadas de una doña Lorenza, natural y recién llegada de Zaragoza. Aquella noche fué para ellas día tan alegre y regocijado, cuanto el día había sido noche triste y oscura: ved quién son mujeres semejantes y á dónde llega su fidelidad y buen trato; pues en vez de acomodar la quietud y seguridad de su amiga, solicitan su pérdida y destrucción. Pero todo castigo cae bien sobre un corazón soberbio y despreciador.

Desengáñese cualquiera que pensare que con altivez y descortesías ha de granjear amigos, porque se perderá en el trato. Cada uno, antes de poner el pie en el suelo, mire como pisa y no le engañe el diablo con representarle delante de los ojos sus partes y méritos, que él llama singulares, porque están tan lejos de serlo, que al

volver de cualquier esquina hallará muchos con quien, si llega á medirse, verá que es pequeño enano, y ellos valentísimos gigantes.

Fuéronse todos á sus posadas á dar parte á la noche, y otro día por la tarde, antre dos y tres, empezó Marcela á poner la primer piedra de este edificio. Aderezóse lo más bien que pudo, y vistiéndose, entre otras cosas, un rico manteo de damasco, poblado de tanta guarnición de oro, que valía infinita suma, y era su precio grande, tan nuevo y bien tratado, por no habérsele puesto cuatro veces, que parecía aquella la primera. Hizo una visita á Teodora, que viendo la nueva gala, y celebrándola mucho, quiso curiosa saber el autor. Marcela callaba, y parecía estar sorda á las preguntas, de donde nació picarse más Teodora, y repreguntar con mayor codicia: y así, ya como dando á entender que lo hacía enfadada de su importunación, respondió:

—Sabed, señora, que está aquí un caballero valenciano, cuyas buenas partes dificultosamente podré yo decirte cuales sean, porque la torpeza de mi lengua con groseras alabanzas, más sabrá humillarle que engrandecerle; pero lo que él en mis ojos tiene mejor y más dice con mi gusto, es ser con extremo liberalísimo, pues apenas hizo dos visitas en mi casa, luego como llegó á esta ciudad, que ha poco que está en ella, cuando me envió este manteo y aun me ha dado otras niñerías, como son, guantes, chapines, tocas y este rosario de coral, con los extremos de oro, que todo amiga vale dineros, y no se halla en la calle; y no es este el acto más generoso que él ha hecho, porque

cada día oigo contar cosas que me espantan á todas las mujeres que en esta ciudad viven con el caudal y granjería de su casa, yo fiadora, que á pocas hables, que no le digan de él lo mismo que yo. Pero ¡bueno es esto por mi vida!; ¿quién duda, que entre ti debes de hacer burla de mi simpleza, y que ya le conoces mejor que yo misma? Porque es persona este caballero, que trae ocupado un criado, solamente en descubrir caza, y es tan buen podenco, que no digo yo las mujeres, que están públicas y patentes como nosotras; pero aun las más sepultadas se le vienen á las manos.

Admiróse Teodora, y casi se corrió, de que siendo éste un hombre de la condición y modo que se le pintaba y ella tan celebrada, no la hubiese buscado primero que á las demás. Volvió á instar en saber su nombre. Pero entrando el escudero de Marcela y dos criadas que por ella venían, por ser ya hora para volverla á su posada, le dijo poniéndose en pie.

—Amiga, si no le conoces no te dé cuidado; porque la condición del hombre y la tuya son muy encontradas.

—¿Por qué, amiga?, replicó Teodora; á quien respondió Marcela.

—Esto quiere más espacio y mejor comodidad de tiempo; créeme que me precio tanto de tuya, que callo cuando me mandas que hable, porque sé que en esto te hago más servicio. Pero con todo esto, porque no quedes del todo inquieta, su nombre es D. Antonio Ferrer, y lo demás sabrás otro día.

Con esto pasó los umbrales y la dejó picada y

abrasadísima, llena de tanto cuidado, que estuvo mil veces por ponerse en hábito corto, y entrándose por sus puertas no dejarla sosegar hasta que le declarara la enigma y la absolviera la dificultad; pero al mismo tiempo la estorbaron su designio dos caballeros catalanes, que eran de los contra ella conjurados, y venían echados, como queso en ratonera y cebo en anzuelo, para darla en la ocasión pan de perro, que entraron de visita; porque apenas se hubieron saludado con aquellas primeras palabras de cortesía que son prólogo de las conversaciones, cuando el uno de ellos dijo, poniéndose en pie, haciéndose cruces de admiración.

—¡Bueno, por Dios! vamos, señor, vamos presto.

—¿Qué os ha sucedido? replicó el otro.

—¡Gentil necio!, le respondió. ¿No veis que nos hemos olvidado del buen D. Antonio Ferrer, con quien concertamos hoy de ir por él esta noche á estas horas á su posada?

—¡Ay, qué bien dices!, volvió por respuesta al compañero.

—Vamos luego, vamos amigo y señor; que no merece su cortesía y liberalidad que así nos olvidemos de servirle. ¡Por Dios, que las damas de este lugar, con quien él se ha mostrado tan generoso, la menor justicia que harían en nosotros, si entendiesen que con él habíamos andado groseros, sería sacarnos los ojos!

Volvióse á alterar de nuevo Teodora oyendo segunda vez el nombre y grandeza de D. Antonio; y pidiéndoles con encarecidos ruegos que si iban por él que se volviesen todos juntos, porque deseaba conocerle; que ella les ofrecía tenerles la

casa desocupada y despedir todas las visitas que la viniesen. Hizo muchas ceremonias y medallas para obligarles; pero ellos, sacando pies del aposento, dijeron con mucha sequedad.

—No es cosa que conviene.

Acudió ella luego con él.

—¿Por qué, señores? ¿A quién se le cerró la puerta con esta palabra?

—No viene bien con su condición. Y sin esperar á que la plática procediese adelante, dieron pasos largos y la dejaron con tan buenos deseos de ahorcarse, que si el diablo no anduviera entonces tan flojo hubiera tenido Judas un compañero más; juntó sus criadas y confidentes, á quien, dándolas parte del caso, pidió consejo. Pero todas, más confusas que ella misma, haciendo dobleces en la frente y arrugas en la boca, se encogían de hombros, y dándose de golpes en los pechos se confesaban por pecadoras ignorantes. Cargóle con esto una mortal melancolía que la hizo apetecer más la cama que la cena, donde se retiró más á llorar que á dormir; porque ya juzgaba esta suspensión por mayor tormento que la persecución pasada.

Levantóse de mañana, y despachando un recado á casa de Angelilla, en que la decía que la aparejase muy bien de comer, porque pensaba ser su convidada, se tocó y vistió lo más apriesa que pudo; y tanto, que llegó ella casi tan presto como la criada con quien había enviado á hacer la prevención; pero con todo esto estaba ya allá doña Lorenza, en cuyos brazos fué benignamente recibida; mas como después de haber comido reparase

en la medra de sus amigas, que la una tenía una cadena de oro y la otra una sortija de diamantes, joyas que hasta entonces no se las había visto, y ellas se las habían puesto con el intento que Marcela el manteo, y procurando saber el autor de aquellas liberalidades, entendiese que era el mismo D. Antonio Ferrer, trató de que la introdujesen á su amistad con muchas ansias, á que le fué dada por respuesta lo mismo que los caballeros y Marcela la habían dicho. Aquí se la acabó la paciencia á Teodora, y levantando el grito empezó á llorar con veras porque se aclarasen más con ella; que D.ª Lorenza, dándola á entender que se compadecía de sus lágrimas, la dijo.

—Amiga y señora, sabed que vos sois una mujer muy soberbia y seca de condición, y tan interesable que queréis que os paguen á la primer visita el alquiler de la silla, y aunque es verdad que hay hombres con quien es menester usar todo ese rigor, que no lo niego, pero como los humores son tan diferentes, á cada uno es necesario y aun forzoso saberle llevar el agua á su molino. Este caballero se paga mucho de unas mujeres regalonas, blandas y amorosas que le digan dos embustes, y confesándole que se mueren por su lindeza, se le entreguen sin interés, de que concibe él tanto gusto y vanidad, que después da más en una vez que otros en muchas. ¿Qué decís agora? ¿qué os parece? ¡Bendito sea Dios que conocéis que no os engañábamos y que esto no es lo que conviene á vuestro trato y modo de proceder!

—Así es, dijo Teodora admirada. Pero si por aquí han ido todas, habré de seguir las señales de

las ruedas y entrarme en el camino carretero. Por vida vuestra que me acompañéis hasta su posada, y veréis cómo á este majadero desvanecido le quito las pestañas y cejas y le dejo sin corazón. También sabré yo hablarle en jerigonza, que si de palabras dulces se paga y de razones tiernas se obliga, á otra tienda menos proveída de esta mercadería se pudiera llegar en el lugar.

Así decía, y daba mucha priesa á D.ª Lorenza que la adiestrase en aquella jornada; la cual, después de haber prevenido á D. Antonio y á los demás camaradas con un papel que les escribió, diciéndoles que ya aquella fruta estaba en sazón, y que se podía coger al tiempo de cerrar la noche, fué con ella, donde después de largas pláticas, Teodora, pensando que era la que engañaba á D. Antonio, le dijo, muy socarronamente, que obligada de sus partes y vencida de su buena fama, venía á verle y á entregársele; á quien él retirando su ingenio y mostrándole mayor en esto que en descubrirle, respondió, en un lenguaje simple y vano, para que así su original correspondiese al retrato que de él habían hecho. Con esto D.ª Lorenza se salió á otra pieza, y don Antonio aprovechó la soledad, que á pocos lances, cansado, dió de mano al manjar, y llamando á la compañera, la envió á su casa, rica de ofrecimientos y lleno el corazón de esperanzas, donde contó á sus criadas todo lo que le había pasado, y les pidió muy contenta y desenojada que le diesen de cenar, pareciéndole que ya tenía en la red pájaro con tanta pluma, que por mucho que le pelase no dejaría desnudo, aunque ella quedase muy ves-

tida. Mas apenas había dado el reloj las doce, cuando todos los tejedores del engaño entraron por su calle, clamando con grandes aullidos al modo de un perro cuando se muere, y después de haberla hecho abrir la ventana y contándole la historia amarga, la colgaron á su puerta un mastín muerto, y á sus pies estas seguidillas:

No es mucho que á esta perla
roben su huerto,
si el mastín que le guarda
le tiene muerto.

Idos con Dios, Teodora,
limpiad la ciudad,
porque de un perro muerto
se puede apestar.

De una dama se cuenta
que ha tiempo rabia,
mas no es mucho que rabie
si está emperrada.

Amaneció otro día, y apenas llegó la hora del comer, cuando todo el suceso fué público por la ciudad, sin haber persona que le ignorase y juntamente dejase de celebrarle, pareciéndoles á todos el castigo justo y el modo peregrino que se buscó para la ejecución de tan ingeniosa treta. Alababan el discurso del autor, y de camino el de los interlocutores, que también habían hecho su parte. D.ª Lorenza, Marcela y Angelilla bailaban al son del gusto que es el instrumento más bien templado y que más levanta el ánimo. Los caballeros catalanes, no sólo se satisfacían con que este caso se supiese en Barcelona, sino que le escribían á diferentes partes de España. D. Antonio Ferrer estaba

contento de haber hecho aquel gusto á sus amigos, que para él este era el premio principal y que más deseaba. Todos recibían sumo gozo del suceso, sino es la aperreada Teodora que, llorando, sin esperar á su galán, aborrecida y desesperada, se embarcó en las galeras de Sicilia con un caballero veneciano que iba á Roma.

Esta es la vida arrastrada que traen las mujeres libres, que dejando la casa de sus padres, deudos y hermanos, sin esperar la ocasión de su remedio, que Dios, como padre común tiene guardada á todas sus criaturas, sobre cuya protección vela y asiste con particular cuidado, se despeñan y arrojan á la torpeza de tantos vicios y liviandades, y es misericordia divina poner este acibar en los deleites de la tierra, para que abriendo los ojos de la razón, los apartemos con las manos y pisemos con los pies.

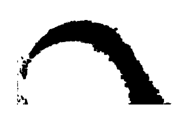
BOCA DE TODAS VERDADES *advierte cuán peligrosa es la permisión de que hombres casados sirvan á mujeres doncellas; y, dudando mucho de la virginidad de estos tiempos, reprende la libertad de los hombres.*

Con deseo de volver á la conversación, dejé las sábanas; pero como fuese día de ordinario para Castilla y tuviese largas ocupaciones, traté de hacer mi despacho por la mañana y reservar la tarde libre al entendimiento.

Tiene esta ciudad una calle, la mejor que yo he visto en toda España para el noble ejercicio

de la pelota, y los naturales de ella, insignes jugadores, jamás la dejan sola. Detúveme un rato en ella por ver jugar á D. Antonio de Falces, caballero de persona gallarda, de ingenio claro y uno de los que con más gentileza y seguridad han jugado en Europa. Estuve tan entretenido como admirado. Pero como esta conversación durase poco, porque el partido no era igual y no se conviniesen, acompañado de Martín Francés Menor, persona nobilísima en sangre, y para las materias que ha tratado el más sutil ingenio de sus tiempos, en quien resplandecen muchas virtudes, y entre ellas la de la caridad, en que da verdaderas muestras de ser hijo de su padre, á quien Dios, en premio y correspondencia de esta piedad, le ha dado un hijo de su mismo nombre, y que promete para adelante no degenerar de lo que debe á ser hijo y nieto de tales padre y abuelo, fuí, gozoso con tal compañía, en busca de aquel que tenía tan poco parentesco con el diablo, pues á él le llaman padre de la mentira y este otro es *Boca* de la verdad, y halléle en su posada, lleno de enojo y dando voces, fuera del tono que la modestia permite. Procuréle quietar, y después de haber ocupado cada uno su silla, le pregunté la causa de su pasión, y díjome:

No el tiempo largo ni la mucha diligencia son medios bastantes para abrazar voluntades de amigos si las estrellas contradicen. Pero cuando ellas se miran bien, por el que hablé ayer pondré la vida á peligro, y con mucho gusto; y, si fuere necesario, como agora pienso hacer con vos, le fiaré los peligrosos secretos de mi honor. Sabed, que



yo tengo en Toledo dos hermanas, mujeres principales; sus rostros y picos tales, que se ve en ellos que son generación del Tajo. Hase atrevido un hombre casado de aquella ciudad, aunque con secreto y pasos sordos, á servir á la mayor (según por esta carta que veis me avisa un criado), y estoy ardiendo en ira, casi ahogado de la cólera, de no poder caminar al necesario remedio con la brevedad que yo quisiera. ¿Habéis visto desvergüenza más sin máscara? ¿Licencia más deshonesta? ¿Posible es que para estos tales no haya el freno de una ley rigurosa, donde el mar de sus disparates, cuando más enojado, con mayor mansedumbre se corrija? ¿Que esto se permita, dejándose de castigar con severidad y rigor? ¿Pensáis que engendra pequeños inconvenientes y fáciles dificultades? Una de las mayores zancadillas para la honra es esta; juego es en que el diablo no va á perder; bien sabe él donde le corre la ganancia al doble; mercader es práctico y que no arroja su caudal tras intereses pequeños.

El hombre casado con mujer principal que solicita otra de la misma calidad, viviendo su mujer propia, como quien no tiene marido, padeciendo soledad en la mesa y en la cama (1). Comunícanse con poco gusto, de donde procede, si no los tienen, no darles Dios hijos, y si los hay, que se crien como aquellos á quien les falta la corrección y enmienda paternal.

La doncella, si acaso mal aconsejada, le hace rostro y se publica su liviandad (como las más

(1) Queda incompleto el sentido de este período.

veces sucede) y más cuando estas materias de voluntad corren por manos de criados, como es fuerza, también pierden la ocasión de su remedio. Y cuando trata de ponerse en pie y despierta de su engaño, no hay quien la señale precio, quedándose incasable y su honra puesta en más opiniones que el ave fenix. Que unos dicen, y lo porfían, que esta señora es natural de Arabia y que cuando ella quiere volverse á los años verdes (receta, que la pagaran las damas de nuestra edad sin reparar en el cuanto) puede, echándose á morir en una cama de leños olorosos. Otros se enojan, y como si en averiguar esta verdad se ocultara algún misterio católico, dicen que los que viven en tal opinión son ciegos y dignos de que los hombres doctos se burlen de sus obras y cortos ingenios.

No les basta á las pobres mujeres la guerra que ellas se tienen dentro de su casa, que es su propio apetito y natural instímulo, sino que vengan á hacer mayor la batalla los enemigos de fuera. ¿Qué me decís, señor? ¿Por vida vuestra no hablo con razón? Mi causa ¿no pide justicia, y se le debe de todo rigor de derecho? Pero vamos á el caso, y pongámoslas también sus acusaciones; que á fe, que no son las niñas del todo dulces: aves son y no palomas; su pedazo de hiel gastan.

—Ven acá, doncelluela, la que estás mal con la ventana y te parece que en el mundo son impertinentes las calles (digo lo que había de ser) que ello no es así como lo cuento. ¿En qué escuela aprendiste, antes de cumplir los trece, á notar un papel; pues aun no bien no sabes formar las letras y te sobran las razones, ofreciéndosete con más facili-





dad los conceptos al ingenio que las letras á la mano? ¿Contra quién armas la queja, si tú gustas del son y empeñarás la toca para pagar al gaitero, porque no se vaya y dure el baile todo el día? Bueno es que quieras, bobilla, que rompa el otro en tu servicio la gala, y que la honra esté sana. Gastémosle la hacienda, abrasémosle de una vez; pero vuestra reputación, yo os prometo, y en esto digo lo que siento, que ha de estar como el día que su madre la parió. ¿Quiéreslo así? Pues yo no; ni todos los demás que estamos en la plaza viendo el toro, ¿piensas que hemos de pagar ventana de valde, sin tirar garrocha? No sabes, según eso, el achaque de nuestra condición: diremos nosotros de lo muy limpio y bien guisado mal y no hay cocinero que nos acierte con la salsa del gusto. Según esto, mira qué mercedes puedes esperar de nuestra piedad. Desengáñate, amiga, de que mientras tú no nos obligares, viviendo bien, que es fuerza que hablemos todos mal. ¡Qué cerca tienes la disculpa, qué presto la hallaste! Agora espérate, que saldré por tí á la demanda.

Dices bien, hija, descubrámoslo todo, pues del hablar no se paga alcabala. Cosa recia es, por cierto, que pretendamos que nos hagas tú toda la costa de nuestra conversación, pudiendo salir tu señora madre á la campaña: venga y lleve la mayor parte de los golpes.

—¡Ah, señora: á ella digo! ¿No me oye? pues á fe que está enseñada á dar más oídos que un confesor. Sosiéguese Vmd. y sentémonos á cuen-; pues lo ha hecho tantas veces con el mer-ler y el sastre, librando la paga de la deuda

en el necio que nunca tuvo cerrada la bolsa. Respóndame. Cuando murió el señor, su esposo, y la dejó con Mariquita al pecho, ¿qué juros, qué rentas, qué casas, qué heredades le quedaron? Entonces pobreza se lloraba, y á la misericordia se acudía de los deudos y vecinos. Pues ¿qué ha sido esto? ¿Que en dos años después que entran en casa estos Césares y Alejandros, Julios y Cornelios, tiene los estrados, camas y colgaduras duplicados como pliegos que van á Indias? ¿De dónde viene toda esta abundancia? ¿Querrá que creamos que después que Vmd. se puso las tocas largas y se echó al cuello el rosario de las cuentas gordas, como son tan grandes los golpes que da con ellas, la ha oído el cielo, respondiendo liberal á su necesidad? Como que ha de pasar por milagro. No lo dudo, pero busquémosle el autor, que unos hace Dios y otros el diablo, y éste del diablo me parece. Ya sé que ha dicho en ocasiones Vmd.

—«Díganles á esos que me murmuran que en la calidad de la gente que me visita verán si soy mujer principal. ¿Pasan los umbrales de mis puertas menos que el caudaloso mercader? porque, ordinariamente, á los que yo doy silla son ó al ministro grave, al caballero de hábito y al señor de título.» Pues mire cuánta es la perversa intención de nuestras malas lenguas; esto es lo que peor nos parece y la parte donde damos mayor bocado. Póngase ahí la mano, acuda presto, que no es posible, sino que, según la hemos sacudido dentelladas, corran de ella arroyos de sangre. ¡Oh miserables tiempos! ¡oh edad enferma, en quien la virtud está en tanta declinación! Malas son las hijas criadas á la es-

cuela de ruines madres, que las enseñan la doctrina de sus abuelas, y peor que ellas el vicio desenfrenado de los hombres, que todo lo abrasa y consume.

Venid acá, necios. Promulgáis vosotros la ley en que mandáis que las mujeres sean honestas, y que en su liviandad y recato esté el honor ó deshonor vuestro y de ellas; y luego acudís á su persecución, persuadiéndolas, que hagan lo mismo que les tenéis vedado. O no las inquietéis, ó, mudando de opinión, ponedlas en libertad; porque, de otra suerte, os dejará abierto un anchísimo paso á vuestra infamia, siendo solícitos negociantes de vuestra propia bajeza.

¿Cuándo se vió jamás, que el príncipe que establece la pragmática (en cuya observación fiel interesan, así él como el vasallo honor igualmente, porque al príncipe, de que se la quebranten, se le sigue perderle el respeto y caer de su autoridad, y al vasallo, de quebrantarla, nombre de inobediente y atrevido) que el monarca mismo en persona, con humildes ruegos y á fuerza de ricos presentes, instimule al súbdito á que rompa la obediencia de sus leyes? Diréis que nunca; porque este fuera un error bárbaro en quien no puede tropezar ningún hombre que tenga moderada luz de razón: pues cada día se rompen los ojos en semejante culpa los que turban el sosiego de las mujeres, si les dais el título miserable de flacas y os habéis vosotros alzado con el renombre de fuertes. ¿Qué mucho que si lo fuerte va á conquistar á lo flaco, que lo venza? No será la culpa de lo flaco, que se rindió, no pudiendo

más, sino de lo fuerte, que le acometió sin darle causa.

Si es doctrina de la filosofía que la hembra, como imperfecta, desea con mayor ansia la compañía del varón, buscando lo más perfecto, y es su naturaleza más flaca, tanto, que hace mucho en vencer este fuego, ¿qué maravilla, si llegáis vosotros cargados de leña y sopláis con perseverancia, añadiendc materia á su inclinación, que se abrase la casa, y aun la vecindad? ¡Oh! cómo en todas las cosas se conoce en la ley cristiana que profesamos, la justicia inmensa de su divino autor, pues sus diez preceptos con igual fuerza obligan á los hombres que á las mujeres; de donde infiero, que el permitirnos el mundo que silenciosamente, sin quedar nuestro honor culpado, podemos tratar las materias de la sensualidad, es facilitarnos más nuestra condenación y ponernos en el camino para que no le erremos.»

Así decía, y yo y el amigo que me acompañaba le escuchábamos con mucho gusto, cuando deseoso de dárnosle por todos caminos, abrió un escritorio, y después de haber mirado diferentes papeles, halló uno que le pareció más á propósito, y en él leyó la novela que se sigue.



EL ESCARMIENTO DEL VIEJO VERDE

NOVELA III

GOZA en España fertilísimo asiento Granada, ciudad favorecida del cielo con todos los privilegios de naturaleza, porque en sus campos se conoce más la piedad de las estrellas. Los aires sirven á la salud humana, y, más benignos que en otra parte de la tierra, no consiente la malicia que ofende los cuerpos y con facilidad hace camino á la muerte. Las aguas tantas que parece que no habian de ser buenas, y tan buenas que admira el ver que sean tantas; donde no solamente cumplen con el oficio de ser suaves al gusto y á propósito para la salud, que este es beneficio, sino que también, con su admirable belleza, deleitan el más noble sentido, pagándose tanto los ojos de verlas, que por ellos muchas veces despierta el deseo á gozarlas y las bebe sin necesidad, de su propia bondad obligado. Galas son de aquellos hermosos campos, que, agradecidos, las cercan con murallas de flores, obligando con esto á las unas y á las otras: á las aguas con darles tan hermosa compañía, que consuele su soledad, y á las flores con ponerles siempre delante el



espejo de su hermosura. Allí está la mejor escuela de las aves; porque con maestría cantan, pagando á los aires el servicio que les hacen de llevarlas cuando vuelan; donde con ser mucha la diferencia, es siempre conforme la armonía. Suspira el ruiseñor cantando, y derriba con los pies las tiernas flores del árbol sobre el arroyuelo, que, agradecido de este presente, le sirve de instrumento y se templa con sus quejas.

Si volvemos los ojos á las hermosas torres de la ciudad, no están menos entretenidos, y así viven igualmente admirados; porque en algunas reliquias de sus edificios resplandece la majestad de los romanos y en muchas la costosa fábrica de los moros, y en los modernos la magnificencia de los ánimos cristianos, que con pecho liberal han enriquecido sus templos. La policía y ornato de las calles admira, acompañadas siempre de muchos caballeros y no de pocos señores; porque, demás de los naturales, acuden otros á sus causas y particulares intereses; porque el negocio muere cuando su dueño se duerme, y la buena solicitud del que pleitea hace la sentencia, y tal vez valen más los pies del procurador que la boca del juez; porque como él ha de caminar por lo escrito y no puede echar por la otra acera, sino que es fuerza que vayan por donde le guiaren, si el otro se da priesa á probar, tanto en su favor le sentenciará cuanto le probare jurídicamente.

Los religiosos son muchos, y cumplen todos con la palabra que dieron en su profesión, representando con el hábito y las obras ejemplos de virtud y modestia. Hállase su Universidad rica de

valerosos ingenios, que en todo linaje de letras han igualado á todos y de pocos han dejado igualarse. Las mujeres, no por ser hermosas pierden el derecho de discretas, ni por ser bien entendidas se contentan sin la calidad de bellas; que en lo uno y en lo otro consiguen igual parte.

Aquí, pues, vivió un hombre humilde en nacimiento, porque el oficio de su padre fué administrar á la medicina purgas, jarabes, ungüentos, emplastros y todas las demás cosas que hacen á un hombre cumplidísimo boticario, sin que le falte parte ni requisito para poderse llamar meritísimamente este título. Pero como la riqueza y abundancia de bienes suben á los hombres á caballeros, casó con la hija de un letrado rico, principal y persona que daba tan buena cuenta de sus estudios, que acudían á su casa todos los negocios más graves y de calidad que en la Audiencia se ofrecían, en cuya compañía vivió muchos años, siendo la pobre señora mártir con la condición de su marido, por ser de su naturaleza inquieto y poco seguro en esta parte de la sensualidad, de quien dejándose llevar más de lo que la razón permite, y cerrando los ojos á la luz de los consejos que se le daban, se dejó vencer y atropellar tanto, que destruyó en estos vicios mucha parte de sus bienes.

Esperaba D.ª Camila (que así se llamaba la desdichada señora que le cobró por marido) que el tiempo y los años enfrenarían sus apetitos, y que lo blanco de las canas sería el sermón más á propósito para convertirle. Pero como las esperanzas en lo que prometen no se obligan por escritura ni

las pueden poner en la cárcel, aunque se cumplan todos los plazos y términos, por la mayor parte mienten; y así, cuando llega el tiempo en que pensamos llenar las manos de fruto, volviendo las espaldas, se van y nos dejan burlados; hácennos cocos y juegan con nuestra persona al juego del «Matachín, que no te dí yo». Feria es en que todos salen con pérdida y nadie procede con tanta cordura que, si se toma cuenta estrecha, no halle que es mayor el gasto que el recibo.

Bien á su costa hizo esta experiencia D.ª Camila, porque D. Francisco, su marido, en los ancianos años procedió con más libertad en sus pasiones, que en lo florido de su juventud; y tanto, que parecía que traía siempre á la oreja alguna legión de espíritus lascivos que le persuadían y engañaban, porque la inquietud de su corazón, en llegando á esta plática de mujeres, era tanta y tan solícita, que en ninguna parte tenía asiento fijo. Los ojos le bullían, los pies danzaban, las manos bailaban, torcía la cabeza, doblaba el cuerpo y la boca no estaba ociosa, antes muy dispuesta y acomodada para todo género de visaje. Todas sus acciones, trato y libre modo de proceder causaban admiración por ser tan desconvenientes á su edad.

Acompañábase siempre con la gente más moza y traviesa de la ciudad, esto se entiende de día; porque de noche pocas veces se recogía muy tarde, en razón de que era muy hombre en esta parte de tener miedo, y consideraba la flaqueza humana. Con estos, pues, se hallaba en todas las fiestas y actos públicos, donde forzosamente concurren las damas, sin perdonar los templos sa-

grados, á quien acudía muchas veces, no tanto por oir al padre Fray Fulano, deseoso de cojer el fruto de su doctrina, cuanto por ver á la señora doña Fulana, que iba á oirle con buena intención, y mirando al verdadero fin. Nadie pusiera los ojos en sus cuellos, zapatos y todo lo demás de la ropa, que me le juzgara por hombre de veinticinco á treinta, y las canas no lo contradecían; porque él las traía envainadas y, por la mayor parte, debajo de dosel. ¡Bueno es esto!: hombre era, que tenía su tinta y que se daba en sus ocasiones sus pinceladas, cubriendo de borrones y manchas aquellas insignias de autoridad y respeto que da el cielo á los hombres, cometiendo una bajeza grande; porque si antiguamente se decía por afrenta notable á un hombre noble, y fué este modo muy recibido de hablar: «Mentides por la barba»; todos los que echan cobertor á las canas, nos mienten por ellas; pues siendo blancas, quieren persuadirnos lo contrario. Estos tales, sentarse pueden á una mesa con los arbitristas y alquimistas, pues en cuanto á ser locos, no les deben nada y todos tienen igual derecho.

Mucho me admira el ver, que el juicio de las cosas está ya diferente, pues lo que en otros tiempos se estimaba tanto, que los hombres mayores dejaban crecer la barba blanca hasta la cintura, siendo aquel su hábito de Santiago, ejecutoria y escudo de armas para que los respetasen, agora, como si ésta fuera insignia afrentosa y representara lo mismo que la cruz en que murió San Andrés, la encubren y niegan, y buscan medios y modos para que no parezca en público. Pasemos



adelante y dejemos vivir á cada uno como Dios le ayudare: basta lo tirado; bueno está, no quiero armar más la ballesta; porque no sé donde me daré con el golpe, y no querría apuntar al pajarillo y sacudir á la águila, y más en tiempo tan extraño como el que alcanzamos; que la malicia de los ociosos se ocupa en comentar la sinceridad de las sentencias de los sabios y, de lo que ellos dijeron con modestia y gravedad de estilo, les nacen alas para interpretarlo á su modo, haciendo sátira á su enemigo y diciendo: «¡Oh, por Fulano lo dice!», pareciéndoles que con esto sacan la sangre de su contrario con la espada agena. Señores, avísoselo y aun se lo suplico, que se aparten todos y que nadie me de más color del que yo me pongo. En particular con ninguno hablo; en general sí: con el vicio tengo la ojeriza, y para él labro las armas; contra él levanto los ejércitos y formo los escuadrones.

Estrechábase mucho D. Francisco en amistad con dos hombres mozos y principales entrambos; muy hábiles, el uno en cantar con suavidad y destreza tanta, que en esta gracia fué el primer hombre de aquella edad; y el otro, claro ingenio y fácil para la composición de todo género de versos. A éstos hacía sus confesores y daba parte de sus cuidados, principalmente al amigo poético, porque se valía de su habilidad y méritos, queriendo (como tantos hacen), comprar, con ajenas prendas, favores y regalos. Son estos tales que se ayudan para granjear la voluntad de sus damas de papeles de otros, hurtando la prosa y verso ajeno; discretos de prestado, y sabios por escrito;

y así necesitan de tratar siempre con damas necias; porque si son bien entendidas á dos papeles que reciben suyos, y á otras tantas veces que los hablan, conocen que no dice la guarnición con el vestido. Pues á fe que no son pocos los engañados en este particular. Pero de aquellos vivo yo con mayor lástima, aunque tal vez me descuido y dejo á la risa que se entretenga con ellos, y á fe que tengo razón, y sino juzgadlo vosotros, aunqua seáis los mismos interesados, que yo sé que me sobra tanto la justicia, que, para ir seguro á juicio, no es menester tener el padre alcalde. Digo, pues, que me enfadan mucho unos hombres que, para escribir á una mujer cortísima de entendimiento, buscan el ingenio más celebrado de la corte y se socorren de su prosa y lenguaje, pues no advierten que van por el camino de su perdición; y que hablarlas culto y con las frases que ejercitan las personas de caudal es ponerlas en griego la plática.

Destos era nuestro caballero, y, al fin, al fin, pagaba mucho y gozaba poco; sudaba, afanaba y bebía la hiel en la conquista. Y después de muchos pasos y diligencias, le dejaban en el aire y á la sombra, para que allí se le enjugasen los deseos; pero todos estos inconvenientes y otros mucho mayores que dejo de representar aquí porque vamos á la sustancia del caso y al corazón del cuento, no valían ni eran de efecto para su enmienda.

Llegó el tiempo en que la reina nuestra señora, D.ª Margarita de Austria, cuyo espíritu feliz goza ya de la quietud y verdadero descanso, dió en Fe-

lipe IV el deseado heredero á estos reinos, en la noche del viernes, en que se obró nuestra salud, con tanto aplauso de todos sus vasallos, y común alegría de la cristiandad, tan interesada en este suceso, que no se sabe que en ningún tiempo ni monarquía, el nacimiento del sucesor della se haya recibido con mayor gusto. Pregonó la fama las fiestas, que para demostración del regocijo de tan buena dicha, se prevenían en Valladolid, que fueron las mayores y más lucidas, así por la riqueza y galas costosas que las acompañaron, como por la destreza y gallardía de los Príncipes y caballeros que las ilustraron, que hasta entonces se habían visto, á quien realzó la asistencia del César Filipo, llevando su lugar en el juego de cañas, donde cumplió tan admirablemente con la parte que le tocaba, que, desde aquel día, se hizo amar más de sus vasallos, aumentando á la obligación del amor natural, otra nueva voluntad, debida á sus méritos personales.

Despoblóse todo el reino para gozar de la grandeza y majestad de estos festivos días y desde Sevilla y Granada, vinieron muchos caballeros y, entre ellos, nuestro D. Francisco, que había (como tenemos dicho) nacido con el corazón tan alegre, que por menores ocasiones dejara él su casa y descanso y caminara mayores distancias. Entró en Valladolid con intento de volverle las espaldas el día que tuviesen fin los regocijos; porque no estaba su bolsa con tantos lomos, que pudiese por mucho tiempo ser ganapán de las cargas y obligaciones en que empeña la corte á los hombres que pasan plaza de caballeros. Así lo propuso y,

con esta resolución, santiguándose, metió el pie en aquella ciudad. Pero como él traía la condición llena de corchetes y se hacía en cualquier hembra, no pudo cumplir á un tiempo mismo con la razón, que por una parte le llamaba y con sus antojos, que por otra le arrastraban; vió aquí, solicitó acullá, y, al fin, embarcóse en el mar dudoso de la corte, donde halló tanto en que tropezar y caer, que nunca se levantó que no fuese para dar mayor golpe. Pero, entre tantas, una le dejó tan lastimado y corrido, que parece que fué azote del cielo, enviado para su enmienda y salud en el efecto que después se siguió. ¡Oh, cuánta es la misericordia de Dios, y con qué cuidado nos envía avisos y mensajeros por todos los caminos, para que, despertando del sueño y ceguedad de tantos errores, le busquemos y conozcamos! Cada día tocamos con la mano esta verdad, y cada uno es testigo de sí mismo de esta experiencia; á todos nos cabe parte en esta liberalidad divina, sino que algunas veces, y aun las más (que esto es lo más cierto y por esta razón más digno de llorarse) estamos tan ciegos, que no vemos el bien que nos tira de la capa y se nos entra por las puertas, aunque en traje y figura de mal y daño. Piensa el otro que la pérdida de la hacienda que se le sigue, es desdicha; y no conoce su ignorancia, que si aquel trabajo ha de ser instrumento para que se humille y trate del provecho del alma, no descuidándose en plática tan importante, es el mayor bien que le puede comunicar el cielo; pues en esta vida las fatigas y desconsuelos son los escalones por donde sube á la eterna felicidad.



Tuvo noticia de sus partes, calidades y condición una vieja, llamada Emerenciana y natural de Alcalá, buen sujeto para gastar cada día dos y cuatro horas de conversación, si fuese menester, con aquellos ángeles á quien echó á rodar su soberbia: mujer acraditada con los trabajos de prisiones largas y destierros no cortos, y aun tal vez si había paseado, sacando sus espaldas en público y dando que mirar á los Doctores y Bachilleres de la Universidad, en que, gracias á Dios, que sabe acudir en las necesidades, mostró tan buen ánimo y corazón, que muchas de su arte la envidiaban y daban mil alabanzas al cielo, que la hizo mujer para tanto. Esta, pues, que porque no pudo vivir en su patria con tantas afrentas á los ojos, y adonde la andaban siempre contando los bocados, se había venido á esconder entre la muchedumbre de la corte, en quien unas cosas á otras se embarazan y no se dejan ver ni descubrir, con menos que alguna más que mediana diligencia; la cual, sin usar de su oficio, se había estado queda hasta que llegase una buena ocasión que la pudiese sacar todas las manchas y tapar los resquicios de sus paredes, buscó una casilla enfrente de la de D. Francisco, y luego el diablo se la puso en las manos; que es gran persona de solicitar negocios, donde sabe que le va su interés con tanto cuidado que os podéis echar á dormir, y él se encarga sólo de hacer toda la diligencia y gusta de romper muchos zapatos en vuestro servicio.

Llevó en su compañía una mozuela de muy buena cara, á quien pocos días antes, sacándola de entre los asadores y sartenes y pasándola al es-

trado, prohijó y adoptó por hija, vistiéndola de un traje honesto y de muy poca costa; pero tan lucido y aseado, limpio y puntual que contentara los ojos de otro que fuera menos codicioso de semejantes joyas que D. Francisco. Profesaban las dos señoras notable recogimiento, y tanto, que no salían de casa, sino las fiestas á misa, nunca hacían ventana de asiento, aunque de cuando en cuando, de paso, sacaba algo de la cabeza Teresica (que así decía la niña llamarse), para que de esta suerte se viese lo mucho bueno que se sepultaba aquél humilde rincón.

Procuraron los demás huéspedes que vivían en la posada de D. Francisco, que eran todos caballeros mozos y galanes, introducirse á conversación, y para ello hicieron las diligencias que en tal caso se requieren y que la ley del amor dispone. Pero no solamente no aprovecharon, sino que estuvieron tan lejos del efecto, que los despidieron con mucha aspereza; y ésto con tanta porfía y perseverancia, que desistieron de la pretensión. Parecióle á D. Francisco, que vencido de la flaqueza de su condición, se abrasaba más que todos juntos por ella, intentar también la misma aventura, considerando que quizás la madre, que ellos ignorantemente llamaban celosa, porque no penetraban el secreto de esta verdad, se aseguraría de sus canas; y, por apretar la diligencia, buscó ocasión de entrar á darles á hacer un poco de labor blanca para su persona. Bien le recibió Emerenciana, permitiéndole la silla que á otros había irado: holgóse con su visita en el alma, aunque lo exterior ni mostró pagarse, ni ofenderse;



pues, usando de malicia superior y no dándose por entendida de aquellos pasos, prosiguió con la plática empezada de los cuellos, encargando á la niña, que luego tomase entre manos la parte que en ellos la había de tocar, que era el hacer las vainicas y ofreciéndose ella á echarles los asientos lo mejor que pudiese. ¡Oh, qué alegre salió don Francisco de su visita, y cuán lejos de buscar los cimientos á la obra para ver si aquella labor se fundaba sobre falsos principios! Juzgó que aquella gente era sencilla y llana, y que la permisión de la puerta franca, que se le concedía, estribaba en la confianza que se hacía de sus años ancianos. Creyó que con industria y sagacidad haría su negocio, y parecióle que fácilmente las engañaría. ¡Norabuena!: al tiempo de hacer la cuenta con la huéspeda, me lo diréis.

Comenzó á regalarlas con algunos platos que las enviaba de la mesa, como vecino, que ellas recibían con agradecimiento y cortesía, no dándole lugar á que hiciese mayores excesos y demostraciones, para que de este modo no pudiese atreverse á pedir mucho á quien recibía poco. Parecíale todo el trato de estas señoras, que con este respeto las nombraban los vecinos, hidalguísimo, y mucho más le enamoró su bondad cuando no quisieron recibir dineros de mucha labor blanca que le hicieron. Pasando con esta nueva ocasión más adelante en su alabanza; infiriendo de sus acciones generosas, que no solamente eran mujeres virtuosas y recogidas, sino calificadas y nobles en sangre. Todo esto, juntando lo uno con lo otro, y añadiendo razón á razón y causa á causa,

apretaba más la dificultad, echaba leña al fuego y soplaba la llama del viejo loco y mal corregido, que ya de apretado y desfallecido, dió con su cuerpo en una cama, donde estuvo muchos días sustentando la vida y animando las esperanzas con los recados que recibía de la causa de su mal, que tal vez los acompañaba con algún regalillo de poca y pequeña costa. Alli maquinaba extraños errores, ciegos desatinos y locos desvanecimientos, siendo tan cruel en el ánimo, que muchas veces determinó volverse á Granada, y matando con secreto á su honrada y cristiana mujer, celebrar bodas y nuevos himeneos con la alimentada de Teresica, pareciéndole que su honra y virtud era tan constante y firme, que no había otra puerta para negociar su deleite sino ésta.

Así estuvo algún tiempo; pero como le fuese necesario dejar la cama para acabar de despachar una cédula en que su Majestad le hacía merced de seis mil ducados por una vez, en cuenta y pago de cierta resta que se la había quedado debiendo á su padre, consignados en Sevilla, volvió á resucitar, comunicándose con todos aquellos de cuya conversación antes huía. Dió fin en pocos días á este cuidado y, por verse con dinero presente, malbarató su cédula, y lo que valía seis dió por cuatro, recibiéndolo todo de un Ginovés en moneda de escudos de oro. Olió Emerenciana desde su estrado y rincón el dinero (que para todo tenía espías y trazas), y armó luego con gafas la ballesta y, echándosela al hombro, esperó á que volviese el gorrión al álamo para hacer su tiro. Subía, pues, una noche, de allí á pocos días como hizo la



cobranza y venta, D. Francisco por la escalera de Emerenciana, y á los primeros escalones se suspendió por no interrumpir á Teresica, que, con donaire sobrenatural, cantaba por el tono de *Ejecutor de la vara,* que entonces andaba muy favorecido, estas seguidillas:

Si os partís á la corte,
señor don Diego,
duerma vuestra bolsa
y andad despierto.

Es un mar arrogante,
soberbio y vario,
lleno de tormentas
y de cosarios.

No os burléis con las damas;
que en mar como este
los cosarios que roban
son las mujeres.

Tan amigas del oro,
que al más astuto
la paciencia le gastan
por ser escudo.

A la caza de bolsas
van en cuadrilla,
y á ninguna perdonan
de cuantas miran.

El amor pone tienda
de sus deleites,
buena bolsa, galanes,
todo se vende.

Las doncellas de hogaño
son como huevos,
que por frescas se venden
y hay pollos dentro.

Judas son con las niñas
las alcahuetas:
danles paz en el rostro
para venderlas.

Las casadas se venden
como los libros,
con licencia firmada
de sus maridos.

Y éstas salen más caras,
por lo que cuesta
el pagar los derechos
de la licencia.

A un honrado marido,
que callar sabe,
no hay tesoro en las Indias
para pagarle.

Otras muchas, que yo no me acuerdo, cantó tan graciosamente, descubriendo esta nueva maravilla, que hasta entonces había estado escondida, que á D. Francisco le encendió en nuevos deseos de gozar lo que por tantas razones él juzgaba apacible y amable; y así, acabando de subir la escalera y llamando á la puerta, dijo:

—¡Bien haya v. md., que por tan legítimos títulos puede pretender el de ángel; pues no contenta de ver que le toca, por su hermosura y belleza incomparable, quiere que se la ofrezcamos, obligados de la suavidad apacible de su regalada voz! Pero apenas él hubo dado fin á su bendición, cuando Emerenciana, saliendo de otra pieza, donde más adentro había estado retirada con artificio, la convirtió en maldición, aprovechándose de este lenguaje, y dejando correr mares de lágrimas por su rostro.

—¡Maldita sea ella de todo el poder del cielo y abrasada del fuego irremediable de San Antón, pues tiene tan poco miramiento y vergüenza, que sabiendo en el trabajo en que estamos, se pone á cantar semejantes vanidades! ¡Ay, triste de mí y desdichada, nunca yo naciera para parir; y ya que parí y el cielo fué servido de darme sucesión, permitiera Dios, para que agora estuviera descansada, que no llegaren á gozarle! ¡Ojalá hubiera sido la primer camisa que se vistieron mis hijos su mortaja!

Turbado y suspenso se halló D. Francisco con la novedad de tristeza y desconsuelo que hallaba en aquella casa, á quien él tenía en tanta veneración. Y así, deseoso de remediarla, pidió con ruegos eficaces á Emerenciana que le diese parte de su sentimiento, asegurándola que acudiría al remedio, con el buen ánimo y pronta solicitud que vería.

—¡Ay pobre de mí, Señor mío de mi corazón, respondió ella; y cómo que creo yo á v. md! Siéntese, lléguese acá, con esa silla más cerca, que no quiero que nos oigan las paredes. ¡Oh, lo que vale un amigo honrado y principal, para el tiempo de los trabajos! ¡Bien haya él y buena sea su vida; y cómo le veo con ánimo honrado para todo lo que hubiere menester: que para ocasiones como las que yo tengo entre manos son muy necesarios unos caballeros de pechazo y valor como el suyo! Sabrá v. md., pues, amigo de mi alma, que yo tengo un hijo mozo, de edad de veinticuatro años, que plugiera á Dios que tal no tuviera; no porque él deje de ser muy honrado, que hiciera yo muy

mal si tal dijera, y fuera levantarle un testimonio tan grande, que era indigna de absolución, aunque fuera por ella á Roma. Pero porque es el centro de todas las infelicidades y miserias. El es, entre todas las criaturas, más triste que la noche y más amargo que la muerte; porque en cuanto pone mano le sale al revés, y lo que procura para su remedio y el nuestro, viene á ser mayor perdición de todos, y agora se le ha caído toda la casa á cuestas; y es el caso, que él servía en Sevilla un mercader de los más poderosos y ricos de aquella ciudad, á cuyo lado, que se le hacía muy bueno, teníamos esperanzas, y no eran vanas, de que había de enriquecer y medrar: y cuando más segura estaba de esto, recibí una carta suya, con la estafeta de ayer martes, en que me dice (mire v. md., por amor de Dios, y cuán delgado lo hila nuestra mala estrella), que le han hurtado dos mil escudos del dinero que de su amo tenía á su cargo, de que es fuerza dar cuentas dentro de un mes; y que, por lo menos, cuando más bien libre, sino parece la cantidad, le pondrán en una cárcel, donde le descoyunten á tormentos; y si acaso, por el miedo de ellos, confiesa lo que no hizo, (trabajo que ha sucedido por muchos buenos) acabará con muerte infame, dejándonos esta honrada herencia. Téngame Dios de su mano, y él me cierre la boca antes que diga un disparate, que se me puso en la imaginación, con el ansia y deseo de remediarle.

—Hable v. md. y descanse; tomándola de la 1o, dijo don Francisco; que aquí estoy para o. Pero ella le salió al paso, levantando con razón más el grito.

—Señor mío, si me quiere bien, si estima esta casa en el precio y valor que tantas veces me ha dicho, saque v. md. esa espada y envaínemela por estos pechos antes que tal palabra pronuncien mis labios: ¡Jesús, Jesús! ¡Ay, qué notable tentación! ¡Dios sea conmigo! ¡San Antonio de Padua me socorra! mira lo que dices lengua mía, que te abrasaré si tal pronuncias: ya te lo aviso; ya te lo advierto; no te quejarás de mí, de que te castigue en lo que estabas ignorante. Mas ¡ay!, que no puedo, por más que procuro resistirme, tener silencio; ya de esta vez rebosa el cántaro. Pero ¿qué no hará el amor de los hijos y el deseo de sacarlos de tan estrecho trance? Digo, pues, Señor mío de mis ojos, que esta hija que ha sido el espejo de la honra del cristianismo, y que yo la he criado con la clausura y recogimiento que todo el mundo sabe, sin haber querido admitir, no digo visita, pero ni aun un papel de muchos Príncipes que la han solicitado, ofreciéndola montes de oro, se la entregara de muy buega gana á una persona honrada y secreta, para que dispusiera de ella á toda su voluntad, como me diera de su mano á la mía los dos mil ducados, sin que nadie lo viera ni entendiera más que nosotros.

Apenas palabra tan fea y torpe escupió la maldita Emerenciana, cuando el ciego y desatinado viejo, loco, turbado y fuera de juicio, cogió la escalera y, volviendo más diligente que pasa el cometa por el aire, la entregó en doblones de á cuatro y de á dos la cantidad; y ella, después de haberle dado muchas gracias y abrazos, le dijo, enterneciéndose, que ya que la fortuna había traído

á la hija que era lumbre de sus ojos á semejante desdicha, que en parte la tenía por ventura, en razón de caer aquella flaqueza en el pecho de un hombre tan honrado y secreto; que no era justo hallarse presente, porque si acaso, lo que Dios no permitiese, aquello se llegase á saber, no se pudiese presumir que ella se había dado por entendida, sino que la niña, como muchacha, fué la engañada por su mismo parecer, sin intervenir en ello su consejo. Con esto los dejó solos, y se salió por la puerta sin manto, juntándola por defuera, donde quedó el castigado en la bolsa. D. Francisco pensó alcanzar la fruta del árbol, que ya para él estaba madura, y halló tanta resistencia, que se quedó en ayunas. En el entre tanto, Emerenciana, que caminaba con su ardid á mayores fines, habiéndose mesado primero toda, y sacándose sangre de la boca y narices, pasó á la posada de D. Francisco, donde estaban los demás huéspedes, de quien dijimos arriba que, enamorados de Teresica, habian procurado introducirse á visitarla y servirla; y, levantando el grito, mostrando aquella figura espantable, dijo:

—Socorredme, por amor de Dios, nobles y valerosos caballeros, que el traidor de D. Francisco, de quien yo hice confianza, fuerza á Teresica, y porque he querido defendérselo, me ha puesto en la triste visión que me veis, dándome coces y de puñadas. Vamos, presto, que si tardáis, podrá ser que llegue el remedio en vano.

Como todos eran amantes de la muchacha, y, por su ocasión, envidiosos de verle entrar en su casa le quisiesen mal á D. Francisco, dejando la

cena, con alas que les pusieron los celos, pasaron á casa de Emerenciana, y apenas sintió la muchacha las voces y pisadas en el zaguán, cuando, como aquella que tenía la lección bien estudiada, levantando la voz diez ó doce puntos más de lo ordinario, dijo:

—¡Justicia de Dios, que me quiere forzar un mal viejo traidor; socorro por las llagas de Jesucristo!

Este grito puso más espuelas á los favorecedores, que atrancando la escalera, la subieron en dos brincos; y ya, tras ellos, un alguacil de la ciudad y un escribano, que todos, hallándole luchando con ella, cargaron sobre él, con tantas palabras afrentosas, tales como las merecía el caso que ellos tenían concebido, que el lujurioso viejo se quedó tan muerto y turbado, que apenas pudo volver en su acuerdo por mucho tiempo. Pero ya que, después de largo discurso, se reconoció con juicio y entendimiento bastante para pesar y medir la maldita astucia de la vieja, contra quien él no tenía probanza para su verdad, por haber pasado entre los dos solos el concierto, y recibido de su mano á la suya el dinero que ella ya tendría trasplantado (como era cierto) en tercera persona, porque luego, como salió de casa, se lo entregó á una vecina de confianza y de no menos habilidad. Y también advirtió que ella contra él, para el delito de que le imputaba, tenía á los ojos la prueba, donde no le había de valer la negativa, porque los testigos, que estaban presentes, eran todos apasionados y les iba su interés en su destruición; además de que las ayudaba mucho la buena y calificada opinión que en el barrio tenían de muje-

res virtuosas y cristianas, que era con tanto extremo que muchas de las vecinas que se habían juntado decían á voces que se pondrían en un fuego, antes que creer que la niña no fuese de su condición la más honesta y honradita de la corte. Determinó, con prudentísima resolución, primero que el alguacil y escribano comenzasen á escribir la querella y le pusiesen en la cárcel, donde sobre costarle toda su hacienda, le darían una sentencia afrentosa, por ser el crimen tan escandaloso y horrible, y que á los ojos de los de la república, que son los jueces y más tan cristianos como lo son los de la corte, había de parecer tan feo confesar llanamente lo que no solamente [no] había hecho, pero ni aun imaginado, para obligarles con esto que viniesen á composición pecuniaria, que era lo que ellas pretendían, ofreció al alguacil y escribano cien escudos porque intercediesen; y además de esto les dió luego de presente una vueltecilla de cadena. Con facilidad se negoció con Emerenciana, aunque caro, porque no quiso menos que otros dos mil escudos que á D. Francisco le quedaban; pero á él le pareció muy barato, y con razón, pues si metiera los pies en la cárcel, según había de ser la prisión larga, en costas se consumiera mayor cantidad. Pagó luego de contado á los unos y á los otros, y el siguiente día, sin despedirse de nadie, se partió á Granada, llena el alma de un gran dolor de lo sucedido; pero, al fin, alumbrado de la razón, reconoció que aquel aviso bajaba del cielo, y comenzando á ser discípulo en la escuela de la verdad, tomó tan vivo escarmiento en tan peregrino suceso, que de allí adelante fué honestísi-



mo y cuerdo casado, sirviendo á Dios con muchas veras y tratando del regalo y servicio de su cristiana y prudente mujer.

BOCA DE TODAS VERDADES *castiga con severas razones el vicio de la miseria, y á propósito con donaire refiere la vida de un mercader escaso de condición.*

Procuro, señora, no dilatarme mucho en los capítulos, porque arribe v. md. más presto al descanso, que una carrera muy larga, aunque se dé por un campo bellísimo, de una y otra parte adornado de árboles, fatiga y ofende.

Llegué al fin á mi posada, donde cargué la imaginación sobre este discurso. No me admiro de que el mundo llame á este hombre loco y le estime en tan baja opinión, pues se atreve á poner las verdades en carnes, en tiempo que la lisonja se lleva todas las reverencias y es la que tiene en Palacio ocupados tantos aposentos como la vanidad. Días ha que nos lo cantó el refrán, que las bocas de los niños y los locos son golosas desta fruta. El día siguiente me hallé indispuesto; y, dándole aviso, vino luego á verme; hallóme muy enojado con un criado mío, porque, por haber andado escaso en prevenir un regalo para enviar á Castilla, lo hube de comprar segunda vez; porque siempre el ahorro de los miserables es como el caminar de los perros, que andan dos veces la jornada, primero que su amo una. Compra dos

veces el corto de condición, lo que el liberal y prudente, media.

¡Oh, cuánta razón tenéis!, me dijo. Por vida vuestra que os deshagáis de tan mal servicio; porque un hombre sujeto á tan baja inclinación, para nada es útil. Considerad, que el miserable es fuerza que peque en codicioso, y el codicioso, sin reparar en más que en sus acrecentamientos, abre la puerta á todos los vicios; porque, como le pongan en las manos el oro que adora, matará á su padre, venderá á su hijo, condenará á su hermano, y dará veneno á su mujer. Poco he dicho, no os alteréis; porque no solamente lo he encarecido, pero aun me falta mucho camino para llegar á ponerle en su debido lugar: á sí mismo se privará de la vida: hartos ejemplos hay que corroboran esta verdad. ¿De cuántos mezquinos de condición nos consta, en nuestros tiempos, que han muerto de hambre, sobrándoles el dinero, por faltarles el sustento?: infinitos. Pues colegid deste discurso, cuán inútil gente es esta; y como justamente deben ser privados del nombre de prójimos; porque si la caridad que comienza en un hombre de sí mismo, á sus propias personas se la niegan, mal la entenderán después á comunicarla con sus deudos y vecinos. Puédese decir, y no temerariamente, de los que tocan al extremo deste vicio, que todos mueren desesperados, pues ellos mismos se arrojan el cordel al cuello con sus manos: pues lo propio y tanto pesa negarse el forzoso sustento. Porque esta casa miserable del cuerpo, como es de tierra y bajo lodo formada, para sustentarse en pie, necesita de que cada día la pongan arrimos y

socorros. El mezquino incurre generalmente en todos los vicios: es ladrón, pues roba á sí mismo su hacienda, que se la dió el cielo para que se alimentase y no para entregarla á los cofres, que son della injustos proveedores; es homicida, y no de su enemigo, que procura su destruición, sino de sí propio; es traidor á la naturaleza, pues hace amistad con la hambre y desnudez, siendo enemigos declarados de su república; y, últimamente, el más infame de todos los hombres, pues recopila y agrega en un vicio tantos.

Vivió en Segovia un desdichado, humilde en nacimiento y oficio; desdichado, le nombro, por ser de la profesión que vamos hablando; era mercader de paños, que es el trato de aquella ciudad, y uno de los más gruesos y seguros de España. Este vivía solo, en un aposentillo pequeño, donde tenía por cama una tabla y por cabecera una piedra, á fuer de fraile descalzo, aunque con intento diferente; porque su pretensión era escusarse de aquel modo, del gasto de ropa blanca; pues, por lo menos, siendo la almohada de aquella tela, no la rompería en toda su vida. Echábase desnudo, y cubríase con una frazada, despertaba á la mañana y, lavándose con un poco de agua la cara, que traía en la boca de la casa del vecino más cercano, que, por no comprarla, en su casa no la había; pareciéndole que no podía hallar toalla más noble que el aire, se enjugaba á él. Tenía dos camisas de gruesa estopa, y en vez de cuellos, dos valonas de lienzo casero, que se lavaba cada mes por sus manos, porque no se atrevía á ponerlas en la de ninguna lavandera; porque decía que era

gente desalmada y temía mucho que se las sacasen el alma hilo á hilo, aporreándolas sobre alguna piedra, como aquellas que bien saben hacerlo. Esperaba á que anocheciese, y, cargado deste hatillo, se llegaba al río, donde valiéndose de oficio ajeno, las lavaba, sin darles un ojo tan sólo de jabón; porque él no les había de hacer el beneficio con nada que le costase dineros. Volvíase á su casa, donde, como hombre de buena memoria y que sabía en qué parte estaba cada cosa, se acostaba sin luz, ayudado del tacto: y para esto hacía él esta consideración. «Si fuese Dios servido, que tan grandes son mis pecados, que esto y más merecen, que mañana yo cegase, ¿no me había de socorrer de esta industria? Pues, para lo que puede suceder, bien es estar enseñados: fuera de que me ofenden mucho todas las cosas artificiales, y así aborrezco la luz de la vela y candil, porque me acuerdo de la hermosa lumbre del sol; aquella es la que yo deseo y de la que solamente me sirvo.» Todo el tiempo que estaba en casa de día, se desnudaba por no gastar los vestidos. Conservaba los valones de entrepiernas, caminando siempre muy abierto, y escusábase con decir que era enfermedad. Jamás afirmaba los brazos sobre la silla ó bufete de su vecino, que en su casa no tenía estas alhajas, por no romper los codos. Todo el vestido era muy ancho; y, no obstante esto, por el mes de Diciembre, diciendo que tenía calor, traía por poner la mayor parte de los botones de la ropilla, para que se gastasen menos. Decía que en llegando un hombre á edad de no crecer más, había de vestirse de una vez para toda la vida; y

era en esto tan observante, que como lo predicaba lo obraba; pues antes se envejeció él que sus vestidos; y, después de muerto muchos días, quedó tan bueno, que pudo servir y lo hizo.

Traía medias de cordellate y zapatos de ramplón, y sabía ciertos modos de pisar para romper menos el calzado. El uno dellos os diré, pero pienso que no le hurtaréis la traza; y era que si de noche iba, por ser forzoso, á visitar algunas personas con quien trataba materias en que corría su interés, se descalzaba de pie y pierna, llevando debajo del brazo los instrumentos y, al entrar de la casa donde iba, en el zaguán se calzaba y hacía su visita; pero, en volviendo á salir, se restituía á su primera forma y decía él: «Más vale que se rompa de los pies, que no de los zapatos, pues los unos naturaleza me los concedió gratis y los otros el zapatero por mis dineros.» Andaba desceñido, y sin espada. Estaba mal en la ciudad con el reloj y el verdugo, por ser gente que da, con ser la mercadería del uno badajazos y la del otro azotes.

Subtilizó tanto la materia de la cortedad, que, como una mañana le preguntase un vecino suyo si estaba en ayunas, porque él había almorzado y tenía necesidad de sacar una mancha de un ferreruelo y quería que, para esto, le diese un poco de saliva, le pidió que se la pagase. Y últimamente, llegaron á concierto en este modo, que si la saliva fuese de provecho y saliese la mancha, le diese medio real, depositando en sí mismo el ferreruelo porque no le pudiesen engañar; pero que si sucediese al contrario, que no le pagase nada por ello; y fué tan venturoso que la mancha salió, y logró

el interés. ¿Qué queréis? Era caballero como mazorca; aspado de pies á cabeza: traía muy seguras sus espaldas, porque se las guardaba un Apóstol y cuando menos San Andrés. Vamos á la comida: esta fué muchas veces un huevo, proveyéndose por docenas dellos de un bodegón, los cuales tenía guardados, con singular cuidado; y los iba comiendo por su orden y antigüedad, cada día el suyo: pero fríos, por no hacer gasto de lumbre para calentarlos. Estaba concertado con el bodegonero, que por ser contínuo en acudir á su casa, se los había de dar más baratos que á los demás, bajándole una blanca en cada huevo. El pan que gastaba era el bendito, que se repartía los domingos en su parroquia. Bebía agua con esta traza: daba una vuelta por la ciudad, acudiendo á sus negocios, y en la casa que mejor le parecía, representándose muy cansado, pedía que le socorriesen su sed, y tal vez negociaba también por la hambre, porque se encontraba con gente cortés, que acompañaba el agua con algún regalo.

Pasó así muchos años; pero como fuese entrando la edad, y se sintiese necesitado de más mantenimiento, ofrecióle el diablo una industria, verdaderamente hija de su buen juicio, y era que se iba al Hospital á la comida de los pobres, y encargándose siempre del que tenía hastío, dando á entender que lo hacía para animarle, comía él, diciendo: «Ea, hermano; esfuércese por caridad. ¿Es posible que no se anime? Mire con qué buena gana como yo.» Y diciendo y haciendo, le despachaba la porción on tanta brevedad, que si acaso le venía el apeıto, era en vano; porque ya no hallaba en el pla-

to cosa en que pudiese hacer fuerte. Recorría las camas de los demás; y si encontraba algunos mendrugos, como pedazos de bizcochos y rosquillas, ocupaba las fatriqueras y de aquello hacía la cena. Llególe la hora menos esperada, y más cierta por su culpa: porque como cayese enfermo de achaque fácil al remedio, si él quisiera ayudarse de las medicinas y no lo hiciese por no gastar en ellas, murió desesperado en los brazos de su escaseza, á cuyo sepulcro dí yo por compañero este epitafio:

Huésped, un ciego mortal,
en este campo desierto
yace, á puñaladas muerto,
de su miseria bestial.

Más que hombre de razón
fué alcaide de su dinero,
pues le tuvo el majadero
toda su vida en prisión.

Entró un hermano suyo, á quien en vida, viéndole pasar con mujer é hijos grande necesidad, jamás había socorrido, y heredó veinte mil ducados en dinero, plata y oro, siendo él el dueño y el difunto el depositario; pues como los recibió los entregó, sin disponer dellos. Así acaban éstos, labrando de su condición el cuchillo para su muerte.

Decidnos vos algo agora que más nos entretenga, y yo entonces, tan obediente como siempre, cerré con unos versos la conversación.

BOCA DE TODAS VERDADES *enseña cuánto vale en estos tiempos la mentira, y cuán pocos son los que quieren por amiga la verdad.*

Después de haber comido en la cama y reposado, vinieron algunas visitas, y, entre las de más gusto, D. Jerónimo y D. Bartolomé del Vayo, dos caballeros hermanos de los principales desta ciudad, agudos ingenios y muy grandes estudiantes. Discurrió la conversación por varias materias; y como uno de los que asistían en ella dijese cosas dificultosas al crédito, de suerte que dió ocasión á que se ventilase la verdad con recias disputas y á este tiempo entrase el amigo, como aquel que siempre lo hacía, tomó la mano y dijo:

—Vuesas mercedes se cansan en vano; no saben que en este siglo está la verdad tan doliente, que son groseros y viven con este título, que se les da por castigo y afrenta, los que atormentan al que miente. Llámese descortesía estrecharle á uno tanto, que eche de ver que se le ha conocido que añade ceros á la partida; porque se pretende ya que solemnicemos sus fábulas y, escribiéndolas con letras coloradas, les hagamos fiesta y guardemos su día. ¡Oh, dulce lisonja! tú eres el mayor soborno para las almas de los mortales; todas las puertas hallas abiertas; la guarda fiel que cerca las personas reales, armada de sus cuchillas y alabardas, no te ofende, antes por su mayor rigor pasas hasta gozar asiento en los oídos de los príncipes, que te reciben con risueño rostro y abiertos brazos. ¿Qué honestidad se te recata? ¿De qué casa te han despedido? En ninguna tierra del

mundo eres extranjera; en todas hallas padre y madre, amigos, deudos y paniaguados. La fea pretende que le des título de que parece bien. La de razonable talle aspira al blasón de hermosa. La hermosa quiere que nos estrellemos con los cielos, y que el sol no esté seguro en su casa de que le perjudiquemos en sus alabanzas. La que es extremo de belleza no se paga en moneda más baja que herejías; hémosla de canonizar por ángel y aun plegue á Dios que nos podamos averiguar con ella. ¿Veis lo que pasa? pues discurrid con el ingenio más adelante: vamos por la calle de la nobleza.

El otro, cuyos abuelos fueron Comendadores á traición y trujeron la cruz debajo del colodrillo, quiere que publiquemos que es limpio como el agua del Tajo cuando entra por Toledo, después de haber escaramuzado con los peñascos de sus montes, que la dejan sutil y clara. El cristiano viejo, que no entiende en la guitarra más son que el del villano, y no hay conserva en su camarín tan regalada como el ajo, se desvanece porque tiene cierta suma de maravedís, y procura pasar por hidalgo. El escudero, que tiene por huésped de aposento á la necesidad; huésped tan descomedido que, para irse, no basta que se lo digan por mal, ni se lo rueguen por bien, intenta que le confirmemos por caballero. Los escribanos quieren llamarse secretarios; los secretarios consejeros; los consejeros padres del gobierno y luces de la justicia. Siendo esto así, ¿qué os falta, señora lisonja? Este es vuestro año; haced la cosecha; salid por esas calles, pues tenéis tantas galas con

que luciros y, gracias á Dios, no vais desnuda y rota, como la pobre verdad, sino en las carrozas de los príncipes y grandes señores; mandad que os vengan á acompañar vuestros amigos y valedores; mas ¿dónde podrán tantos tener lugar? Dificultad notable es pensarlos acomodar bien.

Veis aquí que llegan los juristas aleves que, adulterando el sentido de la ley en lisonja del dinero que esperan por premio de su cautela, roban la hacienda al que con buen derecho la poseía. Segundo lugar ocupan los pretendientes, que no sólo son artífices de la lisonja con la lengua, sino que todas las partes de su cuerpo se las consagran; el pie haciendo la reverencia, la mano quitando el sombrero, la rodilla hincándola, la cabeza inclinándola y tal vez todo el cuerpo, arrojándose por tierra y adorando al ídolo vano, de cuyo aliento está suspenso el feliz y miserable sin su causa.

¿Quién son aquéllos, que por allí se descubren? ¡Ya, ya!, buena gente; cortesana, discreta y de buen humor, hombres de Palacio: estos sí que mienten al señor á quien sirven, dorándole siempre sus faltas y mudando el nombre de sus imperfecciones. Si es pródigo le intitulan liberal; si pierde el alma, la vida y el tiempo con rameras públicas y mujeres livianas y de mala vida, es gallardo príncipe y gran servidor de damas. Si peca en la lengua y ladra á las honras ajenas: es gracioso, y su trato y conversación, de las más entretenidas de la corte. Si de noche, con muchas espaldas de criados, armado de ventaja, y confiado en que es señor, hace una travesura, le coronan por atrevido y muy valiente. Pues si les preguntáis, qué

renta tiene su amo, por lo menos es más lo que le acrecientan, que aquello que verdaderamente goza. Si acaso hace alguna fiesta y gastó cuatro, suena en su boca cuatro mil. ¡Válame Dios, señora lisonja!

Dejadme volver el rostro, veamos quién son aquéllos, que con tanta priesa vienen desalentados y os suplican que les esperéis, porque son muy vuestros servidores y les pesaría de que los echasen menos en el acompañamiento. ¡Oh, ya, ya!: estos son los detestables linajudos, que en lisonja de su vanidad abren dos puertas á la mentira; la una en aumento suyo, y la otra en daño del prójimo; pues por levantarse y esclarecerse más, afean la sangre agena. Estos andan con escrituras antiguas, que han sido manjar de ratones, paseando sepulcros y barriendo epitafios. Por allí procuran descubrir las manchas del otro que duerme y tiene envainada la espada, como quien no trata de cortarles, ni ofenderles. ¡Oh, qué insufribles; oh, qué pesados son pues con un pequeño color que tal vez hallan y muchas veces inventan, lastiman toda una casa y derriban al infierno torres que tuvieron conversación con las estrellas! Pues si se descosen, dejándolos Dios de su mano, para tormento del que los oye, á tratar de su linaje, parece baraja de naipes, según se hallan en él los reyes con facilidad: sus pasados todos casaron con Infantes, que es de lo que se hace cabo; porque hijas de grandes señores no se tratan, ni las permiten salir en público. El Duque es su sobrino, el Conde su primo, el Marqués deudo por dos partes y el Almirante por doscientas. Otras

veces se hacen Consejo de Órdenes y en dos palmos de un aposento, le proveen á D. Fulano informantes, y sin salir de allí, en menos de un cuarto de hora le quitan ó le dan el hábito; y lo más cierto es, que las más veces se le quitan y pocas con justicia, y estuviérales más á cuento, ponerse dos armellas en la boca y un candado de golpe. ¡Qué mal caminan éstos para el cielo! Ellos se excusan por el mejor modo que pueden de hacer esta jornada.

Por aquí me llaman; ya vuelvo. ¿Qué tropa es ésta? Historiadores y pintores; conténtame la gente; bien pueden ir en la procesión. Los unos sirven á la lisonja de los rostros, y han hecho á muchos mal casados; porque viendo el otro necio que se casó por poderes y en fe del parecer del padre Fr. Lorenzo de su pueblo, muñidor de casamientos y el retrato de la señora D.ª Fulana, más hermosa de que ella es, todo lo que no consiente comparación, se contenta y da el sí para las bodas, que después, al tiempo de la ejecución confirma, por no poder más y estar ya empeñado en muchas obligaciones, pasando toda la carrera de su vida desesperado. El historiador hace lisonja á la fama y autoridad de un linaje; engrandece una espada que nunca supo qué cosa era salir á la calle y cobrar enemigos; antes vivió siempre bien quista, sin tratar de afeitarse con sangre africana.

Demos fin al discurso, y aunque dejemos á muchos que les toca de derecho este título, lleguemos á los amantes y poetas. Estos son los capitanes y supremas cabezas; pues de una mujer hacen una estrella, un sol, un cielo y toda la esfera:

y como lo dicen consonantes y en oración medida, resbálase con más facilidad la lisonja por los oídos: es como dar á beber agua en búcaros finos de Portugal. ¡Oh, santísima verdad! ¿por qué te desprecian tanto? Si vamos á tu padre, de Dios eres hija; por este lado reverencia suma te deben los hombres. Veamos tu trato ¿cual es tu estilo? Desengañar á los hombres de los ciegos errores y opiniones falsas que los arrojan á la perdición. Según esto, la culpa es dellos; pues no se dormirá la pena, que aunque á veces parece que viene el castigo de los malos con pies de plomo, alas tiene, y cuando le juzgamos seguro, está sobre los hombros del culpado, atormentándole.»

Aquí llegó y dijo: «Parece que habla en mí la cólera: bueno está; no usurpemos su oficio á los predicadores, que ellos lo saben decir más bien, y dellos, como es razón, se recibe con más gusto. Veamos qué os parece de estos versos, aunque sueltos en la consonancia, atados en el discurso con las mejores razones, que yo he podido. Censuradme esta novela, y alabadme por lo menos el asunto.» Y apenas empezó á leer, cuando yo á escucharle con apacible atención.





LAS NARICES DEL BUSCAVIDAS

NOVELA IV

Andaos á ser fiscal de agenas vidas;
Desenterrad las faltas del vecino;
Chupad la sangre del honor del deudo;
No perdonéis la virgen, que se casa
Con la tasada luz de su casilla,
Sin buscar más consuelo en sus paredes,
Que la conversación de sus labores,
Y luego reparad con las narices,
Veamos como os va con la ganancia,
Y si es el interés muy de importancia.

—

Recorra de los pies á la cabeza,
Su propia vida un hombre, sino es loco,
Y búsquese á sí mismo los defectos,
Y hallará el más modesto y bien regido,
Y el que es en las virtudes más valiente
Dentro de sus umbrales tanta tierra,
Que siendo de sí mismo saca-manchas,
No podrá censurar las de su prójimo:
Que el hombre más perfecto fué cortado
De la madera del primer pecado.

Mírase Juan los pies, desvanecido,
De verse bien formado en esta parte,
Y búrlase de Pedro, á quien le puso
Naturaleza en ellos mucho agravio:
Pedro, que desde el medio cuerpo arriba
Con el sol salir puede en desafío,
Por ver á Juan la espalda muy creciente
Se burla dél en pública almoneda,
Donde, por justo y celestial castigo,
Le vende y compra el que es mayor amigo.

—

Nuestra naturaleza depravada,
Introdujo en el mundo este lenguaje:
Todos para mirar los propios vicios
Noche eterna se asienta en nuestros ojos,
A la verdad enviamos á otro barrio,
Y si vuelve otra vez y nos porfía,
Es con tanto rigor y menosprecio,
Contra lo que se debe, desterrada,
Que á dar más memoriales no se atreve,
Aunque el engaño nuestros frutos lleve.

—

Vamos al cuentecillo, lector cándido,
Benigno, pio, prudente y todo aquello,
Que intitularte suelen necios prólogos,
Adonde pesarás con la experiencia,
Cuanta verdad encierra mi doctrina:
Acompáñame, amigo, en la jornada,
Que yo te ofrezco que ha de ser bien breve,
Y enseñárete algunos pasos malos,
Que si eres, mientras vives peregrino,
Bueno es llevar estrella en tu camino.

El Tercero Filipo, á quien el cielo
Vistió de más virtudes que á otros reyes,
Para que gobernase el más hermoso
Imperio que jamás se dió á mortales,
Al padre prudentísimo y católico
Había en el real cetro sucedido,
Y la llave que hace á los dos mundos
Para abrir y cerrar ya poseía,
Siendo común el gozo en todo el suelo,
Que le agradece el beneficio al cielo.

—

En este tiempo, pues, en que gozaba
De ociosa y libre paz toda la tierra,
Descansando las flechas y los dardos,
Todo por las virtudes religiosas
Del cristiano y católico Monarca,
A quien el cielo abriga y hace escudo,
Como á hijo obediente de la Iglesia,
Para que allá los más remotos bárbaros
Reverencien la sombra en la pintura
Que retratarle y imitar procura.

—

En la patria de Séneca, á quien baña
Guadalquivir soberbio y arrogante,
Ciudad en los ingenios felicísima,
Que con razón blasonan de sutiles;
La que un tiempo dió silla á tantos reyes,
Ilustre por sus célebres alcázares,
Fábrica de los moros agarenos,
Y hoy más insigne por el templo santo
'e su Iglesia Mayor, cuya hermosura
obarle al cielo su deidad procura.

Había un hombre de intención enferma,
En cuyo corazón halló su lecho
La peste de las honras y las famas;
Gran varón de acechar á sus amigos,
Y saber desde el día en que nacieron,
Sus pasos, sus designios y intenciones;
Y después con los filos de la lengua
Herirles el honor y lastimarles
En la parte del hombre más querida,
Puesta en lugar más alto que la vida.

—

Céspedes fué su nombre y llegó á tanto
La codicia del ánimo inquïeto
En inquirir lo oculto y retirado,
Que fué el pesquisidor más diligente
De las inclinaciones de los hombres,
Sin perdonar acción que no les note,
Ni dejarles caer palabra al suelo,
Que para su propósito no la alce;
Que hasta un volver de ojos meditaba,
Y sobre él discurría y estudiaba.

—

Llegó tanto á la cumbre desta ciencia,
Y emboscóse en la tierra tan adentro,
Este más cauteloso que la envidia,
Con arte tan sagaz y tan astuta,
Sin revelar al vulgo sus cautelas,
Que nadie dél se esconde cuidadoso,
Antes dél se hace noble confianza,
Y se le trata más humanamente
De lo que por su estilo merecía
Este bajo adalid y vil espía.

Pasa adelante su maldad y pasa
A lo más torpe que conoce el suelo,
Que es la murmuración de honras ilustres,
Y lo que con las noches averigua,
Con las luces del día más vecino
Hace plato á otra gente de su talle,
Que con grita, algazara y regodeo
Celebran sus ardides y traiciones,
Cuyo plebeyo aplauso le desuela
Y para su maldad sirve de espuela.

—

Y como si esta acción fuera gloriosa,
Y hazaña de virtud digna de aprecio,
Cobra gran vanidad cuando la acierta,
Y quiere se le pague en alabanza,
Usurpando la honra que se debe
A los que se registran en el libro
De la razón y viven por sus leyes,
Siendo tirano y poseedor injusto
Deste alto y generoso beneficio,
Que no le toca pues abraza el vicio.

—

¡Oh necio discurrir, oh ingenio esclavo
De la torpeza y bárbaros asumptos!
Pues ya rompes el velo vergonzoso,
Y pregonas el vicio á quien debías
Hacer sepulcro y coronar de olvido,
Pagado estás de la común ofensa,
Y de aquello que á todos empobrece,
Quieres enriquecer y adquirir palma:
Tu infamia buscas, labras tu deshonra,
Pues se funda tu honra en quitar honra.

Quiso tanto emplearse en la bajeza,
El Céspedes, de un vicio tan estraño,
Que lo eligió por trato y por oficio.
Ya en Córdoba le llaman *el Podenco*,
Que por el rastro del olor descubre
Las vidas y costumbres de los otros:
El ministro es de todas las venganzas,
Pues por su miedo Pedro á Juan lastima,
Descubriendo lo oculto y más secreto
De su vivir manchado y imperfeto.

—

Amaba entonces con verdad del alma
Muy como hombre de bien y caballero,
Uno de los más nobles cordobeses,
Que á los hijos de Céfiro veloces
Rigieron con el freno y con la espuela;
Caballero de partes peregrinas,
Al más bello sujeto y más ingrato.
Despreciador de quejas y suspiros,
Pues destos y otros ofrecidos bienes
Encarga la respuesta á sus desdenes.

—

No es á su calidad igual la dama,
Que á un mercader su nacimiento debe,
Mas fué el milagro tal de su belleza,
Que tiene muy cercano parentesco
Con las hebras del sol, cuando las mira
Al espejo del mar y las compone.
Y con esto, soberbia y arrogante,
Se juzga superior á otras criaturas,
Pisando los rendidos corazones
Y jugando con ansias y pasiones.

Vana soberbia engendra en las mujeres
La belleza exterior, que en pocos años
Caduca y muere en manos del desprecio;
Pues aquel mismo rostro y partes mismas
Que hoy fueron el deleite de los ojos,
A un volver de cabeza, á un paso breve,
Desdice de su ser y tanto rueda
De aquellos grados y quilates finos,
Que ya es sombra de muerte y cría espanto
La que encendió nuestros deseos tanto.

—

Adora don Felipe á doña Eugenia,
Tal es el nombre dél y della el nombre.
Porfía más, y en su mayor porfía
Halla más resistencia y repugnancia,
Cuando él cautivo más, ella más libre
Se le defiende y huye victoriosa.
Mas ¡ay! ¿qué libertad vive segura
De los golpes de amor, rapaz tirano,
Que enseñado á hacer polvo las ciudades
Sufre muy mal soberbias libertades?

—

Rindióse, al fin, ó ya á las partes nobles
Del galán caballero ó ya á la industria,
O ya á la obligación ó ya á la dicha,
Que aunque se tardó tanto, llegó á tiempo;
Ya gusta que su calle desempiedre,
Y desde su ventana con los ojos
Le sigue, sin quitarse de su lado:
No le parece tiempo mal perdido
El que emplea en sus letras y papeles,
Que ya acompaña de suspiros fieles.

La niña voluntad se va criando,
Y llegó á crecer tanto en pocos días,
Que vino á ser fortísimo gigante;
Cobra bríos el alma y ya se atreve
A ejecutar lo que antes sin recelo
Aun no lo imaginara muy de paso,
Pues hace por su amor tantas finezas,
Que le encierra en su casa algunas veces,
Por tres y cuatro días y quisiera
Que una eternidad durar pudiera.

—

Pero esto con industria cautelosa,
Tanta, que entrar jamás nadie le ha visto,
Ni salir; pero muchos lo sospechan,
Y aunque le ponen lazos y asechanzas,
Nunca en la red al pájaro han cogido,
Ni menos, que no es corto este milagro,
Antes bien digno de ocupar historias
De los criados dél y della fieles,
Se ha podido alcanzar este secreto,
Que revelar no quieren su conceto.

—

Muchos celosos penan, deseando
Abrir las puertas deste engaño ciego,
Y tocar la verdad entera y libre,
Porque si una vez la ven desnuda,
Y conocen que otro es antepuesto
Darán de mano á frenesí tan loco
Y plantarán su amor en otra parte
Donde esperen igual correspondencia;
Porque la voluntad que no es pagada
Se queda niña y no se ve medrada.

La menor diligencia no perdonan,
Y por cualquier camino buscan paso
Al desengaño que les huye el cuerpo.
Pero cansados ya de sus ardides,
Suspendieron de tantas diligencias
La vana pretensión y se reducen
A encomendar al ánimo mal quisto
De Céspedes la gloria desta empresa;
Por ser la fuente de la industria y traza,
Y el podenco mayor en cualquier caza.

—

Para ponerle ánimo le hieren
Con espuelas doradas los hijares,
Ofreciéndole montes de riqueza;
Y para que no dude, adelantado
Parte le dan de aquel inmenso premio:
Porque el amor de lo presente incita,
Aunque sea jugando honor y vida
A no dejar perder el bien futuro,
Conque sobre el error de su malicia
Le ciega mucho más tanta codicia.

—

Ya su imaginación afana y suda,
Y cargada del peso del cuidado,
De una empresa tan rara y tan difícil
Cierra al sueño las puertas y fabrica
Torres como Nembrot, de quien se teme
Un justo fin y mísera caída.
En nada hallan sosiego sus deseos,
Que ajenos de quietud y paz suave
rrastrados de ciegos barbarismos
orpemente tropiezan en sí mismos.

Considerad que estudio le desvela,
A este bárbaro vil que fiscaliza,
El honor y la fama virtuosa;
Ved que empresa le turba el blando sueño.
¡Oh, mala inclinación, que á los oídos
Del alma los consejos le propones
Que tan en daño son de su república!
Dichoso aquel que huyendo tu lenguaje,
De la razón venera la doctrina
Y por su senda á la virtud camina.

—

¿Qué no acometerá con vil porfía,
El que al cielo, á los hombres y así mismo,
Ha perdido el decoro y la vergüenza?
¿Quién le podrá turbar ni poner miedo,
Pues Céspedes se muda y se transforma,
Por ver ejecutada su malicia?
Sabréis el modo, no para imitarle,
Que no puede abrazarse este camino,
Sino para medir su atrevimiento
Con el sabio y maduro entendimiento.

—

El bozo que aun apenas le nacía,
Y el poco bello que la cara cubre,
Con la navaja quita sutilmente,
Dejando el rostro limpio, liso y llano,
Tan barrido de pelo en toda parte,
Que acomodando en él afeites viles
De aquellos que aun son poco permitidos
A la fragilidad de las mujeres,
Cualquiera de mujer le dará nombre
Y le degradará del ser de hombre

También el traje y ropas femeniles
Sobre sus torpes miembros acomoda,
Estudiando en su casa algunos días
Para facilitarse y disponerse
El modo de pisar con los chapines,
Y el aire del andar con gracia y brío
De las mujeres, tanto que pudiera
A los que al Prado de Madrid visitan
Persuadir que encerraba el negro manto
Belleza superior digna de espanto.

—

Estaba ya informado que servía
A doña Eugenia y que era su privanza,
Porque desde la edad pequeña, juntas
Se han criado las dos familiarmente,
Cierta hermosa y bizarra granadina,
Que á su patria en el rostro corresponde,
Sabe que ésta en Jaén tiene una deuda,
Y que aunque por las cartas se han tratado
Con tierna voluntad afablemente,
No se han podido ver personalmente.

—

El, que ya en su poder letra tenía
De la que allá en Jaén habita y vive,
Que nada se le huyó á su diligencia,
Una carta le escribe á Feliciana,
Que así la granadina se intitula
En que le dice: «Prima de mis ojos,
Ya no puedo sufrir, ni se me acusa,
Fl no gozar los tuyos que por raros
ilagros de belleza admira y canta
nor soberbio de riqueza tanta.

Prevenme el hospedaje; porque á verte
Mañana partiré; no pongas duda
En mi resolución, que es imposible,
Hacer en mi propósito mudanza»
Así le dice y firma, y de tal modo
Supo imitar la letra, que parece,
Que la escribió la mano de Leonora;
Con que llegando á las de Feliciana,
Se engaña y persuade y bien contenta
A su señora el caso representa.

—

Las dos esperan ya que llegue el día,
Y doña Eugenia á Feliciana ordena,
Que dentro en casa á su Leonora hospede,
Y la da comisión para que gaste
En su regalo generosa y franca,
Por cuenta suya, cuanto el cielo cria,
En el agua, en el aire y en la tierra;
Que hasta en esto pretende se descubra,
Cuanta es de Feliciana la privanza,
Pues que, por ella, aun á Leonora alcanza.

—

Apenas ocho veces vió la tierra,
La muerte y nacimiento generoso
De aquel planeta espíritu del día,
Cuando al tiempo que el Sol su luz ausenta,
Aquel ingenio vil, autor de engaños,
En el alma y las puertas llama y hiere
De Feliciana, que con brazos tiernos,
En fe de ser Leonora le recibe,
Y con seguridad le trata y mira,
Sin recelar tan bárbara mentira.

Deste modo del pecho de la prima,
Que nada le retira ni recata,
Y viéndolo sus ojos ya dos veces,
En ocho días que duró el engaño
Del hospedaje infiel, supo que goza
El feliz don Felipe libremente
De las prendas que el Sol mira turbado,
Y que hasta el propio amor tratá medroso,
Por ser aun al deseo inaccesibles,
Y casi envidia su ánimo grosero
Verle de tales flores jardinero.

—

Pero al fin se despide con abrazos
De las dos y con lágrimas que vierten,
Porque se va, aunque mejor pudieran
Rendirlas, porque vino, con más copia:
Y apenas sacó el pie de los umbrales,
Cuando con diligencia se desnuda
De aquella piel y traje mentiroso
Esta serpiente astuta y cautelosa,
Cuyo pecho, de vil ponzoña lleno,
Revienta por verter todo el veneno.

—

Busca luego á los más interesados
En esta diligencia, á quien refiere
Su desengaño triste, aunque forzoso,
Ya aun antes de llegado aborrecido,
Recibe de sus manos, como Judas,
El precio de la venta, en que disfama
El recatado honor de doña Eugenia:
Las señas y palabras les refiere,
Y hasta en qué parte en casa está escondido
El amante entre tantos elegido.

Díceles el lugar por donde entra
Y aquellas horas en que viene y sale,
Con que todos le admiran y engrandecen
El ingenio tan digno de castigo.
Mas aunque agora sufre sus traiciones
La mano eterna del sagrado cielo,
Su día llegará, vendrá su hora,
En que para sus culpas y delitos
Se arme de venganza el poderoso
Brazo de Dios, que es justo, aunque piadoso.

—

Todos se desengañan y retiran,
Sólo don Juan, en quien los pocos años
No dan lugar á la razón amante,
Que es, entre los demás, el que más ciego
Vive de una pasión tan poderosa,
A la venganza su dolor consulta;
Y el medio que eligió fué darle parte
A la dama gentil de que ya es pública
Su liviandad y trae particulares
Señas de las que son más singulares.

—

Hallóse de repente convencida;
Y, entregada al dolor destierra al juicio,
Piensa que don Felipe codicioso,
Más de desvanecerse que de amarla,
Puso en manos de todos sus borrones;
Llámale infiel y mal nacido amante,
Y afeando su trato en sus entrañas,
Le borra dellas con violenta mano,
Y en vez de aquel amor escribe en ellas
Venganza y esta clama á las estrellas.

Como inocente se halla don Felipe,
Y se ve condenado eternamente
Al eclipse más triste y más sangriento,
A la noche más sorda y más escura,
Pues se le esconde aquella luz serena
Que fué deleite y suspensión del alma,
Con lágrimas celebra su desdicha
De las que el corazón vierte con sangre,
Al mismo tiempo que don Juan gozoso,
Se alegra con su industria vitorioso.

—

Cobra esperanzas, corazón y brío,
Don Juan, y persuádele el deseo,
Que será sucesor del desdichado
Don Felipe, que loco de sus penas,
Viendo que le condenan sin oílle,
Y que no abren camino á su desculpa,
Elige por remedio de sus males,
Ausentarse de Córdoba unos días,
Por ver si puede el ánimo doliente,
Encontrar con la paz estando ausente.

—

Con gracias y regalos corresponde,
Don Juan al inventor de tanto estrago,
Creyendo que por medio de su industria
Conquistará el imperio y monarquía,
Que pierde infelizmente Don Felipe.
Mas él, aun antes de salir de Córdoba,
Con claro ingenio, y con gentil espíritu
De las sagradas Musas inspirado,
í á su dueño dulcemente escribe,
uya memoria en sus entrañas vive.

«A la común tirana de las vidas
Escribo estas verdades en mi muerte,
Si son de una tirana merecidas.
Pues ya es dificultad hallarte, y verte,
Y el tiempo te escondió para gozarte,
Si con tanta deidad pudo esconderte,
No quiero con mis lágrimas llamarte
A la piedad, no quiero defenderme,
Sangre tienes en mí donde vengarte.
¡Ojalá que llegara yo á perderme,
De forma que perder no me quedara,
Que me quisiera ver sin poder verme!
Esta máquina insigne, ilustre y rara,
Que en mí á su semejanza labró el cielo,
Yo fuera el que primero la humillara.
Más quisiera ser parte de este suelo,
Que piso agora, en tierra convertido,
Que no llorar tan largo desconsuelo.
Después que soy tu amante aborrecido,
El disgusto en mis días se ha entregado,
Porque ninguno dellos he vivido.
Ya no quiero vivir tan engañado,
Que me cuentan por vida en la otra vida
Este modo de muerte disfrazado.
Venga la muerte clara y conocida,
Sino quieres, señora, que se crea,
Que aun la muerte me das desconocida.
Mi esperanza engañosa no pelea
Con mi noble razón, como solía:
Rindióse ya; ni busca ni desea.
Por tu ocasión está triste y baldía;
Que hasta hoy la esperanza de un amante
Jamás se ha visto holgar, sino es la mía.

¿Cómo pudo tu ánimo incostante
Hacer tan breve tan perfecta gloria,
Que aun te querrás quejar de que me espante?
Si sueles conversar con tu memoria,
Cuando á solas estás, señora mía,
¿Cómo no te renueva nuestra historia?
¿Cómo no te presenta el dulce día,
Cuando en tus tiernos brazos enlazado
El aire de la boca te cogía?
Bien lo saben las fuentes deste prado,
Que pues que son parleras, bien pudieran
Decierte lo que á entrambos ha pasado.
¿Posible es, que si amaste, no te alteran
Aquellos felicísimos lugares,
Que á no mudarte tú, siempre lo fueran?
Cuando tus bellos ojos, vueltos mares,
De jamás olvidarme prometían,
Haciendo juramentos singulares.
Yo pienso que las aguas se reían
De verme á mí, que crédito te daba,
Como ellas tu mudanza conocían.
El tiempo vengador que tanto acaba,
Romperá de tu rostro la pintura,
Que el cielo estima y la tierra alaba.
Fuéseme, sin querer, esta locura,
Que aun para hablar no tiene atrevimiento
El que vive en cobarde desventura.
Soltósome esta vez el pensamiento,
Que como loco, ciego y arrojado,
Locuras dice que se lleva el viento.
No le puedo tener, señora, atado,
Que es otra nueva pena intolerable,
Vivir con la pensión deste cuidado.

Si es que tu condición inexorable
Me ha condenado á rigurosa muerte,
Acabe ya tu corazón mudable.
El haber de morir no es mal tan fuerte,
Como cuando una muerte dilatada
Al tiempo que ejecuta se divierte.
En los agudos filos de la espada
Puede hacer el verdugo al que padece
Amistad, que debiera ser pagada.
Desdichado de aquel que aun no merece
Que, ya que ha de pasar la muerte dura,
Se la acabe de dar quien se la ofrece.
¿Dónde podrá mi alma estar segura,
Si aun en la muerte general sosiego,
La buscan el trabajo y desventura?
Feliz, dichoso aquél á quien el fuego,
Sin permitir reliquias ni pedazos
Le consumió, sin escuchar su ruego.
Y no al que antes los pies, después los brazos
Le quitan, por llevarle de la vida,
Y le vienen á dar la muerte en plazos.
El que se ausenta siente la partida,
Mas que el largo trabajo de le ausencia,
Toda está en la forzosa despedida.
Más aflige al enfermo la dolencia
Y el ver del triste médico la cara,
Cuando no le consuela su presencia.
Que el llegar de una vez la muerte avara,
Poniendo breve fin á sus tormentos,
Que entonces, ni se aflige, ni repara.
Más, si acaso has mudado pensamiento,
Y gustas de que viva y remediarme,
Tú lo puedes hacer, yo lo consiento.

Siempre con una ley tienes de hallarme,
Dispuesto á los provechos y los daños,
Que solo con tu fe pienso salvarme.
Ciego quiero vivir en tus engaños,
Aunque llegue la edad en que rendidos
Tiemblen mis pies del peso de los años.
Aunque si hemos de vernos divididos
Con triste ausencia, yo quiero entregarme;
La muerte se apodere en mis sentidos.
Mis manos no serán para matarme,
De mi propia razón pienso valerme,
Que aunque es piadosa, gusta de acabarme.
Si tengo de morir, el ofrecerme
Hará á mi corazón acreditado,
¿De qué me ha de servir el esconderme?
¡Oh vida, siempre vida, oh firme estado!
Llamarse ya del que viviere exento,
Ocioso el corazón y descuidado.
Como que es fuerza dar á extraño viento
Suspiros por tu ausencia y sustentarme
De engaños, que me venda el pensamiento.
¿Si podré yo vivir, si podré hallarme,
Siendo una sinrazón de la fortuna,
Que voy para afrentarla y acabarme?
Al día no veré, ni á la importuna
Noche, por no alcanzar á ver en ella
Luces del sol prestadas á la luna.
Pues no te he de ver más, no pienso verla;
Y no es mucho que pierda esta esperanza
Quien sabe los delitos de su estrella.
¡Oh, cuánto miedo tengo á esta mudanza!
Díceme el corazón, ¡qué bien que dice!
Que ya no viva más quien nada alcanza.

Para morir mis diligencias hice,
A la muerte llamé, rogué á la muerte,
Y nunca á mis deseos satisfice.
Si á todos los iguala de una suerte,
Y no hay montaña tan segura y firme,
Que se resista de su brazo fuerte.
Yo quiero consolarme y no afligirme;
Eterno no he de ser, llegará el día,
Que por mi antigüedad vendré á morirme.
Estas son las palabras, que decía
A las puertas de Isdanza su señora
Al despedirse de la tierra el día,
Albanio, aquel pastor, aquel que adora
El claro sol de su precioso oriente:
¡Qué bien que hace en llorar, con causa llora,
Si se ha de ver de su belleza ausente!

—

No pudieron vencer el ofendido
Pecho de doña Eugenia las razones,
Tan bien lloradas y tan mal perdidas;
Antes parece, que con nuevo fuego
Encendieron su espíritu en venganza,
Negándose á los ojos de su amante
Con más cuidado y viva diligencia,
Para que deste modo provocase
Con triste voz y con lamento fuerte
La espada perezosa de la muerte.

—

Llegó la voluntad, vino la hora,
En que el cielo dispuso, que tuviese
Céspedes el castigo de su culpa;
Porque más irritado don Felipe,

Puso trazas y medios peregrinos,
Y tuvo luz en todo de un criado,
A quien don Juan había despedido,
Despreciando servicios generosos,
Y él irritado del agravio, canta
El torpe engaño, que aún contado espanta.

—

Mas le dice, que Céspedes blasona,
Que no habrá en todo el suelo tan oculta
Cosa que no descubra y desentierre
Solo por el olor, como podenco:
Y desto hace gracia, juego y fiesta,
Entre los que le escuchan y le admiran;
Como si fuera oráculo divino,
Y dice más, que no castiga el cielo
A quien es rayo del honor del suelo.

—

Una cadena de oro, don Felipe,
Le vuelve por respuesta agradecido,
Y apenas se cerró la noche, cuando
En compañía de otros dos amigos,
Busca al infame Céspedes y apenas
Un esclavo en sus brazos le apercibe,
Cuando de un golpe sus narices corta,
Diciendo: «Si con ellas lo pecastes,
En ellas llevaréis, villano, escrito
El castigo del bárbaro delito.»

—

Amanece el aurora, y porque tenga
Satisfación de tanto honor perdido,
La dama hermosa del amor tesoro,
En fe de ser hidalga y limpia en sangre,

Aunque de un mercader humilde hija,
Celebra su himeneo felicísimo
Con ella don Felipe y restituye
La posesión al alma de su cielo,
Que estuvo de un traidor tiranizado,
De quien se lloró ausente y desterrado.

—

Así con paz se gozan los amantes,
Y don Juan de una vez se desengaña,
Pidiéndole perdón á don Felipe,
Que consigue y tras él un tierno abrazo,
Jurando entre los dos amor estrecho:
Céspedes afrentado y perseguido,
A Valladolid parte á consolarse
Con don Pedro Miago en su desdicha,
Pues en el mal de que se ve afrentado
No hallará compañero más honrado.

BOCA DE TODAS VERDADES, *juzgando una causa, que se le propone, se lastima de los amantes y más de los ausentes.*

Préciome, señora, tanto de servidor de v. md., que, cuando se cansare, le suplico deje el libro; pues no quiero que sea uno de los mártires de la cortesía, que van contra su opinión, por no desconsolar al vecino, que los fatiga con largos discursos.

Aquel día le perdí en la cama, y el siguiente no salí de casa hasta la noche, que, pasándome

por su posada, nos fuimos á un apacible sitio que aquí dicen la Alameda, donde entre algunos árboles deste género discurre un arroyuelo apacible.

Hallamos allí tres amigos, y después de haberles saludado y elegido sitio en su compañía, nos suspendimos todos á las voces de tres músicos que iban cantando este romance:

Después que muero, Belisa,
Tan lejos de donde estás,
Te despacho estos suspiros,
Que te vayan á buscar.
¡Ay, ay, ay, ay!

—

Al campo salgo á quejarme,
Porque consuelo me da,
Ver de un «ay» que triste arrojo
Al eco multiplicar.
¡Ay, etc.

—

Perdí de tus ojos verdes
La hermosa luz oriental,
Que venciendo al sol, le obliga
A decir con el pesar,
¡Ay, etc.

—

¡Ay de mí, que ya no miro
El rojo y blanco rosal
De tus labios, donde juntas
La sangre y la leche están!
¡Ay, etc.

—

¡Ay de mis ojos, que vieron
En tus manos de cristal

El fuego, cuya memoria
Cada día abrasa más!
¡Ay, etc.

—

Cuando la boca no puede
Cansada ya suspirar
Dice el corazón por ella,
Que mi queja es inmortal.
¡Ay, etc.

—

De mi firmeza no dudes,
Porque te pienso adorar,
Hasta que diga espirando
Aquel último y mortal,
¡Ay, etc.

—

Que de tus honestos gustos
(Belisa digo verdad)
Allá en los campos Elíseos,
Así me pienso acordar.
¡Ay, etc.

—

Y en premio de tanta fe,
No quiere tu Albanio más
De que sola una vez digas,
Pesándote de su mal,
¡Ay, etc.

—

Porque con este regalo,
Tan ufano quedará,
Que ya no tendrá ocasión
De decir con propiedad,
¡Ay, etc.

Pero mientras tiene nuevas
De que este favor le das,
O será fuerza que calle,
O que diga, si ha de hablar,
¡Ay, etc.

—

Con esto cierro la carta,
Y un ¡ay! la firma será;
Que tan desdichado amante
Solo se puede firmar,
¡Ay, etc.

Preguntó el autor, y sabiendo que era yo el dueño, dijo:—Bien habéis llorado la ausencia de Belisa y con nada podistes significar más vuestro dolor, que con esta voz «¡ay!» tan recibida agora en todo lo que se canta. Pero porque á cierto deseoso de censurar, le ha estrañado los oídos, quiero que se entienda la antigüedad y nobleza que tiene. Las piedras de Troya y Carthago, ciudades antiguas y cabezas de anchísimos imperios, humilladas por el suelo y desterradas de la vecindad de las estrellas, en el modo que pueden se quejan, y dicen: ¡Ay, que se borró nuestra gloria! ¡Ay, que espiró la llama de tanta felicidad! Los campos, que en el verano, lozanos, rompiendo galas y variando de colores, tratan solamente de holgarse, allí rien con las fuentes, acullá escuchan la música de las aves, aquí reciben las visitas de los Príncipes, que vienen á ellos á olvidar pesares y ...udir enojos, cuando los despoja el invierno, ...ıdo su desnudez y soledad, parece que dicen: ..., que fuimos y no somos! ¡Ay, que lo feliz es

lo pasado! ¡Ay, que lo presente es lo trabajoso! Pero démosle mayor antigüedad, pongámosle asiento donde nadie se le atreva, junto al Sol tendrá silla: ¿quién es? ¿Quién? El Real Profeta, ¿qué pensáis que cuando dijo: «Contra ti solo, Señor, pequé,» que no lo acompañó de uno y otro doloroso ay? Aquel, que gobernado del Espíritu Divino, amenazaba á Jerusalén. ¡Ay de ti, Jerusalén! Cuando venimos á peregrinar por este mundo y salimos del materno seno, la primera voz que arrojamos es llorando, ¡ay, ay! Como quien dice: ¡ay, que venimos al valle de lágrimas! ¡Ay, que entramos en el mar soberbio, turbado siempre con tempestades! Y la última con que nos despedimos al tiempo arrancar el alma, ella misma, significando en ella este efecto, ¡ay, que se nos acaba la vida! ¡ay, que no sabemos el despacho que tenemos donde vamos! porque allá no valen favores, ni negocia la inquieta solicitud. Y últimamente, señores, para que se conozca la miseria de nuestra naturaleza, toda nuestra vida, desde que damos el primer paso hasta el último en la jornada de este mundo, es un ¡ay! continuado: con ¡ay! nacimos (como arriba queda dicho); cantando esta propia letra nos criamos: entra luego la edad, que amonesta juicio y con ella un batallón de ciudadanos pretende aquel, y dice: ¡Ay, si yo consiguiera la dignidad que deseo, no hubiera hombre en la tierra que pudiera competir mi felicidad! Dánsela, después de muchos pasos y largo trabajo; ¿acábase el ay? ¿halló fin el quejarse? No amigo; porque la ambición tiene muy grande estómago; y mientras es mayor el bocado más l

digiere y suspira luego: ¡Ay, si me acrecentasen! ¡Ay, si pasase yo adelante! sin que jamás este perpetuo ¡ay! descanse, hasta que llega el postrero, que da fin á la vida, y pone paz en la batalla de tantos deseos; y aun del ejemplo de muchas personas á quien Dios regala con trabajos, podemos hacer campo más dilatado para extender nuestro pensamiento, porque son ya infinitos los que tienen, no solamente un ¡ay! continuado, desde que nacen hasta que mueren, sino innumerables. Al triste, que se ve cercado de mujer pobre, madre enferma, hermanas inquietas y hijuelos por criar; por cualquiera de estos sujetos le atormenta un ¡ay! particular, y el de cada uno de los hijos dura tanto como su vida.

Decidme, señores: ¿Cuál de los que estáis aquí, y que me oye, está sin su ay? Opinión defiendo, que vuestro propio particular y trabajo doméstico que se encierra con vosotros, debajo de vuestra llave, os hará confesar que digo verdad; y más, que pensará cualquiera de los cuatro, que el suyo es el más calificado y que vocea delante de Dios con mucho derecho.

Aun no hubo bien pronunciado estas palabras, cuando todos cuatro le rompimos el discurso, y cada uno dió á entender, confirmando lo que él había propuesto, que vivía con disgusto particular, y que su queja era la más acomodada con la razón, engendrándose della el más verdadero, ¡ay! Porfiámoslo tanto, levantó el fuego de la disputa tan alta llama, que porque no hiciese humo, y abase la conversación en mal, como vida de pedores contumaces, nos sujetamos á su parecer,

y le elegimos juez, y consintiendo él, empezó el primero á proponer así.

Habrá un año que me llevó la voluntad en Zaragoza una mujer hermosa, de entendimiento, prática en el trage, y agradable á los ojos, porque ya que en su rostro ninguna cosa se viese admirable, no se hallaba parte que pudiese juntamente reprenderse. Anduve en su casa muchos días, fuí tributario della y de sus criadas; prometióme mucho y al aire de «yo daré á su tiempo; fie de mí que lo deseo más que él», sacó de juicio á mi pobre bolsa, y le dió ocasión á que hiciese como necia mil disparates que agora llora, tanto cuanto ríe la socarrona que nos vendió el galgo. Hase entendido el caso por algunos de mis amigos y péganme fuego con el cuentecillo en todas las conversaciones; y como tengo la llaga fresca, en tocando en ella, corre de mí tanta sangre, que hago con el sentimiento una gran pérdida de paciencia. He sabido que es mujer que se apasiona destas señorías italianas, que no pasan en España; y trato de que un criado mío, que parla muy bien el toscano, se ponga en trage decente, y en un coche, acompañado de los demás que entonces quiero que le sirvan, como á mi persona, representando la figura venerable de un Monseñor, le eche la zancadilla tan á tiempo, que caiga de suerte que, aunque después le den la mano sus amigos, desespere de poder volver á levantarse en toda su vida. Esta es mi queja, esta es mi ansia, y este mi ¡ay! Dió aquí ñudo á la obra, y empezó el otro.

Soldado soy, dijo, he servido á Su Magestad e ocasiones importantes, en las cuales confieso d

berle á mi estrella la felicidad de infinitos sucesos; he vuelto á España, donde estoy casado con mujer principal, honrada y rica, de quien gozo sucesión; pero el sol de tantos gustos, tiene una nubecilla que se le atreve, y no me deja vivir con la paz que deseo, y es, que para morir honrado, quisiera mucho que Su Magestad me hiciera capitán: de aquí nace mi ¡ay! y este es el fundamento verdadero de mi inquietud. Así acabó éste, y así empezó el otro.

En la casa de mi padre somos cinco hermanos, y cada uno ha buscado la vida por diferente carrera. Todos nos hemos arrojado al agua, pero no todos hemos nadado con tanta gallardía que nos hayamos atrevido á lo más hondo; y yo confieso que merezco el menor lugar, aunque nací el segundo, porque siguiendo ellos, unos las armas y otros las letras, soy un mercader, tengo un ¡ay! dolorosísimo, y es que ya que mis hermanos me han llevado ventaja en seguir caminos más calificados, quisiera enriquecer más que todos, por preferirles yo á ellos en hacienda, lo que ellos á mí en calidad; que yo sé que si esto sucede así, que alcanzamos tiempos en que está tan pisada la virtud y el hacienda tan reverenciada, que juntos me vendrán á besar la mano, reconociéndome por su señor y cabeza.

Tocóme á mí la vez, y con esperanza firme de llevarme la joya, di á mi discurso este nacimiento. Amante soy de alto sujeto; escuchad mi fatiga y ceded á la mayor pelea. En Madrid, patria mía, y omún hospedaje de extranjeros, vive una señora, 'oncella en estado, en sangre ilustre, en virtud



gigante y en belleza compañera del sol, porque si yo supiese con lenguaje digno y capaz de tan alta materia extenderme por las particulares galas de su hermosura, á todos los que me escucháis, os encendería en ardientes deseos de ir á visitar los umbrales de su dichoso albergue. Esta es de quien me habréis oído cantar tantas veces debajo del nombre de Belisa, cuyo ánimo quieto y seguro, despedido de la tierra, se ocupa tanto en la contemplación del cielo, que en el modo que puede le paga' las liberalidades que con ella ha usado. ¿Qué vicio se le atreve? ¿qué virtud no la acompaña? ¿en qué ejercicio honesto no recibe deleite? Su mayor amigo es el ayuno, su plática más continua la de los sacramentos, empezando desde la tierra á gozar de la eterna felicidad del cielo; porque la mayor gloria de allá es comunicarse con Dios, y ya le tiene acá, por el medio de la comunión y confesión tan frecuentadas. La condición llena de piedad y blando trato resplandece aun en las cosas pequeñas; liberal y generosa, jamás ha dado oídos á la codicia, ni escuchado los ruegos de la ambición, haciendo para su alma valiente muralla de todas las perfecciones. Decendamos á la belleza corporal; bajemos un punto el instrumento, y hablemos desto, que siendo en ella lo menos, en otra ninguna es tanto. Las subtiles hebras de sus cabellos, cuando derribados á la espalda cuelgan en hermoso escuadrón, parecen una bandera de brocado, debajo de cuya dichosa sombra pelean los espíritus gentiles que la reconocen y adoran. Su frente, manos y garganta, siendo cada una, en el modo que la toca, perfec-

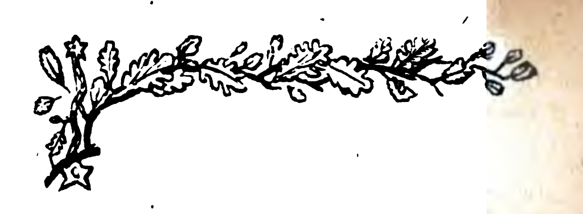
tamente formada, desprecian el parentesco de la nieve, como quien es de mejor linaje de blancura, donde haciendo ramos las azules venas, esfuerzan por su parte la competencia con el cielo, que se mira vencido, y no le pesa por ser tal el vencedor. Sus labios, dientes y mejillas son los floridos jardines y hermosos parques de la primavera, donde el casto jazmín y vergonzoso clavel hallan dechado para enmendar su hermosura. ¡Cielos, no permitáis que yo sea tan loco que me atreva con los borrones de mi cansada pluma á pintar la belleza de sus ojos verdes! Llévense esta gloria, pues es suya; confesemos que es tan estrecha dificultad su alabanza, que toca en imposible, y encomendémosla al silencio.

El talle del cuerpo, de alta y gentil disposición, descubre tanta amistad en la correspondencia de los miembros, que admira, de donde el discurso atrevido y no engañado infiere, tomándose larga licencia, que no será menor la belleza que los vestidos envidiosos tiranizan á los ojos, que la que liberalmente se descubre. No quiero trataros en particular lugar del ingenio, porque ya habréis entendido que quien siendo tan virtuosa, sabe elegir tan bien, no puede discurrir mal. Estas son sus partes; merecí yo, más feliz que otro, conocerlas, y amélas con el respeto honesto que se les debía, sin que jamás en mi imaginación se atreviese á ofenderla el apetito, viviendo entretenido en la dulce suspensión de tantos milagros. Pero como de todos mis gustos haya tenido siempre por fiscal mi desdicha, denunció de mi contento al tribunal de la envidia que, armada de todas sus fuer-

zas, me desterró al Ebro, donde, hallando en su soledad materia para mis lágrimas, le acreciento sus cristales. Estè es mi ¡ay! doloroso; siempre con éste he despertado piedad en las piedras, aunque no en mi fortuna, pues se niega á mis quejas con oídos sordos.

Hasta aquí dije yo; y antes que el juez pronunciase (tanto vale la verdad en los nobles ánimos), desistieron los tres de la competencia, cuando yo, alegre con la vitoria, serví con unos versos el último plato de la conversación; y después BOCA DE TODAS VERDADES, por cumplir con los ruegos de los presentes, sacó á juicio esta novela.





LA MEJOR CURA DEL MATASANOS

NOVELA V

Donde espejo de plata ofrece Henares
A las murallas de la antigua villa,
Que sustenta las basas y pilares
De las más graves letras de Castilla;
A quien el purgatrapos Manzanares,
Aunque es río de corte, se le humilla,
Porque con ser cortés y bien hablado
Da muestras que en Palacio se ha criado;

—

Aquí donde el que es nuevo sufre y pasa
Más que allá en el infierno un tabernero,
Pues le dan la comida tan escasa
Que nunca enteramente es racionero;
Media ración, con bien medida tasa,
Le ofrecen y al pagar de su dinero
Se la cuentan entera, y el humilde,
Escrúpulo no pone en una tilde;

—

Aquí, pues, donde el caldo es tan honrado
Que se muestra muy claro á sus amigos,
Y no viene en el traje disfrazado

De que saben usar los enemigos,
Y al mendrugo que suele, despreciado,
En otras casas padecer castigos
Arrastrando cocinas y vasares,
Le cantan himnos y le dan altares;

—

En esta parte que el mayor tesoro
Se pone en el honor de un docto grado
Y se desprecia más que infeliz oro,
Pues siempre vive preso, aunque adorado:
Y como en ancha plaza el bravo toro
Se ve de las garrochas hostigado,
Así el idiota vil, de ingenio necio,
Le arrojan lanzas que le da el desprecio,

—

Un mozuelo estudió, que no debiera,
Por los pecados de la humana gente,
Aquella ciencia que á la parca fiera
La da ministro y hace más potente:
Siguió las opiniones y quimera
De Hipócrates, con ánimo inclemente,
Y para nuestro mal, de engaños lleno,
En vez de la doctrina halló veneno.

—

Entróse de Galeno en la armería,
Enemigo común de los mortales,
Que, mejor que al señor de Nicosía,
Este nombre le deben nuestros males:
Allí aprendió la ciencia que se fía
De acechar la salud por orinales,
Y que por un latir de un pulso leve
Los pasos mide de la vida breve.

Eligióse por juez de los humanos,
Y haciendo sus verdugos los barberos,
Vierte y derrama sangre de cristianos
Más que un tiempo los moros carniceros.
No sacudió de sus sagradas manos
Rayo tan fuerte á los gigantes fieros
El vengativo Jove como éste,
Más cruel que la hambre y que la peste.

—

¿Qué cometa en el cielo prodigioso,
De los que arrastran cola y falda larga,
Cuyo rostro severo y espantoso
A la imaginación la vuelve amarga,
Para los hombres fué tan riguroso,
Cuando los pasos de la vida embarga
Y, usando de poder tirano y fuerte,
Despacha por la posta nuestra muerte?

—

Si otros hacen ciudades los desiertos,
Este hace desiertos las ciudades,
Tal es su espada y tantos son los muertos,
Y aún no castigó el cielo sus maldades.
Los sepulcros por él están abiertos,
Y siempre por sus feas crueldades,
Con un sordo clamor y quejas vanas,
Atormentan el aire las campanas.

—

Porque, si en esta ciencia peligrosa
Comete tantos daños el que sabe,
Por ser tan inconstante y mentirosa
Que en ella todo error y engaño cabe,

Aquel que con la mano temerosa
Quisiere abrir, sin acertar la llave,
Fuerza será que en vez de mejor suerte,
Le enseñe nuestras casas á la muerte.

—

El azote más duro y riguroso
Con que castiga Dios á un pueblo ingrato,
Cuando por sus desdichas generoso
A los hambrientos vicios hace plato,
Es enviarle un mal médico, alevoso,
Sangriento en condición, tirano en trato,
Que dos sangres le quita las más buenas,
La de la bolsa y la que está en las venas.

—

Yo más quiero los médicos peones,
Al contrario del vulgo, que se engaña,
En seguir los de á mula, unos barbones
Cuyo rostro es un bosque y selva extraña.
Viene la muerte dando trompicones
En médicos de á pie, con su guadaña;
Y lo que allí se esconde y disimula,
Camina mucho más en los de á mula.

—

¡Oh vulgo, tantas veces engañado,
Que no buscas verdad, sino apariencia,
Pues que juzgas por médico letrado
Al que camina en mula, aunque sin ciencia!
El que es por Salamanca graduado,
Aunque tenga más cursos de experiencia,
Su vida pasará sin quien le ampare,
Mientras en mula no se graduare.

Piensan que es el Doctor que más acierta
El que la mula trae más bien herrada,
Y abriendo á tanto error y engaño puerta,
Adoran por su vida al que es su espada:
Con éste, un pueblo entero se concierta,
Y tiene allí su muerte asalariada,
Y, al fin, como unos bárbaros salvajes,
A su mayor verdugo le dan gajes.

—

A manos del ladrón facineroso
Muere el mal prevenido caminante,
Ignorante en su daño peligroso,
Que la desdicha siempre es ignorante;
Y á manos del verdugo riguroso
Paga el ladrón delito semejante,
Porque así al cielo castigarle plugo
Entre los pies infames de un verdugo.

—

Y este verdugo al fin á morir viene
A las manos de un médico barbado,
Porque á su cargo el ser verdugo tiene
Del que este oficio vil ha ejercitado:
Y tanto en quitar vidas se entretiene,
Que á sí no se perdona el desdichado,
Pues, loco de su ciego barbarismo,
Viene á ser el verdugo de sí mismo.

—

¡Mal haya el hombre que en el hombre fía!
Es sentencia divina y bien se entiende,
Por aquel que en los médicos confía,
Pues nuestra vida sólo de Dios pende;

Traen en la barba su sabiduría,
Y así el barbado más en más se vende,
Por esto no será pan y es prudencia,
Por no verse pelones de su ciencia.

—

¿Cómo son estos físicos barbones
(¡Oh que razón tan bien considerada,
Pues que cierra la puerta á otras razones!),
Si la muerte á quien sirven es pelada?
¡Oh bárbaros barbados, que en traiciones
Siempre estudiáis!, si sois la ardiente espada
Y los ministros de la muerte fuerte,
¿Por qué negáis el traje de la muerte?

—

Volvamos, pues, con este grato viento
Sobre el primer discurso que nos llama,
Y no saquemos pies de nuestro intento
Hasta llegar al templo de la fama.
El y lo del primero pensamiento
Añúdese otra vez, que se derrama
En diversos discursos algo vanos,
Y la musa me pide á Matasanos.

—

Nuestro Doctor, llamado Juan de Luna,
Pasa su noviciado en una aldea,
Mientras su luna llena la fortuna
Y en más alto lugar su dicha emplea;
Hallóla á su propósito oportuna,
Apacible á la vista y que recrea,
Sitio que, aunque edificios no excelentes,
Murado de jardines y de fuentes.

Por allí caminaba licencioso
De su paternidad del padre Tajo,
El cristal arrogante y bullicioso
Que no sabe cantar en tono bajo;
Río de calidad y valeroso
Que, aunque nace pequeño y con trabajo,
Después, con el ayuda de vecinos,
Crece tanto, que llena los caminos.

—

Por las riberas de este claro río,
Engendrador de tantas amacenas,
Y del membrillo, que al temor judío
Hurtó el color y á las mortales penas,
Llevado de su loco desvarío,
Se sentaba á pescar en las arenas,
Porque aun dentro del agua nada viese
Que á su mano cruel no pereciese.

—

También (aunque no Adonis en belleza)
El monte con los perros fatigaba,
Y buscando al conejo en su aspereza,
Las matas con su sangre matizaba.
No le valió en su curso y ligereza
Las alas que á sus pies el miedo daba
A la liebre veloz, porque son alas
Que vuelan más de un arcabuz las balas.

—

¿Qué ave se elevó sobre los vientos
Tanto que, aunque en el fuego hiciese nido,
No la buscasen sus atrevimientos
En lugar tan remoto y escondido?

Allí en aquel sagrado, en los asientos
Que están cerca del Sol esclarecido,
Se presenta la muerte, allí la halla,
Para darle la última batalla.

—

Al fin ninguna cosa humana cría
La siempre liberal naturaleza
Que en sus manos no halle el postrer día,
Entregando su vida y su cabeza.
Hasta á los elementos pretendía
Quitar la vida por mayor fiereza,
Pues desta inclinación sangrienta, ciego,
Del agua hace cuchillo para el fuego.

—

Llámente justamente Diocleciano,
¡Oh Luna! y muda el nombre deste nombre;
Porque si él persiguió al pueblo cristiano
Fué tu persecución de más renombre.
A tu amigo, á tu deudo y á tu hermano,
Porque esta crueldad al mundo asombre,
Aún no los perdonaste, que éstos fueron
Los que fiando más antes murieron.

—

Gracias te doy memoria, estoy pagado
Con el cuento que agora me has traído;
Yo te perdono todo el mal pasado
Por el bien que me deja enriquecido.
Oid, amado pueblo, y con cuidado,
A mi voz entregad alma y oído,
Veréis deste Nerón un torpe intento,
Ninguno se divierta, y va de cuento.

Un hombre rico en el lugar vivía
Adonde Matasanos habitaba,
Persona de opinión y fantasía
Que sólo su capricho le agradaba.
De todo se enfadaba y ofendía;
Desde allí mar y tierra gobernaba;
Pensaba que era él sólo, aunque engañado,
El Consejo de Guerra y el de Estado.

—

De las conversaciones se retira
De los demás del pueblo, á quien él llama
Los hijos del engaño y la mentira,
Gente que no ha nacido á dejar fama;
Porque vive entre bárbaros suspira;
Que con este mal nombre los infama,
Canalla vil y sólo ejercitada,
En el arado rústico y azada.

—

Este, con Matasanos, muy estrecho
Se hallaba en amistad, y dél decía
Serle su claro ingenio de provecho,
Y con él conversaba y discurría.
Todas las puertas le rompió del pecho,
Y el alma le entregó con que vivía,
Por ser hombre de letras, ingenioso,
Para cualquier discurso provechoso.

—

En todas ocasiones le asistía,
Y con tal diligencia le buscaba,
Que ya el buen Matasanos se moría
Porque con sus discursos le mataba.

Y lo que más el alma le ofendía
Era el ver que jamás le regalaba,
Con ser tan rico, porque en él se encierra
La mano más escasa de la tierra.

—

—¡Oh avaro viejo!, dice; yo te juro,
Por lo que debo á médico ignorante
(Que no hay más que jurar), que aunque seguro
Estés agora y con salud triunfante,
Que en pena de ese pecho escaso y duro,
Más áspero y rebelde que un diamante,
Tengo de hacer á tu salud tal treta,
Que acabe de una vez tu vida inquieta.

—

Así lo dijo, y como no era amigo
De andar echando á mal los juramentos,
Quiso hacer verdadero este castigo
Para poner en paz sus pensamientos;
Primero consultó sólo consigo
Cómo podrá dar luz á sus intentos;
Buscó caminos y eligió los modos,
Porque está el todo en acertarlos todos.

—

Halló lo que buscaba, que al cuidado,
Si no se echa á dormir y persevera,
Lo que está más oculto y sepultado
Le enseña el paso y rompe la carrera;
Si la imaginación de un bien templado
Ingenio atrás no vuelve y firme espera,
Descubre mares, pueblos edifica
Y más altas que el Sol torres fabrica.

Tenía una costumbre este avariento,
Muy propia en los esclavos deste vicio,
Todos conformes en tan bajo intento,
Haciendo de sus vidas sacrificio:
Siempre en su casa se levantó hambriento
De los manteles; siempre el ejercicio
De la templanza amó toda su vida,
Como fuese á su costa la comida.

—

Mas la vez que, llamado del vecino,
La mano mete en el ajeno plato,
No barre así la tierra el torbellino;
Parece que le tocan á rebato:
Salúdase mil veces con el vino,
A quien, como á su amigo, dulce y grato,
Para mayor amor y más fineza,
Mete en el pecho y pone en la cabeza.

—

Por aquí, como diestro, hacer procura
Su herida nuestro Médico valiente,
Que así sus pensamientos asegura
Y lleva bien guiada su corriente.
Quedará castigada la locura
Del viejo miserable justamente,
En pena de un delito tan notable,
Que es hombre delincuente un miserable.

—

A cenar en su casa le convida,
Que, con ruegos, le pide favorezca,
Y él, sin que muchas veces se lo pida,
i en pláticas su ingenio desvanezca,

Da el sí con voluntad agradecida;
Porque también la muerte se agradezca.
Y un hombre miserable puede, es cierto,
Porque sólo descansa estando muerto.

—

Pero, con artificio malicioso,
Llegada la ocasión ya de la cena,
Fingiéndose ocupado y negocioso
En una cosa de cuidado y pena,
Para salir sin duda victorioso,
Y lograr el engaño que le ordena,
Se hace esperar y que la cena aguarde,
Por que cause más daño siendo tarde.

—

Tiende manteles blancos y que olían
Al perfume mejor, que es la limpieza,
Porque á todas las aguas excedían,
Con las pastillas de naturaleza.
Frutas luego con nieve se traían,
Que el otoño arrojó de su cabeza,
Tesoro de los médicos truhanes,
De curas y manchegos sacristanes.

—

Entrégase el ávaro, y su apetito,
Embarca en alto mar de los manjares,
Y como el que en la gula está precito,
A su vientre le quita sus pesares.
Si infinito comió, bebió infinito;
Los bocados y tragos van á pares;
A dos manos bebía, á dos comia,
Y que era sobre apuesta parecía.

Vase á su casa, y al reir la Aurora,
Envía á su Luna un mensajero,
Con quien, llegado, se lamenta y llora,
Y á voces dice:—Amigo, yo me muero;
No está lejos el tiempo; esta es la hora
En que mi vida el paso da postrero;
Vos, amigo, pensando regalarme,
Ocasión me pusistes de matarme.

—

Yo propio me maté desesperado;
Pues ¿fué más que arrojarme un lazo al cuello,
Un viejo como yo, de edad cansado,
Cargar el vientre sin mirar en ello?
Toda esta larga noche he peleado,
Mi vida he visto atada en un cabello,
De ansias y congojas perseguido;
Conversar con el sueño no he podido.

—

Pero mientras el cielo determina,
Por auto de revista, que yo muera,
Y la muerte me cierra la cortina
En la cama fatal dura y postrera,
Quiero de una amistad tan peregrina
Dar muestras en el fin que es verdadera,
Fiándome de vos, y oid del modo
Que mis cosas dispongo y acomodo.

—

Ya sabéis como tengo unos sobrinos
En el lugar, golosos de mi muerte,
Porque piensan, hallando estos caminos,
Lograr mi hacienda y mejorar su suerte;

Temiendo sus ardides peregrinos,
Que la codicia es enemigo fuerte,
Que no me entren en casa he procurado,
Porque ya me tuvieran sepultado.

—

Déstos me guardo yo más que pudiera
Del marcial elemento, y así os pido,
que mientras el mal mío persevera,
Vengáis á hacer en mis paredes nido;
Que si ellos me ven puesto en la carrera
Y que voy á la muerte conducido,
Mi mal ayudarán con nuevos males,
Y así es bien que no pasen mis umbrales.

—

Esta cama que veis, donde tendido
Estoy agora, es pobre en la apariencia,
Pero muy pocos reyes han dormido
Sobre otra de más oro y opulencia.
Llegad, por solo un Dios, cerca el oído;
Pero primero haced esta advertencia:
Ved si alguien nos escucha, porque importa,
Para no hacer nuestra ventura corta.

—

Sabed, pues, que se cargan los colchones
De mi lecho en un arca ancha, espaciosa,
Que dentro encierra veinte mil doblones
De cara, aunque opilada, muy hermosa.
Por éstos me han armado mil traiciones
Los de mi sangre aleve y cautelosa,
Y yo sobre ellos, aun estando enfermo,
Velando el alma, con el cuerpo duermo.

Nadie la cantidad enteramente
Sabe que tengo aquí; mas bien se sabe
Que soy hombre muy rico y mucha gente
Codicia deste arcón tener la llave.
Lo que quiero de vos, que diligente,
Con áspero semblante y rostro grave,
Sacudáis la visita, dando causa
De que mi mal con el parlar se cansa.

—

Que, ya muera, ó ya viva, agradecido,
Os daré en mi riqueza mucha parte
Por haber de los lobos defendido
Mi pobre piel, con vuestra industria y arte.
Así razona el viejo fementido,
Con la elocuencia de Mercurio y Marte,
Sólo á fin de engañarle con cautela,
Por hacerle del oro centinela.

—

Pero estotro, que al diablo no le diera
Ventaja en engañar, con falsa risa,
Conociendo la letra, considera
Que es despacho que quiere mucha prisa.
Respondióle, alevoso, otra quimera,
Que con su ingenio se concierta y frisa,
Ofreciéndole ser, por su tesoro,
Báculo á su salud y Argos del oro.

—

Con esto le aconseja duerma un poco,
Mientras él va á dar orden en su casa,
Prometiendo volver al viejo loco,
A quien lujuria codiciosa abrasa:

Dice, que el servirá de espanto y coco
A sus sobrinos y les pondrá tasa,
Haciendo que su mar (si así se venga)
A sus umbrales por orilla tenga.

—

Déjale así seguro, y parte luego
(¡Ved que fidelidad, oh cielo santo!)
¿Adónde están las armas de tu fuego,
Pues sufres tanto á quien te ofende tanto?
No tuvo que engañar Sinón, el Griego,
Que fué de Troya el prodigioso espanto,
Tal acción, tal lenguaje y tal rodeo,
Hermoso en la apariencia y después feo.

—

A los sobrinos busca, á quien revela
Del tío avaro el ánimo inclemente,
Que armado de su industria y su cautela,
Pobres los quiere hacer eternamente:
Fué de su corazón aguda espuela;
Tanto la nueva miserable siente
Cualquiera dellos que, en lugar de tiros,
Combatir quiere al cielo con suspiros.

—

Porque, como les ha representado
Del arca la preñez, y que no quiere
Su tío darles parte en el preñado,
El que lo siente menos, rabia y muere.
Entraron en consejo, y decretado
Por ellos fué que más no se le espere.
A muerte le condenan, y en las manos
Le ponen del verdugo Matasanos.

Él quiso, como Judas, que primero
El precio de la muerte se le diese,
Temiendo que, después, al fin postrero,
Burlado su trabajo dellos fuese,
No creyó su lenguaje lisongero,
Ni quiso que su voz Sirena fuese;
En cuatro mil escudos se concierta,
Y asegura la muerte por muy cierta.

—

Uno de los sobrinos, dos que había
La cantidad en dote recibido,
Que era recién casado y la tenía
Sin haberla tocado ni ofendido,
Al médico la entrega, de quien fía
Verse presto en la herencia introducido,
Haciendo que aquella arca, como amiga,
Sus mayores secretos cuente y diga.

—

Vuélvese á casa del enfermo luego,
Él busca muertes, y al anciano ordena,
Para quitarle aquel desasosiego,
Una bebida que aprobó por buena,
Él, que ama la salud, la toma ciego;
Y á vueltas de ella, su postrera pena,
Con ansia de la vida (¡oh trance fuerte!),
De un golpe se bebió toda la muerte.

—

Siente crecer su mal, y tal se siente,
Que al padre de su alma llama, y viendo
Que camina su luz al occidente,
Trata de ir de sus bienes disponiendo.

A sus sobrinos da liberalmente
En una hora (su pecho descubriendo)
Lo que adquirió después de muchos años
Con rodeos tan largos como extraños.

—

Así expiró aquel bárbaro mezquino
Que en el Argel de su miseria estaba;
Él le allanó el paso y el camino,
A la muerte que el cielo le alargaba.
Alegre Luna, en traje peregrino,
A Sevilla, ciudad que el mundo alaba,
Parte con su dinero, que desea
Delinquir ya en ciudad y no en aldea.

—

Allí compra una mula, á quien él viste
De gualdrapa en invierno y en verano,
Traje de viudas, cuyo luto triste
Declara que la muerte va en su mano.
Ninguno es tan valiente que resiste
Su mucho esfuerzo y su poder tirano;
Más mata él solo, sin exceptar gentes,
Que de Sevilla todos los valientes.

—

Todos le temen, todos con recelo
Le miran como á hombre desalmado
Que ya ha perdido la vergüenza al suelo
Y que está de los cielos olvidado.
El vive ya con pena y desconsuelo,
Porque se ve de todos despreciado,
Y que hasta los muchachos, por mal nombre,
Le llaman Matasanos, ¡gran renombre!

¡Qué de cantares, qué de seguidillas,
Sobre esto los rapaces discantaron!
Que tanto gusto dieron con decillas
Que los hombres más cuerdos las loaron.
Aún no bien se mostraban las cabrillas,
Que á la tierra la luz del Sol vedaron,
Cuando ellos se salían desta suerte
A cantar los responsos de su muerte.

—

Pero entre esta borrasca procelosa,
Adonde dió su vida por jugada,
Y ya le pareció imposible cosa
No acabar á los filos desta espada,
Poco á poco mostró la cara hermosa
La luz del sol, que estába desterrada,
Tuvo el viento silencio y la corriente
Dió mano de amistad liberalmente.

—

Aquí veréis, mortales, cómo viene
La dicha por un paso no pensado,
Que ella sus sendas y caminos tiene,
Y un particular modo destinado.
Aquel que á ser dichoso se previene,
Ese tal se condena á desdichado;
La suerte quien la busca no la halla,
Y, perdida una vez, no hay más buscalla.

—

Dentro, en Sevilla, un mercader vivía,
Ya del trato y comercio retirado;
De renta ocho mil y más tenía,
Escudos, Montaner, y muy honrado.

Que la nobleza mísera le había
A buscar la hacienda sujetado,
Hidalgo más que un águila, y que al cielo
se pudiera atrever también su vuelo.

—

Este engendró una hija tan hermosa,
Que fué el mayor verdugo de las flores,
Pues, de verla en beldad más poderosa,
Murieron con recelos y temores.
Cuando la Primavera generosa
Más galas rompe y viste más colores,
Delante dellas no parecen galas,
Aunque el jilguero extienda allí sus alas.

—

Ella sola se nombra el heredero
De sus copiosos bienes y riqueza,
A quien él, como padre verdadero,
Adora, idolatrando su belleza.
Es hermosa dos veces, que el dinero
De modo afeita nuestra vil corteza,
Que aun á la fea (¡oh, rara maravilla!)
Junto al rayo del Sol la pone silla.

—

Casarla el viejo anciano pretendía
Con un sobrino que en las Indias tiene,
Que en sangre le igualaba y le excedía
En la riqueza, y ya á las bodas viene.
Pero la hermosa dama aborrecía,
Aunque por la riqueza la conviene,
Las partes dél, al gusto no sabrosas,
Por ser con todo extremo defectuosas.

Su corazón se viste de tristeza,
Y á la melancolía dando mano,
Deja ultrajar con penas su belleza,
Que á lo divino se atrevió lo humano.
Tan pobre está de gusto y con riqueza
Tanta de llanto el rostro soberano,
Que cuando ella otro dote no tuviera,
Sólo su llanto rico dote fuera.

—

Por ser el padre en condición terrible,
Ella con él no quiere declararse
Por parecerle que es más que imposible
Tanta dificultad facilitarse.
Crece la enfermedad, y el apacible
Rostro que con el sol pudo igualarse,
Ya menos premios del amor merece
Que mengua la beldad, cuando el mal crece.

—

No habla, mas suspira tiernamente,
Lenguaje que los tristes hablar saben;
Consigo á solas sus desdichas siente,
Y siente más que su belleza alaben,
Porque en considerar que injustamente
La ha de gozar aquel en quien no caben
Méritos de gozarla, tantas llora,
Que no le deja perlas á la Aurora.

—

Solícito su padre, busca y llama
Cuantos en el lugar son celebrados
Por médicos de ilustre nombre y fama,
Y en esto pone todos sus cuidados;

Y aunque él vierte más oro, ella derrama
Más perlas, y los Físicos buscados
Con tanta diligencia se volvieron,
Y ser mal incurable concedieron.

—

Vecino está á la muerte el desdichado
Padre con la congoja; y, por curalla,
Por remedio eligió, desesperado,
Ya que otro no se sabe ni le halla,
Pues sólo Matasanos ha faltado
De salir en su nombre á esta batalla,
Que venga, quizá el más ignorante
Por yerro acertará con lo importante.

—

—Hija, dice: si Dios quiere curarte,
Para hacer su milagro conocido,
Con el más flaco medio ha de sanarte,
Porque no quede en duda, si él ha sido.
Dos milagros hará sólo con darte
La vida, que la muerte ha pretendido,
Pues siendo tú mis ojos, mi querida,
Los ojos me da á mí con darte vida.

—

Tiene aquí su piedad el campo abierto
Para mostrarse larga y generosa,
Pues sana á un ciego y resucita á un muerto,
Sólo con una acción maravillosa.
Así razona, y dando ya por cierto
(Sin que repare en otra alguna cosa)
Aquel discurso, envía diligente
Por la Luna menguante, ya creciente.

Vino luego el astuto, el que podía
En el juego de engaños dar partido
Al soberbio Luzbel, y aún ganaría,
Tanto estaba en cautelas instruído.
Sin bien tomalla el pulso, su porfía
Pone en miralla el rostro divertido,
Que en males de tristezas y de enojos
El verdadero pulso está en los ojos.

—

Por allí conocer su mal pretende,
Y armando varias pláticas procura
Sacarla el alma, y ella se defiende,
Porque dél no se tiene por segura,
Que si él la entiende bien, ella le entiende
Que la quiere entender, y su cordura
Hasta tratalle más, no corre el velo
Ni las nubes destierra de su cielo.

—

Vase con esto, y vuelve al otro día
En ocasión que el viejo no está en casa,
Que á solas confesarla pretendía
Y saber todo el cuento como pasa.
Dióla á entender que, por astrología,
Ciencia que no le dió con mano escasa
El cielo, ya su mal ha conocido,
De que está con extremo condolido.

—

Pídela se declare, y más la ofrece
e cualquier modo darla medicina
n el mal que sus años anochece,
istiéndolos de luz más cristalina;

Con esto la requiebra y enternece,
Y no la llama menos que divina,
Porque son las lisonjas una llave
Que á todas puertas hace, en todas cabe.

—

Envíala presentes regalados,
Más que no de interés, dulces al gusto,
Y en versos no Mendozas, sino Hurtados,
Le declara su pena y su disgusto;
Y de noche, en acentos regalados,
Pasando de lo honesto y de lo justo,
Hace que se los canten, que procura
comprar con gracia ajena su hermosura.

—

Demás desto, se adorna con más galas
Que un hermoso país lleno de flores,
Porque tal vez de amor suelen ser alas
Con que vuelan felices amadores.
Por todas partes pone al muro escalas,
Y siempre las industrias son mayores;
Crece en sagacidad y diligencia,
Que ésta es su facultad, estudio y ciencia.

—

Pero, en el entretanto, temeroso
De que el viejo no lea sus traiciones,
Haciendo que la cura cauteloso,
Finge ciertos jarabes é invenciones
Con que se muestra sabio y ingenioso,
Y asegura vencer las contenciones
Del espíritu triste de la dama,
Que ya es leña de amor y arde en su llama.

El padre piensa que ha de quedar sana
Su hija, y más enferma cada día,
Que la llaga de amor, peste inhumana,
Imperio en sus entrañas poseía,
La fortaleza de su pecho allana
Y enseña los secretos que encubría
A su amante sagaz, llevando el fruto,
Digno de un alma noble, un pecho astuto.

—

El la da medio luego fácilmente
Con que pueda excusar el casamiento,
Del rico y pobre, pues amor no siente
Partes en él de algún merecimiento.
Ella que se ve libre del pariente,
Cobrando más virtud y nuevo aliento,
Llena de mayor gozo, cada día
Engorda con el pan del alegría.

—

Vuélvese el viejo loco, y con sus manos,
Ricas de voluntad y agradecidas,
Diciendo:—No te llamen Matasanos,
Sino múdente el nombre en Vuelve-vidas.
Porque sus pasos no saliesen vanos,
Quedando sus industrias por perdidas,
Le dió mil piezas de metal luciente
Que engendra el gentil hombre del Oriente.

—

Por toda la ciudad fama corría
Que ésta la cura fué más acertada
Que el señor Matasanos hecho había,
Y él decía con alma bien dañada:

—Cuando quiera mi Dios que llegue el día
Que esta cura del todo esté acabada
Podréis decir por cosa bien segura
Que es imposible hacerse mejor cura.

—

Esto, todos, creed por cierta cosa;
Que el capitán de Físicos, Galeno,
Cura tan acertada y provechosa
No la hizo, aunque fué de ciencia lleno.
Ved qué bizarra va la dama hermosa,
Que ya de las tristezas rompió el freno;
Cómo se lozanea en su belleza
Y trae entre los pies á la cabeza.

—

Así lo dice, y todos admirando
La cura singular, saber querían
Los caminos, el cómo, el modo, el cuándo,
Y con preguntas mil le perseguían.
Mas él, con nuevas trazas engañando
A los que las cuestiones proponían,
De todos burla, y con cautela extraña,
Cuando habla más verdad más los engaña.

—

Erró naturaleza, pues su mano
Hizo médico un hombre que pudiera
Ser por tantas trapazas escribano
Más singular que el mundo conociera.
¿Qué ingenio cordobés ó toledano,
Aunque á más se aplicara y dispusiera,
Fabricara de extrañas invenciones
Tantos castillos, tantos torreones?

Viendo ya su hija sana, el viejo anciano
Hacer una jornada determina
A Cádiz, por cobrar de extraña mano
Una deuda: ya parte, ya camina.
Luna, que no pasaba el tiempo en vano,
Mirando á la ocasión que se le inclina
Para gozar del bien que le promete,
Asióla de las hebras del copete.

—

Sacó dispensación de su Perlado
Con que sin moniciones él pudiese,
Que así estaba por ellos concertado,
Porque nadie las bodas impidiese,
Ser con la dama bella desposado
Antes que el padre á la ciudad volviese,
Y esto con pasos sordos y discretos,
Bien solícitos sí, pero secretos.

—

Hecha esta diligencia, fué avisada
La dama hermosa, que huye diligente
De su casa, con sola una criada
Que sabe que la quiere tiernamente.
De una deuda se ve luego hospedada
De su esposo futuro, aunque presente,
Que para el desposorio le ofrecía
El tálamo y paredes que tenía.

—

¡Oh, cuánto los amantes se gozaron
Y el alma por los ojos rica hicieron.
La ventura del día celebraron,
La casa y la ocasión encarecieron;

Por la muerte del viejo á Dios rogaron,
Y las misas *de requiem* le dijeron;
Y, sobre todo, por extraño modo,
A su huéspeda dan gracias de todo.

—

Vino el Párroco luego acompañado
De los testigos que el Concilio ordena;
Con que fué el desposorio celebrado;
La casa, de común contento llena;
Rueda la colación y el regalado
Licor que los sentidos encadena;
A más de alguno el juicio le aprisiona
Y le despacha el título de mona.

—

Músicos, sus amigos, serafines
En la suave voz y dulce canto,
Como suelen cantar en los jardines
Las aves cuyo acento vale tanto,
La sala alegran luego danzarines,
En cuya agilidad se engendra espanto,
Miden con paso concertado el viento
Obedientes en todo al instrumento.

—

Sabe en Cádiz la nueva el padre anciano,
Y alterándole el alma pensamientos,
La plata blanca de su rostro cano
Arroja al suelo y crecen sus tormentos;
Mas viendo que fatiga el cielo en vano,
Y que ya se anegaron sus intentos,
Con tal resolución parte á Sevilla,
Que fué de todo el mundo maravilla.

Hace secreta información, buscando
Si en su yerno hay tesoro de nobleza;
Hállale bien nacido, deseando
Para entregarle toda su riqueza;
Dícenle que es hidalgo, y vanle dando
Noticia de su casa y su cabeza
Tanta, que al viejo alegre resucita,
Y á sus pesares el gobierno quita.

—

Dale gracias á Dios, porque pudiera
Haber su hija menos bien casado;
Que esto, como hombre sabio, considera,
Y que ya está del mundo escarmentado.
Tráela á su casa luego, y heredera
La hace de sus bienes; y á su amado
Yerno, que ya le quiere tiernamente,
Compra un oficio ilustre y preminente.

—

Con esto en paz segura y en bonanza,
Goza Luna mujer rica y honesta,
Y que de hermosa tanta parte alcanza,
que puede entre los signos estar puesta.
Hizo del mal al bien presto mundanza,
Y así todos conforman en que ésta,
Pues sus intentos no salieron vanos,
Fué la cura mejor de *Matasanos.*

BOCA DE TODAS VERDADES *celebra el arte admirable de la Música, y búrlase, así de las bajas costumbres de algunos de sus profesores, como del mal estilo con que proceden en el canto.*

Otro día, que fué víspera de Santa Ana, Patrona desta ciudad, y también de Madrid, fuí á la Iglesia Mayor á las Vísperas que se celebran con mucha solemnidad, con asistencia de todo el pueblo. Hallé asiento en parte donde gozaba un airecillo que me traía juntas dos utilidades: templanza contra calor, que era riguroso, y suavidad en las voces de los cantores.

Llegó el amigo, á quien, haciendo yo cortesía en el lugar, rogué que callase, que fué pedille negase su condición; y así, viendo que después que me viese cansado en juntar los materiales para el edificio habíamos de dar en tierra con la obra y salir en vano mi diligencia, mudé de lugar y trújele á mi casa, en compañía de un amigo que cantaba, suave en la voz y más en la condición, parte que pocas veces se halla en los buenos oficiales de la guitarra.

Celebróse mucho lo bien que había cantado, y más el modo de la cortesía, tan ajena de todo músico de primor.

—¡Oh arte, dijo, llena de tantos bienes; cárcel de la sorda melancolía y llave que abres puertas á los alegres discursos; poderosa sobre los afectos humanos, pues entre todos tienes lugar y bastante fuerza para darles ya muerte, ya vida! Contigo solemniza la paz todos sus contentos y la guerra

sangrienta despierta y enciende hasta los brutos irracionales, como se ve en los caballos de generosa casta. ¿Quién no se vale de ti para báculo de sus desdichas? El forzado en la cadena, el pescador en la playa, el pastorcillo en el monte, el oficial en su tienda, el caminante en la posada, la doncella de pocos años labrando y la vieja de muchas Navidades hilando, todos cantan á su modo y reciben beneficio en su fatiga. Pero tus mayores deudores son los amantes, pues hacen sus ansias suaves, porque escuchadas en tu boca causan general piedad: las esferas se mueven haciendo armonía y dulce consonancia. ¿Quién renuncia el título de músico? El aire entre las hojas, el agua entre las piedras, ¿qué hacen? ¿Qué nombre daremos á aquella regalada inquietud, suave música, porque otro cualquiera no le tocá y estará fuera de su lugar? Las aves rompen el silencio de la pasada noche cantando, y en sus voces le dan á la luz el parabién de que se le haya alzado el destierro. Créase de mí, que digo ésto con verdad tanta, que no tengo otra lengua para ella, sino el corazón que la pronuncia; que siendo la gracia del cantar, de la que estoy más desesperado de poder conseguir, es la que más envidio. Pero no la condición de infinitos en ella eminentes; y así, reservando el lugar á muchos, sobre cuya amistad tengo dados apretados ñudos, y confieso que están lejos de caer en las culpas que aquí referiré, pienso terciar la capa, y, poniendo la espada á la vergüenza, descalabrar á los que hallare más cerca; naide forme queja contra mí, á todos aviso, repárense y perdonen.

Empecemos primero por los compositores de tonos, aquellos que, por meter una fuga, no reparan en la bondad de la letra; jamás consideran el misterio de la sentencia, sino lo que ellos dicen buen aire. Unos hay que quieren que sean los versos corredores como caballos: así lo dió á entender un maestro de capilla que, habiéndome pedido, con muchos ruegos, que para la noche de Navidad le hiciese un villancico de traza, me puso éste por ejemplar, á quien había hecho un tono con particular estudio:

> Qué de brincos dan en el cielo
> Porque Dios nace en el suelo,
> Angeles van de tropel
> Corriendo tras San Miguel.
> Corred, Angeles, corred,
> Que Dios os hará merced.

—¡Oh, Señor!, me decía; ¡y si viese v. md. cómo corren allí las voces; qué bien se atropellan, y con cuanta gracia se brincan, se volvería loco!

—Ya lo debes de estar tú, desventurado; pues de semejante concepto te pagas, y en tan baja poesía gastas puntos. Señores: opiniones tiene el mundo recibidas muy como suyas; con los brazos abiertos admite cualquier engaño y disparate; pero ninguno lo es mayor que decir que el vino es mal compañero para la buena voz; porque yo he conocido á los más de la danza, muy amigos de ponerse barba á barba con un jarro y desentrañarle los más escondidos secretos de su pecho. Y así, pienso que estuvieran más corrientes en la amistad que tienen con los poetas, si los romances que les dan á cantar, como empiezan: Orillas ya de



Tajo, Ebro y poderoso Betis, y celebran tanto las aguas, á quien acrecientan con sus lágrimas, echaran por otro barrio y cantaran motetes al licor de Baco.

Es gente, por la mayor parte, muerta por banquete; suspiran por una cena dada con bulla y mal orden; diez días antes, y en precio de ella, irán á cantar á las montañas de Jaca al mismo Lusidoro el romance de su celebrada historia. Regaláréis á uno déstos todo el año, y quitaréis la gorra, á título del gusto, que esperáis, que podrá haceros algún día; y la noche que le habéis menester, habiendo estado todo lo demás del tiempo con buena disposición, parece que tiene un carro de bueyes en la garganta, y que se queja como quicio de puerta; y, en vez de llevarle á la otra ocasión de gracias, tendréis á la mañana un papel con la reprehensión de vuestra necedad, que así la llaman las señoras, que, por pedirlo todo, piden también música, que no por el gusto que della reciben, como si estuviera en vuestra mano la claridad de la garganta de don Amadís.

Y no es esto lo peor, aquel trabajo es solamente insufrible, y el que yo temo más que luchar con un toro. Cuando es fuerza que juntéis á cuatro, y Pedro se excusa con Francisco, Francisco con Luis, Luis con Antonio y Antonio con Domingo; y después de costaros el conformar las voluntades de todos regalos y diligencias, y que en esta confianza habéis avisado á doña Urraca, que os espera sobre el muro de Zamora, porque es cierta la encamisada, os hacen falta y dejan á malas noches, excusándose después, á la mañana, con deci-



ros que sirven, que los llevó su amo y que es fuerza acudir á la mayor obligación; y os prometo que no fué así, no lo creáis, que no hará el diablo más gasto de leña para vos por este pecado; hubo quien os sacó de la puja, y si vos dísteis cuatro, hallaron seis, y como se les entiende bien de cuenta, y de cuatro á seis van dos, y estamos en tiempos tan necesitados, por los seis arrimaron los cuatro.

Pasad adelante y dejemos esta dificultad llana; haced cuenta que los plantáis ya en el puesto donde se ha de combatir. Aquí empiezan dos tormentos: el uno esperar á que templen los instrumentos y el otro á que se conformen ellos; porque para aquél está baja la guitarra en el punto que dice el otro que le lleva arrastrando, y que no puede cantar bien, pues no lo hace con descanso.

Quiere Dios que se llegue la hora, y suelten á la plaza un tono; pues cuando mucha merced os hagan, antes de llegar al quinto cogerán la calle, porque como si fuera comprar rábanos, os regatearán un tono más ó menos, y sobre esto juntarán la justicia y alborotarán la vecindad.

Si acaso tenéis competidor que os embaraza la calle y estorba las ocasiones y acierta á reñir en aquélla con vos, os enseñan luego de contado, para que en ningún tiempo aleguéis ignorancia, que son más veloces de pies que de garganta, porque ellos vinieron á cantar y no á reñir. No fué su vocación la espada, sino la lira, tanto que huyen de Marte cuanto siguen á Orfeo. Pecan los pobrecillos en este vicio de la cobardía con mucho ex-



tremo, y, es de suerte, que al primer repique de broquel, dan con la guitarra por aquellos suelos, y corren entonces con invidia del ruiseñor, más de las alas que no de la voz, porque es tiempo en que tratan de alargar el paso y no de hacer finezas con la garganta.

De un músico se cuenta que fué tan poderoso el miedo que le acometió porque, estando él cantando, se empezó á su lado una cuestión, que se quedó pasmado en aquel estado que le cogió la boca abierta, porque iba á empezar la copla, y los dedos de la mano izquierda puestos en cruzado, por ser este el punto de donde nacía el punto, y por ser cosa tan admirable, le retrataron antes de enterrarle. No me admiro; ¡mal haya yo si los culpo! pues la escuela de la música funda lo más curioso de su doctrina en fugas: allí lo aprenden y con esta leche se crían; y así, pienso que es tan diverso el cantar del reñir, que un músico para pelear bien había de olvidar de todo punto el cantar, y desta opinión ha nacido el tenerse por cosa cierta que, si todos los que somos en el mundo, siguiéramos la condición y naturaleza de los músicos, fuera oficio de vagamundos el de los cirujanos, y Valencia pudiera cerrar las puertas á su insigne escuela.

Hay otra seta de cantores, que corre por diferente camino: éstos son unos hombres que ponen todos sus censos y juros en la alabanza, no consintiendo que se les dé á otro por igual compañero en la música. Suspéndense ellos propios á sí mismos, y cometiendo con los oídos la necedad que Narciso con los ojos, enamóranse de su voz, tanto

como el otro de su belleza; todo es vanidad y loca presunción, alcanzando la mayor y mejor parte deste engaño los señores portugueses, porque creen muchos dellos que ya en este mundo el tiempo que cantan, gozan de la gloria de los bienaventurados, ellos y los demás que los escuchan.

Tuve yo estrecha amistad con un portugués fidalgo que, con suave voz, acompañaba una guitarra; cantaba bien, en opinión de todos, y en la suya mejor que los ángeles. Salíamos juntos algunas noches por las calles de Madrid, donde entónces estaba Filipo II, con la mayor grandeza de cortesanos que jamás se vió la monarquía española, porque fué en los tiempos que don Pedro de Médicis vino á España, Príncipe liberalísimo y en ostentación y grandeza admirable.

Llegamos una vez á la calle de Atocha, adonde él puso la tienda y paró el real, porque le picaba allí el cuidado de cierta mozuela, inquieta de espíritu y traviesa en el apetito más de lo que podía esperarse de catorce años de edad. Luego como él empezó á requerir las cuerdas, paseándose con uno y otro punto, de la prima al bordón y de la segunda á la cuarta, llegó un perro grande, que si no era mastín tenía mucho derecho para pretender el título, y tendióse á su lado: volvió el portugués, y así como le vió, viniéndole al corazón estrecho el cuerpo, y saltando de placer, me dijo:

—*Vind'acá, castejao; ¿naon vedes, por noso senhor Deos, que me escuitan os caes, como faciam á Orfeo? Eu cantarei mellor que os Angeos.*

Con esto, sin esperar de mí respuesta, empezó, garganta arriba y garganta abajo, á trabajar la voz

y á mí que le oía, porque estaba insufrible. Antes que llegase á la tercera copla, vinieron descolgándose por la calle abajo dos piedras, naturalmente, guijarros destos redondos, que pasan una tapia si se tiran con buena intención. Yo no me agradaba de colación semejante, porque me parecía muy dura; pero él, confirmaba su opinión y decía:

—*Tamben as pedras, castejao, volam por escuitarme.*

Ello era sin duda como él lo relataba; porque una de las piedras, que no debía de entender de lejos porque quizás era sorda, se llegó tan cerca, que se le asentó sobre la cabeza, y como venía de priesa, no reparó en lo que hacía y dióle mayor golpe de lo que había menester: perdió el sentido con el dolor y cayó en tierra, al lado donde estaba el perro tendido, que como diese sobre él, se levantó dando un par de filos á los dientes y mordiéndole en el brazo, donde él tenía la guitarra, no siendo lo uno ni lo otro bastante para que la dejase de la mano. Echémele á cuestas, y como pude llevéle á la cama, donde con toda buena diligencia procuré que se le curase, trayéndole médico y cirujano. Sanó, y después, como le diésemos algunos amigos tanto cuanto de pesadumbre, representándole cuán caro le había salido el parecer á Orfeo, rabiaba de dolor y corrimiento, y fué de suerte, que dejó el lugar y aun el reino de Castilla, quedando con razón admirados todos los que sufrimos el caso, de que tanto buen cantar acabase en rabiar.

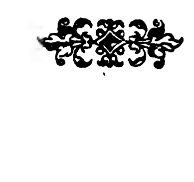
Desta condición son los más; descúidanse mucho del juicio, y paréceles que esta parte es muy

excusada en los hombres; es gente alegre, tienen la casa del corazón con muchas ventanas y puertas, y así no se les atreve la melancolía. Su mayor achaque es falta de seso; no se trata del beneficio, porque, al fin, al fin, este mal no es considerable, porque todo es aire. Su felicidad es la del pájaro; pues como él viven cantando y caminan por el viento.

Hasta aquí llegó; pero volviendo el rostro me dijo:

—Torced la llave á la conversación.

Y yo, entonces, á imitación de las suyas, había escrito la Novela que se sigue; se la leí, con deseo de ser corregido de tan gran maestro.





ANTES MORIR QUE DECIR VERDAD

NOVELA VI

Hombre de buenas letras y sutil discurso era Marcelo, y un tiempo en Ubeda, su patria, de todos querido y reverenciado, hasta que descubrió partes que le hicieron entre los suyos odioso y aborrecible, y le obligaron á mudar aires y trasladarse á Sevilla, donde empezó á gastar las flores de su ingenio con liberalidad tanta y gentileza, que, siendo admirable al pueblo, fué querido.

Empezó á pocos lances á descubrir la mayor de sus gracias y en que con eminencia se aventajaba á todos los de su tiempo, que era mentir á todas horas, y en cualquier materia, y esto con tanta osadía y buen corazón, acompañándolo de propiedad de acciones y palabras, tan sin salirse de los términos de la facultad ó negocio que trata que, con saber que mentía, los que le escuchaban creían muchas veces que se engañaban y que aquello debía de ser verdad. ¡Tan poderosa es la oratoria y tanto persuade un hombre que llega á ser feliz en la elegancia!

Cayó del respeto en que antes le tenían, si bien no dejaron de frecuentarle la casa infinitos secuaces, aunque á diferente título, volviendo lo que antes fué admiración en chacota y entretenimiento. Allí desplegaba él todas sus velas, y no había cosa de las esferas abajo en que no hubiese sido partícipe, en letras, en armas, en amores, en gobierno, así de paz como de guerra. Y siendo apenas de cuarenta años, afirmaba que estaba graduado en todas facultades, y en cualquiera dellas había llevado las cátedras importantes. Si le tocaban el punto de las armas, el primer hombre de Flandes decía él que le llamaba el mundo, y que allí su espada había competido con la del Conde de Fuentes. Su peregrinación fué mayor que la de Ulises; su dicha en amores no reconoció á la de Medoro; en lección de letras humanas se aventajó á Sánchez *el Brocense*, y en las divinas no se contentaba con igualar al doctísimo Arias Montano. Ea: ¿queréis vosotros, todos los que me escucháis, unánimes y conformes, sin haber ninguno que siga la contraria, que diga yo que este hombre era un loco? Por cierto, señores, que soy tan enemigo de contradecir y porfiar, y más con vuesas mercedes, que por la mayor parte son necios que me habré de rendir á su opinión y concederles que el pobre caballero tenía flaquezas en el juicio.

Caballero dije, pues á fe que no fué acaso, porque era esta una de sus principales joyas, y en llegando á tratar de reposteros y coroneles, era haberse desatado un león, según la risa que hacía en los más ilustres linajes del mundo, porque no se

contentaba él con andarse de las puertas adentro y tratar sólo de los de España, sino que se pasaba á Italia, Francia y Alemania, donde no perdonaba aun á los príncipes coronados.

En verdad que, por estas cosas y otras, que las cantaba él por el mismo tono, granjeó muchos aficionados á hacerle un presente de encina y desencuadernarle las costillas, y lo hicieron con tan buena gracia y mejor voluntad; pero como luego le disculpaban los achaques del juicio, atento á ser hombre impedido del entendimiento, alcanzaba absolución general de todos sus pecados.

Sin duda acabara la carrera de su vida el miserable con felicidad, sino fuera, demás de todo lo dicho, en materia de maravedís, tramposo y hombre de mala correspondencia en acudir con agradecimiento á pagar lo que se le prestaba. De aquí nació su daño, este fué el origen de su fatal ruina y perdición.

Sucedió, pues, que él tenía amistad estrecha y confirmada con muchos añosde conocimiento con otro personaje, por su camino y modo de proceder, no menos notable y mucho más perjudicial en la república. Este era un hombre monstruoso en memoria, tanto cuanto confuso en el entendimiento y discurso, y por esta razón atrevido y libre, pues siendo entre los hombres ignorantísimo y casi compañero con los brutos irracionales, se atrevía en la materia de historia, en que él se juzgaba único á hacer y imprimir apologías contra los hombres doctos, perdiéndoles el respeto y veneración que se les debe, de donde procedía estar mal quisto con lo mejor de la ciudad, y desearle



todos que la fortuna jugase con él de revés, como lo ejecutó.

Hubo de hacer una ausencia en el tiempo que Marcelo se recelaba que le querían prender por una deuda de cantidad de cuatrocientos escudos, el cual, para concluir lo que adelante veréis, le pidió con mucho encarecimiento que le dejase por alcaide de su casa, por quien le ofreció mirarla con la cuenta y cuidado que era razón, dando por color que tenía necesidad de revolver, para cierta materia que trataba, algunos libros de los muchos que en su librería se hallaban, que sin duda era una de las más copiosas de España.

Creyendo ser así aquel bárbaro, y juzgando que le estaba bien, hizo confianza y empezó su jornada con mucha prisa, por ser negocio, cuyo efecto y buen despacho, como á los más les sucede, consistía en la diligencia.

Empezó Marcelo á poseer los ajenos bienes y á extenderse en las paredes de su compadre, que estaban más adornadas y compuestas de lo que se pudiera esperar de un hombre que quería parecer filósofo, y, á este título, ser del común reverenciado y seguido. Verdad es que esto más digno es de alabanza que de reprehensión; pues cuando el ornato y aseo de la persona y casa se mide y ajusta de modo que le viene bien el nombre de honesta curiosidad y no pasa á tanto exceso que pueda llamarse desvanecida y profana ostentación, debe contarse esta parte agregada á las demás por virtud loable; pues no sé yo quién puede, si no es gente tan desalmada como los juristas, hacer de la suciedad y desaliño ciencia.

Paréceles á estos groseros que los que miramos creemos que el que trae más pelos en la barba sabe más textos; y no consideran que esta razón valdrá en el físico de los que fueren tan ignorantes como ellos. ¿Cómo, si la limpieza es la perfección que más le importa á un alma para salvarse y la que más se busca en un linaje para ser noble, pretenden éstos obscurecerla, desterrándola de sus personas y vestidos, sino intentan que presumamos (y así lo hacemos), que lo interior en poca ó pequeña parte de lo exterior no se diferencia?

Aquí estuvo muchos días escondido, sin que la justicia pudiese hallar luz de su persona, aunque la buscaba con solicitud, porque él tenía á todos los airosos de boca muy de su mano, granjeados con algunas monedas, y así ninguno daba el soplo al superior. No le valió todo este recato; que al desdichado, dentro de la torre y detrás de la muralla, una pequeña piedra le quita la vida; como, por el contrario, al venturoso, en medio de la descubierta campaña, las balas de la artillería no le ofenden y hasta los rayos del cielo le guardan respeto; porque la parte, como interesada tanto, hizo tales y tan vivas diligencias, que, al fin, consiguieron sus pasos el premio. Halláronle un día al tiempo que levantaban los manteles sus criados, ya después de haber comido; y sirviéronle el plato del postre los señores alguacil y escribano, con un mandamiento que le pusieron en las manos, en que mandaba el juez que pagase la cantidad de los dichos cuatrocientos escudos, y más las costas; y que, de no hacerlo, le sacasen bienes. Y dado



caso que éstos faltasen para cumplir toda la cantidad, ó parte, fuese puesto en la cárcel.

Bien pensaron aquellos hidalgos que el señor Marcelo se turbara y verle de más colores que una primavera; pero engañáronse: sabían poco de su buen despejo y ancho corazón; estaba él enseñado á no arrojarse en el mar bramando con tormentas y tempestades, y burlábase del arroyuelo porque presumía ahogarle con tan pequeña corriente. Amigos: caudal hay para todo. Volvióse, pues, á ellos y dijo:

—A la justicia se le debe siempre respeto, y más cuando los ministros y ejecutores son tan principales como Vs. mds. Yo al presente no me hallo con dineros para satisfacer esta partida, trabajo á que vivimos sujetos los hombres principales; pero aquí están estas dos piezas con las colgaduras y camas que Vs. mds. ven: entréguense en ellas, y si no bastaren para acomodar toda la deuda, aunque lo sentiré más que perder los ojos, que son luz de la cara y principales instrumentos del alma, suplirán el defeto algunos libros de los que fueren más vendibles y manuables, porque se salga más presto dellos y con menos pérdida.

¡Por mi fe, bien y con mucho donaire dicho! y, por lo menos, ello fué á gusto de aquellos señores, que mostrando pesarles y dolerse de su necesidad, pidiendo con mucha humildad perdón de la molestia que se le daba, hicieron su embargo y depósito de bienes, con apercibimiento de que, si dentro de tantos días no pagaba, se venderían en pública almoneda.

Con esto cogieron la puerta y refirieron á la parte la diligencia que quedaba hecha y cómo estaba más segura su deuda de lo que él pensó; porque le habían descubierto al dicho Marcelo bienes para pagar partida de más gruesa cantidad.

Pasáronse los plazos, corrieron todos los términos, y al fin, viendo que no daba la satisfacción que se le pedía, se vendieron los bienes embargados; de cuya cantidad, pagadas costas y principal, sobraron cuatrocientos reales, que por mandamiento del juez fueron entregados al dicho señor Marcelo, á tiempo que él acababa un negocio de mucha importancia en Sevilla y que tenía, para concluirle del todo, necesidad de llegarse á Madrid, para cuya jornada le vinieron los cuatrocientos tan á propósito como si fueran llovidos del cielo; á quien, vueltos los ojos, dió inmensas gracias, porque le había librado de su acreedor importuno y dado juntamente lo necesario para su viaje.

Concertó mulas otro día para él y un criado, que no era mal discípulo y sabía, tan bien como su amo, fabricar una novela y echar por puertas la honra y hacienda del más amigo; y dentro de dos días, trayéndose consigo las llaves de los aposentos de Montalvo, que así se llamaba aquel farsante y desbocado hablador, enderezó la proa á la Corte, adonde llegó con salud y gusto en poco tiempo; porque se dió prisa á picar, como quien se temía de que le viniesen á los alcances.

Apenas se cumplieron ocho días, después de haber él salido de Sevilla, cuando nuestro mudo Montalvo (si aquí se permite hablar con ironía) entró en ella y halló saqueada su casa del modo

que habéis entendido. Corrió la voz por el común, y como este rudo ingenio, por la descortesía de su condición y torpeza de su discurso, era mal visto del pueblo, fué tan acepta la burla de todos, y con tanto gusto celebrada, que no les faltó en las demostraciones de contento que hicieron más que poner luminarias y soltar el reloj. Quisiera cada uno tener á Marcelo presente para darle mil abrazos y acariciarle con infinitos regalos; porque, por su medio, se habían vengado de aquel vilísimo entendimiento con suavidad y blando estilo.

Todo esto le hizo á él perder más la paciencia, y le puso en términos de pasarse de necio á loco, que fuera ir de más extremo á extremo que de colérico á flemático y de torpísimo á muy ligero. Pero, moderando sus pasiones y templando la ira, trató de tomar consejo con un estrecho amigo suyo, que era cajero de un ginovés y decían que pudiera, por la destreza que tenía en el guarismo, ser contador de Su Majestad; persona no menos cansada que él, aunque por diferente camino. Este, usando de una gracia muy mecánica, fingiéndose en las conversaciones donde no le conocían ignorantísimo, y principalmente si emparejaba la plática con hombres de buen juicio, apretaba más esta dificultad, pareciéndole que conseguía una gran victoria en engañarlos; y la verdad es que, echado y corrido el velo, gozaba su discurso de cortísima capacidad, aunque si en algo tenía algo, era en ser un poco socarrón, y como tal le dijo que tratase de asegurar á Marcelo, que estaba en Madrid á cobrar una gruesa suma de dinero, de que había de volver con letras á Sevilla, para que deste modo cobrase lo

perdido, porque si le espantaba con amenazas, él era tan sutil en esto de trampas, que eternamente cobraría de su persona un real, pues cedería la cantidad en otros acreedores fingidos y simulados, y se pasaría á Italia donde después se la enviasen, como ya otras veces lo había hecho.

Agradóle mucho el voto del menguado contadorcillo, entre escribiente y agente, cajero y trapacero, y con la primera estafeta envió una carta á nuestro fiel Marcelo, en que le decía haberse holgado mucho de que su hacienda hubiese sido de provecho para desempeñarle, y le suplicaba le avisase si tenía necesidad de otra cosa, porque todo cuanto él poseía estaba para ofrecérselo á su servicio con mucho gusto y voluntad. Con esto, y con lo que algunas personas le dijeron, que habían venido de Sevilla, amigos del dicho Montalvo, no industriados en lo que habían de hacer, que no sólo le aseguraron de que no estaba enojado, sino muy dispuesto á recibirle con los brazos abiertos, se determinó, después de haber efectuado sus pretensiones, á dar la vuelta á Sevilla, aunque su criado Martinillo le aconsejó muchas veces que no lo hiciese, y sobre ello tuvieron muy reñidas porfías, tanto que el mozuelo, viéndole pertinaz en su resolución, la tomó de darle cantonada, y de modo que se acordase siempre de su fiel y leal servicio. Y así, acumulando un lío de los vestidos y ropa blanca de su patrón, anocheciendo y no amaneciendo, le dejó hecho un Adán á la puerta del Paraíso.

Iba el mozuelo contento de haber ganado los perdones y gustoso de que el señor Marcelo to-

mase la purga, que por su causa bebieron tantos; pero él, haciendo buen rostro y muchas piernas con el ánimo, recibió el golpe, y tomando de la ropería lo necesario, por no esperar á las largas y mal trazadas mentiras de un sastre (que dos de un oficio pocas veces se hacen buena correspondencia), enderezó sus pasos á la princesa de las ciudades de Europa.

Apenas afirmó en ella los pies, cuando las espías que Montalvo le tenía puestas acudieron á dar el aviso y él á visitarle por la bien venida; pero como en el discurso y lances que se ofrecieron en la plática reconociese en el agradecido Marcelo que no traía más voluntad de pagarle en toda su vida (aunque su tesoro excediese al de Venecia) que de arrojarse en el Betis con una piedra al cuello de veinte arrobas, encomendóse en la pluma de un escribano amigo, que tenía la mano algo pesadilla en esto de escribir querellas, y para lo criminal era el primer hombre del mundo; el cual se dió tan buena diligencia, que dentro de doce horas le tenía ya en la cárcel, donde, viéndose oprimido de la razón y que por ningún medio podía excusarse, bien contra su gusto, á fuerza de brazos y persuasión de sus amigos compuso la deuda; y dando al escribano muy buen besamanos, procuró que se echase tierra y que no se hablase en esto más que si nunca hubiera pasado. Todo lo negoció como quiso, porque tuvo muchos amigos que le hicieron espaldas y trataron con veras de su salvación.

Ya estaba para salir de la cárcel, cuando el Alcalde mayor de la Justicia envió á mandar que le



detuviesen y que le agravasen las prisiones, porque en cierto delito, que era contra el servicio de su Majestad, en que hubo muchos culpados, había parecido ser uno dellos.

Dió á todos los que le querían bien (que generalmente la mayor parte de la gente noble y moza le amaba) mucha pena, por ser la materia tan grave, que no se podía pagar por menos que la vida. Vieron el proceso sus abogados, y hallaron el negocio en tan malos términos, que les pareció, como después fué así, que por ningún camino podía huir de que le diesen un cruel tormento. Trataron con muchas veras de su consuelo, y de animarle para lo que se le esperaba, previniéndole de modo que pudiese mejor resistir el golpe de tan sangrienta fortuna. Aconsejáronle que de ningún modo confesase, por ser el delito feo y en que había de perder con la vida la honra, dejando á dos hijas que tenía afrentadas para siempre y de suerte que jamás hallarían remedio y amparo.

Como el buen hombre era defectuoso en el juicio, aprehendió aquello en la imaginación con tantas veras, que llegándole la hora en que había de padecer, se puso con tanta osadía en el potro como si se tendiera en alguna cama regalada y blanda.

Acudió mucha gente aquel día á la cárcel, deseosa de saber el ánimo con que se portaba en aquel riguroso acto, y también por si acaso podían oir algo del coloquio. Empezaron, pues, á apretarle los cordeles, y, como él se sintiese con mayor pesadilla de la que quisiera, empezó á decir:

—Yo diré la verdad, señor Alcalde; yo la diré.



—Plega á Dios que acertéis, respondió él, que ir contra la costumbre, en vos envejecida, de mentir, me parece dificultoso. Aflojarle los cordeles.

Y al tiempo que esperaban que declarase alguna cosa de importancia, como él era tan grande inquisidor de linajes, le dijo al Alcalde mayor del suyo muchas pesadumbres, y concluyó el discurso:

—Esta es la verdad, y no sé otra.

—¡Oh, perro!, dijo el juez indignado, y al verdugo:—No le dejes con vida, ó hazle que confiese.

Volvieron con esto de nuevo á la pelea, que duró más de tres horas; pero, aunque los combates fueron muy grandes, no pudieron jamás rendirle á que hiciese su voluntad; y así, cansados de ofenderle y de haber excedido de los términos de la la ley, le sacaron á la enfermería con aplauso y algazara de la chusma de los presos que le celebraba á gritos, llamándole *Víctor*. Pero salió tan estropeado y mal herido que no vivió tres días.

Fué su muerte en la ciudad, y toda el Andalucía llorada de todos, aunque después muy reída; porque el enfermero de la cárcel, que era un hombre viejo y de buen humor, sembró una chilindrina que, por ajustarse tanto con la condición del difunto, la creyeron muchos y la celebraron todos; y fué decir que al tiempo que le quiso amortajar, le había hallado en la mano derecha un papel muy apretado, y que, después de haber hecho mucha fuerza por quitársele, y sacádosele casi hecho pedazos, y juntándolos uno á uno con mucha dificultad, vió que decía:

Antes morir que decir verdad.

BOCA DE TODAS VERDADES *prefiere el* Arte Poética *á los demás estudios, y venerando á los eminentes en ella, hace juego de aquellos que son plebe y vulgo de la Poesía.*

Todos los contentos desta vida padecen la sujeción de la mundana; tarde se adquieren, con dificultad se conservan y, cuando se prometen más seguros, vuelven las espaldas y más fugitivos que el viento desaparecen; inconstantes son; su amistad, poco fiel, burla y engaña.

Dijéronme, señora, después de haber pasado dos días sin la conversación del amigo, que hacía ausencia del lugar y que intentaba ejecutar esta jornada con silencio, porque yo no se la divirtiese. Prometo á V. md. que en aquella ocasión no me pudieron ofender con nueva de mayor pesar. Inquiétaseme el espíritu, y, sin saberle sosegar, salí de casa en busca suya. Llegué á su posada, y, como no solamente no le hallase en ella, pero aun darme razón de la parte donde estaba no supiesen, creí que me le negaban y, corrido, intenté por fuerza entrar, para asegurarme en mi sospecha y tratar con las manos el desengaño. Pero estando para poner en obra esta resolución, llegó don Juan de Constantina, un caballero aragonés, muy mi amigo, y mancebo de grandes esperanzas, y, sabiendo la ocasión de mi discurso, me dijo:

—Veníos conmigo; perded cuidado, que yo os le pondré en las manos.

Llevóme á las casas de Don Sancho Díaz de Almendárez, señor de Cadreyta, que son las más



principales de la ciudad, y representan bien en su grandeza y en el bellísimo sitio que gozan, que fueron palacio un tiempo de los Reyes de Navarra; porque estando por una parte dentro de la ciudad, por otra caen sus galerías sobre el río Ebro, de donde se descubren nobilísimos campos. Entramos en la huerta, que dice muy bien con la casa, así por la variedad de frutas, como por la copia y abundancia, y hallámosle en ella. Mi gozo fué infinito, y, corriendo á sus brazos, le dije:

—Daos por preso y rendid las armas. ¿Es posible que así os negáis á los amigos? No me pesa de que os estiméis como es justo y queráis que os compremos á dineros; pero que á quien os ama tanto como yo deis tan conocidos pesares, es rigor insufrible. ¿Pues de mí os escondéis? ¿en qué os ha ofendido mi trato? ¿en qué mi conversación pudo seros enojosa?

Rióse, y dijo:

—Discúlpenme mis tristezas; respondan ellas. Siempre soy necio; pero nunca tanto como cuando estoy melancólico, y he menester huir entonces de las gentes por no fatigarles con mi propio disgusto. Siéntome tan vencido desta pasión, que cuando me derriba, querría irme á los montes y sepultarme en las cuevas de los brutos; por esta causa estos días he procurado excusarme de la merced que me hacéis, por no echaros sobre los hombros la carga de mis pesares. Aquí vengo á divertirlos, si ya tal vez no los aumento, procurando entretenerme con estos amigos muertos, que los libros de los sabios este nombre merecen.

Veis aquí el gran padre Virgilio, éste es el sentencioso Horacio y aquél el fácil y copioso Ovidio; todos tres príncipes: Virgilio de los Heroicos, Horacio de los Líricos y Ovidio de los Elegos, que nos excusaron de rezar por ellos, haciendo sacrificios y rogativas importunas, fuéronse al infierno muchos años ha; ya tienen antigüedad, y son de los votos más importantes. ¡Qué!, ¿os reís desto? Pues á fe que aunque lo digo con este lenguaje, que me compadezco interiormente; llorando lágrimas el corazón por la pérdida de tales varones, cuyas obras fueron más dichosas que sus almas, pues las unas gozan la gloria de la fama, y las otras padecen eternamente.

Humillados están estos estudios y el arte príncipe de los demás; ya en vez de premio, se mira pisada de la emulación; todos le quieren y todos le persiguen; pero siempre en la más alta cumbre se emplea el rayo: es la superior ciencia, superior envidia la ha de combatir, la pobreza la injuria, pero ella se levanta sobre la riqueza de su misma elegancia y vence; en sí propia halla el alivio de su mayor necesidad, pues las musas, cantando, engañan á sus pesares y dan fuerzas al placer, para que antes de caer se vuelva á cobrar.

Todo honor se debe á aquellos pocos que, con feliz pluma, han ennoblecido á España; pero aquella chusma vagante de infinitos bárbaros que quieren gozar el título y renombre de insignes ingenios indignamente, es tanta, que ya no hay sastre que esté sin el *Arte Poética* de Rengifo; echan por aquellas aceras de consonantes y cogen truchas á bragas enjutas; sacan las coplas redondas



y duras como bodoques y descalabran los oídos del desdichado vecino que les escucha y calla, porque más no puede.

Hay diversas religiones de poetas: unos que, porque estudiaron los versos del amigo y los refieren con voz agradable y acción conveniente, quieren gozar del título, sin advertir que recitar bien unos versos dice buen representante, pero no poeta.

Otros hay, gente condenada y de almas perversas: éstos son unos hombres que, permitiendo crecer la barba, dejan su rostro con tanta espesura que se pudiera perder en él el Marqués de Mantua; gramáticos rebeldes y contumaces que sobre la averiguación de si es adverbio ó vocativo, sacan á sus abuelos de la sepultura y maltratan la honra de sus mujeres. Estos tales son unos poetas que no escriben cosa que enteramente sea suya y sirven de echar á perder obras ajenas, porque como ellos no tengan bastante caudal en el ingenio para concebir y sacar á luz, cuando ven el papel ajeno le muerden, allí le dan el bocado y le arrancan el adjetivo á la oración; y, poniendo otro en su lugar, dicen que es palabra de más significación y propiedad para la materia de que trata; en otra parte mudan el verbo, aquí el nombre y acullá el artículo, sin atreverse á borrar la copla entera, porque no saben hacer otra para dejar en su lugar, y con esto son poetas de los de «guárdenos Dios». Con esta diligencia queda la obra de dos dueños; y lo que acertó el primero, en vez de enmendarlo, lo arroja el segundo en el infierno; pues de suerte lo dispone, que es fuerza condenarle por ma. poeta para siempre.

Otros hay que traducen, diciendo mal en castellano lo que el otro bien en latín ó toscano. Y hacen esto con tanta dureza y escabrosa disposición, que viene á estar el concepto más escuro en español que en latín, pareciendo aquél más lenguaje de jerigonza que frasis poética. Traen ordinariamente consigo un Marcial en la faltriquera, y cada uno dice que si no es él nadie hasta entonces ha entendido las dificultades de aquel sutil poeta; y á no estar el otro en el infierno, que es lugar donde no pasan burlas, se riyera dellos, porque tiene cosas que sólo el que las dijo las entendió y aquellos á quien él reveló su pensamiento, si con alguno usó desta cortesía, que yo no estuve entonces en Roma, y no podré decir lo que hubo en ello.

Defienden éstos, como ellos son ingenios mendigantes y que viven siempre de conceto ajeno y musa prestada, que no hay en nuestra edad poetas, y principalmente en España, siendo tan contrario de la verdad, que solamente los españoles son dignos deste nombre, porque la elocución (de los que han acertado hoy) es peregrina y admirable, la invención verisímil y con mucha novedad, los conceptos sutilísimos y tantos, que en ellos y en la abundancia dellos vencen á todas las otras naciones. Otros piensan que no estriba la dificultad en otra cosa sino en valerse de consonantes extraordinarios, y envían un soneto á una mujer con alfanje y Gange y el Príncipe de Orange, de donde nació sucederle á uno un cuento gracioso; y fué, que como presentase á su Señora un soneto con los consonantes referidos, y



por introducir esta palabra Orange, dijese este concepto: «Quisiera, señora mía, para merecerte, ser más galán, más discreto, más liberal, y más valiente, que el Príncipe de Orange»; porque, de otra suerte, no pudo con ningún mazo encajar el consonante en el lugar que él quería, y de la dama háblase poco ó nada, porque todo se le fué en dilatar esta razón, no hallando lugar para entrar con alguna palabra tierna. Ella, que era aguda, dijo al criado que le llevó, habiéndole leído:

—Decidle, amigo, á vuestro amo, que la semana que viene parte el correo para Flandes, y que yo enviaré este soneto á quien lo ponga en manos del Príncipe.

Dándole á entender que había sido el golpe muy lejos del blanco, y que aquel soneto era más en alabanza del Príncipe de Orange que suyo.

Otros hay poetas eternos, que dan principio á una obra sin acertar jamás con el fin, y mueren dejando empezado un soneto solamente con los cuartetos; y la primera cosa que mandan en su testamento es que le acaben sus herederos; y suelen ser ellos tales, que aunque sean muchos, no aciertan todos juntos á hacelles unos buenos tercetos. Estos andan preñados veinte años, y después de muchas novenas y rogativas paren un monstruo; gastan mucho papel en borrador, y las más veces salen con un borrón, porque, como idiotas y gente sin elección, despiden lo mejor y eligen lo de menos sustancia.

Síguense luego aquellos que fabrican versos intelegibles, y, fundando en una sofistería y vano concepto, cada día que amanece pregonan soneto



nuevo. Son éstos muy amigos de hacer difiniciones, ya de los celos, ya de la ausencia, ya de la esperanza; queriendo que en la cosa difinida se encierren todas las del mundo, ya superiores, ó ya humildes, sin reparar en que sean decentes con la majestad del sujeto de quien tratan: y así dijo uno dellos difiniendo el amor, esta redondilla, entre otras muchas:

Eres, amor, fiero tábano
Que picas con gran rigor,
Y eres, finalmente, amor,
Como blanco y verde rábano.

Siéndole preguntado por qué dijo que el amor era como blanco y verde rábano, respondió:

—En ese verso está escondida una sentencia misteriosa; no cabe en sí, porque es grande la preñez de maravillas que tiene; porque la esperanza del amor, significada por lo verde de las hojas, siempre burla á un hombre; y porque lo mismo es burlarle que dejarle en blanco, quise dar á entender, juntando lo blanco y verde del rábano, que la esperanza amorosa siempre, ó las más veces, burla y deja en blanco.» ¿Qué os parece de la razón? Esperad, tomémosle el pulso; doliente está; enviadla al Hospital que la curen. ¡Oh, traidor enemigo de Dios, sin duda debes de ser hortelano, pues trujistes un concepto que es de pies á cabeza hortaliza!

Estos suelen también ser metafóricos y con palabras indignas tratan materias sagradas; pero dejémoslo aquí por no jugar pieza señalada; quédense éstos en su error y mueran en su pertinacia,

dándoles por compañeros á los que gozan pies heréticos tan mal, que se los dejan en su primero sentido, sin absolver lo mal sonante que en ellos se encierra.

Pero no son menos atrevidos los que, con poco estudio y menos experiencia, se determinan á volver letras humanas á lo divino, haciendo tantos disparates como el sacristán de Santafé de Toledo, que blasonando de muy poeta, á petición de aquellas señoras religiosas, volvió á San Juan Evangelista al martirio que padeció, cuando le metieron en la tina de aceite, aquella letra que dice:

Suspiros que al corazón
Ya con agua, ya con fuego,
Hacéis que paguen mis ojos
Lo que á mis desdichas debo.
¡Ay que me quemo!
¿Cómo no tocan á fuego?

Y dijo así:

Aquel divino lechuzo
Que en la tina le metieron,
Viendo que el aceite ardía
Sacó la pierna, diciendo:
¡Ay que me quemo!
¿Cómo no tocan á fuego?

Y juraba á Dios y á todos los Santos que estaba dicho con notable propiedad; porque él era sacristán, y del mucho uso que tenía de andar entre lámparas, sabía cuánto abrasaba el aceite ardiendo y que no era burla para mucho tiempo. Este mismo quiso también hacer prueba de aquellas otavas que dicen:

Cerca del Tajo, en soledad amena,

Y empezó así:

Cerca del cielo, en soledad amena,
de verdes almas hay una espesura.

Preguntándole después que cuáles almas eran las verdes, respondió que las del purgatorio, porque estaban con esperanza cierta de pasar al cielo. No fué este el último rasguño de su pluma, porque después, con no menor ánimo, tomó entre manos aquella letra antigua:

Déjame pasar el vado,
Déjame pasar allá,
Que alguien me lo pagará.

Y dijo así:

Déjame pasar al cielo
Déjame pasar allá
Que alguien me lo pagará.

Deseóse saber quién había de ser el que se lo pagase, y, al tenor del interrogatorio, dijo que el demonio, pues bastantemente le pagaría las tentaciones con que había procurado que tropezase en este mundo, si se fuese al cielo y le dejase burlado. Amonestáronle muchas personas que le querían bien y trataban su aprovechamiento, que temiese á los señores Inquisidores, y dejando aquel oficio para los que les viene de derecho natural, tratase de dar á las lámparas la ración que de aceite les tocaba, y hecho camarero de los altares, los vistiese y desnudase á su tiempo, pues estas obligaciones son de un sacristán venerable, pero él, duro á la corrección, murió con esta enfermedad.

Pues no son éstos los que más turban la república: en otros se engendra la mayor peste, por aquellos lo digo que se arrojan á escribir comedias, faltos y ajenos de la invención y disposición. Entran sin santiguarse en el campo, y haciendo tantos disparates y errores como letras, quedan vanagloriosos y pagados de sí mismos. Estos poetas son descendientes de Diocleciano y Maximiano, pues con sus escritos tratan solamente de martirizar cristianos, pasan un *Flos sanctorum* hoja á hoja y vida á vida, y aún no contentos con esta diligencia, se van al sagrado del Testamento Viejo, y desde nuestro padre Adán hasta el Buen Ladrón no dejan Santo que no saquen al tablado. Todas sus comedias le hacen al autor gasto de chirimías, porque hay alma que sube al cielo, y un Angel embajador, que va y viene con demandas y respuestas; hay nube de casta de cebolla, con tres telas, que se abre otras tantas veces, y debajo della viene alguna figura que lleva los ojos del poblacho; hay río que se pasa á pie enjuto, y muerto bien mandado y cortés, que á la primera vez que le llaman se levanta y responde. Sucede muchas veces, que después de haber gastado un autor para hacer una comedia destas, cien ducados en adorno del teatro, antes de acabar la primera jornada, representan con él los mosqueteros la *Batalla naval*, sin dejar nabo y berengena que no le tiren, y tal vez ha menester pedir á los sacristanes que toquen á nublado, porque descarga sobre él una nube de piedras. No se llama verso el que éstos escriben en las comedias, sino prosa de consonantes.



Hay otros cruelísimos, que matan siempre tres ó cuatro personas, las más importantes. De uno déstos se cuenta que empezó una comedia sacando dos ejércitos al tablado, que el uno al otro se acometía, y de suerte se encendieron en la batalla, que de entrambas partes murieron todos, con que se acabó la representación, aun antes de empezarse, á la cuarta copla. Démosle gracias á éste porque puso presto fin á la obra, que, siendo mala, es el mayor bien que pudo hacer al auditorio.

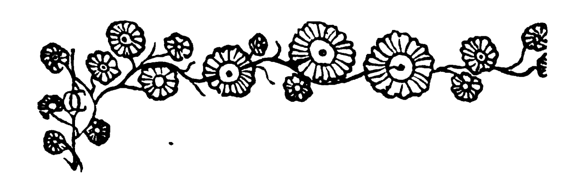
Gracioso anduvo un clérigo, natural de Murcia, que, queriendo escribir comedia á lo divino, sacó al tablado el alma, vestida con espada y capa y un sombrero con muchas plumas, á quien acompañaba un lacayo. ¿Qué os parece si sería apetitoso de risa el coloquio que pasase entre interlocutores tan conformes? Este hacía una comedia con doscientas redondillas menos que otro (notable arbitrio) que toda su vida tuvo secreto, hasta que, á la hora de su muerte, le reveló á un grande amigo suyo también del arte; y fué que ninguna comedia escribía donde no hubiese unos pasos para el atambor de guerra, y otros para las chirimías, los cuales con su música, la una marcial y la otra celeste, ocupaban el espacio y tiempo en que se pudieran recitar doscientas redondillas.

Perdía este venerable eclesiástico en cada una de las comedias que escribía doscientos reales, aunque le pagaban cuatrocientos por ella; escuchad, que no es el cuento para arrojarle por las ventanas. Salíase las más tardes al campo á hacer coplas; y, para que fuesen dulces, llevábase alguna cola-

ción, y con una libra de confitura que se comía, traía hechas una docena de redondillas. Acababa su comedia, y entregábasela á un Autor, que le daba, como tengo dicho, cuatrocientos reales; íbase luego á hacer la cuenta con el confitero, y hallaba que se había comido seiscientos de dulces; y así quedaba engañado en la tercia parte del dinero. Mirad si había escogido mal trato para hacerse pobre.

Campo era éste para extenderme mucho, dijo, pero la hora de la cena nos llama á su obligación; pero no con la priesa que no podáis escucharme este breve discurso: y luego, con no pequeño gusto mío, me leyó la novela que v. md. aquí verá; y como quien más bien sabe dará su censura, asegurándola que estaban entonces presentes más de cuatro destos que se toman la mano en dar su parecer, sin pedírsele, creyendo que así se adquieren autoridad y llegan á ser superiores de los otros, que dijeron con invidia y ignorancia (como á los tales las más veces le sucede) mil errores que defendieron con ciega obstinación y porfía. Y entre ellos algunos disonantes, tanto de la buena razón, que por el extremo llegaron á ser tan graciosos, que si yo pudiera referirlos con la mesma puntualidad que pasaron, pienso y no lo dudo, que fueran de más apacible entretenimiento que la fábula que del fin deste discurso tiene su principio.





LAS GALERAS DEL VENDE-HUMO

NOVELA VII

Señores caballeros y amigos míos. A vosotros digo, ingenios superiores; con vosotros hablo, los que os preciáis de tener tan buen ojo en esto de comprar y vender, que decís que nadie os engaña. ¿Qué os parece de la nueva mercadería que ha traído á la tierra el sujeto de nuestra novela? ¿Tenéisla por útil, provechosa y bien acomodada? Humo vende, y no por bajos y viles precios. Parece que os pone admiración, y, mirándoos los unos á los otros, á todos tiembla la barba.

Pues yo quiero, lo que se debe á la buena cortesía y noble trato con la gente principal, servir esta vez de paje de hacha y alumbraros en noche tan escura y cerrada. Oidme todos, y veréis cómo cada día la malicia y sagacidad hace nuevas llaves y abre puertas que hasta entonces estuvieron defendidas. Sabréis con firmeza de modo que ya no lo dudéis, cómo es mayor el número de los ladrones de buena capa que el de los mendigos descalzos y rompidos, porque aquellos pequeñuelos,



de más de que van por el camino común, y con señas tan descubiertas que todos los entienden el juego y les dan del codo, y aun tal vez pescozón y puntillazo... ¿Cómo tal vez? Raras son las veces que se escapan de alcanzar un bocado desta fruta; caen á pocos lances en manos de quien los pone en la prensa y les hace cantar, como al cisne, en la hora de su muerte, pues de lo que allí confiesan y dicen se sigue su fin violento y acelerado.

Pero estotros que viven por lo sutil y hacen granjerías de su habilidad, hurtan con mucha honra, sin haber quien les entienda la musa, y cuando acaso alguno descubre tierra, como ve su buen hábito y noble nacimiento, duda tanto, que, sacando pies y santiguándose, huye y se retira, pareciéndole imposible y entendiendo que la imaginación le miente; y luego, acusándose de juicio temerario, se da golpes en los pechos y pide á la clemencia del cielo perdón y misericordia.

Cuando el excelentísimo Duque de Osuna, Príncipe cuyas virtudes dejaron tanta ocasión á las plumas de los historiadores para sus alabanzas, y de quien yo dijera mucho si no juzgara este lugar indigno, pues fuera envolver y enlazar con humilde plática altísima conversación, pasó á gobernar á Nápoles, llevó consigo entre otros un criado, que no era de aquellos que los señores eligen por su gusto, ni de los otros que sustentan por contemplación de algunos respetos y obligaciones honradas que los tienen, sino de unos que contra toda su voluntad reciben, á fuerza de intercesiones y medios poderosos que ellos buscan. Llamábase él don Fadrique, y acomodábase dos apelli-

dos, tales como buenos, Cerda y Guzmán. No quiso, ya que se valía de prendas ajenas, hurtar las peores, sino cubrirse y ampararse con tan honrado renombre, que pudiera decir, sin parecer atrevido, y así lo hacía él muchas veces, que era tan bueno como su amo.

Hallábase tan copioso de palabras en tanta cantidad este caballero, que en todos tiempos hacía él todo el gasto de las conversaciones donde asistía, contando muchas cosas que, aunque no se especificaba claramente, quería que se entendiese que le habían sucedido á su persona, todas tan aparentes, aunque fingidas, que el auditorio las pasaba por verdades calificadas y concebía dél cada día mayor respeto y veneración, y mucho más los italianos, por oirlas en boca de un español, que en todas partes se escucha á los extranjeros con atención, y lo que ellos dicen, como se mira con ojos limpios de invidia, se admite por más admirable.

Tenía un vicio sobre el ser mentiroso y invincionero, entre los hombres de razón, detestable y aborrecible y, en mi opinión, el más feo y bajo de cuantos se conocen; pues, por seguirle, acometen los hombres con ánimo y resolución cualquier género de delito; sin volver los ojos á la deshonra y vergonzosa afrenta que se les ha de arrimar.

Jugaba lo que tenía y lo que no tenía, que este era el mayor daño, con tanta ansia y fatiga, que no vivía con otro cuidado, porque todos los demás enderezaban á él, como á principal fin, y en no ...endo deste género y calidad, les daba de mano.



¡Oh, qué desdichado es el hombre que nace debajo de tan ruines estrellas que le obligan á que siga por oficio lo que se inventó para entretenimiento y gusto! Los tales, aunque sean nobles en sangre, no se han de llamar caballeros, sino mercaderes del juego y hombres que traen su dinero en el trato de los naipes, donde la fortuna es tan dudosa, y tiene más peligros, más bajíos y tempestades que la mar infiel, en quien nadie se embarca con seguridad de la hacienda y vida.

El que juega desconoce al cielo, falta al respeto que debe á sus padres, niega la sangre que tiene á sus hermanos y deudos y bebe la de los mayores amigos. Su palabra es ninguna; su verdad, incierta; su traición, prompta; su espada, cobarde. Si se casa, abrasa el dote; si hereda, anega la herencia; si le dan algo en confianza, con la reputación lo despeña; si administra hacienda de su Rey, tampoco la perdona. Desnuda las paredes de su casa y después se atreve á sus propios vestidos y á los de su esposa; dando con esto ocasión á muchos daños, que enojan al cielo y escandalizan la república.

Infinitas veces doy gracias á Dios y siempre mostraré ánimo reconocido; porque, entre muchas liberalidades que usó conmigo, fué una, que yo la tengo por una de las mayores, librarme deste apetito, bárbaro y dañoso; pues, por lo menos, todos los demás vicios tienen ya su mesón, donde van á apearse: el tiempo y la razón los vencen y derriban. Al fin, el más ciego abre los ojos y se desengaña: el jurador corrige su lengua; el amancebado advierte su yerro y procura salir del



cieno á tierra limpia y seca, donde no se meta hasta los ojos; el maldiciente acusa su pecado con la misma lengua que le cometió y hace instrumento de su salvación al que lo fué de su condenación y muerte; el logrero, aunque tarde y pocas veces, trata de restituir por buenos caminos lo que adquirió por malos medios y con diligencias viles; sólo al jugador mezquino se envejece cada día más en su vicio, y le lleva pegado á su carne y sangre, como si fuera uno de sus miembros, y, aunque llegue á perder con la mucha edad los dientes y muelas, instrumentos tan necesarios para el socorro de la vida, aún le dura el amor de los naipes, que es tanto, que no se hallan impedidas las manos en el uso dellos, aunque estén inhabilitadas por la gota, para los demás ejercicios.

Siempre que viene la ocasión deste peligroso entretenimiento, trae consigo otro daño, que no es para pasarse en silencio, porque es de tal condición, que pedía particular capítulo. ¿Queréislo ver? Oidme, pues, aunque pienso que no os aviso de lo que ignoráis.

Todos los vicios se eslabonan y encadenan tanto con éste, que lleva detrás y delante bastantísimo acompañamiento. Aquí el hombre de mayor modestia y templanza jura en una hora más que en muchos siglos el más incorregible y desalmado en otro cualquier género de ejercicio. Esta es la Sierra-Morena y el Monte de Torozos, donde saltean los hombres de buen hábito, robando con ardides y cautelas de sutil ingenio, aunque mal empleado, las haciendas de sus deudos, amigos y



vecinos. De semejantes casas salen los que han perdido, á tomar ocasiones de tanta pesadumbre, que se sigue dellas verter sangre humana, y muerte de personas de consideración, cometiendo deste modo el pecado del homicidio; y los que van con ganancia, tan locos del alegría como los otros del pesar, solenizan sus gustos con banquetes y convites, tan excesivos y desordenados, que es fuerza tropezar en la gula y caer después de ojos en la lujuria, que son tan vecinas, que la una á la otra se dan la mano y hacen espaldas. Pensaréis que me alargo; más pudiera decir y más diría si el tiempo no fuera corto y me llamara la obligación que tengo á no olvidarme del principal intento.

Para sustentar, pues, este vicio y buscar el dinero en todos lugares, sin perdonar á los más previlegiados, dió á entender al pueblo, á pocos días después de haber llegado, que era uno de los criados privados del Virrey: y daba por razón que el origen desta merced y favor procedía de ser deudo suyo muy cercano, y, para confirmación de su mentira, enseñaba unas cartas falsas, hechas de su mano, por ser en esta habilidad, como en otras, eminente, en las cuales el Duque le trataba con mucha humanidad, haciendo estimación y reconocimiento de las obligaciones de sangre que entre los dos había.

Esforzaba esto con otro ardid no menos saludable; y era que procuraba, si se había de hacer alguna diligencia del servicio y gusto del Virrey, los días que salía en público, que se la encomendasen á él, para volver después con la respuesta á ojos

de todo el pueblo, procurando siempre en estas ocasiones alargar la plática con su amo; con quien procedía tan artificiosamente, que no le dejaba de una vez satisfecho, para que volviese con esto otra y otras á repreguntarle.

Los que esto vían en lo exterior y no sabían que tan hondos cimientos traía aquel edificio, creían que, sin duda, era uno de los criados más agradables á su Excelencia, y que por su medio y intercesión, á su tiempo, haría cualquier fineza; y él, por no perder la ocasión y dejar armado el lazo, ponía los ojos tal vez en los de algún amigo suyo pretendiente, á quien él daba esta mamola, y luego proseguía la plática con su amo.

Acabábase la fiesta; y después, buscando al amigo, le decía que entonces había hablado en su negocio con muchas veras al Virrey, el cual, admirado de las buenas partes que dél le refería, dió intención en que mostró que se holgaría de conocerle, y así puso entonces en él los ojos para enseñársele. Creíalo el otro, como le estaba tan bien, y agradecíale, arrojándose á besarle los pies por la merced que le hacía con su amparo y protección, por cuyo camino se prometía grandes aumentos.

Solía otras veces fingirse malo; y, en la pieza donde estaba, ponía algunas cosas que eran de regalo y curiosidad, las cuales decía que se las había enviado su patrón con aquel papel; y luego alargaba la mano, mostrando un billete falso, lleno de invenciones y quimeras, tantas que todos le juzgaban por hombre de poderoso brazo. Á título de este humo, pedía prestados dineros en poca can-



tidad, aunque á muchas personas; de donde se seguía que, como todos se tuviesen por muy dichosos de hallar esta puerta abierta, le acudían con mayores socorros de los que él les proponía: que, aunque de cualquier modo ninguno dellos en particular era muy grande, juntos formaban una deuda más que cuantiosa; y, al fin, como dice el adagio: «Muchos pocos hacen un mucho.»

Con esta leña fomentaba el fuego intolerable de su inclinación; con estos puntales tenía en pie su gusto, sin que jamás le faltase para el juego, donde no todas veces erraba el golpe; antes solía, muchas, hacer tan buenas ganancias, que tapaba los agujeros, ó partes dellos, adquiriendo deste modo nuevo crédito para poder atreverse en una necesidad apretada á pedir una suma importante á cualquiera de los amigos que se calentaban sin fuego en la chimenea, y sólo con ver salir el humo se contentaban, pareciéndoles que de allí se había de levantar una llama tan poderosa que sólo su calor bastase á darles vida.

En esta peligrosa navegación se engolfaba muchas veces nuestro buen amigo don Fadrique; pero como fuese hombre de agudo ingenio y reconociese los muchos inconvenientes y malos trances que le amenazaban, parecióle, y muy cuerdamente, ya que se arrojaba á la mar y aventuraba su vida y reputación, hacer de una vez presa de tanto peso, que le dejase con alivio para toda su vida, y no ser de los cosarios que se ceban en tan pequeños intereses, que les fuerzan á proseguir siempre con su viaje, donde nunca los mira el cielo con tanta piedad, que alguna vez, si



no en esta en otra ocasión (que á la desgracia en todas partes la dejan pasar), se muestra tan inclemente que, ó el mar los sepulta vivos, ó el azote de armada más poderosa, cuando se deja caer más blando, los entrega á los hierros y cadenas de la esclavitud, donde padecen un largo martirio y acaban para mayor pena con una muerte civil y dilatada, adorando las injurias y amenazas de sus enemigos.

Esto de retirarse á tiempo es virtud altísima, y donde mete mucho la mano un entendimiento prudente, y no se tiene por menor hazaña que la del acometer; antes podía, tal vez, hacerse de suerte y modo que, el sacar pies, se juzgase por fortaleza de ánimo y grandeza de corazón; y, por el contrario, arrojarse desesperadamente en las lanzas del enemigo, se tuviese por bajeza de espíritu; porque los actos de la desesperación, es cosa llana y todos la confiesan, que son hijos engendrados de la cobardía, padre á quien ellos no pueden negar. No se deben todas las vitorias á las manos fuertes, al hierro duro, ni al voraz fuego; porque las más en número y las de mayor nobleza y calidad han sido adquisición y granjería del entendimiento; á él le reconocen y no á los elementos y metales, pues ellos se le sujetan, rinden y facilitan con su aspereza por su industria.

Vivía, treinta millas de Nápoles, en un castillo, no tan fuerte como hermosamente labrado, una señora italiana, heredera de un principado de aquel reino, siendo, así la fortaleza donde asistía como l lugar vecino á ella, para cuya defensa se edificó, arte de su hacienda, aunque no la mejor ni la



más importante, porque se decía, y así lo afirmaban los casamenteros que apadrinaban sus bodas, que pasaba de cuarenta mil ducados de renta. Algunos menos debían de ser si nos llegáramos á hacer la cuenta con tinta y pluma; pero esto de hablar un hombre á ojo usando de la dispensación del poco más ó menos, donde siempre están abiertas las puertas para el engaño, es un modo noble para poder mentir sin parecer que se hace, y más que luego entra la disculpa de «así me lo dijeron, que yo nunca me afirmé en ello, ni lo di firmado de mi mano».

Al fin, señores, yo quiero ponerme en lo justo, y medirme con lo razonable; quitemos la mitad y pongámoslo, bajando la clavija, en veinte mil escudos, y ésta sirva de advertencia y regla para todas las demás haciendas, rentas y dotes, así de la gente noble como de la plebeya; y aun algunas son tales que es menester para dar con el número verdadero cercenarles las tres partes. Porque los escuderos con nada piensan que autorizan y ennoblecen más la casa del príncipe á quien sirven que con echarle cuatro ceros más de ducados de renta; y á los señores no les pesa, porque tal vez, en fe desta voz, hallan en la Puerta de Guadalajara quien los socorra y acuda con liberalidad y diligencia.

Bien pudiera yo agora decir algo en razón deste modo de hurtar, que se intitula socorrer; pero, por no dar un salto tan grande, como es venirme desde Nápoles á Madrid, lo habré de dejar, aunque, por que no se desconsuelen los profesores desta habilidad, de que teniendo para todos me ha fal-

tado, les empeño mi palabra, en ley de hombre de bien, que haré particular tratado, donde largamente referiré, y no de paso, las cosas que tocan á esta materia bien presto, dándome el cielo vida para ello; encomiéndenlo sus mercedes á Dios por su parte, que yo por la mía buenos aceros tengo y no perderé la ocasión.

Quedamos en que fuesen veinte mil escudos de renta los que aquella Princesa Napolitana, que estaba en el su castillo, con sus damas y doncellas, como si fueran las de la era del Caballero del Febo. Señores: créanme vuesas mercedes, que es buen dinero, y que este es negocio que le está muy bien al señor don Fadrique; y así su merced, como tan cuerdo y bien entendido, piensa tratar dello con muchas veras, como lo diremos á su tiempo; tengan paciencia los lectores y váyanme esperando, que todo es dos hojas más ó menos.

Digo, pues, que le conviene mucho á este hidalgo dar trazas y buscar medios para celebrar este matrimonio, porque por ningún camino sino por éste puede, anocheciendo pícaro, amanecer Príncipe. Ultra desto, concurren otras razones que serán espuelas del ánimo más perezoso y pulgas que despierten al más soñoliento y dormido. Agora veámoslas, parezcan delante y dé cada uno su voto.

Era esta señora tan noble en sangre, que todo lo mejor de Italia reconocía su deudo; la opinión de su virtud y recogimiento tan singular, que ella propia, de su voluntad, se había retirado á aquellas soledades, y esperaba en ellas la compañía que el cielo quisiese darle para mejor servirle, y, sobre

todo, la más bella señora que entonces se conocía; y ya que no fuese la más, porque este es lenguaje perjudicial, y tomar las armas contra el tercero nunca fué cordura, digamos que era una de las más hermosas, porque si la pintase yo tan ilustre de facciones como algunos ingenios de Italia en aquel tiempo hicieron, sería hacerme mal quisto con las damas desta edad, y aborrecible mi Novela, porque aun la hermosura que ya pasó, y belleza de otro siglo, llevan mal que se alabe mucho en su presencia, y lo hacen delito, diciendo que se pierde el respeto al tribunal.

Quería nuestro Vende-humos comer este bocado, y, hermanos míos, digámoslo todo, pues estamos á tiempo; verdaderamente quería bien, animábase con el ejemplo á los ojos de más de alguno, que había trepado desde tan abajo como su merced; y consideraba que, si desde el tiempo de Adán acá se hubieran escrito las historias con puntualidad, sin atender, los que toman esto por su cuenta, á sus particulares intereses y respetos, que se vieran muchos milagros dignos de mayor admiración que el suyo, porque la bola que la fortuna tira derecha desde la raya se emboca y gana dos; y aunque á los circunstantes les parece mucho, pasa presto la admiración, y luego se prosigue con el juego, tratando cada uno sólo de su particular, y todos danzan al son del tamboril, sin dejar ninguno, por compuesto y mesurado que sea, de hacer su mudanza.

Para esto, hallándose con mil escudos de ganancia, hizo dos galas lucidísimas, muy á lo soldado y muy á lo español; y, vistiendo á dos mu-

chachos pajes suyos, con no menos gallardía, llenos de plumas, bandas y cintillos, tomó tres valientes postas y, en pocas horas, llevado de su propia diligencia, entró por la aldea donde la Princesa estaba, que al ruido que hacía el postillón, tocando, salieron ella y sus damas á las ventanas del castillo, á ver la causa de aquella novedad. Todas se contentaron mucho de la persona, gala y bizarría de don Fadrique, y más que todas nuestra ama, á quien tentó la curiosidad impertinente con el deseo de saber quién podía ser; y, apretóla tanto, que, no pudiendo más y rindiéndose, estando cierta que aquel caballero hacía noche en aquella su aldea, dió comisión á un mayordomo venerable que tenía en su servicio para que hiciese la información, y, con lo que della resultase, acudiese luego á darla cuenta. Este obedeció á su señora sin atreverse á pedir la razón, y buscando la posada, donde don Fadrique se había aposentado, supo de uno de los pajes (que era no menor bellacazo que su amo, porque se había criado á sus pechos y crecido con aquella doctrina, el cual decía llamarse don Juan Jimeno, porque, aunque era tan pícaro como su dueño, se había pegado el *don* para prestarle más autoridad), que el tal caballero español, por quien preguntaba, nació hijo segundo de uno de los mayores señores de Castilla, cuyo nombre era don Fadrique de Guzmán y de la Cerda. También le dijo ser deudo muy cercano del Virrey de Nápoles, con quien se había venido de España, y que agora, sobre cierto negocio de importancia, se disgustaron
y sobrino, y él, despechado y aborrecido, hu-

yendo el cuerpo, tomó la posta con intención de ver á toda Italia, Francia y Flandes, y divertirse, aunque en aquella aldea estaría algunos días, porque no llegaba bueno, mientras volvía á recobrar fuerzas y salud.

Con esta embajada (si bien creída mejor mentida) volvió nuestro anciano á su señoría ilustrísima de la encastillada Princesa, para quien fué toda la relación muy agradable, por parecerle que si la voluntad diese más pasos y se le metiese hasta los retretes del corazón, de suerte que la obligase á escogerle por compañero perpetuo en este viaje y peregrinación triste de la vida, en lo importante, que era la calidad y nobleza, la estaba bien, porque en lo demás ella no necesitaba de ajenas plumas, antes tenía tanto paño, que podían vestirse entrambos, sin quedar ninguno desnudo.

Con esto mandó al escudero que se recogiese, y ella trató de hacer lo mismo; pero como la letra con que escribe amor es de imprenta, que de una vez llena todo el pliego y no se deja borrar con facilidad, no consintió la voluntad con el sueño sino muy tarde y después de largas peleas; y entonces hicieron su labor los sentidos en esta obra tan puntuales como si estuviera despierta.

Llegó la luz del día, y vistiéndose antes de lo que solía, volvió á mandar al comisario, que segunda vez repreguntase al pajecillo, qué causas, qué razón le hacía á su amo ir tan despechado, y que si acaso lo negase y estuviese dificultoso, le enterneciese con alguna dádiva, mandándole que diesen en doblones la cantidad de oro que bas-

tase á hacerle confesar, y encargóle mucho que no fuese miserable, porque la pesaría que se volviese á casa con las manos llenas y el pecho vacío.

Industriado y advertido, acometió el buen viejo la empresa y algo contento, por parecerle que si negociaba al sabor del paladar de su señora, siendo de su naturaleza liberalísima, medraría alguna buena recompensa.

Halló al angelito del paje acabándose de vestir, á quien después de haber concluído con la salutación, que fué muy larga y cumplida, al uso de Italia, le propuso luego su argumento. Pero el traidor de Jimenillo respondió con la negativa diciendo: que se fuese con Dios y no le tentase más; porque si tal entendiese su amo, á él porque se lo preguntaba y á él porque le respondía, sería poco ponerlos en una cruz, porque, «sabed, señor (prosiguió diciendo) que mi amo se teme de que el Virrey envíe en su seguimiento algunas espías, y podríades ser vos una dellas. ¡Bueno es eso! ¡Dios me libre! ¡Jesús, Jesús! Andad, padre, norabuena, que debéis de ser el diablo.»

Toda esta resistencia artificiosa engañó más al viejo, y le pareció que en aquella parte se había de cavar, y que allí estaba el tesoro que su señora buscaba, y así, llegándosele al oído, y tomándole de la mano derecha, le dijo:

—Servíos destos veinticinco doblones para guantes, y creed de mí que soy bueno para amigo.

Abrió la mano el rapaz, y recibiéndolos en ella, mirándolos muy tierno, dijo:

—¡Bien haya vuestra buena casa; mal haya quien no os quiere! Perdóneme mi dueño, que más

cortesía se debe á vosotros, y basta que hayáis salido en persona de vuestra posada á mandarme esta niñería para que yo os obedezca. Desta vez, punto por punto me descoso todas las entrañas. Sepa V. m., padre mío, que á mi amo le quiso casar el Virrey, su tío, con una de tres señoras, todas muy ricas y nobles, cuyos retratos le enseñaré luego, y aunque ninguna deja de ser de buen parecer, mi patrón, entre muchas partes buenas que tiene, porque no hay gracia de que no le haya dotado el cielo, es ser entendidísimo, y dice que, supuesto que él hereda en España dos casas de las más ricas y calificadas: una en que sucede á su madre y otra á un tío suyo, hermano de su padre, que por lo menos con la encomienda y gajes que hoy goza pasará su renta de sesenta mil ducados. ¿Sesenta mil ducados he dicho? ¡Ay, padre mío! Si tuviéramos nosotros los que serán más y cómo no tuviéramos necesidad de andarles mirando siempre á la cara para tenerlos contentos á nuestros amos, porque en nuestro rincón pudiéramos pasar tan bien como ellos. Al fin, él se resuelve á que se ha de casar por su gusto con la mujer más hermosa del mundo, y para buscarla hace el viaje y jornada que de mí habéis entendido. Por amor de Dios, que si no deseáis verme perdido que no lo digáis esto aun á vuestro mismo confesor, porque el día que se entendiese que yo cojeaba de la lengua, lo menos sería sacármela y arrojarme después en un fuego. Enseñaros quisiera los retratos; pero tomad, vedlos allá vos despacio, escondedlos presto, y andad norabuena, no salga alguien y me vea con vos hablando en secreto.

Partióse Octavio sobre los pies del contento, más ligero que si fueran sus años veinticinco, y refirióle á su señora *de verbo ad verbum*, sin quitarle una tilde, todo lo que le había sucedido con Jimenillo: significóle el recato del rapaz, y, últimamente, le mostró los retratos, que todos eran imaginarios y no de personas conocidas, que los hizo pintar para esta ocasión don Fadrique á un amigo hábil en Nápoles. Venían envueltos en una carta de pocos renglones que, leyéndola con deseo de ver lo que contenía, era en sustancia estas sus razones: «Siendo ya tiempo de que toméis estado, á la Duquesa vuestra madre y á mí nos ha parecido que sea con una de tres señoras cuyos retratos veréis en la caja que va con ésta, que el uno es de la Marquesa de tal Estado y el otro de la Condesa de tal título y el otro de la Señora de las villas de tal y tal parte, que ya vos sabéis. Todas son mujeres que os merecen, así por la hermosura como por la cantidad y calidad, y aunque vuestra madre y yo pudiéramos deciros cuál es la que os está mejor, hemos querido dejar esto á vuestra elección. Dios os guarde y os traiga bueno á España. Vuestro padre, el Duque.»

Más admirada quedó la Princesa con este nuevo suceso; cobró más respeto y estimación en su ánimo á la persona de don Fadrique, amándole con resolución, así porque creyó que era tan gran caballero como por aquellos recaudos constaba, como por verle tan desinteresado y gallardo en su condición. Miró los retratos, y después de haberlos examinado muchas veces, le pareció, y no fué engañarse, que excedía, aunque todos los sujetos

que contenían eran hermosos, su belleza con manifiestas ventajas. Y así, fiada de sí, y creyendo de las prendas de su persona, que habían de ser poderosas á enamorarle, salió otro día en público á la iglesia á misa, donde él acudió, sabiéndolo, como quien iba á caso.

Desta vista resultó hablarse, y aunque de paso, le dijo don Fadrique, en lengua toscana, tantas cosas y tan bien dichas, con tan alentados bríos y bizarría española, que la dejó enamorada y ciega de entrambos ojos, y muy gustosa del empleo que hacía de su voluntad, porque, por medio del anciano escudero y prosiguiendo con las mismas diligencias, se supo de boca de Jimenillo que su amo había dicho en la mesa, al tiempo de sentarse á comer:

—Despedid los caballos y postillones, que ya yo he hallado más de lo que buscaba. ¡Venturosa aldea, y, entre todos los del mundo, felicísimo castillo, pues sois depositarios de tal tesoro! (¡Oh, bellaco; oh, socarrón; oh, autor de ingeniosísima traición, y qué bien lo dice! Desgraciado serás si no llega á efeto tu deseo.)

Anduvieron de la una á la otra parte algunas embajadas; habláronse con recato y silencio una noche, de donde procedió señalar para el desposorio la siguiente. Esperábala don Fadrique loco de contento, y tan confiado, que cada hora que se dilataba moría lleno de ansias y tristes congojas, á quien ya Jimenillo, como si fuera Príncipe jurado y le hubieran entregado los vasallos las llaves de los castillos y fortalezas, llamaba señoría ilustrísima. Pero, al tiempo que por cerrar la noche

trataba de salir de casa para ir á coger el fruto de sus esperanzas, efetuándose aquel desposorio, halló su posada cercada de una escuadra de soldados, cuyo capitán entró dentro, y diciendo: «Daos á prisión ó la vida», le ató de pies y manos, y metiéndose luego con él en un coche, caminó la vuelta de Nápoles, donde, á fuerza de ruegos, y obligándole más que con ellos con una cadena de oro y sortijas que traía puestas, le dijo dicho capitán el misterio de su arrebatada prisión. Contóle que un tío de la señora Princesa, informado del caso por el amigo que le había hecho los tres retratos, que con ruin y bajo ánimo le vendió, dió luego aviso á su Excelencia, y, echado á sus pies, le suplicó que tratase luego del remedio si no quería ver encendido un fuego en Italia que después fuese dificultoso de vencer, y que de todo le cargarían la culpa, porque el pueblo presumiría que había consentido en ello por el gusto de ver bien acomodado á su criado.

Muerto quedó el miserable don Fadrique, y más escuro su corazón que la noche, con tan triste nueva. Culpó á la fortuna, que siempre tiene desnuda la espada contra los hombres de agudo ingenio; pero, al fin, como hombre de mucho ánimo y poca vergüenza, trató de hacer rostro á todo lo que viniese, cuando, llegando á los pies de su amo, le dijo:

—Después de haber averiguado en un largo proceso todas vuestras bajezas, en que habéis gravemente ofendido á Dios, al Rey y á mi persona, porque merecíades morir, para escarmiento de otros, ha pronunciado la misericordia el auto, y estáis



condenado á diez años de galeras al remo sin sueldo: conformaos con la voluntad del cielo y dadle gracias por la piedad que con vos ahora se usa. Sólo esperamos, para la ejecución desta sentencia, respuesta de la señora Princesa, á quien deseamos dar entera satisfacción; y, en razón de eso, le despaché antier un correo á toda diligencia, que estoy aguardando por momentos; porque os advierto, que si su ilustrísima no se satisface deste castigo, se os habrá de dar el que ordenare y dispusiere.

Estas últimas palabras fueron las que más le dolieron á don Fadrique, porque temió que, como mujer, se vengase; cuyos ánimos, una vez indignados, si se hallan poderosos, son más crueles que los hombres más bárbaros y feroces.

Con estos pensamientos se encogía tanto, que ya tomaba por buen partido la muerte de un veneno, que él mismo, desesperado, trataba de aplicarse, pareciéndole que por lo menos ella, rabiosa del engaño y quejosa de la traición, querría que le enrodasen ó atenaceasen, cuando entró el correo con la respuesta, bien diferente del color pálido de sus temores; porque, en resolución, decía al Virrey, que las galeras que merecía un hombre de tan honrados pensamientos que, siendo pobre y humilde, tuvo bríos y alas en el corazon para intentar no menos que de ser su esposo, eran un oficio de alcaide de un castillo y perpetuo Gobernador de sus Estados, que valía dos mil escudos de renta en cada un año, de que ella le hacía merced, desde luego, casándole de su mano con la señora Laura, la más hermosa y más rica de todas las damas que tenía en su servicio.

Admirado quedó el Virrey y todos los circunstantes de la gallarda resolución de la Princesa, que muchas veces loaron, pareciéndoles que había procedido con real y magnánimo pecho, y, sin dilación, trató de que se efectuasen las bodas entre Laura y Fadrique; el cual, agradecido al cielo por tan gran merced, mudó el hábito de sus vicios en cristianas y loables costumbres.

Deste suceso quedó en Nápoles por refrán, entre los españoles de aquel tiempo, cuando se decía que á algún delincuente se trataba de condenar á galeras y se sabía que tenía favor con el juez y que no peligraría, responder luego: «Ellas serán las galeras del Vende-humo.»

BOCA DE TODAS VERDADES *toma las armas contra el afeite de las mujeres y aborrece tan torpe introducción.*

Esperanzas de volver á pisar presto las calles de Madrid me trujeron unas cartas que recibí el día siguiente, y, fué tanto el gozo que, turbado con la novedad, salí á hacer partícipes de las buenas nuevas á los amigos, y entre ellos al que tanto amaba. Pero antes que yo pasase los umbrales de mi puerta, llegó él en busca mía, y, así juntos, salimos á pasear la ciudad y ver la gente, que por ser día de toros, había concurrido mucha forastera de los lugares circunvecinos.

Estaba el pueblo alegre y bullía la gente; sobraban las ocasiones para echar á volar los la-

droncillos pollos; estábase sacada una bolsa, y tal había, que convidaba y hacía del ojo, llevando algo de los cordones fuera de la faltriquera. No eran los mozuelos ciegos de la vista, ni menos mancos de las manos, pues todo lo barrían con diligencia. Ruin sea el que por esto le castigare: no es la culpa suya, sino del que, tan descuidado de su hacienda, la expone á manifiesto peligro; á éste pusiera yo á la jincta sobre la mansedumbre de un jumento, y, vistiéndole un jubón al revés, se le abotonara á las espaldas con doscientos botones, pues más delitos comete el rico que se descuida de su hacienda que el pobre que, hallando la ocasión, la hurta; porque antes es mucha compasión y debe mover á lástima que, siendo este arte ingenioso y sutil, y por esta razón digno de ser premiado, le persigan y afrenten. Aunque ya se va conociendo mucho esta verdad, y así, en algunas ciudades nobles, entra el ladrón por una puerta de la cárcel y le sacan por otra. «Anda, hijo, recorre la campaña y roba para todos; crece, que buena habilidad tienes, y serás de tu oficio gran persona. Y asegúrote que no morirás, como otros, sin hallar un testigo para hacer testamento: muchos habrá delante, y no poca gente honrada pasando por estos peligros.»

Dimos vuelta al lugar; y, al entrar en el mercado, iban dos forasteras de razonable brío, que obligaron más que otras á los ojos, para que las mirasen con atención. La una llevaba la hermosura de la poca edad, porque los años, si llegaban á diez y seis, no pasaban deste número. La otra, imagen más antigua y de más respeto,



era en todo verdadera imagen, porque iba muy pintada.

Apenas la vió, cuando, dando espaldas, empezó á huir el amigo, y yo tras él, procurando quietarle y saber la razón de semejante fuga; pero no me escuchaba, antes, sordo á mis voces, mientras más procuraba enfrenarle el paso, con más esfuerzo corría, diciendo entre sí:

—¡Jesús, Jesús! ¡Dios me libre de tales visiones!

Llegamos desta suerte á su casa, donde, arrojando la capa y sombrero, sin hablarme palabra, se paseaba divertido por la pieza, y al derecho y al revés, santiguándose una y muchas veces. Llegó á la puerta y torció la llave; y arrojándola en la faltriquera, puso mano á una espada que tenía á la cabecera de su cama. Yo que me vi cerrado con un loco, y en sus manos una espada desnuda, pensé que le había dado el mal, y culpando mi ignorancia, porque me pareció serlo haberme fiado tanto de la conversación de un hombre cuyo juicio padecía calamidad y se había visto en declinación, púseme en pie, y, procurando ganarle las espaldas, para abrazarme con él, vi que se llegaba á la puerta, y metiendo por debajo della la espada, decía:

—No entrarás acá esta vez, demonio en figura humana.

Y luego, dejando esto, se volvía á pasear otro rato, haciendo las mesmas exclamaciones y santiguándose á dos manos.

—¿Qué será esto? (decía yo), ¡pobre de mí! ¿En qué viña ó sembrado ha de caer la preñez de esta nube?



Cuando él, poniendo los ojos en mí, me dijo:

—¿En qué pensáis que no desnudáis el acero en tiempo que el peligro está presente?

—¿Qué peligro puede ser éste, murmuraba conmigo, si no es que este loco piense matarme?

Confuso estaba, y no sabía qué medio elegirme; pero en el entretanto que yo me anegaba en las bascas destos pensamientos, iba él y venía á la ventana, y decía:

—¡Bueno, bueno! aún no viene; esperanza en Dios, que él lo ha de remediar. *Ora pro me, Virgo Maria, ora pro me.*

Desta suerte estuvo una larga hora, hasta que, rendido de cansancio, tomó una silla y arrimó la espada; pero acudiendo luego á la de la lengua, dijo:

—Sin duda, señor Alonso Jerónimo, que sois hombre de más corazón de lo que promete vuestro cuerpo. Admirado estoy: en mucho estimo vuestro buen ánimo y gentil espíritu, pues habiendo visto aquella vieja endemoniada, con aquella espantosa máscara de afeite, estáis con tan buen color y semblante.

Cuando yo le oí nombrar la vieja afeitada y entendí que con ella era la pesadumbre, volví el corazón á su lugar, y escuchéle con más atención proseguir su discurso desta suerte:

—¿Es posible que no la tuvistes por demonio? ¿Pensáis vos que cuando Lucifer pide cuenta á sus ministros y se enoja porque se salvó un alma, que él creyó que se condenara, pone rostro tan espantable como el que llevaba aquella caduca maldita? ¡Aquí de Dios: óiganme todos! Creo que si esta tarde saliese á la plaza y comúnmente, en

los ojos del pueblo, hiciese el efeto que en los míos su vista, que huirían más della que de los catorce toros que están encerrados para correr. ¡Oh, qué mal abuso; introdución ciega y con injusta razón sufrida! ¿Por qué se permite? ¿por qué los hombres caminamos con ella? La mujer moza, ¿para qué se embarniza, pues donde hay poca edad no hay arte que á lo natural iguale? Y la vieja, si está ya en años, que importa poco que parezca bien ó mal, ¿para qué se vale desta mentira? Pues es cierto que engaña el rostro de aquella que, siendo negra, resplandece blanco y rojo. ¿Sabéis qué hacen con esto las necias? Tratar de su destruición, porque la menor dedada que le ponen de afeite es darse una gran puñada en la dentadura, pues á pocos años se hallan las bocas de las mujeres que se dejan llevar deste vicio despobladas, sin ningún vecino ni morador que las habite, y si acaso quedan algunos, son de suerte que el aire pasajero que por ellas sale dice el mal estado de su salud. ¿Hay mayor locura? ¿vistes el error? Date naturaleza la cara de carne y póneste tú otra de solimán; pero ya te entiendo: mujer de bien eres, pues te conoces, sabes tus malas entrañas, y así, para que después no se quejen, póneste en la cara lo que tienes en el corazón. Como quien dice: «Ya avisé primero que arrancase del puesto que quería correr; por eso, si alguien quedare entre los pies del caballo, suya será la culpa y pena.» Por cierto que ya no me admiro de que las muje-s nieguen infinitas veces muchas de las cosas .e las han visto hacer, diciendo: «No era yo la e ayer hizo esa flaqueza; mirad que os enga-

ñáis.» Bien saben su cuento; á fe que juran la verdad, porque como cada día salen con diferente cara, la que era ayer no es hoy, y la que es hoy mañana es otra. Luego bien corre «no era yo»; lenguaje es que se puede admitir. Hanle ganado al traidor alevoso en la puja de los rostros; porque del que camina con tan baja inclinación se dice que anda con dos caras, y éstas tienen tantas como días se afeitan, y la que una vez lo empieza nunca lo deja; de donde queda probado que son tantos sus rostros como los días que viven. Y si de un hombre valiente y animoso se dice por última alabanza: «Fulano es hombre que sabe hacer cara», más dignamente se debe celebrar la gallardía y gentileza de las damas; pues él en una ocasión hace cara, y ellas en muchas hacen infinitas caras. Estas son locas y quieren, enmendando la naturaleza, corregir lo que Dios hizo; pues es cierto que si fuera servido, como todo poderoso, á la fea criara hermosa, y á la hermosa con tanto exceso que fuera milagro de los ojos. ¡Pobre de mí, que no comeré del asco en muchos días! Siempre que al poner de los manteles se me representare esta mujer será para mí aquel día vigilia, y podréis aseguraros de que no quebrantaré el ayuno. ¿Queréis saber en qué posesión tengo un rostro muy afeitado? Pues oid un cuentecillo que, aunque por esta hazaña y otras semejantes me dan algunos título de loco, yo estimo este renombre y no lo renunciaré por ningún dinero, pues con él tengo libertad de hacer cuanto se me antoja, licencia general y puerta abierta; escuchad, pues, que es el caso:

Estando en Sevilla en una conversación de señoras (señoras, digo de aquellas que son mercaderes, mercaduría, porque se venden á sí mismas), en compañía de muchos caballeros mozos, de aquellos que se pagan de buenos gustos; la que tenía el principal asiento en el estrado era una vieja madre de una hija de sus entrañas, muy hija en todo, y ella en todo muy madre. Resplandecíale el rostro y brillaba más que caldero de agua donde hiere el rayo del sol; y si acaso se reía, olvidándose de cubrir la boca con el abanillo, descubría cuatro carbones no encendidos, porque sus dientes no eran más de cuatro, y tan negros, que no les viene larga la comparación, no tenéis que cortarla, que todo lo ha menester. Era ella la señora de la casa, y dolióle en el alma de que una vez que escupí con descuido lo hiciese dentro del alfombra, y dijo:

—¿No había otra parte menos limpia? Otra vez busque lo más sucio de la casa y sea discreto en todo, pues tanto le celebran.

Yo, que oí la provisión que se me notificaba, dije que la consentía, y que estaba presto para el cumplimiento della, siempre que se ofreciese la ocasión. Quedóse así esto, y ocurrieron diferentes materias á la conversación, en que nos divertimos mucho tiempo, hasta que, llegando á mí otra vez la necesidad, arranqué de lo más hondo del pecho, y dile en el rostro diciendo:

—Yo obedezco á V. m.

Alborotáronse las sillas y las almohadas: las unas dejaron las damas y las otras los caballeros, cuando por excusar cuestiones, yo saqué pies á la



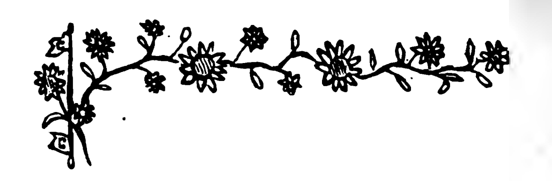
calle, y tras mí mis amigos y, en seguimiento dellos los demás caballeros que, aunque finalmente condenaron mi resolución por locura, la riyeron por graciosa, conociendo que justamente había elegido por lo más sucio de toda la casa el rostro afeitado de la asquerosa vieja.

Hay algunas dignas de mayor castigo que las otras, porque, no solamente se arrebolan y almagran, sino que hacen esto con tan pesada mano, que se les conoce á tiro de culebrina; y no se entiende muchas destas que son muy señoras en no tener en casa un aprendiz de un pintor, con título de mozo de cámara, que las digan cómo han de mezclar las colores, repartiendo la cantidad y señalándoles lugar competente; porque todo lo demás es arrojar la hacienda á la calle y sacar una danza de mascarones que, en vez de admiración, causa risa y donaire. Pero ¿á mí que me va en esto? Allá se lo hayan los maridos que las sufren, que yo no pienso casarme por lo menos en toda mi vida.

Hasta aquí habló su cólera; pero luego dijo á un criado:

—Poned estos manteles; pero en el intermedio que se cubre la mesa, vaya de novela. Y luego, como quien se agradaba y enamoraba de lo escrito, leyó, con mucho gusto, la ingeniosa fábula que agora á los ojos de V. m. presento.





LA NIÑA DE LOS EMBUSTES

NOVELA VIII

Vosotros, los que con curiosa atención leísteis la novela triste del *Escarmiento del viejo verde*, ya que allí os mostró la astuta Emerenciana el caudal de su ingenio, oid y veréis ceñida en corto papel y breves renglones la habilidad de su discípula Teresica, que si la igualó ó excedió, hablen sus mismas obras y sed los jueces. Todas las cosas que el tiempo, la industria y el ardid de los hombres componen, atropella y destruye la poderosa muerte. Porque en sus manos sangrientas está el cuchillo que con valientes filos derriba las gargantas de las criaturas racionales, la hoz que siega las coronadas espigas, la segur que tala y humilla los árboles sombríos, el azadón que allana los montes, el fuego insaciable que traga las ciudades y el insolente mar que sorbe las flotas, ricas y casi inexpugnables armadas. Esta, pues, más amarilla que membrillo nacido y criado en la insigne vega de Toledo; más ladrona que un corchete mulato; más resuelta que un catalán agraviado; tan libre

de pecho como Vizcaya y tan señora para pedirle á todos que, bajando la cabeza y volviendo los ojos á mirarla con respeto, se le pegan cuantos nacen, al mismo punto que mueren, se puso á cuentas con Emerenciana, y hallando por los libros de las entradas que las personas hacen en el mundo que había recibido los días de la vida que le tocaba, usando su oficio con mucha liberalidad, casi de repente (muerte debida á los que mal viven), dió con ella en aquella posada donde ni se cuelgan tapices, ni se ponen esteras y jamás se enciende luz ni lumbre.

Con facilidad se le enjugaron á Teresica las lágrimas, y el consuelo con poco trabajo halló entrada en su corazón, porque ya ella quedó bastantemente medrada en hacienda y tán bien industriada en todos los pasos de la malicia, que sabía muy bien cómo, dónde y á quién se habían de poner las celadas y asechanzas para conseguir felices victorias; porque, aunque sus años no pasaban de diez y seis, sus engaños eran tantos que no se sujetaban á número conocido, de donde le nació el justo título de la *Niña de los embustes*, graduada por las Escuelas de Salamanca, cabeza y señora de las Universidades de la Cristiandad; porque en esta ciudad residía al tiempo que falleció la noble y virtuosa Emerenciana, amparo y abrigo de doncellas huérfanas, socorro de necesidades y flaquezas, de mancebos livianos, y al fin una buena persona. Aquí, pues, hizo ella de las suyas, y aquí llevó el premio de sus hazañas, pues la honraron con el debido renombre que arriba dejamos referido. ¿Quién de sus manos pudo li-

brarse por ingenioso y sagaz que fuese? ¿Dónde no entraron sus engaños? ¿Qué puerta se cerró á sus traiciones, tanto más lucidas cuanto ejercitadas entre la gente de mayor ingenio del mundo, que son los estudiantes, ó por lo menos tienen esta obligación, pues la ejercitan cada día en contiendas sutiles y materias tan superiores que es fuerza que le levanten y acrecienten verdades? que en todos los mercados hay de malo y bueno, no son igualmente finos los paños de Segovia. También en Salamanca, debajo de aquellas lobas largas y sueltas, hay algunos tales, que el último día de Pascua de Navidad hace conmemoración dellos la Iglesia, y son los semejantes una casta de necios insufribles, porque con decir: «A Salamanca me voy, y vengo todos los años», les parece que nos tapan la boca y que se pueden poner barba á barba con Aristóteles y decirle muy libremente su parecer. ¡Oh! esto de llamarnos á cada paso el señor Licenciado es de grande consideración para desvanecernos, y pensar que el despacho de todas las ciencias está en nuestros corazones, y á fe que no somos pocos los que después de graduados arrastramos la cola más larga, porque como se ha hecho autoridad, todos por media vara de paño más ó menos procuramos traer con artificio y cuidado lo que el hermano jumento naturalmente alcanza. Pero quédese aquí esto y demos fin á la plática, con declarar debajo de juramento, que en todo lo que tengo dicho no he hablado apasionadamente, y que lo siento en el alma del modo smo que la boca lo significa. Contemos algo de retenimiento y placer para el auditorio, que ya



sé que me están dando grita para que arroje algún embuste en el corro y cumpla con el título de la novela; digo que les sobra la razón y que me acusan justísimamente, y para que la queja no pase adelante, pidiéndole esta copla prestada á Liñán, empiezo así:

Atended por cortesía,
Parroquianas del deleite
Y ilustres habitadoras
De las Cortes de los Reyes.

Escuchad, pues, soldados de la milicia de Venus, y veréis que haciéndose un epílogo de las astucias y ardides que todas juntas encerráis en vuestros corazones, son pocos y de pequeña substancia para ponerse cara á cara y rostro á rostro con los que, socorrido de la pluma, papel y tinta, os contaré brevemente.

Malas noches, peores comidas y no muy sabrosas cenas le daban á un caballero, hijo de uno de los mayores señores destos reinos, cuyo nombre propio era don Fadrique, los deseos de gozar las gracias y donaires de Teresica, hombre de buenas partes y respetos. Paréceme que alguno me tira de la capa y dice que esta palabra es redundante y sobra en la oración, pues habiendo dicho arriba el nacimiento ilustre deste personaje no tenía necesidad de abonar sus partes, pues claro está que el buen árbol da buen fruto. «Amigo, vete con Dios y no me tientes, porque si me lo preguntas segunda vez podrá ser que te responda lo que ni yo querría decirte ni tú escucharme. ¿Porfías? ¿Cómo es eso? ¿Vuelves á cansarme con la réplica? Pues, hermano

de mi corazón, sabe que no es tan fácil como á ti se te hace, y que está muy oscuro, porque yo he visto y aun tú, si recorrieses bien la memoria me confesarías que no me despeño y que esto es verdad, muchos con obligaciones de sangre generosísima acometen bajezas que, si yo agora estuviera despacio y pudiera tomar esto por principal asunto, te salieras de la pieza tapándote los oídos y dando gritos como un loco por no escucharlas.

Al fin nuestro don Fadrique era mancebo virtuoso, porque no se le conocía más vicio que el de la carne, disculpándole mucho veinte años de edad, por ser la juventud briosa, sujeta naturalmente á semejante flaqueza. Temía siempre el castigo del cielo, y así cuando caía en semejantes torpezas, procuraba por medio de los sacramentos volverse á poner en pie muy aprisa.

Informada estaba Teresica de las calidades de su condición, diligencia que la hizo á poca costa, por ser persona conocida, y al fin, de aquellos hombres que, respecto de su calidad, son tan señalados en la república, que lo bueno y lo malo de sus costumbres todo sale á la plaza, y se pone en la boca del pregonero. Dióle oídos apacibles, hizo ventanas á sus paseos, escuchó sus músicas, respondió á sus papeles, y todo esto gratis, para obligarle con esta liberalidad á que él hiciese una demostración generosa.

Entendióla don Fadrique, y acudió á darle en una hora lo que un platero había trabajado en muchos días: puso en sus manos, valiéndose de los pies de una criada, ricas joyas, adornando sus dedos y garganta preciosos y lucidos diamantes.

Las galas de manteos, basquiñas, ropas y jubones no fueron en la grandeza desiguales á las joyas. Quiso dar á entender Teresica que se había obligado, y así señaló noche y hora á propósito para que el señor don Fadrique viniese á coger el fruto de lo sembrado, esperándole con la prevención de la cautela más única que deste género se sabe.

Publicó luego este caballero su buena suerte á sus amigos, porque entre los señores no es tanto gusto el gozarlo como el decirlo, y así, en razón desto, se cuenta de uno destos reinos, que era tan apasionado de la publicidad que, cuando trataba de regalar á una dama, la servía con cierta cantidad por llegar á la posesión, y con otras dos partes más porque le dejase con libertad la lengua, siendo más vano que lujurioso, y gozándose más en los celos que daba al tercero que lo escuchaba con envidia que en la posesión que alcanzaba.

A todos se les hizo fácil darle crédito, porque como este caballero gozaba de renta eclesiástica más de quince ó diez y seis mil ducados, y era el más poderoso de todos cuantos entraban en aquellas insignes escuelas, conocieron que tenía fuerzas para conquistar provincias más dificultosas. Cumplióse el plazo, y llegó la noche que para esto estaba determinada, acudiendo al puesto D. Fadrique, acompañado de dos criados de confianza, para todo lo que se pudiese ofrecer, armados de pies á cabeza, y el estómago no vacío, antes iban algo alegres y satisfechos, porque se habían encomendado, ya que no á San Martín, á su vino; prevención que hacen todos los que son valientes por oficio y con que se animan tanto, sino es que di-

gamos mejor se ciegan, que acometan cara á cara á cuantos toros pacen las riberas de Jarama.

Tenía la casa de Teresica tres partes por donde podía en ella entrarse, dos puertas, principal y falsa, que hacían á diferentes calles, y las tapias medio caídas de un corral. Hizo su seña D. Fadrique, y apenas fué oída, cuando saliendo la preciosa niña á la ventana, le dijo que la puerta falsa estaba abierta, y que por ella podía subir, por ser la que le caía más á mano, en razón de salir á aquella misma calle.

Con esto se retiró la señora, y él caminó hacia los umbrales con gallarda resolución, pero apenas hubo puesto los pies en ellos, y medio entreabierto la puerta, cuando volvió dando espantosos gritos, temeroso de que en el portal había visto tendidos unos paños negros, y á los dos lados dos candeleros con sus velas de cera amarilla, y en medio un bulto como de persona difunta. Hicieron burla y juego de sus razones los que le servían de retaguardia, como le tenían en opinión de espantadizo, y mucho más la malhechora, que fingiendo unas risadas extraordinarias, le decía no pocas pesadumbres; pero él, firme en su opinión, no quiso volver, aun acompañado de los demás, á tentar la fortuna por aquel paso, afirmando, que por aquella parte no se podía vadear el río, y resuelto á volverse á su casa, por parecerle, que aquellos eran avisos del cielo; pero como ella le dijese muchas cosas, y entre ellas le apretase más con quejársele mucho, dándole á entender que creía que, no á muchos hombres sucede, se le había acalo el gusto luego como halló fácil la posesión



porque los tales no conquistan más que la voluntad y se desvanecen con que pudiendo ejecutar no ejecutaron; burlas que sienten mucho las damas, y dan para esto sus razones, le redujo á que entraría, pero en ningún modo por aquella puerta. Con esto dejó la calle, y dando vuelta sobre la mano izquierda, trató de hacer su jornada por la puerta principal, donde intentó, acompañado de los demás, en razón de que no se atrevió solo, la entrada. Pero como en el ínterin Teresica y dos criadas suyas hubiesen á toda diligencia mudado del uno al otro zaguán todos los instrumentos espantables, fué mucho mayor el miedo que concibió, y tanto, que aunque los compañeros trataron de animarle (bien que en sus corazones no sentían menor dificultad y embarazo), fué imposible; porque le pareció que era cerrar segunda vez los ojos al desengaño, y perder la vergüenza al cielo, que tan á vista de ojos le daba avisos, y que si porfiaba en aquella pretensión ciega y mal intento, podría ser que Dios hiciese en él un castigo notable, que sirviese de ejemplo y se predicase en los púlpitos, no quiso que su cabeza fuese escarmiento de otros, sino tomarse para sí mismo el consejo.

¡Oh, qué de cruces se hacia! ¡Con cuántas admiraciones exageraba el suceso, ponderaba mucho que por entrambas puertas le hubiese acometido el espanto de una misma visión, y decía que la muerte le andaba á los alcances si no se retiraba de semejantes desatinos. Esta fué su imaginación, y confirmóse con tantas veras en este pensamiento, que antes de salir de la calle, en alta

voz, de modó que lo pudieron oir la niña y las demás doncellas que se ocupaban en su servicio, hizo firme propósito de no tratar más de aquella pretensión, y de dar de mano á sus intentos lascivos, con tantas veras, que no pasaría más por aquella calle ni por otra cualquiera adonde la contenida viviese, á cuyas ventanas aun no alzaría los ojos para verlas. Hízola donación de todas las joyas y galas que la había dado, y rogóla que tratase de recogimiento y clausura, haciéndola un breve sermón de la inconstancia de los deleites desta vida, que son de tan poco gusto cuando se gozan y de tanta pena cuando se pagan; y sin esperar respuesta, con pasos largos, picado de la espuela del justo recelo, puso punto en la plática, y de calle en calle se fué á su posada, de donde otro día por la mañana, sin dar parte de lo que le había sucedido, se partió á un lugar de su padre, pequeño en vecindad, y apacible, por la ribera hermosa de un río, que le hacía suave compa ñía, sitio que eligió con prudencia, por parecerle que en aquellas soledades se ofrecían menos ocasiones en que, tropezando los ojos, se descalabrasen los deseos, tratando de librar el espíritu de ocupaciones, para que con esto pudiese entregarse, sin contradicción ni estorbo, con todas veras y resolución de ánimo cristiano á la contemplación alta de los misterios superiores, pareciéndole que este era el verdadero estudio y la ciencia más importante, consolándose con esto de la falta que le podía hacer para pasar delante el no asistir en Salamanca.

Volvamos, que ya sé que todos deseáis que no me olvide de Teresica; volvamos á ella y no la

perdamos de vista, porque, como habréis ya entendido, es tal persona, que si no la estamos mirando siempre á las manos, no viviremos seguros de las suyas, armadas siempre y prevenidas en nuestro daño.

Apenas el señor don Fadrique y los dos soldados de su guarda hubieron desembarcado á la calle, cuando la niña y las ministras, que habían sido cómplices en el delito, con alegre conversación cenaron, siendo tanta la risa y chacota como si aquella noche fuera la de San Juan, alegría común de todas las criaturas, y fiestas que celebran los mayores enemigos de la religión cristiana. Solemnizaron mucho el ingenioso embuste, y gozosos con la vitoria, hallaban tanto deleite en la consideración del buen suceso, que se olvidaban de la cena que tenían presente, y no trataban más de recogerse á la cama y cumplir con la obligación del sueño que si no fueran personas. Volvieron á juramentarse, y prometiéndole todas secreto hasta la muerte, amonestándolas ella, no sólo con las palabras (que éstas pocas veces se ponen en boca tan dichosa que persuaden y disponen el ánimo de la gente y á la ejecución de su voluntad, si el caso es algo dificultoso), sino con obras, dando á cada una parte en lo conquistado, á cuál una joya de las mejores, y á cuál una gala de las más ricas.

Con todas estas diligencias y prevenciones aún no se asegura la niña, como cuerda; temía y dudaba el peligro del engaño, y aún le parecía que podía anublarse el sol y caer piedras sobre los árboles, porque para los reveses de la fortuna no

hay reparo si no es la paciencia, y cuando se llega á tener necesidad della ya está la casa por los suelos, no hay clavos en la pared, ni teja en el tejado. Pero cuando el día siguiente supo con certidumbre la ausencia de don Fadrique y el ánimo resuelto que llevaba de no pisar en muchos días á Salamanca, volvióse á reir el alma, y trató de no dejar el dado de la mano, animada tanto con la buena suerte que ya no temía azar. ¡Oh, qué extraña mujer es ésta, y qué peregrina inclinación la suya, pues no se gozaba tanto con lo que le quita y roba como con el engaño! No es su fin desnudar á los bien vestidos, y más en tiempo que ella tiene tanta y tan buena ropa, sino burlar á los sutiles y bien entendidos, poner debajo de sus pies á los que el mundo reverencia por sabios, ser el cuchillo de los altivos ingenios, azote y fuego de los que pregonan lindezas, dando mano, hilando los bigotes, componiendo á sus tiempos el copete, para un hombre infame, y vergonzoso cuidado. De todas estas cosas y de otras muchas más que agora quiero pasar por ellas de priesa, y olvidármelas en el borrador, se preciaba un señor colegial tan lindo, que no escupía en su aposento nadie sin ser gravemente reprehendido, porque era tan negro de relimpio, que sobre las esteras se podía comer; escuchábase cuando hablaba, y reíase él mismo sus gracias, acompañándole todos aquellos que le querían por amigo, pues para cobrarle por enemigo mortal no era menester más que mesurársele al tiempo que él decía alguna cosa con intento de que hiciera cosquillas al auditorio; esta era la mayor cuchillada que se le podía dar y la

más grave y vergonzosa afrenta que se le podía hacer. Su manteo, su beca, sus guantes, su cuello, sus vueltas, era en todo tan diferente de los demás, que él hacía colegio de por sí. Estudiaba, no en los derechos, por parecer la facultad cansada y peligrosa así para los jueces como para los abogados, y tenía razón, sino el arte de amor. Pretendía, no cátedras, sino damas.

Echóle el ojo Teresica un día en la Iglesia mayor, y jurósela luego; empezóle á mirar tierno, volviendo de cuando en cuando la cabeza, con tanto artificio, que parecía que quería mirar á huerto, y que la iba mucho gusto en aquella vuelta de ojos. Hízolo tantas veces, que no sólo reparó en ello nuestro Narciso, que ya de vano, con ser la iglesia tan grande, se le hacía estrecha, sino unos amigos que le acompañaban; cobró atrevimiento para llegársele cerca y hablarla, y aunque ella se dió por desentendida de la plática y no concedió en nada de lo que se le proponía, estuvo por otra parte tan agradable y cortés, que cayendo esto sobre la singular belleza que la acompañaba, le obligó á que á lo largo la fuese siguiendo hasta su casa, y ella, para arrojarle el cebo y llevarle arrastrando hasta el infierno, al revolver de cualquiera esquina volvía los ojos á mirarle, con tanta vehemencia, que se pudiera entender que le iba no menor interés que la vida; haciendo lo mismo cuando llegó á los umbrales de su casa; cuando, apenas hubo subido, cuando se le puso, con ser más hora de comer que de galantear, á hacerle ventana, soplando con estos ardides extraordinarios tanto la llama de aquel miserable, que con

ser tan vano, pienso que ya en él era mayor el fuego que el viento.

Escribióla luego un papel en el lenguaje dificultoso y estudiado que él hablaba, tan escuro y cerrado, que si Teresica no tuviera buena voluntad de entenderle, que este es el mejor intérprete, hubiera menester socorrerse en esta necesidad de los vecinos: ella, porpue no le cogiesen prendas, no dió satisfacción por escrito; pero dijo á la criada que le respondiese que su merced le había tomado y leído con gusto (favor que á otros no solía hacer); que lo estimase en mucho y cobrase buen ánimo para proseguir en la pretensión, pues con menores principios se llegaba á felicísimos fines. No le desagradó la respuesta, aunque él estaba tan vencido de su deseo que cualquier dilación le ahogaba; pero viendo que era fuerza, procuró consolarse y ponerse en espera, contentándose de cobrar á cualquier plazo, y pareciéndole que así se sazonaba más el gusto, pues los deleites de amor, mientras más pleiteados, más pretendidos y solicitados, son más gustosos.

Él no perdía un punto: en todas ocasiones se hallaba; á las visitas la seguía; aparecíasele en las iglesias; medíale la calle á pasos, y abrasábale las puertas con suspiros; descalabrábala con versos tan duros que parecían prosa; crucificábala con prosa tan rodeada de epítetos que parecía verso, para que por todos los medios y modos humanos se venciese aquella dificultad.

Cansóse la niña, y determinóse á darle un Santiago, tal y tan bueno, que jamás se le olvidase dea en todos los negros días de su vida. El modo fué

este bien gracioso, si mi pluma no le quita escrito la sal y peregrino donaire que él tuvo ejecutado; ruin sea quien agora se divirtiere. Hablóle un día de fiesta por la tarde en la ribera de Tormes; y después de haberle dado larga audiencia, se concertaron así, que porque él no podía faltar ninguna noche de su Colegio, y si á tal se atreviese, sería su perdición y destruirle su opinión y fama para siempre, obligando á los demás á que le pusiesen en la calle (porque los hombres que entraban á ocupar lugares tan graves han de ser virtuosos, ó por lo menos parecerlo), madrugase otro día con las estrellas, dando á entender á sus compañeros que iba á alguna jornada breve, y se viniese á casa de Teresica, entrando por la puerta falsa, donde le esperaría una criada, de quien ella se fiaba, y le metería en su aposento, hasta ponerle al lado de la cama donde había de ser recibido y regalado della. Estas fueron las palabras puntuales del concierto; creedme que no pongo nada de mi casa, porque por la misericordia de Dios escribo con pluma desapasionada y no soy de los coronistas que se dejan llevar de la afición y del interés para no tratar verdad limpia. Reventando de vanagloria volvió á su casa nuestro colegial, y por el camino contó á los amigos, y aun á los que no lo eran, el buen estado de su pretensión, que aunque pareció (y ellos lo dieron á entender así) alegrarse recibieron mucha pena con la novedad, porque todos generalmente estaban cansados y aborrecían con extremo su vanidad y lindeza, y les pareció que si hasta entonces había sido el hombre más impertinente que aquellas escuelas habían

conocido, de allí en adelante se excedería á sí mismo tanto, que fuese necesario, ó desterrarle de la Universidad ó dejarle solo, porque de otro modo su conversación sería peste general. Todos echaban maldiciones á la niña como á fuente y origen de tan graves daños, y deseaban que aquello se desviase, aunque fuese con daño de entrambas partes, de modo que no tuviese efeto, y si no fuera ruindad, dándose por amigos, venderle á su Rector, lo hicieran.

Pasósele toda la noche en prevenir su jornada, y una hora antes de amanecer salió á caballo en traje de caminante, con solo un criado, que iba en el mismo hábito, secretario de sus gustos y persona de quien podía vivir seguro. Ya le esperaba á la puerta Lucrecia, que era la criada, por cuyo medio había hecho su negociación, que tomándole de la mano, y subiéndole por una escalera, y bajándole después de haber pasado por algunas piezas por otra, le dijo con mucho silencio metiéndole en un aposento:

—Ya os dejo en el puesto; ya con esto hice lo que á mí me toca; quedad con Dios.

Y luego tirando de la puerta para sí, cerró por defuera, dejándole dentro.

No se embarazó mucho con esta novedad el honrado señor, porque ya estaba prevenido y avisado de que aquello habia de ser de aquella suerte, en razón de que la niña vivía con mucho recato y no quería que las demás mujeres que estaban en su servicio tuviesen parte de su liviandad. De allí á poco tiempo, como entró en el aposento, oyó toser, y pareciéndole que aquella era seña para que



se acercase, valiéndose entonces del tacto, y haciendo de las manos ojos, fué poco á poco tentando las paredes, hasta que encontró los pilares de una cama, donde paró, y dándose mucha prisa á desnudarse, tomó posesión de las sábanas.

Era el hijo del Corregidor de aquella ciudad (persona que hemos menester mucho para nuestro cuento) un caballero de muy buenas partes, dichoso en todas cosas, según él decía, sino en amores, y aunque había experimentado en su corazón el cuchillo de los desdenes de muchas damas, de ningunos estaba tan lastimado y sentido como de los de la niña, y había jurado en la primera ocasión que él pudiese hacerla un pesar tan grande que fuese en parte satisfación de los que ella le daba. Tenía relación verdadera desto Teresa, la cual, para burlar á dos con una mesma treta, le escribió un papel sin firma, tal que por las razones dél pensara cualquier persona que la leyera, que era de una mujer que la quería muy mal, en que le contaba todo el caso del colegial, y á la hora que había de venir, sin dejar de referirle ninguna circunstancia por menuda y pequeña que fuese. Holgóse mucho don García (que así dicen los historiadores que se llamaba, y todos conforman en ello) con el aviso, y previniendo al Alguacil mayor de su padre y á los demás, se fué con ellos, acompañado de la canalla vil de los bellegines y corchetes, sayones de nuestros tiempos y compañeros del verdugo, á darle la madrugada á mi señora doña Teresa.

Llegaron á las puertas de su casa una hora después de haber entrado aquel hidalgo que vino en

figura de caminante, y llamando con aquel ruído y vocerío que suelen, mandaron que los abriesen, so pena de que si en esto hubiese falta pondrían las puertas en el suelo. Obedeciéronlos, y apenas hubieron puesto los pies en el zaguán, cuando, sin parar, de pieza en pieza, caminaron hasta la cama donde estaba la niña, que no fué pequeña su turbación. Como la hallaron tan desierta y desocupada, quedaron todos corridos, y mucho más el hijo del Corregidor, por haber descubierto sus malas entrañas en ocasión que su venganza quedaba en vano, de donde tomó alas para decirle muchas pesadumbres la niña, oportunidad que ella había deseado. Tratóle tan mal de palabra, y sacudióle tan bien el polvo con la lengua, diciéndole algunas verdades conocidas en razón de nacimiento, que le vistieron el rostro de grana, que diera él por no haber intentado la visita todo el mayorazgo que esperaba heredar de su padre, que no era pequeño. ¡Oh, cuánto se alegró ella de haber cogido este hombre entre sus manos para darle á su salvo una vuelta de malas razones y peores respuestas! Los Alguaciles callaban, y todos estaban con miedo de que no se fuese á quejar al Corregidor, que la miraba con tanto apetito como otro cualquiera de los más picados, y sabían que quejas dadas por ella, y más tan justificadas, serían mucha parte para desacomodarlos, y así todos, desde don García al menor portero, con mucha humildad inclinados la pidieron perdón, diciéndole que se habían engañado, y prometiéndola castigar á los autores maliciosos que trataban de infamarla con Fulano, hombre de tales



señas y colegial de tal Colegio, de quien se decía que había entrado aquella mañana antes de romper el día en su posada.

Entonces ella, que estaba ya bien vengada de don García, y no quería que el presumido loco y de sí mismo enamorado á quien escondió Lucrecia quedase sin llevar parte de la colación, pues él era el santo principal por quien se hacía toda la fiesta, dijo:

—¡Ay, señores, señores míos! ¿Cómo es esto? ¿Hombre en mi casa esta mañana, y de semejantes señas? Como creo en Dios que debe de ser alguna liviandad de la gente que tengo en mi servicio, que aunque por lo que á mí me toca procuro elegir siempre criadas virtuosas, al fin, al fin, no hay que fiar de las más buenas, y muchas veces perdemos nosotras por ellas. Visítenme toda esa casa, por amor de Cristo; háganme este gusto, que quizás los ha traído el cielo para que agora salga con esta experiencia la verdad en público, y se vea cuántas mujeres principales viven difamadas en el mundo injustamente.

Tantas veces se lo pidió y persuadió, que hubieron de condescender con su gusto, requiriendo todos los rincones, desde las azoteas hasta las bodegas; pero ya al tiempo que querían irse abrió Lucrecia el aposento donde había encerrado á nuestro colegial, y apenas pusieron los pies en él, cuando encontraron con la cama, y en ella á su lado una negra, esclava de Teresica, que sobre ser mujer de aquel color, era la más fea de facciones que se conocía en muchas leguas; pero tan ladina y astuta, que estudiaba los papeles que su ama

componía tan bien, que por su parte no se echaba á perder la representación. Admirable y peregrino espectáculo fué á los ojos de los presentes el desconforme lecho, y mucho más para el engañado amante, que con la luz descubrió la noche de las tinieblas de aquel rostro, á quien en la escuridad tantas veces llamó sol y día. Turbado y loco, no supo hablar en mucho tiempo de corrido y afrentado; al fin hubo de vestirse y desocupar la casa, porque la justicia se lo mandó así, y apremió con todo rigor á que lo hiciese, diciéndole entre burlas y veras muchas palabras que le atormentaron el corazón. No se atrevió á irse á su Colegio hasta ver cómo se asentaba aquel negocio y entender el principio y origen de su desgracia; para esto hizo diligencia escribiendo un papel á la niña, la cual le respondió con mucho sentimiento y dolor de su afrenta, y le dió á entender que la que le había entrado en aquel aposento no era Lucrecia, como él decía, sino otra negra compañera de la que tuvo al lado, que por ver que estaba dél muy enamorada, sabiendo que era aquella madrugada la que se aplazó, para que viniese, se previno antes que Lucrecia y le trocó la suerte; también le dijo que el haber él publicado entre tantos amigos suyos el suceso de sus amores fué ocasión de que la justicia entrase en su casa, porque los invidiosos de quien él se fiaba dieron soplo; y que pues era hombre de tan poco secreto y corto vaso, que tuviese de él mismo la queja, dando á su lengua el castigo, pues ıé uno de los autores de su daño, y el más prinipal.



Aún más confuso y corrido se halló de lo que antes estaba de la respuesta de Teresica, su muy amada, porque se vió con esto privado de volverla á gozar, como quien no merecía favores tan grandes, pues no sabía callarlos. Sobre este golpe recibió otro no menor, porque entró su criado y le dijo:

.—Señor: hoy ha sido para mí el espantoso día del juicio; conviene que al mismo tiempo que cierre la noche nos vamos huyendo desta ciudad, donde tantas espadas se desnudan contra nosotros, porque agora vengo de escuelas, y en ellas el caso es tan público, que no hay quien le ignore: todos le saben, y todos se admiran, y al fin, al fin, como V. m. tiene tantos émulos, pocos son los que dejan de alegrarse, y muchos dicen con muy buen ánimo todas las gracias y donaires que les ofrece el ingenio, y hay quien se afirma que del mucho vicio que ha tenido V. m. en esta parte de la sensualidad acometió tan torpe apetito, y quiso variar el gusto cansado de lo blanco, de lo trigueño y de lo moreno con lo negro atezado, y más que la noche escura. «¡Plega á Dios, decía éste (haciendo una exclamación muy dolorosa, suspendiendo los ojos en el cielo y juntando las palmas), que no se despeñe aún á peores delitos! Porque, señores míos, á mí nunca me agradó mucho aquel hombre; siempre me olió mal tanto oler bien, y todas las veces que le miraba aquellas manos, que el traía con tanto cuidado, acá en mi corazón le pronosticaba que había de morir (¡plega á Dios que yo me engañe, que aún no estoy fuera de la opinión!) de un mal de garganta, no el que llaman

garrotillo, sino garrote entero, dándole por sepultura, no el elemento de la tierra común á todos, sino el del fuego, sepulcro el día de hoy de infelices, y miserables hombres.»

Reventar quiso con esta segunda embajada el burlado y corrido amante; pero, después de haber considerado lo que en esto debía hacer, se determinó á esperar la noche, como lo hizo, y tomar el camino de Sevilla, de donde era natural, y desde allí embarcarse para las Indias, porque en ella tenía un tío hermano de su madre, muy rico, y deseoso de verle y tratarle para hacerle su heredero, dando con esto de mano á Salamanca y á todo género de estudios, á quien él aborreció con extremo toda su vida, y ocupación en que estaba violentado, haciendo fuerza y pesar á su inclinación.

Alegre y vitoriosa quedó la niña con este nuevo triunfo, y mucho más por lo que después dél tan en su favor se siguió, que fué el verdadero trofeo y los más principales despojos, con que todas las hazañas de su ingenio se dieran por bastantemente premiadas, porque como el hijo del Corregidor, Alguacil mayor, y demás consortes quedasen admirados de su inocencia al parecer, y extendiese por la ciudad el cuento, con que todos los aficionados de su buen talle tomaban la mano en su favor y defendían una opinión con muchas veras, que era decir que de allí se infería que, como aquél había sido testimonio, siendo las culpadas sus criadas, que todas las cosas que della se contaban no eran verdad, sino falsas y llenas de engaño y mentira.

Un hijo de un mercader de aquella ciudad, mozo, recién heredado, bonito de talle y abogado de entendimiento, que estaba della muy enamorado, se contentó mucho desta razón, y la aprobó con tantas veras, que valiéndose de ruegos, intercesiones y medios que para ello puso, porque quisieron que le costase sus pasos y diligencias, se casó con ella, á pesar de todo su linaje, que con mano armada procuraba divertirle los intentos santos y honestos de su matrimonio, celebrando el desposorio, así los caballeros ciudadanos de hábito corto, como los forasteros que vestían sotana y mateo, con tanta alegría y contento de todos, que parecía que cada uno en particular era muy interesado. Pero como las mercedes de la fortuna, y liberalidades generosas, cuando las hace con mano tan franca, tienen siempre el peligro á la puerta, á pocos días se mudó el estado destas felicidades en trabajos y desconsuelos, porque el novio murió á un mes de desposado, con sospecha y mala voz de que sus deudos le habían dado alguna cosa que le llevó, á paso más largo de lo que él quisiera, y en menos término de otros treinta días la criada de quien ella hacía más confianza la robó, aconsejada de un amigo suyo, lo más que pudo de joyas y vestidos; y aún no contenta con esto, derramó todos los secretos que traía colgados de su corazón, descubriendo las trazas, invenciones y rodeos de mi señora doña Teresa á diferentes personas. Ella se fué á tierra donde hasta agora no se sabe que haya escrito, y su ama tuvo necesidad de hacer con brevedad lo mismo porque como se le habían descubierto sus fábri-

cas, quien más la honraba y con mejor título procuraba ennoblecerla, la llamaba la *Niña de los embustes*. Después acá tengo nuevas de persona que sé que no me engaña, que pasó á Valencia, donde, como se llevó allí su buen ingenio, porque no se embote la habilidad y cuando sea necesaria no se halle de provecho, ha hecho y hace de las suyas. Tiempo tendremos, y pluma más bien cortada con que referirlas á los amigos de buen gusto que saben celebrarlas.

BOCA DE TODAS VERDADES *engrandece la virtud de la Caridad, y ofende mucho de que no se castiguen los vagamundos, que se valen del título de legítimos pobres; y despidiéndose de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, pasa de Tudela á Pamplona.*

Salimos á la plaza, después de haber comido, donde con mucha comodidad vimos la fiesta, para mí en todos tiempos cansada, tanto, que si en algo dejo de ser español, es en no deleitarme con semejante regocijo. Pero apenas había dado el tercer toro una vuelta, cuando arrebatando á un desdichado, que se dió pocas mañas con los pies á huirle el cuerpo, le trató tan mal, que al parecer y juicio general de los que lo mirábamos, se creyó haberle muerto. Acudió un sacerdote á confesarle, con que se sosegó la inquietud del pueblo.

Enfadóse, ó por mejor decir, dolióse tanto del suceso, que se bajó del puesto, con no pequeño

gusto mío, porque estaba con el mismo ánimo, y así le seguí; dejamos la plaza, y preguntando dónde habían llevado al herido, nos dijeron que al hospital.

—¿Habéisle visto?—me preguntó.

Y respondiendo que no, replicó:

—Pues yo tampoco; vamos allá, y veamos el cuidado y solicitud que se tiene con el beneficio de los pobres y abrigo de los cansados peregrinos.

Consentí con su parecer, y guiados de un hombre que era natural del lugar, llegamos á la casa de la piedad, donde sin parentesco ni obligación, solamente por la desnuda caridad, se consuela el miserable, procurando su regalo y alivio.

Hallamos más de que habíamos concebido en la imaginación, y tanto que nos admiramos, porque la Iglesia, es de las mejores que yo he visto en casa de hospitalidad, las salas de la enfermería, grandes y espaciosas, y la ropa y limpieza de las camas mucha, descubriendo por una y por otra parte las ventanas amenísimos campos, que para los enfermos convalecientes son de mucho socorro en cualquier melancolía. Llegóse la hora de darles de cenar, y hízose esto con tanta puntualidad y silencio, que nos admiró la caridad de los caballeros naturales desta ciudad, porque asistían allí personalmente algunos al servicio de los pobres. Déstos supimos la renta que tenía la casa, y cómo dentro de pocos años vendría á ser uno de los más ricos hospitales de toda España. Díjome el amigo entonces:

—Mucho me pesa dejar tierra donde se administra el servicio de Dios con tanta piedad y lim-

pieza de ánimo, pues por lo menos se podía prometer aquí cualquier forastero, hombre principal, que si llegase la necesidad á sus puertas, se la suplirán, pues es cierto que donde se duelen del trabajo de un mendigo más bien se apiadarán del que por sus obras y honrados respetos representare ser hombre noble. Agora, señor, por cualquier parte donde os arrojare la fortuna, estimad la memoria desta gente, verdaderamente cristiana, pues han hallado la llave del cielo, y van por el camino más fácil, por donde con menos pasos se llega al fin de la jornada, y se asegura la quietud del eterno descanso. ¡Oh, qué virtud singular y provechosa, pues con ella tanto se interesa, por uno corresponde con ciento, y después la vida eternal ¿Qué os parece? Si sois contador, acudid á los ceros y ajustad la cuenta, y veréis si es útil la granjería: todo lo que un hombre tiene de más caritativo, alcanza de más nobleza, porque se avecina á la naturaleza y condición de Dios, y, por el contrario, mientras más un mortal se destierra de la piedad, más se infama, pues se avecina y hace semejante á los brutos, en cuyos corazones la razón no es vida y su voto se desprecia. Gran regalo nos dejó Dios en la tierra con darnos pobres, pues representando ellos su misma persona (que esta ley estableció su voluntad) en ello le servimos y reverenciamos, gozando de su comunicación, que es Dios tan bueno para con nosotros, que porque le hallemos manual y estar siempre conversable, escogió andar en el mundo en figura de los mendigos, que son los que Él llama sus hijos, y para quien tiene guardado el mayorazgo

del cielo, si con buen ánimo y constante espíritu pasaren la carrera de los trabajos. ¡Oh, pobres, siempre dichosos y bienaventurados, pues adquiriendo el último y verdadero bien para vosotros, sois medio y ocasión para que los demás lleguemos á la cumbre de aquella que sola con verdad se llama felicidad y quietud; para estos tales, para el servicio de tan legítimos herederos del tesoro de la eternidad pocos son dos brazos, el corazón es posada pequeña y el ánimo se corre de no poder servirlos como á hijos de tal Padre! Pero aquellos valdíos que se alzan con la limosna, siendo como ladrones, pues piden injustamente lo que no les toca, en cualquier república fuera justo que se hiciera contra éstos centinela y se tratara de obligarles con riguroso castigo á mudar de vida.

En ninguna parte sobran tanto como en la corte, porque aunque se desea y procura el remedio, es la ejecución difícil, en razón de ser ellos sin número. Hay unos que son músicos y retóricos pobres de *Domine, labia mea aperies, et os meum annunciabit laudem tuam,* porque piden entonando la voz y diciendo:

—Loado sea el dulcísimo nombre de Jesús; fieles y devotos cristianos, hagan bien por caridad á este pobre, que no lo puede ganar; remédienme, señores, y duélanse de ver mi necesidad.

Suelen muchas veces concertarse dos déstos y dar vuelta á todo el lugar, llevando cada uno su acera, sin dejar calle que no pasen, pidiendo *ad invicem,* saliendo cada uno cuando le toca la suya, atronando la calle y alborotando los vecinos.

Otros hay que negocian por importunos, válense de una y otra réplica y señalan ellos la cantidad de la limosna, como si de derecho se les debiera. Desta suerte llégenseos por el lado, y haciéndoos una reverencia, con el rostro contrito y las manos compuestas, os piden una limosna. Respondéis vos:

—Dios le ayude, hermano, que no tengo que darle.

Replica él:

—Un ochavito siquiera por amor de Dios, ó un bocado de pan, que no he comido hoy.

Volvéis vos algo ahumadas las narices y preñados los ojos, y decís:

—Amigo: ya os he respondido; holgárame de tener que daros, perdonad.

Vuélveos él la pelota y dice:

—Señor: unos zapatos viejos ó un sombrero.

Y vos, que al fin sois cristiano, en respeto del santo nombre por quien lo pide, corregís la cólera, y ya más por la importunación vencido que de la devoción obligado, le dais limosna, por quitárosle de la oreja, donde os cansa y divierte del negocio que tratáis.

Quisiera yo preguntarle á uno déstos:

—Ven acá, hijo; ¿tiénesme por bobo? Pues hete dicho que perdones, y que no te puedo ó quiero dar un ochavo de limosna, y replícasme con pedirme unos zapatos viejos, que por lo menos mal vendidos valen un real, con que puedo yo hacer limosna á un pobre vergonzante.

Vase al fin, y en traspuniendo la calle, el que á vos llegó representando figura de hombre enfer-



mo, trota dando uno y otro brinco, cálase á un bodegón, compra tajada y mendrugo, y trasládase á una taberna, donde cada trago que se arroja es dar un paso más hacia el sueño, y échase tantos, que al fin viene á entrársele por sus puertas; lástima es por cierto que se pierdan tales sujetos, y en cualquiera dellos no ocupe el honrado lugar de espaldier de una galera, pues otros con menos méritos gozan este y mayores premios.

Demás déstos andan unos picarotes muy sucios, crecido el cabello y los mostachos en postura de quistión, capotillo de dos aldas y espada á zurdas; éstos piden para un pobre soldado que en servicio de la religión cristiana y de su Majestad se mancó un brazo, y si acaso no les dais tan presto como ellos quieren, que dejarlos de dar os fuera mal contado, os dicen una desvergüenza. Esperan á que se enturbie la luz del día, y en cogiendo la noche de medio cuerpo abajo, adquieren jurisdicción sobre vuestra capa y la mía, y sin oiros en segunda instancia ni conceder la apelación, os hacen gentilhombre, envianos á casa en cuerpo, que una noche de invierno que llueve es el traje á pedir de boca y el que vos más habéis menester.

Pero, señor, ni éstos ni los que atrás tengo referidos, me cansan tanto como unos hombres, aquéllos dije que en fe de limosna os hacen una estafa; y es este el camino, procuran saber vuestro nombre juntamente con las calidades de condición y sangre, y llegándose á vos con mucha gravedad, os quitan el sombrero, diciendo: «Beso las manos de V. m., señor Fulano.» Como por la mayor parte traen bueno ó razonable hábito, respondèisle con

la mesma cortesía; pero á pocos lances os dicen que son hombres principales, y que trabajos les han traído á tanta miseria que no tienen con qué pagar la posada, ó cenar aquella noche, que por amor de Dios que les deis un socorro, y que creáis que no se avergonzaran con otro hombre, porque saben vuestra virtud y nobleza, y que estáis muy enseñado á favorecer necesidades honradas. Vos entonces, que sois más vano que cuerdo, echáis mano á la bolsa y dáisle cantidad que no soléis en veinte limosnas legítimas.

¿Qué sentís de los capigorrones que, haciendo ostentación de muy latinos, son como el papagayo, que en sacándole de cuatro cosas que tiene estudiadas, enmudece y no sabe más que volver á repetirlas, pues toda su elocuencia no pasa de aquí? *Da mihi eleemosinam, domine, propter amorem Dei;* porque este latín se le alquilaron con la sonatilla y ferreruelo.

Y porque no penséis que peco de largo, un cuentecito os diré goloso, sal trae consigo, y tan á propósito de lo que hablamos, que viene más justo que bota en pierna de portugués. En la plazuela de Santo Domingo el Real de Madrid, donde tiene asiento uno de los oráculos que consultan los ladrones de la corte, escuela de cicateros y plaza pública, en quien se recoge parte de picardía holgazana, conocí mucho tiempo un bellacón de gentiles tercios, gran persona para ganapán, pero él tenía por mejor robarlo que ganarlo, que se puede hacer.

Todo este mundo es opiniones, y cada uno piensa que la suya es la derecha: quizás este buen



hombre se hallaba con mucha habilidad de ladrón, y le pareció que era conciencia el dejarla pasar sin emplearla en ocasiones.

Estando yo, pues, un día en el patio de Palacio, á la puerta del Consejo de Indias, en una conversación de caballeros y soldados, llegó éste á pedir limosna con la treta y traje que dicho tengo. *Da mihi eleemosinam,* etc. Parecióme luego como le vi que le conocía. Diéronle los más la limosna del Dios os ayude; pero yo, por obligarle y sacar á luz mi sospecha, apartéle á un lado, y dándole medio real, le dije, poniéndole unas *Horas* en la mano, que me declarase en los *Psalmos penitenciales* un verso que no entendía: llegáronse algunos que me tenían en opinión de malicioso con ánimo de que yo saliese feo; pero sucediole el sueño del ciego; porque esforzándose el ladronazo todo lo que pudo, habiéndole yo dado las *Horas* al derecho, las volvió del revés, y por allí hacía que leía entre sí; de donde entendimos que aun no conocía las letras. Apretámosle con esto los cordeles, y confesó ser el propio que yo pensaba, rióse y hízolo chacota cuando se vió convencido. Celebráronle todos la invención y diéronle liberales limosnas, siendo más caritativos con él cuando descubrió ser bufón que cuando representó ser pobre.

Desta suerte discurría BOCA DE TODAS VERDADES, y yo atento las escuchaba de su corazón; pero como ya el sol declinaba, y él, según me había dicho antes, hubiese de llegarse á Pamplona, cabeza y corte deste reino, á un negocio breve, dándome segura esperanza de que luego volveríamos á ver·

nos, me despedí dél, con no poco sentimiento, dándome apretados abrazos; hele esperado aquí algunos días, y pienso que su vuelta no puede dilatarse mucho.

Si esta relación tuviese para V. m. algo de entretenimiento, la suplico me avise para que yo prosiga con los demás discursos que con él tuviere; bien pienso que mi pluma ha escrito mal lo que él dijo bien, y que si V. m. le oyera, confesara que era sujeto digno de toda alabanza; pero esto será algún día, porque él vive con grandes deseos de conocer en V. m. el ingenio que tantos justamente admiran. Cuya persona guarde nuestro Señor los muchos años que puede y yo deseo. De Tudela de Navarra, y de Agosto cuatro de mil y seis cientos y doce.—*Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo.*



LA
SABIA FLORA
MALSABIDILLA.

A Don Jvan Andres Hurtado de Mendoça Marques de Cañete, Señor de las villas de Arjete y su partido, Montero mayor del Rey nuestro señor, Guarda mayor de la Ciudad de Cuenca.

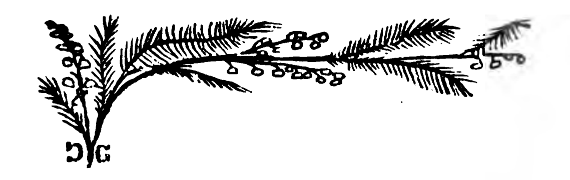
AVTOR

Alonso Geronimo de Salas Barbadillo.

Año ESCUDO 1621.

Con privilegio,
En Madrid, Por Luis Sanchez.

A costa de Andres de Carrasquilla mercader de libros.



Tassa.

Yo Hernando de Vallejo escriuano de Camara del Rey nuestro señor, vno de los que en su Consejo residen, doi fe, que auiendose visto por los señores del vn libro, que con su licencia fue impresso, intitulado, La sabia Flora, compuesto por Alonso Geronimo de Salas Barbadillo, Tassaron cada pliego del dicho libro á quatro marauedis, el qual tiene veintidos pliegos, que al dicho precio monta cada libro en papel ochenta y ocho marauedis: y mandaron que al dicho precio se venda, y no a mas; y que esta tassa se imprima y ponga en el principio del primer pliego; y que no se pueda vender ni venda de otra manera. Y para que dello conste, de mandamiento de los dichos Señores, y pedimiento de la parte del dicho Alonso Geronimo de Salas Barbadillo, di esta fe en Madrid, a ocho de Febrero de mil y seiscientos y veinte y vn años.

Hernando de Vallejo.

Suma del priuilegio.

Tiene licencia y priuilegio por diez años Alonso Geronimo de Salas Barbadillo, para que ninguna persona sin su licencia pueda imprimir este libro

intitulado, La sabia Flora Malsabidilla, so graues penas, como en el dicho priuilegio mas largamente se contiene. Su fecha en Madrid a 31. de Diciembre de 1620. años. Passó en el oficio de Hernando de Vallejo escriuano de Camara, refrendado de Pedro de Contreras, Secretario del Rey nuestro señor.

Este libro intitulado, La Sabia Flora Malsabidilla esta bien y fielmente impresso con su original. Madrid y Febrero 8. de 1621.

El Licen. Murcia de la Llana.

APROUACION.

Por comision del señor Doctor Vela Vicario general desta villa de Madrid y su partido por el serenissimo señor Infante Cardenal, &c. he visto vn libro intitulado, La sabia Flora, en quien no hallé cosa que ofenda a la piedad Christiana y buenas costumbres, antes es digno de comunicarse a todos por la agudeza y elegancia de su autor. Este es mi parecer, y lo firmé a vltimo de Otubre de mil y seiscientos y veinte.

Presentado fray Andres Sanchez de la Costa.

El Doctor don Diego Vela Canonigo de la Santa Iglesia de Palencia, Vicario general desta villa de Madrid por su Alteza del serenissimo señor Car-

denal Infante mi señor, doy licencia de mi parte para que se imprima vn libro contenido en esta peticion y decreto, intitulado, La sabia Flora, atento ha sido visto y examinado, y no tiene cosa contra la Fe y buenas costumbres. Dada en Madrid a 31. de Otubre de 1620.

Doctor Diego Vela
Por su mandado, Diego de Ribas.

APROUACION DE DON IUAN VARONA ZAPATA CAPELLAN DEL REY N. S.

Muy poderoso Señor.

Por mandado de V. Alteza he visto vn libro intitulado La sabia Flora Malsabidilla, compuesto por Alonso Geronimo de Salas Barbadillo, y no he hallado en el cosa alguna por donde se le pueda negar la impression, es sutil y curioso, y bastantemente acreditado con el nombre de su dueño, en quien alabo la virtud del recogimiento, pues parece que siempre está escriuiendo, y nunca fatigado; y admiro la facilidad, pues en el tiempo que otra pluma no pereçosa gastara solo en escriuirlos, dispone y saca a luz tantos libros, tan ilustres todos en su perfecion, que vno solo bastara a ser ocupacion de la vida de vn grande ingenio; y assi en este como en qualquiera de los que yo he visto, merece que V. Alteza le haga la merced que suplica. En Madrid a 8 de Nouiembre de 1620.

Don Iuan Varona Zapata.

DON DIEGO CARRILLO DE MENDOÇA.

Soneto.

Rompa la esfera del hermoso cielo
A la casa del Sol buril canoro
Voz de la fama, y en colunas de oro
Plus vltra ponga de tu heroico buelo.
Lo que tu pluma escriue, por el velo
Celeste se dilate, y con decoro
Cada letra será de tu tesoro
Estrella fixa sin errante velo.
Apercibes memorias inmortales
Con dulces hijos, que en doradas cunas
De Roma eternizaran los anales.
Tus libros de Virgilios nombres cobran,
Y dizen ya con numero de Lunas,
Mecenas faltan, que Virgilios sobran.

DON FERNANDO HURTADO DE MENDOÇA

No ya con cánas espumas
de Mantua bese la planta,
ni con sañuda corriente
el Pó, tesoro en Italia.
No con soberuia y coraje
el Rodano bañe a Francia,
ni con aguas cristalinas
fertilize sus campañas.
No el Tiber diuida vndoso
a la gran Roma que aguarda
no humildades de su rio,
si inundaciones de plata.

Ni el Betis con onda opima
  dulce admiración de España,
  de espejo sirua a Seuilla,
  de fortaleza y de guarda,
Pües oy Mançanares tiene
  en sus arenas doradas
  vn ingenio peregrino
  digno de laurel y palma.
Pero a ti diuino Alfonso
  no Daphnes brillante aguarda
  a coronar essas sienes,
  que es indigna por humana,
Sino Ariadna te ciña
  con la corona estrellada,
  que a pensamientos diuinos
  estrellas hazen la paga.
Y luego canora trompa
  al viento publique vfana
  por milagroso tu nombre,
  por deidad sublime y alta.
Y en bronze esculpido quede
  cuyas laminas sagradas
  a inmortal memoria siruan
  de blason de nuestra España.

DON DIEGO DE CONTRERAS PAMO, CAUALLERO DEL HABITO DE SANTIAGO EN ALABANÇA DEL AUTOR

  La que a una tabla, o papel,
Espiritu da excelente,
Mano es sin duda valiente,

O pluma rija, o pincel:
Pero su mismo laurel
Apolo cede, no esquiuo,
al que hizo bolar altiuo
Vn sujeto humilde y rudo,
Mas otro esperar no pudo
Tal laurel siendo vos viuo.

DE ANDRES DE CARRASQUILLA EN ALABANÇA DEL AUTOR

Todo el Orbe es a tu fama
Circulo poco espacioso,
Aspira para el g orioso
Campo del Sol y su llama:
De tu ciencia cualquier rama
Ciñe de Apolo la frente,
A ningun mortal consiente
Que se atreua a tu alabança,
Que aun el pierde la esperança
De cantalla dignamente.

IVAN BAPTISTA COLOMBRES EN ALABANÇA DEL AUTOR

Vuestra diuina eloquencia
Leuanta tan alto el buelo,
Que parece que del cielo
Deciende su inteligencia,
Con cuya heroica eminencia
Muestra su altiuo conceto
En el mas humilde objeto

Tan alta sabiduria,
Que es de los ingenios guia,
Y de los sabios preceto.

A D. IVAN ANDRES HVRTADO DE MENDOÇA MARQUES DE CAÑETE, SEÑOR DE LAS VILLAS DE ARJETE Y SU PARTIDO, MONTERO MAYOR DE SU MAGESTAD, GUARDA MAYOR DE LA CIUDAD DE CUENCA.

Como en esta edad, seruil aduladora de los vicios, padecen las generosas virtudes tanto desluzimiento, apenas ay quien ocupe la pluma en celebrar las hazañas de ilustres y valientes Capitanes, cuya insigne memoria siruiendoles a ellos de premio, fuera para los presentes vtilissimo exemplo; que a no ser assi, tantos felices ingenios como oy se conocen, todos juntos en comun, y cada vno en particular, cantaran los hechos de Don Garcia Hurtado de Mendoça, padre de V. Señoria, y glorioso ornamento de la nacion Española, pues desde sus primeros años, despreciador de la muerte, tratando el hierro y el azero, apenas huuo parte en todo lo descubierto del Orbe, a quien no hiciesse calificado testigo de su valor, siendo igualmente admirable a los varones politicos de la Europa, como a los rebeldes barbaros de Chile; que parece que viniendole estrecha la tierra y mar deste mundo nuestro, que solo conocieron los antiguos, se fue a buscar otro nueuo, donde en mas dilatado campo se pudiessen estender sus obras inuencibles y magnificas. Yo como

mas obligado ardo en los inclitos deseos de su alabança: mas mientras llega este para mi dia venturoso, ofrezco a los pies de V. Señoria vn humilde y desluzido discurso, ya justamente confiado; porque se assegura con las armas y blasones de V. Señoria, que puestos al principio deste libro defienden la puerta a los atreuimientos vanos de la inuidiosa emulacion. Guarde nuestro Señor a V. Señoria largos y felices años. De Madrid a 10 de Febrero de 1621.

Alonso Geronimo de Salas Barbadillo.

—

AL VVLGO.

Carissimo vulgo, la sabia Flora Malsabidilla sale a festejarse estas Carnestolendas, segura de que sus embustes no han de admirarte, ni ofenderte, por ser tu artifice de otros mayores; por cortesia te pide (que bien sabes tu que a las damas se deue, si ya no es que en el vulgo vil no cabe tan generosa virtud) que no quieras penetrar lo interior desta alegoria con daño y ofensa de los terceros, atribuyendo muchas cosas de las que aqui se te proponen, a quien tu quieres satirizar con pluma agena, terminillo de que otras vezes te has amparado, dando enemigos a quien ni los busca, ni los merece. Esta es vna fabula verisimil, no verdad historica, la dotrina que debaxo della se contiene, si en algo te puede tocar, recibe con silencio: mas dirás que quando llegué a semejante peticion, se me deuio de oluidar que hablaua con el vulgo,

rompedor violento de las mas santas leyes, risa y desprecio seré de tus confusas vozes: oxala me viesse yo en tan alta estimacion, pues ya no ay mas segura alabança que la que viene encubierta en tu desprecio.



LA SABIA FLORA MALSABIDILLA

Las personas que hablan.

FLORA.
CAMILA, *su amiga.*
TEODORO, *amante de Flora.*
CLAUDIA.
MARCELO, *hermano de Teodoro.*
ROSELINO, *su primo.*
MOLINA, *criado de Teodoro.*

ACTO PRIMERO

FLORA *y* CAMILA.

Camila.—Tus años son diez y siete, Flora, y tus habilidades no se reducen á número, exceden la presunción humana, porque tú engañas con ellas aún con más facilidad á los sabios, con que carecen de alabanza los que se te oponen con mayor resistencia, quedando en semejante batalla más infamados los que no fueron vencidos. ¿Posible es que en este lugar donde el año pasado fuiste ramera pública, sólo con haber mudado el nombre y barrio pasas por honesta virgen? ¿Como que

sepas fingir aquello que la misma naturaleza no puede enmendar, y hacer que se piense que eres lo que ya es imposible que seas? O comunicas con los espíritus infernales ó las personas á quien engañas carecen de racional espíritu; que saber tanto en mala parte sólo compete al infierno, y tanto ignorar á los brutos.

Flora.—La necesidad de los tiempos ha sutilizado los ingenios, y en esta Corte se ven cada día peregrinos prodigios; nunca la naturaleza estuvo más prevenida adelantando el ejercicio de la razón, tanto, que los que hoy nacen pueden ser maestros de los que ha muchos años que nacieron: la causa en las mismas desdichas que experimentamos viene encubierta; muchos la lloran, pocos la enmiendan, ríndense fáciles, no se oponen sabios; de aquí nace el ponerse en manos de la malicia y buscar por malos medios lo que por buenos, aunque con un poco de más fatiga, fuera también posible conseguirlo.

Camila.—¿Qué fines te llevan á esta doncellez fingida? ¿Quién tan presto te pasó de tan licenciosa libertad á este recogimiento estrecho? ¡Oh ingenio superior! Solamente por la osadía de tan aguda novedad merecías premio; mucho estimara poder coronar tanta industria, mas ¡ay! que en tales ocasiones quien desea no puede, y quien puede no desea, causa de que las más veces las grandes habilidades queden desfavorecidas.

Flora.—¿Novedad llamas fingir una doncellez? El artificio usurpador de las obras de la naturaleza muchas veces empresa tan grave ha intentado y conseguido; esto es tan común, que su

propia vulgaridad lo pudiera haber hecho en mí despreciable, si el modo y los intentos no fueran diversos, por quien mereceré alabanzas, aunque yo más busco utilidades, que los aplausos plebeyos en tales cosas sólo sirven de ser pregonero de la infamia, que no tiene más descuento que aumentarse en riquezas, porque con ellas se doran los yerros de la más afrentosa vida, la mía es la que te referiré agorá, y el engaño que voy formando incluiré en la misma narración della, por despenar tus deseos solícitos en curiosidad tan vana, si ya no tienes alguna hija para quien aprender la treta; bien que ni fuera de mí puede ser ejecutada ni otra que yo tuviera, aun para intentarla, osadía.

Camila.—Hija no tengo, porque apenas estoy en edad de haber sido madre; para mí aprenderé lo que para ella pudiera, y si acaso la tuviere, tus industrias, calificadas ya con mi experiencia, la servirán de senda segura, con que ella cogerá fruto y tú la vanagloria de ver tan extendida tu dotrina.

Flora.—Sabe, pues, que mis padres fueron gitanos, que yo no he de fingir calidades en mi abono, cuando lo que voy á referir de mí se halla tan lejos de ser calificado; así quiero disculpar mis obras con la naturaleza de mis padres, ó que por lo menos veas que, siendo ellos de tal generación, recebí en su sangre semejantes hazañas. Llamábanme en Cantillana, lugar del Andalucía, y que está en las vecindades de Sevilla, el Sol de Egipto, título que se dió á los méritos de mi belleza, más ilustrada con los donaires de mis labios imitado-



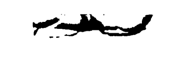
res del pimiento en estar colorados, y en picar más vivos. Caminaba á las Indias cierto mozuelo, que allá se atrevió á decir que era hidalgo, y se salió con probarlo, cosa que á los más sucede; porque juntándose á concejo los que son de una propia patria, juran los unos por los otros, y se despachan ellos mismos las ejecutorias; éste me vió en los doce años de mi edad cuando, como la rosa que ostenta colores entre las espinas, despertaba deseos y aun encendía llamas con los mismos desprecios. Encubriendo, pues, los fines de su jornada solicitó sus gustos y mis daños con mucho escándalo y ningún provecho de entrambas partes. Fuéle forzoso partirse, porque el tiempo de la embarcación se llegaba, y entonces descubrió sus cautelas, que yo sentí poco, porque no le amaba; antes las estimé porque se fuese, que este era mi deseo. Corrido de no haber llevado vitoria de una mujer tan humilde, se alabó de que había gozado con las obras aquello de que ni aun el sí tuvo con las palabras. Voló la voz desta infamia, y caí en las manos del desprecio común, que como la bajeza de mi calidad era tan sospechosa, mayor dificultad hubiera en persuadir lo contrario, cuando él á un mismo tiempo volviera, como era justo, por su verdad y mi decoro; que en el honor que procede de virtudes naturales todos tenemos igualdad, y no es desvanecimiento, sino justa estimación la que una mujer humilde hace de su honesta fama. Viéndome en este estado pasé á Sevilla, donde, mudando traje, hice verdad lo que de mí se sospechaba en Cantillana: entregué á un rico lo que le hizo pobre en dos años, pasando de sus

manos á las mías cuanto adquirió en muchos. Yo bien vestida y él mal desnudo, nos dividimos; él se fué á buscar más ganancias para perderlas, y yo más pérdidas para ganarlas. Entré en esta Corte muy aprisa, y ella con el mismo paso se ha entrado tanto en mí, que nunca pareció haber estado fuera della según me dejé llevar de sus fueros y costumbres. En ella elegí la amistad de un hombre, ministro en la ocupación, Creso en la riqueza y Alejandro en el ánimo. Su amistad recatada y atenta me disfamó poco, me fructificó mucho; estuve en su obediencia tres años, hasta que la muerte arrebató con brevedad un hombre que, siendo pecador libre en ofensa del cielo, era tributario mío en servicio del infierno. Dejéme llevar luego de la travesura golosa de algunos lucidos mozuelos, y hecha pasta común, á todos serví con mis deleites, de todos recibí satisfacciones. En estos tiempos heredó en las Indias el autor de mi perdición, de un tío suyo, hacienda gruesa con que supe que volvía á España, más poderoso para ejecutar insolencias, menos enmendado para satisfacer injurias. Puse en pregón mis joyas y galas, y juntando el dinero que fué preciso dellas con el demás que yo tenía, mudé barrio, el nombre propio, el apellido, las criadas y el traje; luego compré juros, fundé censos, aquí disimulando mi naturaleza y revenciendo mis apetitos he vivido con honesto ejemplo, y para excusar por todos los medios que nadie de los que me conocen pueda reconocerme, sólo salgo los días de fiesta con la luz del aurora á oir la primera misa echado el manto sobre los ojos, de modo que ni aun los

sacerdotes del templo ven más que un bulto, cuyo recatado extremo admiran. Habrá ocho días que llegó á esta Corte el tal hidalgo más necio que fué, porque viene más rico, y no menos ruin, porque las viles costumbres nunca se pierden; ocasionéle á que me viese, y por haberme yo puesto su mismo apellido, por esto presume que somos deudos, y con la vista de mi semblante, renovando las memorias de la voluntad antigua (persuadiéndose á que es diverso el sujeto), ama la misma belleza mejorada en su opinión en calidad y sangre, hallando en el estado que me ve (como por el traje me desconoce) para su apetito, fuego; para su autoridad, decoro; mas yo, que ocho años merecí el nombre de la Malsabidilla, y de doce me intitularon la sabia Flora, perderé la acción que á tan ingeniosos renombres tengo si no le engañare de modo que me vengue del desprecio que hizo de mi honestidad, haciéndole que se case conmigo después de tantas afrentas, para que con su propia honra se emiende de la deshonra á que con sus engaños dió principio.

Camila.—Déjame poner la boca donde tienes los pies, porque ocupada en la humildad deste ejercicio, callando pregone tus alabanzas, si no es que con las propias admiraciones te ofendo, pues doy á entender que hallo novedad en lo mismo que es en ti tan común. Las partes de este novio saber quisiera, porque si son desiguales con tu gusto, sería, pensando vengarte, dar venganza.

Flora.—Todas son á mi propósito tanto, que en las mismas que algunos juzgarán inconvenientes hallo yo mis mayores conveniencias. ¡Oh qué



bien que miente! Lúcesele mucho el haber estado en las Indias, y te prometo que para los tiempos que corren que no es menor riqueza que la del oro.

Camila.—Ya sé que hoy la mentira, si no es riqueza, es medio para conseguirla, y que los que pasan adelante á los virtuosos y modestos son aquellos que se atribuyen las hazañas que no hacen y las ciencias que no saben; y es que como ya reparte los puestos grandes la fortuna, que es madre de la ignorancia, no hace distinción entre los hijos legítimos ó bastardos de la sabiduría. Mas parece que suenan pasos, quiero callar, pues podría ser que me escuchase alguno que fuese interesado en las mismas injurias que estoy diciendo.

Flora.—La voz he conocido; este es Teodoro, no te vayas, Camila amada, porque no pierdas la galantería de sus mentiras y la astucia de mis cautelas, que de entrambas cosas sacarás deleite, y de la una sumo provecho.

Teodoro.—¡Oh bellísima prima! ¿Siempre con la almohadilla? Gran virtud: aunque hubiera de comer vuesarced del estudio de su aguja no trabajara con más cuidado, si no es que con este entretenimiento engaña las horas, que no sé cómo se pasan y no se quedan suspensas contemplando tan hermoso sujeto. Mas ¿por qué desdeña vuesarced tanto el paseo de la calle Mayor, de las damas tan favorecido, de los caballeros tan celebrado.

Camila.—¡Jesús, señor, Jesús! Mal conoce v. m. este ángel y su recogimiento. ¿Calle Mayor

dijo v. m.? Apenas la sabe el nombre; sus paseos son de su casa á la Iglesia, y para ella no hay mejor calle que este aposento, donde ejercita virtudes y excusa murmuraciones; algunas horas gasta en consultar libros de devoción, y las otras en esta labor tan limpia y tan curiosa, que en la una parte se retrata su honestidad y en la otra su ingenio.

Teodoro.—Ningún hombre desdeñará tan santa ocupación, y menos yo, que fuí á las labores de las mujeres tan inclinado que, cuando niño, labraba entre las criadas de mi madre tan bien que, quedando viuda, se sustentó la casa más de dos años con las randas que yo hacía: ¡oh con cuánta velocidad movía aquellos bolillos, que se llaman comúnmente majaderos, admirándome de que, teniendo este nombre, pudiesen ser tan ligeros y dar tan buen fruto, porque nunca los tales suelen ser útiles ni poco pesados!

Flora.—Está atenta, Camila, que ya empieza á desflorar embustes, y verás una maravilla grande, que el conocer que le han conocido que miente le esfuerza á mentir con mayor aparato, y, últimamente, si llega á verse vencido, en vez de correrse, lo hace gala y quiere que pase por sutileza de ingenio lo que fué bajeza de ánimo.

Camila.—Yo estoy loca, y me parece que he de pagar el deleite de oirle con el martirio de disimular la risa, porque los entretenimientos que, dando causa á descomponerse una persona obligan también á que se mesure, de presente más congojan que agradan; pero por descubrir un tesoro tan peregrino como el de su humor, iré poniéndole

las piedras en que tropiece, aunque él parece persona de tal despejo que no ha menester ayudas de costa para su gasto, porque su propio caudal tiene suficiencia para mayores empleos. ¿De dónde bueno viene v. m. agora, señor Teodoro?, que los que son tan entendidos y galanes aun no saben perder un paso porque, como prudentes, son tan avaros del tiempo cuanto del hacienda liberales.

Teodoro.—Señora: yo vengo de la comedia, que me ha entretenido, porque tuvo muy donosos chistes, aunque el caso era flojo; verdad es que es casi imposible juntar copia de agudezas y fábula de ostentación; sólo yo lo he conseguido en muchas, y más en una que acabé anoche, de doce jornadas, en que pongo todas las Monarquías del mundo.

Camila.—Por cierto, señor, que las jornadas me parecieron infinitas; mas después que sé la materia, digo que son pocas, respecto del mucho mundo que v. m. ha corrido en ellas: y señor, ¿qué figuras tienen? que es fuerza que sean muy buenas, siéndolo también el autor.

Teodoro.—Naves, galeras, casas de placer, selvas, montañas, elefantes, hidras, salvajes, panteras; y entre todos los pasos, uno de los mejores es una batalla que se dan las nubes.

Camila.—Basta, que aun entre las nubes ha metido vuesarced disensión: ¡oh batallador poeta!, pues aun el cielo, que es [campo de] paz, ha querido v. m. que lo sea de guerra. Sepamos qué nubes son éstas, de qué casta y los fundamentos de su disgusto.



Teodoro.—Señora: el caso es que salen del Poniente cuatro nubes, en el color rucias rodadas, y del Mediodía otras cuatro, vestidas de un pardo escuro; torciendo el camino las del Poniente, se encuentran en un paso dificultoso con las del Mediodía, y sobre quién ha de pasar primero se dan una batalla rigurosa.

Camila.—¡Cómo, señor! ¿Entre las cosas inanimadas quiere formar v. m. la misma competencia que suele haber entre las criaturas racionales?

Teodoro.—¡Ah mi señora! mal conoce v. m. el brazo poderoso de los poetas, que en estas materias cuanto queremos podemos; y si no, revoque v. m. á la memoria las palabras del otro poeta que dijo:

> Encontrándose dos arroyuelos
> al pasar de un verde valle,
> uno á otro se tiran perlas,
> riñen, y rifan, y saltan, y bullen:
> y porque se amansen,
> meten paz cantando las aves.

Pues si dos arroyuelos humildes tienen tan gallardos humos y bríos, ¿es mucho que las nubes, de cuyos partos se engendran, no arroyos pequeños, sino soberbios mares, se traten con las mismas competencias?

Camila.—Eso dicho en una copla en la forma que ésa se ve tiene gracia y agudeza; pero quererlo v. m. hacerlo representativo es imposible, porque, señor: dígame v. m., ¿esas nubes hablan? Aunque mal he preguntado, que en estando de

bajo de su mano y gobierno, aun las nubes no serán mudas.

Teodoro. — Si como soy grande hablador lo fuera malo, corriérame infinito; pero en siendo sin este defeto, antes en mi opinión es una parte digna de mucha alabanza, porque hablar bien es señal de saber; hablar bien y mucho, evidencia de saber un hombre mucho. Pero dejando esto, y volviendo al punto principal, digo que cada una lleva un hombre dentro que habla, y con esto se hace la apariencia con grande facilidad, y es cosa que yo hice muchas veces en Lima, festejando á los Virreyes, de que hay hoy en aquella ciudad muchos testigos que, envidiosos y admirados, lo refieren.

Camila. — Sospechosa hace v. m. su verdad, cuando para su confirmación busca los testigos ausentes y tan remotos; debióse de valer v. m. de las industrias de algún indio, que dicen que los hay allá grandes hechiceros; y siendo esto así, no me espantaré de que en su poder hablen los mudos peces, ni aun las piedras, en virtud de aquellos espíritus infernales, que por hallar modo corriente para introducir sus mentiras gustarán de estar hablando siempre.

Teodoro. — Prometo á v. m. que todas estas apariencias se hacen naturalmente; bien que no puedo negar que sé yo algunas particularidades de mucha curiosidad porque están en mi poder los papeles de Escoto, aquel famoso mágico, y con ellos puedo hacer cosas que vistas parecen ñadas, y aun soñadas pondrán miedo vistas; ero recátome mucho por excusar escándalos mis amigos y peligros evidentes á mi persona.

Camila.—¿No es bueno, Flora amiga, que aun hechicero se hace este vuestro fabuloso pariente? A no serlo más nosotras, no estuvieran tan bien logrados nuestros estudios, y más vos, que siendo, como habéis confesado, gitana, era fuerza que lo mamásedes en la leche.

Flora.—Amiga: en esta materia todos sabemos poco; mi madre hizo grande ostentación de sabia, y al fin vine á entender que todo era invención y embuste; que ya después que el mundo está desconversable, aun los diablos no quieren ser familiares, y yo pienso que siempre deben haber rehusado este oficio, porque ellos son muy soberbios y la ocupación servil.

Teodoro.—Prima mía: parece que está v. m. triste, y no es justo señora que se dé tan larga materia á la melancolía, dejándola cebar en esa labor prolija, que ya pienso que más cansa que entretiene; suelte v. m. el almohadilla, que yo quiero esta vez degradarme del deudo, y que se me trate con cumplimiento porque v. m. descanse.

Flora.—Antes me divierten que me entristecen mis labores; lo que me ha dado disgusto es oir tratar de materias supersticiosas y mucho más el entender que v. m. tenga originales de un hombre tan escandaloso como fué Escoto el mágico; cierto que se me ha puesto una nube delante del corazón, y temo... ¡ay, ay, Jesús y que mal hombre!

Camila.—Desmayóse el Sol, desamparando su rostro el Abril que se esparcía por sus mejillas y labios; ¡ay, señor!, v. m. la ha muerto con los escándalos de sus hechizos; mas ya se va co-

brando, y yo quiero con las cuerdas deste instrumento, divertiendo la plática, alegrarla el ánimo.

La belleza más ilustre
que es, siendo rosa y estrella,
lo más lucido del cielo,
lo más galán de la tierra,
de uno, aunque muerto, feliz,
mortal, honró las exequias,
que aun más allá de la muerte
su dicha le lisonjea.
Que á esperar igual piedad,
cuantos hoy el aire alientan
por gozar honor tan grande
haberse muerto pudieran.
Banda negra al cuello pone,
ostentación de tristeza,
aumentando gloria al muerto
los indicios de su pena.
En su hermosura y aliño,
con que á los demás afrenta,
lucidas imitaciones
hallar el Abril pudiera.
Previno Amor en sus ojos
dulces puntas á sus flechas
por matar más que la muerte,
con más causa y menos fuerza.
Vióla un dichoso, y pagando
á los cielos tanta deuda,
ejercitó con los ojos
la ocupación de la lengua.
Con ellos dice su gloria,
que el amor quiere que sean



los que son del alma luces,
ministros de su elocuencia.
Con honestidad la mira,
que á las deidades supremas
no se debe amor humano,
sino casta reverencia.
Sin interés de pasiones
mortales, servirla intenta,
que es deuda común de cuantos
ojos á mirarla llegan.
Tan limpio se sacrifica,
que con industria desea
que el cuerpo grosero y rudo
no tenga parte en la ofrenda.
Mas todo se debe á Laura,
en quien contempla la tierra
un cielo menos distante
y de beldad más perfecta.
Tal es el nombre lucido
desta deidad, porque intenta
que aun su nombre generoso
servir de corona pueda.

Flora. — Amiga mía: Dios la consuele, que cierto que me ha divertido mucho con esto que ha cantado; mas ¿cómo es posible que los hombres se ocupen en escribir alabanzas de criaturas humanas, teniendo un Dios tan bueno y tan hermoso como tenemos? ¡Oh vanidad ciega de los mortales! ¡oh locura sin disculpa! Servir con el ingenio, que es divino, á un sujeto humano, tan incierto, tan inconstante, que de los alientos con que respira no sabe cuál ha de ser el último: ¡oh! qué bien lo sintió el que dijo:

¿A quién no pone espanto, á quién no admira,
que le dieron por cuenta los alientos,
y que á cuenta del número respira?

Teodoro.—Siempre en la alabanza de las criaturas tiene el Criador la parte principal ó toda, porque como ellas no se formaron ni fueron dueños de sus perfecciones, ¿qué se les puede alabar á ellas que no redunde en gloria del que las formó? En la misma obra se alaba siempre el artífice, en la pintura el pintor y en la joya el platero; y en el platero y pintor á Dios, artífice de los artífices. ¿Sabe v. m. que me parece que se quitase ese luto, y vistiéndose algunas galas con la variedad de los colores alegrase el ánimo, que si mi tío, y padre de v. m., como esperamos, está en el cielo, ó por lo menos en el purgatorio, perdonará este modo de sentimiento, supuesto que se le pueden hacer otros beneficios más útiles á su alma, como son misas y oraciones?

Flora.—Primo: ¿quiéreme granjear por enemiga? ¿Eso me dice? El luto por la muerte de mi padre, no sólo quiero yo que se manifieste en mis vestidos, sino que salga tanto el sentimiento al rostro, que lo pálido del color publique mi pena. Cierto que cuando me acuerdo de su muerte pierdo el juicio, aunque él murió muy como debía, porque hecho moneda por los caminos, les restituyó lo mismo que les había quitado.

Teodoro.—No entiendo eso que dice v. m. de mi tío. Qué, ¿mandó que se diese alguna limosna á los pasajeros que van á Monserrat ó á Guadalupe? que si es menester que para el cumplimiento



della yo acuda con toda cuanta hacienda traigo de Indias, juzgaré su empleo por dichoso, y nunca me estimaré por más rico que cuando por tan santa causa me viere pobre. Y señora, ¿de qué murió? que he deseado saber mucho qué achaques dieron fin á su vejez venerable.

Flora.—Señor: sin ningún achaque pasó desta vida, bueno, sano, robusto, y tanto, que cuando murió pudiera poner una tienda de salud, y vendiendo mucha, quedarle bastantísima parte para vivir muchos años.

Teodoro.—Luego, ¿fué su tránsito de repente? ¡oh gran dolor!, y ¡qué mal prevenido iría en viaje tan largo y tan incierto!

Flora.—No, señor; sino muy de pensado y con no pocos pronósticos de su muerte, de modo, que siempre la trujo él tragada desde el día que tuvo uso de razón; mas cierto que me consuela mucho la buena fama que dejó, tanto, que dicen todos los que se hallaron presentes que su muerte fué muy para ver, y así quiso él que la cama estuviese muy alta.

Teodoro.—Al fin, señora, ¿no tuvo algún mal? ¿cómo se pudo acabar tan gallarda vida sin muchos accidentes rigurosos?

Flora.—Señor: sí tuvo: un dolor de garganta que no le duró medio cuarto de hora, y con éste murió, llamando muy devotamente á Cristo crucificado y al que le pusieron á la mano derecha, porque tuvo causas muy evidentes para semejante devoción.

Teodoro. — ¿En qué capilla está depositado, por que yo acuda á encomendarle á Dios con mis

oraciones y los sacrificios de algún sacerdote santo?

Flora.—Señor: antes que muriese estuvo algunas horas encerrado en una capilla; pero despues de su muerte, él era tan poco vano, que excusó esta pompa funeral, y mandó que repartiesen su cuerpo por diferentes partes por cumplir con todos, porque debía mucho á todos.

Teodoro.—¿Parécese v. m. á él? porque tendría bellísima cara, con que la memoria de su muerte vendrá á ser para mí de mayor lástima.

Flora.—No, señor; que mi padre antes fué más feroz que hermoso de rostro; pero en lo que él tuvo grande perfeción fué en las manos, grande persona por sus puños, sus dedos parecían de hierro en la color y en la fortaleza; corría como si volara; más era ave que hombre, y ave de rapiña: y fuí yo tan desgraciada, que por no vivir un año más dejó de ser señor de título.

Camila.—Qué bien le ha dicho que si viviera su padre un año más llegara á ser Conde de Gitanos; pero él es tan majadero que no lo entiende; aunque no me admiro, que quien no va sobre la malicia de las cosas engendra confusión que le entorpece el discurso y queda muchas veces admirado y corrido.

Teodoro.—¿Cómo, señora, que dejó de ser señor de título? ¡Válame Dios y qué notable desgracia! Por cierto que v. m. perdió una calidad bien grande, aunque á quien tiene virtud propia poco la aumentan honores vanos del mundo. Y su madre de v. m. ¿ha mucho tiempo que murió? que quisiera haberla conocido para reverenciar las

muchas perfeciones que della se refieren, no sin grande admiración de los que las oyen.

Flora.—Mi madre murió moza, porque fué mujer de extraordinaria penitencia, andaba descalza, dormía en el suelo, y muchas veces recibía tan grandes disciplinas, que llegaban los azotes á doscientos; y una vez que se dobló este número, dió su alma á su Criador: fué muy perseguida en el mundo, en quien tuvo para sí mala dicha, con ser ella para todos la misma buenaventura.

Teodoro.—¡Válame Dios, señora, y qué peregrina madre tuvo vuesa merced!

Flora.—Peregrina diçe v. m., que bien dice, y tanto, que nunca estuvo un mes en un lugar de asiento, siempre se ocupaba en varias romerías, mostrando en todo tal celo de caridad, que era tan amiga de las cosas ajenas como de las propias: y esto fué de modo, que nunca tuvo más cuidado que ponerle en buscar los descuidos ajenos, dejándolos en pena de su descuido un eterno cuidado.

Teodoro.—Con todo lo dicho (que no es de poca admiración) veo que dejaron á v. m. muy buena hacienda, que, aunque es la menor parte (en quien tiene las principales de calidad, virtud y hermosura), al fin ayuda á las demás.

Flora.—Señor: ahí me ha quedado una pobreza con que poder retirarme á un convento, y prometo á v. m. que yo desde que nací estoy tan enseñada á la reclusión, que no recibiré novedad por estrecho y limitado que sea su modo de vivir, porque en esta tierna edad alcanzo muchos desengaños, que no los lloro, antes los reverencio,

pues por haber llegado á su conocimiento y crédito, me excusaré de experimentar en el mundo muchas ocasiones de verdadero dolor.

Teodoro.—¿Cómo, señora? ¿v. m. religiosa? Para el estado que v. m. ha de tomar ha de preceder primero el parecer de sus deudos y servidores, y el de algunas personas graves y religiosas que, con maduro acuerdo, determinen lo que en eso pareciere más conveniente; de más de que yo sé que ya el cielo tiene á v. m. señalado el novio, cuyas partes podría ser que v. m. no las despreciase, aunque ningunas pueden merecer con igualdad el favor de tan ilustre dueño.

Flora.—Señor: v. m. mira por mis cosas más que por las propias, aunque con el favor que me hace bien sé que ningunas lo son más; guárdemele Dios muchos años para que sea mi amparo. Mas ¡ay! estas son las doce, váyase á comer, que ni yo tengo con qué regalarle, ni, cuando lo tuviera, usara de tan largo atrevimiento por excusar las murmuraciones de los vecinos, que los deste barrio, como por estar tan retirado del tráfago parece aldea, son mastines muy ladradores.

Teodoro.—Señora: obediente me retiro, y triste me ausento, y por entrambas cosas merezco en los ojos de v. m. acogimiento y gracia, y en su ánimo igual correspondencia.

Flora.—Vaya norabuena. ¡Hola, hola! Cerradme hasta las puertas de la calle; y v. m., señora Camila sosiéguese, por mi amor, que ha de ser hoy mi huéspeda. Vuelvo á decir que se cierren todas las puertas y ventanas, y nosotras retirémonos á la pieza de enmedio, porque allí, aunque

se haga más ruido, no se oye en la calle, que yo sé que cuando se despida para irse á su casa ha de decir que ni va mal regalada ni poco entretenida.

Camila.—Esta es pieza real ó habitación apacible y hermosa. ¡Qué alegre luz la comunican estas ventanas que caen sobre la amenidad deste espacioso y florido jardín! Aquí sobran los manjares, y basta por sustento la vista de tanta hermosura. Vuelvo á decir que no traigan de comer, porque no quiero ofender á lo que miro entorpeciendo á los sentidos con el mantenimiento, con que los hago menos capaces de gozar tanta gloria.

Flora.—Amiga, amiga: la comida es medio natural para que vivan todas las criaturas; la vista de las flores y plantas deleita y no sustenta, y esta recreación del ánimo viene muy bien después de estar satisfecho el cuerpo, que, al fin, como más grosero, en las cosas de su gusto quiere ser preferido en lugar y en tiempo.

Camila.—¡Oh, que buen melón, qué tierno, qué dulce! Ignorantes andan los poetas en no comparar el gusto y deleite de los amantes á un melón como éste. Todo el arte de las curiosas conserveras no puede sazonar cosa de tan grande regalo, al fin á la naturaleza le debemos este beneficio, y á ella se le agradecemos.

Flora.—Los melones y las uvas moscateles, en mi opinión, son las reinas de las frutas, porque como no gasto vino, ya que no las bebo me las como, por lo que tiene de dulce no me desagrada, bebiendo un poco más por golosina que por sustento.

Camila.—La cara deste torrezno y la del capón que viene á su lado me enamoran mucho, y agora digo que sintió bien un poeta castellano cuando dijo en la última copla de la Epigrama intitulada Clito:

Que yo sé que cualquier dama,
aunque sea más traviesa,
quiere á un capón en la mesa
mucho más que no en la cama.

Porque éstos tienen la substancia que á los otros les falta, aunque aquéllos entretienen cantando el alma, que es parte más principal, y sirven con sonoros acentos á la solemnidad de los sacrificios divinos, con que vienen á ser más útiles.

Flora.—Hablad menos y comed más, porque si no hacéis el pasto de lo que tenéis presente no tenéis otros platos á quien acudir con la apelación.

Camila.—Esta reverenda olla, tan celebrada de los chuzones, de los entremeses antiguos, ¿os parece que es pequeño socorro? Solamente el verla puede satisfacer el hambre del arrierro más glotón cuando llega de noche á la posada: ¡qué verduras, qué tocino, qué buena pierna de carnero, qué gentil lomo de vaca! Esto que está aquí deshecho parece gallina y aquellos pedazos son lengua que, aun aquí dividida, habla maravillosamente; todo me parece tan bien que no sé por dónde empiece, porque temo acabar con todo lo que empezare.

Flora.—No sé cómo alaba aquello mismo que no come, porque gasta mucho más tiempo en alabarlo que en comerlo, y así, quien celebra las co-



sas de que apenas tiene noticia hace sospechosa su alabanza.

Camila.—En viendo el buen rostro destas aceitunas les he conocido su patria y padres; por mi fe que son sevillanitas; donde menos pensé he venido á comer el fruto de mi propia tierra. ¿Oís, mi señora? alcanzadme aquella caja, y veréis cuán buena consonancia hacen la mermelada y las aceitunas.

Flora.—Ea, comed en hora buena de todo, aunque yo, como soy aguada, me acomodé antes á la caja de dulce, que al plato de las olivas, y en el entretanto que vos entregáis en ellas vuestro apetito, me arrojaré este barro de agua de Leganitos, á quien la novedad de tantas insignes fuentes no ha podido hacer menos ilustre en la calidad, aunque en la pompa y aparato la exceden.

Camila.—¡Jesús, Jesús, y qué grande golpe de agua! Haced cuenta que os habéis muerto; ¡vive Dios que os distes de puñaladas! ¿Qué es esto? ¿Estáis loca? ¿Segunda vez os le echáis á pechos? Vos debéis de encenderos; á fe que es grande el fuego donde aun tanta agua parece poca.

Flora.—A eso no respondo: sólo os suplico recibáis la buena voluntad, asegurándoos que si quisiéredes hacerme esta merced todos los días, será para mí muy grande, y para obligaros á ello, agora que están levantados los manteles, os tengo de servir el mejor plato: veréis una prima mía que, cantando con mil gracias, sabe decirlas y aun hacellas.

Camila.—Prima y vuestra: qué decís, ¿amiga? Hacedla que venga luego donde, regalándome yo

con su vista, me halague con escucharla, y la pague con besos y abrazos el precio debido á sus acentos dulces.

Flora.— Adviértoos, amiga, que en ninguna manera se consiente hacer estos regalos que unas mujeres usamos con otras, porque tiene condición esquiva, aunque muy cortés, y seguiríase desto quedar todas con disgusto, y yo con la mayor parte.

Camila.— Gentil humor tiene vuestra primilla; no me desagrada; hacedla que parezca luego en mi presencia la desdeñosa, que si es dueño de tantas gracias, disculpada está en ellas mismas de sus ásperos rigores.

Flora.—La música destos chapines es suya, porque aun con ellos hace consonancia. ¡Oh prima! ¡Oh amores! ¡Seas bien venida! Abrázame muy estrecho. ¿Cómo te ha sabido la comida? que quisiera yo que te hubieran regalado mucho esas esclavas, pues todas lo somos tuyas, y yo que soy tu dueño más que todas, por ofrecerte en mi rendimiento el de los demás.

Claudia.—Mi señora: todas me hacen mucho regalo por el respeto que en mí á vuesarced tienen, y á fe de quien soy que quisiera poder satisfacer á todas; pero ni vuesarced lo permitirá ni yo podré acudir á tan larga familia.

Flora.—¿Cómo permitir? De eso se formarían mis mayores enojos; templad agora el instrumento y cantad un poco, que quiero festejar á la señora Camila, enmendando con este postre los defectos y cortedades de mi convite.

Camila.— Abundancias diréis, amiga, y aun cumplimientos y demasías; pero como este último



Jamás pensó la tierra
gozar años tan bellos,
cuanto indigna, dichosa,
pues ya cubre tus huesos.

Aún no bien treinta veces
los campos se vistieron,
mientras que tú animaste
puro y vital aliento.

Descansa, y sobre el mármol
de quien estás cubierto,
con lágrimas se apiade
todo fiel pasajero.

Que yo, porque en tus glorias
no halle el olvido puerto,
haré vivir tu fama
alentada en mis versos.

De ti y el nombre tuyo
ya no dirán es muerto,
que él vivirá en mis musas,
tú en ellas y en mi pecho.

Éstas endechas escribió Alonso de Salas en la muerte de su hermano el Licenciado Diego Jerónimo de Salas, y yo, como aficionada al vivo y al muerto, las canto siempre, aunque bien sé que este lugar pedía cosas más alegres. Pero desenfaden la tristeza pasada estas seguidillas, que á un tiempo quiero, bailando, cantarlas, por excusar que se compre con ruegos lo que, aun siendo ofrecido sin ser rogado, no sé si ha de parecer bien.

El amor de la Corte
camina apriesa

porque va caminando
de venta en venta.

Pues de modo se venden
todas las damas,
que les sirven de ventas
aun sus ventanas.

Muérese por un sastre
cierta señora,
que la carne de abujas
es muy sabrosa.

Hija me llaman muchos,
no será en valde,
porque fué muy cumplida
mi buena madre.

Música de doblones
las damas piden,
que mejor canta un gato
que cuatro cisnes.

Quien doblare más oro
suya es la presa,
que ellas quieren que, aún vivas,
doblen por ellas.

Este carreterico,
que es de la hoja,
dentro del carro lleva
también su posta.

Díganle á mi velado
que no trabaje,
bástale por oficio
que sufra y calle.

Parte de la pelota
juego yo muy bien,

sacadora soy grande,
mas no se volver.

Lindo oficio se tienen
niñas y damas,
en Madrid son ya todas
jueces de sacas.

Aun la risa me vende
mi niña bella,
y es porque allí descubre
coral y perlas.

A este caballerito
flamante y nuevo
vahidos de cabeza
le traen enfermo.

Camila.—Amiga y señora, por mi vida que es saladísima la mozuela, sólo he reparado en una cosa, que para mí es más admirable y digna de no poca estimación, y es que baila con el aire y acciones de hombre y no de mujer, si no es que nacen este desenfado y despejo de haber bailado en zapatos y no en chapines.

Flora.—Señora mía: con vos no ha de haber cauteloso estilo; serenidad de cielo pide nuestro amigable trato; bien puedo entre las demás prendas de mi secreto entregaros ésta: sabed que es varón, no hembra, y que le tengo en casa en este hábito para socorrer las necesidades más ordinarias y secretas, con que pasamos sin escándalo del pueblo; porque esto aun está encubierto á mis criadas y esclavas: de modo que yo tengo compañía y entretenimiento; y tanto, que como está

en ella mi gusto, aborrezco el salir de casa, con que le hago una galante treta al vulgo, pues juzga recogimiento lo que es vicio.

Camila. — Yo vuelvo á confesarte que, entre cuantas mujeres estamos en el mundo, eres sola ingeniosa y sabia. Agrádame mucho este modo de carcelería, porque cuando al recogimiento no se le siguen ayunos y disciplinas, es más alegre que pesado. ¿Sabes qué me parece esto? Que has huído de todas las cosas que podían causarte pesar por habértelas á solas con quien te da placer. ¡Oh vida digna de ser invidiada! aunque te pones á peligro de amanecer con algún huésped en tus entrañas que, aumentando tu linaje, sea pregonero deste desengaño.

Flora. — Yo estoy prevenida de unos polvos que son escudo contra peligros semejantes, demás de que nada goza quien algo no se aventura, pues cuando otra vez volvamos á la plaza del mundo, nuestra mercadería es conocida, y este nuevo suceso, en vez de dañarla, la hará más acreditada; y si se conserva (como imagino) nuestro secreto, habré logrado aquí mi gusto, aunque breve, y allá la comodidad de toda la vida.

Camila.—¿Quién puede argüirte? ¿Quién hace á tus agudezas resistencia? Digo, que de cualquiera de los dos sucesos (aunque uno mejor que otro) ninguno te puede estar mal. Mas oye, que este que va entrando es Teodoro, y hemos de pasar lo que resta del día con su conversación muy entretenidas, demás de que iremos caminando con tus intentos y descubriendo los fines de los suyos, que no será empresa difícil.

Teodoro.—Señora y prima: yo vuelvo á ver á v. m. tarde en mis deseos, en mi temor temprano; porque recelo que mis visitas deben de ser molestísimas; mas, señora, ¿quién es esta dama que tiene vuesarced á su lado, que por el lugar que ocupa es digna de reverencia, y por su hermosura capaz de tan sublime lugar.

Flora.—Señor: esta doncella es prima mía carnal, que la tengo en mi casa (aunque v. m. no la ha visto hasta ahora) para que me acompañe, y prométole á v. m. que esto no lo digo por el deudo estrecho que yo tengo con ella, si no por ser así verdad, que es una de las personas de más virtud que he tratado después que soy mujer; todas las noches hace conmigo buena labor y mucha; pero como no hemos de comer con ella, sino entretenernos, lo que más procuramos es que esta labor no salga á los ojos del mundo.

Teodoro.—Esa relación que v. m. me da de sus partes ocultas me obliga á que yo de mi mano la busque un novio. Dígame qué hacienda tiene, para que yo elija entre los caballeros que venimos esta jornada un esposo muy á su propósito, porque con esto á un mismo tiempo daremos remedio á una mujer principal y compañía á un caballero rico.

Flora.—Señor: su hacienda es mucha y muy buena; eso nadie lo sabe como yo; pero agora no quiere casarse, que nos hallamos las dos muy bien juntas, y mientras más juntas, mucho mejor.

Teodoro.—Señora: también vuesa merced ha de tomar estado, y muy presto, porque le conviene,

y así es bien que se halle esta mi señora con dueño que la ampare y sombra que la abrigue.

Flora.—Ampararla muchos podrán mejor que yo; pero abrigarla, nadie más bien; y así, aunque yo tome estado, la pienso llevar conmigo, y esto es lo primero que he de capitular con mi marido, á quien no le estará mal, porque ella es tan cuerda que sabrá suplir sus defectos, y entonces, ni á mí ni á ella nos pesará que salgan en público nuestras labores; porque como tendremos cabeza en casa á quien podrán atribuirse, nadie murmurará, aunque nos atrevamos á obrarlas muy ricas.

Teodoro.—¿Cómo, señora, pues después de casada v. m. con un hombre poderoso y principal había de estar atareada á la labor en compañía de su prima?

Flora.—Sí, señor, y entonces con más gusto, porque no tendrá la labor más artificio, y siendo mayor el provecho tendrá menos peligro.

Teodoro.-Con todo eso me parece que esta mi señora no se inclina tanto á la labor, y que desde que hablamos della, muestra el semblante más triste.

Claudia.—Bien lo entiende v. m.; antes yo soy la que muchas veces quito la pereza á mi prima y empiezo la labor; pero tiene una cosa, que una vez empezada nunca querría que se dejase; persevera con mucho gusto, y siempre queda con deseos de volverse á su almohadilla.

Camila.—Eso mismo pasa por todas, que aun á mí me sucede lo propio en mi casa; pero como no tengo prima que me ayude, muchas veces la labor se acaba mal y tarde, y aun el gusto de volver á ella por muchos días.

Teodoro.—En verdad que si vs. ms. me diesen licencia, que las ayudaría yo muchos ratos á hacer labor; porque, como dije esta mañana, me crié entre las mujeres de la casa de mi madre, y soy gran labrandero, si no es que ya con las navegaciones largas se me ha olvidado y sé más de la abuja de marear que la del labrar.

Claudia.—¿Piensa v. m. que nuestra labor se hace sin abuja de marear? Pues no, señor, porque es verdaderamente una navegación sujeta á tempestades y borrascas, mas de tal modo, que muchas veces de la mayor tempestad sale la seguridad de la bonanza para muchos días.

Teodoro. — Al fin las dos primas se quieren mucho; por cierto que ellas justifican su razón en semejante intento, porque entrambas son bellas y entendidas con extremo, débense, y páganse; pero, no obstante la igualdad de sus merecimientos, yo admiro que haya correspondencia conforme, porque como este milagro está en manos de la fortuna, y ella es varia, las más veces huye de hacer acciones de firmeza.

Flora.—Los achaques de la fortunilla son muchos, y querer tratar agora de sus indigestiones y resfriados es larga empresa; sólo digo que yo amo á mi prima como el hortelano al árbol que le da buen fruto, porque gozo en ella estas mismas partes: con su entendimiento me divierte, con su buena cara me alegra, en la cama y en la mesa me acompaña, y al fin me sirve de más que muchos maridos á sus mujeres; y es tan verdad esto, que procuramos que no se manifieste lo mucho que en esta parte es útil.

Teodoro.—Por cierto, señora mía, que yo y un primo mío nos quisimos con semejante terneza, y aun agora le lloro, porque siendo hermoso como un sol, murió en el Abril de sus años, sin haber conocido veinte Abriles.

Flora.—Advierta v. m. que no sería con semejante terneza, aunque sí, que ya dicen que se usa este modo de entretenimiento en el mundo, y por todo se pasa sin escrúpulo, que ya para todo está muy convenible y poco escandaloso. Al fin, después que comió, ¿qué ha hecho v. m.? Denos cuenta de su vida con verdad, que es lo mismo que decirle que se prevenga para la muerte.

Teodoro.—He visto dos caballos que me han traído del Andalucía, hijos de vecino de la ciudad de Córdoba, aunque el uno más parece por la piel moscovita, tan lozano, que, no cabiendo en sí, rompe las piedras y pretende subir á pisar las estrellas; es cierto que, con la disposición que tiene, le he de hacer tan brincador como uno que se me mal logró en Méjico, por quien me daban veinte mil pesos, y yo, despreciador de tanto peso, me eché con la carga, porque no los quise, y después se me murió, perdiendo lo uno y lo otro; pienso que maldiciones del que le deseaba, ó el mal ojo de su envidia, me le mataron, que es tal la ponzoña del ánimo de algunos hombres, que no bastan á resistirla aun las bestias más gallardas.

Flora.—¿Qué tan brincador fué ese caballo que parece que tengo dél noticia? Por aquí le dispongo que mienta con más ánimo.

Teodoro.—Y como que tendrá v. m. dél noticia, orque fué más famoso que el Pegaso, y volaba

más, y diré que tanto. Yo festejaba á la hija de un poderoso ministro de aquella ciudad, con pretensiones de matrimonio; paseaba yo una tarde por delante de un balcón donde ella estaba leyendo un papel, y dando de espuelas al caballo y sompesándole con la rienda, se levantó tanto en el aire con un brinco, que llegué á leer dos ringlones; volví á hacer otras dos veces la misma diligencia, y entrambas se aligeró de modo que, poniéndome hombro á hombro con ella, acabé de leer todo lo que el papel contenía, sin ser della sentido, porque estaba divertida.

Camila.—Y aun v. m. parece que lo está agora, ó que lo estamos nosotros.

Teodoro.—Vs. ms. bien podrá ser; pero yo en mi vida he estado más en mí.

Flora. — Dice verdad, porque él nunca está más en sí que cuando sale de sí con este lenguaje.

Camila.— Paréceme que debe tener v. m. la misma virtud con los caballos que el Rey de Francia, con los perros de los ciegos, que como á ellos les dicen: «Salta por el Rey de Francia», y lo hacen; á esotros se les puede decir: «Salta por don Teodoro», y lo obedecerán.

Teodoro.—Otra cosa mayor me sucedió á mí con este caballo, y es que, habiendo de un brinco saltado el anchuroso espacio de un grande arroyo, viendo de la otra parte (así como pasó) un hoyo muy profundo, y que era fuerza despeñarse, sin poner los pies en el suelo, afirmándose en el aire, revolvió á saltar hacia atrás, y se halló en el mismo lugar de donde había salido.

Camila.—Grande cosa fué afirmarse el caballo en el aire, y v. m. no le imita poco, pues lo más en que hace pie es el viento. De grande estimación era ese caballo cangrejo que andaba tanto hacia atrás. Bien hizo v. m. en no darle por veinte mil pesos, pues él tenía excesión de ser pesado, como se verifica en levantarse con tanta facilidad sobre los vientos. Al fin, señor, él volaba muy alto, y desde entonces lo más que v. m. dice es de tal casta que parece que lo echa á volar. Pregunto: ¿era muy profundo el hoyo? Porque algún misterio debía de haber en lugar de donde huyó caballo tan misterioso.

Teodoro.—Como profundo, cosa inmensa: yo le estuve mirando más de media hora y nunca le pude encontrar suelo.

Camila.—Pues si el caballo volvió tan de improviso hacia atrás, ¿cómo pudo v. m. estarle mirando media hora, si el pasar y el retroceder fué todo un breve instante?

Teodoro.—Señora: con los ojos de la consideración, que son más profundos y no se les esconde nada; y pues ellos no le hallaron suelo, es cierto que no le tiene.

Camila.—¿Los ojos de la consideración emplea v. m. en los objetos de que son capaces los ojos corporales? ¡Qué caballero tan considerado, y por la misma razón muy considerable! Al fin, señor, ¿de qué murió ese caballo generoso? que si hubiera conocido el tiempo de las transformaciones de Ovidio (que las he leído yo porque andan en romance) sin duda estuviera colocado en el Zodíaco; pero él llegó tarde al mundo, y tanto, que

como hay tanta abundancia de bestias vanas, las unas se quitan á las otras el lucimiento; aunque digo mal, que antes se ayudan y dan la mano, con que se deslustran más con lo mismo que lucen.

Flora.—Amiga: ya este hombre me va mareando con sus mentiras. Por vida vuestra que divirtáis con el instrumento su plática, y sea cantando alguna cosa grave, porque se mesure y deje, oyendo las veras, el camino de las burlas.

Camila.—Seréis obedecida, venga la guitarra. Mi señor don Teodoro, mientras v. m. hace las exequias á su caballo, quiero cantar un poco para consolar á doña Flora, que ha recebido mucha pena con la muerte de ese indiano Pegaso, más digno de sepultura que Babieca, y que mereció ser llamado volatín entre los caballos de aquellos tiempos. Silencio que empiezo y digo así:

Las torres del Escurial,
tan confines con los cielos
que, á no variar la materia
cielos los juzgara el suelo,
gigantes que se prometen
eternidad contra el tiempo,
después que con las estrellas
trato familiar tuvieron,
contempla un amante ausente
de los ojos más serenos,
por quien amanece el Alba,
á que le amanezca en ellos.
¡Oh ilustre fábrica—dice—
gran milagro, aunque moderno,

estudio de altas ideas
sin ejemplo y para ejemplo.
Aunque, más desvanecida,
burlas con libres desprecios
cuantos rayos vibra Jove
por verte, eminente, al fuego,
tanto, que sólo recelas
hallar verdugo en tu peso,
sustentándote hasta el día
que prediques escarmientos.
No blasones, no te bañes
en vanagloria, creyendo
que eres el mayor asunto
de los ojos del ingenio,
que en los campos á quien rinde
cristal, si poco risueño,
Manzanares, cuya arena
le roba caudal inmenso,
se ciñe en término breve,
con menor pompa, el portento
mayor que vieron los siglos
en quien se ven todos ellos.
Porque se reduce á un rostro
cuanto de hermoso y perfecto
conoció la edad pasada
con atrevidos aumentos.
Tan atrevidos, que el sol,
con tener lucido imperio
sobre tanta estrella, excusa
la competencia con ellos.
Si á visitarte han venido
los curiosos extranjeros

como hay tanta abundancia de bestias vanas, las unas se quitan á las otras el lucimiento; aunque digo mal, que antes se ayudan y dan la mano, con que se deslustran más con lo mismo que lucen.

Flora.—Amiga: ya este hombre me va mareando con sus mentiras. Por vida vuestra que divirtáis con el instrumento su plática, y sea cantando alguna cosa grave, porque se mesure y deje, oyendo las veras, el camino de las burlas.

Camila.—Seréis obedecida, venga la guitarra. Mi señor don Teodoro, mientras v. m. hace las exequias á su caballo, quiero cantar un poco para consolar á doña Flora, que ha recebido mucha pena con la muerte de ese indiano Pegaso, más digno de sepultura que Babieca, y que mereció ser llamado volatín entre los caballos de aquellos tiempos. Silencio que empiezo y digo así:

Las torres del Escurial,
tan confines con los cielos
que, á no variar la materia
cielos los juzgara el suelo,
gigantes que se prometen
eternidad contra el tiempo,
después que con las estrellas
trato familiar tuvieron,
contempla un amante ausente
de los ojos más serenos,
por quien amanece el Alba,
á que le amanezca en ellos.
¡Oh ilustre fábrica—dice—
gran milagro, aunque moderno,

estudio de altas ideas
sin ejemplo y para ejemplo.
Aunque, más desvanecida,
burlas con libres desprecios
cuantos rayos vibra Jove
por verte, eminente, al fuego,
tanto, que sólo recelas
hallar verdugo en tu peso,
sustentándote hasta el día
que prediques escarmientos.
No blasones, no te bañes
en vanagloria, creyendo
que eres el mayor asunto
de los ojos del ingenio,
que en los campos á quien rinde
cristal, si poco risueño,
Manzanares, cuya arena
le roba caudal inmenso,
se ciñe en término breve,
con menor pompa, el portento
mayor que vieron los siglos
en quien se ven todos ellos.
Porque se reduce á un rostro
cuanto de hermoso y perfecto
conoció la edad pasada
con atrevidos aumentos.
Tan atrevidos, que el sol,
con tener lucido imperio
sobre tanta estrella, excusa
la competencia con ellos.
Si á visitarte han venido
los curiosos extranjeros

como hay tanta abundancia de bestias vanas, las unas se quitan á las otras el lucimiento; aunque digo mal, que antes se ayudan y dan la mano, con que se deslustran más con lo mismo que lucen.

Flora.—Amiga: ya este hombre me va mareando con sus mentiras. Por vida vuestra que divirtáis con el instrumento su plática, y sea cantando alguna cosa grave, porque se mesure y deje, oyendo las veras, el camino de las burlas.

Camila.—Seréis obedecida, venga la guitarra. Mi señor don Teodoro, mientras v. m. hace las exequias á su caballo, quiero cantar un poco para consolar á doña Flora, que ha recebido mucha pena con la muerte de ese indiano Pegaso, más digno de sepultura que Babieca, y que mereció ser llamado volatín entre los caballos de aquellos tiempos. Silencio que empiezo y digo así:

Las torres del Escurial,
tan confines con los cielos
que, á no variar la materia
cielos los juzgara el suelo,
gigantes que se prometen
eternidad contra el tiempo,
después que con las estrellas
trato familiar tuvieron,
contempla un amante ausente
de los ojos más serenos,
por quien amanece el Alba,
á que le amanezca en ellos.
¡Oh ilustre fábrica—dice—
gran milagro, aunque moderno,

estudio de altas ideas
sin ejemplo y para ejemplo.
Aunque, más desvanecida,
burlas con libres desprecios
cuantos rayos vibra Jove
por verte, eminente, al fuego,
tanto, que sólo recelas
hallar verdugo en tu peso,
sustentándote hasta el día
que prediques escarmientos.
No blasones, no te bañes
en vanagloria, creyendo
que eres el mayor asunto
de los ojos del ingenio,
que en los campos á quien rinde
cristal, si poco risueño,
Manzanares, cuya arena
le roba caudal inmenso,
se ciñe en término breve,
con menor pompa, el portento
mayor que vieron los siglos
en quien se ven todos ellos.
Porque se reduce á un rostro
cuanto de hermoso y perfecto
conoció la edad pasada
con atrevidos aumentos.
Tan atrevidos, que el sol,
con tener lucido imperio
sobre tanta estrella, excusa
la competencia con ellos.
Si á visitarte han venido
los curiosos extranjeros

sin la bárbara codicia
que hace los mares sangrientos.
Vanos son, si peregrinan
más por tu causa, debiendo
sus pasos á este edificio
que encierra más, aunque en menos.
Edificio al fin con alma,
todo luz y todo fuego,
precipicio de la invidia,
y de la fama instrumento.
Deje el indio que idolatra
la luz de Apolo, tan necio
obstinado culto, y venga
á darle al sol más perfeto.
Para ver tan dulce asombro
navegue, no el mar, el viento,
para hacerse más feliz
mientras llegare más presto.
Que cuanta riqueza crían
aquellos remotos reinos
es al fin vulgar tesoro
para ánimos avarientos.
No hay más riqueza que Laura
justamente digno objeto
de los cielos que la miran
invidiosos y suspensos.
Feliz el que pudo verla
vinculando los respetos
que á su honestidad se deben,
en un amor siempre honesto.
Mas ¡ay! que ya es infeliz,
pues vive de ella tan lejos,

coronando de suspiros
estos incultos desiertos.

Teodoro.—Renovado se me han las memorias de la grandeza y majestad de tan insigne templo, obra digna del mayor poder de los hombres, acompañado de la más alta y profunda prudencia. A su imitación pienso yo labrar un Convento en nuestra tierra para entierro de los señores de mi casa, y aventajarle mucho en las pinturas: porque las que tengo de mi mano son excelentes, porque cada día se perfecciona más en mí este arte, y con su perfección me animo más á su ejercicio.

Camila.—Qué ¿también es v. m. pintor? Ninguna cosa creeré yo más fácilmente, porque pinta todas las cosas que dice con tantos colores, que no sólo las verdaderas, pero aun las imposibles nos hace parecer verisímiles.—Amiga: la noche nos divide, quedaos con Dios, y enviad por mí mañana aunque no, que ya mi silla estará aderezada y podrá servir en esta y en mayores jornadas.

Teodoro.—Mi coche está ahí para que v. m. le honre con permitirle que la sirva, y yo ahora acompañaré á v. m., si me da licencia, que en esto bien sé que hago á mi prima lisonja, y á mí favor.

Camila.—Beso á v. m. las manos por la liberalidad; mas, señores, ¿qué es esto? en cumplimientos y cortesías se nos irá la noche. Adiós, adiós, que yo mañana le haré al Aurora que madrugue más de lo que suele, y con sus luces vendré á ver las que ni ella conoce ni merece.

Teodoro.—Con despejo gracioso se ha despedo, y yo lo habré de hacer con afectuoso sentiiento. Adiós, prima; adiós, señora; que ni sé dón-

como hay tanta abundancia de bestias vanas, las unas se quitan á las otras el lucimiento; aunque digo mal, que antes se ayudan y dan la mano, con que se deslustran más con lo mismo que lucen.

Flora.—Amiga: ya este hombre me va mareando con sus mentiras. Por vida vuestra que divirtáis con el instrumento su plática, y sea cantando alguna cosa grave, porque se mesure y deje, oyendo las veras, el camino de las burlas.

Camila.—Seréis obedecida, venga la guitarra. Mi señor don Teodoro, mientras v. m. hace las exequias á su caballo, quiero cantar un poco para consolar á doña Flora, que ha recebido mucha pena con la muerte de ese indiano Pegaso, más digno de sepultura que Babieca, y que mereció ser llamado volatín entre los caballos de aquellos tiempos. Silencio que empiezo y digo así:

Las torres del Escurial,
tan confines con los cielos
que, á no variar la materia
cielos los juzgara el suelo,
gigantes que se prometen
eternidad contra el tiempo,
después que con las estrellas
trato familiar tuvieron,
contempla un amante ausente
de los ojos más serenos,
por quien amanece el Alba,
á que le amanezca en ellos.
¡Oh ilustre fábrica—dice—
gran milagro, aunque moderno,

estudio de altas ideas
sin ejemplo y para ejemplo.
Aunque, más desvanecida,
burlas con libres desprecios
cuantos rayos vibra Jove
por verte, eminente, al fuego,
tanto, que sólo recelas
hallar verdugo en tu peso,
sustentándote hasta el día
que prediques escarmientos.
No blasones, no te bañes
en vanagloria, creyendo
que eres el mayor asunto
de los ojos del ingenio,
que en los campos á quien rinde
cristal, si poco risueño,
Manzanares, cuya arena
le roba caudal inmenso,
se ciñe en término breve,
con menor pompa, el portento
mayor que vieron los siglos
en quien se ven todos ellos.
Porque se reduce á un rostro
cuanto de hermoso y perfecto
conoció la edad pasada
con atrevidos aumentos.
Tan atrevidos, que el sol,
con tener lucido imperio
sobre tanta estrella, excusa
la competencia con ellos.
Si á visitarte han venido
los curiosos extranjeros

apasionado descifra todas las industrias de la más sutil mujer, que si son pocos los que esto hacen, no es por falta de ingenio en los hombres, sino por sobra de rendimiento natural á las mujeres.

Roselino.—Ahora bien, señor: sea la razón la que vos mandáredes, lo cierto es que ellas son poderosas para todo lo que quieren; sabéis que me parece que lo hemos argüido bastantísimamente y podríamos irnos á cenar, que, de todos, es el argumento más probable, y si quisiéredes restituiros después será con esta ventaja; brindaréos yo un par de veces, con que volveréis el ánimo más alegre y el corazón más fortalecido, porque para entrar en las guerras de Venus no hay armería mejor que la de Baco y Ceres; así lo sintió el otro cuando dijo:

Las batallas de amor piden bucólica,
porque se funda su aparato bélico
en el *bibere et edere*,
quia friget Venus sine Baccho et Cerere.

Marcelo.— Bien quisiera yo obedeceros; pero parece que mientras más lo intento menos lo consigo; grillos tengo en los pies y venda en los ojos; ni los pies tienen alientos para moverse ni los ojos luz con que gobernarlos. Pregunto por vida mía si serán éstos hechizos, porque aunque la mujer es tierna de años, presumo que desde que nacen reciben esta doctrina de sus madres, y luego son discípulas del demonio, y aun muchas pienso que sus maestras, porque saben cosas que pueden

ser cartilla del diablo, y aún será muy hábil si aprendiere tal cartilla.

Roselino.—Señor: nunca me acomodé á creer esto de los hechizos, y más en cosas en que la misma naturaleza se entrega con tanta facilidad y vehemencia. La fuente en el campo, para que yo desee beberla, ¿trae consigo más hechizos que el semblante risueño de sus aguas? No; pues del mismo modo presumo yo que la belleza de un rostro que me satisface es poderoso, más que todo el arte humano á llevar mi deseo en seguimiento de sus plantas; pero, por Dios, que es cosa muy terrible que queráis vos por vuestro antojo desfrutar mi paciencia, tanto, que cuando llegue á mi casa me paguen mis criados el enojo de la hambre que conmigo llevo. Ea, señor, vámonos, ó, por Dios, que si porfiáis, que os deje, supuesto que vos no quedáis aquí á ningún peligro, y yo me libro de mucha incomodidad.

Marcelo.—Andad con Dios, que siempre tuve por verdadero el refrán que dice: «Más vale solo,» *etcétera;* lo que os ruego es que no os recojáis hasta que yo vuelva á la posada, porque tengo que consultaros un negocio que á entrambos, á lo que parece, nos ha de estar bien, y es menester que esta noche discurramos sobre la plática, porque si halláremos ser cosa conveniente acudamos luego á su solicitud, porque ya le pretenden muchos, aun con haber llegado á noticia de muy pocos.

Roselino.—Si sabéis mi condición, ¿para qué me brindáis con nada? Ya me habéis puesto grillos, y será imposible que mi ánimo tan curioso de secretos como vos experimentáis se aparte de

vos hasta que le deis la luz más descubierta; decid qué es el negocio y el fundamento de sus intereses juntamente con las razones por donde nosotros tenemos acción á pretenderle, que yo os aseguro que mi estudio os rescate de semejante penalidad, de modo que, echándome yo todo el peso del cuidado sobre mis hombros, os quedéis vos en el ocio de vuestro descuido, y siendo sólo mío el trabajo, sea después igual entre los dos el provecho.

Marcelo.—¡Oh, codicioso, codicioso! ¡Con qué facilidad que ha dejado enfrenarse! Con esta suspensión pienso detenerle aquí todo el tiempo que necesitare de su compañía. Sabed, señor mío, que primero he menester hablar con un ministro grave que me desengañe; porque como todo este mundo es interés, y cada uno mira á sus particulares fines, podría ser que en esta parte el que me informó viniese con cautela, y sólo quisiese empeñarme en alguna cosa que á mí me sirviese de cebo para hacer él con esto de camino otro negocio que le estuviese bien.

Roselino.—¡Válame Dios! ¿Qué? ¿vos sois tan lerdo que de sus razones poco más ó menos no conocistes si os pudo engañar ó no?

Marcelo.—No, amigo; porque así actualmente les está sucediendo á muchos; basta que he quedado con esta sospecha para no arriscarme de golpe á la empresa sin que precedan primero las diligencias propuestas; porque, sabed, que no hay cosa más fácil que engañar á un hombre, y más si es codicioso de hacienda ó presumido de entendimiento.

Roselino.—¿Fácil cosa es engañar á un hombre? ¡Vive Dios que no me engañen á mí los más sutiles espíritus infernales, porque luego examino yo con la razón el negocio, el principio, sus medios y sus fines, y con esto llego fácilmente á la conclusión!

Marcelo.—Pues advertid, señor, que sois un buen hombre; después de haber examinado vos el negocio, el principio, sus medios y sus fines, os engañan en el negocio, en el principio, en los medios y en los fines.

Roselino.—¿Cómo? ¿qué decis? ¿A mí me pueden engañar en el negocio, en el principio, en los medios y en los fines? Eso será en negocio que no tendrá principio, medios y fines.

Marcelo.—Será ello de la manera que vos lo quisiéredes entender; pero yo, tan lerdo como soy, me atrevo á teneros muchas horas engañado en el principio de un negocio, aun antes de llegar á los medios y á los fines.

Roselino.—Bueno, bueno; esa novedad traéis agora de Extremadura para los que somos tan antiguos cortesanos; sabed que sé yo hacer muy bien mi negocio.

Marcelo.—Callad, que quizá cuando pensáis que hacéis el vuestro, hacéis el ajeno; y si no, vedlo por la experiencia, pues aquí no ha habido más negocio que teneros yo entretenido hasta que llegase esta silla por no quedarme

en soledad amena.

Mas esperad, que por Dios que no llega sola; hablando viene con ella un hombre de buena dis

posición, y por vida de mi hermano, y así yo le vea bueno tan presto como deseo, que le he de examinar con la espada los bríos del corazón, á ver si ejercita las manos con tan buen aire como los pies.

Roselino.—Oíos, señor, y no busquéis las ocasiones de disgusto con tan pequeña causa. Sabed que estáis en Madrid, y que en él, como Corte, sujeta á tantos ministros de justicia, no se les sufren á los hombres principales las gallardías que en las ciudades particulares, y conviene así para el buen gobierno de su quietud, de donde nace ser el lugar más seguro del mundo el que había de ser el más peligroso.

Marcelo.—Caballero. una palabra.

Teodoro.—En dejando á esta señora fuera de la silla y en su casa volveré á ver lo que v. m. me manda, que, de paz ó de guerra, me hallará con la disposición que me quisiere.

Marcelo.—¿Habéis visto y qué prevenido está en las respuestas? Arrogante es el hombre, pues se hace dueño de la paz y de la guerra. Oid que ya baja las escaleras, aunque le detiene mi señora doña Camila, porque quiere le vengan alumbrando, y vive Dios que todos estos favores que le hace me los han de pagar, él en la vida y ella en la reputación.

Roselino.—Ya os vuelvo á exhortar la quietud; mirad que el ponerse en los peligros sin ocasión es mucha imprudencia y ninguna valentía. Por vida vuestra que os moderéis, aunque no haya más razón en esto que el venir este caballero solo y vos acompañado; ventaja que á vos os desauto-

triza y á él en cualquier suceso le dejará honrado.

Marcelo.—Amigo: no puedo menos, ya él viene; yo le pienso acometer empuñando la espada, por librarme luego deste disgusto; vos seréis juez de nuestra pendencia, y haciendo como caballero, dejaréis gozar la victoria á quien se la diere la fortuna, que ni á mí me está bien vencer con superchería, ni á vos ayudar empresa que en vuestra opinión es injusta.

Teodoro.—Quédese á v. m. con la luz, caballero; quédese v. m., por vida de mi señora D.ª Camila, que no ha de pasar de aquí; mas alumbre, no se vaya. ¿Quién es el que empuña contra mí la espada? ¡Jesús, Jesús! ¿No es mi hermano? ¿Si me engaño? No, él es; pues cómo, ¿deste modo me recibes después de diez años de ausencia? ¿Los brazos que se habían de ejercitar en ceñir mi cuello, ocupas en desnudar el acero con que pretendes cortarle? ¿Este es el hospedaje que me haces en España? ¿La posada que me previenes es la sepultura? ¡Oh, mudanza de tiempos! ¡Oh, instabilidad de la condición humana! Al que dejé hermano, hallo verdugo; cuando pobre me amaste, cuando rico me aborreces; ó te has entregado demasiadamente á tu codicia, ó fiado menos de lo que debías de mi liberalidad. Retroceder quiero mis pasos, y volverme á la tierra de donde vine, pues aun en ti me ha faltado la fidelidad; entregáreme segunda vez á la impía saña de los procelosos mares, y fiaré más de sus inquietas ondas que de tu sangre aleve. No en vano me escribieron á mí á las Indias que deseabas heredarme, mas buscaras el medio

más honesto; y ya que no más honesto, más secreto. Mas ¡ay de mí! que tu intento me ha muerto más que pudiera tu espada, pues deste modo vengo yo á sentir más la infamia de tu reputación que pudiera el golpe de mi desdicha.

Roselino.—¡Deteneos, caballero! ¡Deteneos, primo; no os vais! Él se fué ¡oh caso peregrino! Sigamos sus pasos, Marcelo, y démosle evidente satisfacción en querella tan justa. ¿Qué decís? Extraña suspensión, mas la desdicha ha sido tanta que yo no sé consolaros; mas buen ánimo, que de todos los trabajos saca la ingeniosa industria, y más la sincera verdad, pues aquí estamos tan lejos de que nos fiscalice la malicia cuanto nuestra voluntad vino engañada.

Marcelo.—¡Ay de mí! que mi hermano es de su naturaleza sospechoso y desconfiado aun de su misma sangre, y como á esto se ha juntado que por conocerle el natural unos deudos de entrambos, que injustamente nos aborrecen, con ánimo de inquietarle le escribieron que yo deseaba su muerte, será difícil asegurarle en sus cuanto vanos bien persuadidos recelos. ¿Pudo ser mayor la desdicha, que buscándole yo para regalarle y servirle, como á ti te consta (que no quiero mayor testigo de mi verdad para contigo que á ti propio), no habiéndole podido hallar en tantos días con las solícitas diligencias de hermano, le encontré cuando yo creí que en él hallaba mi enemigo, siendo fuerza representármele en forma provocadora á desafío y batalla? ¡Qué difícil será el desengaño! casi le hallo imposible. Quejábame antes de la fortuna porque me dilataba la vista de mi hermano,

y agora mucho más de la parte donde me la ofreció. ¡Oh mujeres causadoras de todas las inquietudes de los hombres! ¡Oh celos injustos sin causa recibidos, y con mayor desdicha satisfechos, porque es tal la infelicidad en que me veo, que quisiera más haberme quedado en vuestra confusión que salido della con un desengaño tan costoso.

Roselino.—Primo: si queréis parecer cuerdo, de las cosas casuales que no estuvo en vuestra mano el prevenir el remedio nunca hagáis tan dilatado sentimiento; el tiempo que ocupáis en ofrecer quejas vanas gastémosle en elegir remedios eficaces. Vuestro silencio fué quien ha tenido la mayor parte de culpa deste negocio, que si vos luego como reconocistes á vuestro hermano le diérades satisfacción con la misma verdad, estando la comprobación tan fácil con la propia D.ª Camila, quedáramos todos pacíficos y gozosos; mas de tal modo os dejastes arrebatar de la turbación, que aun en mí, que no llevaba sospecha de malicia, las pusistes, y ha sido menester toda la buena opinión que de vos concebida tengo para persuadirme á que me engañé injustamente.

Marcelo.—Qué, ¿aun hasta vos me castigáis con vuestra desconfianza? ¿Tan pesada desdicha me quedaba por experimentar? ¡Viven los cielos, Roselino, y vive el Artífice que haciendo ostentación de su poder los formó con tanta hermosura, que me debe mi hermano voluntad de verdadero amigo! ¿Yo desear su muerte, y más por causa tan vil? Bien pudiera mi mano vengativa de alguna ofensa desnudar contra él la espada mas codi-



ciosa de heredar su hacienda fuera imposible, y si acaso vos y él lo entendéis de otro modo, ni él es mi hermano, ni vos mi primo; obligaréisme á que tome de entrambos venganza, empezando en vos la queja y el castigo, pues tanto más seréis culpado cuanto sois mayor testigo deste desengaño.

Roselino.—¿Todos esos furores os administra la cólera? Pasar quiero con paciencia por vuestros desprecios, porque sólo aquel es verdadero amigo de su amigo que le sufre sinrazones cuando está colérico.

(Vanse. Salen Flora y Camila.*)*

Camila. — Madrugué con todo este cuidado, porque ¿quién puede vivir sin veros? ¿quién sin comunicaros? Paréceme que aun la risa del Aurora os ofende, si nace de otra causa que de mirar vuestra hermosura; venga este instrumento y, mientras acabáis de vestiros para nacer como otro nuevo sol á dar luz al mundo, seré yo el ave que se alegra con vuestra venida.

Atended el Caballero
penante de nuestra casa
á este papagayo triste
que en prisión sus años gasta.
Verdades dirá mi lengua
(bien que perezosa y tarda)
que soy papagayo real,
y nunca en los reyes faltan.
Es común fama en el pueblo,
y es cierto que no se engaña,
que tenéis el purgatorio

en los ojos de mi ama.
Por unos ojos que lloran
cuando un perrillo les falta,
vierte platos en la mesa,
lleva pulgas en la cama.
Por unos labios que arrojan,
bien que de fina escarlata,
necedades como el oro
muy lucidas y pesadas,
andáis vos besando esquinas,
idolatrando ventanas;
de día el vecino os nota
y de noche el perro os ladra.
¡Quién pudiera redimiros
del vano amor que os agravia
con esconderos un día
donde se toca y se lava!
Dígasme tú el boticario,
así jamás por desgracia
los médicos te censuren
las medicinas que labras.
¿Tienes tú tantas redomas,
polvillos y unturas tantas
como esta necia que hace
tan sospechosa su cara?
Siéntase á la media noche
en rueda con sus criadas
que, cantándole lisonjas,
al dulce sueño la llaman.
Cada una es abogado
del galán que más bien paga:
vos pobreza, ellas codicia,
mal romperéis la muralla.



ciosa de h
acaso vo
mi herr
tome
la qu
pad

la

[illegible] su estilo,
[illegible] tratan!
[illegible] a quien falta el oro
la dan opinión de santa.
Sus ayunos encarecen,
y sus limosnas cristianas,
con las preciosas reliquias
que en su oratorio se hallan.
Mas ¡ay! que en viendo lo rubio
del oro en quien se regalan,
cautiverio de sus ojos,
tirano de sus entrañas,
la honestidad se hace sorda,
papeles vuelan y andan;
los de allá nos traen presentes,
los de acá llevan palabras.
Si hay diamantes de por medio
todo esta piedra lo ablanda,
que ya el brillar de sus rayos
sirve de sombra á las famas.
Sin duda es la platería
(volvió la edad de oro y plata)
armería en que los hombres
contra las mujeres se arman.
Dad remedio, abrid más luz
á vuestras escuras ansias,
que amor sin correspondencia
desesperación se llama.
¡Triste yo, que he visto libres
en mi bien dichosa patria
extenderse por los vientos
las pinturas de mis alas!
Ya estrecha prisión habito,

tan estrecha como larga,
pues sólo su fin espero
de la piedad de la parca.
Esto el ave del Oriente
dijo suspensa y gallarda,
que de tan necios delitos
aun se ofenden las picazas.

Flora.—Vos habéis cantado como un ruiseñor, ó como vos misma, que es mayor alabanza: las opiniones del papagayo celebro, que no esperaba yo de sujeto que es tan hablador consejos tan cuerdos; aunque los barajadores de prosa, como todo lo dicen, todo lo encuentran; y así quien los escuchare con buena elección podrá aprovecharse. Destas cosas que el romance dice, y no poco en romance, debe de haber muchas en la Corte: para los curiosos todas son públicas, á los demás, infinitas se les esconden: la fortuna de los segundos juzgo por más dichosa, por no andar martirizando el ánimo con la inquisición de ajenos delitos. El honrado poeta (si alguno lo está en este siglo despreciador de los ingenios) tenía buen humor, que no es pequeño milagro criarle donde siempre asisten la pobreza y la desdicha; aunque, como muchas veces de las tales nace la indignación, y esta es excelente salsa para la sátira, quizá viene á ser socorro para la pluma, lo mismo que yo juzgo inconveniente.

Porque diversos efetos
de diversas causas nacen.

Camila.—Yo conozco el sujeto por quien se hizo la sátira, que tiene mayores prendas de her-

mosura que de recato y honestidad, quizá por no embarazar el buen despacho de las unas con la asistencia de las otras. Todo lo que no es consejo pide, que éste, aun dándosele liberalmente, no le admite. Por su desgracia (y si ella quisiera enmendarse estuvo en su mano el haber sido por su ventura) oyó los referidos versos; al principio, desconociéndose á sí propia, celebró los donaires; mas entendiendo después la parte que en aquel castigo le tocaba, provocó la pluma de un poeta vecino para que, respondiendo por ella, renovase sus ofensas en las mismas defensas.

Flora.—No más, no más; he conocido la persona cuyos delitos disculpo, aunque no los abono. Sus años son pocos, los consejeros que la asisten malos y muchos; éstos, como buscan su utilidad en su perdición, la apadrinan en su daño y aun se le persuaden. Sabed, amiga, que esa mujer no se crió en la escuela de su madre, que era persona bien acreditada, y así para ella todas las demás han sido mala escuela. Decidme, si sabéis: mas vos, ¿qué ignorais? ¿usa de tan peregrinos adornos como solía? porque será la risa de sus enemigas, porque éstas son las que se ríen primero.

Camila.—Ella, satisfecha en sus opiniones, se resiste á los pareceres más cuerdos y da causa á la risa común. Su dueño (si ella reconoce alguno debajo del titulado deste nombre) ha procurado moderarla (¡vano intento!) con que él también se ha hecho ridículo, pues su poder, que había de conseguir las empresas más difíciles, aun se halla inhábil para las fáciles. Paréceme marido de anillc y al fin esposo titular, como secretario que, te

niendo el nombre, carece del ejercicio de los papeles. Ella se toca como quiere, y entended esto extendiendo el equívoco todo lo que os pareciere. Sus deudos la amparan, porque hoy, como les dejen ir á la parte en los vicios, por conseguir sus libertades permiten la ajenas; que el mundo ha llegado á estar en este paraje, él rueda, y todo rueda en él, habiéndose hecho ya todos los delitos tan familiares, que no escandalizan los que los tienen, como tampoco admiran los que dellos carecen, porque apenas se puede creer que nadie esté sin ellos.

Flora.—Mirad, señora: un marido tan barbón se hace despreciable con lo mismo que él piensa que se adquiere veneración; descuídase de su familia, y estase siempre en su bien encuadernada librería; sin ser letrado profesa letras, y no entiende todas las que le componen. El sabio destos tiempos ha de estudiar en las malicias de que la corrompida edad es autor, no para ejercitarlas, sino para prevenir la enmienda en las que caen debajo de su gobierno. Aquel para mí es hombre entendido que tiene caudal propio, y no el que mendiga de los libros lo que, por no entenderlo, no sabe ejecutarlo. Por lo menos sus amigos los Filósofos morales no han podido rescatarle de los dientes vulgares que tanto muerden su fama. Considerando sus estudios y sus descuidos yo no me atreveré á llamarle idiota, aunque majadero sí.

Camila.—Yo, señora, me he persuadido á creer le este hombre una cosa, y no soy de las que dan rédito á pequeños fundamentos; presumo que

alcanza con el entendimiento estas dificultades, pero que le falta el ánimo constante para intentar y conseguir la enmienda; que intentarlo ya lo hace, bien que tan lerdo que se cansa pronto, ó se disuade él mismo de lo propio que se persuadió; pero en medio de todas estas pudriciones me hace gracia el mal intencionado poeta que en figura de papagayo les dijo su sentimiento, pues prosiguiendo cada día con nuevos romances, en éste que os cantaré debajo de una fábula antigua, figura en este modo la desdicha presente. Dice, pues, así:

Aquel Dios á quien veneran
con tanto horror los mortales,
por ser quien reparte al mundo
dádivas de muerte y sangre,
que en tal ocasión la muerte
á un mísero puede darse,
que en su estimación se juzgue
magnificencia bien grande.
Al que despojan de vida,
si ilustre en la fama le hacen;
más que le quitan le dieron:
gran dádiva fué matarle.
Marte, pues, que tiene asiento
sobre los dos luminares,
y anima los corazones
con lo que enciende los aires,
de aquella diosa lasciva
que tantos rayos esparce,
ostentativa de luces
benignas con los mortales,

favores gozar pretende
tierno y valeroso amante,
digno de mayor empresa
que una belleza tan fácil.
Que ya saben en el mundo
(que en siendo culpas se saben)
de su liviano apetito
las indignas liviandades.
Lográronse sus deseos,
no sin celosos azares,
porque, en amando, aun los dioses
en este infierno se arden.
Recelos de Adonis tiene,
que es, cuanto bello, inculpable
joven, que amar siendo amado
nunca fué delito grave.
Dióle en la caza la muerte,
donde honrosamente yace,
que si no murió en la guerra
fué en las manos de su imagen.
Para dar fin á su vida
hizo de un colmillo alfanje
ganando en púrpura el suelo
lo que el cuerpo pierde en sangre.
Un mar de sangre es Adonis,
Venus mar de llanto amante,
Marte de fuego celoso:
ved qué tres monstruosos mares.
Olvida Venus al muerto,
que en deidades semejantes
como tiene parte el vicio,
el olvido tiene parte.
Marte, sin competidor

que sus gustos sobresalte,
goza en adúltero lecho
tiranas felicidades.
Viendo el pasado castigo
nadie se atreve á enojarle,
que con tan cruel hazaña
hizo temerse y no amarse.
Vulcano, que al hierro fuerte
vuelve apacible y tratable,
rendir no puede á su esposa,
más dura y menos constante.
Por reducirla se ofrece
en víctima á sus altares,
cuando ella sorda á su ruego
agradece como el áspid.
Tanto á sus voces se niega,
que aprende por despreciarle,
en la escuela de la parca,
lecciones de inexorable.
Tomar venganza quisiera,
mas su ánimo cobarde
lo que aconseja su ingenio
no es á obedecer bastante.
Quiere afrentar con industria
al que la ofensa le hace,
y suplir con agudeza
lo que en ánimo faltaré.
Labra de hierros sutiles
ingeniosa y breve cárcel
que los aprisione más,
si hay mayor prisión que amarse.
Como son lazos mayores
los que el amor supo darles,



esotros lazos no sienten,
y así con descuido yacen.
Sale el Sol, y ellos, temiendo
su luz, pretenden librarse
por que no miren los dioses
sus deshonestos semblantes.
Huir la prisión no pueden,
y el Sol con más prisa nace
dando más causa á la Aurora
de reirse y de alegrarse.
Así se vengó Vulcano,
acción propia de ignorante,
querer enmendar su injuria
con hacerla más notable.
Venus y el Sol, desde entonces,
publican enemistades,
cuya estrella, cuando él muere,
sólo á ver su muerte sale.

Claudia.—¡Señora, señora! Un hermano de don Teodoro, sin dar más razón que afirmar que es su hermano, y que busca á mi señora D.ª Camila, se ha entrado por esas puertas. Las señas de su rostro confirman las palabras de su boca, porque se parecen como si fueran el uno traslado y copia del otro. Resistirle la entrada ha sido imposible, porque dice que en este negocio se atraviesa su reputación y las vidas de él y de su hermano.

Marcelo.—Prima: v. m. me conozca por siervo suyo, y v. m. mi señora D.ª Camila me diga si recibió un papel mío esta mañana, y el remedio que como tan discreta ha puesto en mi desdicha, porque, si no me da las nuevas que yo espero, seré

con esta espada el verdugo de mi ignorancia; porque no es justo que viva quien comete tan bárbaros errores.

Camila.—Antes de venir á verme esta mañana con mi amiga y prima de v. m., me entré en casa de su hermano y le satisfice de lo que le pasó anoche con la misma verdad del caso; y él entonces, como tan entendido, me respondió: Poco me habéis consolado, pues yo no sé cuál sea peor, tener un hermano alevoso ó majadero.

Marcelo.—¿Qué, dijo majadero? Pues ¿yo en qué lo fuí? ¡Vive Dios que el negocio había sido muy acertado si el suceso saliera menos infeliz!

Camila.—Oigame, amigo, por su vida. Pues ¿no es majadero quien pide celos á quien no le ha dado ocasión de que la cele? ¿Haberle permitido que me haga dos visitas pudo echar tan hondas las raíces en la voluntad que ya me acuchilla los umbrales? ¿Sin haberme dicho su pasión ni por escrito ni de palabra me la da á entender la primera vez con retos y desafíos? Lo que suplico á v. m. es que si ha de proseguir en quererme que sea con menos escándalo: apedréeme en la platería de mi mano á la suya sin ruido de onda, aunque pienso que los más conciben mayor estimación del ruido que hacen con ella que del golpe que dan con la piedra.

Marcelo.—Soy de mi natural celosísimo, y así ha de permitir v. m. que de aquí adelante ni aun mi propio hermano la visite, que yo me holgara mucho que no le hubiera visto v. m. en su casa esta mañana, aunque nuestro disgusto se quedara en pie; porque si en esto no se pone re-

medio, habrá sido hacer las amistades para mayor enemistad; de modo que v. m., pensando que arrojaba agua al fuego, le ha encendido más desesperado y furioso.

Flora.—¡Primo, primo! Si piensa vivir en Madrid, sosiegue el paso; cuando fuere por esas calles alce los ojos, y verá cuán pocas son las ventanas que tienen celosías, y aun esas las más son verdes, dando á entender que celos donde halla lugar la esperanza son muy desahogados, y que se tienen más que por sentimiento por cumplimiento; que en la Corte se aborrece tanto el azul, que aun de los cuellos han querido quitarle; y así en los hierros de las rejas solamente persevera, porque sólo el hierro podrá sufrir la penalidad de estar eternamente celoso; y aun allí mezclan el azul con el oro, enseñando con esto que los celos, para llevarse, han de ser dorados, y que quien los pidiere á su dama la ha de tener antes obligada con muchos regalos y dádivas.

Marcelo.—Eso sería comprar el amor, y no conquistarle; yo con galanterías y finezas granjeo las damas, y no con dádivas, porque siempre me precié más de amante verdadero que de mercader poderoso.

Camila.—Amiga Flora: buenas gracias tiene el galán que me ha cabido en suerte, miserable y celoso, y pienso que lo primero le hace que peque en lo segundo, porque al fin el oficio de los celos es pedir cosa que le agrada mucho á quien no gusta de dar.

Flora.—Tenéis razón, que no hay gente tan pedigüeña como los celosos, pues vuelven á pedir

los mismos celos que les acaban de dar; y la razón porque los piden es porque se los dieron, con que vienen á ser importunos por lo mismo que tienen, y que no quisieran tener; pero adviértoos (ó ellos es mejor que se tengan por avisados) que con nada se obligan más á dar que con este enfadoso pedir.

Marcelo.—Considere v. m. que estos celos se piden por parte del amor, que es niño, y es propio oficio de las criaturas pedir con importunación.

Flora.—Sí; pero reciba v. m. entre esas advertencias que ese niño está desnudo, y que como á criatura es menester alimentarle; linda cosa: desazúlese v. m. y créame, que sólo en los cielos parece bien ese color inquieto.

Marcelo.—Las aguas (al parecer) también son azules, y por Dios que me espanto que vistiéndose los celos del mismo color que las aguas y los cielos, tengan los efectos de infierno y fuego, tan lejos están de parécerse en nada al agua, que es cosa infalible que emborrachan más que el vino.

Flora.—Según eso, quien es perpetuo celoso como v. m. eternamente estará borracho; malísima parte para galán, por proceder esta embriaguez de tan ardiente causa que la otra abrasa los hígados, y ésta pasa de las partes corporales á las del espíritu, donde hace mayor el daño y más profundo; procure v. m. desasirse de la pretensión del señorío de las islas de Zelanda, porque es gente demasiado de gallarda y se sujetan con dificultad.

Marcelo.—Señoras mías: si yo dijese á vs. ms. los extremos de mis celos, daría causa á su risa

mal intencionada, según las veo despreciadoras desta honrada pasión; y esto es tan cierto, que de ver yo picar una mosca en el rostro de mi dama, y consentirlo ella, me piqué tanto, que juré de perseguir á cuantas moscas viese; y ejecutélo luego con tanto rigor, que pagaba á cuartillo á cada muchacho que me traía muerto un ciento de moscas, causando tan grave ruina en esta canalla mis celos moscateles, que apenas quedó mosca que no fuese pasada á cuchillo, haciéndose aquel año tan memorable por esta causa, que después acá los que refieren alguna cosa de aquel tiempo dicen: «Esto sucedió el año de la persecución de las moscas.»

Flora.—Usurpaba v. m. el oficio á las arañas, á quien llaman sus alguaciles; aunque si v. m. estaba celoso no tenía menor ponzoña que ellas.

Camila.—Quiero meter paz entre vs. ms. cantando un romance que escribió un cortesano bachiller, agudo ingenio; ni yo le celebro ni le censuro, porque no me toca: el tono es bueno (que esto es en lo que yo puedo dar parecer), y por él le canto, ni tan desconfiada que me parezca que puedo desagradar, ni tan falsa que, despreciando el auditorio, fíe sólo de mí el conocimiento de lo bueno que en esto hubiere. Dice, pues, así:

Las dos sirenas más dulces
niñas de tus ojos bellas,
que estando el mar en los míos
están en ti las sirenas.
Cuyos rayos y colores
ufanos á un tiempo muestran

á las rosas su desprecio
y su exceso á las estrellas,
en el mar grande de amor,
aleves y lisonjeras,
despeñan precipitadas
al que provocan risueñas.
Abrasando al sol, de invidia
por él alumbran la tierra,
sirviendo de honor al suelo
cuando son del cielo afrenta.
En ellas se mira el alma
que, regalándose en ellas,
hace espejo de sus luces
como si cristales fueran.
Que dulce veneno bebe
tan satisfecha, que intenta
que la misma sed que mata
con más vida á nacer vuelva.
¡Oh, milagros!, dice, ¡oh, grandes
prodigios de la belleza,
donde á la justa alabanza
obligaciones se aumentan!
Siendo deuda el celebraros,
se acredita el que os celebra,
con que así en la misma paga
se hace infinita la deuda.
Bien se ve que sois del cielo
de Laura ardientes estrellas,
que hurtastes al sol sus galas,
y su efeto á los cometas.
A ella, pues, á quien amor
sus vencimientos sujeta,
digo, sirviéndome el alma

de instrumento y de voz tierna:
Del Abril y sus galas burlas flor á flor,
y también rayo á rayo las luces del Sol.
De la presunción lucida
del Abril, que siempre verde
antes que las galas pierde
en breve tiempo la vida,
su pompa desvanecida,
pues toda se funda en flores,
y á los arroyos de honor,
burlas, *etc.*
Del mes juventud briosa
del campo tan liberal,
don que por él se hace igual
á la esfera luminosa,
por quien la planta animosa
sacude el yugo del hielo
y muestra su rostro al cielo
agradecida al favor,
burlas, *etc.*
Del mes con tantos verdores
lisonjeado y aplaudido,
en los arroyos lucido,
canoro en los ruiseñores,
á quien murallas de flores
vistiendo amena opulencia
dan gala, y no resistencia,
contra el cierzo y su rigor,
burlas, *etc.*

Marcelo.—¿Piensa v. m. que por haber cantado ha puesto quietud en mis celos? Antes los ha despertado mayores, porque presumo yo que este ro-

mance, pues v. m. le celebra con tanto gusto, se escribió en su alabanza; y así quisiera yo que el tal amante hubiera muerto en la empresa, porque si ahora vive, temeré sumamente su competencia.

Camila.—Nunca di yo lugar á que me hiciesen coplicas, que soy tan enemiga de medirme que huyo de los versos por no verme en ellos puesta en medida; eso para las discretazas se quede, sacres de concetos sutiles, que los matan en el aire, para caer más de golpe en la tierra; yo, groserísima en todo, vivo solícita de empresas que son muy materiales, pero más provechosas, tratando sólo de los aliños que mejor me parecen y menos costa me hacen; mi ocupación es buscar mi gusto; ni amo ni me desvanezco de que me amen, aunque nunca recibí pesar dello; si canto es para entretenerme; y si de camino recreo á los que me oyen ó les enfado (que esto es las más veces), de todo me burlo, como quien ni se engríe ni se humilla. Desta condición, señor don Marcelo, sacará v. m. escarmientos, y procurará desempeñarse de la voluntad que me tiene, que de no hacerlo así le mando muy mala vida; porque si v. m. es gran recibidor de celos, yo soy dellos muy dadivosa.

Flora.—Primo: estas verdades se deben estimar: ó mude la condición ó no ame en Madrid, porque le costará sus dineros, su salud y aun su reputación, que andará en boca de muchos, y no con poca risa; siga las pisadas de otros, y advierta que de hoy en adelante esto del querer bien, en cada tierra (como otras cosas) se usa diferentemente. Mire: aquí unos galantean por vanidad, sin tener

ningunos achaques en el apetito, con que hacen gala de lo que es molestia; paséanme á mí la calle, que no sé su nombre, y á la fama de que dicen que está aquí una mujer de buen parecer, se empeñan en el aplauso de los otros; ríense con las criadas que están en las ventanas, aunque ellas no se rían con ellos, y llamamos á estos tales amantes camaleones. Otros suben un grado más en la pretensión, sobornan una criada que les admite á su correspondencia, y por medio de ella procuran papelearse con la tal señora á quien sirven, que las más veces los engaña, siendo ella la que recibe los papeles y la que los responde; ellos, muy corrientes en el lenguaje billetón, llueven memoriales sobre la infiel ministra; á éstos intitulamos amantes de escribanía y galanes papelistas. Hay otros que levantan más la pretensión, y para conseguirla envían una mujer de buen traje y curioso razonado, que, sin acordarse del tiempo pasado, ni del futuro, es cuanto trae en sus manos presente: esta tal doña Alejandra, si no consigue (que es raras veces), porque ella ya sabe en qué partes puede atreverse, por lo menos no vuelve cargada de oprobios y desprecios: llámanse los que solicitan su gusto por este paraje amantes Príncipes, porque encaminan sus pretensiones por medio de embajadores. Al fin toda esta variedad y confusa tropa de amantes cortesanos no celan, antes se ofrecen lugar los unos á los otros, y pasan todos por una mesma puente; y aun á veces se hacen los unos puente de los otros, con que pasan todos sobre todos; por eso v. m. se cure de esos celos; y dije bien se cure, porque es una enfermedad ex-

traña, porque en quien la padece es rabiosa, y en los que la ven ridícula.

Marcelo.—Curarme de los celos es imposible, porque esta es una pasión del ánimo sobre quien no tiene juridición la medicina.

Camila.—La medicina que ha dado desprecio á los vulgares por algunos desaciertos que hacen los que en ella son ignorantes es arte divina y superior; la facultad no es culpable; los profesores rudos disfaman á los demás que son sabios y no cometen el delito; esta, pues, fuente de tantos bienes, que sólo al cielo se reconocen, porque aunque ella sea el medio dellos, ella también bajó del cielo, de donde nace no sanar á los que está decretado por él que mueran, por no ir contra sí misma; digo, pues, que ésta cura también las pasiones del ánimo, como lo vemos en la melancolía, para quien previene también remedios, de quien suele ser perfetos medios conseguir útiles fines.

Marcelo.—Luego ¿podríase medicinalmente curar á un hombre, ya de la ira, ya de la avaricia, pasiones una peligrosa y otra utilísima?

Camila.—Sí, señor; disminuyéndole aquel humor que dispone más el ánimo á semejante pasión de cualquiera de las dos referidas; pero esto no sería seguro, porque podría causar destemplanza en orden á la salud corporal, y sanando de lo uno enfermar de lo otro, y por esto no se intenta este beneficio, por excusar esotro daño; que es la alteración de la salud del cuerpo fin principal á que mira la medicina humana; pero yo, aunque parezca que mi bachillería sale de los límites de las tocas, quiero advertir á v. m. que el modo

más seguro de curar un ánimo enfermo son las razones de un gallardo entendimiento.

Marcelo.—Ahora quiero yo saber de mi prima cómo me curaría ella destos celos cuanto naturales rabiosos.

Flora.—Lo primero que se ha de asentar es que aquí hemos de argüir con el deseo del conocimiento de la verdad y no con porfía, por hacer ostentación de ingenio.

Marcelo.—Yo, aunque de las demás partes de necio no haya podido librarme, de las de porfiado he sacado los pies con mucha prisa; mas este que viene es mi hermano, con que esta conversación tendrá fin, ó para tratar della en otra ocasión, ó para ponerla perpetuo silencio, que esto será lo más apacible.

Teodoro.—A esta causa había yo de estar en deuda del gusto que en ella hallo, viendo á mi hermano bueno y para conmigo pacífico; es otro valiente Lusidoro, que en estando celoso

Las puertas tiene en el suelo
del primero puntapié.

Y prometo á vs. ms. que me holgaré mucho que se vuelva luego á nuestra casa, porque con su condición anda en Madrid expuesto á muchos peligros, y cada día se ha de aventurar y aventurarnos á todos; y no es bien que pague nuestra reputación su cólera y sus precipitados antojos nuestros cuerdos intentos.

Marcelo.—Hermano: las primeras vistas nuestras no sean de disgusto, lo pasado ya se perdonó; lo que está por venir tendrá enmienda, con que se habrá merecido el perdón de lo pasado; decidme

ahora todos los sucesos que habéis tenido en mar y en tierra desde que nos apartamos en Sanlúcar; aunque os pido mucho y no sé si tendrán para esperar tanto estas señoras paciencia, que toda la cargan sobre nosotros y quieren que seamos los que traigamos siempre á cuestas esta virtud.

Teodoro.—De nada me he preciado menos que de ser coronista de mí propio por no aficionarme al aumento de los peligros y á la diminución de las prosperidades, riesgo que corren las historias referidas en boca del autor. Con brevedad digo, pues, que yo vengo rico, y muy rico, porque quiero ser el primer hombre que viniendo de las Indias lo confiesa; y aunque sé que no estáis pobre, igualmente conmigo seréis dueño de la hacienda como de la persona.

Marcelo.—Dios os guarde, que la que yo tengo es muy lucida, y en posesiones que dan autoridad á nuestra casa por tener alguna parte en vasallos, y della seréis tan dueño como lo tocaréis con la experiencia, aunque este lenguaje ya me ofende, porque parece más cumplimiento cortesano que sencilla hermandad.

Teodoro.—Habéis dicho bien, y mudando plática os pregunto, pues estuvistes conmigo en Cantillana cuando yo iba á embarcarme para las Indias, ¿á quién se parece nuestra prima? Veamos que tan despierto tenéis el conocimiento de los semblantes, y si ha conservado vuestra memoria las líneas de cierto rostro que á entrambos nos parecía muy bien.

Marcelo.—Perdóneme v. m., prima, que, aunque mi hermano es pesado en esta pregunta, es

fuerza responderle. Parécese á la más baja pícara de todo el gitanismo, bien que bellísima; ¡oh, si supiésedes todos los buenos pasos de la mozuela trotona, su mucho embuste y sutilísimo embeleco! Si ella me hubiera cogido Asistente en Sevilla cuando desainó la bolsa del Pelusero, yo la hiciera penitente á la gineta, y la pusiera el colorido en las espaldas que nunca tuvo en la cara por ser insignia de la vergüenza.

Flora.—Amiga: mas si éstos me han conocido y quieren deste modo, dando á entender que no, decirme cara á cara estas afrentas, por Dios, que sería herirme con la contratreta; con todo eso no pienso desanimarme en un suceso que la probanza está dudosa, y yo con tanta opinión acreditada.

Teodoro.—Hermano: aunque yo de burlas haya tenido á esa mujer voluntad, me pesa de que la ultrajéis con esos desprecios; la hermosura en cualquier sujeto debe ser estimada, y vive Dios que la mozuela era un serafín tan atractivo que, si no fuera por la vileza de su calidad, me casara con ella; tan apasionado y rendido me tuvo.

Marcelo.—Con aquella doña harapo, acechadora de faldriqueras, desaparecedora de trastos, hija de un padre que murió tan paciente que sufrió encima de sí otro hombre, y tan impaciente que echaba espumajos por la boca, ¿os habíades de casar? Hubiérades emparentado con nobilísimos deudos; yo, á lo menos, si fuera vos, me córriera de que mujer que estaba enseñada á hacer hurtos tan viles me robara en el alma la parte más principal de mi persona.



Teodoro.—Por Dios os pido que no la maltratéis: mirad que sobre eso llegaremos á desnudar las espadas y á ser de hermanos enemigos.

Marcelo.—La nación Egipcia os lo agradezca, que me espanto cómo no os hace su protector y os jura por su dignísimo Conde de Gitanos: por mi amor, hermano mío, que estéis muy corrido del empleo del tiempo que hicistes en su conquista; aunque no, bien hacéis en estimarla, si consideráis las buenas partes de aquella madre honrada que había de ser vuestra suegra, tan familiar de aquellos que llamamos familiares que toda su plática era espiritual, porque ninguno de sus grandes amigos tenía cuerpo, con que toda su conversación se reducía á ser de espíritu: verdad es que para otro género de entretenimientos buscaba amigos corpóreos con quien incorporarse, y aun éstos venían muchas veces, á su pesar, traídos de los otros.

Camila.—Amiga: por mi fe que me conformo con vuestros recelos; estos socarrones vinieron sobre concierto, y os dan á beber la purga con sutileza; procurad divertiros por que no os provoque á vómito, que entonces fuera condenaros vos propia; resistid el trago, pues sois hija de un padre que se tragó una soga con tanto valor.

Flora.—Bueno, bueno; ¿hasta vos me dais los consuelos envueltos en las injurias? No me desagrada el terminillo; pero yo haré tan valientes esfuerzos que, cuando sea lo que hemos temido, que no pienso que es, desmentiré con mis mentiras sus verdaderas sospechas, y los engañaré más, porque han pretendido desengañarse.

Marcelo.—No me puedo olvidar del buen despejo con que vuestra honrada suegra paseó una vez las calles de Sevilla, porque la sacaban á la vergüenza, juridición de quien ella se había salido mucho antes; por lo menos se le debe alabar mucho esta virtud, y es, que fué tal su cortesía, que desde el jumento iba saludando á todos cuantos encontraba; y esto con tanto despejo, que siempre que el pregonero decía: «Por ladrona la mandan sacar á la vergüenza», respondía en altas voces y mostrando el semblante risueño: «A no saber yo de burlas, buena me ponía». Desde entonces aprendió la rapaza que había de ser vuestra esposa desenfado en los actos públicos, y fué muy desenfadada.

Teodoro.—No quiero que os burléis más con esta plática, pues cuando no tuviera más esa mujer en su favor que parecerse tanto á mi prima, me pesara mucho de que se ofendiera sujeto que en la belleza exterior pudo ser su imagen.

Flora.—¿Por qué, señor? Si esa mujercilla era tan vil, hace mi primo muy bien en hablar con desprecio de la bajeza de tal sujeto. Bien es que las mujeres libres tengan este castigo, porque si no, ¿qué premio podemos esperar las honradas y principales si de todas se habla igualmente?

Marcelo.—¿No es bueno? Hasta en esa misma acción de enojarse se le ha parecido v. m. con extremo.

Flora.—Pues no me enojaré más por no parecerme á mujer de tan malas partes, y más en tan mala parte; si se gobernaran por mi consentimiento las repúblicas yo desterrara dellas tan vilí-

sima canalla, siempre vagante y ociosa; ¿qué pueden hacer los ociosos sin oficio sino hurtar lo que trabajan los demás que tienen oficios? A estos que pasan su vida en los desiertos sin ser ermitaños, que se reducen á la vida anacoreta, yo los trujera á los poblados y poblara con ellos las horcas. ¿Por qué no han de vivir unidos á los demás cuerpos de las ciudades españolas si pretenden ser partes ó miembros de ellas?

Marcelo.—¡Oh criminalísima señora, ó, por mejor decir, sumamente bien entendida: alcemos bandera contra esta chusma importuna, y siendo vuestra merced el general, hágase déstos otra expulsión como la de los moriscos, que no será menos importante; aunque no, que antes me parece que se deben conservar mucho, por ser árboles que llevan fruto de galeotes, y si ellos faltasen, dentro de pocos años sería menester buscar ministros para el remo comprándolos á precio excesivo, y no siendo para el ejército tan hábiles.

Teodoro.—Señora: v. m. nos dé licencia y perdone la grosería de mi hermano, que con tan poco respeto ha tratado á sus imágenes, que yo, aunque en tan humilde sujeto, las venero por ser suyas, que me parece que ha parado á la puerta de la calle un coche, y debe de ser mi primo don Roselino, y no quiero que embarace á vs. ms. Basta que dispensen nuestras ignorancias, y más las de mi hermano, que le parece que no goza del mundo si no toma lo peor de él.

Flora.—No, señor; el señor don Roselino ha de entrar, y ha de venir á entretenerle mi prima doña Claudia, porque no quiero que vayan vs. ms. dis-

gustados de mi casa, donde el servirlos es obligación, y tanto como obligación gusto. ¿Oyes, prima? Haz que entre ese caballero, y ven tú también á hacernos compañía, que te aseguro que sin ti, con ser tantos, parece que estamos en mucha soledad, y más yo, que soy quien te ha debido compañía en ocasiones de tanta necesidad y gusto.

Claudia.—Señora y prima: el señor D. Roselino entretendrá á vs. ms. porque en el lugar tiene opinión de un gran cortesano y caballero chistoso; donairea con sus amigos, y á puerta cerrada no deja un grano de sal en el salero que no le reparte con liberalidad. Si él quiere hacer aquí la figura del Caballero D. Porqué, yo sé que han de juzgar el tiempo breve, y desear repetición de lo que aquí pasare.

Flora.—Ojalá el señor D. Roselino se sirviese de hacernos tanto favor; porque aunque hasta ahora no se lo hemos merecido, parece que el ser nuestro ruego de mujeres, y todas tan encerradas, le ha de obligar á que comunique sus gracias, pues tanto más lo son cuanto se ejercitan más graciosamente.

Roselino.—Ningunas tengo en mi opinión; pero si se juzgan gracias las que yo molestias, aquí estoy dispuesto á obedecer, porque no quiero que se presuma que con la dilación pretendo hacer estimable lo que desprecio tanto. Al fin, señora, pregunte v. m., pues tiene noticia del juego, que yo responderé menos agudo de lo que se espera, por estar más temeroso que otras veces por el respeto de auditorio tan sutil.

Flora.—Paréceme, prima, que esto está ya en vuestras manos; preguntad de modo que ocasiones con vuestra agudeza á la del señor D. Roselino, y admiremos igualmente las preguntas y las respuestas.

Claudia.—Eso es imposible, tanto porque los ingenios son desiguales como porque el que pregunta tiene más campo para parecer pesado que agudo; y el que responde siempre puede mostrarse agudo, aunque el que pregunta sea pesado. No digo esto por huir el cuerpo á la obligación en que yo propia me entré, pues empiezo de este modo:—Caballero D. Porqué: ¿Por qué hay en estos tiempos tan poca verdad, supuesto que no es buena razón decir que hubo mucha en los pasados; porque la virtud nunca se gasta y siempre se queda en un propio ser?

Roselino.—Dama doña Preguntona, respondiendo á vuestra pregunta, digo que es porque están los tiempos muy políticos y sutiles, y así todos, buscando el provecho particular, huyen del común, y al mismo tiempo hacen ostentación de ingenio.

Claudia.—Caballero D. Porqué: ¿Por qué las mujeres tienen menos buena correspondencia unas con otras que los hombres entre sí propios? ¿Por qué llegamos tan presto á las palabras mayores, de que los hombres huyen con tanta cordura?

Roselino.—Dama Preguntona: porque vosotras no tenéis más que las palabras, y en ellas ponéis la venganza más sangrienta; pero como los hombres ponen su satisfacción en sus manos y en su

espada, así miden con mayor cuidado sus razones.

Claudia.—Caballero D. Porqué: ¿Por qué los borrachos no se enmiendan teniendo tan grave castigo en la persecución de los muchachos, y tan cotidiano?

Roselino.—Dama Preguntona: porque tal castigo es premio, pues aquello es celebrarles su misma borrachez, con que vienen á holgarse dos veces.

Claudia.—Caballero D. Porqué: ¿por qué entre todos los hombres de la Republica los que se casan con más facilidad son los médicos?

Roselino.—Dama Preguntona: porque son ellos solos los que tienen el enviudar en su mano.

Claudia.—¿Por qué en el mundo está tan mal recibido alegar con autores vivos?

Roselino.—Porque como el mundo miente tanto, se halla mejor con buscar los testigos muertos.

Claudia.—¿Por qué las regatonas de la plaza son tan amigas de las oraciones de los ciegos?

Roselino.—Porque se hallan indignas de hablar con Dios por sus personas, y así se valen de semejantes embajadores.

Claudia.—¿Por qué algunos letrados tienen en su estudio á sus mujeres?

Roselino.—Porque para hacer peticiones ellas son más hábiles que no ellos.

Claudia.—¿Por qué los más que entran en las sacristías de las iglesias se miran á los espejos que están en ellas?

Roselino.—Porque es una necedad aprobada con el uso, y hasta la necedad, si se usa, no se excusa.



Claudia.—¿Por qué causa los escribanos traen las más veces la pluma en la oreja?

Roselino.—Por señalar la parte que debe ser castigada en su cuerpo en pena de los delitos que cometen con ella.

Claudia.—¿Por qué los barberos tienen siempre en sus tiendas guitarras con que se alegran?

Roselino.—Porque tienen un oficio tan aprovechado que ganan su vida quitando siempre sin poner de su parte nada, porque ellos quitan el cabello, sacan las muelas, sacan la sangre, y en premio de lo que sacan y quitan les damos el dinero, con que vienen á llevarle á un hombre lo mejor que tienen.

Claudia.—¿Por qué las mujeres algunas veces suelen ser liberales con los hombres?

Roselino.—Para obligar con esto á los hombres á que sean más liberales con ellas, de modo que esto es codicia y no liberalidad.

Claudia.—¿Por qué se usa tanto el haber mujeres corredoras de otras mujeres?

Roselino.—Porque las que se ponen en semejante oficio son postas de la sensualidad, y les parece que en república donde hay corredores de caballos es bien haya corredoras de postas.

Claudia.—¿Por qué se introdujo que los chapines de las mujeres fuesen de corcho?

Roselino.—Porque se pudiese decir con verdad que son livianas desde la cabeza á los pies.

Claudia.—¿Por qué llaman los señores á los truhanes hombres de placer, si las más veces les dan pesar, ya pidiéndoles sus haciendas, ya diciéndoles algunas verdades pesadas?

Roselino.—Porque ellos son tan enemigos entre sí que cada uno, porque hagan mañana con otro lo mismo que hoy hacen con él, recibe placer de aquello mismo que pudiera pesar.

Claudia.—¿Por qué á nuestros abogados les damos el mismo nombre que á los Santos del cielo, si éstos hacen con tanta fuerza de interés lo que los Santos de gracia?

Roselino.—Por obligarles con este nombre á que procuren justificadamente merecerle enmendándose de su tiranía; pero como ellos tienen las leyes en su casa, las interpretan como quieren, y llaman justicia lo que nosotros rigor.

Claudia.—¿Por qué quieren tan mal los Portugueses á los Castellanos?

Roselino.—Por lo mismo que las demás naciones, que es verlos en superior fortuna, y siempre el más poderoso es envidiado.

Claudia.—¿Por qué causa se prenden hoy tan bien las mujeres?

Roselino.—Por prender mejor á los hombres, y al fin es prisión de alfileres que, con la misma facilidad que se prenden se sueltan.

Claudia.—¿Por qué habiendo hoy tantos oficios en el mundo hay más vagabundos, pues parece que la variedad de ocupaciones había de tenerlos á todos ocupados con gusto y utilidad?

Roselino.—Porque se ha hecho oficio de muchas cosas que ni antes lo eran ni ahora realmente lo son, como si dijésemos casamenteros, tahures y portanuevas, y algunos han llegado á hacer de la devoción oficio, de donde se sigue que los oficios necesarios estén sin mucho número de

ministros y el reino poblado de picarones vagabundos.

Claudia.—¿Por qué causa el pueblo caprichoso y mal atinado en sus juicios silba á las comedias que no le parecen bien y les hace el mismo tratamiento que á los toros, pues están estas obras ingeniosas tan lejos de tener comparación con ellos por ningún lado?

Roselino.—Porque los silbos del vulgo entonces no son de aquella casta de los que gasta con el toro, tan bien entonados y esparcidos, si no unos sordos y dormidos al modo de los de la culebra; porque como las más veces esta acción nace de la envidia y mala intención, imitan en ellos á un animal ponzoñoso, para significar que así vierten el veneno de sus malas entrañas.

Flora. — Maravillosamente ha respondido á todo, y la variedad de las preguntas, tan distantes las unas de las otras, ha hecho más entretenido este breve tiempo; pero no es razón que se apure más la plática, que aunque el señor don Roselino tiene tanta fertilidad de ingenio, es impío ánimo el nuestro si no procura sacarle de ocupación que es fuerza que esté pendiente del cuidado; porque las cosas bien dichas nunca se encuentran acaso.

Roselino.—Según eso, todo lo que yo he dicho hoy ha sido acaso y muy fuera del caso.

Flora.—No, señor; sino muy dentro de las entrañas de la materia, dándonosla vuesa merced tan grande á su alabanza, que ni el tiempo, vencedor de los mármoles y aun verdugo de los metales más incorruptibles, pondrá en olvido tan singular ostentación de ingenio.

Roselino.—Mayor gloria es la que en los labios de v. m. tiene que cuantas le podrán dar largas edades del tiempo, y al fin, señora, los aplausos presentes goza un hombre, que los futuros que se hacen sobre las cenizas de un varón ilustre sólo entretienen al que los da; porque para el difunto semejantes exequias son de importancia ninguna; por esta causa he reído mucho de los que han deseado ser famosos después de muertos.

Flora.—Muy desnudo está v. m. de las opiniones de la gentilidad, y anda muy cuerdo, porque es barbarísima locura querer alargar esta vida mortal con los socorros de la fama, los que sabemos con el conocimiento de la Fe que hay otra vida inmortal y eterna, donde ni las estimaciones del mundo pueden hacer menores sus penalidades ni aumentar sus glorias.

Teodoro.—Por Dios, primo, que nos tiranizáis todos los favores de estas señoras. Vámonos, hermano, que me espanto y no poco de vuestro celosísimo ánimo cómo ha podido pasar por éstas pródigas alabanzas. ¿No veis que á título de ellas don Roselino se ha hecho dueño de la conversación y de las personas que con ella le entretienen y lisonjean?

Roselino. — Mal puede ser dueño de esta casa quien acaba de entrar en ella con título de criado y servidor de estas señoras y vuestro; mas vámonos todos, que ya os entiendo; no penséis que tengo tan olvidada la retórica que desconozca vuestras ironías.

Teodoro.—¿Para qué os pintáis tan desconfiado siendo el Lucifer de los cortesanos y palaciegos



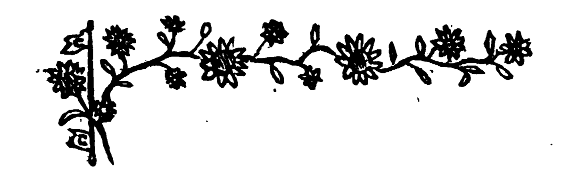
de esta edad? Pues vuestra presunción es tal y tan calificada que no creéis vos que nadie pobrá burlarse de vuestro burlador ingenio; al fin, señor, desocupemos á estas señoras, que ya es hora de comer, y supuesto que no han de convidarnos, no las impidamos su comodidad ni tampoco perdamos la nuestra.

Flora.—¿Hombre es ya v. m. de los que miran tanto por la comodidad? A mayor perfección ha llegado su vida de lo que yo pensaba; porque los beatos de estos tiempos son los que se acomodan siempre mejor. Al fin, vaya Dios con vs. ms., que yo sé que en nada les acomodo más que en dejarlos ir á comer bien en sus casas, excusándolos de comer mal en la mía, tan poco prevenida, que sólo me atreveré á la paciencia de la señora doña Camila, tan enseñada á todo ejercicio de penitencia, y que se viene á perfeccionar en ésta por ser la mayor.

Camila.—Ya ellos se fueron, y cierto que lo deseaba mucho, para agradecer á vuestro ingenio y ánimo el modo como se portó en aquel sobresalto, pues yo pensé que os habían conocido, y que hablando artificiosamente os decían (como aquellos que mostraban desconoceros y que hacían en esto lo que vos queríades) cuantas pesadumbres pudieran ser venganza de sus ofensas, si hubieran llegado á entenderlas; mas yo tengo por cosa asentada lo contrario; y admiro con cuánta gracia y libertad dijistes mal mejor que ellos vos propia de vuestra misma persona, sutileza que bastaba á volverlos á la cárcel de su engaño cuando ellos hubieran rompido las prisiones.

Flora.—Amiga: yo pienso que hice más de lo que supe, y más de lo que yo á mí propia me prometía; maravillosa unión es la del ingenio y el ánimo, porque si el uno es valeroso y el otro agudo, cualquier dificultad que emprenden facilitan; vámonos á comer, que después os comunicaré una traza con que ejecutada pretendo asegurar la máquina de mi edificio que, mientras más alta, la miro más peligrosa.

Camila.—Siempre vuestros consejos los tuve por segurós: elija vuestro entendimiento lo que mejor le pareciere, que para su ejecución hallaréis prontitud en mi obediencia.



ACTO SEGUNDO

Teodoro, Marcelo y Roselino.

Teodoro.—Con una carta de Sevilla me despertaron esta mañana, y sobre el disgusto que se da á un hombre rompiendo el sueño cuando duerme con buena voluntad, recibí otro mayor en unas infelices nuevas; dice así la carta, que quiero volviéndola á leer renovar mi sentimiento y causar en vuestro espíritu una admiración grave:

«De esa Corte salió para esta ciudad de Zaragoza una dama bizarra, en cuyo seguimiento vino la desdicha, ó por mal lograr la mayor belleza que vieron los hombres, ó por extender más la escuela de los desengaños del mundo, que con ser tan larga, son tan pocos los que quieren cursar en ella. Su amante, ó con impía crueldad, ó haciendo una venganza honrada (que este título le dan los que intentan disculparle) abrió nueve puertas á su sangre con una daga; y la vida que con menos ocasiones que ésta suele huirse, cuando él creyó que la dejaba muerta, se detuvo allí, ó por no desamparar tan singular belleza ayudando al mal logramiento de una obra tan insigne, ó dudosa en la elección se suspendió á considerar por cuál



puerta de aquellas saldría con mayor comodidad. El homicida fugitivo se ausentó, pienso que más por huir el rostro al horror del delito que el cuerpo á la pena dél. Sobrevivió dos días la infeliz hermosura, y en ellos entendí que era de nación gitana, para que entonces admirase más la liberalidad de la naturaleza, pues dió tan magnífico don á tan pequeño sujeto; fué mi casa el ocaso donde se puso este Sol, y antes de dar las últimas luces me pidió que hiciese á v. m. partícipe de nuestra lástima, no por experimentar con tanto dolor hasta dónde llegan las fuerzas de su valiente ánimo, sino por obligarle á que en memoria de la buena voluntad que la tuvo solicite para con Dios los ruegos y sacrificios de personas eminentes en virtud, pues sola esta amistad se les puede hacer á los muertos, que desde allá con más liberal mano saben retornar el beneficio. Guarde nuestro Señor á v. m. muchos años, etc.

Francisco Gerónimo de Gurrea.»

Marcelo.—Cuando la propia lástima no trajera consigo recomendación para todo sentimiento humano, la elegante narración que esa carta hace del trágico suceso despertara dolor en las piedras. ¡Oh muerte: qué bien se ve en tus malos efectos que entraste en el mundo por la puerta del pecado! ¡Si tu origen fué nuestra culpa, las demás que cometes contra nosotros no te culpan! Desvalida queda la naturaleza con haber perdido sujeto que la ocasionaba tantas alabanzas; y careciera esta pérdida de consuelo á no tener dél un retrato vivo en la hermosura de nuestra prima, á quien

la muerte, que no sabe adular á nadie, quiso lisonjearla usurpando al mundo la que igualmente la competía, con agravio del autor de entrambas obras, porque si con una sola admira, con las dos causara prodigioso espanto. Verdad es que en la que hoy resta al mundo quedó esta belleza más ennoblecida por la generosa corte de virtudes que la frecuentan y acompañan, de donde infiero que la que murió fué justamente desposeída de joya de tanto esplendor como indigna, porque no era bien que se hospedase perfección tan singular en compañía de tan torpes vicios, y más habiendo llegado á tiempo que ella se ocupaba en el vilísimo deleite de ellos. Hermano: agradezcamos al cielo el haber muerto con tantas demostraciones fieles, y juntamente el utilísimo escarmiento que nos da en su muerte, procurando ayudarla en su viaje con los sacrificios santos, que yo, porque no os vuelva á lastimar, siempre que renováredes su memoria, pongo sobre mis hombros este cuidado, á quien acudiere, si no tan tierno como vos, igualmente caritativo y liberal; ahora recogeos á ver aquellos papeles, pues son de tanta importancia, que una de las grandes calamidades en que nos pone la vida es forzar muchas veces el ánimo á que se divierta de los justos dolores y sentimientos, para tratar del sustento de sus miserias y pesadas fatigas.

Teodoro.—Consolarme de su muerte no fuera difícil; pero del violento modo, parece imposible, aunque es desesperar mucho de la hermosura de nuestra prima, poderosa á vencer mayores dificultades, porque en su presencia todas dejan de

serlo. Comeremos temprano y harémosle después una visita, que allá estará doña Camila, y yo te aseguro que aunque las tardes de ahora no son cortas, que te han de parecer sus horas fugitivas; porque demás de ser todas las personas que allí se juntan muy entretenidas, me tiene preso en dulcísimo cautiverio el haber hallado una casa única en Madrid, donde yo. en más de un mes que ha que entro en ella á todas horas y tiempos, no he encontrado otro hombre que me impida; antes es tan prodigioso su recogimiento, que habiendo estado en la Corte muchos días, no hay quien conozca á esa señora por el semblante, y muy raros son los que de ella aun por el nombre tienen noticia.

Marcelo.—Nada la hará más célebre que el huir de ser celebrada, y esa ignorancia que tantos tienen de su nombre la dará nombre de mayor estimación. Notable felicidad ha sido la nuestra, pues á título del parentesco hemos hallado entretenimiento tan lícito y gustoso. Paréceme que en ella haréis un dichosísimo empleo, y que ni vos podéis darme á mí mejor hermana ni elegir para vos más casta esposa.

Roselino.—Ponderáis muy cuerdamente la soledad de la casa haciendo de ella justa estimación, porque en Madrid apenas entraréis en parte alguna que no la halléis llena de trastos vivos. El jueves pasado fuí á visitar cierta damisela, que me encareció el favor diciendo que conmigo sólo rompía las leyes de su recogimiento; halléla en una sala de estrado muy grande, que la cercaban diez y seis sillas y cuatro taburetes; admiréme de

ver tantos asientos en casa donde el visitar estaba tan limitado, pero apenas yo revolví los ojos y la saludé, cuando entraron cuatro caballeros portugueses, uno eclesiástico y los tres seglares, vi en un instante ocupadas cinco sillas, y procuré hacerme firme en la mía, pareciéndome que á mí en ningún tiempo me podría faltar aquel asiento, porque podía alegar la antigüedad. En alcance de sus pisadas entraron dos médicos, que dijeron venían á visitar una enferma hermana de la tal señora, y haciéndola breve visita se salieron donde nosotros estábamos, con que fueron ya siete los lugares que no estaban vacíos. Dentro de un breve espacio llegaron dos coches llenos de hombres y de instrumentos, éstos eran también portugueses y criados de aquellos caballeros, que, porque más acomodadamente pudiesen cantar y tañer, los mandaron sentar, y ocuparon el resto de sillas y y taburetes que acompañaban la sala. Cantaron y tañeron tan bien, que si antes me enfadé porque me ocupaban, ya entonces les agradecí que lo hiciesen, juzgándome en ellos mejorado de entretenimiento. Cuando yo vi que se habían llenado todas aquellas sillas, y que la mía era la primera y la mejor, por ser la más vecina á la almohada en que ella presidía, sin duda en soberbia competía con Luzbel. Parecióme que estando aquello cabal no seríamos más; pero engañéme, porque llamó á la puerta un caballero estudiante de tan buen desenfado que, convidándole nosotros con nuestras sillas, por quitarnos de contienda y favorecerse de su propia mano, tomó lugar en la tarima del estrado no lejos del dueño. Disgustó los sem-

blantes de los presentes, pero todos cuerdos prosiguieron con el entretenimiento. Admiraba yo la libertad del estudiante, y decía entre mí que siempre la gente de aquel hábito era licenciosa, pesándome de habérmele quitado, pues sólo el tiempo que le traje puedo decir que me holgué con toda satisfacción. Mas entrando luego un hermano choclón que vestía una sotana parda y calzaba dos cordobanes en cada pie, hizo que el estudiante pareciese modesto, porque se sentó en otra almohada y á su lado. A este tiempo, intentando apearse de otro coche unos caballeros, les envió á pedir que no lo hiciesen, sino que arrimasen el coche á la ventana, donde salió á hacerles la visita estando ella por la parte de adentro y ellos por la de afuera, parlando de ventana á ventana. Del inopinado suceso me dió á mí un frío con el repentino espanto, y dudoso de aquello que miraba, creía que era sueño, y hacía firme propósito de no contarlo á personas que tuviesen poca experiencia de los accidentes y achaques de la Corte en semejantes casas. Los portugueses se fueron como ofendidos de la falta de estimación tan justamente debida, á los unos por su calidad y á los otros por sus habilidades; yo que vi las sillas que ellos dejaron desiertas, consideraba quién trataría de su población, cuando me sacaron de estado tan confuso los que desde la calle hacían la visita en el coche trasladándose dél á ellas; decía yo entonces, si con tanta facilidad se pudieran poblar los lugares de moriscos, que por su expulsión quedaron desiertos en Valencia y Aragón, no estuvieran los señores de vasallos tan pobres: y ha-

llaba por mi cuenta que en aquella casa era menester una grande hacienda para sillas, porque si se gastaban como servían, sería forzoso renovarlas muy aprisa. Dió el choclón en hablar al oído con la dama recoleta, y pareciéndole que se recibía nota, y aun que enfadaba con ello, dijo astuto, y hallando un nuevo modo para ejercitar su vicio: «Miren, señores, no sean maliciosos, sepan que no hablamos cosa que sea en ofensa de Dios y del prójimo, ¿quieren verlo? pues escuchen: Decíale á la hermanita, que para qué tenía tanta cuenta con estas manos y cara que se ha de comer la tierra», y manoseábala de camino muy apretadamente, diciendo la picarota: «¡Qué notable sinceridad!» Yo entonces, cansado de tan insolente superchería, volví las espaldas gozoso de haberme desensillado de una silla que estaba tan enseñada á trabajo, y en que yo trabajé no poco. He referido el cuento porque estiméis la desocupación y desembarazo de esa casa, y creedme que en la Corte, ó es única, ó son muy pocas las que la igualan.

Teodoro.—Pues quiero que advirtáis que el mismo rigor que guarda mi prima en recibir visitas tiene en el hacerlas, porque no sale sino de su casa á la iglesia, y esto de modo que nadie puede referir las señas de su semblante; y afirman los vecinos que es tanta la quietud de aquella casa, que piensan que es inhabitable ó que la habitan espíritus del cielo; y esto señor en la Corte admira, y mucho más en una mujer que tiene coche propio, cuyos holgazanes rocines sólo salen los días de fiesta por la mañana, y toda la semana están



ociosos, de modo que el día de fiesta es para ellos de trabajo, y los de trabajo de fiesta.

Roselino.—Con justa causa decís que puede eso admirar en la Corte. ¿No habéis visto el ejército pedestre de tanta mujer que imposibilita á veces el paso en las calles más principales y públicas? Los días de fiesta no han menester ocasión, porque ellos se la traen consigo; pero todos los demás de la semana son achacosos, en unos salen á título de ver la comedia nueva, y aunque se agraden de los versos, jamás de las trazas, porque en esta parte exceden las mujeres á los poetas; otros hay visitas de amigas, y en ellas se cumple también con los amigos; cuando esta traza falta, fingen que van á comprar alguna cosa, y es más lo que llevan á vender que lo que van á comprar, aunque muchas veces se venden por lo mismo que compran; y es de modo su inquietud, que en este lugar tan grande, cuyas calles apenas tienen número, solas ellas y los cocheros saben sus nombres, y éstos las aprenden para el servicio de ellas. Finalmente: ellas son personas que, si van en coche, rodean el lugar, como quien se sirve de pies ajenos. Puestas en corto y en zapatos, navegan más tierra en un día que en muchos años en un coche; caminan aprisa, y como llevan las faldas largas, levantan tanto polvo, que han menester ir á parte donde se le sacuden, y así lo hacen.

Marcelo.—¿Cómo os habéis portado vos en la Corte con esta pérfida canalla tan dura y rebelde? que pienso ¡que en esto no hay segura doctrina por ser tantas las mudanzas de sus costumbres.

Roselino.—Yo, amigo, siempre he buscado las damas menos celebradas, porque suelen ser las otras las más caras y menos sanas; competencias siempre las huí, porque estas socarronas, á título de la porfía, suben de precio el gusto; yo gozo sin oponerme á nadie, y hallo por más hermoso lo que me sale más moderado de precio; excuso las ocasiones, procurando que las salteadoras de nuestras bolsas no me encuentren en tan malos pasos como son la Platería, calle Mayor y puerta de Guadalajara; con esto, si alguna vez caigo en el peligro, que no pensé, consuélome de haber hecho todas mis diligencias para no verme en él, y procuro sacar pies con toda solicitud. Puedo decir que nunca me han engañado; pero que he dejado engañarme muchas veces por conseguir mis intentos; mas vámonos, que tengo uno que comunicaros de esta propia materia, y quiero haceros mi embajador, ó que me pongáis vos á mí en la ocasión, que de este modo os excusaré un cuidado tan penoso como es negociar por otro.

Teodoro.—¡Qué alegres se van éstos, al fin la flor de los verdes años no puede anticipar tanto sus frutos! ¡Oh muerte avara; imposible será que no celebre con lágrimas tan infelices exequias; daré al viento suspiros engendrados en mi fuego, y á la tierra lágrimas, porque todos los elementos participen de mi dolor! Mas aquella silla que viene parece de doña Camila, quiero salirla al paso, porque con ella renovaré las memorias de mi prima, y esforzaré el espíritu antes que se deje vencer de ansias tan importunas.

(*Vanse. Salen* FLORA *y* CLAUDIA.)



Flora.—Mientras viene doña Camila, que hoy, por cierta diligencia que yo la encomendé se detiene más que otros días, al son de esta fuente que nace risueña y desesperada, pues entre su misma risa se precipita furiosa, canta algo que sea digno de tu elección, para que de este modo consiga yo el divertirme, porque si en ti no hallo mi salud desesperaré del remedio y aborreceré los demás beneficios.

Claudia.—Escucha unos versos que un tiempo te agradaron mucho, y que para ti siempre venían á tiempo, por haber sido el sujeto de su alabanza la honesta Laura; porque, aunque no la pareces en las costumbres, aun los malos recibimos bien las alabanzas de los que conocidamente son buenos:

Con las iras del Noviembre
en los campos más amenos
los aliños del Abril
son despojos del invierno.
Las hojas que de los ojos
festivo teatro fueron,
ya amonestan desengaños
castigadas de los vientos.
Cuando un amante invencible
resistencias hace al hielo,
milagros de su fe grande
acreditada en su fuego,
tan noblemente se pierde
en este feliz empleo,
que ha de causar con sus ruinas
más envidias que escarmientos.
Sacrifícase á unos ojos,

cuyo dilatado imperio
tantas almas predominan
que usurpa honores al cielo.
En los rayos de sus luces
abrasado y satisfecho,
ellos en él se alimentan
cuando él se álimenta en ellos.
Honestamente los ama
libre de humanos recelos,
que no puede haber peligro
en tan corteses deseos.
Venéralos como á soles,
y contemplando en su dueño,
esto le dijo, intentando
hacer de la pena premio:
Denme muerte tus ojos, divina Laura,
porque en siendo lucida, no es desdichada.
Si hoy en tus Soles la suerte
este bien me ha de ofrecer,
sin duda que he de tener
gran lucimiento en la muerte:
no vendrá pesada fuerte,
llena de sombras y horrores,
sino entre los resplandores
que son créditò del Alba,
porque, &c.
Si de un solo que les dió
Sol, morir muchos se vieron,
de dos soles que me dieron
no es mucho que muera yo;
en ellos la luz nació,
de cuyos rayos quisiera
que la muerte procediera

vida ilustre de mi fama,
porque, &c.

Flora.—Basta, basta, no prosigas, que ya viene nuestra fiel Camila; ¡oh, amiga; oh, señora! Despéname luego diciéndome el efecto que ha hecho mi industria y hasta dónde puedo volar con mis esperanzas.

Camila.— Albricias, reina mía; vencimos con toda felicidad; yo vengo ahora de casa de don Teodoro, y él y sus consejeros han creído que la carta es verdadera, y tanto, que se debe de haber repartido por los conventos de Madrid limosna para más de dos mil misas por esa alma pecadora que aún tienes en el cuerpo, fabricando este y otros mayores embustes. Ha hecho grande sentimiento; pero como en ti propia tiene librado su gusto, hallará juntos en un mismo sujeto el desconsuelo y el alivio.

Flora.—¿Al fin lo han creído? Dime, por Dios, la verdad, porque en el buen efecto de esta diligencia consiste la gloria de nuestros pasos, que es gran desdicha darlos sin fruto perdiendo reputación y desanimándolos para otras empresas.

Camila. — Vuelvo á decir que fué tan lucido nuestro acometimiento, que, no sólo sirvió de quitarle las sospechas de que recelábamos, sino que ha puesto espuelas al deseo que de tus bodas tenía; tanto, que su hermano y su primo le esfuerzan esta voluntad, creyendo que ha salido de la ocasión en que ellos le van entrando más aprisa. Paréceme que todos tres vendrán luego; por eso alíñate con todo estudio, no dejes alfiler que no te

prendas, porque vamos dando más combates y consigamos aprisa nuestra empresa, que quien fabrica un engaño nunca está fuera de peligro.

Claudia.—Bien dice; vamos, amiga, que en el entretanto no podrá decir doña Camila que la dejamos sola, pues yo la entrego esta guitarra, que en personas de buena voz la mejor compañía es un instrumento, porque hace el mismo efecto que los libros, que está en nuestra elección el tomarlos ó el dejarlos.

Camila.—Vayan con Dios, y vuelvan pronto por mi vida que es buena la guitarra, pero yo en la ocasión presente de mejor gana almorzara que cantaba; hacer pasajes de garganta en ayuna; mejor fuera con un torrezno que con la voz; pero todo se tendrá su tiempo, que no es Flora tan descuidada, y más con aquellas personas de cuyas diligencias necesita; cantar quiero por merecer por todos caminos el buen acogimiento que me hace en su casa, y más en casa donde no planta los pies otra amiga sino yo; y así de cuanta solicitud pongo en este negocio no tengo razón de pedir premio, porque yo se la debo toda á la confianza que de mí tan liberalmente hace: al fin quiero cantar, porque así á un mismo tiempo cumpliré con los ruegos de Flora, y espantaré los males de mi memoria.

El sol, que se muestra á veces
avaro de resplandores,
entre nubes que le ciñen,
imágenes de la noche,
por esconderse de Laura,



cuyos dos valientes soles
bien armados le acometen,
con ventajas se le oponen.
Ya con impiedad se venga
gozoso de que corone
el lecho con menos luces
dando escarmiento á las flores.
Doliente yace quien pudo
vestir liberal y noble
con varias flores los valles,
con verdes hojas los bosques.
La belleza de los campos
se niega y se desconoce,
que ha quedado con su ausencia
en soledad todo el orbe.
Los canoros mensajeros
de la luz, que en blandas voces
suelen festejar la aurora,
la dejan sola y sin corte.
Las peñas vertiendo llanto,
hechas fuentes al mar corren,
anegando al mar en sí
porque son mares mayores.
Amor que ve que sus flechas,
rayo común de los hombres,
por no afilarse en su luz
más que se logran se rompen.
Hecho ya cierzo del campo,
bien que con menos furores,
le roba hierbas y plantas
que á tan grave mal opone.
Y él, tan enseñado en herir,
libre injuria de los dioses,

que no hay deidad que no asalte
ni humildad á quien perdone,
más que piadoso cruel,
la cura, porque conoce
que en la vida que defiende
muerte universal dispone.
Qué tierno que la regala
entregando tan conformes
voces blandas, que los vientos
susurran dulces amores.
A las pálidas mejillas
las alienta, porque cobren
beldad, que fuerce al Abril
que el verde en azul transforme.
Nadie envidia su fortuna,
porque su valor conocen,
que á quien todo lo merece
no hay fortuna que le sobre.
A todos su mal lastima,
que liberales socorren
con lágrimas, dando en ellas
fiel espejo á sus dolores.
Albanio, que honestamente
la quiere, porque no borre
un apetito villano
á la razón sus blasones,
se sacrifica en suspiros
y en lágrimas tan conformes,
que halla piedad su armonía
en los ecos de los montes,
pues cuando él entrega al viento
sus ansias y sus razones,
escuchándole apacibles,

solícitos le responden.
Su llanto no reprehenden
aun los más ásperos robles,
que á lágrimas tan debidas,
¿quién habrá que las reforme?
Que llore se le consienta,
que á un amante en sus pasiones
es bien magnífico don
el permitirle que llore.

No dirás que con lo que he cantado no he merecido el almuerzo, aunque yo me contento con ver tu cara; bástame por premio, porque te prometo que sales muy hermosa.

Flora.—Nunca me has pedido más el almuerzo que con esa lisonja, moneda corriente en las cortes y palacios, y por cuyo medio se compran aun los mayores imposibles.

Camila.—Vuelvo á decirte, y sin lisonja, que sales muy linda, con una belleza natural, ajena de pesado artificio; esos colores que te encienden son de tu propio caudal, no los debes al arte. ¡Oh nuevo prodigio, que vemos en Madrid un rostro que no brilla como espada, aunque mata más que muchas! ¡Oh bella claridad de semblante! cada mejilla es un Abril, cada labio es una aurora.

Flora. — Las escuridades, amiga, guárdolas para el pecho, pero en el rostro soy una doña Clara, de cuya belleza (si la tiene) sólo es ministro el agua purísima del río, que si sus Ninfas (según refieren los poetas) no previenen más afeites y son tan hermosas, yo quiero más su imita-

ción que la de las artificiosas cortesanas. ¡Oh cuántos deleites le debo al agua! Si la veo en los campos, ya en ríos, ya en arroyos ó ya en fuentes, celebro su hermosura, y mucho más su liberalidad risueña, con que descubriendo una boca de risa, se pone en las bocas de todos, al contrario de otras bellezas inferiores, que piensan que se realzan más mientras son más desdeñosas y esquivas; si la bebo me alegra el corazón y, con ella, al modo de las plantas, reverdecen mis espíritus; si con ella lavo manos y rostro, me hace partícipe de su purísima perfección. Al fin, en lugar y en efectos bien puede ser el fuego elemento más noble y la tierra más útil; pero entre todos el agua más apacible y deleitable.

Camila.—Con razón la alabas, pues en ella tienes ministro para tan varios efectos, y hago testigos á los cielos que en esta acción, si no te igualo, te imito, porque siempre he procurado valerme de los socorros del cristalino Manzanares, guarnecido de más fregonas que flores, aunque en opinión de los lacayos no hay flores como las fregonas; y es cierto que las que tienen buenas caras favorecen nuestra opinión, porque con las fuerzas del natural, sin mucho artificio campean, aunque yo he visto ya algunas que á vueltas de ojos de sus amas se deben de meter en el estudio donde tienen sus redomas y salserillas, y darse algunos filos, porque los rayos que arrojan mentira son y muchas veces muy mal mentida: porque como no tienen tanto ejercicio en acomodar el barniz, pónenle unas veces mal repartido y otras mal asentado, con que se ve que son más

depósito de inmundicias que retrato de la primavera, lisonja que ya se dice á cada paso, y tanto, que de haberse hecho tan común ya no es lisonja.

Flora.—Al fin, amiga, esto del afeitarse las mujeres es vicio como el juego ó la sensualidad, y en todas edades es culpable, aunque en la mocedad menos reprensible. ¿Qué pretende una vieja? ¿Qué intenta cuando sobre unas mejillas desarmadas de muelas, aposentando en sus encías huéspedes extranjeros, se mancha con lo que piensa que se luce? Lo que pone por enmienda es más perdición de su semblante; y pensando hacerse ángel imita al demonio, á quien da no poca risa. En ningún tiempo me parece que los muchachos son cuerdos sino cuando pasa una máscara de estas por las calles públicas y se componen y no la gritan. De semejantes sujetos indignado un poeta amigo nuestro, sirviéndole de musa el justísimo enojo, provocado más que otras veces, escribió contra una caduca mal afeitada esta sátira; dije mal, esta reprensión forzosa de tan mal vicio. Ella dice así, y yo quisiera no referirle tan mal, que por esta causa viniese á ser más sátira contra su autor que contra la vieja:

A la naturaleza
quieres echar remiendos, vieja astuta,
y comprar la belleza
por volverla á vender más disoluta;
¿no ves que esos mecánicos colores
gualdas te pintan las que intentas flores?
¡Oh mal representante
de la hermosura que alcanzar deseas!

¡Oh mentido semblante,
con lo que más te adornas más te afeas!
Los dientes que te faltan, por tu lengua
hablan y dicen tu menguada mengua.
Esa piel martirizas,
que se adelgaza más (¡oh intentos vanos!).
Di, ¿por qué tiranizas
aún esa carne poca á los gusanos,
comiendo en vida un solimán tan fuerte
lo que ellos esperaban en la muerte?
Si á la noche llegaste,
¿por qué volver á la mañana quieres?
si los años gastaste,
retroceder á la beldad no esperes,
aunque con tanta afrenta de tus años
en tus canas disfraces desengaños.
Tienes la cara herida
de hacella sacrificios tan violentos;
andarás advertida
quitando afeites y poniendo ungüentos,
aunque tú (¡ved qué bárbaro deleite!)
hasta del mismo ungüento harás afeite.
Ya el amoroso efeto
se acabó para ti, por el que daba
un honrado respeto
que tus antiguas canas veneraba,
y tú por ser tan loca le has perdido,
y en risa aquel aplauso convertido.
Dime, vieja engreída:
¿qué amante cuando llegue á requebrarte,
si es tan corta tu vida,
su vida sin temor ha de llamarte?
si no ès que entrarse intente desta suerte

por los sangrientos filos de la muerte.
Si tu vida le llamas,
estafa, y no requiebro, ser parece,
pues se presume que amas
la vida larga que en sus años crece;
ofendes tanto á amor con tu malicia,
lo que requiebro en él, en ti es codicia.
Tan fea estás, que fundo
que con ser suya no vendrá á llevarte
al partir deste mundo
el diablo que en ti tiene tanta parte
(que él lo conoce, y yo también lo digo)
que tú te irás con él en ir contigo.
Recámara de dientes
tienes, porque las mudas y remudas,
que en boca y rostro sientes
el beneficio de diversas mudas;
un mesón tienes hecho á tus encías,
pues huéspedes tan varios las envías.
Es la traza excelente,
pues si ves en tu boca mal logrado
un marfilino diente,
suple sus veces otro más limado,
que pudieron tus términos astutos
hallar aun de los dientes sustitutos.
Perdona vieja aleve,
aunque no quiero ya que me perdones,
que mi razón se atreve
á tu edad, que es tan falta de razones;
no dirás que á tus canas me he subido,
pues tú las has negado y escondido.

Flora.—Bueno, amiga; bueno, por mi vida, ingenioso, agudo y fácil anduvo el poeta, y aun

muy puesto en razón, cosa que les sucede pocas veces, porque muchas, por sus particulares fines, martirizan á las mujeres; pero esta acción yo confieso que fué muy justificada; entraos á desayunar, que, á lo que siento, estos pasos son de Claudia, y los que entran hablando con ella Marcelo y Roselino, en cuya conversación libraré yo el divertirme de vuestra ausencia hasta que volváis con la presencia de vuestra vista á mejorarme las horas.

Marcelo.—¿Por qué se va v. m., mi señora doña Camila? Si acaso nuestra visita es la culpada, volverémonos á ir, que no queremos desacomodar á mi prima de su entretenimiento por darnos á nosotros un rato gustoso y apacible.

Flora.—Siéntense vs. ms., que ella volverá luego, y denme nuevas de su salud y de la de mi primo, que les prometo que estimo en más la soledad de mi casa por poderlos gozar á todas horas que por los efectos que de ella resultan en mi crédito y abono.

Marcelo.—Mi hermano está bueno, y luego vendrá á besar á v. m. las manos; nosotros tenemos salud, y le hacemos una ventaja, y es que, viendo á v. m., gozamos en posesión lo que él se promete por sumo bien con la esperanza.

Flora.—Ese lenguaje yo no lo entiendo, ni mi llaneza lo permite; sólo sé que soy de todos muy servidora, porque lo debo así á mi sangre, y á sus méritos de vs. ms.

Marcelo.—Al fin, al fin, señora; los cumplimien-s de vuesa merced cuando reprenden los ajenos n los mayores, por salir vencedora en todo; sea

muy enhorabuena, supuesto que en nada podemos competirla. Pregunto, prima mía: ¿es muy deuda de v. m. doña Claudia?

Flora.—Tan deuda, señor, que de nadie alcanzo tanta sangre como de ella; nuestro parentesco es muy estrecho, que parece que se aumenta más cada día con la voluntad y con las obras.

Marcelo.—El señor don Roselino, mi primo, la quiere tiernamente, y siendo mujer de la calidad que vuesa merced nos significa, se podrían en esta casa celebrar las bodas á pares, que yo, á no ser casada mi señora doña Camila, también me pusiera debajo del mismo yugo, con que fuera la nuestra una trinca de casados por su gusto, bien que estábamos muy dispuestos al arrepentimiento por haber sido la elección tan aprisa.

Flora.—Señor: esta muchacha aborrece á los hombres, y tanto, que tiene determinado de entrarse religiosa, porque es tan amiga de mujeres, que desea vivir y morir en compañía de muchas; más me quiere ella á mí que á todos los hombres del mundo, y es porque se ve á tiempos con algunas necesidades que yo sola se las remedio.

Marcelo.—¡Oh, señora mía! ¿Eso dice v. m.? Por eso mismo se ha de casar, porque con caballero tan rico no padecerá necesidades.

Flora.—Bien lo entiende v. m.; antes sé yo que si estas bodas se celebrasen, serían tales, que entrambos vendrían á tener necesidad igual.

Marcelo.—Yo fiador que no la tendrán.

Flora.—Prométole á v. m. que es causa esta en que v. m. no es abonado para ser fiador, y que yo

sola podría serlo, y supuesto que los principales no han de satisfacer, pagar por todos.

Roselino.—Parecíame á mí que sería llevar á mi casa persona de mucha seguridad.

Flora.—Bien satisfecho podría estar v. m. que no le ofendería con ningún hombre.

Roselino.—¡Válame Dios! ¿cómo, señora, que á tanto extremo de virtud llega? Debiéronla de criar sus padres con mucho recogimiento.

Flora.—Antes no, señor; sino con mucha libertad, platicando y entreteniéndose toda la vida en conversaciones de hombres; pero toda esta comunicación ha engendrado en ella de ellos notable aborrecimiento.

Roselino.— Primo amigo, interceded, solicitadme estas bodas, que esto es lo que me conviene.

Flora.—Antes se las divierta v. m., que le prometo, como su deuda y como su amiga, que esto es lo que le conviene menos; y quiere ver que tanto por este camino imposibilitaba la sucesión de su casa y mayorazgo.

Roselino.—Señora: v. m. no satisface á nuestra voluntad como debe; otro día volverán solos mis primos y tratarán con v. m. este negocio, que yo me he gobernado mal en mi pretensión, pues siempre, en las que son de esta calidad, no se han de hallar presentes las partes.

Flora. — Señor: yo he respondido á v. m. lo mismo que diré toda la vida, y quedo muy ofendida de su desconfianza, porque con estimar en tanto á los que me pone por intercesores, es cierto que no haré más por su servicio que por el de vuesa merced.

Roselino.—Al fin, señora, yo soy tan desgraciado, que una vez que he intentado ser marido no lo he conseguido; porque aun no soy capaz de ser pretendiente de infelicidades, que aun en su infelicidad soy infeliz.

Flora. — Buena carga le quitamos de los hombros y, hablando en el lenguaje que hoy corre, aun de parte más superior. —Amiga doña Camila, ¿oyes? Ven presto, que ya estoy sola, y descontaré con tu dulce entretenimiento el pesar que éstos me han dado con su sobresalto.

Camila.—En verdad que es fuerza que yo te dé otro que no sea menor: Claudio dice que está ya muy cansado de ser Claudia, porque estas nuestras faldas le sirven de grillos, y tu continuo recogimiento de prisión estrecha; pide licencia para irse, y que le pagues por meses lo que ha trabajado en casa, pues ya sabes tú que ha hecho mucha labor y muy buena.

Flora.—La labor confieso que ha sido buena, pero no mucha.

Camila.—Siempre semejante labor, en pareciendo buena, parece poca.

Flora.—A mí, aunque me pesa, me conviene mucho que se vaya, porque don Roselino, primo de los que yo finjo ser mis primos, con el concepto que tiene hecho de que es mujer, ha mostrado inclinársele con muchas veras, y podría ser que si diésemos lugar á que se prosiguiese esta plática, [fuese público] lo que ahora con tanta utilidad y gusto nuestro está oculto; páguesele su trabajo desde el día que entró en casa hasta el de hoy, que es muy justo, y váyase en buen hora;

pero antes será bien que se entre á despedir de mí, y por la última vez cante y baile, porque así quedemos con menos deseo de su persona y de sus gracias.

Camila. — ¿Hásele de pagar en plata, ó en cuartos?

Flora. — En cuartos, que es la misma moneda en que trabajó; aunque no, dadle plata, por que salga de casa con menos ruido y peso; y en consideración de que los cuartos, que son del metal de nuestra humanidad, valen más que todos los metales que produce la tierra.

Camila.—¿Al fin que me decís que don Roselino se le inclinaba pensando que era mujer? Por mi fe que hacía importante empleo de su persona.

Flora.—Con tanta obstinación, con tanta porfía, que se partió de aquí desconsoladísimo y engañado, y anduvo tan necio, que hizo bastante ostentación de que tenía partes para desposado.

Camila.—Por mi fe que el hombre es dichoso, pues una vez que intentó casarse ha errado el golpe de modo que, por lo menos por ahora, queda libre de carga tan importuna.

Flora.—Yo le veo con tan buen ánimo de echarse á perder, que él sabrá buscarse las ocasiones, y las hallará tales que tenga en ellas todo lo que merece; mas escuchad, que viene cantando Claudio para darnos á entender cuán gustoso deja nuestra compañía, como si salir de mi casa fuera haberse librado de las prisiones de Argel.

Yo estoy enfadosita, todo me cansa,
apercíbase el mundo que le doy vaya.

Cánsanme unos letrados á lo moderno,
tan espesos de barba como de cuello.
Medellín es un pueblo corto en vecinos,
pues ¿por qué no le pueblan muchos maridos?
Unos en los bonetes llevan los cuernos,
y otros están debajo de los sombreros.
Los de los bonetillos siempre son leves,
y á los de los sombreros cargarlos suelen.
Joyas de oro me pides, y estás muy flaca,
que recibes en oro y en marfil pagas.
Mil flaquezas cometes sin tener carne,
di: ¿con qué te disculpas de lo que haces?
Eres un pensamiento flaca señora,
y con lo que ejecutas toda eres obra.
Los que de ti murmuran tan flaca y leve,
yo no sé cómo hallan donde morderte.
Fuiste cuando más gorda de un escribano,
porque son carniceros siempre los gatos.
Á un confeso le diste después tu cuerpo,
que es de perros muy propio roer los huesos.
Hila, pues ya eres vieja, que has de acertarlo,
si á tus carnes imitas en lo delgado.
¿Cómo te faltan muelas si son de hueso
y en la boca no tienes lo que en el cuerpo?
Mas seamos amigos, dame la mano,
no digan que me atrevo á lo que es más flaco.
Por lo mal que ha vestido robando á muchos,
al infierno mi sastre se fué desnudo.
El suceso parece muy peregrino,
¿cómo se fué desnudo por lo vestido?
El no sabe qué hacerse, muere de hambre,
que andan en los infiernos todos en carnes.

No viniera al infierno, nadie lo dude,
si, como hizo pendones, hiciera cruces.
Arde también su vara, y allí le queman,
que aun él mismo se trujo parte de leña.
Más mujeres que hombres brujas se hacen,
por el gusto que tienen de ir por el aire.
Las que niñas chuparon viejos antiguos,
gustan cuando son viejas de chupar niños.
Como con el afeite se untan las caras,
gustan aun en los cuerpos de verse untadas.
Estas se van volando luego en muriendo
para ser volatines en el infierno.
Á un cabrón se le ofrecen en sacrificio,
porque ven el retrato de sus maridos.
Yo pienso que las brujas son muy bubosas
por las muchas unciones que siempre toman.
Por Madrid en los coches se vende carne,
y es ya carnicería cualquiera calle.
No sé cómo se vende, no hay quien lo entienda,
siendo ellos los carneros la carne de ellas.
Aquí son ministriles mujeres y hombres,
ellos tocan cornetas, ellas bajones.
De Cupido las fiestas celebra el suelo,
que de instrumentos se oyen todos de hueso.
De la Corte se salen los cazadores
olvidándose en ella del mayor bosque.
Véndese por el peso mi niña bella,
y saldráme muy cara, porque es muy necia.
Esta vieja lasciua de amor se abrasa,
toda es Caniculares, y toda canas.
Tiene el vino la culpa de que se encienda,
que ya hay viejas vinosas como las peras.

Todo lo ocupa el vino, raro misterio,
también se halla en pellejas, como en pellejos.
Aunque como está flaca vieja tan fiera,
igualmente es pellejo como pelleja.
Suda con grande gusto vieja tan mala
por librarle á su cuerpo de tener agua.
Ya de Madrid el Prado su nombre pierda,
y desde hoy le llamemos mercado ó feria.
Júntanse allí del gusto los mohatreros,
lonja es donde se tratan cambios de Venus.
Si ir al Prado dejares tu esposa, ¡ay loco!
mientras ella va al Prado te lleva al Soto.
Como corren los tiempos libres y alegres,
muchas salen al Prado por darse un verde.
¿Cómo boca tan chica, niña de flores,
puede tener tan grandes las peticiones?
Hasta las moscas tienen sus alguaciles,
que de gente tan mala no hay quien se libre.
Si beber quieren frío los marquesotes,
y la nieve faltare, traigan bufones.
A bajezas notables el oro llega,
los bufones le arrastran y las rameras.
Que hace extrañas vilezas en estos tiempos,
á él le arrastran los malos, y él á los buenos.
Usanse como el oro muchos amigos,
porque siendo muy falsos se dan por finos.
Si es que están los panales llenos de cera,
¿cómo es sebosa y dulce mi portuguesa?
Mas si gusta de darse de amor al fuego,
por derretirse aprisa se vuelve en sebo.
Si los pies de las coplas calzan conceptos,
aun mejor que los reyes calzan los versos.

Porque si éstos se forman allá en la idea,
tales pies ya se sirven de la cabeza.
Remendón de comedias es nuestro amigo,
y no admite remiendos tan noble oficio.
Cánsanme los danzantes, y soy muy necio,
pues que por alegrarme se cansan ellos.
Quien se alegra de verlos son las mujeres,
porque ven que es la fiesta de cascabeles.
Brillan sus mascarillas, y dellas gustan,
por mirar otras caras como las suyas.
Por hacerse ligeros los vientos beben,
mas con esto no matan la sed que tienen.
Toda el agua que sudan por dar sus vueltas,
en el vino la cobran de las tabernas
Porque los taberneros de nuestro siglo
han hecho maridaje del agua y vino.
Sus forzados nos hacen las bellas damas,
pues nos ponen cadena y al fin nos rapan.
Díme: ¿cómo los moros, pues no la creen,
tantas cruces reciben en sus mujeres?
¿Cómo en Carnestolendas vas á casarte,
y cuando otros la dejan recibes carne?
Vístesenos de verde la virgen flaca,
y aún no hay quien la coma con tanta salsa.
Con mujer que es tan fea no habrá quien case,
ó ha de morirse virgen, ó hacer un mártir.
Vestidita de verde cantó la niña,
pájaro verdecillo nos parecía.
Mares se hacen llorando tus ojos verdes,
con razón verde mares llamarse pueden.
Si es que lloras cual dicen celos y agravios,
ellos son verde mares, y azul el llanto.

Lo que á ti más te agrada son tus cabellos,
por lo bien que te imitan haciendo enredos.
Si hasta con los cabellos al mundo enredas,
qué de enredos que tienes en la cabeza.
Tuertos tienes los hijos, letrado necio,
que en derechos estudias y engendras tuertos.
Bella labradorcita que roscas vendes,
las que forman tus brazos, ¿qué precio tienen?
Ay, que no tienen precio, guárdalas mucho,
más son roscas de vivos que de difuntos.
Son las damas de hogaño como los perros,
pues que vemos que bailan por el dinero.
Pienso que aun las mejores con gusto bailan,
porque allí se dan vueltas y hacen mudanzas.
Si es de perlas graciosas tu boca, niña,
no será pedigüeña boca tan rica.
Si tener sal pretendes, bufón judío,
á pesar de tu casta come tocino.
Yo que la sal no gasto de los señores,
más quiero los perniles que los bufones.
Porque á mí, yo confieso que es grosería,
bástanme los juglares de Algarrobillas.
Desdichado deseo no deis más pasos,
porque siempre los pierden los desdichados.
Son notables ladrones tus ojos, Laura,
almas roban de todos, todos son alma.
Aunque si ellos son dueños de todo el mundo,
nada que robar tienen, que todo es suyo.
Con el hurto en las manos cogen á otros,
pero á vos con el hurto siempre en los ojos.
Ya faltaron del mundo los Alejandros,
que hasta el alba sus perlas nos da llorando.

Siempre que el alba nace llora, señores;
de ese modo nacemos también los hombres.
Ved qué tal es el mundo con sus deleites,
pues que todos llorando vienen á verle.
Tienes barros tan grandes en tus mejillas,
que pudieran ser lodos en tu basquiña.
Pues después que en el rostro te salen tantos,
más de cuatro basquiñas te habrán quitado.
Y si así te sucede, que no es bien poco,
cuando tienes más barros estás sin lodos.
Bebes como tu madre, y eso lo causa,
que hay ya barros de vino como de agua.
Nácente hasta en la frente, no es desvarío
que se suban tan altos si son de vino.
Hasle dado á tu esposo gran parte de ellos,
y saliendo en su frente son mal agüero.
Mas como tú le tienes bien enseñado,
pasará por los lodos y por los barros.
Dícenme que son bubas ciertos amigos,
con que vienen los barros á ser muy finos.
Y aunque en ellos se encierra fineza tanta,
de Lisboa no vienen, sino de Francia.
En la bolsa dolores mezquino tienes,
y aunque son bien notables parir no quieres.
No te faltan comadres, mas tu dureza
aún es tal, que no quieres parir con ellas.
Ya te ponen al parto, Dios sea contigo,
porque son peligrosos los primerizos.
Qué despacio que pares, mucho recelo
que pensando en el parto te quedes muerto.
El amor comadrero de cierta dama
en el puesto te pone para que paras.



En la casa te pone de aquel platero,
será el parto muy largo, mucho le temo.
Concebir dineritos es gusto grande,
pero ¡ay Dios lo que duelen cuando se paren!
El que se hace preñado de unos doblones
goza en alma y en cuerpo gustos conformes.
Pero cuanto dan gusto con su preñado,
tanto son dolorosos si llega el parto.
Pocos tienen dolores que no sean recios,
sólo pudo Alejandro parir sin ellos.
Cuando labra mi niña con sus agujas,
tanto hieren sus ojos como sus puntas.
Postas para el infierno me da una vieja,
yo más cerca le hallo, porque está en ella.
Alquilando mozuelas gozosa pasa,
y perdiendo sus vidas la suya gana.
Y cual si ella alquilara grandes palacios,
cobra los alquileres adelantados.
Pero á esto responde la vieja esquiva,
que también tiene cuartos lo que ella alquila.
La fregona que al río temprano baja,
tanto más sucia viene cuanto lavada,
Porque los lacayitos que las postean
desamparan caballos y buscan yeguas.
Hacen grande fineza bajando al río,
porque ven al verdugo que mata al vino.
¿Cómo siendo vinosos estiman y aman
á unas medio Sirenas dentro del agua?
Dije medio Sirenas, no me arrepiento,
pues cantando descubren el medio cuerpo.
Desde hoy más yo os desprecio, mar arrogante,
válganme las Sirenas de Manzanares.

La Sirena gallega de peor cuerpo
vale más que las que andan entre abadejo.
Mil Sirenas pescadas, por más que canten,
igualarse no pueden á una de carne.
Que aunque ellas encantan siempre cantando,
ser de carne Sirenas es más encanto.
Adelgazan la arena bailando aprisa,
piedras son de molino, y ella su harina.
Mas si viene justicia cesa la fiesta,
al fin gustos fundados sobre el arena.
Mientras bullen bailando levantan polvo,
y de aquel polvo se hace después el lodo.
Bien se ve Manzanares que eres muy seco,
pues que del agua salen con tanto fuego.
Tus arenas parecen á las de Libia,
por las muchas serpientes que en ellas crías.
Estas son unas viejas lavanderonas,
que tal vez en tus campos se vuelven zorras.
Y aunque en cuanto al lenguaje zorras se vuel-
el semblante conservan de las serpientes. [ven,
Con las lunas contemplo de mis antojos,
en tus ojos suaves soles hermosos.
Bien merecen ¡oh Laura! que los adore,
pues les debo á sus lunas el ver tus soles.
En las lunas se miran de los espejos,
pero yo por las lunas mi espejo veo.
Cuando miro tus ojos por medio de ellas,
recibiendo tus rayos siempre están llenas.
De esos rayos hermosos y luz celestial,
recibiéndola ellas me lleno yo más.
Sin romper sus cristales pasan por ellos,
ellos más luz reciben, yo mayor fuego.



Duplicar sol y luna contempla el orbe,
yo duplico las lunas y tú los soles.
Cuando tú las retiras, tus ojos graves
son, por mal de los míos, lunas menguantes.
Tan escuras se miran sin tu belleza,
que á la sombra se hallan las lunas mesmas.
Y yo entonces me veo sin tu hermosura,
en antojos creciente, menguante en lunas.
El reir de tu boca señal es clara
de que el sol amanece, pues viene el alba.
No me embarco en invierno, porque los mares
me han dicho que padecen ventosidades.
Como el mar es tan vano, loco y soberbio,
con cualquier ventecillo se enoja luego,
Es el mar achacoso, según me cuentan,
ya de ventosidades y ya de flemas.
Consolémonos todos en nuestros males,
que hasta el mar no se libra de sus achaques.

Flora.—¿De dónde ha salido tanta variedad de seguidillas? No sé cuál admire más, su agudeza y gracia, ó su innumerable número; parece que toda la vida has empleado solamente en este estudio. Al fin, señor, tiempo es que te vayas; y determino que en hábito varonil, fingiendo llamarte Federico, á título de que eres hermano de Claudia y primo mío, podrás venir á visitarnos, que los que te vieren, como será uno mismo el sujeto, sólo diferenciado en el traje, dirán que no han visto hermanos más parecidos.

Claudia.—¡Oh, qué bien! ¡Oh, qué bien descubres en esto como en lo demás tu ingeniosa agudeza!, y parece puesto en razón, que pues ellos te

visitan á título de primos, que yo goce del mismo privilegio, excusando con esto sospechas contra tu reputación, pues de mí se ha de tener la misma seguridad que de ellos, y dándoles de camino algunos celos que los encienda en su pretensión, principalmente á Teodoro, que, aunque no está muy lerdo, con todo eso aprovechará mucho hacerle avivar el paso.

Flora.—Bien dices, amigo; seguiremos tus órdenes; vete agora con Dios y vuelve á la noche y hablaremos en esta materia y en otras con más largo término, que los negocios bien mirados tienen los efectos felices, y por lo menos su daño entonces es desvarío de la fortuna y no descuido de la prudencia.

Camila.—Vos habéis acomodado vuestra conversación muy cuerdamente, porque este mozo gozará de la libertad de hombre que le dió naturaleza, y ya calificado por vuestro primo, tendrá para veniros á visitar el mismo derecho que estos señores. ¡Oh, qué gustoso!, ¡oh, qué veloz sale por la puerta!, y la hora para irse, ya que no quisistes esperar á la noche, ha sido muy á propósito, porque como estamos entre la una y las dos del día, y todos están recogidos comiendo, no parece un alma por esas calles, un cuerpo diré mejor, y será verdadero encarecimiento, porque yo hasta ahora no he visto ninguna alma sin cuerpo, y muchos cuerpos sin almas sí, aun estando vivos; digo al parecer, si ha de juzgarse por lo que hacen y por lo que dicen.

Flora.—Retirémonos á comer nosotras, aunque oid: ¿quién viene tan fuera de tiempo á hacernos

la visita? ¡Oh, primos! pues ¿cómo á estas ho tan temprano? Si han comido vuesarcedes pu rannos dar lugar á que lo hiciéramos. O vien negocio ó á entretenimiento: si vienen á nego despacharélos luego, y si á entretenimiento viértanse vuesarcedes los unos á los otros, nosotras volveremos luego; y si alguna fuer tardanza, no les dé cuidado nuestra detenc considerando que somos tan cuerdas que no ha mos ido á ponernos en ocasión de ningún peli

Teodoro.—Piden justicia estas señoras, y est en mucho que hablándonos con esta llaneza hayan dejado; bien advertí yo en casa este inc veniente, y que veníamos á hacer descomodi sino que la prisa de don Roselino ha sido extra y yo no sé cómo un hombre cuerdo quiere ne ciar siendo molesto, pues de este modo se d zona el ánimo de los superiores y se pierden empresas por donde se piensa que se consiguen

Roselino.—Antes los que negocian más el de hoy son los molestos y pesadamente impor nos, pues los ministros muchas veces los des chan por librarse de su cansancio; de modo c en unos, la importunación justifica su causa, y otros luce la justificación, porque de esta su negocian todos, que como las ocupaciones de superiores son tantas y tan varias, es mene hacerles muchos recuerdos y sufrirles muc desprecios, con que descontándose las penali des con los premios, nosotros salimos favore dos y ellos quedan reverenciados.

Marcelo.—La reverencia y veneración tira mente usurpadas no se deben á los hombres, s

á Dios, y parece que debajo del nombre de cristianos somos idólatras, y aun peores que los antiguos; porque ellos veneraban á unos hombres que habían pasado muchos siglos antes, y nosotros á los que hoy viven, cuyas costumbres viciosas nos dicen que son hombres, y aun hombres muy flacos, y no es bien comprar de ellos lo que nos deben de justicia, con darles el honor que no les debemos, ni les podemos dar, porque el culto que sólo á Dios toca no es nuestro, ni está en nuestra mano su disposición.

Roselino. — Vuestra advertencia es prudente; pero como estos hombres de su naturaleza sean vanísimos, los que se ven necesitados de su favor entran por la puerta que ellos les quieren abrir, y aunque la de la vanidad es de viento, estiman estar en el aire como sea con su voluntad. Grande fué la miseria de los hombres en depender con tanta desigualdad los unos de los otros, porque ni un león adula á otro león, ni un caballo reverencia á otro caballo, porque en siendo animales de una especie se tratan igualmente, ó ya estando en paz, ó ya haciéndose la guerra; sólo el hombre sirve al hombre, y esto con tanta distinción, que el uno es súbdito y esclavo, y el otro imperioso dueño. Entre los animales jamás se habrá visto unirse un ejército de águilas contra otro de águilas, ni otro de leones contra otro de leones; y entre las criaturas que poseen razón se forman innumerables campos donde, quitando los unos á los otros las vidas, disculpan la ferocidad de los brutos y quedan justamente con el título de más inhumanos. Toda esta vida es guerra, toda batalla, y la que

padecen los cortesanos pretendientes es la mayor; y principalmente los que vienen de Flandes después de larga milicia; éstos conocen mejor la diferencia, y hallan por más fácil pelear contra un escuadrón de enemigos que entrar en el zaguán de un papelista, donde es menester sufrir aun las impertinencias de sus escribientes, que algunas veces llegan á ser libertades.

Flora.—No dirán que no hemos comido con mucho espacio, y no ha sido olvido de vs. ms., sino cuidado, pareciéndonos que mientras más los dejábamos discurrir á solas entre sí mismos se les hacía mayor lisonja. ¡Oh, qué bien habrán murmurado! Pregunto: ¿qué sujeto ha sido el mártir á quien han pasado á cuchillo sus lenguas? Si no es que se han subido á mayor esfera y, gobernando el mundo, trataron de la enmienda de la república, que no les toca; yo bien quisiera haber venido más presto por excusar estos daños; pero doña Camila, risueña, burlaba de mis temores, y quiso más su comodidad particular que el bien común.

Teodoro.—¿Yo murmurar?, ¿yo había de ser artífice de las afrentas ajenas? Jamás puse leyes á las costumbres de mis vecinos, ni les aceché sus acciones; alégrome de sus prosperidades, y busco mi gusto en los aumentos de su fortuna, y allí le hallo, que es la parte donde otros encuentran su pesar y desvelo; que me alegro mucho de la perfecta vida de los buenos, y que quisiera poder imitarlos no lo puedo negar; y con igualdad me ofendo de los delirios de los viciosos; pero com no corre por mi cuenta el curarlos, sufro en

mundo lo que también sufrieron mis pasados, y perdónolos porque me perdonen, que todos habemos dispensación de nuestros defetos y errores, y aquel verdaderamente es para mí más culpado que con arrogante soberbia presume de que es inculpable.

Roselino.—Habéis hablado con las veras que pudiera un Senador de los que más veneró la romana república; recibid con gracia lo que os dicen por gracia, y no os paséis tan de improviso de las burlas á las veras, que el ir de un extremo á otro extremo con tanta velocidad, si para vos es fácil, para los oyentes no es gustoso, si no es que conociéndoos el humor también hagan entretenimiento de vuestro mismo enfado.

Marcelo.—Por mi fe que sobornáis bien á mi hermano para que trate alentado y animoso vuestras pretensiones; de las injurias hacéis moneda corriente para pagar á los abogados, y más en semejantes causas, si no es que le queréis obligar haciendo de él tan larga confianza, que presumís que aun tratándole vos mal, sabrá él solicitar vuestras causas bien.

Teodoro.—Ea, señores, no hagamos conversación disputable lo que ha de ser discurso corriente; yo quiero poner en plática el fin de nuestros pasos, para que, despenando á mi primo de sus congojas, desempeñemos á v. m. del cuidado en que se habrá puesto, que, según es discursiva, ya habrá buscado la causa de nuestra venida, y quizá encontrado con ella.

Flora.—¡Jesús! ¡Jesús! Dios me libre de tan vana empresa; ¿yo había de fatigar la imaginativa

en buscar á ciegas con trabajo lo que tengo de saber agora con descanso y certidumbre? Esta presunción muestra que estoy para con v. m. muy desacreditada en el entendimiento; y no le acuso el pensamiento, que en esta parte más fiscal soy yo mío que ninguno de los terceros.

Teodoro.—Su entendimiento de v. m. para mí ha sido única deidad en el suelo; siempre he procurado su veneración, no su examen, en quien he admirado tanto sus profundidades, como el ser tan poco ambicioso que ha excusado muchas ocasiones de ostentar lucimiento.

Flora.—Vamos al caso, que nada puede ser más fuera dél que divertirse en mis alabanzas; antes de saberle deseo tener fuerzas para conseguirle, porque estos deseos anticipados, disculpando las obras que después faltaren, tengan tanto valor como las mismas obras; y si la materia estuviere tan en mis manos que ellas puedan ser iguales con ellos, en mi opinión más que habré obligado quedaré obligada por el gusto de haberme hecho artífice de felicidades ajenas, siendo esto la mayor felicidad, por la satisfacción que se recibe en el aplauso de tanta gloria.

Teodoro.—Quien oye á v. m. y la divierte, ó no entiende la alteza de sus discursos, ó quiere defraudarse á sí propio la doctrina que recibe en ellos; mucha sobra de caridad es cuando, estando con escuchar á v. m. haciendo mi negocio, la interrumpo y propongo el ajeno; y tanto, que aun aquel mismo de quien este negocio es propio (supuesto que está presente) confesará que para él

también es ajeno respecto de estotro que le tendrá por más propio.

Roselino.—Más estimo el modo con que me honra vuestro entendimiento que la acción intentada de ampararme con vuestro favor; mas como estoy tan ciego, no elijo lo que es mejor, sino voime tras de lo que me da más prisa. Representad mi causa, porque de vuestra proposición reciba el valor que la faltó en la mía, que yo espero salvarme con tan buen piloto, ó por lo menos me anegaré consolado, viendo que mi pérdida estuvo en el destino de mis estrellas, y no en el descuido de mis pasos.

Teodoro.—¡Oh verdores de la juventud! ¡oh floridísimos deseos! quien en tanto halaga á sus gustos grandes disgustos se previene, que las mayores fianzas y seguridades de la felicidad son los desprecios y desdenes que hacemos de ella. Al fin, señora, mi primo don Roselino quiere hacer ostentación de su valor, (¡oh notable empresa!); intenta la jornada de unas bodas, más difícil navegación que la de la India, y menos útil, porque en aquélla se va por riquezas, y en estotra se destruyen y gastan. Si allá hay tempestades que llegan á ponerle á un hombre junto al cielo, las de acá le bajan hasta igualarle con el infierno. Verdad es que la acción de este intento está disculpada en la buena elección del sujeto, y tanto, que en lo que los demás han merecido severa reprensión, en él produce estimación y alabanza: ama (si lo diré), mas nunca el amar con fin honesto fué injuria; desea por su esposa á mi señora doña Claudia; el deseo es grande, y tal, que él mismo le hace ca-



paz de sí propio. Vuestra merced es poderosa para su efecto, y nuestra esperanza se promete de sus manos lo que dudara de las nuestras si estuviera en ellas el buen suceso.

Flora.—La promesa es vana, no por el defecto de mi ánimo, sino por la tibieza con que nos ayuda la fortuna. Mi prima aborrece los hombres, quizá porque se juzga inútil para con ellos, baste por satisfacción el confesar su falta; luego como entendió la proposición de las bodas se fué de mi casa, con que ni el señor don Roselino la ha ganado, y yo (para quien era de más provecho) la he perdido; lo cierto es, que de la acción no puede formar agravio, porque su fin no mira al desprecio, sino á particulares fines de la naturaleza, que con no decirse se hacen, aún en la presunción más buena, más sospechosos.

Teodoro.—Con breves palabras, no sólo v. m. nos ha respondido, sino se ha opuesto á las réplicas; tal vez aún en las cosas más pequeñas se encierran secretos grandes. ¡Notable odio contra los hombres, que la voz de estas bodas la pudo desterrar de casa donde estaba con tanto gusto! con que podemos decir que se mortifica con lo mismo que las demás mujeres se desvanecen. Primo: prudente sois, el estado del negocio es el que habéis entendido; ni yo sé qué deciros ni tampoco hallo qué podáis significarnos, pues esto no se ha perdido por nuestra culpa, sino porque ello de su misma naturaleza estaba perdido.

Roselino.—Quien da por asunto á su deseo un imposible desesperada muerte se previene; este desengaño será rescate de mi voluntad, porque

está muy en los principios de su empeño, que el oponerse luego á los males, con los beneficiós restituye la salud mejorada, pues con la experiencia del mal pasado excusamos otros más graves que se nos podrían seguir, con que su daño viene á ser utilísimo provecho.

Flora.—¡Qué fácilmente se ha consolado!; mas esta acción siempre les salió más barata á los hombres, porque la libertad de su misma naturaleza les propone muchas cosas en que divertirse; las mujeres encerradas, mártires de nuestras imaginaciones, engendrando en nuestros deseos nuestros verdugos, padecemos en el infierno de nuestro silencio lo que á la lengua explicar y á la pluma escribir es imposible.

Camila.—Ignorancia fuera no consolarse, y aun obstinación rudísima. ¿Qué es lo que ha perdido? ¿no haberse casado? Pues reciba del suceso parabienes, que yo le doy el primero; en lugar está donde hallará mujeres que le traigan calidad y hacienda, y otras que le quiten lo uno y lo otro. No hay padre que no se halle sobrado de hijas, que ya como otras mercaderías andan en boca de los corredores, y entre cuantas mohatras ellos dan, no es esta en la que menos se pierde. El día de hoy ha menester un hombre buscar más modo para huirse de las ocasiones que camino que le pongan en ellas. El cuerdo ha de estar muy atento en la elección de la mujer propia; para dama, como tenga buen parecer, ninguna es mala; para esotro fin pocas son buenas.

Flora.—¿Vos desaconsejáis siendo mujer la estimación nuestra?

Camila.—Antes aconsejo nuestra estimación en el desprecio de las malas y abono de las buenas, supuesto que nosotras pretendemos tener parte con las segundas; porque si todas corriésemos igual fortuna, ¿cuál sería el premio de la virtud? ¿cuál el castigo del vicio?

Marcelo.—El día de hoy están todas las cosas tan confusas, que parece que no se ven con distinción, porque no es día, sino una noche obscurísima y siempre continuada; los que vivimos en la edad presente (dije vivimos, pase por consuelo de la misma desdicha, ya que no por verdad en el efecto), al fin los que remamos con la miseria de este siglo, necesitamos de mucha advertencia y de igual sufrimiento; porque la virtud todos la predican, pocos la siguen; coméntanla muchos á su modo, y algunos con tanta sutileza (mejor diré libertad) que quieren que su comodidad les pasemos por virtud; la piedad ó la ignorancia del pueblo los aplaude, que también hay piedades necias, y no por eso se libran de ser reprendidas, que el bien obrar pierde su fuerza si le falta la buena elección de los sujetos en quien obra.

Camila.—Parece que se ha entristecido el señor don Roselino, ó le ha suspendido la gravedad de este discurso, ó le ha vuelto el accidente; que achaques de voluntad, cuando más los despide la boca, se hacen más firmes en el alma; que en las dolencias de amor aquellos enfermos están más peligrosos que se publican por sanos.

Roselino.— Con desengaño tan acedo se me ha quitado todo lo dulce que la voluntad tenía; aun cualquier piedra de las que tienen fuego, si las dan

recios golpes, le vienen á echar todo fuera y se quedan sin él; confieso que es un cielo mi señora doña Claudia, pero mientras más cielo se obliga á mayor correspondencia; si su ánimo está ajeno de esta acción habráse con su belleza parecido al cielo en la parte menos importante; y al fin, señora, mi buena elección hizo lo que le tocaba; si mi fortuna la resistió, ni es persona á quien yo puedo concluirla con mis razones, ni vencerla con mis obras.

Flora.—La voz he conocido de mi primo Federico, hermano de doña Claudia, de cuyo sujeto era nuestra plática; no se vayan vs. ms., por que vean un milagro de la naturaleza; no en el haberlos formado á entrambos tan hermosos, sino en el ser tan parecidos, que sólo el vestido les sirve de distinción; tan singular es esta maravilla y tan perfecta, que mientras mayores ingenios, concebirán vuesas mercedes admiración más grande, porque hasta el aire del cuerpo, el tono de la voz, son de una igualdad y consonancia. ¡Oh, hermosa descostumbre de la naturaleza, aquí tanto más bella cuanto menos varia! Sólo en una cosa no se parecen, y es que cuanto ella es enemiga de hombres, tanto es él de mujeres amigo. Señor don Roselino, mire que no salga de sí cuando le vea, que temo ha de ir á abrazarle creyendo que es su hermana; aunque no digo bien, que su modestia de v. m. el mismo decoro la supiera guardar á ella que á él, y así sólo queda en esto de peligro que lo que en estos señores fuere suspensa admiración, en vuesa merced podría causar prodigioso espanto; porque los antojos de la voluntad hacen las cosas que se ven de calidad diferente.



Federico.—No hubiera entrado si pensara que vuesa merced tenía ocupación tan legítima; mas siendo estos señores también deudos, y visitando en esta casa con tanta llaneza, no se admirarán de la mía, y más en tiempo que tengo tanta necesidad de consuelo por la soledad en que me ha dejado la gallarda resolución de mi hermana; al fin se fué á Toledo á verse con nuestra tía, y á ejecutar los intentos de ser religiosa; y supuesto que ella había de tomar estado, y que éste es el mejor, bien es que no lo dilate más, porque quien se sacrifica á Dios es justo que empiece temprano por darle mayor parte de vida en el sacrificio en que todos los suyos somos interesados, pues ha de ser intercesora por todos.

Flora.—Notable es la soledad en que yo quedo; nunca pensé que se fuera á tomar estado sin dejarme á mí en el que ya Dios me tiene determinado; pero como mi intento es sólo pretender que á todas mis comodidades prefiera la voluntad divina, en este desconsuelo hallo consuelo, pareciéndome que era indigna de tenerla tanto tiempo á mi lado, y que ahora estará donde, dando mejores empleos á su vida, granjee la enmienda de ella y de las nuestras.

Marcelo.—Prima mía: la pérdida de esta señora para vuesa merced es grande; pero con la vista del señor don Federico se restituye todo lo que en la suya le falta; parece que el cielo está haciendo juego de nuestros ojos, aunque aquí á más sentidos burla que á uno, que también cometen los oídos el mismo error; esto que veo no es semejanza de dos cosas parecidas, sino una misma

cosa que, mudando de traje, nos dan á entender que se divide en dos.

Flora.—(Parece que éste rastrea la verdad, aunque no, que habla más que con certidumbre del ánimo, obligado de la fuerza de los hipérboles y deseoso de ostentar elegancia y agudeza; varios efectos ha hecho su vista en Roselino y Teodoro; porque Roselino le mira alegre, por parecerle que copia en su semblante el de su dama, y tiene en él más de lo que parece. Teodoro muestra severo aspecto, porque ya debe de considerarle como competidor suyo en mis bodas, y de esto se me sigue á mí utilidad grande, porque con esta competencia arderán más sus deseos y conseguiré yo los míos.)

Teodoro.—Mucho me admiro de que v. m. no acompañase en esta jornada á mi señora doña Claudia, pues siendo mujer tan tierna en años y tan singular en belleza, necesitaba de tan legítimo amparo para excusar atrevimientos que suceden por los caminos á la honestidad más recatada y á la virtud más sublime.

Flora.—(Ya empieza á obrar la purga de los celos en este doliente de amor; quiero ver lo que responde Federico, que es médico que sabrá enfermarle con lo que á mí curarme, y dará á entender que nos cura á todos, que así lo hacen muchos eruditos de la facultad.)

Federico.—Señor: mi hermana va acompañada de un tío nuestro, santo por la virtud y famoso por sus hazañas en paz y en guerra, que también se pelea en la paz, y mucho más los que asistimos pretendiendo en las cortes de los grandes monar-



cas; excusé yo con no ir la confusión de los pueblos, que saliendo á vernos como otras veces, nos había de embarazar con sus admiraciones, de modo que, en vez de serle servicio, fuera impedimento y estorbo de su camino; y juntamente acompaño á mi prima, que aunque no es hermana sino prima, en mi estimación, según los aprecios de mi voluntad, es mayor el parentesco; y verdaderamente, aunque no lo parece, ella y yo sabemos que es mucho más cercano.

Flora.—(Bastante leña arroja en el fuego.)

Camila.—(Y aun sobrada, que esto más parece abrasarle de una vez la vida que encenderle suavemente.)

Flora.—(Encenderle suavemente ya lo hizo nuestro amor cumpliendo con su generoso efecto; lo que ahora se procura es que el rabioso fuego de los celos le haga amante más solícito, porque viendo que el bien que estima tanto está á peligro de perderle procurará asegurarle.)

Teodoro.—(Este nuestro primo ha puesto en mi ánimo graves sospechas, de cuyos bríos licenciosos tanto más se injuria el alma cuanto menos puede mostrarse ofendida.)

Roselino.—Vámonos, primos, que yo pretendo hacer una jornada.

Flora.—(Sin duda que debe de ser á Toledo, donde irá á buscar lo mismo que delante de sus ojos tiene.)

Camila.—(Por ese camino podría desengañarse no hallando en aquella ciudad lo que le aseguramos estar en ella.)

Flora.—(Antes entrará en más confusión, por-

que culpará á su dicha ó poca diligencia; demás de que nuestra cautela sólo con Teodoro nos importa que esté en pie, con los demás dispense la fortuna lo que quisiere.)

Camila.—(No adviertes bien: porque siendo estotros una misma cosa, el desengaño del uno pasará á los demás, y así nos obligan á vivir con igual cuidado.)

Roselino.—Ea, señores, vámonos, ó quédense vuesas mercedes, que yo cuando pretendo sosegarme más me siento con rumores de mayor inquietud.

Marcelo.—Primo: yo acompañaré á v. m.; quédese mi hermano con estas señoras, porque yo sé que cuanto vos deseáis partiros él quiere quedarse, y los fundamentos de entrambos, aunque para mí no son públicos, yo los alcanzo, y sé que son suficientes.

Teodoro.—Vs. ms. se vayan, y cada uno se excuse de presunciones altivas, que no siempre explican los rostros los intereses afectos, y muchas veces escribe el corazón mentiras en el semblante.

Marcelo.—Yo sé que en esta parte no miento, y no me pesa, que cuando el empleo es tan grande cualquier martirio es dichoso.

Federico.—(Ellos le han dejado solo en el mayor aprieto; mas ¿qué importa su compañía en casos donde no le pueden dar socorro? Antes parece que le sirven de desconsuelo, porque sólo están á ser testigos de su desprecio, sin que puedan poner remedios para su alivio. Si de esta vez no muere enseñado tiene á padecer el sufrimiento.) —Prima y señora: cuando se fué mi hermana me dejó una

memoria de algunas cosas que necesita precisa consulta con v. m., y así, dándonos licencia el señor don Teodoro, la suplico me oiga allá dentro dos palabras, que yo procuraré ser breve, aunque el negocio es largo, sino es que en lo mismo que prometo me confiese por mentiroso, porque negocio largo y despacho breve es cosa imposible.

Flora.—Vamos luego, que las necesidades de una religiosa no sufren dilación en su remedio, que yo sé que el señor don Teodoro queda tan bien entretenido con mi señora doña Camila, y más si su merced resucita el instrumento que tiene en las manos, que nos ha de agradecer todo el tiempo que hiciéramos de ausencia, y aun ofenderse de nuestra restitución, aunque no será para estorbar lo que todos oímos con envidia tan cortés que, aun en ella, le damos veneración y aplauso.

Camila.—Amiga: vaya con Dios y vuelva presto, y advierta que yo soy tan soberbia como ella, y recibo por lisonja lo que ella dice por desprecio, aunque si yo lo entiendo como ella lo dice no podré recibirlo sino como lo entiendo.

Teodoro.—Mi prima estima á vuesa merced como merece, y sus palabras no tienen segundo entendimiento, porque es tan sencilla que se quedan en su primer sonido.

Camila.—Tiénela vuesa merced por muy sencilla, ¡plega á Dios que no se engañe! Vuesa merced me verá mañana en mi casa, y entonces sabrá lo que se trata en ésta, para que deba á mis avisos sus buenos sucesos.

Teodoro.—¿Cómo, mi señora? Hable v. m. claro.

Camila.—Aquí no puedo, antes he menester alzar la voz y cantar algo, porque de no hacerlo así presumirán que hablamos, y de lo que hablamos; y aunque á vuesa merced le está en cualquier parte el saberlo bien, á mí el decirlo en ésta muy mal.

Teodoro.—La dilación será mi muerte.

Camila.--(A fe que le he abrasado yo más con estas pocas palabras que Federico con muchas). Al fin, señor, canto un romance que, por ser él y el tono nuevos, podrán ser parte para divertir á v. m., ó por lo menos deseo yo que lo sean, si no es que esto mismo lo asegura menos, en la contradicción de mi desdicha. Dice pues:

En tan generosa empresa,
causa de mi noble incendio,
se turban las esperanzas,
se suspenden los deseos.
Amante de un imposible
que es todo merecimientos,
desespero á mi apetito,
y á mi elección lisonjeo.
Tanto venero al origen
de mis llamas, que recelo,
ya que me atreví á quererle,
publicar mi atrevimiento.
Pero si el rendirme tanto
fué de sus ojos trofeo,
con mi silencio la usurpo
la gloria del vencimiento.
Y así habrá de ser forzoso
que diga el mal que padezco,

más por publicar su gloria
que por buscar mi remedio.
¡Oh, Laura, á cuyos milagros,
no igualan humanos méritos,
compitiéndote á ti misma
desdeñosa aun con el cielo!
Si es deuda común amarte,
yo te adoro, porque intento
vencer extremos comunes
llegando al mayor extremo.
Recíbeme en sacrificio
de tu luz, y sea mi pecho
digna materia á tus llamas
huésped feliz de su fuego.

Teodoro.—Si estuviera tan abrasado como yo, no pretendiera ese amante por favor ser hospedado en el fuego.

Camila.—Advierta, amigo, que la misma pretensión puede v. m. tener, porque él dice así:

Huésped feliz de su fuego.

Y el estado en que v. m. está es ser huésped infelicísimo.

Teodoro. - Sea v. m. parte de mi remedio, ó el todo; dígame aquí lo que para mañana dilata, pues sabe que en los deseos de los amantes no cabe la dilación; despéneme de este martirio de la esperanza, y no dé lugar á que mis presunciones finjan aún mayores los daños.

Camila.—Sabrá, pues, v. m., que este caballero cuyo nombre es Federico, quiere bien á la bella Flora; son primos, y carnales; su correspondencia

en la voluntad es muy antigua; tratan de casarse, y ahora se han retirado para disponer los gastos de la dispensación; conviene que v. m. avive sus diligencias, que yo le ofrezco las mías, y á fe que sean tales que consigamos el logro de este deseo, si v. m., por su parte, no se desayuda.

Teodoro.—Yo, por mi parte, no me dejaré vencer de los desdenes de la fortuna y el tiempo; gastaré en un día, si fuere necesario, ciento y treinta mil pesos que traje de las Indias; compraré con la hacienda mi gusto, porque en no siendo ella medio de conseguirle á él, la hacienda peso es y embarazo; v. m. me ayude, prometiéndose muy buenas albricias, y en señal de ellas la pienso hacer hoy un regalo que sea considerable, porque á los abogados también se les da satisfacción antes de vencer los pleitos mientras se van siguiendo, porque no es justo que el trabajo presente se pierda sin más premio que pender de una esperanza que puede salir incierta.

Camila.—Para mí el premio de este negocio será el buen acierto del mismo; v. m. se regale á sí propio, que quien espera ser novio de tan buena moza ha menester estar prevenido.

Teodoro.—Por lo menos lo estaré ahora del silencio, porque ella viene, y si nos hallase hablando en esta plática, sería hacer para con ella el favor en mi abono sospechoso.

Flora.—Digo, señor: que conviene que se traigan luego esos papeles, que por ellos con más claidad sabremos el verdadero grado del parentesco, se podrá enviar por aquel despacho, sin que nos iuede escrúpulo en cuanto al haber sido la rela-

ción verdadera ó falsa, y en materias de la conciencia es menester ajustarse mucho y atreverse poco.

Federico.—Haré hoy la diligencia con la solicitud que conviene y avisaré luego, porque si á ésta se hubieren de seguir otras, caminen aprisa, porque en esto consiste las más veces el buen efecto de las pretensiones.

Flora.—Vaya con Dios, que si él obra como discurre, cierto que para ser tan mozo don Federico es muy entendido y cuerdo, y que puede ser empleo de cualquier mujer de grandes partes.

Teodoro.—Yo me voy también, prima, y advierta v. m. que con menos veneno que éste se suele matar á un hombre.

Flora.—Espérese vuesa merced, primo; espere.

Teodoro.—Sería desesperación esperar más testigos de mi desdicha.

Flora.—¿Dónde se va?

Teodoro.—A morir.

Flora.—¿Con tanta prisa?

Teodoro.—Ningún negocio se ha de tomar con menos espacio que el morir una vez determinado; porque la consideración de la causa por que se elige tan desdichada resolución es muerte más desesperada.

Flora.—Morirse un hombre por su voluntad me parece increible.

Teodoro.—No hay cosa más creíble que morirse un hombre por su voluntad.

Flora.—Así se dice; pero no se hace.

Teodoro.—De todo se ven ejemplares en el mundo, y yo seré de los que lo hacen y no lo dicen.

Flora.—De cualquier modo lo tengo por error.

Teodoro.—Pues no fuera fineza de voluntad si en hacerlo hubiera acierto.

Flora.—Luego ¿puede ser voluntad la que no es acertada?

Teodoro.—Sí, que es ciega; y los ciegos por maravilla aciertan, y aun los que tienen vista, porque es tan común el errar, que cualquier acierto es maravilla.

Flora.—Pregunto: ¿piensa v. m. hacer testamento?

Teodoro.—No; porque, quien desesperándose pierde su alma es más loco si trata de disponer de la hacienda, que respecto de ella es de ningún valor.

Flora.—Aconséjese v. m. con algún amigo confidente.

Teodoro.—Ese es mayor imposible.

Flora.—¿Por qué?

Teodoro.—Porque ya no hay amigos que merezcan ese nombre.

Flora.—Aconséjese v. m. conmigo.

Teodoro.—V. m. es de quien fío menos, y á quien he confiado más.

Flora.—Bueno: ¿á morir se va v. m. diciendo injurias á sus prójimos?

Teodoro.—Mayor delito es desesperarme.

Flora.—¿Cómo ha de ser esta muerte, con hierro ó con fuego?

Teodoro.—Ni con hierro ni con fuego, pues todo lo ha tenido mi amor y no me he muerto.

Flora.—Pues ¡cómo! ¿colgado?

Teodoro.—No; porque si así se muriera ya hubiera acabado conmigo mi esperanza.



Flora.—¿Querráse v. m. despeñar?

Teodoro.—La causa de estar yo en este estado es haber hecho eso muchas veces.

Flora.—No le entiendo á v. m.

Teodoro.—De ahí nace mi daño.

Flora.—Pues mientras no le entiendo mal podré tratar de su provecho.

Teodoro.—¿Cómo haré yo que me entienda quien no quiere, si la disposición del entendimiento consiste en la voluntad?

Flora.—Infamia es de un entendimiento rendirse á un inferior tan conocido.

Teodoro.—En el mundo, el día de hoy, por la mayor parte nos sujetamos á los que valen menos.

Flora.—Estimo en mucho el no tener á vuesa merced rendido.

Teodoro.—No lo dije con fin de satirizar, porque aquí esta regla general tiene excepción.

Flora.—Con todo eso no se mate v. m. hasta que volvamos á vernos.

Teodoro.—En dando á estas resoluciones plazos nunca llegan á tener efecto.

Flora.—¿Qué te parece, amiga Camila? Vertiendo va fuego de los ojos y veneno de los labios.

Camila.—Yo he sido el mayor instrumento.

Flora.—No, sino yo con el retirarme con Federico

Camila.—Ese fué el principio; pero yo perfeccioné la obra, pues le aumenté sus sospechas dando para ello una causa que, siendo para ti honesta, para él es rabiosa.

Flora.—¿Rendiráse al casamiento?

Camila.—Y aun á sufrir todos los trabajos que con él se siguen; tan rendido le veo.

Flora.—¿Qué tan presto?

Camila.—Eso está en nuestra mano, porque ya él hace de mi intercesión medio para el efecto.

Flora.—¿Cómo?

Camila.—Después hablaremos despacio.

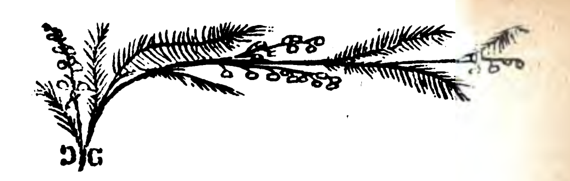
Flora.—Estas cosas quieren tratarse muy aprisa.

Camila.—Todo lo quieren, consultarse despacio y ejecutarse con solicitud; yo á entrambas cosas me ofrezco.

Flora.—Pues vamos á tratar la consulta entre las dos, que después la ejecución correrá por ti sola.

Camila.—Mientras mayor empresa me confías, crece mi ánimo; porque si no lo consiguiere, la misma grandeza de la acción disculpa mi pérdida.





ACTO TERCERO

TEODORO y MOLINA, *su criado.*

Teodoro.—Mi hermano y don Roselino fueron á Toledo, de donde no hallando lo que buscaban pasaron á nuestra patria, pareciéndoles, y con razón, que sólo en su apacible soledad se puede vivir con pacífico sosiego; yo solo he quedado entre las tormentas de Madrid, y entre la mayor de sus tormentas, pues amo sin ser correspondido; pero haber llegado tu persona con toda mi hacienda ha sido algún alivio de mis ansias.

Molina.—¿Cómo algún alivio? Ciento y treinta mil pesos en el daño mayor puede ser eficacísimo consuelo.

Teodoro.—Qué ¿al fin el dinero es poderoso para alegrar á un verdadero triste?

Molina.—Yo pienso que sí, si no es que el triste sea tan necio que se deje de alegrar con lo que es alegría común de todos.

Teodoro.—No sé que el dinero sea alegría común.

Molina.—Yo no sé que deje de serlo.

Teodoro.—Pruébalo, pues.

Molina.—A vuesa merced le toca el probarlo.

Teodoro.—Yo no tengo más probanza que mi propio sentimiento.

Molina.—Pues yo el mío, y el de todos en común.

Teodoro.—¿Cómo te detuviste tanto en Sevilla?

Molina.—Estuve preso.

Teodoro.—¿Por qué?

Molina.—Por una muerte.

Teodoro.—Pues ¿cómo no lo he sabido yo hasta ahora?

Molina.—Porque no convino que lo supiese vuesa merced entonces.

Teodoro.—¿Cómo lo pasabas en la cárcel?

Molina.—Si en la cárcel se puede decir que se pasa bien, yo no lo pasaba mal, y todo en virtud del dinero que vuesa merced desprecia.

Teodoro.—Yo no lo desprecio, sino quítole parte de la estimación que le dan otros.

Molina.—Desprecio le hace á una cosa, y no pequeño, quien la baja de la estimación común.

Teodoro.—Al fin, ¿cuál fué tu delito?

Molina.—El que no hice.

Teodoro.—Pues ¿por lo que no se hace se castiga?

Molina.—Para con el juez, si se prueba, lo mismo es que si se hubiera hecho.

Teodoro.—¿Luego probáronte lo que no hiciste?

Molina.—No sólo me probaron lo que no hice, pero lo que era imposible hacer.

Teodoro.—No hables enigmático.

Molina.—Digo que me probaron que yo había quitado su virginidad á una mujer, que cuando

llegó á mi poder ya no era doncella; de modo que, no sólo no hice lo que me probaron; pero era imposible hacerlo.

Teodoro.—¿Luego hay testigos falsos?

Molina.—No hay otra cosa.

Teodoro.—¿Dónde se hallan?

Molina.—Donde se buscan con el dinero; en todos los lugares hay feria de esta mercadería.

Teodoro.—La justicia ¿no los castiga?

Molina.—Debe.

Teodoro.—No dices más que sí debe.

Molina.—Yo no me atrevo á decir afirmativamente que los castiga, pues que sobran tantos.

Teodoro.—¿Era muy hermosa?

Molina.—No, sino muy fea.

Teodoro.—Pues ¿con qué te disculpas en tu pecado?

Molina.—Con decir que el pecado es necio, y siempre elijo lo peor; demás de que si cuando llegó á mi poder ya no era doncella, otro primero que yo incurrió en tan mal gusto.

Teodoro.—Y ése ¿estuvo también preso?

Molina.—No, porque á éste se la vendieron cobrando adelantado el precio, que fué mayor ignorancia; pero yo gozaba fiado y sobre mi palabra, que las más veces es muy bellaca prenda.

Teodoro.—¿Tenía padres?

Molina.—Madre sola, y en ella todo un linaje, gran maestra de fingir virginidades; y tan regatona de esta mercadería, que tenía tienda pública.

Teodoro.—Pues los alguaciles y escribanos, ¿cómo no la denunciaban?



Molina.—¿Cómo denunciar? Ellos eran los que más compraban.

Teodoro.—¿Qué me dices?

Molina.—No se admire v. m., que las flaquezas de la carne á todos son comunes, y en ellas tropiezan las personas de mayor estimación. No sentir los amorosos afectos es de bestias; sentirlos y saber resistirse es de hombres que ya son ángeles; rendirse á su violencia, si no es loable, es vicio con mucha disculpa.

Teodoro. — Dices bien; y tanto, que has excedido el crédito de tu ingenio.

Molina.—Pues no hablo con ánimo de ostentar agudezas ni de predicar desengaños, porque lo segundo no me toca, y lo primero no cae debajo de mi jurisdicción.

Teodoro. — Vuelvo á preguntarte: ¿qué tenía aquella mujer cuya virginidad pagaste y no comiste, que siendo fea agradaba á tantos?

Molina.— Haberla calificado el aplauso común de muchos necios por aliñada, airosa y bien entendida.

Teodoro. — ¿Qué goza con eso la sensualidad? Porque lo entendido es bueno para el alma; lo airoso, siendo su fundamento el aire, ni para el alma ni para el cuerpo: lo aliñado, en estando una dama desnuda, que es lo que se pretende, vienen á gozar más de sus aliños sus cofres que el amante que la posee.

Molina.— Según esa opinión de v. m. la mejor prenda en una mujer es la belleza.

Teodoro. — Para la sensualidad así lo tengo entendido, y aun el alma no goza pequeña parte, de-

más de que deseo saber de ti qué tienes tú por buen entendimiento, porque mujer que procedía de ese modo podía ser aguda, pero no prudente.

Molina.—No hablo en tan estrechos términos; el pueblo la daba este nombre, que no pone las cosas tan en su pureza, y yo sigo agora la frasis común.

Teodoro.—¿Qué pretendía de ti?

Molina. — Una cosa terrible.

Teodoro.— ¿Qué, por vida mía?

Molina.—Pone horror el pensarlo.

Teodoro.—Excusa las hipérboles y vamos al punto.

Molina.—Quería que me casase con ella.

Teodoro.—¡Cómo! ¿Eso se atrevió á pedir?

Molina.—Para pedir esto y otra cualquier cosa todas las mujeres tienen atrevimiento.

Teodoro.—Tan natural és el pedir en ellas.

Molina.—En nada se prueba más que en esto de los casamientos, pues es gente que aun pide palabras.

Teodoro.—Piden lo mismo que dan, y muchas veces en lo mismo que dan se quedan.

Molina —¿Por qué gustan tanto de hablar?

Teodoro.—Por ser este el campo donde se ejercita el mentir.

Molina.—Admírome mucho de la osadía con que hablan siempre.

Teodoro.—Eso nace de la superioridad que tienen en todos, porque vencidos de su apetito las oímos con veneración y respeto. Pasaríaslo en la cárcel muy triste.

Molina.—No, sino muy bien entretenido.

Teodoro.—¿Aun aquel lugar es capaz de entretenimiento?

Molina.—En la cárcel de Sevilla, sí; por la mucha variedad de delincuentes y la singularidad de sus humores.

Teodoro.—¿Es verdad esto que nos dicen en los entremeses?

Molina.—¿Cómo si es verdad? No puede fingir tanto el arte en los teatros como allí obra la naturaleza; todo aquello que cae debajo de lo posible sucede ó ha sucedido. Quien con admiración lo niega son los necios, que les parece que no hay más mundo que aquel en que ellos nacieron, y todo lo que excede las fuerzas de su capacidad juzgan por imposible.

Teodoro. — Según eso, cada día hay cosas nuevas que puedan entender unos hombres en otros.

Molina.—Eso es tan verdad, que el mayor estudio que pueden hacer los hombres es aprender en las costumbres de los otros hombres qué deben huir, qué imitar; y en alguas cosas que son inimitables por grandes, las alabanzas del autor de tan insignes criaturas.

Teodoro.—¿Qué personas estaban entonces presas contigo dignas por sus hechos de la recomendación de la fama?

Molina.—Muchas, y entre ellas un boticario, porque, sin ser examinado ni tener licencia, ejercitaba su oficio.

Teodoro.—Pues ese ¿es delito?

Molina.—No, por cierto, supuesto que todos saben una misma cosa.

Teodoro.—¿Murió alguien con las medicinas de su casa?

Molina.—No, señor; aunque dicen que las hacía imperfectas y tenues, siendo quizá aquella imperfección y tenuidad más útil á la salud humana, pues mientras menos robustas las medicinas debían de obrar más suaves y templadas. Notable género de gente es ésta, pues sin más cantidad que cuatro raíces y un puño de agua se hacen tan ricos que compran después muchos bienes raíces; purgan los cuerpos y las bolsas; ellos se untan con nuestro dinero, y nosotros con sus ungüentos, de modo que, á un tiempo, nos ensucian y nos limpian. Tienen por flor sacarles á las rosas su generosa sangre, diciendo que con ella refrescan la nuestra; á un mismo tiempo quitan á los campos su pompa, á nuestros ojos su amenidad, y metiendo discordia entre nuestros humores, en vez del malo nos sacan el bueno, y aunque salga el malo, también va á vueltas dél el bueno, supuesto que nos llevan el dinero. Son verdugos de todas las sabandijas de la tierra, tanto, que aun hasta los lagartos no perdonan, de cuya ponzoña hacen oro, sutileza que no la han alcanzado los alquimistas, por donde sospecho que deben de tener familiares, confirmándome más esta opinión el ver en sus casas tantas redomas. Este boticario cuya vida refiero era algo apasionado por el vino, y así, se decía en el lugar que á un mismo tiempo destilaba aguas y trasegaba vinos; prendiéronle por no haber querido ser tributario de los médicos, que su miseria fué el fiscal de su delito; desterráronle del reino y mandáronle que no usase el

oficio; usó de su dinero, y volviendo á oirle le hallaron hábil en segunda instancia, y se hizo docto á fuerza de sus regalos, supliendo ellos la falta de sus estudios.

Teodoro.—¿También los magistrados de Hipócrates se dejan sobornar?

Molina.—Sí, señor; porque son los que están más acostumbrados á recibir, y no es mucho que se dejen torcer su brazo, si ellos propios le ponen en esa forma cuando reciben el dinero que les dan en satisfacción de sus visitas. Pasó el dicho en la cárcel algunos malos ratos, con que los demás los tuvimos buenos, porque aunque él era tan diestro en degollar lagartos, sus compañeros le daban las más noches culebra, con que era lo mismo que ponerle en prensa y hacerle destilar sudando el agua que él había destilado de otros.

Teodoro.—¡Buen humor!

Molina.—Pues no era este el mejor de los que nos entretenían.

Teodoro.—A lo menos tú le pintas tan bien que es muy entretenido; debe de tener en tu boca algunos más granos de sal, y esta es la causa porque muchas cosas son mejores en la relación que en el hecho.

Molina.—Bastárame á mí para desvanecerme haberle pintado con fidelidad, porque los pintores, unas veces liberales y otras escasos, siempre quitan y ponen en la verdad el más ó el menos.

Teodoro.—Perdonar se debe la ignorancia donde no se ha introducido la malicia.

Molina.—En el menos peca siempre la ignorancia; pero en el más es delito conocido de la lisonja.



Teodoro.—Parece que nos hemos pasado de los boticarios á los pintores, y no sé que en nada tengan similitud.

Molina.—Los buenos dignos son de veneración y alabanza, los malos peores son que esotros para la República, porque disfaman á la naturaleza en las copias de varias criaturas suyas así animadas como inanimadas; á éstos los llaman pintamonas, y para acertar más bien á merecer este nombre, deben de copiar siempre de sí propios.

Teodoro.—Dejémoslos vivir, coman con su oficio, pues no nos retratan las costumbres.

Molina.—Así lo dijo un gran monarca, prudente por su profundo ingenio, y poderoso por su extendido imperio.

Teodoro.—Las sentencias son comunes para todos; en él pudo tener mayor grandeza y autoridad que en mí, pero no mejor sentimiento. ¿Qué más presos te acompañaban?

Molina.—Uno estaba en mi propio aposento por casado dos veces, y era graciosa prisión la nuestra, porque él estaba en ella por haberse casado, y yo por no quererme casar.

Teodoro.—¿Tan amigo era de bodas ese hombre?

Molina.—Con tanto extremo, que en la cárcel se quiso casar tercera vez; de modo que trató de cometer en ella el mismo delito que en ella purgaba.

Teodoro.—Si discurriste con él algunas veces sobre la materia, ¿qué razones daba para su intento?

Molina.—Razones, ni él las tenía ni yo se las pedía, porque los demás compañeros hacían siem-

pre la conversación juego, sin que diesen sus burlas ni aun un lugar pequeño para las veras. Fué el caso gracioso, que la segunda mujer tuvo más calidad y hermosura, y así la dotó en la misma cantidad de dote que la otra le había traído; de modo que con una misma hacienda dotó y fué dotado.

Teodoro.—¿Qué le dieron por pena?

Molina.—Condenáronle al remo.

Teodoro.—Esa pena ya se la tenía él en su casa casándose dos veces; no le castigara yo de ese modo.

Molina.—Pues ¿cómo?

Teodoro.—Que viviera ocho días en una misma casa con entrambas.

Molina.—Pues señor, la justicia es mucho más piadosa; hasta ahora no han querido admitir las leyes un modo de castigar tan cruel.

Teodoro.—Al fin, dime: ¿con que te libraste tan presto de la prisión?

Molina.—Con mi dinero, porque consintiéndome condenar pagué la condenación sin resistencia, dejando muy amiga á la que antes fué mi mayor persecución.

Teodoro.—No fué tu desdicha muy grande, pues que se remedió con el dinero.

Molina.—Pues ¿cuál no se remedia con él?

Teodoro.—La mía.

Molina.—¿Cuál es?

Teodoro.—Amo]á un imposible.

Molina.—¡Cómo! ¿Es alguna mujer de pincel ó mármol?

Teodoro.—No, sino de carne.

Molina.—Pues si es de carne, su propia materia la facilita.

Teodoro.—Será eso para con otro más dichoso que igualmente la pretende conmigo para mujer; prima es de entrambos, pero parece que se le inclina más á mi competidor; mal dije parece, porque conocidamente me lleva la victoria.

Molina.—¿Y cuál es primo más cercano?

Teodoro.—El otro, en mi opinión, pues es el más querido.

Molina.—¿Prefiere á v. m. en calidad, ó en hacienda?

Teodoro.—En hacienda bien sé que es inferior, su calidad no la conozco.

Molina.—Si en hacienda le hacemos conocida ventaja, venceremos la empresa.

Teodoro.—A mucho te ofreces.

Molina.—No sino á muy poco; á mucho me ofreciera si intentara esta conquista sin interponer de por medio la hacienda; sepa yo quién es la persona, que yo he de proponer estas bodas y conseguir con brevedad el efecto de ellas.

Teodoro.—No quiero, que tienes mala mano para casar.

Molina.—No por no haberme yo querido casar dejaré de saber casar á otros; antes pienso que en esta materia de casamientos el que mejor sabe huirlos sabe mejor acertarlos.

Teodoro.—Sólo en éste padece excepción la regla. ¡Ay bellísima Flora!

Molina.—¿Cómo? ¿bellísima es, y con suspiro? Si siempre que v. m. la nombra suspira, mucha costa le tiene el nombrarla.

Teodoro.—¡Cómo! ¿puede ser emulación?

Molina.—Paso por amor de Dios, quédese esto de emulación para los versos, ó para la prosa muy grave, y no se admita en una conversación corriente como la nuestra.

Teodoro.—No me limites el lenguaje en tiempo que todos le tienen tan libre. Vamos á tratar del remedio más conveniente, aunque si el morir ha de ser el último y el más verdadero, mientras más le dilato menos estimación hago de mi desengaño.

FLORA y CAMILA.

Flora.—¿Cómo has venido tan tarde esta mañana?

Camila.—Porque lo fuí anoche de tu casa, y mi marido me pide los celos que nunca tuvo.

Flora.—¿Quién le ha enseñado esa mala doctrina? ¿Celos te pide el día que has comido á costa ajena?

Camila.—Algunas veces es necio.

Flora.—Pues disimúlale ésas por las muchas que debe de ser discreto.

Camila.—Discreto, nunca; socarrón y profundo en malicias siempre.

Flora.—Al fin él concede con la cabeza todo cuanto se le dice; pues si con ella concede, no tiene más que conceder.

Camila.—Hale puesto en cuidado el habérsenos pasado cerca un portugués rico, y siente que, teniendo fama de miserable, intente ser mi galán.

Flora.—Pues mirad, amiga, en eso alguna razón tiene.



Camila.—Pues, señora, ríñalo con él y no conmigo, que yo no puedo quitarle á nadie sus intentos.

Flora.—No; pero podréis estorbarle que no pasen adelante, y eso querrá vuestro marido.

Camila.—En la opinión que él y yo estamos no puedo, porque cualquiera quiere atreverse á lo que sabe que otro se atrevió.

Flora.— Decís verdad, que de las cosas que están en tienda agravio se hace en negarlas á unos cuando se dan á otros.

Camila.—Por esto es la mayor de las desdichas caberle á una mujer en suerte un marido necio.

Flora.—Amiga: la desdicha está en no poder vivir nosotras sin marido, porque como entre los hombres el mayor número es el de los necios, pocas veces se encuentra con los discretos, y tan pocas, que éstos dicen que son los que no se casan, y que si lo hacen, luego quedan necios, de modo que es fuerza que seamos súbditas de la necedad.

Camila.— La sujeción, sea el superior quien se fuere, es la mayor de las desdichas, pues cuando acierta á ser necio, ¿qué tormento podrá compararse con ella?

Flora.— Ninguno.

Camila.—Pues, según esa razón, mi desdicha de consuelo carece.

Flora.— Antes vos carecéis de semejante desdicha, y viene á sobraros el consuelo, pues en vuestra casa vuestro marido es el súbdito y vos el superior; en vuestra casa título tiene sólo de marido, y bien sabéis vos que para casaros con él le examinásteis con más rigor que Marcela á Estacio;



de modo que con justa causa entra en el número de los maridos examinados. ¿Quedó ahora en casa?

Camila.—Y durmiendo.

Flora.—Cierto que tenéis talle de decir mal de los muertos, pues lo hacéis de los dormidos, que son su verdadera imagen.

Camila.— Según esa regla nunca tuviera libertad de poder murmurar de él, porque nunca le veo tan despierto que, á mi parecer, deje de estar algo dormido.

Flora. — Eso es lo que más le abona.

Camila.—También fuera yo de esa misma opinión si no estuviera dormido y despierto, usando de lo que él quiere y para lo que él quiere.

Flora.—Con todo eso, no le trocaríades por otro.

Camila. — Soy enemiga de hacer cambalaches, porque siempre hay grande engaño en ellos, y no querría engañarme en cosa que tanto importa.

Flora.—Tanto os pueden dar de más á más por vuestro marido, que os esté bien el trocarle.

Camila.—No, amiga; que para precio de un buen marido ningún dinero es suficiente; así lo sintió aquel poeta que dijo:

A un honrado marido que callar sabe
no hay tesoro en las Indias para pagarle.

Flora.—El que yo pretendo para mí de las Indias viene.

Camila. — Pues si él es como ha de ser, mayor tesoro traerá en su condición que en su riqueza.

Flora. — Hanme dicho que llegó ya de Sevilla un criado suyo llamado Molina, que él me ala-

baba mucho por persona de excelente humor, y no puede dejar de serlo hombre que le ha cobrado toda su hacienda y ha puesto en Madrid, parte en barras de plata y oro y parte en letras, ciento y veinte mil pesos; ofrecióme que en llegando me le enviaría para que me entretuviese con su conversación, y confieso que ya deseo comunicarle por lo mucho bueno que han comunicado sus manos, que es fuerza que sea bien entendido un hombre de tanta cuenta y que con tanta gente armada se ha sabido entender, si no es que ya don Teodoro, después que se halla tan rico, sienta en los ardores de su amor templanza, y vuelva sus humildades en desprecios.

Camila.—Tal no creo, sino que un hombre recién venido llega cansado, y más cuando al cansancio se le aumentó el guardar hacienda ajena, que este es el mayor de todos, y mucho más grave mientras un hombre más honrado y mira por las cosas de su dueño como por las propias; yo vi tan ciego á Teodoro, que juzgo imposible el temor de tu pensamiento, aunque no le culpo, que siempre tuve el recelar los daños por acción cuerda.

Molina.—Dios sea en esta casa.

Flora.—¿Quién es quien viene?

Molina.—Un criado de don Teodoro mi señor, y de v. m. en ser suyo. Molina soy, bellísima señora. Yo soy aquel siervo tan celebrado de su dueño; yo soy aquel que desde Sevilla á Madrid ha venido embarrado, y no sucio, porque en vez de barras de lodo traje barras de oro; demás de que cuando trajera barras de lodo, me los limpiaran

las barras de oro, que quien tiene virtud de sacar la mancha de un linaje, mejor la quitará de un vestido; yo soy aquel navegante de la mar y de la tierra: navegante de la tierra digo, porque en *ella* no he padecido pocas tempestades en defensa de tan hermosa doncella como es la hacienda de *mi* amo: dije doncella, porque la hacienda de un miserable siempre se está virgen; yo soy también el que vino desde Guadalquivir á Manzanares con el alma de papel librada en cuatro libranzas, y tan clara que la pudiera deletrear un niño, porque la traje toda en letras; yo soy aquel que desde aquí ha de pasar á Segovia, no á enlutarse con sus bayetas, ni á refinarse como los paños, sino á armar con la señal de la cruz todo este oro y plata que he traído, para que así se defienda mejor de tantos enemigos; yo soy el oriplateado y el platidorado, porque todo lo que duró la jornada dormía entre barras de los dos metales; aunque no dormía, porque siempre quitan el sueño á sus mayores amigos; congojábame mucho el verme entre ellos sepultado, y entonces conocí que, en siendo sepulcro, tan penoso es el de plata y oro como el de barro; mas viendo á v. m. con ese cabello tan lucido, confesaré de aquí adelante que respecto de él es metal vilísimo el oro que yo he traído entre manos, y así ese como es tan noble, no sólo deja traerse entre manos, pero ni aun entre ojos, porque con sus rayos los ciega, con su fuego los abrasa, y se ha de tener por premio que se digne de cegarlos.

Flora.—El señor Molina sea bien venido, que aunque es tan grande hablador como el camino

que de las Indias á España ha traído, me alegro mucho de conocerle y de oirle.

Camila.—Por lo menos, aunque su merced no nos lo hubiera dicho, en su largo hablar se conocía que venía de tierra donde se crían los papagayos.

Molina.—Y aún deseo volverme á ella.

Flora.—¿Por qué tan presto?

Molina.—Porque he hallado este lugar lleno de muchos hombres casados, y en dos días que ha que vine y visité esa que llaman calle Mayor, que yo la intitulo estanque de coches y ciudad con casas de madera (porque esto parecen en ella los coches parados y detenidos) he visto infinito número de cansados.

Flora.—¿Qué género de hombres halla v. m. merecedores de ese título?

Molina.—Muchos: irélos nombrando, guardándoles su anterioridad conforme á sus méritos. Cansados, y aun cansadísimos, son unos hombres cuya calidad, cuyo ingenio se funda en la gala de los vestidos, preciándose como pájaros del ornamento de sus plumas; éstos, que son muy bien entendidos en el lenguaje de los sastres y mercaderes, porque hablan siempre en la propiedad de sus términos, ociosos, sirven de dar al pueblo ocupación con su ocio, porque, paseando continuamente sus calles, le embarazan por no tener otro oficio; tropezamos con ellos siempre, y yo dejo con esto probado mi intento, pues vienen á ser cansancio de los pies y de la vista.

Camila.—Otra cosa tienen más de cansados, y es lo que presumen de nosotras, en daño nuestro

y en favor suyo, cuando entienden que no miramos por ellos.

Flora.—Basta ya de éstos; prosiga v. m. con su cansancio.

Molina.—Cansados son, y muy cansados, unos mozuelos oficiales de la pluma, sobre cuyo fundamento aspiran á novia noble y hermosa y á dote rico y seguro; afectados y desdeñosos, todo lo presumen y todo lo ignoran, creyendo que todas las facultades se reducen al conocimiento y formación de cuatro números de guarismo, y viviendo siempre entre cuentas vienen á perder la razón y se quedan brutos; pero, al fin, como tienen pluma vuelan, que también son animales los del viento como los de la tierra; pero, en virtud de las plumas, se adelantan aquéllos á estotros y gozan de lugar superior. Mas si me oyera ahora mi dueño tuviérame por más cansado que á todos éstos, pues no cumplo con la comisión que él me dió, y vendría á quedar en su opinión por mal ministro de embajadas.

Flora.—Pues ¿qué es lo que quiere?

Molina.—Una empresa grande: comunicarse con las estrellas y beber su luz.

Flora.—Debe de estar loco.

Molina.—No; sino muy cuerdo.

Flora.—Pues ¿cómo es eso posible?

Molina.—Celebrando bodas con v. m., sino es que por este camino venga á ser más imposible; porque si v. m. conoce de sí, como las demás, que nadie la merece, perdemos el tiempo, y con él ruegos y los pasos.

Flora.—No soy vana ni presumida.



Molina.—La justa estimación no se llama vanidad.

Flora.—Señor Molina: en llegando á hablar de mi persona no consiento burlas.

Molina.—V. m. es quien hace burlas nuestras veras; mi dueño se ha sacrificado todo á v. m. y pone á sus pies los ricos despojos que trae de las Indias. Parécele que si v. m. es sol no es mucho que la rinda en el oro el mismo metal que engendra; y sin duda que es sol, porque á mí de mirarla me duele mucho la cabeza.

Camila.—Señor Molina: mire v. m. que también suele doler de hablar mucho, y ha dado v. m. causa bastante para semejante achaque.

Molina.—Si de eso doliera ya no tuviera yo, ni los que conmigo habitan, salud en este miembro, rey de los demás.

Camila.—¡Qué magnífica elocuencia es la de vuesa merced! con todo cumple; nada se deja por decir.

Molina.—Ya, señora, yo estoy viejo, y no hablo como solía en los verdores lozanos de mi mocedad, entonces era tanto lo que yo hablaba, que las picazas, papagayos y catalinillas, tordos y demás sabandijas locuaces podían reverenciarme por el ídolo de la verbosidad; verdad es que de esto se les seguía un notable daño, porque donde yo estaba callaban, y así fuí á un tiempo el rey de los habladores y el autor de los mudos, supuesto que todos de oirme enmudecían. Pero, señora: volviendo á mi embajada, pido resolución.

Camila.—Amiga: es justo, despáchale y muy bien al señor Molina.

Flora.—El despacho es que dé muchas gracias á mi primo por la merced que desea hacerme y buenas esperanzas, asegurándole resolución breve y gustosa.

Molina.—Nunca fué mala en siendo breve; pero de v. m. no me aseguro.

Flora.—Doña Camila me fía.

Camila.—Yo la abono.

Molina.—¡Cómo! ¿V. m. es mi señora doña Camila, ruiseñor con alma racional y jilguero con ropa y basquiña? Por Dios que no pienso desabrigar esta silla hasta que v. m. me azucare y almibare los oidos con su dulcísima voz; y por que vuesa merced no tenga vergüenza, para que la pierda, cantaré yo primero, que v. m., por no oir la mía, tendrá por partido aventajado rendirse á mis ruegos.

Camila.—Yo, señor, no sé cantar.

Molina.—No me replique, y advierta que hemos mandado, que se cuenten las melindrosas entre las necias.

Camila.—Pues también las grandes músicas entran en este número, y así por entrambas partes me toca el título.

Molina.—Ea, venga el instrumento, que quiero desafiar á v. m.

Camila.—Yo me doy por vencida.

Flora.—Esa es vileza; por mi vida que han de cantar entrambos, que yo me ofrezco á ser desapasionado juez.

Camila.—El juramento de esa vida obliga á mayores demostraciones.

Molina.—Yo empiezo, y antes de poner mano á las armas estoy rendido; digo pues:

Aquel Dios ciego y malsín
preciado de ballestero,
causa de muchos achaques
y achaque de muchos necios.
Aquel hijo tan desnudo
de la estrella doña Venus,
que, aun estrella, es tan salida,
que es la que sale primero,
dió un flechazo á don Apolo,
dios tan prudente y tan cuerdo
que de cochero se sirve
por no sufrir á un cochero.
Porque, si aun siendo tan viles,
son los cocheros soberbios,
¿qué hicieran si ellos pensaran
que había un cochero en el cielo?
A la rubia cabellera
no tuvo el rapaz respeto,
que no habiendo entonces tantas
fué notable atrevimiento.
Mal ferido el dios luciente
no hizo llamar á los médicos,
que él sabe que saben poco
como el que fué su maestro.
Suspiros de fuego arroja,
y no es encarecimiento,
que antes lo fuera mayor
si los vertiera de hielo.
Suspira por doña Dafnes,
doncellona de aquel tiempo,
muy preciada de ser virgen:
que estaba el mundo muy necio.
Requebrarla quiso Apolo,

y comparóla á sí mesmo.
porque la llamó su sol,
que aunque es común. es requiebro.
Y no volviéndose atrás
en sus encarecimientos,
sus ojos la llama á voces
el que es los ojos del cielo.
De noche ronda su calle
disfrazado y encubierto,
que él da lugar á la noche
por que le hallen sus deseos.
Excúsase con ser virgen,
y Apolo dice risueño
que él es quien todos los años
se está en Virgo un mes entero.
La virgenota rebelde
le mira con grande ceño,
que, como es hija de río,
es fría con mucho extremo.
La cortesía le niega,
del desdén pasó al desprecio,
que el pagar la cortesía
no es favor, ni puede serlo.
Apolo siente el mal trato,
mas, negando el sentimiento,
mesurado y boquirrubio
se lamentó á lo discreto.
De las estrellas se queja,
y andaba muy majadero,
si él las da ración de luz,
en no vengarse pudiendo.
¡Qué poco se parecía
á los señores que hoy vemos,

que aun á quien más bien los sirve
pagan la ración á trechos!
¡Qué desdichado fué Apolo
en no amar en estos tiempos:
bajara en su coche al Prado,
y en fe dél le hablaran luego.
Determinóse á forzarla,
y ella, que entendió el intento;
corrió más que él que en un día
da una vuelta al mundo entero.
Vásele por pies la moza,
y aunque él la sigue en el viento,
la halla en árbol convertida
dando más leña á su fuego.
Abraza sin alma un tronco,
y yo no me admiro desto,
que las damas que hoy se abrazan
aún lo sienten mucho menos.
En laurel se vuelve, un árbol
de más pompa que provecho,
alcázar de ruiseñores
truhanes de los desiertos.
Para coronar poetas
señala sus ramas Febo,
que aun de árbol que no da fruto
se coronan los ingenios.
No es mucho los desvanezca
estando en sus sienes puesto
un árbol que sólo sirve
de ser lisonja á los vientos.
Volvióse Apolo á su casa
admirado del suceso,
y puso cortinas negras

á su coche el dios flamenco.
Todos disculpan á Dafnes
con su propio nacimiento,
que si fué su padre un río,
será un peñasco su abuelo.
Refiere Ovidio esta historia,
aquel narigudo ingenio
que, siendo en sangre latino,
tuvo nariz en hebreo.

Flora.—¿Habéis visto con cuán buena gracia lo ha cantado, siendo también ello mismo en sí muy gracioso? La destreza no admira, pero el donaire cierto que entretiene y agrada; y los bríos de doña Dafnes me contentan mucho; porque, aunque su fin no fué muy para envidiar, por lo menos hoy se viene á ver sobre las cabezas de los hombres más famosos del mundo, como son los poetas y los soldados, gente que toda sabe dar heridas, siendo más peligrosas las de la pluma que las de la espada.

Camila.—Ahora, señora mía, digámoslo todo: don Apolillo anduvo lerdo. ¿Es posible que no había en aquel tiempo como en éste quien llevase mensajes de amor, pues siendo este dios tan gran músico, que toda la vida anda cargado de instrumentos, no sabe que ninguno suena bien sin tercera?

Flora.—Estaba el mundo como dice el romance, y nosotras habemos referido muchas veces, muy diferente; no había Prado como ahora donde, enlutándose el cielo, se desenlutan mil corazones. Aquella traslación que se hace de cuer-

pos vivos de unos coches á otros no estaba tan recibida en uso; ahora los mismos coches son lechos portátiles. ¿Qué no encubren? ¿qué no saben? Pues aquello de hacerse estanques de la calle Mayor, cuya agua detenida tal vez suele oler mal, porque le acontece llevar muchas inmundicias, tampoco se practicaba, pues, si á Apolo le faltaron semejantes medios, ¿qué mucho que no lograse sus fines?

Molina.—Paréceme á mí que la doña Dafnes debía de ser una doncellona muy terca, y aun inhábil para el servicio de la naturaleza, y su fin nos lo muestra, pues quiso más volverse en un leño que aumentar hombres al mundo; pero ¿sabe que me admira que siendo tan antigua se usasen ya entonces los dones, que yo los tenía por más modernos?

Camila.—Los dones muy antiguos son en el mundo en la gente ilustre; lo que hay en esto moderno es habérseles atrevido la gente baja; y es que, como por el ponérselos no se paga tributo á Su Majestad, y cada uno presume de sí que es tan bueno como el que mejor, todos se hacen con estos dones donados de la nobleza; yo conocí un hidalgo tan apasionado de los dones, que los duplicaba, porque, llamándose Juan Jerónimo, firmaba don Juan Jerónimo don, y lo mismo hacía con los apellidos, de modo que, siendo con esto muy miserable, tenía en sus nombres lo que no en sus manos.

Molina.—Verdaderamente que yo ya dispensa·a con que se los pusiesen todos en común, como ayesen sobre nombres que tuviesen blanda y aco-

modada disposición para recibirlos, como es decir don Sancho, don Lope, don Rodrigo, don Fadrique, don Alvaro y otros infinitos que tienen sonora cadencia con el don; pero ¿quién no extraña en sus oidos oir don Lázaro, don Gil, don Lucas, don Alberto, don Atanasio, don Leandro?

Flora.—Sabe v. m. que me parece á mí que fuera bueno que hubiera un juez ante quien se pidiera licencia para poner el don, y se diera la razón y causa que había de servirle de fundamento, como si dijésemos, el caballero alegase que tenía concedido de la fortuna don de nobleza, y á este título era muy justo que se le concediese. Al buen poeta por el don que le concedió la naturaleza en serlo, y al perfecto músico por la misma razón, discurriéndose en este modo en todos los que tuviesen gracias ilustres y particulares; esto me parecía á mí muy puesto en razón, y no que estén los dones en el mundo como bienes de mostrenco, que los puede tomar cada uno como y cuando quisiere, sin que nadie se lo impida.

Camila.—No me agrada, reina; porque en señalándoles juez era poner en juicio una cosa que sola la estima quien está fuera de él. ¿Los dones habían de andar subiendo y bajando tribunales, y escritos en demandas y respuestas? No, señora; no, amiga; que no son merecedores de tanta estimación.

Molina.—Señoras mías: ¿no saben que me parece que interponiendo estas pláticas tratan de estafarme lo que canté, supuesto que se divierten y no me pagan con la debida retribución?

Camila.—Por mi vida que se engaña, porque canto yo mucho mejor que su merced. Ahora



venga el instrumento, que quiero castigarle los bríos y darle á entender que es necio el que presume de sí tanto, lleno de fantástica confianza; digo pues:

El fugitivo Troyano,
hijo de la gran ramera,
la primera que en el mundo
contrató con la belleza;
la que hizo juros los rostros,
y que una tez blanca y tersa
se vendiese, si no á varas,
á buen ojo, en mala venta;
Eneas, digo, el buen hijo
que tomó á su padre á cuestas
agradecido á los dioses
de ver á su mujer muerta,
libró á su padre del fuego,
y si él se lo pidiera,
se le volviera á entregar,
porque á su mujer le quema.
Con su hijo el caro Ascanio
á los vientos se encomienda,
acción bien desesperada,
pues que á tal gente se entrega.
Embárcase en una flota,
no como las que hoy navegan,
de quien al fin son piratas
las cortesanas sirenas,
pues las nobles barras de oro
de que el Potosí se empreña,
y ellas traen con tal peligro,
gozan seguras y quietas.

Al fin, después de embarcado,
tuvieron una pendencia
los vientos espadachines,
duendes del agua y la tierra.
El vino que el tabernero
tiene guardado en sus cuevas
nunca murió más aguado
que él allí morir espera.
Socorrióle al fin su madre,
á quien el mar reverencia
por ser hija de su espuma,
con que viene á ser su nieta.
Llegó á Cartago, ciudad
que en los pañales se muestra
niña, que verse gigante
espera entre las estrellas.
Llena de cal y de yeso,
toda es polvo y toda es piedra;
polvo que le mata el vino
en los peones que reman.
Reman dije, porque tanto
trabajan sus flacas fuerzas,
que en lo que allí se ejercitan
son unas nobles galeras.
Hace Dido que la obra
camine con mucha priesa,
porque siempre las mujeres
apresuran lo que intentan.
Eneas, puesto á sus pies,
que es grande gitano Eneas,
entre pullas y lisonjas
la dijo desta manera:
«Ampara, Reina, á un troyano

que tiene tan mala estrella
que el fuego le echó en el agua
y el agua le echó en la tierra.
Ningún elemento quiere
darle en sí casa perpetua,
pues cual si fuera pelota
con él se burlan y juegan.»
Casa de posadas pide
á la castísima Reina,
con que la vino á tratar
peor que á una mesonera.
Mas ella, que era bonaza,
agradecida y risueña
agrados mostró en los ojos
y en la boca mintió perlas;
que, como mienten las damas
toda la vida con ella,
aun los dientes, que son hueso,
quieren que perlas parezcan.
No tienen ellas la culpa,
sino la mala conciencia
de lisonjeros amantes
y desalmados poetas.
Al fin la Reina le dice:
«Esta ciudad será vuestra,
tendréis mi mesa y mi casa;»
mucho dijo, y más le queda.
El la refirió su historia
con sus fábulas en ella,
que así las refieren todos
los que autorizarse intentan.
Fuéronse una tarde á caza,
y entrándose en una cueva,



haciendo tálamo el suelo
celebran bodas violentas.
Ceñudo estuvo Himeneo
con la cara rostrituerta,
y el no bailar en la boda
fué presagio de tragedia.
Echando culpa á los hados,
gente de quien no se apela,
el Troyano al mar se vuelve,
que le excede en la fiereza.
Cuando Dido supo el caso
llora y suspira, que intenta
crecer con su llanto el mar
y dar al viento más fuerza.
Dió gritos desesperados
y matóse con violencia;
lo que habló fué como loca,
lo que obró fué como necia.
A fe que no se matara
á tener por consejera
una dueña de este siglo,
que repiten para eternas.
Los suyos la levantaron
un gran sepulcro de piedra,
que, como andaba la obra,
hubo bastante materia.
No la ponen epitafio,
porque es grande impertinencia
hablar con los pasajeros,
que es gente que va de priesa.

Molina.—Confiésole á v. m. que el romance es de muy buen gusto, y que haberla oido me le ha puesto á mi mucho mayor; canta v. m. con ex-



celente aire; verdad es que esto no se les debe agradecer á las mujeres, porque son siempre bien servidas de este elemento; si le tienen en la cabeza no es mucho que se les baje á la garganta, pues el camino es breve, aunque como el viento es desvanecido todo lo que fuere bajar lo hará de mala gana, no obstante que yo veo que vs. ms. le tienen hasta en los pies, pues cuando andan van por ese lugar con tanta ligereza; de modo que justísimamente se podrá decir por sus personas que son unas bellísimas ventosas desde los pies hasta la cabeza.

Camila.—Notable modo de celebrarme lo que he cantado; estas llámense injurias que no alabanzas.

Molina.—Tiene v. m. maravillosa garganta y excelentísimo quiebro de voz, plega á Dios que no sea lo mismo en la voluntad, que sucede en las mujeres cada día. Pues si hablo del instrumento, v. m. le toca de modo que, como dicen, le hace hablar; siendo él tan poco vengativo, que á las heridas que v. m. le da con esas manos, responde con acentos sonoros; pero ¡qué mucho, si están sus mayores regalos en las mismas! ¡Oh cielos! ¡qué miro! ¡qué veo! El instrumento es marfil; las cuerdas son plata, y las manos cristal; quien tal escucha, para no rendirse había de ser piedra.

Flora.—Maravilloso humor es el de este hombre, doña Camila. Digo que los encarecimientos con que me le pintó su amo no lo fueron, sino justísimos aprecios.

Molina.—Pues la elección del romance historial del troyano Eneas, por competir con el que yo

canté de Apolo y Dafnes, arguye ingenio: que no lo es pequeño saberse acomodar al auditorio mostrando juntamente valor en querer competir con armas iguales. Estaba considerando yo qué bien pareciera v. m. si en uno de los teatros públicos cómicos bajara rompiendo los aires en una nube, y haciéndolos magníficos con su voz.

Camila.—Al fin he de ser yo el blanco, mude v. m. plática, ó váyase, que le debe de estar aguardando su amo cuidadoso de la resolución de esta embajada, y es bien despenarle, pues ha sido tan buena la respuesta.

Molina.—Nunca yo vendí mis pasos tan baratos; tenga paciencia, que otras veces me ha esperado de más largas jornadas, aunque nunca con tan grandes intereses, porque toda su hacienda no vale tanto como esta buena nueva que yo le llevo. ¿En cuánto le parece á v. m. que le estafe?

Flora.—Pues ¿conmigo lo consulta?

Molina.—No, sino con mi señora doña Camila; aunque también puedo con v. m., porque este oficio, en siendo mujeres, todas le saben; pero no me digan nada, que yo soy tan hábil que no he menester maestro.

Flora.—¿Cuándo volveremos á vernos?

Molina.—Mañana, y muy temprano, confiado de que en esta casa, como está en ella siempre el sol, no puede amanecer tarde.

Flora.—¿Qué os parece de este negocio?

Camila.—Que camina bien, y aún yo tengo de hacerle que camine más aprisa, porque todas las bodas donde hay engaño se han de hacer con mu-

cha prisa, por que no tenga lugar de abrir los ojos el que va ciego.

Flora.—Bien decís; pero primero que os veáis con don Teodoro quiero que hablemos de nosotras, porque he consultado sobre cierto punto á un letrado, y hasta saber su resolución las diligencias que sobre esto se hacen son inútiles y aun sobradas.

Camila.—El negocio es vuestro, y mi voluntad tan vuestra como el negocio; de él y de ella podréis disponer como á vos mejor os pareciere.

(*Vanse. Sale* don Teodoro *solo.*)

Teodoro.—¡Oh Amor, dios vanísimo y aleve! Dame licencia para que publique tus afrentas; pues me has hecho tantas injurias, rey por tiranía que avasallas las almas cuya naturaleza divina las hizo libres, pregunto: ¿qué has querido de mí que yo no haya hecho? Pues si me debes esta obediencia, ¿por qué no me pagas con alguna liberalidad? Aunque con menos me contentara yo, con que no me dieras competidor, á quien viera mejorado en favorable fortuna; siempre he de ser yo el blanco de tus desprecios, haciéndome con unas mismas facciones la guerra, aunque en diferente sujeto. No me espanto de que antes que pasase á Indias siendo pobre me despreciase aquella gitanilla humilde, en la sangre digo, que en la belleza tan ilustre oriente tuvo como el sol. Pero ahora que vuelvo de las Indias rico, armado de oro y iamantes, mucho siento que me quites de las nanos los triunfos para darlos á quien, no siendo nejor que yo en calidad ni en partes personales,

me viene á estar muy inferior en hacienda, sería buen consejo sacarle al campo y pedirle que desista de la empresa, haciendo que consigan las armas lo que no pudieron los ruegos. No será demasía que yo mate con la espada á quien más riguroso me quita con sus celos la vida. ¿Merece que yo haga esta ejecución por mis manos? No, sino con las ajenas, que bien puedo matar á traición á quien con ella me mata, que la muerte de los celos alevosa es, y por tal contarse tiene. La muerte que se da con veneno ¿no se refiere entre las más impías traiciones? Pues los celos, ¿qué son sino veneno, y el de mayor ponzoña y rabia? Ya tengo prevenidos los ministros para la ejecución, que en este lugar de todo hay oficiales, y los de la muerte no son los menos primos, porque se ejercitan mucho y no con poco provecho; ya les he dado un poco de dinero á cuenta y espero á que vengan á recibir el orden.

Cespedosa.—¡Ah, sor compadre! mande voacé que abran.

Calvete.—Y sea luego, sor compadre.

Teodoro.—Ellos son. Entren vuesarcedes, señores hidalgos.

Cespedosa.—Hidalgos dijo voacé, y ¡por Cristo! que tiene razón, porque no hay gran señor de España de todos los que beben agua que tengan tan buena sangre como yo, porque la mía es toda de vino de lo caro.

Teodoro.—¿Y ya esta mañana habrán hecho vuesarcedes la razón?

Cespedosa.—Luego que amanece yo y el sor mi compadre procuramos ponernos en ella, para es-



tar de este modo todo el día con buena cuenta y razón.

Teodoro.—¿Beberían vuesárcedes otra vez?

Cespedosa.—Por la buena cortesía, y aun otras dos veces; que somos muy cortesanos, aunque nos ve voacé en este hábito grosero.

Calvete.—Ahora no se hable más en vino, sino agüemos la conversación tratando de enviar á beber á aquel pobrete el agua bendita de la pila de su parroquia.

Cespedosa.—Ahora, señor: también es eso cosa muy fuerte, no vendré en ello; ¿no basta matarle sino enviarle á beber agua? Yo firmaré de mi nombre que por ninguno de cuantos delitos se cometen en este mundo merece un cristiano tan impío castigo.

Calvete.—Pues qué, ¿quiere voacé que muera á secas?

Cespedosa.—No, sino bañado en su sangre, que por lo que se parece al vino clarete me alegro de verla.

Calvete.—A mí por lo que se le parece me pesa de que se derrame.

Cespedosa.—Vamos al caso: ¿Cómo quiere voacé que muera este su competidor? ¿A qué hora? ¿De cuántas heridas y con qué instrumento?

Teodoro.—En las heridas no pongo número; los instrumentos y la hora tampoco lo señalo; el modo de la muerte quiero que sea con extremo rabioso.

Cespedosa.—Ya yo le entiendo á voacé; mataréosle á talegazos de arena, y después de haberle n molido, porque no quede en duda el hecho,

le daré dos mohadas, con que será imposible, que, si Dios no hace milagro, vuelva á la comunicación de los vivos.

Calvete.—Pues esta noche no habrá más cierto correo para el otro mundo; y más que hago pleito homenaje de no darle ninguna herida en los pies, porque no vaya cojo en un camino que es tan largo.

Cespedosa.—Dénos voacé las señas.

Teodoro.—Es un hombre rubio, que trae unas grandes guedejas.

Cespedosa.—Paso, paso; ya esta muerte corre por cuenta mía y no por la de voacé; al punto le quiero volver de contado todo el dinero que me ha dado en señal.

Teodoro.—Pues ¿por qué?

Cespedosa.—Porque tengo hecho voto de matar sin ningún interés, y sin hacer costas á la parte, á todos los hombres de semejantes señas, y no cumpliría yo con mi conciencia si por esto recibiese dineros. Mande voacé que se nos enseñe la casa, que presto la dejará y ocupará la sepultura.

Teodoro.—Suspéndase por hoy, y volvámonos á ver mañana.

Cespedosa.—¿Cómo que se suspenda? Vive Dios que he de matar al primer hombre de melenas rubias que encontrare.

Teodoro.—Vuesarced lo hará mejor que lo dice.

Cespedosa.—Y como que lo haré mejor que lo digo, porque aquí digo que le mataré, y allá le mataré con efecto.

Teodoro.—¡Oh, amigo! ¡oh Molina! Seas bien venido.

Calvete.—¿Es éste el que hemos de matar? ¡Muera!

Teodoro. — Ténganse vs. ms. y váyanse con Dios, que yo les avisaré, como tengo dicho, para su tiempo.

Cespedosa.— Compadre, vámonos; que esta muerte está muy fiambre.

Calvete.—La muerte siempre es plato fiambre.

Cespedosa.—Sí; pero el darla á otro ha de ser por medio de la cólera caliente, y aun del vino, porque yo sin él no engendro cólera.

Molina. — Señor: pues ¿qué pretende vuesa merced de estos pícaros, que pensé que no se fueran de aquí sin ponernos en algún disgusto considerable?

Teodoro.—Que maten á Federico; que me venguen de sus celos.

Molina.—¿Estos se habían de atrever á desnudar la espada contra un hombre de bien y conocido? ¿Estos que pregonan vino y son todos vinagre? Sepa vuesa merced que los tales, aunque traen los mostachos como olas en la tempestad, criminales y vueltos al cielo, amenazan con fuego, viniendo á ser todas sus hazañas humo, y el coronista de ellas el viento; y no de todas el viento, que tal vez los pregoneros públicos les sirven en este oficio; pero es en otro género de hazañas, como es mudar una casa sin voluntad de su dueño, y escalar una faldriquera sacando de ella una bolsa doncella recogida, dando para este oficio fiadores muy abonados, como son sus espaldas y la garganta; pero la garganta es fiador que no puede pagar segunda vez.

Teodoro.—¿Qué tenemos de tu embajada?

Molina.—Ella escuchó apacible y me respondió con el mismo agrado; paréceme que para ser esta la primera proposición, el negocio está en muy buenos términos, y que no puede dilatarse mucho tiempo su efecto.

Teodoro.—Para mi ardiente deseo todo es mucho; ¡ay, amigo! yo me abraso, y con tanto extremo, que mi propia solicitud me imposibilita los remedios. ¿Cómo podré yo vivir con tanta dilación?

Molina.—Pues ahora le damos principio.

Teodoro.—Ahora llego yo á mi fin.

Molina.—¡Oh común lenguaje de los amantes: con qué facilidad mueren y resucitan! Bien dicen que amor es niño, y se conoce bien en los mismos efectos de los que aman, pues por pequeños accidentes ya lloran, ya ríen. V. m. haga actos de hombre valeroso y gallardo, y no se deje con tanta facilidad sujetar de esta pasión.

Teodoro.—¿Pues de qué pasión se dejan sujetar los hombres valerosos y gallardos si no es de ésta?

Molina.—Así en esta flaqueza como en otras no hemos de mirar á los ejemplos de los que se dejaron rendir, sino á los que vencieron; pues esto segundo viene á ser más útil para la comodidad y más honrado para la opinión.

Teodoro.—En este negocio no te pido consejos, sino diligencia.

Molina.—Yo la pondré bien grande, aunque no puedo dejar de darle á v. m. un consejo.



Teodoro.—¿Cuál es?

Molina.—Que no vuelvan más á esta casa aquellos pícaros que hacen oficio de ser valientes, pues sólo sirven de poner desautoridad en ella y en el dueño. Federico no sé yo que ofenda á v. m. en nada, pues iguales calidades tiene para lo que intenta menos el ser adinerado, que con esto le hemos de hacer nosotros la guerra, que el verdadero matarle será con las armas de los doblones; demás de que cuando él hubiera hecho una grave ofensa á v. m. no habían de ser éstos los ejecutores de la venganza.

Teodoro.—Viva porque tú lo quieres y porque es razón, que la ceguedad del amor me hace cometer desvaríos semejantes. Ahora, ¿qué debemos hacer nosotros para que esto tenga conclusión más breve?

Molina.—Hablar á doña Camila, que al fin, como quien la asiste á su lado, la tiene ganada el alma por los oídos; y aun hacerla un regalo y darla una muy buena joya, que no hay tales memoriales ni que tanto les acuerden á las mujeres nuestras pretensiones como las joyas que las dimos, porque las traen siempre delante de los ojos.

Teodoro.—La advertencia es muy buena; vamos luego, que quiero que la joya que se le diere sea elección de tu buen gusto, para que con esto salga la dádiva lucida.

Molina.—Dádiva que ha de ser joya de diamantes en sí misma lleva el lucimiento.

(*Vanse. Sale* Federico *solo.*)

Federico.—Oh noche, mientras más obscura más hermosa para los ojos de los amantes, que



hallan padrino en tu silencio para sus amorosos hurtos; hoy, que es fuerza apartarme de los ojos de Flora, á quien he debido la voluntad que nunca podré pagarla, quiero llegar á despedirme de sus rejas cantando todo lo que á sus alabanzas debo. Sean estos últimos suspiros significación de mi agradecimiento, pues quiere amor que aquello que nunca amé cuando lo poseía lo adore cuando ya es forzoso perderlo. Pero antes que cante los versos que celebran sus perfecciones quiero despertarla con los primeros que me ocurrieren, para que éstos sirvan de dar á los otros la disposición necesaria:

Viendo los años más bellos,
tan pocos que aun no son cinco,
y más que bellos y pocos
ingeniosos y entendidos,
contempla Albanio en la tierra
de los cielos un prodigio,
admiración de los hombres
en el sujeto de un niño.
Aunque su exterior belleza
trae desprecios de Narciso,
competencias para el Sol
y ornato para los ríos,
la pureza de su alma,
á quien no manchan los vicios,
más enamora ostentando
ingenio claro y festivo.
Nobilísimo en la sangre,
aunque esto es bien conocido,
presenta de su nobleza

su condición por testigo.
De sus padres vive ausente,
que apenas han merecido
el dulce nombre de padres,
pues se privan de tal hijo.
Negarse á un gozo tan alto
ó es desdicha ó es delito,
si ya no es entrambas cosas
siendo él della principio.
Albanio rompió el silencio,
y alegre y enternecido
de ver maravillas tantas,
esto sintió, y esto dijo:
Si te logras tantos años
como yo á los cielos pido,
felices prosperidades
á la patria pronostico,
que si méritos se premian,
los tuyos han de ser dignos
de gobernar pueblos grandes
con virtud sin artificio.
Renacerá el siglo de oro
para ser eterno siglo,
y no como fué el pasado
mortal, breve y fugitivo.
Darán los arroyos plata,
arenas de oro los ríos,
donde hallará tu desprecio
más causas de ser lucido.
Capaz de todas las ciencias
serás, que en tu ingenio miro
pacíficas sus verdades,
sus errores desmentidos.

Tan osado te contemplo,
tan animoso y altivo,
que le deberás á Marte
darte excesos de sí mismo.
Trofeos tendrás copiosos
del gran planeta rendidos,
padre de tantos ingenios
bizarros y ostentativos.
Crece hasta que las estrellas,
que son del cielo presidio,
en tus plantas se coronen
dando más luz en tal sitio.

Ya en la ventana veo indicios de que me escuchan, y así quiero cantar las alabanzas de la que, siendo su [d]ueño, también lo es mío:

Tus alabanzas ilustres
piden templado instrumento,
pincel feliz en colores
y alma de luz en los versos.
Esta empresa, que era grande
para la lira de Orfeo,
digna de voz más canora,
de mejor pluma sujeto,
asunto es de mi cuidado,
que no se atreve soberbio,
sino fiado en las alas
nobles que le da el intento.
Cualquiera cabello tuyo
es un sol, con que así vemos
más soles en tu cabeza
que hay estrellas en el cielo.

El es corona en tu frente,
que allí en lugar tan súpremo
alumbra, por que veamos
tantos milagros y extremos,
cuya blancura apacible,
siendo á la nieve desprecio
y admiración á los ojos,
consigue dos vencimientos.
Cuanto es blanca, es bien formada,
que aquel divino Maestro
previno perfecta forma
para un color tan perfecto.
Aunque en lugar inferiores
se ven con lucido imperio
los ojos que, siendo rayos,
los buscamos para espejos;
prisiones dulces de amor
de tan superior efeto
que, cuando están más abiertas,
tienen más presos sus presos;
tan verdes, que lisonjean
á los humanos deseos,
juntando para más daño
lo tirano y lisonjero.
Las mejillas son Abriles,
en cuyos campos amenos
amor vence desafíos
niño y valiente guerrero.
Con veneración las mira
humilde, y reconociendo,
que debe al sitio sus glorias
más que no á sus brazos mesmos.
La nariz que las divide,

bien delineada, fué exceso
del pincel, tal que imitarla
no podrá en otro sujeto.
En cuyos labios y dientes
traslados del Alba vemos,
sin las pensiones del llanto,
porque siempre están risueños.
Mas nadie debe fiarse,
porque hace la risa en ellos
lo que en la Sirena el canto,
alevoso cuanto tierno.
La garganta, en cuyo hermoso
campo cristalino vemos
tanta vena azul, parece
cielo en parte, en parte celos.
El talle, proporcionado
y airoso, consentimiento
dió al pincel para imitarle
la proporción, no el despejo.
Lo demás que los vestidos
encubren, el pensamiento
aun no se atreve á pintarlo
por no encenderse en su fuego.
La elección de su buen gusto
en las galas con exceso
vence la pompa de Abril
en su fértil nacimiento.
Cuantos la ven tan curiosa,
alegres y satisfechos
confiesan que sobra el arte
en natural que es tan bello.
Su ingenio, que es superior,
con alentados esfuerzos

sabe premiar las verdades
despreciando engaños ciegos.
Con tan altas perfecciones
aprisiona entendimientos,
que quien las conoce más
es quien se defiende menos.
Manzanares, aunque humilde,
es el feliz tesorero
de estas riquezas, que al Tajo
dieran nombre más excelso.
Yo, pues, que las reconozco,
las admiro y las celebro,
dando á mi musa y al Sol,
á ella gloria, y á él tormento.

Esta ventana han abierto, y parece que me llaman. ¡Oh mi señora! ¡Oh mi dueño!

Flora.—¡Oh amigo, oh Federico! entra, que aunque te agradezco la música, la nota que has dado con ella te reprendo. Otra vez no despiertes á los vecinos cantando, porque en vez de estimárselo á la causa por quien se canta, se lo murmuran; y gozándolo ellos como entretenimiento, quieren que en ella haya sido liviandad.

Federico.—Al fin, señora, con brevedad, desde anteanoche que fué la última vez que nos vimos, me ha sucedido una desgracia que, sobre la del no verte, viene á ser incapaz de consuelo, porque me priva de este bien por muchos días, y podría ser que años. En compañía de cierto poderoso, yo los amigos que sabes suelen acompañarme, natamos á un hombre; cayó en manos de la justicia uno de los de nuestra cuadrilla, de quien se

puede fiar menos que de los demás; está condenado á tormento, y dice que se le dan mañana en la noche, y antes que él cante en nuestro daño he querido cantar á tu puerta en tu servicio, y despedirme de este modo para engañar al dolor antes que engendre copiosas lágrimas, porque si se lloran las que se deben, copiosas han de ser, y muy copiosas.

Flora.—¿No entrarás á despedirte de más cerca?

Federico.—No; que he sentido gente en la calle, y si acaso me buscan á mí, no quiero que me cojan entre puertas. Adiós, señora; adiós, mi dueño.

Flora.—Él se fué, y yo quedó más admirada que triste, porque este hombre me había de venir á ser de embarazo para mis bodas; quizá de la inquietud de su camino empezará la quietud de mi sosiego.

(*Vase* Flora. *Salen* Teodoro, Molina, Cespedosa *y* Calvete.)

Calvete.—¿Al fin dice voacé que suele aquel mozuelo rondar estas rejas, y que no quiere que le sacrifiquemos en esta calle, sino que, sacándole de ella con buenas palabras pongamos en otra su matadero? Nosotros le excusaremos esta noche de no deber nada.

Molina.—¿Cómo?

Cespedosa.—Porque la mayor deuda es la de la muerte, y se la ayudaremos á pagar.

Molina.—Mas ¿qué sería si les hiciese á vuesarcedes huir?

Calvete.—¿Qué llama huir? Apenas habremos visto al de la capa verdosilla cuando haremos que, revolcado en su sangre, se vuelva roja.

Molina.—Luego, tintoreros son vuesarcedes de paños; ¿adónde tienen el tinte?

Cespedosa.—En esta espada, ¡vive Cristo! en esta espada; al fin él trae capa verdosa, por Dios que le hemos de marchitar la esperanza.

Molina.—¡Oh, qué amigo es vuesarced de verter sangre!

Cespedosa.—También sabré yo matarle sin sacarle ni una gota sola, que á los amigos que quiero yo que mueran limpiamente los meto con mucha curiosidad una almaarada por cierta parte del cuerpo, y se quedan dormidos como si fueran unos pajaritos.

Molina.—Luego ¿hombre es vuesarced que mata á sus amigos?

Cespedosa.—Pues óigame voacé: la hora que ellos han de morir, cuando lo tienen determinado así sus contrarios, ¿no es mejor que lo haga yo y me lleve el provecho, y no un extraño, que los matará con menos voluntad y poco cuidado?

Molina.—¿No sería mayor amistad avisar al amigo para que se guardase?

Cespedosa.—No, señor; porque yo debo guardar principalmente fidelidad al que me encomienda la muerte; porque de no hacerlo así se perdería el crédito y se acabaría nuestro oficio, siendo esto en daño de la comunidad de los que profesamos vivir matando.

Molina.—¿Y hay de vuesarcedes número señalado?

Cespedosa.—No, señor; sino tenemos un superior, á quien reconocemos todos, con cuya licencia se hiere y mata.



Molina.—Y el que mata sin licencia suya, ¿qué pena tiene?

Cespedosa.—Yo diré á voacé. Hácese con esta distinción: si el que mata ejecuta entonces alguna venganza propia, ninguna: porque no es bien que á nadie se le aten las manos para sus mismas causas; pero si lo hace por oficio y no se examina primero, buscámosle todos en cuadrilla y matámosle á dedadas, á soplos, y aun solamente con el espanto de ver que venimos á matarle.

Molina.—Notable jurisdicción.

Cespedosa.—Conviene así para el buen orden de lo que se mata, porque si no, se harían muchas muertes con poca justicia; acá, primero que se condene un hombre á muerte, se mira bien si la merece ó no, y hasta que se justifique la causa no se ejecuta.

Molina.—¿Y son vuesarcedes muchos?

Cespedosa.—No, señor; porque el examinador es riguroso, y en no siendo personas muy hábiles no las aprueba, y así de este modo los negocios se hacen á satisfacción de las partes, y nosotros quedamos muy bien aprovechados; es verdad que de dos meses á esta parte nos ha impuesto una obligación nueva, pero muy piadosa, y es que manda que del dinero que nos dieren por cada muerte, le digamos tres misas al difunto, con que él es de opinión que esto se hace con buena conciencia y sin quedar ningún escrúpulo.

Molina.—Con notables ignorancias viven estos hombres, y mayor es la de mi amo, pues se fía de ellos; pero yo, con la capa verdosa que tengo prevenida, volveré á sacarle á él de tan ciego engaño,

y á darles á ellos su justo castigo. Señor: yo me voy.

Teodoro.—¿Dónde?

Molina.—Al punto vuelvo.

Teodoro.—¿Dónde se iría éste?

Calvete.—No le dé á voacé cuidado, que su persona más estorbaba que servía, y no es reputación nuestra que se diga que en compañía de tantos matamos á este mozuelo, á éste que, sólo el saber que pasea de noche con capa conocida y señalada, me ha puesto voluntad de pegarle, porque es demasiada confianza. Oye voacé, sor Cespedosa, paréceme que yo, como más antiguo, le entraré por el lado derecho, y voacé por el izquierdo, y atravesándole entrambas espadas toparemos punta con punta, dejando voacé á la mía el primer lugar.

Cespedosa.—No reconozco antigüedad á voacé, porque en un día nos escribimos en el libro, y esto basta, que no es bien que hagamos pendencia por lo que no nos toca.

Calvete.—Pues, ¡cuerpo de Cristo con voacé! si quedamos iguales, ¿quién se ha de llevar la capa verdosa, que le estoy muy aficionado?

Cespedosa.—Esa yo se la doy á voacé en cortesía, y más la daga, como yo me lleve el broquel y la hoja.

Calvete.—Toque voacé esa mano, que vive Dios que es buen amigo y bien partido; de esa suerte quedamos concertados.

Teodoro.—Parece que he oído toser.

Cespedosa.—Señitas viene haciendo el caballero verderoncito; lo mismo es que haber dado aldabadas á la puerta de la muerte.



Teodoro.—A toser ha vuelto.

Calvete.—Déjele voacé que tosa, pues esta ha de ser la vez postrera.

Teodoro.—Por Dios que entra pisando firme, y él es, que ya le he reconocido en la capa.

Cespedosa.—Yo también, y me ha puesto mayor gusto de matarle el verle pisar brioso, pues por lo menos ocupa un hombre de bien sus manos y su espada en la muerte de un mozuelo alentado.

Calvete.—Parece que él mismo se nos acerca, y es demasiado atrevimiento.

Teodoro.—Señores: ya tengo advertido que no se ha de inquietar esta calle, y que me le saquen de ella con buenas palabras.

Calvete.—Eso será conforme la ocasión que él nos diere; óiganle que no sé que ha dicho; mas ahora vuelve á hablar tan embozado que apenas sé si tiene rostró de hombre.

Molina.—Oyen, hidalgos: déjenme libre la calle que la he menester desocupada para ocuparla en cosas de mi gusto.

Calvete.—Este mozuelo debe de estar loco.

Cespedosa.—¡Muera, muera!

Molina.—Vosotros moriréis, gallinas; vosotros, pícaros en cuadrilla.

Cespedosa.—¡Vive Cristo que lo toma muy de veras! Poco sabe de burlas Caballero: detenga la espada.

Calvete.—¿Ya de qué sirve que la detenga si yo estoy mal herido? Pero no seré yo hijo de mi padre si le esperare el segundo golpe.

Cespedosa.—Pues yo les deberé aún mayor vic-



toria á mis pies, porque me tengo de ir aun sin haber recibido el primero.

Molina.—¡Oh bellacos, oh viles! ¿aquí me dejáis las capas y las espadas por que, embarazado con ellas, no os siga?

Teodoro.—¿Hase hecho á ningún hombre tan pesada burla? Este hombre ha reñido correspondiendo á las obligaciones de su sangre; pero déjame picado, y es fuerza que yo haga en él lo que éstos no han hecho. Deteneos, caballero; esperaos, Federico.

Molina.—Ni soy caballero ni Federico. Molina soy que, buscando prestada esta capa verde, he querido fingirme Federico para que viendo vuesarced á sus ojos el presente estrago, conozca que traía su vida entregada en las manos de la muerte, pues venía fiada á semejantes pícaros.

Teodoro.—Oh amigo, dame los brazos; tú me has restituído por lo menos la reputación, que la hubiera perdido aquí si me encontrara con el verdadero Federico. ¿Qué se dijera mañana de mí en esta Corte? De un notable descrédito has librado con esta estratagema á mi fama; pero no puedo dejar de reirme en medio de la gravedad de tan justas veras, aunque parezca que mezclo con ellas las burlas.

Molina.—Pues ¿de qué se ríe tanto v. m.?

Teodoro.—De ver que habían hecho partición entre sí de la capa verdosa de Federico, y juntamente de su daga, broquel y espada, y hallo á tus ies, por trofeos, las espadas y las capas de los que lasonaban tanto; de modo que dejaron aún muho más de lo que llevar entendieron.

Molina.—¡Jesús, señor! Está v.m. muy engañado; nunca creyeron ellos menos, sino que se persuadían á que nunca había de llegar la ocasión.

Teodoro.—¿Qué te parece que hagamos de estas capas y espadas?

Molina.—El trofeo es tan ruin, aunque habido en buena guerra, que, supuesto que viene á ser el vilísimo despojo de unos pícaros, es bien dejarle en el suelo, de donde le alcen otros de su calidad y condición.

Teodoro.—Por Dios, señor Molina, que por notable camino ha llegado vuesarced á quitar capas.

Molina.—Yo no se las quité, que ellos se las dejaron; dejando esta vez en mis manos lo mismo que han quitado á tantos de los hombros.

Teodoro.—¿Sabes que me parece, que ya que dejamos las capas por ser tan infame ropaje, y que estará sahumado con pastillas de Alaejos y Sanmartín, nos llevemos las espadas por si acaso hubiere alguna de ellas digna de que se la ciña un hombre de bien.

Molina.—Obedezco á v. m., aunque yo no me ceñiré ninguna de ellas, aunque sea del mismo *Ioannes me fecit,* porque estos cobardes la habrán enseñado su propio oficio.

(*Vanse. Salen* Flora *y* Camila.)

Camila.—Ya me valen tus bodas una joya muy rica. Mira si las desea Teodoro, pues procura comprar las esperanzas de ellas á tan lucido precio.

Flora.—Ahora solicita lo que es imposible, y pretende conquistar con ruegos y dádivas lo que está muy lejos de tener efecto.



Camila.—¿Cómo? ¿has mudado de opinión?

Flora.—Oye y advierte: Yo consulté el caso de este matrimonio mío con un letrado muy amigo, y me dice que no será válido, y que podrá anularse siempre que Teodoro llegue á entender el engaño que se le ha hecho dándole mujer diferente de la que él piensa; y que para desposarme conforme á lo que tiene recibido la iglesia tengo de decir los verdaderos nombres de mis padres y el mío, y juntamente su naturaleza y calidad; según esto, toda nuestra industria y estudio queda en vano, mas tengo un espíritu tan alentado y brioso, que nunca he desesperado del buen logramiento de esta empresa. Oye que el que viene es Teodoro; escucha, por Dios, que ya entra acompañado de Molina, y verás mi resolución gallarda.

Teodoro.—¿Era tiempo, señora prima, que v. m. me permitiera la amena vista de su rostro, cuya belleza florida eterniza Abriles y Mayos?

Flora.—Señor don Teodoro, ya ha llegado el día en que yo, contra mi naturaleza y costumbres, tengo de hablar desengaños; yo soy la misma que en Cantillana vuesa merced llamaba el Sol de Egipto; hija de padres tan humildes como el mundo conoce, heme mudado el nombre y apellido por encubrir, viéndome con hacienda, la mala voz de mi fama; viva soy, nadie lo dude, que las cartas que vinieron de Zaragoza testificando mi muerte yo las fingí y hice echar en el correo; según esto, ni vuesa merced me querrá por es-osa, ni yo me desconsolaré de la pérdida, porque n mi hacienda y mi cara hallaré muchos dueños nforme á mi calidad.

Teodoro. — Señora, señora: ¿qué dice vuesamerced?

Flora.—Señor, señor: lo que digo es cierto.

Teodoro.—Muerto soy, Molina, si no me llevas en brazos hasta el coche; en esto no sé qué me crea ni qué me dude.

Molina.—Vamos, señor, que en casa diré á v. m. lo que en este negocio siento.

Flora.—Este hombre va con la disposición que yo he menester. Tú, amiga, has de llegarte luego á su casa (asegurándote, si concluyes mi pretensión, mil escudos de oro que están en aquella escribanía, que te los daré con ella propia); dirásle, pues, que esto que aquí le he dicho no es verdadero, sino engaño y ficción para quedarme libre y casarme con Federico, de quien le asegurarás que estoy muy enamorada; porque si la pasión le ciega, podrá ser que se arroje de golpe, y se precipite con facilidad; que los celos sobre tanto fundamento de amor suelen hacer prodigios grandes. Si se casa, desengañándole yo delante de los testigos y el párroco, aunque tú le engañes, será el matrimonio válido; y si después de ti formare queja y te dijere algunas injurias, podraste desagraviar con los mil escudos, que yo ya entonces te habré dado, y reirte de sus amenazas.

Camila.—Has discurrido tan aguda, tan osadamente, que lo que dilato la ejecución de tu pensamiento le ofendo. Voy luego volando, por que no pierda por mi pereza lo que por sí propio merece.

(*Vanse. Salen* Teodoro *y* Molina.)

Teodoro.—Huye de mí, Molina, que por lo bien que me has querido me pesa hacerte partícipe de

este veneno que traigo en el alma; todo soy peste, todo fuego. ¡Qué gran desdicha es para los tristes que no pueden tener otro consuelo hallar dificultades en la muerte! Parece que cuando es más necesaria se niega como imposible una cosa que en todos es tan natural, y que forzosamente habemos de pasar por ella. ¿Qué sientes de aquella respuesta? Dime, por tu vida, ¿qué te parece?

Molina.—Señor: en mi opinión mucho tiene de engaño y embuste, pues pienso que, como mi señora y tu prima muestra tan buena voluntad á su primo Federico, y tiene noticia por v. m. propio de aquella Gitanilla de Cantillana y de lo mucho que las dos se parecen, ha levantado esta fábrica espantosa. ¡Jesús, Jesús, y qué agudo es el ingenio de las mujeres para un enredo!

Teodoro.—En peor estado está siendo de esa suerte.

Molina.—¿Por qué?

Teodoro.—Porque eso viene á consistir en falta de voluntad, y la suya es tan libre que será imposible vencerla.

Molina.—Todas las cosas son al ingenio del hombre posibles.

Teodoro.—Sino es ésta, porque la voluntad de una mujer, cuando es tan gallarda, ni se sujeta ni se persuade.

Molina.—Señor: aquella silla que entra en casa es de Camila; sin duda que viene á ser embajadora de algunas alegres nuevas.

Teodoro.—Bajemos á recibirla hasta el zaguán, y tú abre con esta llave los aposentos bajos, porque quiero excusarla el trabajo de subir las escaleras.

Molina.—Por mayor y más penosa escalera le ha llevado ella á v. m., pues le hace subir por una esperanza tan larga.

Teodoro.—Siempre el amor dilata sus conquistas por ilustrar más con esto sus hazañas.

(*Vanse. Salen* Flora *y* Federico.)

Federico.—Aunque aquel preso, haciendo más de lo que de él se esperaba, negó en el tormento, es fuerza irme, porque estoy muy culpado de muchos indicios y no pocos testigos. Esta cadenilla que me has dado para alivio de mi vida te agradezco mucho, que, aunque á quien anda receloso de verse puesto en las cadenas de una prisión pudiera servirle de agüero, el ser ella de oro todos los agüeros quita. La traza que has elegido para la conclusión de tus bodas es ingeniosa, y me parece imposible que deje de tener efecto, y á fe que no haga ningún daño que cuando llegue aquí Teodoro te vea conmigo, pues, encendido en más graves celos, se persuadirá con mayor facilidad á las razones de Camila.

Flora.—Oyete que estos que vienen son ellos. Apártate aquí á un lado, y escucharás las razones que viene diciendo.

Molina.—Ya yo le había prevenido á v. m., antes que llegase á casa la señora Camila, deque esto era embuste; malo está de conocérsele á mi señora doña Flora en la gravedad de su semblante que es mujer principal y noble.

Federico.—Aun éste, con ser tan astuto y socarrón viene engañado.

Flora.—Gracias á Camila, que habrá hecho su papel ingeniosísimamente.



Teodoro.—Por Dios que, está mi prima con su primo Federico.

Camila.—Mucho me temo que nos hayan ganado por la mano.

Teodoro.—Por si no lo han hecho quiero yo adelantarme: ¡Mi señora doña Flora, prima, hoy es el día que vengo á celebrar bodas con vuesa merced!

Flora.—Ni yo soy prima de v. m. ni me llamo Flora. Según esto nuestras bodas no podrán celebrarse, porque mi nombre es Gabriela y mis padres unos gitanos humildes.

Camila.—Oye, que vuelve á la porfía.

Molina.—Ya esta es más obstinación que agudeza; v. m. procure revencerla con el modo que le tengo aconsejado.

Teodoro.—Yo acometo con toda resolución. Señores: sean vs. ms. todos los que están presentes testigos como yo don Teodoro doy la mano de esposo á la señora Gabriela, constándome que es hija de padres gitanos y humildes.

Flora.—Testigos son vuesas mercedes todos los que lo oyen.

Todos.—Sí, señora.

Flora.— Pues de ese modo, yo le doy la mano.

Molina.—Vive Dios, que ha dado la mano con mucha facilidad, y que me hace sospechar que es verdad lo que ella nos dijo de sí, y que lo tuvimos por mentira.

Teodoro. — Si lo fuere ya está hecho; no hay ino tener prudencia y silencio; volverme con ella las Indias, donde pasará por mujer de la calidad ie yo quisiere darla, que verdaderamente yo es-

taba tan enamorado, que esto no podía tener otro medio para mi remedio.

Federico. — Vuesas mercedes se gocen muchos años, que yo desde aquí tomo la posta y me parto á Barcelona.

Teodoro. — Este se va despechado y celoso de no haber conseguido el bien que yo poseo; según esto, mi esposa no es tan humilde como se hace.

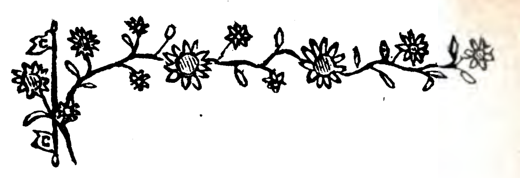
Molina.— Sin duda, y presumo que debió de hacer esta ficción para ver hasta dónde llegaba la fineza de la voluntad de v. m.

Teodoro.—Todo lo hemos atropellado; ruego á Dios que nos haya dado lo que más nos conviene.

Flora.— Esta llave, amiga Camila, es de la escribanía que te ofrecí con los mil escudos de oro que dentro tiene; haz que te la lleven luego á tu casa, segura de que siempre hallarás en la mía buena voluntad y correspondencia.

Camila. — Mil años te goces con todas las felicidades que se suelen juntar en un buen casamiento, y de aquí adelante, pues tan bien has sabido valerte de tu entendimiento para tu bien, no te llamen la Malsabidilla, pues con esto te apartas de todo mal, sino la sabia y prudente Flora.

FIN



ALBANIO A LAURA

Silva.

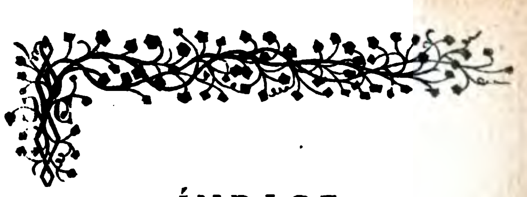
Templado mi instrumento
para tus alabanzas, Laura mía,
á las musas provoca y desafía
siendo justo y loable atrevimiento,
porque en la ocupación de tu alabanza
se califica más mi confianza.
¿De qué no fuera liberal contigo
mi generoso amor? ¿Qué no te diera
si ejecutar su voluntad pudiera?
Del laurel donde halla verde abrigo
el ruiseñor, que muestra más verdores
en sus plumas retratos de las flores:
deste que con sus ramas imperiales
á los reyes corona la cabeza,
estrado fabricara á tu belleza
sin dar admiración á los mortales,
porque en ti nada puede ser exceso.
Del águila, monarca de las plumas
violadoras del viento,
que impera en la inquietud deste elemento
y no rinde su vista
á los rayos del Sol, que á más violencia
hace más generosa resistencia;
desta prodigio hermoso, á tanto hermoso
elemento lucido

la orgullosa altivez sacrificara,
con que en mayor empleo la ocupara;
que cuando se avecina á las esferas,
émulo de mudanzas tan ligeras,
y allí entonces su vista penetrante
cediera á tanta luz, y deseara
que fuego tan suave la abrasara.
Del clavel que se emplea
en la vista y olfato,
que á ella con sus galas la recrea,
ya él está con sus colores grato:
deste halago suave,
deste de campos cultos fiel decoro
á quien confía el Mayo su tesoro,
la presunción rindiera,
con que de sí ha creído
que es la mayor beldad que ha conocido
mortal naturaleza
propagando su honor en su belleza.
Y no sólo en la tierra me quedara,
pues subiendo á los cielos
que, sin tener envidias visten celos,
entre fijas y errantes
estrellas te ofreciera
la que hace alcázar de la cuarta esfera,
cuyos rayos triunfantes,
siendo fuente de luz, honran al cielo
y administran belleza á todo el suelo.
Mas ya que es imposible
á mi mano ofrecerte
esto, que aún juzga el ánimo pequeño
don para ti, de más grandezas dueño,
pues vale más un alma

que todos los demás caducos bienes,
y tantas presas en tus lazos tienes,
del ingenio que es parte
del alma la más noble,
este parto consagro á tu belleza,
porque en naciendo goce de nobleza.
Que tal vez divertida
de las varias labores
con que produces en el lienzo flores,
siendo pincel la abuja
que copia cuanto fértil, cuanto ameno,
el magnánimo Abril concede al prado
que fué del hielo bárbaro ultrajado,
darás algunas horas
al estudio de libros diferentes,
no para que en prudencia te acrecientes,
sino para premiar los estudiosos
que alegres y animosos
escribirán con nueva gallardía,
viendo que les espera
amanecer tal día
que les ha de premiar la lisonjera
luz de tus bellos ojos,
que nadie ha pretendido más despojos.
Recibe mi deseo,
y en él también recibe
el alma que en tu luz alienta y vive,
hasta que llegue el día
que todo me conceda á tu alabanza,
porque me adula tanto mi esperanza,
que esta gloria me ofrece
y con empresa tal me desvanece.
Cantaré tus vitorias

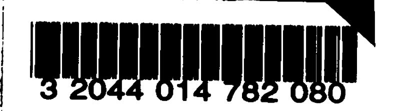
juzgadas imposibles
por ser á nuestros ojos invisibles,
que las almas rendirse á tus ardores
no pueden ser vitorias exteriores:
cuanto más escondidas
dignas de mayor precio y de más fama
por ser su autor tan generosa llama.





ÍNDICE

Págs.


3 2044 014 782 080